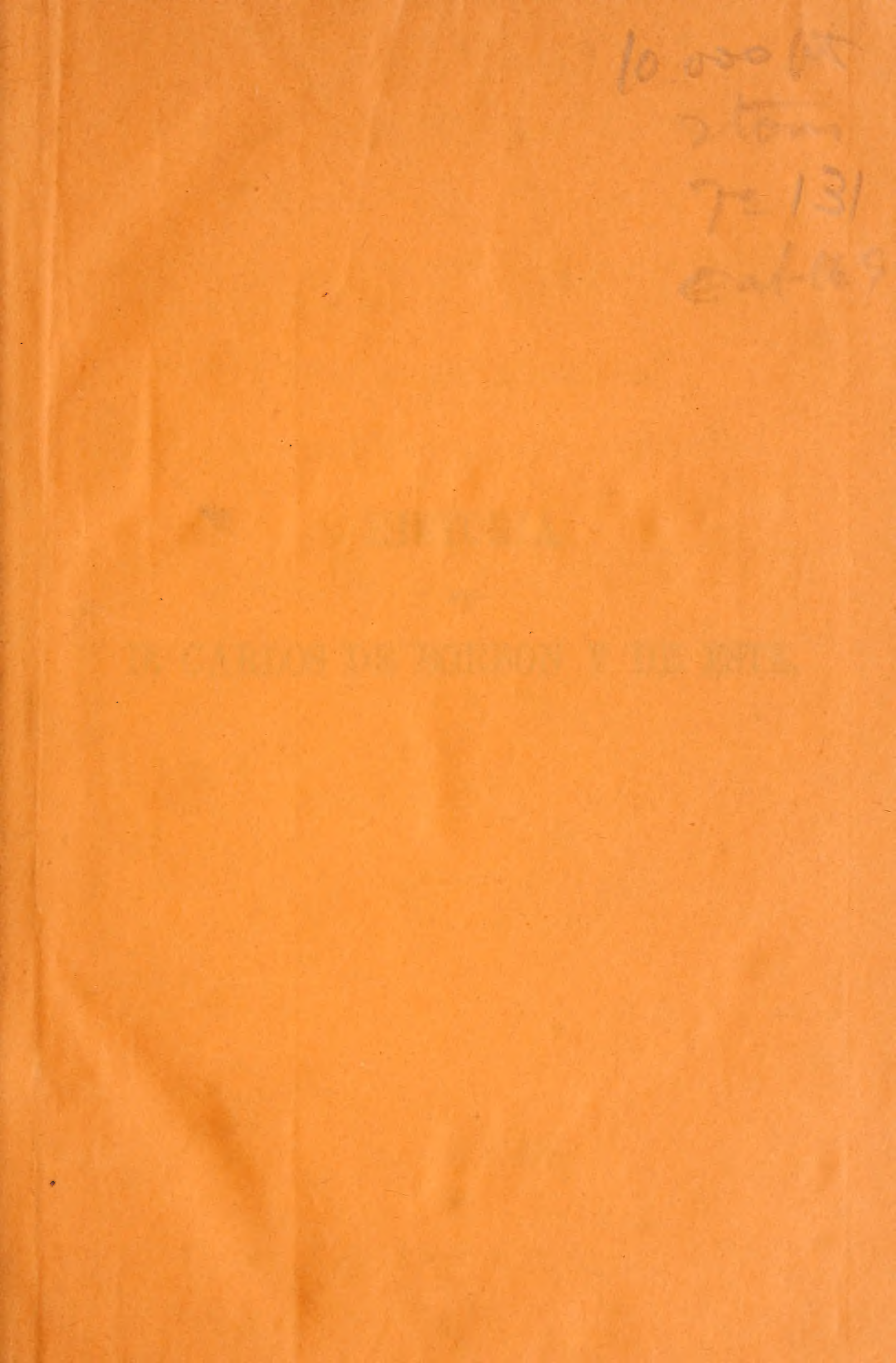

3 1761 05979891 8



HISTORIA

DE

D. CARLOS DE BORBON Y DE ESTE.

MANUEL RODRIGUEZ, EDITOR.

HISTORIA

DE

DON CARLOS DE BORBON Y DE ESTE,

Y DE SU AUGUSTA FAMILIA,

DESDE EL CONVENIO DE VERGARA HASTA NUESTROS DIAS,

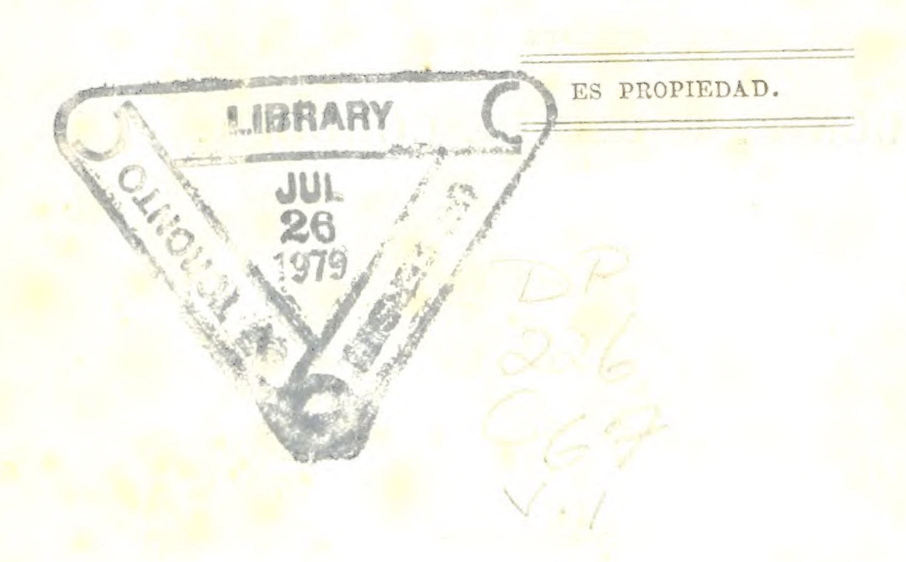
POR

DON E. PABLO DE CORDOBA.



MADRID: 1870.

OFICINAS Y ADMINISTRACION,
Plazuela del Biombo, núm. 2.



IMPRENTA DE T. REY, CALLE DE D. MARTIN.

HIJOS MIOS:

Si alguna vez, al repasar las páginas de este libro, hallais apasionados juicios ó errores notables, hijos de la ignorancia que no de la mala fé, disculpadme á los ojos de los que me censuren, como vosotros me disculpareis en el fondo de vuestro corazon.

Si entonces disfrutais en calma los divinos dones de la verdad y la justicia; si, léjos de serviros de causa de proscripcion y persecuciones el amor á Dios y al rey, sagrado lema que en pasadas edades nos franqueara el camino de la victoria en Europa y en Asia, en las costas africanas y en las vírgenes tierras del continente americano; si podeis envaneceros de vuestros hidalgos sentimientos, decid al pueblo español, á ese pueblo que con sus glorias llena tantos siglos de la universal historia; á ese pueblo, alguna vez vencido, pero jamás esclavo, que hubo un dia en la católica España en que fueron tenidos á mengua, por algunos de sus espúreos hijos, la Religion y el Trono; en que por ellos fue considerada como honor la impiedad, y el pudor calificado de ignorancia.

Pero no guarde rencor vuestro pecho al contemplar á través de algunos años esclavo al humilde y soberbio al advenedizo, triunfantes la perfidia y la apostasía y proscriptas las virtudes: la Justicia de Dios es

ineludible, y el castigo del criminal empieza en su propia miseria.

Repasad las páginas de este libro, y en ellas encontrareis dignos modelos de magnanimidad y abnegacion que imitar.

Desde el legítimo sucesor de Cárlos IV hasta el augusto nieto, D. Cárlos de Borbon y de Este, ejemplos hallareis de valor y grandeza, de virtud heroica y extraordinario precio; y no solamente en los ilustres príncipes, si que tambien en sus caudillos.

Religion, *Patria y Rey*, éste fué su lema; que nunca se borre de vuestra alma: éste será el mio hasta que Dios cumpla en mí sus altos juicios: acostumbrados estais á ser nobles, puesto que desde niños amais instintivamente los venerandos objetos que ama vuestro padre con tanto entusiasmo como á vosotros.

E. Pablo de Córdoba.

LIBRO PRIMERO.

(1839-1845.)

CAPITULO PRIMERO.

El Convenio de Vergara.

Guarda la historia con tanto cuidado los recuerdos de las nobles acciones, como los testimonios de las perfidias: los nombres de los héroes, como los de los traidores; los de las víctimas, como los de los verdugos.

Al lado del de Pelayo, el del conde D. Julian; junto al de Hermenegildo, el de Sisberto: el de Cabrera, como el de Maroto.

Malhadada época de luto y consternacion, de sangrientos horrores y miseria fué aquella en que España, dividida en dos parcialidades, disputó con las armas el derecho á la sucesion de la corona.

Triste legado de un monarca, cuyos actos no pueden calificarse sin sentir el rubor en el rostro y la indignacion en el alma.

Fernando VII, cuya política consistió en no tener ninguna, léjos de procurar, como verdadero padre de sus pueblos, atenuar los enconos y rivalidades que desde la invasion francesa se suscitaran en España, habia vivido fluctuando entre las dos opuestas parcialidades; y ora inclinándose al bando llamado apostólico, ora haciendo alarde de un imprudente liberalismo, fomentó las pasiones y el odio recíproco que ya se profesaban.

«Solamente los españoles, decia Luis Felipe, no conocen á su rey Fernando;» y cuando el Orleans, que fué muy buen voto en la materia, afirmaba que el *Deseado* era un hombre astuto y sagaz, á buen seguro que le tendria bien estudiado.

Fruto de tan menguado sistema fué la guerra civil; era el digno legado que podia hacer á España el funesto monarca que empezó su carrera alzándose contra su padre, y cuyo reinado sólo puede bosquejarse con sangre de sus hijos (1).

Siete años de fratricida lucha sirvieron de funerales á Fernando VII: siete años, durante los cuales vióse á la nacion, esquilmada y empobrecida, pelear denodadamente, de un lado para sostener el derecho y la justicia, de otro para cumplir los funestos caprichos de la ambicion y la torpeza.

---

(1) La importante cuestion de derecho tan debatida hasta hoy, y que es en estos mismos momentos objeto de graves discusiones en la prensa, lo será tambien de nuestra atencion al final de esta obra. No pensamos, al ocuparnos de tan notable materia, ilustrarla de tal suerte que merezcan nuestros argumentos los honores de la primacía, sino del triunfo; pero siempre puede añadirse algo á lo ya expuesto, y deber es nuestro hacerlo así. En todo caso, los buenos deseos que nos animan podrán disculpar nuestro atrevimiento.

Al empezar el año 1839 hallábanse como nunca victoriosas las armas de D. Cárlos. En 1.° de Octubre del año anterior habia tenido lugar en las cercanías de Maella la memorable accion en que Cabrera con 3.000 infantes y 500 caballos derrotó á la division de Pardiñas, compuesta de cinco batallones y tres escuadrones. En ella sucumbieron el mismo general de los isabelinos, y gran número de su gente; quedando el resto, á excepcion de dos batallones escasos, en poder de los carlistas: 3.000 prisioneros y gran porcion de armas, banderas y municiones, fueron cogidas, perdiendo en cambio la hueste del conde de Morella 300 hombres entre muertos y heridos. La division del *Ramillete*, que así se llamaba á la de Pardiñas por ser de lo más escogido del ejército constitucional, habia quedado destruida.

Llangostera entraba en Urrea, pasando la guarnicion á cuchillo, y poco despues llegaba á Caspe (14 de Octubre) recorriendo victorioso las riberas del Jalon. El conde de Morella paseaba tambien triunfante las riberas del Jalon y las del Ebro y el Giloca; entretanto que Forcadell, Arnau y otros jefes llevaban las banderas de D. Cárlos á orillas del Mijares, del Turia y el Júcar, recogiendo abundante botin por todas partes. Solamente la accion de Cheste (2 de Diciembre) pudo reanimar algun tanto el ánimo abatido de los liberales: en ella fué derrotada la retaguardia de Forcadell por cuatro escuadrones á las órdenes de Borso.

Ciudad-Real vió á sus puertas á las facciones de D. Basilio y Orejita; y Valladolid fué evacuada por la tropa y los milicianos nacionales que la guarnecian, al aproximarse la division del valeroso conde de Morella (Setiembre).

Y Aragon y Castilla, y Navarra y las Provincias Vascon-

gadas, y la misma Galicia se estremecian y hallaban levantadas en armas á favor de D. Cárlos: la ciudad de Tuy fué sorprendida y ocupada por el jefe Guillade (Abril del mismo año 1838).

Esta era la situacion del país, tales los elementos de que podian disponer los soldados de D. Cárlos, y tan próximo se veia su triunfo, á pesar de las crueldades iniciadas por el general Narvaez como el medio más provechoso para sus armas. Tal creia el sanguinario caudillo, aunque en breve tuvo ocasiones de comprender lo inútil de tan infames disposiciones y alardes de fiereza.

Entretanto, destrozados por intestinas luchas y miserables intrigas los isabelinos, ofrecian á Europa el espectáculo de su division. El desenlace de la guerra civil, que preveian contrario á sus aspiraciones, agitaba en la prensa y la tribuna los ánimos de los españoles.

El gabinete Perez de Castro-Arrazola veíase cada vez en mayor aprieto: de un lado las exigencias de la córte, de otro los ataques de moderados y progresistas, monárquicos y demócratas, le obligaban á reformar á cada momento sus disposiciones y á destituir y nombrar autoridades y empleados segun el capricho de unos y otros. Palarea, Cleonard y el baron de Meer fueron separados de las respectivas capitanías generales de Granada, Cádiz y Cataluña, á instancias de las oposiciones.

La ley de ayuntamientos, presentada por el ministerio á las Córtes, habia excitado tan violentamente las pasiones de la minoría, que el ministerio hubo de retirarla. Pero ni áun entrando en el terreno de las más humillantes concesiones pudo el Gabinete vencer, ó conjurar, á lo ménos, el peligro

que le amenazaba; y aunque apeló á la clausura de las Córtes, vióse obligado á retirarse á consecuencia de la escasez de recursos, de la dificultad en el cobro de las contribuciones, de la actitud hostil de la milicia de Madrid, y del motin que tuvo lugar en Valencia (30 de Marzo).

El ministerio quedó constituido con el elemento moderado del anterior, y con hombres de la misma fraccion fueron sustituidos los más exaltados: salieron Pita, Chacon y Hompanera, y formaron el nuevo Gabinete Perez de Castro, Arrazola, Alaix, Jimenez, Primo de Rivera y Carramolino (12 de Mayo).

Pero como el mal era más profundo, no bastaban estas insignificantes medidas á remediarle. Así fué que, muy poco tiempo trascurrido, viéronse obligados á nuevas reformas los hombres que componian el Gobierno, y el resultado fué tan desagradable para ellos como anteriormente.

Nuevos motines, nuevos escándalos amenazaron la existencia del Gabinete constituido como la de los anteriores; y la prensa y la tribuna, abiertas otra vez las Córtes, hacian públicas las miserias del partido liberal (1).

El militarismo lo dominaba todo; y las órdenes del general, jefe del ejército del Norte, formaban el programa político del gobierno.

En el campo de D. Cárlos habian conseguido las arteras maquinaciones de María Cristina, hallando eco en la ambi-

---

(1) En este tiempo fué prohibido el periódico mordaz é insolente que, con el título de *El Guirigay,* publicaba D. Luis Gonzalez Bravo, ardiente defensor de los más disolventes principios en aquella época.

cion de algunos, sembrar asimismo la discordia y concitar las pasiones.

El general Maroto habia algun tiempo se consideraba como el verdadero representante de la causa de D. Cárlos: resolvia segun su capricho en los asuntos políticos como en los de la guerra, y no perdonaba ocasion de hacer notar su poderosa influencia, adquirida, segun él, «á costa de grandes sacrificios, por el rey y por la patria.»

Semejante conducta habia de excitar la indignacion de otros buenos servidores de D. Cárlos, que comprendian los graves defectos de que adolecia el orgulloso general. El obispo de Leon, Arias Tejeiro, el P. Lárraga, el general Mazarrasa, Uranga, Lamas Pardo, García, Guergué, Labandero y otros formaban en el partido opuesto á Maroto, y decian á D. Cárlos: «Esos generales de carta y compás no quieren el triunfo de V. M. y la Religion: son enemigos de Cabrera, de D. Basilio, de Balmaseda y de cuantos piensan bien y son los que defienden á V. M. con lealtad acrisolada.»

Maroto contaba con un ardiente defensor en el P. Cirilo de Alameda, jefe de los marotistas en la córte de D. Cárlos. Unos y otros partidarios disputábanse la supremacía, y los de Maroto, creciendo en osadía, llegaron hasta el extremo de exclamar algunas veces, en presencia de sus contrarios: «¿Cuándo vendrá el general con un par de batallones, á cortar la cabeza á estos pícaros que tenemos en la córte?»

Don Cárlos, de cuyo carácter nos ocuparemos en lugar correspondiente, pero que bastaria para pintarle la bondad que revela lo que vamos á referir, contestaba á las continuas exigencias y quejas de su general diciendo: «Todo son intrigas de la revolucion, que yo conozco mejor que tú; no ha-

gas caso de chismes, que yo te aseguro sabré poner término á las desavenencias, y ve confiado; pero asegúrame que yo tambien puedo estarlo de tí.»

Estas palabras contrastaban admirablemente con la osadía del pérfido general, á cuyos oidos hacian llegar sus parciales los rumores más ofensivos para los verdaderamente amigos y defensores de D. Cárlos. «Se trata, le decian en una carta, entre otras muchas cosas, de inducir al rey, *que ya parece bastante inclinado á satisfacerlos*, de sentenciar á muerte á los generales Elío y Zaratiegui, y deshacerse tambien de cualquier modo de La Torre, Villareal, Eguía, Silvestre y demas caudillos que puedan estorbar los planes de los *asesinos de Cabañas.....*»

Tan groseras calumnias, con que pretendian los amigos de Maroto impulsarle á cometer un indigno atentado, produjeron su efecto; porque el soberbio general, pasando con su ejército desde las Provincias á Navarra, con ánimo de atacar el cuartel de D. Cárlos, «fusilar á toda la camarilla, segun nos confiesa él mismo, y poner al rey á disposicion de los ingleses, proclamando en su lugar al príncipe D. Cárlos Luis, su hijo.....» hubiera consumado seguramente en aquel momento su ya meditada é infame traicion.

Hiciéronle desistir algunos más tímidos ó más prudentes entre los que le acompañaban, y se detuvo con su gente, enviando á D. Cárlos á los PP. Gil y Cirilo, para que le recordasen lo que tenía ofrecido, «amenazándole con tomarse la justicia con propia mano,» si no venía en lo que se le tenía pedido.

A tan insolentes palabras contestó D. Cárlos del modo que dejamos indicado; y como si tanta bondad no bastara á satis-

facer las exigencias del altivo general, pues parecen las pruebas de bondad ofensas á los mal nacidos, volviendo á Tolosa con sus batallones, dispuso llevar á cabo la negra traicion que su pecho desleal alimentaba.

El general D. Pablo Sanz, el oficial de la secretaría Ibañez y el intendente Uríz fueron aprehendidos, y el brigadier Carmona pasó á Estella con encargo de notificar á García y demas compañeros que al siguiente dia se presentasen y estuviesen en el sitio que mejor les pareciera, pues Maroto pasaria á Estella: «pero que estuviesen seguros de que con la »misma tropa que *tenian con ellos sublevada* habian de fusi»larlos á todos,» como asimismo dijo á Carmona.

Y así se cumplió como Maroto habia ofrecido, porque apénas llegó á Estella, con su gente (17 de Febrero), fueron presos los generales García, Sanz y Guergué (1), el brigadier Carmona, el intendente Uríz y el oficial Ibañez.

Á la aprehension siguió la muerte, por acuerdo de los que acompañaban á Maroto, á excepcion del conde de Negri y Silvestre: y sin que precediera más fórmula de proceso, ni siquiera de acusacion, fueron pasados por las armas los valerosos defensores de D. Cárlos, mostrando en tan supremos instantes su fe y su entereza.

Y no parara en esto la alevosía de Maroto, si Balmaseda y otros dignísimos jefes y oficiales, de los más notables y leales que servian á D. Cárlos, no consiguieran burlar la persecucion del traidor general (2).

---

(1) El primero cuando trataba de escapar vestido de sacerdote.

(2) Balmaseda habia salido del castillo de Guevara por órden

Sin embargo, trató de disculpar su villana conducta publicando, al dia siguiente de las ejecuciones de Estella, una proclama en que se leian los siguientes párrafos:

«Voluntarios: Contais cinco años cumplidos de heroicos sacrificios; vuestra sangre copiosamente vertida en ellos, la disipacion de vuestra fortuna é indefinibles padecimientos, como son los que habeis prestado y consignado en la historia de vuestra admirable resistencia, áun no bastan para satisfacer hoy y aplacar la codicia de *hombres inmorales que, bajo la sombra siempre del monarca, y disfrutando de ilusiones y positivas comodidades, han mirado y ven con fria indiferencia vuestras privaciones, fatigas, y áun vuestra muerte, con tal que les asegure dormir en la molicie y alimentarse á vuestra costa*..... Se han propuesto obligarme á que os conduzca á pelear contra las fortificaciones enemigas ó sacrificaros en nuevas expediciones, y cuando han tocado mi tenaz resistencia á tamaño desprecio de vuestras vidas, *han recurrido á la traicion y medios infames para alucinaros:* ellos han escrito y hecho una publicacion de papeles apócrifos y subversivos; *han declamado en calles, plazas, y áun en el claustro austero y piadoso* ideas de anarquía, de sedicion y de sangre; y ellos, en fin, han ambicionado con criminal y ostensible empeño envolveros en nuevas desgracias y amarguras, en cambio de vuestros sinsabores é incomparables calamidades, *obligándome los partes, que con tales justificativos me fueron á Tolosa dirigidos, á trastornar mi plan y tener que venir presuroso á este suelo de honor, de fidelidad*

---

de D. Cárlos, y algunos oficiales consiguieron salvar su vida por la mediacion é influencia de los amigos del general Maroto.

y de valor, con el fin de castigar la gravedad de tales excesos. Vosotros todos sabeis los hechos, porque su notoriedad es general; ignorais *que he pedido tres veces al monarca, por conducto de respetables personas que están á mi lado, la separacion de un mando, que no pretendí, pero que, una vez admitido, no lo mancharé con ignominiosa afrenta.....»*

Estas palabras en boca del general Maroto, estas protestas de lealtad y honradez, en quien tales proyectos abrigaba, son las mejores pruebas de su cínica hipocresía.

«Moriré entre vosotros, añadia en otro párrafo; pero juro no permitiré por más tiempo el triunfo de la artería y el engaño. Presos los autores inmediatos que provocaban una sedicion militar, he mandado ejecutar en sus personas un ejemplar castigo, que creo pondrá freno á *maquinaciones que podrian hacer interminables vuestros trabajos, y acaso, inutilizándolos, haceros llorar el más alto grado del infortunio...*— Voluntarios y nobles hijos de este reino y Provincias Vascongadas: *¡Viva el Rey! ¡viva la subordinacion!* y sea nuestro lema religion ó muerte y restauracion de nuestras antiguas leyes, por cuyos principios moriremos todos, y lancemos fuera de nuestro lado *todo hombre ambicioso* que no coopere eficazmente al triunfo de la causa que defendemos, y por la que veis cubiertos de luto y pobreza á vuestros padres y pueblos que os vieron nacer.»

El rebelde general,—pues éste es el verdadero calificativo que merece á la historia, si ya no los de traidor y asesino, que con igual justicia le corresponden—elogia en la citada proclama las virtudes de que carece, y ensalza los venerandos principios que él atropellara.

De subordinacion y respeto y amor al monarca blasonaba el hombre que, no solamente en várias ocasiones llevara su osadía hasta imponer condiciones á Don Cárlos, amenazándole con tomar por su mano la que llamaba justicia; si que, una vez llevadas á cabo las sangrientas ejecuciones de Estella, primera parte de su proyectada traicion, notificó á Don Cárlos lo sucedido. «Es el caso, señor, decia en su comunicacion, que he mandado pasar por las armas á los generales Guergué, García, Sanz, al brigadier Carmona, al intendente Uríz y al oficial Ibañez, y *que estoy resuelto, por la comprobacion de un atentado sedicioso, á hacer lo mismo con otros varios, que procuraré su captura sin miramiento á fueros ni distinciones*, penetrado de que con tal medida se asegura el triunfo de la causa que me comprometí á defender, *no siendo sólo de V. M.* cuando se interesan millares de vivientes, que serian víctimas si se perdiera, sirviéndome en el dia *para el apoyo de mis resoluciones la voluntad general, tanto del ejército como de los pueblos, cansados ya de sufrir la marcha tortuosa y venal de cuantos han dirigido el timon de esta nave venturosa, cuando ya divisa el puerto de salvacion.....»*

Despues, siguiendo su acostumbrado sistema de altiva insubordinacion, decia lo siguiente: «No desconoce V. M. el gérmen de discordia que se abriga y sostiene por personajes en ese cuartel real; mándeles V. M. marchar inmediatamente para Francia, y la paz, la armonía y el contento reinará en todos sus vasallos; *de lo contrario, señor, y cuando las pasiones llegan á tocar su término de acaloramiento, los acontecimientos se multiplican y se enlazan las desgracias, que siempre debe considerarse como tal la precision de proceder contra la vida de sus semejantes.»*

Semejante alarde de humanitarios sentimientos, despues de los fusilamientos de Estella, habia de producir gran indignacion entre los adversarios de Maroto. La impunidad de sus desafueros aumentaba la osadía del general, y sus consejos, si bien alguna vez eran hipócritamente humildes en la forma, encerraban siempre un imperioso maudato.

Recomendaba á D. Cárlos en la misma comunicacion que se rodease de hombres dignos y que contaran con las simpatías de los pueblos; que eran, segun se comprende, los amigos del general, y que apartara de sí á los funestos personajes que tan mal le aconsejaban.

Se trasladaba D. Cárlos con su córte á Villafranca, y en la cuesta de Descarga recibió la comunicacion de Maroto. Cuál fuera el efecto que la audacia del traidor general produjera en los que al ilustre príncipe acompañaban, no hay para qué decirlo.

Pensaron algunos en huir del peligro que tan cercano amenazaba, y fueron los ménos; que los restantes, y muy particularmente el ministro Tejeiro, quisieron detener el golpe con valeroso esfuerzo y prudentes cuanto eficaces disposiciones. Influyeron poderosamente en el alma sencilla y noble de D. Cárlos: animáronle á resolver de una vez el problema que se ofrecia á sus ojos, determinando enérgica y francamente una línea de conducta bastante, no ya para vencer al osado general, sí que para humillar la soberbia insolente que demostraba, y castigar el desacato que tan resuelto acometia.

El noble hermano de Fernando VII abrió, como siempre, su alma á la razon y al sentimiento de justicia, nunca borrado de ella, si bien alguna vez contenido por su natural bondadoso y heroico, y siguió confiadamente los consejos de sus

fieles vasallos Arias Tejeiro, el obispo de Leon y tantos otros modelos de fidelidad y constancia.

El marqués de Valdespina fué separado del Ministerio de la Guerra, en que tales servicios pudiera prestar á la causa de la rebelion hipócrita, como muy afecto que era á Maroto. Al ministro de la Guerra siguieron cuantos manifiestamente se mostraron parciales del general rebelde, y fueron reemplazados con dignísimos hombres pertenecientes al bando celoso de la causa de la Religion y el Rey. El duque de Granada de Ega sustituyó á Valdespina; el general Villareal obtuvo el mando de las tropas, y cuantos jefes habian sido objeto de la enemistad y el odio de Maroto, volvieron al lado de D. Cárlos.

Un manifiesto que éste dió al ejército y al pueblo vasco-navarro fué el complemento de aquella serie de utilísimas disposiciones con que se afirmara el triunfo de D. Cárlos, si posteriores vacilaciones, si nuevos perjurios y falsía en algunos de los hombres que más confianza debieran inspirar al príncipe, no llegaran á deshacer tan bien formados planes y á consumar la obra de la traicion.

«El general D. Francisco Maroto, decia D. Cárlos en su manifiesto (1), abusando del modo más pérfido é indigno de la confianza y bondad con que le habia distinguido, á pesar de su anterior conducta, acaba de convertir las armas que le habia encargado, para batir á los enemigos del trono y del altar, contra vosotros mismos. Fascinando y engañando á los pueblos con groseras calumnias; alarmando, excitando hasta con impresos sediciosos y llenos de falsedades á la insubordinacion y anarquía, ha fusilado, sin preceder formacion de

(1) 21 de Febrero de 1839.

causa, á generales cubiertos de gloria en esta lucha, y á servidores beneméritos por sus servicios y fidelidad acendrada, sumiendo mi paternal corazon en la amargura. Para lograrlo, ha supuesto que obraba con mi real aprobacion; pues sólo así podia haber encontrado entre vosotros quien le obedeciese; ni la ha obtenido, ni la ha solicitado, ni jamás la concederé para arbitrariedades y crímenes.....»

Tal era D. Cárlos. Estas palabras revelan, mejor que los más apasionados elogios, que el más justo encarecimiento de sus virtudes y nobleza, cuáles eran los pensamientos, cuál el alma del ilustre Desheredado por la codiciosa Napolitana.

«Separado ya Maroto del ejército, continuaba, le declaro traidor, como á cualquiera que, despues de esta declaracion, á que quiero se dé la mayor publicidad, le auxilie ú obedezca: los jefes y autoridades de todas clases, cualquiera de vosotros, está autorizado para tratarle como tal, si no se presenta inmediatamente á responder ante la ley.»

Pero fué éste digno ensayo no más de una energía y una entereza, á que no se amoldaba, á que no podia prestarse el benévolo carácter de D. Cárlos. Tan desusado rigor con uno de los que siempre estimó como leales vasallos y mantenedores de la causa del derecho y la legitimidad, no podia durar mucho tiempo: y así lo comprendió el astuto general. D. Cárlos cedió una vez más á las pérfidas seducciones del hombre que habia largo tiempo trabajaba contra la causa que afectaba defender, ó que, por lo ménos, abrigaba el inicuo pensamiento de la traicion.

En Villafranca se hallaba la córte de D. Cárlos cuando llegaron á notificarle los generales conde de Negri y Silvestre cuáles eran los deseos del orgulloso Maroto, quien, poco

tiempo ántes, era recibido en la carretera de Vitoria á Pamplona por el ejército de D. Cárlos, y victoreado con entusiasmo.

No hubieron menester gran esfuerzo los embajadores para conseguir cuanto se proponian; porque unidos sus consejos á los de algunos encubiertos amigos de Maroto, que pudieron salvarse de las últimas reformas, consintió el príncipe en cuanto el traidor solicitaba. Achaque del noble suele ser entregarse él propio en manos de sus astutos enemigos, porque no puede concebir la infamia de la perfidia quien no es capaz de cometerla. Y por si no bastasen á satisfacer las altaneras pretensiones de Maroto el destierro de veintitres ilustres y dignísimos personajes, que buscaron desde el primer momento su salvacion en el castillo de Segura (1), los nombramientos de D. Juan Montenegro y D. Paulino Ramirez de la Piscina para las respectivas Secretarías de Guerra y Estado, ambos muy afectos al general; como si tantas y tales pruebas de consideracion no llegaran adonde las aspiraciones de Maroto, dispuso D. Cárlos que se recogiesen cuantos ejemplares fuesen habidos del anterior manifiesto de 21 de Febrero, y expidió un real decreto concebido en términos muy lisongeros para el rebelde.

«Animado constantemente — decia el noble príncipe, con toda la ingenuidad de la pureza de sentimientos, — de los

---

(1) Entre ellos se encontraban Arias Tejeiro, Lamas Pardo, el obispo de Leon, Labandero, el P. Lárraga; los generales Uranga, Mazarrasa, Vivanco y D. Basilio Antonio García; los coroneles Serradilla, Herrería y otros distinguidos jefes y oficiales de la fraccion llamada apostólica. El general Urbiztondo acompañó á los deportados hasta la frontera francesa.

principios de justicia y rectitud que he consignado en el ejercicio de todos los actos de mi soberanía, no he podido dejar de ser altamente sorprendido cuando, con nuevos antecedentes y leales informes, he visto y conocido que el teniente general, jefe de Estado Mayor general, D. Rafael Maroto, ha obrado con la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos de amor y fidelidad que tiene tan acreditados en favor de mi justa causa: estoy ciertamente penetrado de que, siniestras miras, fundadas en equivocados conceptos, cuando no hayan nacido de una criminal malicia, si pudieron ofrecer á mi régia confianza hechos exagerados y traducidos con nociva intencion, no debo permitir corran por más tiempo sin la reparacion debida á su honor mancillado: y, aprobando las providencias que ha adoptado dicho general, quiero continúe como ántes á la cabeza de mi valiente ejército, esperando de su acendrada lealtad y patriotismo que, si bien ha podido resentirle una declaracion ofensiva, ésta debe terminar sus efectos con la seguridad de haber recobrado aquél mi real gracia y la reivindicacion de su reputacion injuriada (1).»

No tardó mucho Maroto en presentarse en la córte de Don Cárlos á recibir, tanto del rey como de los que le rodeaban, testimonios de consideracion y afecto que tanto halagaban su amor propio: un amor propio, nada escaso por cierto, segun la opinion de cuantos le conocieron, y que él mismo confesaba, diciendo que «preferia cien veces la muerte al ostracismo y la oscuridad.»

Zaratiegui, Urbiztondo, Gomez, Cuevillas, Eguía, Var-

---

(1) Reales decretos del campo de D. Cárlos: Real decreto de 24 de Febrero de 1839.

gas, Madrazo y otros varios jefes, separados ó presos durante el gobierno de la fraccion Tejeiro, Lamas Pardo y demas apostólicos, volvieron á la libertad y al mando militar que anteriormente les estaba confiado. El valeroso Balmaseda, mal contento con el triunfo de Maroto, cuya conducta habia conocido de los primeros, y que expiaba las acciones del traidor, intentó levantar alguna tropa en Estella para volver á su anterior estado los asuntos, restaurando en el poder á los verdaderos defensores de la causa de D. Cárlos. Pero descubiertos sus planes por Maroto, hubo de huirse á Castilla el buen Balmaseda para librarse de una villanía del soberbio general.

Éste, creciendo en arrogancia conforme conseguia la realizacion de todos sus planes, publicó en Durango una insolente proclama (3 de Marzo) en que, al mismo tiempo que anunciaba nuevos trastornos en tiempo no lejano, calumniaba groseramente á los ilustres desterrados, y á ellos acriminaba los elementos desorganizadores que, segun él, se agitaban en el campo carlista.

No desconocia el Gobierno de Madrid la situacion de los asuntos en el campo y córte de D. Cárlos: y, ¿cómo habia de ignorar nada de cuanto pasaba, contando, tanto en uno como en otra, con *amigos inteligentes y osados*, que de todo le ponian al corriente? Y no se juzguen maliciosas hipótesis ó gratuitas suposiciones los que hoy son demostrados actos, y cuya jurisdiccion pertenece exclusivamente á la historia, supuesto que los crímenes que contra la patria cometen sus hijos, solamente los castiga la historia. El general en jefe del ejército del Norte recibia del Gobierno de Madrid una, entre várias comunicaciones, en que se leian las siguientes palabras: «S. M. confia que la prudencia y pericia de V. E. sa-

cará de *aquellos acaccimientos* el resultado á que se prestan, para lo cual queda V. E. ámpliamente autorizado.»

Espartero no dejaba pasar ocasion de cuantas se le ofrecian para llevar á cabo un convenio que pusiera fin á la guerra. Necesitaba para ello un apóstata, y Maroto era el más á propósito para ello. La vanidad arrastra al hombre á los mayores crímenes y á las más repugnantes concesiones. El general isabelino comprendió fácilmente,—y no era menester gran ingenio para comprenderlo,—que Maroto era el instrumento que se necesitaba para los fines del Gobierno de Madrid. D. Joaquin Berrueta, jefe político interino de Logroño, recibió de Espartero el encargo de buscar quien con el general carlista se entendiese: fué cierto hombre, vendedor ambulante de mercancías, por nombre Echaide, el que pasó á Estella con la comision de inquirir los intentos de Maroto. Fué bastante explícito con el mercader, ó bastante frágil, puesto que, cuando Echaide dió la vuelta, aseguró que el jefe del ejército de D. Cárlos se hallaba dispuesto á concluir la guerra, segun él mismo habia dicho.

Ya no quedaba duda alguna á Espartero de que Maroto se hallaba inclinado á la negociacion, y mandó al mismo Echaide con un pliego cerrado, diciendo al portador: «Diga usted á D. Rafael Maroto, mi buen amigo y compañero, que guardaré la reserva que debe guardarse en tan importante asunto; que prescinda de consideracion á D. Cárlos y á su familia, y que entraremos en tratos; ofreciéndole, tanto para sí cuanto para su ejército, las ventajas que quiera.»

No se hizo aguardar mucho tiempo la respuesta; porque Maroto, que no deseaba otra cosa, «nada más por el bien de los pueblos,» segun él decia,—mentida é hipócrita solicitud,

criminal y vergonzoso escarnio del patriotismo, — respondió al isabelino, previo un consejo celebrado con sus generales en Morentin, que se hallaba dispuesto, siempre que el hijo de D. Cárlos, el príncipe D. Cárlos Luis, casase con la infanta Isabel, á la sazon llamada reina de España (1). «Dígale usted á Espartero, dijo Maroto al encargado de llevarle el pliego, que fué el mismo Echaide, que ya nos entenderemos.»

Parecíale sin duda al traidor que no pesaban sobre España bastantes calamidades, y trataba, menospreciando el derecho de D. Cárlos, de amalgamar la legitimidad con la usurpacion, de colocar, entre el ilustre conde de Molina y su propio hijo,

---

(1) Adviértase que andamos muy parcos en la cuestion de tratamientos al referirnos á Isabel y á D. Cárlos y á su ilustre familia; y esto tiene una muy lógica explicacion. Historiadores imparciales, pues de lo contrario más pudiera llamarse novela que historia el relato que vamos haciendo, no queremos que se nos tache de apasionados ó parciales, si á los dignísimos condes de Molina y Montemolin, si al jóven príncipe D. Cárlos de Borbon y de Este, damos el tratamiento de Majestad, en tanto que no dejemos consignado y probado, al final de la obra, segun es nuestro intento, el mejor derecho, el exclusivo de la familia de D. Cárlos María Isidro.

Porque sabemos, porque estamos plenamente convencidos de que doña Isabel de Borbon, por más esfuerzos que hagan sus parciales, nunca ha de ser considerada por la Historia sino como el instrumento de la usurpacion, que empleara doña María Cristina y sus secuaces; por estar no ménos seguros de que si durante veinticinco años se ha sentado en el trono de España, no ha sido como legítima reina de España, y sí reina de los españoles; por todo esto, nos abstendremos, en cuanto nos sea posible, de concederla el dictado de Majestad, de que hoy carece, puesto que el mismo principio revolucionario que la elevara, el mismo la destronó.

un obstáculo, tal vez un motivo de disgusto, si tal como Maroto proyectaba se hubiese llevado á cabo.

Apláudese todavía por gentes harto cándidas ó de mala fe el *feliz pensamiento*, el *grandioso paso*, que así se ha denominado por muchos la traicion de Maroto, que puso término á una guerra desastrosa y cruel, en que hermanos contra hermanos lucharon durante siete años sin tregua ni compasion. Apláudese la apostasía, como si de semejante infamia pudiera nunca resultar más que oprobio y vergüenza para quien la comete y para quien la explota.

Y áun si la traicion, que tan en breve habia de llevarse á cabo, fuera cometida en los primeros dias de la campaña del 38 al 39; si ántes de dar lugar á nuevo derramamiento de sangre, se hubiera cumplido, si bien nunca fuera ménos indigna y criminal, ménos cobarde y atentatoria á los sagrados derechos y venerandos principios, habria sido más humanitaria, aunque tan infame.

Pero al crímen sigue el crímen, porque es resbaladiza la carrera; y á los fusilamientos de Estella habian de seguir las indignas y crueles entregas que hizo del ejército el pérfido Maroto en Guardamino y en Ramales, en Arcinaga y en Orduña, en Belascoain y en Baños, en la Barca, en Arroniz, y en tantos otros encuentros en que la morosidad de Maroto, si no el intencionado abandono en que su conducta vacilante y en extremo incalificable, dieron el triunfo al ejército enemigo, y fueron causa de muchas víctimas.

Inútiles eran los esfuerzos de Elío y Zaratiegui, y tantos otros jefes dignos y pundonorosos que pelearon con bravura y trataron de contener el peligro, que ya encima se hallaba. Á los puntos citados siguieron otros muchos, y la semilla

de traicion, fructífera siempre en las grandes colectividades, empezaba á propagarse entre algunos. Funesto ejemplo es el de la apostasía, cuando no va detras el castigo; porque si el apóstata consigue escapar á la justicia humana: si ademas de la impunidad alcanza el traidor como paga de su indigna venta consideraciones y medro, no tardan en seguir su ejemplo, émulos de su fortuna, los hombres más indignos, que suelen ser los más peligrosos.

Maroto habia sembrado entre sus generales el espíritu que le animaba, logrando fascinarlos con la esperanza de una paz segura y duradera, que pusiese término á tanto extrago y á tanto derramamiento de sangre; «asegurando al mismo tiempo, segun él decia, el fin que se propusieron al principio de la guerra, puesto que D. Cárlos Luis de Borbon sería rey de España, en union con la infanta Isabel de Borbon.»

Pero como la voz de la conciencia se hace oir alguna vez áun en el corazon más envilecido, Maroto soñaba con sus propios pensamientos y con sus pérfidos planes; imaginaba peligros, y miraba un enemigo oculto en el que no se prestaba á servir de material instrumento á sus fines. En vano trataban de tranquilizarle los consejeros de D. Cárlos, diciéndole que éste le conservaba siempre en su particular aprecio y predileccion, y que cuanto en contra de Maroto en la córte se intentara, habia de anularse ante la buena fama que tenia el general, y sus muchos servicios y merecimientos.

Pero no eran estas razones bastante poderosas para desvanecer los temores que agitaban á Maroto. Sabedor de que el obispo de Leon, Echevarría, Labandero y otros personajes de los que se hallaban desterrados, por instancia del altivo general, no habian cesado de sostener correspondencias con

Don Cárlos; y no contento con las seguridades que frecuentemente le daban, tanto el mismo príncipe cuanto sus consejeros, aumentaba su impertinente osadía y multiplicaba sus exigencias y arbitrariedades. Tenía conciencia del peligro que le amenazaba, y lástima fué que tal peligro, á que nosotros apellidamos justicia, no llegara á descargar de lleno sobre la cabeza del apóstata general.

Sucedia, en efecto, que D. Cárlos, si bien habia alejado de sí á sus antiguos consejeros, no así de su amistad; continuaban, no solamente en buenas relaciones con el príncipe, si que percibiendo sus respectivos sueldos, como si se hallasen en activo servicio. Era el jefe de esta conjuracion contra Maroto Marcó del Pont, á la sazon ministro de Hacienda de Don Cárlos; y procurando arrastrar en pos de sí á cuantos fuera posible, trabajaba descaradamente contra el que tan poco se ocultaba para llevar á cabo sus depravados fines.

La noticia de que Arias Tejeiro y otros desterrados habian acudido al lado de Cabrera exacerbó completamente á Maroto, que ya no vaciló un momento en adoptar cuantos medios se le ofreciesen, por muy escandalosos y públicos que fueran, para llevar á cabo su meditada infamia.

Y fueron inútiles las protestas de amistad que el mismo Don Cárlos le dirigió para aquietarle, las reales órdenes en que se declaraba al ex-ministro Arias como «el mayor revolucionario, privándole de su dignidad de consejero y de cuantas honras le fueran anteriormente conferidas.» Parecia que el bondadoso carácter de D. Cárlos se esforzaba aún en aquellas circunstancias para quitar pretexto á la traicion en el hombre á quien tanto distinguiera con su amistad.

Pero no bastan ejemplos de virtud para contener al que se

lanza por la senda de la infamia, y Maroto puso el sello más indigno que pudiera á la traicion que meditaba. Y fué enviar un ayudante de su campo al rey de Francia (Junio de 1839) para que él interviniese en el asunto de la pacificacion de España. ¡Mengua y baldon eternos de que inútilmente algun amigo oficioso trató de librar el nombre de D. Rafael Maroto!

El *sentimental* Luis Felipe, por medio del mariscal Soult, se dirigia al Gobierno isabelino diciendo que, «afligido profundamente por el estado infeliz de España, se habia decidido á intervenir en el asunto» (28 de Junio de 1839). Las condiciones del tratado de pacificacion que deberia llevarse á efecto eran las siguientes: Renuncia de D. Cárlos y de la duquesa de Beira al trono de España, pudiendo elegir punto de residencia segun su gusto, pero fuera de España. Si esta renuncia no pudiera conseguirse, deberia contarse con la voluntad del conde de España, como igualmente con la de D. Ramon Cabrera, para efectuar el convenio de que se trataba (1). Doña María Cristina saldria de España, y la monarquía española quedaria confiada «colectivamente» á D. Cárlos Luis, hijo mayor de D. Cárlos, y á Doña Isabel, hija mayor de Don Fernando VII. Ambos príncipes, unidos en matrimonio, habrian de reinar, arreglándose para la sucesion «á lo establecido ántes de la pragmática famosa de 1830 (2).» Como particular opinion de Francia, manifestó el embajador que,

---

(1) Téngase muy en cuenta esta condicion, de que tan poco aprecio se hizo más tarde.

(2) Condicion muy importante, que solamente suplicaremos á nuestros lectores conserven en la memoria, pues ha de servirnos de muy poderoso apoyo en la cuestion de derecho de que al final de esta obra nos ocuparemos.

caso de llevarse á efecto el convenio, se «diese la preferencia al hijo segundo de D. Cárlos, que demostraba más talento (1).» Eran tambien condiciones del formulado convenio que se respetasen los grados y empleos por ambas partes, y que habian de guardarse los fueros de las Provincias Vascongadas y Navarra.

No satisfacian á Maroto estos trabajos, y quiso, por parte de Inglaterra, conseguir tambien apoyo á sus planes. A pretexto siempre de poner fin á una guerra sangrienta y devastadora, celebró Maroto una conferencia con lord John Hay, en la que, á pesar de toda su hipocresía y astucia, no pudo vencer al inglés, nunca muy inclinado á intervenir en asuntos de que ninguna utilidad pueda sacar su país (27 de Julio de 1839). Prometió lord John Hay pedir por su parte la única del tratado que hacía referencia á las Provincias Vascongadas; esto es, el reconocimiento de sus fueros con algunas modificaciones.

Tan depresivas para D. Cárlos como las de Francia, eran las condiciones de su desleal servidor, puesto que eran las mismas. Fundaba el convenio en el casamiento del príncipe Don Cárlos Luis, hijo primogénito, con Isabel, á su vez primogénita de D. Fernando VII; queria que abdicase aquél todos sus derechos á la corona; que se restableciesen las antiguas Córtes por estamentos; que se reconociesen grados y empleos civiles y militares de ambas partes, y la integridad en sus fueros á las Provincias Vascongadas.

---

(1) Apreciacion de Luis Felipe, que no há menester comentarios, pero que, desde luégo, era depresiva para toda la familia de D. Cárlos é injuriosa para España.

Y estas negociaciones se hacian públicamente, puede decirse, sin que el temor de la execracion de todo el mundo que iba á conseguir, bastara á contener á Maroto; y, lo que es más aún, sin que D. Cárlos pudiera impedirlo ya: á tal punto habia la traicion encaminado los sucesos.

Y entretanto, el general Espartero, que rechazaba igualmente las proposiciones de Luis Felipe que las del traidor Maroto, avanzaba á su antojo, y sin que éste tratara de estorbarlo, llegaba á Vitoria y á Ochandiano, á Durango, Arechavala, Castañeda, y ocupando las importantes posiciones de Areta, puede decirse que habia desalojado de toda Vizcaya á los carlistas, y amenazaba á Guipúzcoa con sus tropas.

Los rasgos de valor heroico de Elío en Cirauqui y Estella (23 de Agosto) contuvieron al sanguinario conde de Belascoain, obligándole á pasar á la opuesta márgen del Arga, con bastante pérdida en hombres y fama, pues de aquella expedicion se prometiera muy felices resultados el general isabelino.

Pero no bastaban estos notables testimonios de un valor tan demostrado durante siete años de lucha, para atenuar el mal que pesaba sobre la causa carlista, merced á la deslealtad y la perfidia. Conocedores de ello muchos jefes, habian intentado alguna vez cortarla de raíz, y en Navarra, en Etulain, se alzaron algunos batallones de gente del país, á los gritos de ¡viva el Rey! ¡muera Maroto! ¡mueran los traidores! A la cabeza de los amotinados pusiéronse dos enemigos de Maroto, que fueron D. Basilio Antonio García y D. Juan Echevarría, y se dirigieron á Vera, cuyo punto ocuparon.

No quiso Maroto buscar otro medio para vencer á sus enemigos que el mismo D. Cárlos, cuya bondad tan conocida le

era, y de la cual abusaba tan inicuamente: y así fué que, instándole para que pasase á sofocar la rebelion, no tardó en conseguir su objeto. Pero la semilla de la discordia habia cundido en aquel ejército, y en Andoain y en Areta los batallones guipuzcoanos tambien amenazaban con sublevaciones.

Grave situacion era la de Maroto, y más de una vez pensó en escapar del campo de D. Cárlos, pues no sin razon no se consideraba muy seguro: pero no por eso abandonaba su hipócrita sistema, y en 23 de Julio decia á sus soldados en una proclama: «En vano algunos viles intrigantes esparcen rumores de transaccion, pues jamás puede haberla entre dos partidos cuyos principios son tan opuestos. Sea nuestra constante divisa el Rey y la Religion: es necesario triunfar ó morir.»

Estas palabras en boca de Maroto son terribles sarcasmos; las acusaciones más graves que pueden hacerse á un traidor fueron siempre sus propias protestas de fidelidad. Algunos dias despues, cuando pasaba con algunos batallones á *castigar*—frase favorita de Maroto—á los sublevados de Vera, se halló con D. Cárlos en Villareal de Zumárraga; el cual, como todo lo dejase apaciguado, merced á su excesiva condescendencia, dispuso que con él diese la vuelta. Pensó Maroto que no era aquella mala ocasion para inclinarle á la abdicacion tan deseada, y en dicho sentido, y con arreglo á su proyecto de *pacificacion*, habló á D. Cárlos. El efecto que sus palabras produjeron en la escolta, ó más bien el grito de la propia conciencia, le hizo ver siniestras demostraciones en algunos jefes, y temeroso de un atentado se alejó precipitadamente, seguido de su ayudante.

¿Qué confianza pudiera tener, qué tranquilidad, el hom-

bre que tan inicuamente vendia á su rey y señor? Y, sin embargo, cuando se presentó de nuevo en el campo de D. Cárlos, léjos de oir palabras duras y justas recriminaciones, en vez de ver admitida inmediatamente la dimision que presentaba del mando que tenía, en lugar de la severidad en el rostro de D. Cárlos, ya que no el encono de su alma, pues de ello no era capaz, solamente halló una paternal acogida, solamente pudo escuchar frases halagüeñas en boca del príncipe que nunca supo odiar.

¿Cuáles fueron los sentimientos que surgieron en el alma de Maroto? ¿cuáles las ideas que acariciaron su imaginacion? Él mismo lo consigna, diciendo «que estuvo tentado de fusilar á todos los del real de D. Cárlos, como ellos hubieran hecho con él,» y hasta procuró ganarse los ánimos de algunos jefes para hacerlo.

Y este hombre, ingrato y desleal, decia desde su cuartel de Elorrio en una proclama á sus soldados (23 de Agosto): «Entre nosotros no debe haber más divisa que la religion, nuestro soberano, y patria: sofóquense para siempre esas voces de transaccion que nunca puede haber, y juremos nuevamente todos ántes morir que sucumbir.....»

¡Con cuánta razon decia el valeroso Balmaseda á D. Cárlos: «Yo me encargo de hacer bueno á Maroto, si V. M. me lo permite;» y seguramente el esforzado Balmaseda poseia un gran brazo, y una estocada suya rara vez iba perdida. Maroto se hallaba poseido del demonio de la soberbia, y del espanto de su criminalidad: no confiaba en ninguno de cuantos le rodeaban; conocia muy bien que en aquella atrevida empresa que acometiera jugaba la cabeza, y la semilla de la traicion por él sembrada en el campo de D. Cárlos, pudiera fructificar

en contra del mismo que la sembrara. Constantemente en la ria de Bilbao le aguardaba un buque, y muchas veces, como queda dicho, hubiera abandonado su posicion y se habria fugado si no le alentara ese interno fuego que arde en el corazon del conspirador ambicioso.

Hallábase establecido el cuartel general de Espartero en Durango; Maroto, que habia fingido acudir al peligro, volviendo desde Navarra al encuentro del enemigo, estableció primeramente su cuartel en Elorrio, y despues en Elgueta.

Tuvo lugar la primera entrevista de los dos generales en la ermita de San Antolin de Abadiano, y asistieron á ella el coronel inglés Wylde y el brigadier Linage (25 de Agosto). En ella, Espartero, que comprendia perfectamente su posicion, y que ademas contaba con veinticinco millones, que para los gastos de «compra de algunos jefes» se le habian consignado por medio del ministro de la Guerra Alaix (1), quiso que Maroto y los suyos reconociesen sin restriccion alguna al gobierno constitucional; y con respecto á la cuestion de fueros dijo que, si bien á nada serio podia comprometerse, recomendaria aquel asunto muy especialmente á las Córtes.

Sin resultado por entónces quedó el convenio, si bien lo más importante se habia llevado á cabo, esto es, la «contratacion:» quedaba la cuestion de precio, puede decirse, y no habia de reparar seguramente en lo ménos quien, como Maroto, no reparaba en lo más.

Espartero anunció la continuacion de la guera, pues no habia podido llegar á un arreglo con el enemigo, y Maroto

(1) Pues así se hacía constar en una de las comunicaciones que mediaron entre Espartero y el Gobierno de Madrid.

escribió al real de D. Cárlos notificando el resultado de la entrevista, de que ya con el mayor cinismo habia dado cuenta de esta suerte: «Estado Mayor General.—En la noche del dia de ayer se me presentó un parlamentario del ejército enemigo, haciéndome las proposiciones siguientes de parte del gobierno de Madrid.—Reconocimiento del Sr. D. Cárlos María Isidro de Borbon como infante de España, mi rey y señor.—Reconocimiento de los fueros provinciales en toda su extension.—Reconocimiento de todos los empleos y condecoraciones en el ejército, dejando á mi arbitrio el ascenso ó premio de alguno que se considere acreedor á ello.—Lo digo á V. S. para que, poniéndolo en conocimiento de su Majestad, se me prevenga lo que debo contestar; y como en las presentes circunstancias me he propuesto patentizar mi comportamiento hasta en los asuntos más reservados, ruego se me permita dar al público esta mi comunicacion, advirtiendo á V. S. que en la tarde de este dia me he propuesto tener una conferencia particular con el jefe superior enemigo, para pedirle más aclaraciones sobre el particular. Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel general de Elgueta, 25 de Agosto de 1839.=Rafael Maroto.=Sr. Brigadier encargado de la Secretaría de Estado y del despacho de la Guerra.»

Con el mismo desenfado notificó al real de D. Cárlos las proposiciones que le habia hecho el general Espartero, y poco despues dirigia al mismo D. Cárlos una carta humilde, que en otro hubiera sido digna, y en un apóstata era miserable y cobarde, cuando seguia al delito y no precedia al arrepentimiento. En ella se ponian á los piés de D. Cárlos, Maroto y cuantos le acompañaban, y entre sus más notables párrafos se leia lo siguiente, despues de pedirle perdon: «que nunca es

más grande un monarca que cuando perdona las faltas de sus vasallos.»

Habia llegado á su colmo la indignacion de la córte y de los verdaderos amigos de D. Cárlos: éste, por su parte, ya no podia demostrar por más tiempo su nobleza y bondad á quien tan ingrato se mostraba á sus beneficios. Era forzoso proceder enérgicamente, y no consentir por más tiempo los escandalosos atentados del general Maroto. Una alocucion dirigida al ejército y publicada en Villafranca fué la contestacion á la súplica del rebelde. En ella se leian párrafos enérgicos, como el siguiente: «La lealtad de muchos ha sido sorprendida: son indignas de vuestro valor las proposiciones hechas al rey nuestro señor, y no es de vosotros abandonarle en manos de sus enemigos. Á esto solo y á ligaros á vosotros al carro de la revolucion se reduce la paz con que á muchos han alucinado..... Una paz que exige la abdicacion del rey que habeis jurado, una paz convenida entre jefes militares sin autorizacion ni garantía alguna, ¿qué otra cosa puede ser que un engaño para apoderarse de un país que no han podido dominar por las armas? Desengañaos: esta es la traicion más infame que han visto los nacidos. Morir primero que sucumbir. La causa de Dios peligra y la de un rey en cuya defensa está comprometida vuestra conciencia y vuestro honor.»

D. Cárlos, que merced á sus buenos servidores se decidió á obrar con la premura y el rigor necesarios, se dirigió precipitadamente á Elgueta, y llamó á Maroto, para que respondiese una vez clara y terminantemente de su inexplicable desleal conducta; para que declarase cuanto habia tenido lugar entre él y Espartero; para que revelase sus instancias y entrevistas con el cónsul de Francia y con el comodoro inglés.

La respuesta de Maroto fué una nueva causa de indignacion, un nuevo desacato; porque pintando con exagerados colores la situacion del ejército y los pueblos, dijo á D. Cárlos que la continuacion de la lucha era imposible, pues la condenaban unánimente cuantos en aquella parte de la Península le servian, y en bien de la tranquilidad de España para poner fin al derramamiento de sangre que inútilmente se proseguia.

Y entretanto que el sorprendido monarca reunia un consejo de sus generales, entre los que se hallaban el infante Don Sebastian, el conde de Casa Eguía y Silvestre, el general traidor avisaba á sus amigos y prevenia su escolta para lo que pudiese ocurrir. En el consejo, unánime en la opinion de que deberian adoptarse medidas muy enérgicas, manifestó un personaje portugues un pensamiento, que fué por todos aplaudido, como base y fundamento de lo que pudiera hacerse despues; y fué que D. Cárlos pasase revista á sus tropas á fin de explorar el ánimo en que se hallaban, y si podia contar con ellas como anteriormente ó se hallaban inclinadas por Maroto á la insubordinacion.

Montó á caballo D. Cárlos, y se dirigió á la cuesta que média entre Elgueta y Elorrio, donde el ejército se hallaba formado en órden de parada. Un silencio ya sospechoso reinaba en las filas; aquellos hombres, que en tantas ocasiones habian expuesto su vida por el rey, y que á su sola aproximacion rompian en gritos de júbilo y aclamaciones, permanecieron impasibles en aquella sazon. «Voluntarios! dijo Don Cárlos; me reconoceis por vuestro rey? ¿estais resueltos á seguirme á todas partes?» Á estas palabras respondieron los dos primeros batallones de Castilla, sin consultar más que á sus

sentimientos, con dos afirmaciones, seguidas de un viva al rey, nutrido y vigoroso. Pero las señas de Maroto á los jefes de los batallones y las de los jefes á los individuos, bastaron para contener el natural entusiasmo de aquellos valientes: de las compañías de sargentos salieron algunos vivas á Maroto. Llegó D. Cárlos á la division guipuzcoana, que permaneció muda é impasible á las palabras cariñosas y dignas excitaciones de su rey: y por más que éste les repetia: «Hijos mios, no me respondeis? nada me decís?» no pudo conseguir que le contestasen; hasta que, aproximándose el titánico brigadier Iturbe á los guipuzcoanos, les dijo en vascuence lo que el rey solicitaba, y cómo D. Cárlos queria conocer sus sentimientos con respecto á la paz ó á la continuacion de la guerra. Y áun algo más les diria seguramente, si ya no estuviesen bien aleccionados, el hombre que proponia á Maroto «apoderarse de D. Cárlos y acabar la negociacion con el enemigo, segun le pareciese al general más oportuno, pues á todo podria obligarse al rey.» Lo cierto fué que la division guipuzcoana exclamó casi unánime: la paz! la paz!

Conmovido profundamente se retiró D. Cárlos á Villafranca; y Maroto, que en todas partes veia motivos de temor y enemigos armados, no vaciló ya en concluir desenmascaradamente su convenio. La prueba que D. Cárlos intentara habia servido al jefe desleal para conocer y aquilatar los sentimientos de sus tropas, y ya contaba con ellas, seguro de que no habrian de venderle. Urbiztondo, La Torre é Iturbe autorizaron á Maroto, así como otros varios jefes, para que contratase «tambien en su nombre» con el general enemigo.

No habia menester tanto Maroto para manifestar, como lo hizo ya descaradamente, su determinacion de no continuar

al servicio de D. Cárlos, y poner término á la guerra. Extendióse por el campamento la noticia, y fué celebrada con músicas, bailes y regocijo por los soldados: así son las masas! qué fácilmente se las arrastra á uno ú otro fin! Maroto se habia cuidado de no explanar francamente sus pensamientos á los soldados; pues conocia perfectamente que, si bien podian mucho en los ánimos la escasez de recursos y los padecimientos no interrumpidos de una lucha sangrienta, la aglomeracion de familias en las Provincias Vascongadas, dificultando las operaciones del Ejército, y siendo causa muchas veces de las faltas de alimento y habitacion de los soldados, y todas las calamidades, en fin, consiguientes á una guerra civil, habian hastiado á una parte insignificante de los pueblos, estenuado á otros, y producido alguna influencia en el Ejército; sabía tambien Maroto que los brillantes hechos de armas que frecuentemente se reproducian, y el entusiasmo que despertaba en España el mágico lema *Religion y Rey*, bastaban para conservar en sus puestos á los soldados de D. Cárlos hasta que el triunfo completo ó la destruccion total de ellos hubiesen puesto fin á la guerra.

Maroto se aprovechó de aquella excitacion en que se hallaban los soldados, y se trasladó con ellos á Elorrio, para hallarse más próximo al general isabelino. Situó algunas compañias al pié de la cuesta de Vergara para que vigilasen el cuartel real, y mandó á sus casas á los batallones y escuadrones navarros. De esta suerte se preparaba para el golpe funesto que habia de dar á la causa que anteriormente defendiera.

La llegada de los navarros al cuartel real sirvió para reanimar algun tanto á la córte, que se hallaba atemorizada ante la gravedad de las circunstancias. Aquellos valientes, al

hallarse con su rey, ofreciéronle sus armas, y áun pasaran en busca de Maroto, si les dejaran hacer. La princesa de Beira acriminaba á su esposo D. Cárlos, con harta razon, cuanto pasaba, por no haber castigado al traidor segun merecia. Pero la ilustre princesa olvidaba que D. Cárlos no podia pensar siquiera en el castigo; porque en su alma solamente cabian la nobleza del perdon y la sublimidad de las virtudes.

En aquellos momentos, y con la precipitacion que era consiguiente, adoptáronse algunas disposiciones: admitióse la dimision del general en jefe de aquel ejército, y se contentó Don Cárlos con facultarle para que pasase al extranjero, nombrando en su lugar al conde de Negri, cuya lealtad era de todos reconocida (28 de Agosto). Siguióse á esto una ráfaga no más de actividad. Las compañías colocadas por Maroto en la cuesta de Vergara fueron arrestadas, y el conde de Negri propuso algunas medidas enérgicas; pero ya era tarde. Los mismos soldados, á quienes Maroto enseñara el camino de la insubordinacion, se apoderaron del conde y le presentaron á su antiguo general, que se contentó con aconsejarle que buscase un refugio en Francia, mas no sin decirle primeramente que, á no ser por la amistad que les unia, le hubiera mandado fusilar. «Váyase usted á Francia, le dijo, y, al paso, diga usted á D. Cárlos que no cuente conmigo para nada; porque su comportamiento y las intrigas y enredos de su córte me han decidido á dar este paso.»

Habia llegado ya el momento en que, prescindiendo de toda consideracion, el apóstata Maroto se disponia á sellar su obra. Espartero, aprovechando, segun venía haciendo mucho tiempo habia, el abandono del carlista, avanzaba prodigiosamente: pasó por Elgueta á Vergara, y desde este últi-

mo punto á Oñate, que encontró libre de enemigos, pues habia sido evacuada aquella ciudad, como otras muchas, por órden de Maroto. Este se hallaba cada vez en más críticas circunstancias; y ya no podia perder tiempo, si queria llevar á efecto el convenio, con alguna ventaja para sí y para los suyos: detenerse á fijar muy exigentes condiciones, equivalia á perder tal vez la oportunidad que con tanto esmero venía preparando: y el general isabelino, que no desperdiciaba ocasion de conseguir una nueva ventaja, pudiera llegar á colocarse en tal punto, que ya ni la contratacion admitiese, juzgándose seguro del triunfo.

No tratamos con esto de atenuar en parte alguna el completo olvido que hizo el traidor Maroto de D. Cárlos y su familia, al celebrar el convenio, diciendo, como algunos historiadores, que las circunstancias le obligaron á precipitar el tratado. Al contrario: si en esos momentos hubiera insistido el general Maroto en fijar como preliminares la union de D. Cárlos Luis con Doña Isabel, y como consecuencia el reconocimiento de la familia del primero en la categoría que la correspondiera; si el traidor general hubiera manifestado en aquellos momentos un resto de cariño hácia su monarca, ya que no conservaba el menor respeto al derecho y á la legitimidad, tal vez habria sido ménos terrible el anatema de la historia, y pudiera quedar á través de los años alguna duda acerca de *sus buenos deseos* al celebrar el tratado. Pero cuando solamente atiende á las ventajas propias y á las de su ejército; cuando consta que solamente por cubrir sus verdaderos intentos, habló, al empezar las negociaciones, de D. Cárlos Luis, y nunca de su augusto padre; cuando se sabe por confesion propia que «el comportamiento de D. Cárlos, y las in-

trigas y maquinaciones de sus malos consejeros le habian separado para siempre de la causa que defendiera,» no pueden suponerse en él, como han querido sus defensores, otro afecto que la propia ambicion, ni más deseo que el ruin de la venganza.

Los generales La Lorre, Urbiztondo, Iturbe, Toledo y Linares, enviados de Maroto, concertaron al fin en Oñate con los de Espartero, que eran Linaje y Zabala, las bases preliminares del tratado (28 de Agosto de 1839). Dichas bases convenidas, el tratado se llevó á efecto tres dias despues en Vergara, firmando ambos generales, carlista é isabelino, las bases estipuladas en Oñate por sus representantes. El convenio constaba de los diez artículos siguientes:

«Artículo 1.° El capitan general D. Baldomero Espartero recomendará con interes al gobierno el cumplimiento de su oferta de comprometerse á proponer á las Córtes la concesion ó modificacion de los fueros.

Art. 2.° Serán reconocidos los empleos, grados y condecoraciones de los generales, jefes y oficiales y demas individuos dependientes del ejército del mando del teniente general D. Rafael Maroto, quien presentará las relaciones con expresion de las armas á que pertenecen, quedando en libertad de continuar sirviendo y defendiendo la Constitucion de 1837, el trono de Isabel II y la regencia de su augusta madre, ó bien de retirarse á sus casas los que no quieran seguir con las armas en la mano.

Art. 3.° Los que adopten el primer caso, de continuar sirviendo, tendrán colocacion en los cuerpos del ejército, ya de

efectivos, ya de supernumerarios, segun el órden que ocupen en la escala de las inspecciones á cuya arma correspondan.

Art. 4.° Los que prefieran retirarse á sus casas, siendo generales ó brigadieres, obtendrán su cuartel para donde le pidan, con el sueldo que por reglamento les corresponda; los jefes y oficiales obtendrán su licencia ilimitada ó su retiro, segun reglamento. Si alguna de estas clases quisiere licencia temporal, la solicitará por el conducto del inspector de su arma respectiva, y le será concedida sin exceptuar esta licencia para el extranjero; que en este caso, hecha la solicitud por el conducto del capitan general D. Baldomero Espartero, éste les dará el pasaporte correspondiente, al mismo tiempo que dé curso á las solicitudes, recomendándolas á la aprobacion de S. M.

Art. 5.° Los que pidan licencia temporal para el extranjero, como no pueden percibir su sueldo hasta el regreso, segun reales órdenes, el capitan general D. Baldomero Espartero les facilitará las cuatro pagas en virtud de las facultades que le están conferidas, incluyéndose en este artículo todas las clases, desde general hasta subteniente inclusive.

Art. 6.° Los artículos precedentes comprenden á todos los empleados civiles que se presenten á los doce dias de ratificado este convenio.

Art. 7.° Si las divisiones navarra y alavesa se presentasen en la misma foma que las divisiones castellana, vizcaina y guipuzcoana, disfrutarán de las concesiones que se expresan en los artículos precedentes.

Art. 8.º Se pondrán á disposicion del capitan general Don Baldomero Espartero los parques de artillería, maestranzas, depósitos de armas, de vestuarios y de víveres que estén bajo la dominacion del teniente general D. Rafael Maroto.

Ar. 9.º Los prisioneros pertenecientes á los cuerpos de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, y los de los cuerpos de la division castellana que se conformen en un todo con los artículos del presente convenio, quedarán en libertad, disfrutando de las ventajas que en el mismo se expresan para los demas. Los que no se conviniesen sufrirán la suerte de prisioneros.

Art. 10. El capitan general D. Baldomero Espartero hará presente al gobierno, para que éste lo haga á las Córtes, la consideracion que se merecen las viudas y huérfanos de los que han muerto en la presente guerra, correspondientes á los cuerpos á quienes comprende este convenio.—Ratificado este convenio en el cuartel general de Vergara, á 31 de Agosto de 1839.—El duque de la Victoria.—Rafael Maroto.»

Este fué el convenio por medio del cual vendió Maroto la causa de D. Cárlos. En el mismo dia (31 de Agosto) se presentó en el cuartel de Espartero, acompañado de algunos ayudantes; y en union del general isabelino salió á recibir á las tropas que llegaban, y á las que pudieron engañar los generales Urbiztondo, La Torre y demas amigos de Maroto.

Cuál fuera la actitud de aquellos batallones, cuál la sorpresa, cuál el estado de los ánimos en general, se comprenderá fácilmente al saber, segun confesion de los mismos jefes que los acompañaban, que la division castellana mandada por Ur-

biztondo y formada de cinco batallones y dos escuadrones intentó retroceder al grito de ¡ viva Cárlos V ! y fueron necesarios todos los esfuerzos de los generales afectos á Maroto, y la seguridad que se dió á todos de que el príncipe D. Cárlos « sería rey de España, para hacerlos que desistiesen de su intento.» Los vizcainos y guipuzcoanos, á las órdenes de La Torre, formando un total de once batallones, cuatro compañías y un escuadron, se amotinaron en parte hallándose en Elgoibar, y costó mucho trabajo á los jefes iniciados en el plan « engañar á los soldados.»

Maroto no habia querido mandar él mismo su tropa en el momento de la fusion, y no seguramente por falta de descaro para ello, si que temeroso de que se le amotinaran en el camino aquellos batallones que iba á entregar cubiertos de gloria al enemigo, para cubrirlos de vergüenza en aquel momento.

« Ahí teneis á vuestros hermanos, gritó Espartero, dirigiéndose á los carlistas, mezcladas ya cuidadosamente sus filas con las de los constitucionales; vuestros hermanos que os esperan. Corred á abrazarlos, como yo abrazo á vuestro general.» Aquel abrazo con que terminó sus palabras el general isabelino, quedó en la historia como el símbolo eterno de la falsedad y la perfidia.

La causa carlista habia recibido un golpe mortal en Vergara: lo que las armas no hubieran conseguido tal vez, lo conseguia una trama indigna en que aparecen manchados lo mismo los jefes carlistas que tomaron parte en el convenio, que los isabelinos.

Tres dias despues, el general carlista D. Ignacio Lardizábal, con los cinco batallones guipuzcoanos de la línea de

Andoain, triunfando de los escrúpulos de los oficiales que le acompañaban y de los conatos de rebelion que tuvieron lugar en sus filas, llegaba al cuartel general de los isabelinos y se adheria al convenio de 31 de Agosto (1).

Quedaban aún á D. Carlos entre Navarra y las Provincias Vascongadas doce batallones navarros, seis alaveses, cinco de Cantabria y otro de Castilla, sin contar algunas compañías sueltas de unas y otras provincias, de infantería y caballería, y hasta ocho cañones. Pero si bien áun con aquellas fuerzas hubiera podido sostenerse durante algun tiempo, y áun dar lugar á que muchos de los arrastrados al convenio, vueltos en sí, tomasen de nuevo las armas, no era el carácter de D. Cárlos para reorganizar un ejército y aguardar con calma los acontecimientos que sobrevinieran. Y no se crea que el ilustre príncipe carecia de valor personal y de grandes dotes militares; al contrario, segun expondremos en lugar oportuno, D. Cárlos reunia á un esfuerzo nada comun, una resignacion evangélica, puramente católica. Su modestia le hacía juzgarse muy inferior á lo que era, y su deseo de economizar la sangre de amigos y enemigos le impedia á las veces acometer muchas empresas y adoptar enérgicas resoluciones.

Así fué que, una vez sabedor de cuanto ocurria, se replegó con las fuerzas que le quedaban sobre Estella y Lecumberri, y despues al valle del Baztan, teatro de tantas glorias para las armas carlistas. Desde el Baztan se encaminó Don Cárlos á Elizondo, y tres dias despues, huyendo la persecucion de Espartero, se dirigió al pueblo de Urdax: en él, des-

---

(1) La tropa recibió la licencia inmediatamente, y los oficiales fueron destinados á diferentes puntos de la Península.

pues de un momento, entraban las tropas de Isabel, como D. Cárlos con su esposa é hijo, y, acompañado de un numeroso estado mayor, pasaba la frontera, el último de todos, y cuando las balas silbaban sobre su cabeza (14 de Setiembre).

Las tropas pasaron el Bidasoa batiéndose en retirada. Espartero mandó cesar el fuego para economizar víctimas; generosidad un poco tardía, aunque siempre merezca elogio. Seis mil hombres entraron en Francia y fueron desarmados por las autoridades francesas: al siguiente dia, mil y ochocientos, de los sublevados de Vera, entraron tambien en Francia por San Juan de Luz. Estella y el castillo de Guevara (1) se rindieron á los isabelinos; era cuanto quedaba en las Provincias y Navarra de la dominacion carlista.

Ahora bien; hasta aquí la historia del convenio, segun los datos que hemos podido adquirir, en la parte puramente expositiva. Pero el convenio de Vergara tiene otra historia, por decirlo así; una historia secreta é importantísima, que tal vez pueda explicar mejor á nuestros lectores la verdad de los acontecimientos; darles la clave de sucesos posteriores con aquellos al parecer relacionados.

No puede ocultarse á nadie cuánta influencia ejercieron en aquel inesperado desenlace los oficios de Francia y Portugal y otros países, aunque ninguno tan directamente influyera como Luis Felipe. Las razones del alto interes que el Orleans tenía en la conclusion de aquella guerra, y en la exclusion de la rama legítima de la corona de España, fácilmente pueden comprenderse. El rey de los tenderos aspiraba á enlazar su familia con la familia reinante en España: más claro; no

(1) Estella en 20 de Setiembre y Guevara en 25 del mismo mes.

contento con la usurpacion que habia realizado en Francia, abrigaba intentos de usurpar igualmente el trono español. Un Orleans unido á la rama borbónica que se hallaba en el poder, garantizaba á Luis Felipe la posesion de aquella corona que habia trasladado á su frente desde la del legítimo monarca de Francia.

Tiempo habia que Holanda trabajaba tambien para conseguir, en medio de las turbulencias y desorganizacion que causa la guerra, algunas ventajas para su comercio marítimo. Con frecuencia instaba al carlista para que admitiese su apoyo en aquella lucha; y poco tiempo ántes de que se celebrara el famoso convenio, hasta llegó á proponer á D. Cárlos la suma de 24.000.000 de pesos fuertes, en cambio de las Islas Filipinas, que los holandeses conquistarian á nombre de D. Cárlos, y por cuenta y riesgo de aquella nacion.

Y el príncipe, no faltando nunca á sus deberes como tal y como español, no dando oidos á tan desatinadas y ofensivas proposiciones, rechazó indignado la oferta de la Holanda: y la rechazó cuando se hallaba pobre y sin amigos, cuando tal vez la emigracion, como sucedió muy en breve, habia de ser el desenlace de tantos y tan heróicos esfuerzos.

Cumplió en obrar así como debia; no es por esto nuestro elogio, ni como tal se tomen nuestras palabras, dado que obrar con arreglo á justicia no es tan frecuente en nuestros dias, que bien mecece loor quien lo hace: pero tratamos únicamente de hacer notar cuánta diferencia existia entre el hombre que pudo, á trueque de sostener la guerra, atropellar por todo, y un gobierno que en nada reparó para terminarla. Inglaterra apreció la negativa de D. Cárlos; pero Holanda no olvidaria la leccion.

Y sin embargo, dice Balmes: «que los consejeros de Don Cárlos guiaron muy mal á aquel príncipe, quien tampoco estuvo jamas á la altura de su posicion (1).» «Examinemos desapasionadamente aquella córte, y hallaremos en ella los gérmenes de una division profunda,» dice un notable escritor: y no puede negarse que la ambicion por una parte y los resentimientos personales por otra, formaron un constante motivo de discordia y ruina. Pero al trasmitir al pueblo, al llegar á los soldados esas discordias que no comprenden y á que suelen siempre ser ajenos, seguramente no habrian de producir el resultado que dejamos expuesto.

Ahora bien; ¿puede concebirse la traicion de Vergara sin una predisposicion en la mayoría de las tropas, sin una inclinacion de parte de los pueblos á realizar aquel acto? ¿Hubieran bastado las sugestiones de un puñado de generales, para manejar á su antojo, siquiera fuese valiéndose de la astucia y el engaño, á tantos millares de hombres entusiastas y aguerridos, avezados á las privaciones y arrebatados de los dos más grandes sentimientos de que es capaz el hombre, la religion y la justicia?

«No; medió allí sin duda el plan de un hombre, dice el ilustre escritor ántes citado, plan llevado á cabo con una audacia increible; pero medió tambien algo más: el gérmen de muerte estaba entrañado por la misma naturaleza de las cosas: de otra suerte, ¿cómo se explica que en pocos dias, sin una accion, desapareciera un ejército de treinta mil aguerridos combatientes, apoyados en la opinion del país, tan deci-

(1) *Consideraciones políticas sobre la situacion de España*, cap. VIII.

dida por espacio de seis años, atrincherados en plazas de armas, en fuertes respetables, en posiciones y cordilleras inaccesibles, y todo esto, teniendo á su frente á su rey protestando contra la traicion del general y excitando á los soldados y á los paisanos á continuar en la lucha?»

Si el trabajo indecoroso de los agentes del Gobierno de Madrid, ayudado del oro, pudo debilitar la fe y el entusiasmo de aquellas provincias; si, tal vez, castigadas con el azote de la guerra, les faltó valor para continuar por más tiempo una lucha, cuyo fin nunca hubieran pretendido, pero que aceptaban al ver que se les proponia: sea de esto lo que fuere, es lo cierto que en la historia del convenio quedan grandes vacíos que llenar, y que no tan fácilmente se termina una guerra bajo tales auspicios empezada.

La causa carlista no fué vencida en el terreno de las armas, ni en el de la razon: la causa carlista, por el contrario, se hallaba tal vez muy próxima á conseguir el triunfo: los sucesos de la guerra en años anteriores habian demostrado esta superioridad en las Provincias y en Navarra, en Aragon y en Cataluña. La causa carlista murió á manos de la indignidad y la traicion: sin embargo, como consuelo en medio de ese infortunio, sírvales á los defensores de los venerandos principios y legítimos derechos la idea de que, para concluir con las huestes de D. Cárlos, fué menester que un gobierno constituido apelase á una perfidia como la de Vergara.

CAPITULO II.

La guerra despues del Convenio.—Situacion del bando liberal.—Fin de la guerra.

I.

Necesarios son ciertos antecedentes, y nuestros lectores han de dispensarnos si les entretenemos algun tiempo con estos preliminares; pero fuerza es conocer la situacion de España, los últimos gigantescos esfuerzos de los defensores de la legitimidad en Cataluña y Aragon, en el Maestrazgo y en la Mancha.

Menester es adquirir ciertos antecedentes, sin los cuales no pudieran explicarse sucesos posteriores; y esto nos obliga á ocuparnos de los episodios de la guerra civil en aquel último año.

El conde de España continuaba en Cataluña obteniendo de los isabelinos señaladas y repetidas ventajas: la toma de Pons, villa fortificada, por el brigadier carlista Dávila (16 de Marzo); la de Manlleu (28 de Abril); la derrota del general

Carbó, isabelino, en los campos de Maulleu, por los carlistas al mando del conde de España y Sagarra: la toma de la villa de Ripoll (27 de Mayo), y otros hechos de armas de ménos importancia, conservaban al conde su importancia y su prestigio en aquella parte del Principado, llegando muchas veces su gente hasta las puertas de Barcelona con sus atrevidas excursiones.

Pensábase en aquella sazon si sería conveniente la entrada del primogénito D. Cárlos Luis de Borbon, para que, poniéndose al frente del ejército en Cataluña, quitase todo conato de parte de los conspiradores de Navarra, que, segun queda en su lugar apuntado, intentaban sustituir con él á su padre D. Cárlos. Pero no tardaron en disuadir de su intento á la augusta familia: puesto que temian, en la situacion en que se hallaban las cosas, que más fuera perjuicio que buen medio la presencia del príncipe en Cataluña. Con lo que se desistió por entónces del intento, y los asuntos de la guerra continuaron sin descanso en el Principado.

El ejército liberal no era suficiente para contener los progresos y correrías del enemigo, que con frecuencia llegaba á las puertas mismas de Barcelona, y sostenia escaramuzas con los soldados isabelinos, como Ibañez hizo en Martorell. El conde de España continuaba en su sistema de rigor, y las quemas, dispuestas por él, de Olban, Gironella y muchos caseríos, coincidiendo con la noticia del celebrado convenio de Vergara, hicieron cundir en breve por Cataluña la de que el conde, á quien por su sistema de rigor muchos querian mal, se hallaba de acuerdo con el general isabelino y meditaba un nuevo tratado, como el que Maroto habia llevado á cabo en Vergara.

Calumnias eran estas de los enemigos, pues no pudo probarse cosa alguna de semejante acusacion; pero la enemistad que se habia adquirido entre su misma gente era dañosa á la causa que defendia, y la Junta, Labandero y muchos jefes procuraron que fuese reemplazado el conde por otro general que contase con más simpatías: con lo que coincidió la renuncia del de España, que decia hallarse viejo y no dispuesto á hacer la guerra en la montaña, pensando en retirarse á Andorra tan pronto como Espartero entrase en Cataluña con el ejército del Norte, segun era de suponer. El conde de España fué destituido, y Sagarra le reemplazó.

En el Maestrazgo, Cabrera conseguia bastantes ventajas: sus soldados llegaban hasta Alcolea del Pinar en Guadalajara, y se apoderaban del fuerte (17 de Abril). Valdés, el general isabelino, habia presentado su dimision; y Cabrera y Balmaseda que, fugitivo de las Provincias, vagaba con un escuadron de húsares por la Mancha, y se unió á Cabrera, atacaban á Montalban y ponian en grave aprieto al Gobierno de Madrid.

Por este tiempo tuvo lugar uno de esos frecuentes atentados contra la vida del valeroso caudillo: el bando liberal, no contando con la seguridad de su triunfo, acudia á todos los medios: el gobierno isabelino habia conseguido por medio de un convenio poner fin á la guerra en las provincias del Norte; y puesto que el mismo medio no habia de ser realizable en el Maestrazgo, no vacilaba en acudir al crímen y al asesinato para concluir con la guerra en esta parte. Pero Cabrera, cuyo golpe de vista fué siempre tan seguro, y cuyos amigos no le abandonaban, descubrió á los agentes de Madrid y se libró del peligro que le amenazaba.

La noticia del convenio de Vergara produjo gran indignacion en el Maestrazgo; y el conde de Morella, poseido de esa indignacion, llamó á todos los jefes superiores; y manifestándoles el efecto que en su alma habia producido la traicion de Maroto, les exigió una declaracion franca y espontánea de sus sentimientos. Contestáronle todos que, como siempre, se hallaban resueltos á morir por la causa que defendian; y él, en vista de aquellas declaraciones, notificó á D. Cárlos «que el ejército de Aragon, Valencia y Murcia estaba resuelto á perder la vida por su rey.»

Y como si tratase de retar al enemigo, lanzó partidas en todas direcciones, atestiguando así su resolucion de continuar con más brios que nunca la guerra, sin que sirviera sino para exasperarle la traicion de Maroto.

El ejército isabelino, que desde la salida de Valdés fué confiado á D. Bartolomé Amor interinamente, y despues á D. Agustin Nogueras, seguia ahora á las órdenes de D. Leopoldo O'Donnell. Este general dispuso sus tropas convenientemente, y pasó al reino de Aragon, al encuentro de Espartero, y para ponerse de acuerdo con el general del ejército del Norte, que ya con él acudia á ponerse á la cabeza del ejército del Centro.

El general Espartero, entrando en Zaragoza, dirigia su voz á los carlistas; y el coronel, que habia sido, á las órdenes de Cabrera, D. Juan Cabañero, en una alocucion á los aragoneses, aconsejábales que se sometiesen al general isabelino, y depuestas las armas se considerasen como hermanos, abandonando las filas «del más cruel é inhumano de los hombres, de Cabrera.» Esto decia el hombre que al conde de Morella debia dos veces la vida, y que solamente por la bon-

dad de éste no habia recibido en más de una ocasion el castigo á que se hiciera acreedor.

La contestacion de Cabrera fué digna y enérgica. «Voluntarios,—decia en una proclama, fecha 7 de Octubre, en Mirambel;—las armas alevosas de que la revolucion se vale contra los valientes, han alejado al rey de nuestra patria, y cogido en redes infames un ejército de héroes. ¡Eterna ignominia cubrirá á los indignos españoles que con descarada imprudencia, y á una con los enemigos, han trabajado por más de dos años para inutilizar la noble sangre que, con envidiable gloria, ha derramado la fidelidad en los campos vasco-navarros! Si las palabras venenosas de paz, hermandad y humanidad, etc., con que los traidores han podido engañar á nuestros hermanos, llegasen á vuestros oidos, abominad de ellas y avisadme. No hay otra paz que la que no tardará en dar á la España entera nuestro amado soberano el Sr. D. Cárlos V, nunca más ilustre que cuando parece más desgraciado.

»Voluntarios: me conoceis y os conozco. La indignacion, no el desaliento, se ha apoderado de mi corazon, como de los vuestros, al saber los sucesos del Norte, y ansío el momento en que poderos decir desde el campo: ese que teneis enfrente es el ejército que, envanecido con sus glorias postizas, pretende asustaros con su número y aparato: aquel es el general á quien una vil traicion hizo conde, y manejos todavía más traidores y torpes han prestado el título ridículo de duque de la Victoria.

»Voluntarios: me engañaria mucho si el coraje que siento en mi pecho no le viese hervir en el vuestro en el momento, que ya tarda, de medir vuestras armas leales con las traidoras de la revolucion. Este dia se acerca; y vuestro general,

que nunca os prometió en vano la victoria, os protesta con todas las veras de su corazon que jamás ha presentido con más seguridad los dias de gloria que os esperan. Una ojeada rápida que mi alma da en este instante sobre mi penosa vida me recuerda la hora en que hace seis años capitaneaba quince hombres armados por mitad de palos y escopetas..... ¿podria pensar en la serie de inauditos sucesos que se han seguido....? Pero la Providencia, que se complace en humillar los soberbios, ha dirigido mis pasos. El Dios de los ejércitos, en cuyo nombre peleo, ha coronado con la victoria mi intencion pura, y la sangre de mi inocente madre, derramada por su gloria, obtendrá, no lo dudeis, que el ejército, compuesto de los valientes y leales compañeros de su hijo, confunda para siempre la soberbia de la revolucion, que ha inundado de lágrimas y sangre nuestra hermosa patria.

»Voluntarios! ¡fieles compañeros de mis trabajos y de mis glorias! la religion y el rey piden nuevos esfuerzos de nosotros, y el rey y la religion los tendrán. ¡Contadlos por victorias! os lo promete vuestro general y camarada, á quien, como siempre, vereis pelear como capitan y como soldado. Viva la religion! viva el rey!—Cuartel general de Mirambel, 7 de Octubre de 1839.—El conde de Morella.»

Este elocuente y sentido documento produjo en los carlistas de Aragon, Valencia y Murcia, el efecto que era de esperar. Una reaccion notable se observaba en todas partes: la traicion de Maroto habia producido un lastimoso resultado; pero al mismo tiempo, y como consecuencia de semejante golpe, de tan inesperado desenlace de la guerra en las Provincias, en la fortaleza de D. Cárlos, puede decirse, la indignacion producida por el convenio afirmaba más en sus pensa-

mientos á los que todavía conservaban las armas en la mano.

El ejército isabelino del Principado ascendia á veintitres mil hombres de todas armas; y el que acompañaba al general Espartero en el Norte se elevaba á las respetables cifras de cuarenta y cuatro mil infantes, tres mil caballos y un imponente parque de artillería. De éste quedó una parte en las Provincias, y el resto siguió al general isabelino.

Grandes y rápidas operaciones aguardaban todos del caudillo constitucional, que con tantos elementos llegaba á terminar la guerra; pero Espartero, más confiado tal vez en los trabajos diplomáticos que en la lucha de las armas, ó comprendiendo que eran innecesarios los esfuerzos, «puesto que por medios más eficaces habia de conseguirse la pacificacion,» limitó sus operaciones á establecer una línea de circunvalacion alrededor del territorio enemigo, y así permaneció á la espectativa durante algun tiempo.

No desconocia Cabrera que su situacion era comprometida, pues, ademas de la superioridad del número, el ejército contrario contaba con el apoyo del Gobierno y con la tranquilidad del que tiene en su mano y á su disposicion recursos con que atender á las necesidades importantes. Pero el caudillo carlista se hallaba acostumbrado á luchar con desventaja, y, lo que es más, parecia como que esta lucha era la realizacion de su deseo.

Desafiar el peligro fué siempre uno de los mayores goces del conde de Morella. Así que, muy poco tiempo trascurrido, y viendo que el general isabelino continuaba en la inercia que se habia fijado, por sistema tal vez, tomó la ofensiva y amenazaba frecuentemente áun al mismo Espartero, que tenía que valerse de muchas precauciones.

Pero la superioridad numérica habia de dar la ventaja á los liberales, y la línea de circunvalacion se establecia insensiblemente. Chelva y Torres de Castro, Lora y Chulilla despues, más tarde Manzanera y otros puntos de más ó ménos importancia, caian en poder de las tropas constitucionales. El gérmen de traicion sembrado en Vergara producia tambien en algunas partes el mismo efecto, si bien no tan decisivo ni rápido. En la Mancha se presentaban muchos cabecillas, y algunos eran denunciados por hombres que á sus órdenes habian guerreado. Tal es la influencia del mal, y «tan poderosos auxiliares contaba la causa de Isabel,» que con razon decia un hombre importante de su partido, á quien se habian sacado ya algunas cantidades para «comprar amigos en las filas de D. Cárlos,» lamentándose de este modo: «Si los enemigos supieran qué caras nos salen algunas victorias, y la causa de nuestra reina, dirian que estamos pagando renta por el alquiler de la corona.»

II.

Entretanto que la guerra continuaba en algunas provincias, el Gobierno de Madrid luchaba contra los exaltados, que le ponian casi en tanto aprieto como las noticias de Cataluña y el Maestrazgo. El partido exaltado triunfaba en las Córtes, y el Gabinete, que pertenecia á la fraccion moderada, no se atrevia á presentar algunas leyes á la Asamblea, temeroso de sufrir un revés.

Sin embargo, era preciso llevar á las Córtes la cuestion de los fueros, y asegurar los efectos del convenio de Vergara, dando á éste importancia y autoridad de tal contrato; pues

de lo contrario, pudiera la indignacion llamar de nuevo á las armas á los que se juzgaran defraudados en sus intereses, ó villanamente seducidos y engañados. El Gobierno se decidió á presentar su proyecto á las Córtes, y así lo hizo en una de sus sesiones.

El proyecto se componia de los dos siguientes artículos nada más:

«Artículo 1.º Se confirman los fueros de las Provincias Vascongadas y Navarra.

»Art. 2.º El Gobierno, tan pronto como la oportunidad lo permita, presentará á las Córtes, oyendo ántes á las Provincias, aquella modificacion de los fueros que crea indispensable, y en la que quede conciliado el interes de las mismas con el general de la nacion y con la constitucion política de la Monarquía.»

Prestábase muy bien el proyecto á la censura de los exaltados, no sólo por venir del Gobierno, lo cual ya constituye una razon para las oposiciones en aquel sitio, y muy principalmente para la oposicion ardientemente revolucionaria, sino por las deducciones á que daba lugar para los exaltados. Decia el Gobierno, que, para distinguirse de los monarcas que en otros dias atentaran á las inmunidades y derechos de un pueblo, deberia aprobarse aquel proyecto. Y objetaban los exaltados, que no siendo en la parte municipal y económica, los fueros de Navarra y de las Provincias eran atentatorios á la unidad política, y á la Constitucion del Estado, «que debia colocarse sobre todo.»

En 7 de Octubre tuvo lugar una borrascosa sesion en las

Córtes: discútese el famoso proyecto de los fueros de Navarra y las Provincias Vascongadas. El Gobierno insiste; la oposicion exaltada rechaza el proyecto, invoca la unidad, la constitucion y demas principios conculcados con el reconocimiento de los fueros. Olózaga, el orador tumultuoso, y al mismo tiempo maleable y dúctil político, habla en contra del proyecto, y buscando uno de esos efectos escénicos, tan frecuentes en nuestras Asambleas revolucionarias, exclama con levantada entonacion y solemne acento: «No se quiere la Constitucion de la monarquía española,» á cuyas palabras contesta el público de las galerías con una salva de aplausos y vítores.

El ministro Alaix, viendo fracasar el proyecto, y considerando las consecuencias á que daria lugar semejante determinacion, hace uso de la palabra para lamentarse de que entre ambas fracciones del bando liberal exista una division tan profunda, y cambia con Olózaga algunas frases conciliadoras y amistosas. Á esto sigue el efecto que, ni preparado que hubiera sido, le hiciera mayor en los circunstantes; y fué que, levantándose el ministro Alaix de su asiento, despues de manifestar que no podia contener los impulsos de su corazon, se dirige al sitio en que se halla Olózaga, y éste le sale al encuentro con los brazos abiertos; cerca de la mesa de la presidencia se abrazan con efusion y entusiasmo, y una aclamacion unánime estalla en el salon. Los diputados se abrazan unos á otros, y el público saluda desde las tribunas con vivas á la union, á la constitucion y al Congreso. El proyecto quedó aprobado, y el fin que se propuso el Gobierno conseguido: al final del artículo primero se añadió esta ridícula salvedad: «sin perjuicio de la unidad constitucional de la monarquía.»

Con esto se juzgaba el Gobierno seguro: aquella sesion tan conmovedora parecia haber puesto fin á la discordia que existia entre ambas fracciones; pero pronto pudo convencerse el Gabinete, al llevar á las Córtes la ley de milicia nacional, la de ayuntamientos, y, sobre todas, la de imprenta, que no contaba entre los exaltados con más amigos que en la víspera de los abrazos.

Resuelto á consolidarse ante todo, quiso el ministerio deshacerse de las Córtes; pero el ministro Alaix se opuso, y presentó su dimision. Llega á oidos de los diputados la noticia de lo que el Gobierno trataba de hacer; y reuniéndose en sesion de 31 de Octubre, aprueban una proposicion en que se decia que los españoles no estaban obligados á pagar contribucion, arbitrio ni otro impuesto, empréstito ó anticipo que no fuese autorizado anteriormente por las Córtes. En aquella misma sesion se leyó el real decreto suspendiendo las sesiones hasta el 20 de Noviembre próximo, para dar lugar á la reorganizacion del ministerio.

Como se vé, no podian ser más claros los indicios del desórden, y más la falta de armonía entre los mismos hombres del partido liberal; conseguido el no envidiable triunfo de Vergara, les faltaba lo más importante; vencerse á sí mismos. Y esto en presencia de un enemigo, poderoso todavía en Cataluña y en el bajo Aragon, en el Maestrazgo, en Murcia y en Valencia.

El ministerio fué reformado segun el gusto moderado, y las Córtes, por consiguiente, se eligieron por el mismo modelo. Fenómeno que se reproduce cada vez que se hacen unas elecciones para diputados á Córtes, si es la mayoría ministerial; lo que parece probar bastante claramente cuál es la le-

galidad que preside á las elecciones, como en otros muchos actos de los gobiernos llamados representativos. El nuevo gabinete lo formaban Perez de Castro, Arrazola y San Millan, los tres del anterior, y á los que quedaron confiadas las carteras de Estado, Gracia y Justicia y Hacienda, respectivamente: en el ministerio de la Guerra entró D. Francisco Narvaez, D. Manuel Montes de Oca en Marina, y en Gobernacion D. Saturnino Calderon Collantes. Ministerio completamente moderado, su primer acto fué la disolucion de las Córtes, diciendo que era imprescindible aquella medida «atendiendo al cambio ocurrido en la Nacion con motivo del convenio de Vergara (1).» y convocando nuevas Córtes para Febrero del próximo año.

Las elecciones dieron ocasion para que los revoltosos turbaran el órden en Málaga, Almería, Coruña, Santander y otros muchos puntos, y el partido exaltado se manifestó desde el primer momento hostil al nuevo Gabinete. El general Espartero, el caudillo del bando isabelino con quien el Gobierno creia poder contar, se manifestó disgustado con los moderados en el famoso manifiesto de Mas de las Matas, y censuró duramente la disolucion de las Córtes anteriores, y la intervencion oficial en las elecciones de los nuevos diputados (2). La señal estaba dada, y los progresistas acudieron á los medios que juzgaban más á propósito para conseguir su objeto. Los tumultos que empezaron en 19 de Febrero (1840)

(1) Real decreto de 18 de Noviembre de 1839.

(2) Este manifiesto, que en forma de artículo dirigió en contestacion á otro artículo inserto en el *Eco del Comercio*, le firmaba Linaje, el secretario de campo de Espartero.

con la apertura de las nuevas Córtes, indicaban cuál era la actitud que habian escogido los exaltados. En la famosa sesion de 23 de Febrero se vió el Palacio de las Córtes rodeado de una multitud inmensa de gente que amenazaba á los diputados y lanzaba terribles acusaciones á los hombres que se hallaban en el poder.

El Gabinete consiguió dominar aquellos signos de efervescencia y descontento; pero no duró mucho su tranquilidad. El general Espartero, queriendo recompensar los buenos servicios que le prestara su secretario Linaje, le proponia para el empleo de mariscal de campo; era un reto al Gobierno que no podia éste rehusar al pacificador de Vergara. Sin embargo, no consintieron los hombres que formaban el Gabinete en autorizar con su silencio la exigencia del general, y renunciaron á sus puestos, á excepcion de Perez de Castro y Arrazola, que permanecieron impasibles en el ministerio, más decididos á arrostrar el peligro, ó ménos escrupulosos que sus compañeros.

Linaje fué elevado al empleo de mariscal de campo, y los ministros que no se hallaban conformes con tan inusitadas recompensas, que fueron Montes de Oca, Narvaez y Calderon Collantes, dejaron sus puestos. San Millan se habia anticipado presentando su dimision del ministerio de Hacienda. Sustituyeron á los referidos D. Agustin Armendariz en Gobernacion, D. Juan Sotelo en Marina, y en Guerra, interinamente, el brigadier D. Fernando Norzagaray, y despues el conde de Cleonard, y en Hacienda entró D. Ramon Santillan, todos pertenecientes al partido moderado. Las carteras de Estado y Gracia y Justicia quedaron confiadas á Perez de Castro y Arrazola, segun estaban anteriormente, como ya hemos indicado.

El guante habia sido arrojado entre las dos fracciones del partido liberal; y si bien la de los moderados contaba con el apoyo de María Cristina y de las Córtes, la fraccion exaltada ó progresista, ademas de contar con las masas en algunas capitales de provincia, tenía de un lado al elemento militar formado en aquella guerra civil, y muy principalmente á su caudillo el general Espartero. La influencia de éste era extraordinaria, y sus consejos se estimaban, ó se cumplian por lo ménos, como mandatos, en Palacio y en las esferas oficiales, hasta tal punto, que, habiendo de emprender un viaje María Cristina y sus hijas, con direccion á Barcelona, por convenir á Isabel los baños de mar, y habiéndose fijado el itinerario de Valencia á la capital del Principado, una indicacion del caudillo isabelino bastó para que el viaje se hiciese por Zaragoza. En aquel viaje pudo apreciar la esposa de Fernando VII cuál era el estado del país con respecto á ella: pues al atravesar pueblos amigos y defensores de la causa de su hija en la guerra, en medio de los testimonios de aprecio, no faltaban elocuentes protestas y vivas repetidos á la Constitucion, al general Espartero y á la libertad, que con marcada intencion expresaban las quejas del bando exaltado.

Sin tropiezo ninguno llegaron á Barcelona María Cristina y sus dos hijas: pues solamente en Medinaceli hubieron de detenerse un momento. La causa fué que el jefe carlista Palacio con cuatro mil hombres recorria aquellas comarcas: el general D. Manuel de la Concha, comandante general de Guadalajara, Cuenca y Albacete en aquella sazon, y encargado de la custodia de las viajeras, salió con fuerzas en direccion de Olmedilla, y batió á las avanzadas de Palacio. Pocos momentos despues pasaba la comitiva de la regente y su familia.

III.

La aglomeracion de fuerzas que habia sobre Cabrera y los suyos, la falta de comunicaciones en que éste se veia y el aislamiento en que, por decirlo así, operaba, todo influia poderosamente en el ánimo de Cabrera, si bien es muy cierto que ni en una sola ocasion se vió flaquear su aliento ó debilitarse su asombroso ingenio. Por el contrario, sus alocuciones, siempre respirando entusiasmo y valor, mantenian vivo el espíritu de los soldados. Pero la Providencia queria sin duda añadir nuevas pruebas á las que habia exigido, y el invicto conde de Morella, rendido por las fatigas de la guerra, por los sufrimientos que le causaban sus heridas, y áun más, lastimado con el suceso de Vergara, cayó gravemente enfermo en la Fresneda, acometido de unas calenturas tifoideas que amenazaron sériamente la existencia del caudillo carlista, últimamente honrado por D. Cárlos, desde Búrgos, con el mando del ejército de Cataluña.

Entretanto estaba encargado de dicho mando del ejército — á la sazon compuesto de veinte mil quinientos ochenta y cuatro infantes, dos mil ciento quince ginetes y ciento y ocho cañones — D. Domingo Forcadell. Permanecian los carlistas á la defensiva, y solamente algunas atrevidas expediciones, como la de Gracia contra el fuerte de Onda, la de Arnau á Castilla, y la de Palacios á Guadalajara, daban muestras del genio aventurero y valeroso de los jefes que rodeaban al conde de Morella.

Éste, convaleciente de la enfermedad que le puso tan cer-

ca de la muerte, entraba en Mora de Ebro en 21 de Febrero (1840), entre el repique de campanas, las músicas y las aclamaciones de una poblacion entusiasta. No era aquel ardiente caudillo cuyas miradas parecian reasumir toda la vehemencia de un corazon volcánico: sus pupilas, brillantes sí, pero amortiguadas por la atmósfera de los dolores moral y material, no se fijaban, como en otros dias, en el espectáculo de sus glorias: estaba flaco y descolorido, estenuado y calvo, y tan débil que apénas podia tenerse en pié cuatro minutos seguidos.

Al mismo tiempo que el conde de Morella entraba en Mora de Ebro, salia del Mas de las Matas el general Espartero y se dirigia á Segura. En 23 de Febrero se presentaba delante de la plaza: rompieron el fuego las baterías sitiadoras en el momento mismo en que estallaba un motin dentro de la plaza, y tres dias despues (27 Febrero 1840) Segura se hallaba en poder de las tropas liberales (1). Y como suele suceder que á un descalabro sigue otro, una vez mudada la suerte de la guerra, segun parece, alteradas las causas, segun indica la razon, á la toma de Segura siguió la de Castellote (26 de Marzo). En Soneja, Onda, Villafanés, Lucena y Novaliches las armas carlistas sufrieron tambien algunos descalabros, así como en Pitarque y Montoro, en Aliaga, Monroyo y Peñarroya, avanzadas de Morella, aquel baluarte del caudillo carlista, con tanto heroismo guardado y defendido.

Beceite cayó tambien en poder de las tropas de Leon y Zurbano (19 de Abril): el fuerte de Arés y Mora de Ebro.

---

(1) Trescientos prisioneros, seis piezas, ochenta mil cartuchos y gran cantidad de pólvora y balas, fueron el resultado que consiguió el ejército liberal con aquel triunfo tan sencillo.

evacuado anteriormente por Cabrera y la guarnicion, pasaron tambien al dominio de los isabelinos, y Alcalá de la Selva se rendia á O'donnell (30 de Abril), y el castillo de Alpuente abria sus puertas al general Azpiroz (2 de Mayo).

No tenía noticia el conde de Morella de tantos descalabros, y al salir de Mora de Ebro se presentó al ejército: recibióle éste con muestras de entusiasmo indescriptible; le habian creido muerto muchas veces, y las noticias que llegaban durante su enfermedad no hacian augurar otro resultado. Dirígese Cabrera á Morella, y reorganiza, por decirlo así, al ejército, restableciendo la ordenanza más severa al mismo tiempo que fomenta el entusiasmo. Pero á los desastres ya enunciados, sucedieron los de Vall de Lladres y Cantavieja, ésta abandonada é incendiada por los carlistas (11 de Mayo), y el ejército isabelino ocupó sin obstáculo á Villahermosa, San Mateo, Benicarló, Galera y Ulldecona. La desastrosa jornada de Cenia, en que, cadavérico el conde de Morella, y atado, puede decirse, sobre una mula, dirigió á su gente é hizo que resistiera denodada á los ataques de un enemigo mucho más numeroso, acaudillado por D. Leopoldo O'donnell, fué el más lamentable de todos los desastres; pues si bien ya era tarde para recuperar lo perdido, de mucho hubiera servido en el ánimo del soldado un triunfo tan inesperado como parecia haber sido al principio de la accion. Pero, en medio de ella, el valeroso conde cayó desvanecido, y hubieron de retirarle en una camilla, no sin gran trabajo, pues ya se hallaba rodeado de cadáveres.

El fuerte de Begis, tomado por Azpiroz dos dias despues, y por último, la ocupacion de Morella, fueron los postreros episodios de la guerra en aquella parte de la Península. El

conde de Morella pasa el Ebro por los vados de Mora (2 de Junio). Una vez en la márgen izquierda, y seguido de seis mil hombres, el caudillo carlista reunió á sus subalternos y les dirigió estas palabras, al poco más ó ménos: «No necesito decir á ustedes en qué situacion nos encontramos, pues es demasiado conocida de todos. Creo inútiles cuantos esfuerzos hagamos para continuar la guerra en este país, y mi ánimo es reunirme á las fuerzas de Cataluña y defendernos allí miéntras podamos. Si la suerte nos ayuda, tiempo tendremos para volver á este suelo. Ya ven ustedes tambien cuál es el estado de mi salud, que no me permite continuar ni emprender operacion de campo alguna. Si entre ustedes hay quien quiera seguir esta guerra, y se encuentra con fuerzas y medios para ello, desde luégo le autorizo para el mando y me comprometo á batirme como un simple voluntario á sus órdenes.»

Estas palabras en boca del caudillo cuyo solo nombre habia dado el triunfo tantas veces á las armas de D. Cárlos, en el genio organizador y guerrillero que habia conseguido hacer de su ejército un modelo entre todas las tropas de uno y otro bando: tanta humildad, tanta abnegacion revelaban que si Cabrera no hubiera disfrutado ya tan poderoso ascendiente entre los que le seguian, habrian bastado sus francas declaraciones para conquistarle las simpatías de todos.

Al siguiente dia los paisanos de Tortosa y los miñones de Mora pasaban á la derecha del Ebro á recoger los dispersos, y cuanto pudieran del castillo de Miravet, que habian abandonado precipitadamente. Reunidas todas estas fuerzas deberian operar mancomunadamente, ó de acuerdo con las de Don Pedro Beltran, que con algunos quedaba en el bajo Aragon, y que todavía recorrieron algun tiempo aquellas comarcas:

hasta que, viéndose abandonados y sin recurso alguno, se dispersaron buscando la salvacion en la fuga, y Don Pedro Beltran se presentó á las autoridades del Gobierno de Isabel.

De este modo quedaban el bajo Aragon y el Maestrazgo sin un solo carlista armado. El conde de Morella con su gente se encaminó á Berga. La provincia de Cuenca quedó brevemente desocupada por los que la recorrian, y los fuertes de Cañete y Beteta quedaron en poder de las tropas isabelinas. D. Leopoldo O'Donnell recorria la márgen derecha del Ebro. Balmaseda, perseguido de cerca por D. Manuel de la Concha con número muy superior de fuerzas, se vió obligado á entrar en Francia por el Valle de Salazar (28 de Junio). Palacios cayó en poder de los enemigos; y por todas partes, en fin, la suerte de las armas habia mudado para los carlistas.

Solamente en el Principado quedaban algunos elementos; elementos que hubieran podido aprovecharse á tiempo, y el resultado hubiera sido muy favorable á la causa carlista; pero que, desde la separacion y muerte del conde de España, no se emplearon en cosa de provecho. Segarra no tomaba parte sino «en las deliberaciones de alta política; pero no salia al campo, ni organizaba, ni dirigia una accion, porque no era cosa de que su prestigio se menoscabase en escaramuzas sin gran resultado, ó se comprometiera su preciosa existencia (1).» Era siempre de opinion que los negocios más difíciles deben resolverse «por el talento y no por las armas,» en tanto que por las armas adelantaba terreno el enemigo y amenazaba acabar de una vez con los últimos restos del carlismo en el Principado.

---

(1) Datos debidos al brigadier J. B.

Segarra meditaba dar un golpe en aquella localidad á la causa que hasta entónces defendiera, análogo al que Maroto le habia dado en Vergara. A este fin caminaba, y por eso en los encuentros habidos con el enemigo en el Ampurdan, en las alturas de las Timbas, en el puente de Alentorn, ni en los dos famosos ataques que tuvieron lugar á la ida y vuelta de la division Buerens, camino de Solsona (1), Segarra no tomó parte alguna. Las negociaciones entre el general Van-Halen, encargado ya del mando del ejército liberal, y el jefe Segarra, de los carlistas, continuaban con mucha prudencia, si bien no tanto que no llegara á enterarse de ello algun oficial de las filas de D. Cárlos, participándolo al conde de Morella segun sucedia. Las proposiciones del carlista no debieron parecer aceptables al ministro de la Guerra de Madrid, porque sucesos posteriores demostraron que se habia quebrantado algun tanto la buena amistad entre Van-Halen y Segarra.

Los isabelinos intentaban llevar un convoy á la plaza de Solsona, y lo dispusieron todo con este fin; diez y ocho batallones, setecientos ginetes y algunas piezas rodadas y de montaña formaban el bélico aparato del convoy: las novecientas caballerías que le llevaban quedaron en Biosca, por órden de Van-Halen, y él se presentó delante de Peracamps seguido de tan respetables fuerzas (23 de Abril). Acudió entónces Segarra al encuentro de los isabelinos, y despues de nueve horas de encarnizado combate hubo de retirarse, herido él mismo, así como Azpiroz, que lo fué mortalmente. Despues de

---

(1) En la segunda fueron muchas las bajas que sufrieron los isabelinos; en ella quedaron heridos el brigadier Durana, el coronel Prim y otros jefes.

esta accion, en que quedaron dueñas de las posiciones enemigas las tropas de Van-Halen, volvieron á recorrer el convoy, encontrando á los carlistas en las posiciones que ocupaban poco tiempo ántes. Pero la lucha no fué tan reñida, y los isabelinos llevaron el convoy á Solsona, entrando aquella misma tarde en la plaza. A su regreso se repitió el combate, con siniestros resultados por una y otra parte, pues murió mucha gente y fué grande el número de heridos. Los soldados de Van-Halen, que fué herido en el encuentro, se batieron en retirada hasta llegar al Estany.

Bien quisiera renovar Segarra sus negociaciones con el general Van-Halen, nombrado, por el último suceso que dejamos apuntado, conde de Peracamps; pero no pudo hacerlo, por más que lo intentó; y la aproximacion de Cabrera, que, noticioso de la meditada traicion de Segarra, se dirigia á impedirlo, castigándole si le hallase á mano, tanto por ello como por su anterior conducta, obligó á Segarra á buscar su salvacion en la fuga, como lo hizo, saliendo solo y á caballo, y presentándose en Vich á las autoridades de Isabel.

«Será posible, dijo el conde de Morella á su gente ántes de entrar en Berga, que tengamos que abrir á balazos algunas puertas que para nosotros habrá cerrado la traicion. Cuento con vosotros.» Bien comprendia el general los defectos de que adolecia, allí como en otros muchos puntos, la organizacion política del partido carlista; y seguramente el héroe de Tortosa los hubiera corregido si hubiera podido inspirar más confianza á la córte, que le apreciaba seguramente, ó si la precipitacion del desenlace de la lucha no le hubiera dificultado desarrollar su plan puramente militar.

A su entrada en Berga, que fué una ovacion completa (8

de Junio), publicó una proclama á la tropa en que anunciaba grandes justicias y castigos, y la adopcion de medidas de rigor y conveniencia que moralizasen, por decirlo así, al partido llamado carlista en el Principado: que evitasen la reproduccion de traiciones infames como la de la muerte del conde de España, y que hiciesen de Cataluña el baluarte del partido carlista, como lo habian sido las Provincias Vascongadas y Navarra.

Pero nada pudo realizar el conde de Morella, ó nada intentó. El desaliento general que advirtió bien pronto, la falta completa de elementos, el aislamiento en que se veia y las semillas de traicion que por todas partes fructificaban, obligaron al general carlista á desistir de sus propósitos. Era tarde ya para restaurar á su primer importancia el ejército, y el estado del país, exánime y pobre, no se prestaba para que sus habitantes intentasen renovar la lucha, áun no terminada.

La vanguardia del ejército de Espartero, nombrado tambien general en jefe de las fuerzas militares del Principado poco tiempo despues que el caudillo carlista, se presentó delante de Berga (4 de Julio). El general Cabrera comprendió que la mejor defensa que pudiera hacer sería en aquellas sierras, y dió órden de batirse en retirada; y escalonadas las fuerzas, protegian el movimiento.

Cuánto fué el valor desplegado por aquellos héroes, últimos campeones de la guerra civil, díganlo sus enemigos. «Si no supiera cuánto valen esos hombres, decia el general Espartero dirigiéndose á uno de los jefes que le acompañaban, lo hubiera aprendido esta tarde al verlos pelear como leones y trepar como gatos.» Tanto era el entusiasmo y tal el delirio de los carlistas en aquella retirada, que, los que habian sido colocados para proteger el movimiento, ni hacian apre-

cio de toques de corneta, ni de cuantas señales les hicieron para que se retirasen á su vez. Ni abandonaban su puesto, ni se movian un paso: rasgo de valor, que con otro no ménos digno y valeroso fué pagado; porque el mismo conde de Morella se adelantó hasta donde se hallaban aquellos valientes, y les amonestó á seguirle.

Al amanecer del dia siguiente, los últimos restos del ejército carlista se hallaban en Castellot de Nuch, de donde emprendieron la ascension al Pirineo, con más ira que cansancio, con más dolor que abatimiento. Próximos se hallaban á la frontera francesa, cuando el caudillo de Tortosa dirigió las siguientes palabras á los oficiales reunidos: «Creo que todo es inútil, y mi ánimo es entrar en Francia; pero si alguno de ustedes cree posible la continuacion de la guerra con ventaja, no tengo inconveniente en cederle el mando del ejército. Yo creo haber cumplido siempre con mi deber: si cualquiera de ustedes quiere hacerme cargos, este es el momento más oportuno. Aun pisamos el suelo español, y no quiero que se me juzgue como á general, sino como á simple voluntario: pues mejor quiero sufrir que morir con ignominia.»

Llorando pronunció Cabrera estas palabras, que sus oficiales escucharon tan conmovidos como él; y fué unánime la aprobacion del pensamiento del general. Qué podian hacer? La retirada á Francia significaba á un tiempo mismo la pérdida de su causa y de su patria. La santa y noble causa por que tantos esfuerzos habian hecho, y á la cual, como deber sagrado, sacrificaran su vida y sus haciendas. Su patria, por cuyo bien luchaban, por cuya felicidad hubieran derramado hasta la última gota de su sangre, como demostraran algunos de ellos en la epopeya inmortal de 1808.

Patria y Rey era lo que sacrificaban al abandonar el suelo español despues de una lucha esterilizada por la infamia y la apostasía, por los manejos traidores de un Gobierno que, no juzgándose bastante fuerte para poner fin á la guerra por los medios nobles, por el poder de las armas, acudia á la seduccion y al soborno, á las hipócritas promesas y á las engañosas protestas de un liberalismo, cuyos errores habian de sumir á la nacion en un abismo de sufrimientos y vergüenza.

En la noche del 5 de Julio (1840), y hallándose el conde de Morella y su ejército próximos, como queda dicho, á pasar la frontera, llegó un oficial frances con las órdenes de su gobierno, y las condiciones y garantías que fijaba á los carlistas. Eran éstas las siguientes:

«1.ª Los generales, jefes, oficiales y soldados serán destinados á los depósitos que señale el gobierno, y recibirán los mismos subsidios que otros emigrados por causas políticas.

»2.ª Serán recibidos, tratados y respetados como á refugiados se debe.

»3.ª Todos tendrán derecho á residir en Francia, ó pasar á otro país, segun les convenga.

»4.ª Las armas y caballos serán entregados á las autoridades francesas de la frontera, á excepcion de los de los generales, jefes y oficiales, por ser de su propiedad particular, así como las acémilas y equipajes.»

Estas fueron las condiciones que parecieron aceptables á los carlistas en aquellos momentos, y de las cuales no se cuidó el gobierno de Luis Felipe. Y áun siendo tales las condiciones, se resistia el esforzado aliento de aquellos héroes á transigir con el frances y sufrir, ellos tan amantes de su patria,

con las condiciones que se les imponian. Jefes hubo que dieron muerte á sus caballos; oficiales que rompieron sus espados; soldados que hicieron pedazos sus fusiles y pusieron fuego á las municiones, por no entregar al extranjero las armas que con tanto honor habian manejado, y los efectos de guerra que les sirvieran para luchar por el derecho y la fe.

¿Cuál fué el cumplimiento que hizo de sus promesas Luis Felipe? Tiempo es de arrojar al rostro de aquel monarca-lacayo, aunque le oculte á los ojos del mundo el velo de la eternidad, las injurias que le debemos. Los carlistas que entraron en Francia, confiados en las promesas oficiales, y juzgando hallar en aquel territorio la hospitalidad que al extranjero debe un pueblo culto, fueron considerados poco ménos que prisioneros, algunos; peor que tal, muchos. Quitáronse á Cabrera y á varios jefes que le acompañaban, los caballos y los equipajes: y recibido en Palau él y los dos batallones que con él entraron, por dos compañías francesas que los aguardaban, les hicieron formar pabellones y desfilar á pié y sin armas hácia Perpiñan, pasando por Prades; haciéndoles sufrir muchas imprudencias y vejaciones, pues como á enemigos prisioneros les trataban. Poco tiempo despues, el conde de Morella era conducido á una fortaleza, «hasta tanto que la paz se asegurase en España.»

Siguieron al valeroso caudillo en aquel mismo dia (6 de Julio) cuantos carlistas armados quedaban en la Península, excepto algunas compañías que todavía permanecieron en el valle de Andorra en actitud hostil, hasta que las enérgicas reclamaciones del general Carbó dirigidas á aquella república, les obligaron á salir del valle; y, entregando las armas, penetraron en Francia con sus compañeros. D. Rafael Tris-

tany y otros jefes intentaron por diferentes puntos continuar la lucha: pero todos los esfuerzos eran ya inútiles. Un numeroso ejército estrechaba cada vez más á los carlistas, y en breve tiempo no quedaba en España ni uno solo con las armas en la mano.

Maltratados por la gendarmería y demas dependientes del gobierno del Orleans, fueron conducidos junto á los muros de Perpiñan, donde acamparon todos, en número de veinte mil hombres. Allí se les hicieron grandes ofrecimientos por el general frances Castellane, para que pasasen á la Argelia; ofrecimientos que muy pocos aceptaron, á pesar de su lastimosa situacion. Entónces fueron conducidos á diferentes depósitos, en que los agentes del Gobierno se esmeraban en prodigar á los españoles todo género de injurias y vejaciones. Conducta digna de los sicarios del Orleans, del miserable usurpador del trono de Francia, con sangre á él ascendido, entre la burla universal arrojado.

Pero si tal fué la conducta del llamado rey, por mote; si tan indigno el comportamiento de sus agentes, no pueden pasarse en silencio los nobles y elevados sentimientos manifestados por el partido legitimista frances en aquellas circunstancias. En los palacios, como en la humilde casa del labriego, donde latia un corazon entusiasta y puro, amante de Dios y del Rey, allí encontraba un albergue y una familia el emigrado español: disputábanse el honor de hospedarle; y cuando sus medios á tanto no alcanzaban, obsequiábanle como podian y manifestábanle siempre su cariño.

Este fué el desenlace de aquella heroica lucha; esta fué la situacion á que se vieron reducidos los defensores de la legitimidad en España; los que tantos esfuerzos y sacrificios

hicieran para arrancar de manos de la usurpacion el cetro de España.

Hemos creido necesarios estos antecedentes para el objeto que nos proponemos; la vida de D. Cárlos María Isidro y la de su augusto hijo, se hallan íntimamente unidas á los acontecimientos que quedan referidos y á los que en años posteriores tuvieron lugar, y de que nos ocuparemos con cuanta extension es posible. Como la de D. Cárlos de Borbon y de Este, se halla enlazada á notables sucesos que pueden decidir del porvenir de Europa.

CAPITULO III.

Don Carlos María Isidro.—Situacion de Europa al tiempo del nacimiento de D. Cárlos.—Carácter de éste.—Su actitud en los primeros levantamientos á su favor.—Conducta de D. Cárlos durante la guerra civil.—Doña María Francisca de Asís de Braganza.—Su carácter.—Su influencia en los asuntos políticos.

I.

Pocas veces anduvo tan ligera la calumnia, que suele cebarse en los príncipes, como relativamente al infortunado hermano de Fernando VII.

Antítesis completa de él, fué tenido por sus enemigos como fanático é incapaz, solamente por carecer del cinismo que distinguia á su hermano, de aquella imprudencia sin límites con que abrazaba los principios más democráticos y los rechazaba despues, cuando creia que pudieran ser perjudiciales á sus egoistas intentos: veleidad que muchas veces le reprochara D. Cárlos, incapaz de semejantes mudanzas, en tanto no las justificaran motivos muy poderosos.



Lit. de N. Gonzalez Madrid

Dn CARLOS Ma ISIDRO DE BORBON

D. Cárlos nació en 29 de Marzo de 1788. Una revolucion gigantesca se germinaba á la sazon en la vecina Francia; revolucion que, pocos años despues, habia de poner como digno remate de sus extravios el sello de la muerte en todas partes, coronando el inmenso panteon en que convirtiera á la patria de San Luis, con la estatua de la Razon y las cabezas de los soberanos de Francia.

II.

España, que, apartada por el Pirineo de aquel foco de ateismo y centro de la desorganizacion europea, habia resistido valerosa al contagio, cuando el mundo todo se conmovia; cuando los monarcas todos de Europa se confederaban para destruir al monstruo de la soberbia, que abortara la Córcega; España, que habia levantado al cielo sus plegarias por la Religion y por el Rey, sagrados principios vulnerados en la Galia, y próximos á desaparecer de aquel suelo que con su piedad engrandeciera Carlomagno; España, en fin, que se estremecia ante la idea del ateismo revolucionario y de la revolucion social y política que amenazaba tan cerca á nuestras fronteras, vióse tambien rendida, pero no domada, al impetuoso empuje de las hordas francesas.

Conquista en la antigüedad el cristianismo las vírgenes zonas y los infelices pueblos; lleva el lábaro de la fe católica nuestros ejércitos adonde llegan los rayos del sol; y las Cruzadas, ese gigantesto poema de la Edad Media, esa página sin segunda en el inmenso catálogo de las glorias europeas, reunen á los pueblos y funden las más opuestas nacionalidades en un solo ejército de fieles, en un solo pueblo de entu-

siastas hermanos, que, impulsados por los mismos fines, convergen en un punto, atravesando mares y salvando divisorias.

Este ardiente entusiasmo, esta incomparable actividad, débese á la fe católica. No han menester más guías que su conciencia esos pueblos que se precipitan á rescatar los Santos lugares, ni más excitaciones que su entusiasmo.

En la época revolucionaria, cuando á la fe católica hubo sustituido el inexplicable arrebato de la locura política, de la exaltacion de las pasiones más groseras y brutales, los pueblos se apartan y procuran defender sus fronteras del contagio de la desorganizacion. Los principios venerandos de amor y piedad desaparecen, para verse sustituidos por materiales prácticas, en que sólo se atiende, cuando más se logra, al momentáneo goce corporal del individuo, considerado no más que como un átomo insignificante de la materia, un tornillo secundario en la máquina inmensa del mundo.

España, decíamos, y permítasenos esta digresion, llegó á verse invadida por la terrible avalancha revolucionaria desplomada del Pirineo. Napoleon, aquel instrumento de la revolucion europea, levantaba las águilas de Francia sobre el herido leon de Castilla.

Pero difícilmente se sujeta á un pueblo apartado, no ya por los efímeros principios políticos, si que por los sentimientos religiosos, por los dogmas de su fe: y España, al grito de *Dios, Patria y Rey*, acudió presurosa en defensa de sus derechos. En tan sagrado lema se hallaban simbolizados los más altos principios, los más heroicos fines. Zaragoza y Bailén, Vitoria y Talavera, mostraron al frances cuánto puede una nacion que cuenta con el poderoso auxilio de la fe.

Y las semillas produjeron su fruto, y la invasion dejó sus huellas en España, como las deja un desbocado bruto, por muy rápida que sea su carrera, al atravesar una llanura: huellas desorganizadoras, que conducian á un menguado fin, y que no faltaron hijos espúreos de España que intentasen seguir. Las costumbres se contagiaron, y los hábitos de licencia y disolucion encontraron en el suelo español algunos, aunque muy pocos admiradores.

La Constitucion de 1812 fué ya como el prólogo de una interminable obra de destruccion social, que gradualmente ha venido cumpliéndose en España. Los resabios napoleónicos, los principios afrancesados, producian allí su fruto natural y legítimo. No era ya, á semejanza de las antiguas constituciones de Aragon y Castilla, un código representativo del derecho nacional, si que un instrumento democrático, en virtud del cual querian arreglarse las acciones del poder ejecutivo á la voluntad de un puñado de hombres. No es ésta ocasion de hacer un detenido exámen de aquella constitucion, ni corresponde al espíritu de nuestra obra.

III.

D. Cárlos, que, como queda dicho, habia nacido en aquella época desastrosa de la revolucion europea, hallábase escudado por los impenetrables muros del amor patrio, y los principios disolventes nunca llegaron á destrozar su corazon. La ternura cariñosa de Cárlos IV se manifiesta al recien nacido colocando sobre sus hombros el collar del Toison de Oro y poniendo sobre su pecho la gran cruz de Cárlos III.

Cuanto rodea al príncipe es magnificencia y alegría, majestad y cariño. El duque de la Roca y el marqués de Santa Cruz cuidan de su infantil educacion; en la parte moral y religiosa queda encargado del ilustre niño el venerable P. Scío, el profundo é ilustre religioso, gloria de las letras y modelo de virtudes. D. Vicente Maturana fué su maestro de táctica militar, y D. Cristóbal Bencomo enseñóle retórica y poética, instruyéndole perfectamente los poetas griegos y latinos.

D. Cárlos reunia, á un despejo nada comun, una atencion maravillosa; fijábase en cuanto oia de tal suerte, que alguna vez le bastó una sola lectura de un libro para penetrarse de los menores detalles en su redaccion y forma literaria. Pero, sobre todo, su mayor inclinacion era á la lectura y prácticas religiosas. «Era religioso ántes que todo, dice un escritor, y nada queria que no viniese de Dios. Tanto esperaba en el Señor, que aconteció un dia hallarse rezando con el rey en el coro del Escorial; y acometido el monarca por un accidente, cayó al suelo, revolcándose violentamente entre el reclinatorio y la silla, con peligro de estropearse; D. Cárlos, que estaba á su lado de rodillas, quedó inmóvil como una estatua: y levantando los ojos y ambas manos al cielo, no hizo otra cosa que clamar: Señor, salvad al rey (1).»

Don Cárlos excitaba la curiosidad de todos los cortesanos y las simpatías de pocos: era un modelo que no se prestaban gustosos á imitar. La travesura insustancial y frívola, cuando

(1) Pirala. *Hist. de la guerra civil*, con relacion á la *Historia y descripcion del Escorial*, por D. José Quevedo.

no hija de un sentimiento de crueldad exquisita, que se observaba en Fernando, hacia mucha gracia á ciertos personajes, que celebraban con grandes risas las buenas ocurrencias del príncipe de Astúrias: en esto, como puede suponerse, entraba por mucho la adulacion.

Sin embargo, como consuelo de estos necios desvios, podian servir á D. Cárlos las frecuentes muestras de cariño que le daban María Luisa, Cárlos IV y su abuelo Cárlos III. Éste, cuando le presentaban á los dos niños, tomando siempre en sus brazos al menor, aunque tambien acariciara al otro, solia decir: «Qué diferencia! tú serás un buen rey; ese tal vez no sirva ni para padre.—Á tí, hijo mio, decia otras veces, no te quieren los cortesanos: ven tú, pobrecito, tú serás rey.»

Y en la diferencia que Cárlos III establecia, no se equivocó por cierto: Fernando empezó su carrera alzándose contra su padre, y D. Cárlos solamente palabras de amor y cariñosos consuelos tuvo para el infortunado padre. Cuando Fernando le privó de la corona de España por un acto atentatorio é ilegal, no salió de sus labios una queja: su inocencia, con respecto á la organizacion de la guerra, demostraremos despues.

Preso D. Cárlos como su hermano en Valencey, permaneció indiferente por consideracion á los respetos que á su familia debia. Vuelto á España, y en 14 de Junio de 1814, empieza su carrera militar de coronel de las fuerzas de reales carabineros. Dos años despues, en 1816, casó D. Cárlos con Doña María Francisca de Asis de Braganza: los sucesos políticos que sobrevinieron en España obligaron á D. Cárlos á tomar parte alguna vez, y el hermano de Fernando VII fué siempre el más fiel defensor de su hermano.

Austero en sus costumbres, afable en su trato, D. Cárlos era un conjunto de majestad y dulzura, de grandeza y humildad, de que tan pocos ejemplos se hallan, y que revelan la existencia de un alma noble y elevada. Su conversacion era agradable hasta un punto indecible, sin perder nunca la sencilla forma, trasunto fiel de la sencillez de su corazon. Rara vez se hallaba en su fisonomía alteracion alguna, por más que el dolor embargase su alma ó las miserias de la política turbasen su reposo. Padre de los pobres, gustaba no sólo de socorrerlos, si que tenía una especial complacencia en adivinar el sufrimiento donde se hallase, para remediarle sin que se supiese quién lo habia hecho. Esclavo de su palabra, nunca ofreció sinó mucho ménos de lo que despues cumplia, tratándose de alguna solicitud que le dirigian. Oia á cuantos querian hablarle, con tanta atencion y cariño, como si en su interes tomase parte; y así era efectivamente: porque una vez convencido de la razon que asistia á quien le consultaba, ya no se hallaba tranquilo hasta conseguir que se le hiciese justicia.

«Amigo, más que hermano, de Fernando, le amaba con aquel cariño que engendra en dos personas la mutua participacion de unas mismas desgracias.—La fe que tenía D. Cárlos en sus ideas religiosas, le hacia ser bondadoso con sus criados, afable con todos, y revestirse, para mandar, de aquella dulzura que el Evangelio le enseñaba en sus santos varones.—El órden que reinaba en su persona y en su cuarto, le extendia á su familia y á cuantos le rodeaban. Cada uno ocupaba su verdadero lugar, y aunque dispensaba alguna falta, no dejaba de corregirla. Económico, sin ser tacaño, y generoso, sin ser pródigo, sabia distribuir recompensas

domésticas, y dejar obligado al que las recibia.—El pueblo, para el que nunca son desconocidas las acciones de sus príncipes, apreciaba en su justo valor las de éste, y las ensalzaba exagerándolas, como suele hacer con cuanto le agrada. Corrian, pues, creciendo de boca en boca, y llegó á ser D. Cárlos mirado por sus partidarios como uno de los príncipes más completos de la cristiandad (1).»

No carecia por cierto D. Cárlos de un valor personal que rayaba en heroismo; las miserias políticas, las repugnantes rivalidades que nunca hallan en el enemigo nada digno de encarecimiento, movieron á los que han supuesto á D. Cárlos como un hombre pusilánime y falto de valor. Calumnia, como tal, grosera ha sido ésta; D. Cárlos tenía bastante dignidad para ser cobarde, y sobre todo, una confianza en Dios tan grande y profunda, tanta fe religiosa, tal entusiasmo habia en su amor á Dios, que los mayores peligros le parecian insignificantes; y mil veces, durante la guerra civil, demostró una serenidad sin alarde, una confianza sin llegar á la temeridad, tan asombrosas é increibles, que áun á los más acostumbrados y aguerridos causó admiracion.

«Como si tuviera el escudo de Eneas—dice tambien acerca de esta condicion de D. Cárlos el autor ántes citado,—ó fuera invulnerable como Aquiles, permanecia sereno, impávido, envuelto, sin moverse, entre el polvo que levantaban las ba-

---

(1) Estas líneas pertenecen á la *Historia de la Guerra civil*, por D. Antonio Pirala; y téngase muy presente que las ideas liberales del autor, que á intento hemos citado, para corroborar nuestro juicio acerca de D. Cárlos, no le hacen por cierto sospechoso de parcialidad á favor del ilustre personaje.

las que caian á sus piés. Temian por él y por sí mismos cuantos le rodeaban de su escolta; pero se sonreia D. Cárlos de sus temores, y permanecia quieto. Confiaba en Dios, y nada temia. Esta conviccion le daba un valor que rayaba en heroismo. D. Cárlos hubiera ido al martirio sonriendo.»

En su voz, en su semblante se veian reflejados los sentimientos de candor é ingenuidad que le distinguian; nunca pronunciaba una frase descompuesta ó poco decorosa, aunque le acometieran los más rudos é inesperados accidentes. Pero, así como él no las profería, tampoco era de su agrado que en su presencia alguno osase pronunciarlas.

Don Cárlos reunia á sus distinguidas condiciones morales una figura simpática y un agraciado semblante. Sus ojos, algo hundidos, pero brillantes, animaban sus apacibles miradas; frente ancha y nariz aguileña; la barba un poco pronunciada, así como la nariz, conforme al tipo borbónico; eran castaños sus cabellos, y su bigote rubio y bastante largo: su ovalado rostro coloreaba un ligero carmin: su conjunto era tan agradable como sus condiciones morales.

Tal era el hombre á quien con tanta injusticia trataron algunos escritores, más conformes con sus propios sentimientos que con la verdad histórica, de que se cuida muy poco quien escucha la voz de las pasiones políticas.

Las vacilaciones de Fernando VII, su conducta injustificable y atentatoria á la paz de la Península, y sus condiciones, en fin, completamente antitéticas de las de su hermano D. Cárlos, le enajenaban paulatinamente el afecto de los españoles, cuanto granjeaban á aquel mayores simpatías.

VI.

Los malcontentos del Gobierno de Fernando no tardaron en formar una conjuracion en que intentaban les ayudase Don Cárlos, ó por lo ménos autorizase sus trabajos y maquinaciones. Fernando, ya lo hemos dicho, no reconocia más principio político que el egoismo de su propia conveniencia, y léjos de atenuar con su conducta el descontento que no tardaron mucho en manifestarle algunos pueblos, más se esmeraba en disgustar á sus enemigos.

En poco tiempo reunidos los elementos de oposicion al rey, constituíase un partido importante y numeroso que intentaba sustituir á Fernando en el trono con su hermano D. Cárlos. Empleáronse primeramente las armas de la intriga diplomática, y la prensa. Ántes de llegar á una ruptura, era menester intentar vencer el ánimo de Fernando, y áun el de Don Cárlos, para que, en caso de optar por la lucha armada, apadrinase con su presencia ó con su consentimiento implícito el deseo de los pueblos.

Cuál fué la actitud del dignísimo príncipe en aquellos momentos, con cuánto disgusto escuchó las proposiciones que le hacian sus adeptos, oigámoslo de un escritor liberal: «En vano se esfuerza el partido apostólico—dice—por obtener de D. Cárlos palabras de compromiso; en vano trata de que conspire contra su hermano, aunque sea indirecta ú ocultamente. Le amaba como hermano y le obedecia como súbdito; y si bien le halagaba la idea de reinar conforme á sus principios y ser deseado por los que le representaban, tenía demasiada

confianza en Dios, y consideraba como un crímen y una ofensa á sus sentimientos religiosos faltar á su hermano y á su rey.»

Creábanse juntas por todas partes, sociedades secretas, y no se hicieron aguardar mucho tiempo los sucesos, porque el levantamiento de algunas fuerzas á nombre del rey en Cataluña, en 1827, demostró cuál era el espíritu público y lo que podia prometerse el rey al llegar sus últimos instantes.

Sin embargo, no aprovechaba Fernando tan elocuentes lecciones, y continuaba en su constante sistema de vacilaciones, que tanta mengua arrojó sobre su nombre en la historia, y que tan funestas consecuencias habia de producir á la infortunada España. Sistema que alguna vez censuraron sus buenos consejeros, y que constituyó toda la política de Fernando VII.

Don Cárlos, que no ignoraba aquellos acontecimientos y que comprendia cuánta popularidad alcanzaba con la incalificable conducta de su hermano, léjos de explotar tan oportunos momentos, léjos de autorizar explícita ni implícitamente los movimientos de Cataluña, léjos de eso, y cuando alguna vez intentaron sus parciales que autorizase con su presencia alguna reunion, con sus palabras algun trabajo en pro de su propia causa, negóse resueltamente, y áun sostuvo muchas polémicas con su esposa Doña María Francisca acerca del mencionado asunto.

Entretanto cundia el descontento en los pueblos; y si bien algunos conatos de guerra civil habian sido sofocados, quedaban los gérmenes de la discordia, y adquirian mayores proporciones las recíprocas enemistades que la cuestion política formaba. Los pueblos se hallaban divididos, y empezaba á preocuparles el asunto de la sucesion en la corona; pues si bien con el nacimiento de las infantas Isabel y María Luisa Fernan-

da (1), los afectos á Fernando consideraban asegurada la sucesion, por su parte los carlistas se felicitaban al ver que, no naciendo ningun hijo varon, á la muerte del rey habria de sucederle el verdadero representante de los principios tradicionales en España y de las generales simpatías de los pueblos.

Los liberales más exagerados, impregnados en los democráticos y trastornadores principios revolucionarios que tanto se habian extendido por la vecina Francia, aguardaban con ansiedad la muerte de Fernando VII, convencidos de que en aquella sazon hallarian medio de hacer triunfar sus principios, contando con el apoyo de la viuda del monarca.

La muerte de María Amalia Josefa (2) habia alentado á los parciales de D. Cárlos, que veian en ello una providencial manifestacion de la justicia de sus aspiraciones: pero el nuevo matrimonio del rey con Doña María Cristina, y, sobre todo, los nacimientos de las infantas, disgustaron á muchos, segun queda referido: si bien la mayoría del partido carlista estaba satisfecho viendo que faltaba al rey un hijo varon que le sucediese en el trono.

La política, segun queda dicho, empezaba á preocupar á los pueblos, y hasta en las pequeñas localidades se formaban dos bandos opuestos entre sí, y veianse los indicios precursores de una lucha fratricida. Pero adonde llegó á un punto extraordinario la enemistad política, fué en la córte: en ella contaba con muchos y muy buenos amigos D. Cárlos, los cuales, conociendo el carácter y condiciones del hermano de

(1) La primera en 10 de Octubre de 1830, y la segunda en principios del 1832.

(2) 17 de Mayo de 1829.

Fernando, y ya recelosos de alguna trama de Doña María Cristina, ó de su hermana Doña María Carlota, se agrupaban y defendian al infante con iguales armas con que sus enemigos le atacaban.

Los liberales se agrupaban al derredor de las infantas, y la esposa del rey, considerando á aquellos como los defensores de su causa y buenos instrumentos para sus miras, los halagaba con su cariñoso trato, ó alimentaba sus esperanzas de reformas políticas.

No es de nuestro dominio la historia de los sucesos que tuvieron lugar en Palacio, y que sirvieron de preliminares á la desastrosa guerra civil, que tanto hemos deplorado: nuestro objeto es muy diferente; y sólo para dar á conocer el carácter de D. Cárlos María Isidro, tan calumniado por escritores parciales ó mercenarios del poder de Isabel, hemos apuntado estos ligeros antecedentes.

La actitud de D. Cárlos ante sus propios amigos, y cuando, halagando la vanidad tan propia del hombre, se le presentaba ocasion de satisfacerla, fué digna y como correspondia al que, sobre tener conciencia de sus derechos, profesaba tanto cariño á su hermano y tanto respeto al monarca.

V.

La guerra civil sucedió á la muerte de Fernando VII, y Don Cárlos no podia rechazar á los hombres que por él corrian á las armas é inscribian su nombre en el sagrado lema de *Dios, Patria y Rey*. Las proclamas y los pasquines que por todas partes se hallaban, eran el testimonio de la actitud del país, y ya D. Cárlos no podia desatender, sobre la propia con-

ciencia de la justicia, á las reclamaciones de los pueblos que por su rey le aclamaban.

La siguiente proclama, impresa en Guipúzcoa, pintaba con verdad el entusiasmo de los carlistas, y la situacion del Gobierno de Doña María Cristina, en los últimos momentos de Fernando VII:

«Españoles: mientras toda la Europa se halla armada para defender la legitimidad de Enrique V, una fraccion demagógica, venida desde las clases inmundas de París, para sumergirnos en el abismo del ateismo y de la heregía, trata de usurpar el trono de Cárlos V, llamado por la ley fundamental de la monarquía por sucesor de San Fernando, cuyas virtudes imita, y cuyo celo por la religion forma uno de los bellos rasgos que hacen el carácter de este singular príncipe indicado por el cielo hace muchos años, y probado de diversos modos, para ser un rey segun el corazon de Dios.

»Españoles: Fernando, declarado ya inepto, no por los hombres, sinó por Dios mismo, que le tiene postrado en el lecho, del que no se levantará, y áun por sí mismo, en el hecho de haber nombrado para gobernar á su esposa, inepta legalmente; Fernando, moribundo, ya no reina de hecho ni de derecho, pues está muerto civilmente. La faccion apoderada de la gobernadora, ha puesto en convulsion á todo el reino. Una separacion tiránica del gobierno de las capitales, de los buenos vasallos del rey, sustituyendo á los más comprometidos en el sistema revolucionario de la Constitucion y de las Cámaras: una amnistía indiscreta contra todos los principios de las naciones cultas; la instalacion próxima de la carta francesa, que ha revolucionado la Europa: la minori-

dad sentada en el trono: la llamada de los franceses para auxiliar la usurpacion de Cristina; la tolerancia de todos los cultos; la extincion de los voluntarios realistas, de los jesuitas y corporaciones religiosas; en fin, el exterminio del clero y del culto de Jesucristo; este es el cuadro lastimoso que os presenta en pocos dias el Gobierno mismo de Cristina. Nieta legítima de María Luisa, parece destinada, como aquélla, para traer á nuestro seno la dominacion extranjera. Lo sufrireis, valientes del año de 1808? ¿Vosotros que, sin armas, sin ejércitos, sin recursos, perdidas las plazas fuertes, os opusisteis á las victoriosas águilas del tirano Bonaparte? Vosotros que vencisteis al llamado invencible, ¿os aterrareis á la vista de impotentes amenazas de una secta sanguinaria? No lo creo; Cárlos, el invicto y virtuoso Cárlos, es digno de vuestros sacrificios; y puesto á nuestra cabeza, la victoria coronará vuestros esfuerzos, y su larga mano remunerará vuestro valor. Á las armas, voluntarios realistas! viva el rey absoluto con Cárlos V regente, y legitimidad! Mueran para siempre los ateos y los herejes, enemigos de nuestro Dios!

»Bajo esta precaucion de letra, no fecha, ni firma, se deben trasmitir á los amigos del bien copias, y de unos en otros que vaya siempre en aumento. Pena de la vida tenemos si no trabajamos en salvarnos: la *Gaceta* lo dice sin rebozo.= Es copia.»

Una vez roto el dique á la prudencia, y arrojado el guante por la reina Cristina, el partido carlista acudió á las armas. ¡Con cuánto entusiasmo, con cuánto denuedo pelearon sus caudillos, proverbial es, y no puede ponerse en duda! Y si otras

pruebas no hubiera; si no fuese de todos conocido el heroico poema de la guerra de los siete años; si duda alguna quedase de cuánta era la importancia del partido carlista, y cuáles sus hechos durante aquel período; si para relatar sus triunfos no bastase la memoria de tantos y tan autorizados testimonios, pudiera bastar para el objeto la insistencia con que desde los primeros momentos de la lucha buscó el Gobierno de Cristina los medios de terminar con la traicion lo que preveia difícil por las armas.

En Marzo de 1834, el general Quesada se dirigia á Zumalacárregui proponiéndole un arreglo amistoso: el denodado caudillo y pundonoroso militar respondia dignamente al cristino: «Te perdono este insulto, decia, en favor de nuestra antigua amistad, y el dia del triunfo solicitaré tu perdon de mi muy amado rey.»

Empezaba el año de 1835, y el general Álava, por conducto del duque de Wellington, procuraba una transaccion, cuyas bases eran las mismas que más tarde proponia Maroto con muy ligeras modificaciones.

Llegaron hasta D. Cárlos las proposiciones de paz, y parecia muy interesada la Inglaterra en el asunto. Sin embargo, las proposiciones que se hicieron al rey no llevaban el carácter oficial, si bien en el fondo le tenian; confidencialmente se trató el negocio, y de la misma suerte se le hicieron las proposiciones. Por ellas deberia renunciar D. Cárlos á la corona, empeño muy notable que siempre manifestó la Inglaterra, y formar una alianza que pusiese fin á la comenzada lucha, casando el primogénito de D. Cárlos con la infanta Isabel, y haciéndose de este modo á los dos vástagos de las dos ramas borbónicas comparticipes en el trono de España.

La respuesta de D. Cárlos fué enérgica y digna de especial mencion. «Jamás consentiré—dijo—en abdicar ni renunciar mis derechos al trono de mis antepasados; nunca abandonaré á mis valientes defensores, y confiando en la justicia de mi causa y en la Divina Providencia, quiero vencer ó morir combatiendo.»

Don Cárlos, como sus verdaderos defensores, abrigaba el intimo convencimiento de la justicia de su causa, y no hubiera retrocedido ante los mayores esfuerzos: no excitó, ni en parte alguna contribuyó al levantamiento en su favor; pero una vez comenzada la guerra, cuando acudieron á él y le pidieron sus brazos los entusiastas carlistas, el monarca no podia negarse á ello, y fué el primer soldado en aquella causa; no ya movido por el egoismo que alguno le atribuyera y que para otro carácter fuera indudablemente el primer móvil; si que arrebatado, como todos sus defensores, por su amor á la justicia en pro del derecho y la legitimidad.

Como demostracion de esto, y para probar al mismo tiempo cuánto era el amor á su patria que á D. Cárlos distinguió, basta la respuesta que dió al ayuntamiento de un pueblo de la provincia de Alava, al felicitarle éste por haber entrado en el ministerio inglés el duque de Wellington, muy afecto á Don Cárlos. «No recibo esas felicitaciones, porque siempre miraria como una gran desgracia la intervencion armada de una potencia extranjera, en este asunto, siquiera fuese en mi favor y provecho. Esta cuestion es española, y solamente españoles deben intervenir en ella.»

Deciale en otra ocasion uno de sus ayudantes, que la intervencion efectiva de Inglaterra facilitaria la adquisicion de armas en aquella nacion á los carlistas como á los cristinos.

y no tendrian tantas desventajas. D. Cárlos contestó de este modo: « Yo no deseo obtener armas de Inglaterra; ántes quisiera que esa nacion, como todas las demas, se abstuviese de tomar parte y suministrar nada, porque de ese modo la guerra, reducida únicamente á los recursos que tiene cada uno de los dos partidos, se terminaria más pronto, y el triunfo resultaria infaliblemente en favor del más fuerte (1). »

La perfidia de Vergara hirió profundamente el magnánimo corazon de D. Cárlos. La impresion que le produjó la actitud de algunos de sus antiguos defensores, y, sobre todo, la falta de recursos en que se hallaba por no admitir cantidad alguna de las naciones extranjeras, pudiendo mancillar la honra del príncipe ó lastimar en lo más mínimo los intereses de la patria que tanto cariño le inspiraba, fueron causas bastantes para anonadar á D. Cárlos. Cuál fué el efecto que en su ánimo produjo el notable acontecimiento de Vergara, se pinta en las siguientes proclamas publicadas en 30 y 31 de Agosto (1839).

« Pueblos de Navarra y Provincias Vascongadas,—decia la primera:

» Miéntras el enemigo invadia sin resistencia el territorio de estas Provincias fidelísimas, abandonándoseles posiciones en que un puñado de valientes hijos vuestros habia en otro tiempo rechazado con gloria el ímpetu reunido del ejército revolucionario y de las legiones extranjeras auxiliares suyas, se os halagaba con palabras de paz, haciéndoos creer que la paz estaba hecha, y que los adelantos del enemigo eran consecuencia de ella, cuando en realidad eran sola-

(1) Campo y córte de D. Cárlos.

mente efecto de la más vil cobardía, sinó de un delito mayor. Rey y señor vuestro por el derecho que Dios se dignó concederme con la vida, acepté la guerra que vosotros, sin más estímulos que los de vuestra lealtad, movísteis al instante mismo de la muerte de mi hermano (Q. E. E. G.); y esta guerra que empezásteis con una decision sin ejemplo y que habeis sostenido con un heroismo que parecerá fabuloso á los venideros, no es solamente una guerra de sucesion, sino de principios.

»No sólo sosteneis con ella mis derechos á la corona, sinó tambien los vuestros á la inviolabilidad de la religion santa y de los fueros venerandos de vuestros padres, cuya existencia es incompatible con la del Gobierno usurpador y revolucionario. Escuchad si no al jefe de su ejército, al rebelde Espartero, en su proclama del 23 de este mismo mes, desde Durango, decir á sus soldados las precisas siguientes palabras: «El enemigo desconcertado será batido si no se acoge á nuestra generosidad deponiendo las armas, ó sosteniendo con ellas la Constitucion de la monarquía española, el trono legítimo de Isabel II, y la regencia de su augusta madre. Los que así lo hagan serán admitidos como miembros de una familia: pero al mismo tiempo la rebeldía será castigada como en Allo y Dicastillo.»

»¿Quereis más pruebas de lo que vuestra religion, vuestras leyes y vuestros fueros y costumbres van á ser con el triunfo de la revolucion? ¿Es esta la paz con que os han halagado, y quereis que vuestros sacrificios heroicos de seis años rematen en la vergüenza de rendidos sin combatir á discrecion del enemigo? Padre vuestro al mismo tiempo que rey, yo deseo la paz tanto como vosotros mismos: agradecido á vuestros sacrificios, nada deseo tanto como verlos cesar para po-

der premiarlos: pero, podré suscribir á vuestra ignominia? podré consentir en dejaros á merced de vuestros enemigos? Nó: moriré ántes con vosotros y entre vosotros, pues que no dudo que vuestra decision es tambien la de morir ántes que echar tal borron sobre vuestro heroismo.

»El rebelde Espartero os dice lo que debeis esperar de su victoria, á que os conduce infaliblemente la falsa seguridad de paz con que se ha procurado entibiar vuestro ardor contra el enemigo. He dado órden para que se publique tambien la correspondencia del general Maroto, en la que vereis que, áun suponiendo ciertas las indignas proposiciones de Espartero, habeis sido engañados torpemente por los que os han hecho creer en una próxima paz. Vuestro heroismo se resentirá de este engaño y de la facilidad que con él se ha dado al enemigo para ocupar un país que nunca hubiera logrado pisar por la sola fuerza de sus armas: y miéntras, animados por vuestras palabras, y áun por vuestro ejemplo, corren vuestros hijos á vengar vuestra buena fe burlada y vuestro honor ultrajado, rechazando de vuestro territorio á los rebeldes, confiad para la obtencion de una paz justa y duradera en el afecto y agradecimiento de vuestro rey.=Cárlos.=Real de Lecumberri 30 de Agosto de 1839.»

En 31 de Agosto, y una vez consumada la perfidia del traidor general, decia D. Cárlos desde el cuartel real de Lecumberri:

«Pueblos de Navarra y de las Provincias Vascongadas: Ved ya consumada la más negra traicion, y el traidor anunciándoosla con un insolente descaro en la proclama adjunta.

Habeis sido vendidos al vil oro del extranjero y al vil premio de la conservacion de algunos grados, y con vosotros han sido vendidos tambien nuestro Dios, nuestro Rey, vuestros países y vuestros fueros. El traidor se abstiene de daros á conocer las condiciones de la infame venta que llama tratado de paz; pero sabed que estas condiciones son las siguientes, estipuladas en Vergara con Espartero, en la noche del 28 al 29 del corriente:

»1.ª La conservacion de los grados y empleos militares y civiles, con facultad á los oficiales de continuar sirviendo, y dando, á los que no quieran esto, ó su licencia ilimitada ó su retiro, y á los que prefieran pasar al extranjero cuatro meses de paga anticipados.

»2.ª Que los voluntarios depongan sus armas en una comida que se dé á los dos ejércitos, y terminada se entreguen al enemigo todos los efectos y municiones de boca y guerra.

»3.ª Que los prisioneros sigan la suerte de los cuerpos á que pertenecen.»

»Por lo que hace á los fueros de estas provincias, Espartero ha dicho abiertamente que ni su Gobierno ni él pueden conservarlos, y la única concesion que ha hecho respecto á este punto se reduce á prometer que empleará su influjo con las Córtes para su conservacion.

»¿Habeis oido jamás una perfidia semejante? Pueblos vasco-navarros y voluntarios: elegid entre vuestro rey y el traidor que de una manera tan vil corresponde á la confianza que habíais puesto en él; entre vuestro deber y vuestra deshonra; y, en fin, entre el gobierno prudente y justo de vuestros padres y el inmoral y desordenado de la constitucion de Madrid.

Vuestra decision, la lealtad que es innata en vosotros, y vuestra constancia, no dejan dudar de vuestra eleccion; seguid á vuestro rey, y estad seguros de que S. M. no os abandonará en vuestros peligros y fatigas, hasta que se haya obtenido una paz verdadera y proporcionada á los sacrificios que habeis hecho por espacio de seis años. . . . .

»Cuartel general de Lecumberri 31 de Agosto de 1839.=Por real órden.=Paulino Ramirez de la Piscina (1).»

Conocida la traicion de Vergara, aconsejaron á D. Cárlos algunos de sus ministros y servidores que buscase su salvacion en Francia, desistiendo por entónces de nuevas tentativas. Ya en un consejo celebrado en Villafranca (26 de Agosto de 1839) habian formulado esta opinion muchos de los que rodeaban al rey. Asistieron á dicho consejo el P. Cirilo, el marqués de Valdespina, el baron de Juras Reales, Montenegro, ministro de la Guerra, Ramirez de la Piscina, ministro de Negocios extranjeros, Erro y Otal: y como en su mayor parte se hallaban de acuerdo con el general rebelde, acordaron que D. Cárlos pasase el Pirineo, pues los pueblos se hallaban tan inclinados á la paz, tan arruinados con la guerra, que era de temer una insubordinacion de los mismos soldados (2).»

Don Cárlos, que, como queda dicho en su lugar oportuno, se hallaba dotado de un valor personal extraordinario, contestó de esta suerte á los que tal le aconsejaban: «Supo-

---

(1) Secretaría de Estado del ministerio de Gracia y Justicia de Don Cárlos. Adjunta publicaba D. Cárlos la proclama de Maroto, de que ya hemos dado noticia.

(2) Esta opinion emitió el P. Cirilo, y fué apoyada por sus compañeros.

neis que la mayor parte del ejército se ha pasado al enemigo, y que el resto se halla completamente desorganizado; sin embargo, me parece que los batallones alaveses y navarros permanecen fieles á sus banderas; y si estas tropas no bastan para resistir á Espartero, bastarán, por lo ménos, para escoltarme hasta el campo de Cabrera.»

Decidido se hallaba el rey á pasar al reino de Aragon, donde contaba con el esfuerzo del conde de Morella, y con la fidelidad nunca desmentida de aquellos pueblos valerosos y entusiastas. Elío aprobaba la resolucion de D. Cárlos, y así lo manifestó á Marcó del Pont, que sobre ello le consultaba. «Con ocho batallones, dijo el general, me comprometo á conducir al rey hasta el campo aragones.»

Eran estas palabras halagüeñas esperanzas para D. Cárlos, que no pensaba en otra cosa; así fué que, apénas sabedor de la contestacion de Elío, reunió el consejo, al cual asistieron sus ministros de la Guerra, Hacienda y Negocios extranjeros; los generales Eguía, Villareal, Elío y Valdespina; el arzobispo de Cuba, el baron de Juras Reales, Erro y Otal. Presidió el rey el consejo, y éste declaró irrealizables los deseos de D. Cárlos. Esforzábase éste en convencer á sus consejeros, y el P. Cirilo, que fué uno de los que más se opusieron, segun costumbre, á los deseos del rey, llegó hasta el punto de decir, indignado y sin poder contenerse, «que si D. Cárlos se dirigia al reino de Aragon, no le acompañaria.» Á lo que contestó el general Elío: «Ya lo creo; demasiado presume usted el recibimiento que le haria Cabrera.»

Pero en breve mudó de opinion este general, y sus decisiones fueron completamente opuestas á sus palabras en el consejo. Á Elío habia confiado D. Cárlos el cargo de acom-

pañarle, protegiendo su retirada: y no dejó de comprender cuánta mudanza se habia operado en el general. Preguntóle por órden del rey Marcó del Pont, qué causaba aquel cambio tan repentino, y Elío respondió que habia reflexionado detenida y maduramente sobre el proyecto del rey, y que conociendo á los navarros, como los conocia perfectamente, habia pensado que nunca consentirian en abandonar su provincia para pasar á tierra extraña, aunque el rey se lo mandase: lo cual era dar márgen á la desercion, y muy perjudicial para lo sucesivo. En vista de lo cual hubo de desistir D. Cárlos de su intento.

Pero no renunció á su proyecto, y así lo atestigua la fórmula empleada por él al conceder su permiso á los oficiales que solicitaban entrar en Francia. «El rey, nuestro señor, decia en las licencias que se otorgaban, satisfecho de la adhesion de V. á su augusta persona y á su justa causa, y de sus buenos y fieles servicios, ha tenido á bien autorizar á usted, en vista de las circunstancias críticas de la época actual, para que se traslade á país extranjero, ó á cualquier punto del reino, *cuidando de dar noticia del sitio de su residencia*, á fin de que, cuando convenga, se le pueda avisar para que se presente á ejercer de nuevo las funciones de su empleo, sin que esta ausencia le ocasione ninguna especie de perjuicio.

»Se lo comunico á V. para su inteligencia y efectos convenientes. Dios guarde á V. muchos años.=Cuartel real de Lecumberri 1.° de Setiembre de 1839 (1).»

---

(1) Documentos de la primera secretaría de Estado del rey D. Cárlos.

Espartero avanzaba, sin hallar obstáculos en su marcha; y aunque todavía se hallaba á mucha distancia del real de D. Cárlos, éste, viéndose abandonado de todos, emprendió la retirada á Francia, acompañado de su esposa y de los infantes y príncipe D. Cárlos Luis, que con el rey habian entrado en España. En aquella retirada se separaron de D. Cárlos, sin solicitar siquiera su licencia ni darle ningun aviso, el Padre Cirilo, Valdespina, Erro, Otal, Ramirez de la Piscina y otros varios afectos al partido de Maroto; y hasta Montenegro, á la sazon ministro de la Guerra, se fugó secretamente: «Sabes que tambien Montenegro me ha dejado? le decia el rey á Marcó del Pont: tú eres hoy el único ministro que me queda.»

Don Cárlos, abandonado de sus cortesanos, solo con su esposa y sus hijos, sin poder resolverse á pasar á Aragon, y expuesto á caer en manos del caudillo isabelino si no se ponia en salvo anticipadamente, hubo de aceptar el único partido que le quedaba y entrar en Francia (14 de Setiembre de 1839).

Vean, los que censuran al digno monarca, la situacion en que se hallaba; los que le achacan falta de resolucion en tan críticos momentos, los que creen que hubiera bastado un arranque temerario para despertar el entusiasmo de los pueblos vasco-navarros, para reanimar la amortiguada llama, para encender de nuevo la guerra en aquellas comarcas; vean, pues, cómo D. Cárlos, ajeno al temor, pero solo y sin esperanzas, no podia adoptar otra resolucion que la de la fuga: pues si el valor en momentos oportunos es digno de lauro, cuando no hay posibilidad de triunfo, ni siquiera de defensa, es loco y temerario quien se aventure á provocar al peligro.

VI.

Modelo de esposas, enseñanza de madres y ejemplo de nobles princesas, fué Doña María Francisca de Asis de Braganza. Con verdadero orgullo podia decir D. Cárlos, segun era su costumbre en los más amargos instantes de su vida: «Dios me ha dado una mujer virtuosa y unos hijos que me quieren cuanto es posible querer á un padre; Dios velará por ella y por ellos: qué más puedo pedir á Dios (1)?»

En 22 de Abril de 1800 nació Doña María Francisca, en la ciudad de Lisboa. «Hija y hermana de reyes, dice un escritor, fué criada con todo el esplendor debido á su régia alcurnia.» En 1807, aceptando la oferta del embajador inglés Straffort, la familia reinante en Portugal se embarcaba para el Brasil. La invasion francesa, aquel terrible y desbordado torrente, inundaba la Europa, guiado por la gigantesca ambicion del aventurero de Córcega, destruyendo solios y borrando nacionalidades.

La hermosa princesa, condenada desde sus primeros años á vivir ausente de su querida patria, halló en el clima del Brasil la necesaria atmósfera que habia menester su pureza. Bajo la influencia del cielo americano; allí, donde todo es galanura y alegría, donde sonríe la naturaleza, como acariciada por la mano de Dios, pasaron los primeros años de la

---

(1) «Frase que con frecuencia se oia en boca de D. Cárlos, y con estas y análogas palabras endulzaba las amarguras de su existencia.» Apuntes del coronel carlista D. A. B., franqueados al autor de este libro.

vida de la régia niña, hasta que en 4 de Setiembre de 1816, nueve años despues de su llegada al Brasil, volvia á las costas de la Península, y desembarcaba en Cádiz para unirse á su esposo D. Cárlos. Solicitada la mano de la jóven princesa, al mismo tiempo que la de su hermana, por D. Cárlos y Fernando VII respectivamente, aceptó gustosa la casa de Braganza, y las capitulaciones matrimoniales se firmaron en breve (22 de Febrero de 1816). El P. Cirilo de Lárraga, á la sazon fraile franciscano en el Brasil, medió en el asunto, y con gran contento de una y otra parte se llevó á cabo. Ambos matrimonios se ratificaron en Castilla, poco tiempo despues de la llegada de las ilustres portuguesas.

VII.

Era la esposa de D. Cárlos hermosa y discreta; reunia, á una imaginacion perspicaz y ardiente, un criterio nada comun, y solamente la belleza de su alma era superior á los encantos de su esbelta figura. «Doña María Francisca, dice Pirala, como esposa, como madre, no oia en su derredor más que alabanzas,» llegando á tal punto su ternura maternal, que no queria confiar el cuidado de sus hijos á extrañas y mercenarias personas, en las que el afecto no está ni siquiera en relacion del salario.

Atribúyenla, por ignorancia ó por mala fe, algunos escritores de la escuela liberal ambicion y orgullo, y júzganla con tan feos colores, como aviesa es la intencion del que tal escribe. Léjos de nosotros parcialidades aduladoras; nos referimos á los muertos, y si bien por lo mismo han de tratarse sus nombres con mayor veneracion y respeto, no puede existir en

nosotros la esperanza de la recompensa ó el temor del desagrado de los que descansan en paz.

Doña María Francisca pensaba en sus hijos con predileccion á todo, y si alguna vez atormentaron su vida los sucesos políticos, ó intentó asegurar la legítima sucesion de Don Cárlos en el trono de España, solamente pensaba en el porvenir de sus hijos, y á ellos quisiera legar el esplendor de la corona y la tranquilidad de las virtudes.

«El celo y la solicitud verdaderamente ejemplares,—dice un testigo ocular de los grandes rasgos de la noble princesa,—que desplegó en la educacion y en la crianza de D. Cárlos Luis María y sus hermanos, ascienden su crédito como mujer piadosa, como mujer de talento, hasta un grado indescriptible.»

«Sin querer confiar sus hijos á manos mercenarias ú oficiosas, dice otro, se encargó por sí misma de dirigir sus primeros pasos en el escabroso sendero del mundo, y de empapar sus almas sencillas en principios rectos, sanos y sublimes, antídoto poderoso contra la emponzoñada y corruptora atmósfera que rodea é inunda los palacios. Consecuente é invariable en el cumplimiento de tan sagrado deber, no le abandonó jamás; y ni las turbulencias, ni las conmociones que se revelaron repetidas veces contra la tranquilidad de su vida, bastaron á arrancarla propósito tan noble y respetable. En los dias de más agitacion, de mayores calamidades políticas, encontraba la madre experta y vigilante algunos momentos serenos para espiar la conducta de sus hijos, para velar por su porvenir.....

»..... Su amor hácia sus hijos se equilibraba con su severidad, no perdonándoles la menor omision en el cumplimiento

de sus deberes, porque decia repetidas veces que una madre indulgente y accesible á los caprichos de sus hijos, áun los más naturales, se parecia al jardinero que, encantado del follaje de una vid, no cortaba los vástagos nocivos, y dejaba perecer el tronco principal.—Los primeros arranques de los niños, añadia, son oportunos é ingeniosos, pero despues se convierten en vicios que jamás perdonan ni la religion, ni la sociedad.»

Esta fué Doña María Francisca: esta la esposa tierna, la cariñosa madre, para quien no habia sacrificio que tal pareciese á sus ojos, tratándose de la felicidad de sus hijos.

VIII.

Iniciados los movimientos en favor de D. Cárlos, la ilustre princesa no vaciló en aceptar, sin anuencia de él, la intervencion que pudiera tener una mujer en la empresa que se meditaba habia algun tiempo. Hallábase afiliada al partido realista, y era, por contraposicion á la infanta Doña Luisa Carlota, esposa del infante D. Francisco de Asis, hermano de Fernando y de Cárlos, el alma del llamado bando apostólico.

Doña Luisa Carlota no carecia de imaginacion y cierta travesura, que suplia á la falta de instruccion con respecto á su cuñada Doña María Francisca. Ésta, viendo que la ambicion de Luisa Carlota trataba de explotar en provecho de su esposo D. Francisco la situacion lastimosa del país y de los asuntos de Palacio, comprendió que era indispensable emplear la intriga contra la intriga, y remediar la obra de su antagonista con energía y tacto á un mismo tiempo. Las causas

que para tal enemistad indicaron algunos escritores, sobre triviales, carecen de fundamento; pues nunca puede tener explicacion una antipatía ó afecto que nacen á la primera vista; ni esto sucede nunca; y si algun caso se ofrece, más tarde se modifica la opinion, hija de las impresiones del primer momento.

La iniciativa partió de Doña Luisa Carlota, y el resultado fué que entre ambas dispusieron muchas veces de los destinos de la patria, como de la voluntad de sus respectivos esposos. Sin embargo de lo dicho, la esposa de D. Cárlos trataba á todos con delicadeza y afecto, y no distinguia entre los hombres de uno y otro partido político, entretanto que no conspirasen contra los intereses de D. Cárlos. Poco á poco fueron estrechándose sus relaciones con el partido absolutista, y alejándose cada vez más del bando liberal.

Discretos eran sus consejos muchas veces; y durante los primeros momentos de la guerra civil, único periodo que pudo conocer, eran sus determinaciones admitidas por los consejeros de D. Cárlos; y, si éste atendiera á ellas, alguna vez se hubieran cambiado los resultados de una empresa. Previsora como discreta, se anticipaba con sus ingeniosos recursos al peligro que amenazaba, y al proponer un medio era tan ingenioso y tan hábilmente hallado, que no dejaria nada que desear al más diestro diplomático.

«...Se identificó con el partido ultra-realista, dice un historiador; le halagó, le guió indirecta y áun directamente, y fué su centro, haciéndola excederse algunas veces más de lo debido la rivalidad en que estaba con Doña Luisa Carlota, su cuñada; rivalidad que fué una constante lucha, porque si bien no hay nada más generoso que el corazon de una mujer, nada

más exquisito que su inteligencia, en accion continuamente para triunfar de sus enemigos.....

»Un acontecimiento inesperado vino en 1830 á infundir nuevos temores en Doña María Francisca y en su partido: la muerte de la reina, y la boda con Doña María Cristina de Borbon, infanta de Nápoles. Tenía, sin embargo, la esperanza de que, aunque jóven la nueva reina, no daria sucesion al rey: mas, al anunciarse su embarazo, se oprimió el corazon de la infanta, renacieron violentos sus temores, y vió en un momento perdidas sus esperanzas y destruidas sus ilusiones.—El nacimiento de una niña la sacó de tan violento estado: devolvió la calma á su agitado espíritu (1).»

Exagerada algun tanto la pintura, no deja de tener alguna parte de verdad, si bien, como queda dicho y es fácil comprender, la ambicion de una madre por el porvenir de sus hijos es la primera virtud de una buena madre. Doña María Francisca no olvidaba un momento el bienestar de su esposo ni la felicidad de sus queridos hijos.

La ilustre esposa de D. Cárlos era fuerte y valerosa en el peligro y en la desgracia. Cuando Fernando obligó á su hermano á salir de España, y la augusta familia pasó á Portugal, Doña María Francisca mostróse tranquila y serena, sin que amenguaran su valor las vicisitudes que les rodeaban; sufrió con heroica entereza toda clase de privaciones, todos los padecimientos y dolores de que es capaz un alma, llegando hasta el extremo de caminar á pié durante algunas horas por escarpados y peligrosos terrenos.

---

(1) Pirala, *Guerra civil*, t. I, pag. 96

«Esta desventurada señora, dice un escritor, fugitiva de ciudad en ciudad, sufrió todo género de privaciones y padecimientos, llegando el caso doloroso de andar á pié algunas horas sobre un terreno duro, áspero y escabroso. Sobrellevaba el enorme peso de su infortunio con resignacion y constancia, prodigando palabras de esperanza y consuelo al príncipe su esposo, quien, aunque sujeto al mismo rigor del hado, no se mostraba, sin embargo, ménos conforme é impasible. Abandonando sucesivamente á Castel-o-Branco, Chamucea y Santarem, llegaron los esposos y sus hijos seguidos de una corta comitiva.....»

No afectaban tanto á la ilustre princesa los sufrimientos materiales como los que amargaban su existencia. «Parece que el destino se halla siempre frente á nosotros,» exclamaba Doña María Francisca, en viendo cómo los sucesos trastornaban sus más felices ilusiones. Así era en efecto, que la suerte contraria se oponia á la realizacion de sus pensamientos, y áun en las más insignificantes acciones de su vida pesaba ese que llaman algunos fatalismo. Pruebas eran sin duda providenciales con que el Señor suele distinguir á los buenos, y que solamente con la fe pueden vencerse.

Y no carecia de ella la ilustre princesa, que consolaba á D. Cárlos muchas veces con el recuerdo de lo que debia á tan santa virtud. Por su parte el dignísimo esposo fundaba en ella todo su bienestar. Llegado el momento de abandonar su querida patria, D. Cárlos manifestó la grandeza de su alma; Doña María Francisca demostró no menor entereza y muy grande resignacion.

En 25 de Mayo (1834) llegaban á Evora D. Cárlos y su augusta familia. Poco tiempo despues se veian obligados á

salir de Portugal y buscar en Inglaterra un asilo. Triste y penosa fué la navegacion para la ilustre señora, pues hasta el viento se manifestaba contrario á la marcha del buque, y multitud de accidentes desgraciados ocurrieron en aquel viaje, si bien no de gran importancia.

«Ya en Inglaterra,—dice un escritor,—todas sus esperanzas estaban fundadas en sus amigos que combatian en España: y cuando éstos expusieron la necesidad de que se presentara D. Cárlos en el teatro de la guerra á sostener el entusiasmo de sus partidarios, ella misma fué la que decidió su marcha, atendiendo más á lo que iba á ganar que á lo que pudiera perder. Trataban algunos de diferir el viaje, y al saberlo la infanta presentóse á combatir la demora ante el consejo, en que se disponia la marcha. Entónces pronunció un discurso, enérgico como su alma, entusiasta como sus sentimientos, y con esa elocuencia femenil que lo adorna todo, concluyó con estas notables palabras:—Quien aspira á ceñirse una diadema por la fuerza, no debe mirar los peligros, sino sólo inquirir la posibilidad de alcanzar su objeto (1).»

Conjunto notable de varonil esfuerzo y maternal dulzura, de exquisita sensibilidad y heroica resignacion, la ilustre esposa del monarca era en aquella córte la esperanza, como en el hogar el ángel bueno de la familia.

Cuando D. Cárlos decidió volver á España, donde entusiastas le llamaban sus valerosos defensores, la infortunada princesa hubo de luchar con los impulsos de su corazon, destrozado por el dolor de una ausencia que un funesto presentimiento la hacia considerar como eterna.

---

(1) Pirala, *Guerra civil*.

Pero en medio de estos infortunios, cuando el dolor desgarraba su pecho, no sorprendian en sus ojos su hermana ni sus hijos una lágrima que revelase el sufrimiento. «Si sus mejillas se humedecian alguna vez,—nos dice una persona que no la abandonó hasta su muerte,—tales eran sus palabras, tanta su natural afabilidad, que su llanto más parecia testimonio de su felicidad y ternura para con sus hijos, que demostracion de sus pesares (1).»

De la presentacion de D. Cárlos en España, tal vez dependia el éxito de la campaña, y su augusta esposa así lo habia comprendido: «á los carlistas, dice un escritor, les faltaba una cosa muy importante, una voluntad única, superior á la que se refiriesen las demas en escala gradual y descendente: faltábales un punto conocido donde convergiesen los esfuerzos desaunados, todas las intenciones desparramadas ó dispersas.»

Y así era en efecto: proclamábase á D. Cárlos como legítimo rey de España, y no era bastante la idea del derecho, el sentimiento de la justicia para mantener vivo aquel fuego en los corazones de los soldados. Era preciso que él mismo animase con sus palabras y con su ejemplo á los valientes que no le pedian otra cosa, puesto que arrostraban con entusiasmo los sufrimientos y privaciones que todos sabemos.

«El regreso de D. Cárlos al territorio español, decia un importante personaje de su córte, importa mucho para el buen resultado de su causa: sus más acendrados servidores le de-

---

(1) Datos y apuntes que debemos á la afabilidad de la excelentísima señora de G., camarista de la ilustre princesa.

sean con ánsia y le excitan á emprenderle; y fácil es de presumir que sus instancias hallan un eco fuerte en el alma de Doña Francisca, empeñada como el que más en que su esposo se lance con fe, aliento y denuedo al campo de las lides, donde podrá fijar con actividad y valor el hasta hoy inconstante rumbo de la suerte.»

Pero la impaciencia que mostraban algunos, aunque pocos, entre los servidores de D. Cárlos por conseguir su objeto, en el cual con mucha razon veian un poderoso medio de reanimar al soldado hambriento y desnudo, luchando valeroso y entusiasta por un rey que no veia en ninguna parte, hubiera sido inútil si la augusta princesa no tomara parte en el asunto.

Detenian á D. Cárlos muchas consideraciones y fundados motivos. «Si emprendia su viaje por mar, segun decia él mismo, y tocaba en algun puerto de la Península, se exponia á caer en manos del enemigo; con lo que la cuestion quedaba terminada muy desfavorablemente para su causa. Si atravesaba por territorio frances, era muy difícil burlar la vigilancia de la policía; y las consecuencias de una aprehension hubieran sido muy fatales á sus intereses y á los de sus defensores.»

«Por otra parte, dice un escritor de la córte de D. Cárlos, el rey debia volver á España investido con el carácter y rango que le correspondian; era preciso tambien reanimar la comenzada lucha y atender á las más importantes urgencias de los pueblos levantados en armas á favor de D. Cárlos; pero tambien era necesario para ello disponer de fondos considerables, y el rey carecia de ellos.

»Tan poderosos parecieron estos inconvenientes, que los más decididos y empeñados en que se verificase la expedi-

cion, empezaron á titubear, y en el consejo privado, al que asistian tambien el obispo de Leon, Auget de Saint-Silvaint, y dos ó tres personas más, interesadas en la buena suerte del príncipe, se aventuró por dos ó tres veces la expresion de que convendria diferir el viaje hasta un período en que, poderosamente alimentada y fortalecida la causa carlista en España, se pudiese contar con más sólidos recursos (1).»

Era éste un círculo vicioso: pues cuando la entrada de Don Cárlos en España era tan importante para vivificar, por decirlo así, á sus defensores, y acudir á lo más importante, aplazar la entrada del rey hasta que se pudiese contar con más sólidos recursos, y que la causa carlista se hallase fortalecida, era lo mismo que abandonarla.

En aquellos momentos de duda y ansiedad, cuando de una resolucion enérgica y puesta en obra inmediatamente dependia tal vez el éxito de la lucha; cuando, divididas las opiniones en la córte de D. Cárlos, triunfaba la más pacífica, que no era por cierto la más cuerda en aquellos momentos, Doña María Francisca, arrebatada por aquel entusiasmo ardiente y llena de fe en el auxilio de Dios, decidió á Don Cárlos á arrostrarlo todo.

«Venció, y la despedida de su esposo fué para siempre, dice un escritor. Sin duda lo presentia su corazon lacerado, porque se aumentó su tristeza: debia abrir su pecho á la esperanza, y le abrió al dolor. Para mitigarle, se rodeaba siempre de sus hijos y de su hermana; y en el cumplimiento de los deberes de madre, esa mision santa de la mujer, in-

---

(1) Saint-Silvaint. *Historia de D. Cárlos V de Borbon*, hasta la muerte de la reina doña María Francisca.

vertia el tiempo, daba motivo á su actividad y alimento á su imaginacion (1).»

Recogida en su quinta Albertoke Rectory, cerca de Gosport, ni áun la naturaleza tenía para ella ese encanto que infunde aliento y felicidad á los desgraciados. Sólo en el seno de su familia encontraba la ilustre princesa el consuelo de sus penas. Sólo instruyendo á sus hijos encontraba su alma ese bienestar que la engrandece, esa tranquilidad que la acaricia. En su cargo de preceptora no perdonaba en sus hijos falta alguna, por pequeña que fuese, pero subsanaba en las muestras de su cariño los castigos que á sus discípulos imponia.

«Fija su atencion allende el Canal de la Mancha, esperaba con avidez noticias de su esposo, del estado de la guera, y lo que hoy era un suceso que infundia esperanzas, mañana era un hecho que las abatia. Contínua aquella lucha de sentimientos encontrados, sólo cuando supo el inminente peligro de ser preso en que se vió una ocasion D. Cárlos, fué cuando temió sériamente y se sobrecogió su espíritu. Entónces conoció que ni la presencia de su esposo ni una batalla decidian la guerra: que ésta iba á ser duradera, sangrienta, y que su triste situacion se prolongaba, y se prolongaba en un país extraño, donde se desconocia su categoría, donde era considerada como simple particular......

»Sus padecimientos empezaron á verse reflejados en ese espejo de un alma en el que sólo se ven grandes emociones. Cuantos rodeaban á la infanta temieron por su vida..... «Agradezco tan tierna solicitud, Teresa, decia contestando á su hermana, en una ocasion en que ésta trataba de reani-

---

(1) Pirala. *Historia de la Guerra civil*, t. I. pág. 97.

marla; pero los dias de mi vida están contados, y tengo un sentimiento íntimo de que se acerca el último; por lo demas, yo no acuso á la Providencia Divina, y reputaria de criminal mi arrogancia si me atreviese á escudriñar sus insondables misterios. Dios me ha regalado un tesoro de tribulaciones; pero tambien me ha proporcionado ocasion de ejercitar mi paciencia. Su mano soberana nunca nos lega el mal sino para nuestra mayor perfeccion y felicidad.

»Religiosa contestacion, que revela la amargura de su estado á la par de su cristiana conformidad (1).» Digna muestra de lo que puede la resignacion cristiana, que engrandece al que se humilla como anonada al soberbio. La ilustre esposa de D. Cárlos confiaba en Dios, y recibia con evangélica mansedumbre cuantas pruebas la ordenaba la Providencia.

Las noticias del teatro de la guerra, en que los sucesos varios así ofrecian el triunfo de D. Cárlos, como favorecian á la causa de Isabel, eran á un tiempo el alimento y el veneno de su alma. Doña María Francisca habia sufrido mucho desde la muerte de Fernando VII. Un año de angustias y padecimientos constantes destrozó su corazon, y las mismas dulzuras con que la brindaran las caricias de sus hijos eran tambien los punzantes recuerdos de su infortunio.

La corona que desde las sienes de D. Cárlos habia de pasar á las de su primogénito, se veia sobre la cabeza de la infanta Isabel. Léjos de disfrutar en calma y rodeados de fieles servidores los halagos de la suerte y la magnificencia de la majestad, se veian errantes y proscritos, abandonados, y sin esperanzas. Doloroso cuadro que, al ofrecerse á la imagi-

---

(1) Pirala, ya citado.

nacion de una madre, destrozaba su corazon y precipitaba los últimos momentos de su existencia.

Tal era la augusta princesa; la ambicion de que injusta y calumniosamente han supuesto dominada á la esposa de Don Cárlos algunos escritores liberales, reconocia por único móvil el entrañable amor que profesaba á sus hijos, y que excedia á todo encarecimiento. ¡Ambicion noble, que enaltece la memoria de la cariñosa madre y tierna esposa, cuyos últimos dias de existencia pudieron contarse por los infortunios!

CAPITULO IV.

Detalles sobre la llegada de la régia familia á Portugal y Lóndres.—Fuga y entrada de D. Cárlos en España.—Sucesos de la guerra.—D. Cárlos Luis.—Su carácter y su educacion.—D. Fernando.—D. Juan.—Carácter respectivo de estos infantes.—La régia familia en la emigracion.—Muerte de Doña María Francisca.

I.

Los acontecimientos de la guerra que tenía lugar en España habian obligado á D. Cárlos á buscar un refugio en Portugal con su familia. En 25 de Mayo (1834) llegaban á Evora, donde pensaban hallar un asilo, ya que de su propio país se veian expulsados por un gobierno representante de la usurpacion, y, como tal, ilegalmente constituido. Pero los sucesos que en aquellos momentos tenian lugar en el territorio portugues obligaron en breve á los ilustres proscritos á buscar en Inglaterra la seguridad y el sosiego que en Portugal no hallaban.

En el reino lusitano sosteníase con las armas en aquella

sazon el legitimo derecho de D. Miguel á la corona, contra Doña María de la Gloria, su sobrina, apoyada por la fraccion constitucional. Era la misma cuestion que en España se debatia; y los gobiernos de ambas naciones, como procedentes del mismo orígen revolucionario é ilegal, se afiliaron para defenderse de los ataques de los legitimistas.

D. José Ramon Rodil pasó con un cuerpo de ejército en ayuda de Doña María; y unidas sus tropas con las del emperador D. Pedro, emprendieron la persecucion de D. Cárlos y D. Miguel. La proximidad del general isabelino obligó á la augusta familia de D. Cárlos á abandonar á Evora y pasar á Inglaterra.

«Tal fué la persecucion que sufrieron en Portugal los príncipes españoles, que, habiéndoles cogido sus equipajes las tropas perseguidoras, se vieron obligados á dormir muchas veces sobre el duro suelo ó en alguna choza ruin y miserable. Carecian de recursos hasta un extremo increible; pues hubo dia en que la noble princesa Doña María Francisca solamente contaba con treinta y seis reales para todos los gastos de su familia, y muchos dias se alimentaron con arroz solamente. El príncipe D. Cárlos Luis llegó á quedarse descalzo, pues caminaban á pié, por no tener otro medio, y durante algunas horas caminó descalzo, ensangrentados los piés, hasta que su desolada madre envolvió á su querido hijo los piés entre pañuelos (1).»

El tratado que poco tiempo despues se firmaba en Portugal por intervencion de Inglaterra, y una vez apaciguada la guerra civil en aquel reino, concluyó con las esperanzas de

---

(1) Descripcion de los sufrimientos de la real familia de Don Cárlos en Portugal, publicada en el *Morning-Post*.

D. Miguel y facilitó á D. Cárlos la salida del territorio lusitano. El navío inglés *Donegal*, mandado por el capitan Pushave, vagaba hacía algun tiempo por aquellas aguas, con objeto de facilitar la fuga de D. Cárlos, por órden del gobierno británico. Aproximándose á las aguas de Aldea Gallega, recibió á su bordo á D. Cárlos y su familia, que en 28 de Mayo (1834) salió de Evora, llegando á Aldea Gallega en 1.° de Junio (1).

Si no tuviera el católico tan arraigada en su alma la idea de la grandeza de Dios; si el sentimiento de la fe no iluminara su inteligencia, nunca con más motivo—si alguno hubiera para ello—podria D. Cárlos lamentarse de su suerte que en aquellos angustiosos momentos de la emigracion. Pero su alma, vivificada por las santas virtudes teologales, hacía imposibles la duda ó la desconfianza.

---

(1) Acompañaban á D. Cárlos y su familia la princesa de Beira; Abarca, obispo de Leon; el secretario de dicho prelado; el P. Rios, ayo de los príncipes; el P. La Calle, confesor de Don Cárlos; el conde de Villavicencio; el marqués de Obando; los tenientes generales Gonzalez Moreno, Maroto y Ramagosa; los mariscales de campo Abreu y Martinez; las señoras camaristas Gomez, Segura, Arce, Diaz Iglesias y Lesaca; los señores Tejeiro, Feliú García, Marten y Sacanell; Plazaola, secretario de cámara; los brigadieres Amarillas y Soldevillas; el médico Llord y su hijo; Villanueva, cirujano; Auget Saint-Silvaint, teniente coronel y secretario particular de D. Cárlos María Isidro; Azcuzaga, agregado á la secretaría; Canengal, caballerizo; los coroneles Balmaseda, Martinez y Sobradizo; el mayordomo Castilla; Alvarez, Gonzalez y Menendez, guardaropas; Cuilles, ayuda de cámara de los príncipes, y otras personas de ménos significacion que las anteriores.

Expulsado de Portugal, habíase visto obligado á buscar un refugio en Inglaterra; y aquella nacion, al alojarle en su seno, le negaba las consideraciones debidas á su categoría. El viento mismo, opuesto á la marcha del buque en que verificaron su trasporte la régia familia y las personas que la acompañaban, dilató la llegada del *Donegal* á las costas de la Gran Bretaña. Quince dias invirtió el buque en la travesía, y por fin fondeó el 16 de Junio (1834) en las aguas de Postmouth. Y para complemento de todos los infortunios, D. Cárlos hallaba en aquel, para todos hospitalario país, una oposicion violenta á su desembarco. La embajada española y el delegado inglés Mr. Balkouse negaban á la régia familia, entorpeciendo su desembarco, el asilo que solicitaban del Gobierno de la Gran Bretaña.

Venciéronse las dificultades; y despues de permanecer durante dos dias en el buque, anclado á la vista del puerto, Don Cárlos, su augusta esposa, el príncipe, los infantes y demas personas que los acompañaban, desembarcaron en Postmouth y se alojaron en un modesto edificio situado á corta distancia del puerto. Estaban reservadas á D. Cárlos nuevas humillaciones en la Gran Bretaña; y Doña María Francisca, hasta entónces confiada en que el Gobierno de aquella nacion ayudaria sus deseos, conformes al derecho y la justicia que asistia al augusto hermano de Fernando VII, pudo convencerse muy pronto del error en que habia vivido.

«Al poner el pié en la playa,—decia un diario, dando cuenta de la llegada de la régia familia á Inglaterra,—quiso exigir D. Cárlos que se le tuviesen todas las consideraciones y distinciones á que era acreedor un príncipe; pero las autoridades inglesas le contestaron «que, habiéndose rebelado contra

los derechos de Isabel II, derechos reconocidos por el Gobierno británico y garantidos por la Cuádruple Alianza, no podia tener un éxito favorable su demanda si no renunciaba á aquéllos; debiendo, en caso contrario, considerársele en el estado y categoría de simple particular.»

«Esta humillante respuesta, añade el periódico, exacerbó en alto grado el ánimo de la infanta, y rompió la sujecion y venda que ocultó hasta entónces la profunda llaga labrada en su pecho por los últimos acontecimientos. Abandonó, pues, despechada á Postmouth, y se trasladó á una quinta llamada Albertoke Rectory, cerca de Gosport.»

La conducta de Inglaterra en aquellas circunstancias se explica fácilmente: pues élla, lo mismo que Portugal y España, habia elevado al trono una mujer, y miraba la causa del derecho de D. Cárlos como secundaria ó insignificante, toda vez que la usurpacion se habia consumado por los liberales en España como en Portugal; y la Gran Bretaña se halló siempre más inclinada á la causa liberal, por razones muy importantes de propia conveniencia, y que no son de este lugar.

Retirada la augusta familia á la quinta de Albertoke Rectory, vivia en el mayor recogimiento, hasta tal punto que solamente una ó dos veces se la vió pasear públicamente; y puede decirse que se hallaba en una insoportable reclusion. Pero el dolor que embargaba todos los corazones, los sufrimientos consiguientes á la triste situacion á que se veian reducidos, hacíales huir de una sociedad en que habian de encontrar muy pocos amigos.

II.

Llegado el momento en que los defensores de D. Cárlos consideraban indispensable su presencia en España, éste abandonó á la Inglaterra y se dirigió á las Provincias Vascongadas. Zumalacárregui, el valeroso caudillo, aquel genio organizador y guerrero, habia solicitado el primero del rey que pasase á Navarra, donde para vencer solamente faltaba la presencia de D. Cárlos.

En una expresiva carta dirigida por el general á su rey, decia lo siguiente:

«Señor: Escuche V. M. la voz de sus fieles vasallos. La espada de la justicia ha salido de la vaina; todos los navarros se han levantado en favor de V. M., y sólo esperan su presencia en su fiel reino de Navarra para rodear y defender el trono que V. M. eleve en medio de ellos. Jamás se encontraron corazones más llenos de entusiasmo; aprovéchele V. M., señor, pues si no os viesen podrian desanimarse.

»Creedme, señor; áun cuando V. M. no pudiese contar más que con los esfuerzos de Navarra y de las Provincias Vascongadas, no serian éstos inútiles, aunque limitados. Venid, señor, nada temais; aquí, en medio de nosotros, se adornará vuestra frente con la corona del reino de Navarra; que si su territorio es poco extenso, sus habitantes son leales y heróicos. Todas las naciones os respetarán, sereis reconocido como rey, y un pueblo de valientes perecerá hasta el último individuo ántes de permitir que os suceda ningun mal. En fin, señor, vuestra majestad sostendrá su dignidad, será proclama-

do rey por todos sus vasallos, y recobrará de este modo el trono de San Fernando.

»Nuestras conciencias y nuestro honor nos obligan, señor, á rogar á V. M. que venga entre nosotros. Vuestra presencia sola bastará: pues si V. M. llega á poner el pié en el suelo navarro ó en las costas de Guipúzcoa, estará ya en seguridad, y todos iremos á recibirle. Al llegar V. M. al territorio español tendrá á su lado diez mil bayonetas puestas en mano de igual número de soldados valientes, y pocos dias bastarán para que se aumenten otras tantas. ¡Ojalá esté próximo tan feliz momento, que no puede ménos de llegar, pues la proteccion divina recompensará las virtudes de V. M.!

»Vuestras armas, señor, triunfaron completamente, el 22 de Abril, del enemigo mandado por Quesada; el primer batallon de Navarra bastó solo para derrotar dos mil granaderos de la guardia que Quesada tenía á sus órdenes. El 24 del mismo mes fué vencido segunda vez su ejército.

»Entraria con gusto, señor, en más pormenores, pero me es imposible, porque todavía estamos en la incertidumbre de si mi humilde carta del mes de Abril último ha llegado á manos de V. M.

»Dios conserve la preciosa vida de V. M. y le traiga felizmente entre nosotros para nuestra dicha.=Á L. R. P. de vuestra majestad.=Tomás Zumalacárregui.=Huarte-Araquil, 19 de Mayo de 1834.»

Ya sabemos cómo Doña María Francisca influyó poderosamente en la decision de D. Cárlos, que al fin intentó fugarse de Inglaterra. Saint-Silvaint fué el encargado de procurar los medios para llevar á cabo el proyecto del rey. El astuto fran-

ces halló en breve cuanto necesitaba: adquirió dos pasaportes expedidos á favor de Alfonso Saez y Tomás Saubot respectivamente, el primero comerciante y propietario el segundo en la isla de la Trinidad. Dispuestas las cosas de este modo, emprendieron la marcha, y en 1.º de Julio (1834) Saez y su camarada Saubot, que no eran otros que el rey y Saint-Silvaint, salian de Lóndres, y, atravesando el Océano, llegaban á las costas francesas. Atravesaron felizmente aquel territorio, y en la noche del 9 al 10 de Julio llegaban D. Cárlos y Saint-Silvaint á Navarra, sin que se apercibiera de ello la policía francesa, muy vigilante en la frontera.

Las Provincias Vascongadas y Navarra hallábanse levantadas en armas; el grito de guerra que habia resonado en aquellas montañas, vírgenes de todo dominio extranjero, al llegar á Madrid hacía bambolear el ilegítimo solio de Isabel de Borbon.

Un hombre, un genio, habia llegado á aquel suelo de la nobleza y la heroicidad, y de un puñado de hombres sin armas y sin recursos, sin jefes y sin esperanza, aunque arrebatados por un ardiente amor á su Dios y á su Rey, á su Patria y á su Independencia, amenazada con la pérdida de sus fueros, de aquellos grupos errantes y sin un plan de guerra, habia formado Zumalacárregui un poderoso y respetable ejército, disciplinado y entusiasta.

Zumalacárregui, aquel provinciano de corazon firme y leal, de cabeza organizadora, de inflexible carácter y vigoroso brazo, habia hablado á aquellos naturales en el único idioma que pueden comprender los pueblos valerosos, el idioma del derecho y de la legitimidad. *¡Religion, Patria y Rey!* grito mágico que, conducido por el viento, en breves dias

inflamó el espíritu de los heróicos pueblos de Aragon y Cataluña, de Valencia y el Maestrazgo.

«Nueve meses habrian trascurrido, dice un escritor, desde que un hombre solo, cubierto con una boina y embozado en una capa, se presentara en el valle de Araquil á un grupo de carlistas andrajosos, mustios y abatidos á causa del abandono en que se hallaban, sin recursos y sin jefes, cuando ya contaba con un ejército numeroso y aguerrido.»

Doce batallones ligeros, uno de guías, tres castellanos y tres regimientos de lanceros, con ocho piezas de artillería y dos morteros, en Navarra; nueve batallones de infantería y un escuadron de lanceros, en Vizcaya; seis batallones y cuatro compañías de guías, con otro escuadron de lanceros, en Álava: tres batallones y cuatro compañías de guías, en Guipúzcoa. En resúmen: ocho piezas de artillería y dos morteros, cinco escuadrones de caballería y treinta y cinco batallones de infantería: tal era la fuerza que Zumalacárregui habia organizado, con el auxilio de algunos de sus paisanos, en el cortísimo espacio que dejamos apuntado.

«Y téngase presente, dice el mencionado autor (1), que todas estas fuerzas se hallaban en un estado brillante de instruccion y disciplina!

»Y sépase que todas estas fuerzas se habian armado y equipado sin que Zumalacárregui y sus amigos hubiesen recibido recursos ni de D. Cárlos ni de ningun gobierno!

»Y todas estas fuerzas permanecian tan leales como ale-

---

(1) *Historia de D. Cárlos Luis de Borbon*, por D. Leopoldo Augusto.

gres y cumplidamente satisfechas, sin percibir otro socorro que la racion escasa que las juntas del país las daban!

»Y todas estas fuerzas prestaban á sus rigorosos jefes una obediencia ciega!

»Y todas estas fuerzas sufrian sin quejarse las privaciones y el cansancio cuando así lo queria la suerte, sin que ni la más leve queja se asomase á sus prudentes labios!

»Y todas estas fuerzas volaban diariamente al combate contra doble ó triplicado ejército, llevando siempre en la mente el entusiasmo, en el brazo la firmeza y en el corazon el arrojo!

»Estas eran las tropas y este el general ilustre con que contaba D. Cárlos á su arribo á Navarra (2)» (10 de Julio de 1834).

Zumalacárregui, el hombre á cuyo esfuerzo y actividad, á cuyo genio y buen tacto debió la causa legitimista la primera base de la organizacion de un ejército, acudió á recibir á D. Cárlos en Elizondo, con cuya presentacion ante las tropas esperaba el valeroso caudillo abreviar los resultados de la campaña (12 de Julio).

«Impaciente esperaba D. Cárlos, dice Madrazo, al animoso caudillo, en quien tantas esperanzas fundaba, y que, á juzgar por sus anteriores y heroicos hechos, y por la decision con que habia enarbolado su bandera, parecia el predestinado por la Providencia para clavarla triunfante en los torreones del Palacio de Madrid.

»Presentóse al cabo el expresado general, con ademan franco y al mismo tiempo respetuoso, á D. Cárlos; y no pu-

---

(2) *Historia de D. Cárlos Luis de Borbon y de Braganza*, por Centurion, pág. 120.

diendo éste contener su emocion á la vista de un súbdito tan leal como valiente, despues de dirigirle algunas entrecortadas palabras, que rebosaban gratitud y satisfaccion, se arrojó en sus brazos, le estrechó contra su corazon y le manifestó con toda la elocuencia del sentimiento cuán dichoso se creia al ver á su lado, en el momento en que venía á participar de los peligros y de las glorias de sus fieles vasallos, al diestro y entendido general que, dando una sábia direccion al entusiasmo de aquellas provincias, habia convertido en un ejército las desordenadas masas de sus numerosos partidarios.»

Zumalacárregui fué, en efecto, el que formó aquellos aguerridos batallones, y quien convirtió las Provincias Vasco-Navarras en un inexpugnable fuerte, «cuya ocupacion, segun decia el general Espartero á sus ayudantes en la víspera de una de las famosas acciones que en aquellas comarcas tuvieron lugar, habia de costar á Doña Isabel la mitad de sus soldados.»

III.

Los sucesos varios de aquella guerra, tan funesta en su orígen, supuesto que la usurpacion la encendió, como fatal para España en su desenlace, toda vez que la terminó una perfidia, no son de este lugar, ni pertenecen al dominio de la parte histórica que nos hemos propuesto relatar; y si alguno apuntamos no más, es por juzgarlo necesario al ocuparnos de la historia de los reyes D. Cárlos V y D. Cárlos VI; pues, como comprenderán nuestros lectores, unidos á tan venerables nombres van los hechos más importantes de la guerra civil.

Las armas de los constitucionales conseguian escasos triun-

fos, y la situacion política y económica del Gobierno de Madrid se hacía cada vez más grave, amenazando con una ruina cierta al engendro revolucionario. Un nombre servía de escudo al trono de Doña Isabel; ese nombre era el del general Espartero. Afortunado, más que diestro, habia alcanzado algunas ventajas en aquella guerra, en que tantos y tan afamados generales isabelinos sufrieron tan grandes descalabros. Mina y Oráa, Quesada y Rodil, y tantos otros como acudieron al campo de batalla, y á quienes se confiriera respectivamente el mando de uno y otro cuerpo de ejército, habian patentizado con repetidas muestras la inutilidad de una lucha, en que el espíritu público, en la mayor parte de las provincias, se mostraba entusiasta por la causa de D. Cárlos, ó indiferente á los llamamientos del Gobierno de Madrid.

Las persecuciones, los vejámenes, las arbitrariedades y atropellos de que eran víctimas los defensores del carlismo, léjos de atemorizarlos, más excitaba la pública indignacion y aumentaba las filas de D. Cárlos. La milicia nacional forzosa, las quintas extraordinarias, los impuestos, las medidas excepcionales, obligaban á gran número de personas á emigrar de España ó á filiarse bajo la bandera legitimista.

La religion católica, arraigada en la nacion española, sufria rudos ataques de la revolucion, iniciada en 1808, y fructífera en tiempos muy posteriores. Las costumbres de la escuela francesa, los vicios y los errores de la funesta filosofía, desarrollada al otro lado del Pirineo, hallaban carta de naturaleza entre los llamados liberales; y los ataques al principio monárquico puro, al derecho y á la tradicion, llevaban unidos los de la religion católica.

Simulábanse primeramente los intentos y buscábase el

medio de vencer simultáneamente á los principios religiosos y á los principios políticos, escritos con letras de oro en la bandera carlista, y enlazados indisolublemente por la legitimidad de sus derechos, por la noble tendencia de sus respectivas aspiraciones.

Y no era esto solo, si que la libertad verdadera de los pueblos, la que atravesaran sin menoscabo los reinados de Cárlos I y Felipe II, esos gigantes de la historia europea, calificados de tiranos por una raquítica escuela anticatólica y antiespañola; esas libertades, que, como tales, no eran injuriosas á la cultura ni contrarias á la felicidad y á la moral de los pueblos, se veian amenazadas por los hombres nacidos de la revolucion. Las Provincias Vascongadas, cuyo primer blason fué la fe católica, y cuyo mejor lauro fué su fidelidad á los legítimos poderes, veíanse amenazadas con la pérdida de sus fueros, esas preciosas garantías de su felicidad, causa constante de las inmortales epopeyas de sus luchas, gérmen de su grandeza y testimonio de su honor jamás mancillado.

Estos eran los intentos de los llamados liberales: tales eran los fines á que su constante trabajo iba encaminado. Por eso al grito de legitimidad, por eso ante el espectáculo de la usurpacion, ellos, tan amantes del derecho y de la justicia, acudian ganosos al combate, en que se aventuraban su religion, su rey y sus inmunidades con el reinado de D. Cárlos garantidas.

Pero no se atribuya exclusivamente al temor de perder sus fueros el entusiasmo de aquellos heroicos pueblos. Cataluña y Aragon, Valencia y el Maestrazgo, y otras muchas comarcas, se levantaron en defensa de la causa carlista, y carecian de tales libertades. Habia un sentimiento más alto,

segun queda referido, en el corazon de los pueblos; el sentimiento de la justicia, la indignacion que producian los ataques de la revolucion al catolicismo, los vejámenes que pesaban sobre la Iglesia, los horribles crímenes del 34, la usurpacion de los bienes eclesiásticos, la desmoralizacion de las administraciones constitucionales, la ilegitimidad de los poderes constituidos por el liberalismo.

Todas estas razones movian á los pueblos, y los vasconavarros obedecian á los mismos sentimientos con preferencia á todos los intereses materiales. «Para llegar á conocer el verdadero estado de la opinion del pueblo en Guipúzcoa, tenemos dos medios: primero, la conducta de los representantes de la provincia: segundo, la de la guardia real, compuesta de los hijos de las familias más influyentes de las provincias.

»¿Qué han hecho los representantes del pueblo, los individuos de la diputacion de Guipúzcoa? Á pesar de que todos son ricos propietarios, ¿han aceptado la oferta de la conservacion de sus fueros y abandonado la causa de D. Cárlos? No. El duque de Granada de Ega, presidente de la diputacion, D. Pablo Ortiz, D. Juan Antonio Elzaurdi, D. Francisco Legorburu y D. Francisco Eznatizaga, todos se han refugiado en Francia: y el único individuo de la corporacion que se ha sometido á los cristinos, ha sido D. Domingo Zumalacárregui.

»Los guipuzcoanos, navarros, alaveses y vizcainos de la guardia real, ¿han abandonado á D. Cárlos? No. Aquellos valientes jóvenes le han acompañado á Francia y están actualmente en los depósitos. Pues si sus padres, que pertenecen á la parte más respetable de la poblacion de las Provincias, hubiesen sido partidarios del convenio de Vergara, los hijos no estarian emigrados en país extranjero.

»La mayor parte de los oficiales de la division de Guipúzcoa, casi todos naturales de la provincia, ¿aceptaron ese convenio? No; sino que, faltos de todo, han ido á buscar refugio en Francia. Es verdad que algunos de ellos han vuelto posteriormente á sus casas: pero su regreso, ¿será ventajoso para la conservacion de la paz? Sólo el tiempo nos lo podrá decir.

»¿Cuáles son, pues, las personas que actualmente residen en Guipúzcoa, que aprueban el tratado de Vergara? Los emigrados cristinos, que, hallándose ausentes de sus casas mucho tiempo hacía, han podido volver á ellas á consecuencia del convenio; pero el pueblo en general está inquieto y descontento. Los vascongados no olvidarán jamás que han sido vendidos como esclavos. No ha sido la suerte de las armas la que se ha declarado contra ellos; se les ha vendido por traicion, y se les ha herido, no sólo en sus opiniones, sino en su orgullo, pues se consideran humillados al pensar que se quiera persuadir al mundo entero que han luchado durante seis años y hecho los mayores sacrificios únicamente por la defensa de sus fueros. Los vascongados han peleado en defensa de sus opiniones, pero no por la de algunos intereses materiales.

»Iguales observaciones pueden hacerse respecto á Vizcaya, cuya diputacion, lo mismo que la de Guipúzcoa, ha salido de la provincia y se ha refugiado en Francia. En cuanto á Navarra y Álava, soldados y pueblo han permanecido fieles á su monarca hasta el último instante (1).»

Las provincias vasco-navarras, entusiastas por D. Cárlos,

---

(1) Apuntes del comandante frances Mr. M., á las órdenes de D. Cárlos durante la guerra civil.

nunca hubieran cejado un punto en sus intentos á no mediar la inicua venta de Vergara. Léjos de eso, si en aquellos momentos de vacilaciones y ansiedad, cuando el rebelde general se hallaba en vísperas de llevar á cabo el proyecto que se proponia, hubiera escuchado D. Cárlos la voz de los que Maroto hacía aparecer como rebeldes, si el rey no hubiera llevado sus bondades con respecto á Maroto hasta un punto inconcebible, pues sabido es que la generosidad del noble para el traidor, más alienta á éste á cometer nuevas infamias con el mismo que le otorgara mercedes y amistad; de seguro no hubiera llegado el funesto contrato de Vergara.

Los desterrados por Maroto, los verdaderos servidores de D. Cárlos, no ignoraban las tramas del pérfido general, si bien carecian de datos, hasta que uno muy importante cayó en sus manos: era una copia de los convenios celebrados entre Espartero y Maroto, para que el general isabelino entrase en las Provincias y se apoderase de D. Cárlos (1).

(1) Las personas desterradas por causa de Maroto fueron las siguientes: el obispo de Leon; D. Ramon Pecondon, su secretario; D. Juan Echevarría, presidente de la Junta de Navarra; Don José Arias Tejeiro, ministro de Negocios extranjeros; D. Pedro Alcántara Díez de Labandero, ministro de Hacienda; D. José Lamas Pardo, consejero del Rey; D. José Uranga, teniente general y ayudante de campo de D. Cárlos; D. José Mazarrosa, general; D. Basilio Antonio García, general; D. Lino Antonio de Orellana, oficial de la secretaría de Negocios extranjeros; Don Diego Miguel García, oficial de la secretaría de Gracia y Justicia; D. Antonio Suarez, idem; D. Florencio Sanz, primer secretario del ministerio de la Guerra; D. Juan Balmaseda, brigadier; D. Celestino Martinez de Celis, consejero de S. M.; Don Nicanor de Labandero, intendente del ejército; D. José Tejeiro, gentil-hombre del Rey; D. Juan José Aguirre, comandante de



D. MARIA FRANCISCA

MUGER DE D. CARLOS DE BORBON

Pero no era el príncipe dueño de sus acciones; teníanle como preso los amigos de Maroto, en Oñate primeramente, despues en Lesaca, y los esfuerzos de los desterrados fueron inútiles; enviaron al rey la copia de los contratos que cayera en sus manos; pero aquél no dió importancia á los sucesos ó no pudo resolver nada en contra del rebelde, toda vez que, como el mismo D. Cárlos aseguraba, su familia se hallaba sola en Goizueta y él entre los secuaces del rebelde general. En vano Echevarría, salvando dificultades y arrostrando peligros, llegó hasta donde el rey se hallaba: éste no quiso comprometerse á nada, ni aceptar las proposiciones que D. Juan le hacia, de ponerse al frente de los sublevados de Vera, que volvian por su rey y por su decoro, próximos á ser vendidos por el traidor de Vergara.

D. Cárlos, que profesaba particular afecto á Echevarría, oyóle en Lesaca, adonde le llamó, con gran atencion y complacencia; y si bien desde luégo le manifestó las dificultades

---

la guardia real de caballería; el coronel Aguirre, comandante del 5.º batallon de Navarra; D. José Ochoa, comandante de la guardia de infantería; D. Antonio Jesus Serradilla, coronel; Don Lorenzo Solana, idem; D. Sebastian Fabian de las Herrerías, idem; D. Juan José Lasuen, comisario de guerra; el capitan D. José María Monge; D. José Aguillo; D. Antonio Neira, magistrado; D. Teodoro Gelos, cirujano de D. Cárlos; el P. Lárraga, confesor de D. Cárlos; el P. Domingo de San José, predicador del Rey; D. Ramon Dallo, capellan del Estado mayor; el cura del pueblo de Ayegui; D. Joaquin Cardenas, portero mayor de la secretaría de Gracia y Justicia; D. Enrique Yarza, empleado de Palacio; D. Roque Fernandez, jefe de los correos de gabinete; Doña Jacinta Perez de Soñanez, esposa de D. Luis Velasco, presidente de la junta de Santander y mayordomo de semana de D. Cárlos.

que se opondrian á la realizacion del proyecto de sus fieles servidores, no por eso dejó de penetrarse de cuál era su verdadera posicion. «Es tanto el número de amigos que tiene un príncipe, decia D. Cárlos, que no puede atender á todos y satisfacerles:» á lo cual objetó Echevarría: «Pero entre tantos servidores, no todos son leales; y á veces los que piensan mejor suelen ser los ménos creidos.»

Dudaba tambien el rey de la verdad de cuanto en aquel sentido le decian, y muchas veces pensaba en adoptar resoluciones que más tarde revocaba. Sin embargo, D. Juan tenía razon: habia conocido los intentos del rebelde Maroto: y éste, que por su parte sabía apreciar en su justo valor á sus enemigos, procuró atraerle con ánimo de apoderarse de su persona: en ella le amonestaba á volver en sí, dejando la hostilidad que mostrara, diciéndole que la sublevacion de Vera, de que ya dimos cuenta en su lugar, era «el golpe mortal á la causa del Rey:» á lo cual Echevarría contestó con la siguiente carta:

«Sr. D. Rafael Maroto: Quien da el golpe mortal á la causa del Rey, á la Religion y las provincias es usted; el traidor, el asesino, el enemigo declarado del uno y de las otras. Hablen por nosotros los sucesos: ¿quien fué el autor de los asesinatos de Estella? ¿quién obligó al Rey, con un puñal á la garganta, á firmar el contradecreto? ¿quién ha vendido y entregado á Ramales, Guardamino, Balmaseda, Orduña, Urquiola y Durango? ¿quién ha perseguido á muerte á todos los fieles partidarios del Rey y de su causa?

»Jamás me uniré con asesinos y traidores como V. Con ménos tropas y recursos hemos podido siempre contrarestar

al enemigo é impedirle que invada el país; ahora han atravesado como en triunfo parajes en donde hasta el último debiera haber perecido. Pero ¿qué extraño es esto, siendo público y notorio que hace ya largo tiempo que V. está vendido á Espartero?

»Pero no crea el traidor Maroto que los batallones 5.° y 12.° sean los últimos que levanten el grito de *viva el Rey y muera Maroto;* no: este ejemplo será seguido por todos los verdaderos realistas, y en especial por los denodados navarros. Sus obras lo demostrarán así.

»Me admira que un impío se atreva á hablar de religion, cuando todos los actos de su conducta prueban que V. es su mayor enemigo.

»Pero yo, mis mayores amigos y todos los oficiales y soldados, estamos penetrados de la obligacion que nos impone nuestra conciencia de defender hasta el último suspiro al Rey y la Religion, y no consentir nunca una humillante transaccion con los principios que nos propusimos defender: y confiamos en que el pueblo apoyará nuestros votos y deseos.—Es de V. servidor, etc.—Juan de Echevarria.—Santisteban 26 de Agosto de 1839 (1).»

Trasladóse D. Cárlos á Iraizos (28 de Agosto 1839), y se reunió con su familia. En aquel dia llegaron noticias al real de que los sublevados de Vera intentaban dirigirse adonde el rey se hallaba y apoderarse de los marotistas, lo cual disgustó

(1) Documento no conocido, como una gran parte de los que insertamos, y cuyos originales se hallan en nuestro poder, ó copias hechas por nosotros de auténticos documentos que conservan algunos de nuestros amigos.

mucho á D. Cárlos, que no era afecto á las rebeliones, siquiera éstas fuesen en su beneficio é instigadas por el entusiasta afecto de sus soldados.

Al siguiente dia (29 de Agosto) á las siete de la tarde, el rey y su hijo D. Cárlos Luis, acompañados de los generales Villareal, Eguía y Valdespina, y de los señores Erro, Otal y Juras Reales, se presentaron á la guardia real de infantería y caballería que se habia reunido delante de palacio. D. Cárlos les dirigió la palabra y les dijo de esta suerte: «He sabido, con extremo sentimiento, que mi guardia, que debe dar á todo el ejército el ejemplo de obediencia y subordinacion, pues que le está confiada la seguridad de mi real persona, se manifiesta enemiga de los que me rodean y propala contra ellos amenazas muy criminales. Vuestro rey os pregunta si puede contar con vosotros para su defensa y la de sus servidores en caso que los batallones sublevados viniesen al cuartel real.» Unánime fué la respuesta de aquellos valientes que entónces, como siempre, juraron morir en defensa del rey primero que consentir en que á su augusta persona se ofendiese.

Despues de esto, y al retirarse D. Cárlos, citó á los comandantes Arellano y Zárate para que á las ocho de aquella noche acudiesen á Palacio, que les daria audiencia, pues tenía que hablarles. Obedecieron ellos la órden del rey, y acudieron á la hora marcada, hallando á D. Cárlos acompañado por su esposa y los demas que con él se presentaron por la tarde á la guardia.

Reprendióles el rey con dureza y amonestándoles á conservar la sumision y obediencia, haciéndoles responsables con sus cabezas de cualquier tumulto que tuviese lugar en el cuartel real.

Aprovechó la ocasion Villareal, que de muy antiguo profesaba un odio á muerte á la guardia; y prescindiendo de cuanto se debia, no sólo á aquellos valientes, si que al mismo rey que lo presenciaba, dirigió á Zárate y Arellano estas palabras: «Sé de una manera positiva que la guardia real amenaza con la muerte á diferentes personas del cuartel real, y aconsejo á ustedes que vigilen sobre sus soldados, porque si oigo decir la cosa más mínima los haré fusilar á entrambos.»

No pudieron sufrir en calma los pundonorosos militares tan agrio y destemplado lenguaje: y tomando la comun defensa á su cargo Arellano, respondió de este modo: «Nuestra conducta ha sido siempre honrada: somos militares, y conocemos los deberes que este título nos impone. Jamás hemos faltado á la obediencia que se debe al rey y á los jefes á quienes honra con su confianza: pero usted no ignora, mi general, que en el cuartel real hay individuos á quienes incomoda la fidelidad de la guardia, porque es un obstáculo para sus proyectos: y por consiguiente, desearian verla disuelta, y á nosotros fusilados. Saben que conocemos sus malas intenciones, nos tienen miedo y temen que quiera vengarse la guardia real, y por eso tratan de desconceptuarnos en el ánimo del rey: pero S. M. debe saber que la guardia le ha sido y le es siempre afecta, y que está dispuesta á verter hasta la última gota de sangre en su defensa.»

La sublevacion de Vera pudo evitar el completo desquiciamiento del ejército carlista, y salvar la causa de la legitimidad. Pero D. Cárlos, que no desconocia el peligro, se hallaba rodeado de enemigos, y la voz de la verdad rara vez llegaba á sus oidos; un espionaje siempre en accion evitaba á los desterrados en Francia y á todos los leales servidores del

rey ponerse en contacto con él y combinar ningun plan útil con que enfrenar la osadía de los traidores.

Existian las pruebas de un infame complot entre algunos generales y la sociedad famosa de Madrid, titulada de *Jovellanos*, que servia de instrumento al Gobierno, y cuyos fines se hallaban reducidos á concluir una guerra cuyo desenlace preveian funesto para la causa de Doña Isabel de Borbon. Las cartas interceptadas por los carlistas fueron las siguientes:

«*Sociedad española de Jovellanos.—Núm.* 71.=En la sesion celebrada ayer por el B..... G..... se leyó y examinó con la atencion que merece la comunicacion número 6, en que se anuncia la llegada del diputado de lo interior, enviado por los amigos para conferenciar con usted y arreglar el plan que se ha resuelto poner en ejecucion, como el más seguro y conveniente *para destruir el poder fanático que domina y rodea á D. Cárlos*, y que ha proyectado la ruina de los amigos, á quienes acusa de moderantismo. Por el mismo medio puede usted decir verbalmente: 1.°, que este B..... G..... aprueba la noble empresa que han meditado los amigos para su propia conservacion, aniquilando de un golpe, por medio del terror, ese principio fanático y revolucionario: 2.°, que se proporcionarán á los amigos los fondos necesarios para la empresa: 3.°, que si por desgracia la empresa no correspondiese á sus esperanzas, y se viesen precisados á emigrar, se les concederán los medios necesarios para vivir decorosamente, como deben esperar con justicia.

»En lo demas debe usted observar la conducta más circunspecta, especialmente en lo que pueda sobrevenir en lo interior, cuidando mucho de no comprometer en nada la S.....

Es indispensable la mayor discrecion para que no lleguen á conocerse las intenciones de la S..... pues si los amigos ejecutan algun acto sangriento, seria funestamente trascendental si llegasen á saber algo los enemigos de la S..... por consiguiente, todas las comunicaciones relativas á este asunto deberán ser verbales, y cuando se ofrezca alguna duda se consultará a este B..... G.....=Salud, moderacion y esperanza.=Madrid 15 de Enero de 1839.=El secretario.»

Otra comunicacion, con fecha posterior, estaba concebida en estos términos:

«*Directorio general de Jovellanos.—S. E. B. G.—Sociedad española de Jovellanos.— Núm. 77.*—Por la comunicacion núm. 10 se ha enterado este B..... G..... de haber llegado aquí un mensajero de los amigos. Segun sus explicaciones, se aproxima la tempestad, y se han tomado todas las medidas para que el triunfo sea completo.

»Este B..... G..... espera que al punto que llegue á conocimiento de V. la noticia del rompimiento, se lo participará con todos los pormenores que pueda y las observaciones que le ocurran. Hasta que esto se verifique, este B..... G..... estará en la mayor ansiedad, y cooperará por su parte, y *con todo su poder*, á dar apoyo á los amigos en la opinion pública por medio de nuestros periódicos y del influjo moral que ejerce en las reuniones politicas.=Salud, moderacion y esperanza.=Madrid 14 de Febrero de 1839.=El Secretario.»

Una tercera carta decia así:

«*Directorio general de Jovellanos.—S. E. B. J.—Socie-*

dad española de Jovellanos.—Núm. 80.=Este B..... G..... ha recibido del triángulo del ejército del Norte la proclama dirigida por el grande amigo al pueblo y á las tropas en Estella el 18 de este mes, y su carta del 20 á D. Cárlos.

»Estos dos documentos son en extremo interesantes, y encontrará mucho eco en Europa, porque la parte sana se convencerá de que por todas partes se extiende y reina el espíritu de moderacion, que es la verdadera tendencia del siglo, y que es irresistible, porque la opinion pública está con ella.

»La carta á D. Cárlos es un modelo de redaccion y de lógica. Nuestro secretario, 9, 3, 17, 33, 34, 15, 9, se ha portado bien; progresará en la magistratura, pues ha demostrado que tiene una cabeza bien organizada, y á propósito para las circunstancias en que se ha encontrado.

»Esta carta vale más que si se hubiese.....

; el hombre se ha suicidado de hecho, y ha desaparecido la poca fuerza moral que le quedaba; el amigo se ha..... , nada puede resistir á su brazo y á su corazon de hierro, y es ya seguro el triunfo de la moderacion.

»Diga V. á los amigos que todo se ha recibido muy bien aquí, y que de dia en dia va ganando el grande amigo en la opinion pública.

»Este B..... G..... espera comunicacion de V. con todos los pormenores.=Salud, moderacion y esperanza.=Madrid 28 de Febrero de 1839.=El Secretario.=*Direccion general de Jovellanos*. S. E. B. J. (1)»

---

(1) Coleccion de documentos del comandante frances Mr. M.

Los sucesos que en breve tuvieron lugar, demostraron la justicia con que los pronunciados de Vera habian tratado de oponerse al daño. « Los oficiales y soldados de los batallones, decia el comandante Aguirre á D. Basilio (4 de Setiembre), están furiosos; pues aunque Maroto no está ya entre los carlistas, ven que la causa del rey va peor cada dia, y que no se toma ninguna medida para reparar los males que la traicion nos ha causado; ven, por fin, que no era Maroto el único traidor, y que no lo son ménos los que todavía rodean á Don Cárlos. Aun se nos podria sacar del abismo en que hemos caido, y léjos de eso, cada vez nos metemos más en él; por consiguiente, están resueltos á marchar al cuartel real. En tal caso, preveo grandes desgracias, y sería bueno que fuese usted á ponerse de acuerdo con D. Juan, acerca de lo que debemos hacer.»

Sin embargo, aquellos hombres á quienes la calumnia trató de vilipendiar inútilmente, hallándose dueños de la frontera por aquèlla parte, no solamente no cometieron ningun atropello con algunos de sus enemigos, que lo eran al mismo tiempo de la verdadera causa de D. Cárlos, y que buscaron un refugio en Francia pasando por Vera, si que les franquearon el camino. El P. Gil, los jesuitas de Loyola, Doña Pilar Fulgosio, á quien, por órden de D. Juan Echevarría, proporcionó una escolta D. Basilio; el brigadier Abaurre, el coronel Gordillo y otros muchos oficiales, pasaron por Vera sin dificultad alguna.

D. Cárlos, trasladando sin cesar su cuartel, de Oñate á Lesaca, de Lesaca á Lecumberri, de Lecumberri á Elizondo, y así sucesivamente, apartado de los que por su bien se interesaban, y rodeado de afectos y parciales del general Maroto,

no pudo cuidarse de poner fin á las traiciones en que se le envolvia: no llegaba á sus oidos muchas veces, segun queda dicho, la voz de la fidelidad y el clamor de sus leales servidores. Así los sucesos de la córte influian en los acontecimientos de la guerra; así las intrigas de la córte disponian de la suerte de las armas, y tal fué el resultado de tantos y tan heroicos esfuerzos.

IV.

D. Cárlos Luis, el ilustre príncipe primogénito del rey, acompañaba á éste, como sus hermanos D. Fernando y Don Juan. Nació D. Cárlos en Madrid en 31 de Enero de 1818. «Miéntras que las campanas de las parroquias de los conventos de la córte espléndida española, dice un biógrafo del príncipe, sonaban en desacorde al par que agradable tañido, lanzadas á vuelo por las manos que las comunicaban movimiento y vida; miéntras que los centenares de calles donde en tiempo normal apénas se veia durante la noche el lugar en que se colocaban los piés, ahuyentada la claridad de las estrellas por los negros y rojizos fulgores de los antiguos reverberos, se ostentaban bañadas por los torrentes de luz artificial que partian desde los vistosos balcones de las adornadas casas; miéntras que, á pesar de la cruel temperatura peculiar al frio terreno cercano á la helada cordillera de montañas llamada Guadarrama, el esplendor, el movimiento y la alegría estaban caracterizados en todos los puntos, en todos los objetos en que llegaba á posarse la afanosa vista; miéntras que todo esto tenía lugar, decimos, la heroica villa de Madrid estaba cubierta en toda su extension de bulliciosas tropas formadas por sus gozosos habitantes.

»Sorprendente era sin duda el cuadro que se extendia ante los fascinados ojos desde el punto principal de la Córte, conocido hace centenares de años con el nombre de Puerta del Sol, añade el testigo ocular mencionado: figuraba en primer término un círculo centellante, para cuyo adorno y brillantez habia empleado sus conatos el Ayuntamiento madrileño: partian despues, como rayos prolongados de este sol, las calles de Carretas, San Jerónimo, Montera, Alcalá, Mayor, Arenal, Cármen y Preciados, todas brillantes, todas efulgentes, todas fantasmagóricas con los millares de luces alzadas en los aires desde los balcones; y descollaban, finalmente, semejantes á una fulgurante y correlativa hilera de fusiles, sostenidos por otros tantos soldados, las largas líneas de hachones de cera, simétricamente colocados en las extensas fachadas de las casas de Correos, de Oñate, Aduana, Historia Natural y otros edificios que áun decoran los puntos que acabamos de señalar.

»Allí se adelantaba una comparsa de estudiantes precedida de una orquesta de guitarras, flautas y panderas, entonando alegres trovos ó endechas amorosas; acá invadia triunfal el terreno ocupado por los curiosos una seccion de jóvenes *manolos*, consumados guitarristas de púa, dando evidentes pruebas de su habilidad en la ejecucion de una marcha, cuyo compas señalaba el movimiento de los piés; más léjos se formaba un corrillo de majos y majas, ora bailando la jota ó las manchegas, ora modulando las últimas coplas compuestas por el desconocido romancero general.

»Aun recordamos con cierta satisfaccion melancólica, porque evocamos la memoria de sucesos que hemos presenciado siendo jóvenes; áun recordamos que, llevados por el torrente

popular, nos unimos á un bullicioso grupo de mozos alegres, y que con ellos, dirigiéndonos al Real Palacio, nos exhalamos en cánticos y gritos de entusiasmo, provocando la salida de los reyes y de los príncipes á uno de los regios balcones, y haciendo renacer sus sonrisas como consecuencia de nuestro alegre humor y de las francas muestras de nuestros sentimientos.....

»La gran nevada que sobrevino privó á los habitantes de Madrid de mostrar por completo su entusiasmo: pero no bastó para helar en los corazones aquel ardoroso sentimiento: léjos de eso, los regocijos públicos fueron á continuarse en el hogar doméstico, no existiendo un solo edificio en que, durante aquel afortunado tiempo, se entregase alguien á la inspiracion de la tristeza.

»Era un gran acontecimiento el que celebraba Madrid en la noche del 31 de Enero de 1818.» Así describe un testigo ocular el entusiasmo que produjo en la Córte la fausta nueva del nacimiento del infante D. Cárlos. En este ligero relato, hecho con más verdad que brillantez, se reflejan los sentimientos de aquel pueblo, en cuyo seno todavía no se agitaba el elemento desorganizador que se mezcló despues en su vida íntima.

Don Cárlos María Isidro de Borbon, primer hermano del rey de España y de las Indias D. Fernando VII, y su augusta esposa Doña María Francisca de Asís de Braganza, hija de D. Juan VI, rey de Portugal, y de su esposa Doña Carlota Joaquina, hija de Cárlos IV, eran los padres del infante cuyo natalicio celebraba Madrid.

«Á las seis y treinta y cinco minutos de la madrugada vió la luz del mundo este primer vástago de aquel príncipe, con-

siderado entónces por el público como inmediato sucesor á la corona; y la alegría de sus dichosos padres fué grande al contemplarle hermoso y lleno de salud, como depositario de su cariño y fuerte sostenedor de sus más caras esperanzas.

»El nuevo infante, hallándose en brazos de sus excelsos padrinos D. Fernando VII y su augusta esposa la reina Doña María Isabel de Braganza, recibió en la sagrada pila bautismal de la real capilla del Palacio de Madrid los nombres de Cárlos Luis María; y al tiempo de nacer fué saludado de órden del rey con salvas de artillería disparadas en la Montaña del Príncipe Pio, con el repique general de campanas é iluminacion de que hemos hablado, con los cánticos solemnes del *Te Deum* en accion de gracias en todas las iglesias, y con las demostraciones de etiqueta acostumbradas por la córte en semejantes circunstancias.

»Todos estos regocijos y acciones de gracias duraron en Madrid el consecutivo espacio de tres dias con sus noches: y repetidos en las provincias á medida que á cada uno de los pueblos iba llegando la dichosa nueva, tuvieron la misma duracion de tres dias, tres dias de gozo y de holganza, que, comenzando desde la capital del reino, y extendiéndose por todo él de ciudad en ciudad, de villa en villa y de pueblo en pueblo, disiparon un tanto los dolores del desgraciado en su pobre cabaña, animaron al rico á prodigar socorros con generosa mano, é infundieron aliento al débil y constancia al fuerte para seguir el doloroso camino de la vida, imposible de atravesar si de tiempo en tiempo no llegara una de esas nuevas de felicidad, y no se tomara el descanso de contemplarlas y de recrearse en ellas.

»Y ¿qué nueva más dulce, más eminentemente simpática

puede llegar al conocimiento de un país monárquico por excelencia, que la del nacimiento de un vástago en el árbol antiguo de los reyes, vástago lozano que aleja de la imaginacion el temor de ver seco el formidable tronco, de contemplar estériles las hondas raíces, y de llorar de dolor sobre las marchitas hojas que durante los tiempos que abarca la memoria vistieron y decoraron con su lozanía las vigorosas ramas?»

El cariñoso celo de Doña María Francisca; el esmero con que atendieron á la educacion del niño D. Cárlos, tanto ella como su padre, y la brillante imaginacion que manifestara en breve el primogénito de D. Cárlos María Isidro, eran buenos antecedentes á favor del infante (1).

Uníase á la enseñanza teórica, en la parte moral, la enseñanza práctica; pues servian de modelo al jóven las virtudes de su cariñosa madre. Y como su ánimo se hallaba predispuesto al bien, no hubo menester mucho tiempo para inculcar en su alma los nobles sentimientos que heredaba. Elevacion de ideas, pensamientos juiciosos y una percepcion extraordinaria fueron los rasgos característicos del príncipe, considerado bajo el prisma de su capacidad intelectual.

Cariñoso hasta la ternura; generoso hasta la magnificencia; afable hasta el exceso, D. Cárlos no comprendia el odio ni la soberbia. Su resignacion durante los angustiosos períodos de su vida, demasiado infortunada, revelaba en el alma del príncipe condiciones nada vulgares.

Era D. Cárlos de regular estatura, ojos negros y cabello castaño; la blancura de su rostro, su correcta nariz y los perfectos contornos de su boca, formaban un agradable conjunto:

---

(1) *Historia de D. Cárlos Luis*, por Centurion.

su frente, limpia y despejada: su cuerpo, robusto: su paso, firme: sus movimientos, naturales y graciosos: su diccion fácil, y su voz llena y fuerte, si bien no carecia de cierta modulacion que la hacía dulce y agradable. Tenía sobre la pupila del ojo izquierdo una ligera señal blanquecina, principio de una catarata que, desarrollándose despues, le obligó á sufrir una dolorosa operacion trascurridos algunos años.

Habitaban D. Cárlos María Isidro y su familia en la parte del Palacio que corresponde á la denominada *Punta del Diamante:* y los niños D. Cárlos Luis, D. Juan Cárlos y D. Fernando, ocupaban algunas habitaciones entre el piso bajo y el principal, en el *Guarda-ruido*, que así se nombra, y correspondientes á las que pertenecian á sus augustos padres.

El mueblaje que servía á los infantes era sencillo, aunque de buen gusto; y la servidumbre que les fué señalada, tambien escasa. «Una sola tanda de criados, dice un gentilhombre de los infantes en sus apuntes inéditos, fué destinada al servicio de los tres príncipes, cuando es sabido que á cada persona real se señalan dos tandas de criados: pero la humildad á que la ilustre señora Doña María Francisca queria acostumbrar á los niños, fué causa de aquella economía.»

Los gentileshombres señalados á los príncipes desde el primer momento fueron los condes de Negri y del Prado, y el marqués de Obando: y los ayudas de cámara García Martin, Lorfelin y Cuilles. Los niños estaban encomendados en sus primeros años para su educacion religiosa al Padre Puyal, que les acompañaba á todas partes, con la tierna solicitud de un cariñoso padre.

V.

El carácter del primogénito de D. Cárlos María Isidro ofrecia algunas aunque ligeras analogías con el de su padre; analogías que el tiempo y los sucesos fueron debilitando, pudiendo decirse que, al llegar el desdichado fin de la existencia del príncipe D. Cárlos Luis, no conservaba resto alguno del carácter de D. Cárlos María Isidro.

El conde de Montemolin, fruto de las vicisitudes de su azarosa vida, desde la más temprana edad revelaba cierta melancolía extraña en un jóven, y su amarga sonrisa manifestaba muchas veces el dolor de un alma que ha luchado sin cesar con el infortunio. Dotado de una poderosa penetracion, el conde de Montemolin descubria con frecuencia á la simple inspeccion de una persona la falsedad é hipocresía de sus protestas de adhesion y lealtad; y era para el ilustre príncipe tan grande el dolor del desengaño, que en várias ocasiones se le oyó decir: «Más quisiera tener muchos enemigos francos que un solo amigo que me inspirase desconfianza.»

Cuéntanse rasgos de su exquisita sensibilidad y caritativos sentimientos, bastante para enaltecer su ilustre memoria. «La rapidez con que una tarde marchaba el carruaje en que D. Cárlos Luis María iba á paseo con sus hermanos y maestro, atravesando como una exhalacion el camino de la Florida, no le impidió descubrir á una pobre madre que, muerta de cansancio, descalza y cubierta de miseria, se detenia al ver pasar el coche de los príncipes; llevaba en sus brazos un niño de escasa edad, hermoso, pero estenuado. Sintió el jóven D. Cárlos un estremecimiento en su alma, movida por el ben-

dito soplo de la caridad, y sin poder contenerse lanzóse á la portezuela, y clavó sus miradas en aquella madre infeliz; los ojos del príncipe se humedecieron, y no acertaba á hablar.

Detuvo el cochero á los caballos, creyendo que D. Cárlos le llamaba: parecia que la inmensa voluntad del bien, radiando en el corazon de D. Cárlos, habia influido como la corriente eléctrica sobre el conductor del carruaje. «¿Quién eres? preguntó entónces el príncipe á la infortunada mujer, que se aproximó al ver que el coche se paraba.—Esposa de un militar enfermo en un hospital, Señor, respondió difícilmente la desolada madre.—Dónde sirvió? volvió á preguntar D. Cárlos.—En la guerra de la Independencia.»—El príncipe lanzó un suspiro, al mismo tiempo que rodaban por su mejilla algunas lágrimas, y buscó inútilmente en sus bolsillos algunas monedas; y, como ninguna hallase, empezó á sacar un anillo adornado con un magnífico solitario, que llevaba en uno de sus dedos; lo cual visto por el P. Puyal, le dijo:—«Tome dinero V. A.,» ofreciéndole un bolsillo que contenia algunas monedas de plata. Cogióle el príncipe, y le arrojó con extraordinaria alegría á los piés de la infeliz esposa y madre.

Rasgos de tan esquisita sensibilidad, se encuentran en cada página de la vida del ilustre príncipe: no eran infructuosos los desvelos de D. Cárlos y los tiernos cuidados de Doña María Francisca; la educacion que el príncipe recibia, produjo sus naturales frutos. «Á los seis años de su edad, cuando fué pacificada la España, ésta fué la principal educacion de D. Cárlos, á la que dedicaba todos los momentos de descanso que le dejaban los negocios: quiso cumplir por sí mismo con este deber sagrado, que desempeñó con toda la

dulzura de un tierno padre y la solicitud de un preceptor ilustrado (1).

»Sucedió que un dia, contra su voluntad, hirió el inocente niño á uno de sus criados jugando con él; y no desconociendo el mal que habia causado al pobre servidor, corrió á buscar á su madre, y llorando la pidió perdon, confesándola su delito. No contenta con esto la cariñosa cuanto severa madre, mandó á Cárlos Luis que fuese adonde el criado estaba, y puesto de rodillas le besase la mano y pidiese perdon, como con ella habia hecho. Hízolo así el infante, y cuando hubo conseguido que el criado le perdonara, volvió lloroso al lado de Doña María Francisca, quien le privó de salir á paseo y de otras distraciones durante algunos dias.

»Contaria escasamente siete años, cuando tuvo que sufrir una operacion dolorosa que dispusieron los médicos, y fué la extraccion de una segunda fila de dientes que en la encía inferior le habian nacido. Convencida de la necesidad de llevarla á cabo, la tierna madre llamó á Cárlos Luis: y sentándole sobre sus rodillas, le dijo que los hombres habian de acostumbrarse á las vicisitudes, y que la mayor prueba de cariño que pudiera darla era la de sufrir con resignacion y sin llorar la operacion que por su bien tenian que hacerle. Tanta era la influencia de la palabra de la madre sobre Cárlos, tanto el respeto y tanto el cariño que profesaba á Doña María, que se sujetó á su voluntad, sufriendo la dolorosa operacion sin verter una lágrima ni exhalar una queja.

»Fué su maestro de primeras letras un digno y humilde

---

(1) Apuntes sobre la vida y carácter de D. Carlos, debidos á D. F. M., de la servidumbre de S. M.

sacerdote, cuyo nombre no recuerdo; despues se confió la enseñanza de Cárlos Luis al P. Puyal, provincial á la sazon en España de la Compañía de Jesus; y más tarde, el P. Frias, tambien jesuita, se encargó de la enseñanza del infante. Dábale tambien lecciones de música y piano el maestro D. Mariano Lidon, y de pintura, en que hizo el niño muchos y muy rápidos progresos, el distinguido pintor D. Vicente Lopez (1).»

Uníase en el tierno niño, á una aplicacion y constancia nada comun á su edad, una inteligencia clara, y un aprovechamiento notable de los sanos consejos y de los rudimentales conocimientos literarios. «¡Cuántas veces, decia el P. Puyal, me sorprendió S. A. con deducciones brillantes de las lecciones aprendidas, y me dirigia preguntas impropias por su profundidad en un niño de tan pocos años!»

Su carácter puramente infantil, sus buenas dotes y los santos ejemplos que en sus padres contemplaba, formaron un conjunto que extasiaba y le hacía objeto de las simpatías de cuantos le observaban. Fernando VII le miraba con singular prediléccion, y mostraba un cariño por el hijo de su hermano que en un hombre como el rey, de suyo descorazonado é indiferente, era mucho más notable que en otro cualquiera. «El simpático niño se conquistó de tal suerte la voluntad de su tio y padrino, que casi nunca se apartaba de su lado; ni áun despues de los sucesos que enemistaron al rey con su hermano, hasta que fué forzosa la separacion de ambas familias. El nacimiento de la infanta Isabel no debilitó en Fernando aquella

(1) Relato debido al Padre M. G., de la Compañía de Jesus.

simpatía que el niño Cárlos aumentaba, mostrando hácia su tierna prima un cariño completamente fraternal.»

Tal era D. Cárlos Luis, el infortunado príncipe, que empezó la carrera de su vida en medio del general aprecio, y que muy en breve amargaron la emigracion, el desconsuelo de la pérdida de su querida madre, y otros varios sufrimientos con que parecia que Dios queria distinguirle para afirmar sus virtudes y hacerlas más patentes á los ojos de todo el mundo.

VI.

No ménos precocidad descubria el infante don Juan, segundo hijo de D. Cárlos María Isidro y Doña María Francisca de Braganza. Nacido en 10 de Enero de 1820 y encargada de su educacion su querida madre, en poco tiempo daba muestras de una superioridad de imaginacion bastante notable, si bien no manifestaba tanta asiduidad en el estudio, una vez confiada su enseñanza de primeras letras á los mismos maestros que la del primogénito D. Cárlos Luis. Cariñoso y afable, en sus inocentes juegos descubria cierta natural travesura, testimonio de la vivacidad de su imaginacion: sus nobles sentimientos, bendito legado de una madre tan amante de sus hijos como virtuosa, modelo sublime de ternura y nobleza, atestiguaron repetidos ejemplos. «Quiero ser hombre, decia en una ocasion el niño D. Juan, para defender á mi padre, y que le hagan rey, porque dice mi madre que le han quitado la corona los malos españoles.» Cariñoso sin afectacion, franco sin rudeza, discreto en sus palabras y en sus obras, y muy afecto á los que consideraba más



D. FERNANDO DE BORBON

religiosos ó más sabios; amante de las letras y de las artes, y muy atento á las explicaciones y consejos de los que le nombraban para instruirle, fué en sus primeros años el infante D. Juan, distinguiéndose, desde la niñez, por una percepcion clara y un ingenio superior, justificado durante su juventud en muchas ocasiones.

VII.

No es regla general que en una familia, por más distinguida que sea, todos sus miembros manifiesten las mismas condiciones de capacidad y talento, de virtud y sensibilidad; si que, por el contrario, suele haber disparidad y diferencia en caractéres é inclinaciones, aunque sea igual la educacion recibida, y aunque se empleen los mismos medios y se hallen todos en iguales circunstancias. Regla general es que los hijos hereden las virtudes de los padres, y que correspondan igualmente á las condiciones intelectuales de éstos la educacion y sus hijos. Pero no es ménos cierto que no se heredan las condiciones intelectuales, y que muchas veces no bastan los ejemplos de la virtud más acrisolada ni los cuidados y esmero de una educacion ejemplar.

En el caso presente no puede decirse que fueron inútiles los cariñosos y laudables esfuerzos de los régios consortes Don Cárlos y Doña María Francisca; puesto que el infante D. Fernando fué una reproduccion de las virtudes de sus padres. Pero no tan fructíferos los resultados de la educacion intelectual, pudieron conseguir en el tierno niño los resultados que sus cariñosos padres y doctos maestros se propusieron. Sin que por esto pueda decirse que D. Fernando, el tercer

hijo de D. Cárlos, era una incapacidad, no llegó nunca adonde sus hermanos D. Cárlos Luis y D. Juan Cárlos.

Más virtuoso que afecto á los profanos conocimientos, Don Fernando se dedicaba á ellos con ménos aprovechamiento que sus hermanos mayores; adelantaba en sus estudios, y si bien cumplia perfectamente por su parte con los deberes que como á hijo é infante le obligaban, obedeciendo el mandato paterno, y consagrándose al estudio de las letras como indispensable á su ilustre categoría, no eran tan rápidos sus progresos como fuera de desear.

Nació en 2 de Febrero de 1822 y recibió de su misma cariñosa madre, como sus hermanos, los primeros rudimentos de su educacion moral y religiosa. El P. Puyal continuó aquella tarea honrosa acerca de D. Fernando, como con sus queridos hermanos, D. Fernando profesábales mucho cariño, y particularmente á D. Cárlos Luis, á quien siempre distinguió.

VIII.

No corresponden en la educacion de los niños los resultados á los medios, hemos dicho, y frecuentes ejemplos de ello nos suministran la historia y la vida íntima de la sociedad y la familia. Entre los ilustres vástagos de D. Cárlos María Isidro existian diferencias muy notables; considerados en su parte moral, resplandecen en ellos las virtudes de sus padres, nunca desmentidas y en diferentes ocasiones demostradas hasta un punto que pareceria inverosímil á quien no los hubiese conocido ó de ellos tuviere muy fidedignos antecedentes y datos de sus respectivas historias.

Don Cárlos Luis era el trasunto de sus progenitores; reunia las virtudes de uno y otro: la ternura de Doña María Francisca, y la heroica resignacion de D. Cárlos. El infortunio aumentaba su valor en lugar de neutralizarle ó disminuirle: era la caridad su principal deleite, y la religion su primer cuidado. La justicia y la templanza guiaban sus pasos.

Don Juan, más enérgico que su hermano, aunque no ménos discreto, poseia en su alma el rico dón de la caridad y el sublime afecto religioso. Más ligero en sus resoluciones, no consultaba tanto los obstáculos para el logro de una empresa; pero si no se hallaba dotado de un espíritu tan observador como el de D. Cárlos, no habia menester tanto tiempo para hallar la solucion de un problema, ó para inquirir el efecto producido por una causa.

Don Fernando, más débil que cada cual de sus hermanos, era, sin embargo, un modelo de virtudes, y un digno hijo de D. Cárlos. Cierto que adolecia de alguna dificultad de comprension, y que no llegaba adonde con ménos esfuerzo Don Cárlos Luis y D. Juan Cárlos; pero la bondad de su carácter hacíale simpático, y suplia con su aplicacion la falta de naturales disposiciones.

IX.

Cuáles fueron las vicisitudes que afligieron á la régia familia durante la fuga á Portugal, quedan referidas. Á su llegada á Inglaterra confiaban D. Cárlos y Doña María en que la hospitalaria nacion inglesa no habria de negarles un refugio que á tantos emigrados concedia, y que en tan grave situacion solicitaban.

Pero la Gran Bretaña se negó á satisfacer los deseos de los ilustres proscritos, pretextando el reconocimiento que aquella nacion habia verificado del Gobierno de Doña Isabel de Borbon, considerando á esta como legitima reina de los españoles, cuya legitimidad garantizaban los países que formaron la famosa cuádruple alianza. Desengaño cruel fué para D. Cárlos y su esposa, en quien tanto efecto produjo la conducta del gobierno inglés. Exigió éste á D. Cárlos que ántes de pisar el territorio de la Gran Bretaña renunciase á todos sus derechos á lo corona de España, si como correspondia á su clase queria ser tratado; pues de otra suerte no conseguiria más distinciones que las de un particular. Para inclinar á D. Cárlos á semejante indignidad, presentósele el embajador de España en Inglaterra, que á la sazon lo era el marqués de Miraflores, acompañado de Backhouse, subsecretario de Negocios extranjeros, comisionado para este fin por lord Palmerston: éstos fueron los que tan ofensiva proposicion hicieron á Don Cárlos, completándola con el ofrecimiento de una pension de 30,000 libras esterlinas anuales, si en ello consentia, pagadas por el Tesoro público: obligándose ademas D. Cárlos á no volver á ningun punto de la Península, ni promover ó contribuir en modo alguno á trastornar el órden en España.

La negativa de D. Cárlos, tan digna como resuelta, llenó de asombro á cuantos la presenciaron, y fué la causa de los sufrimientos que amargaron la existencia de la infortunada Doña María Francisca, hasta concluir con ella en breve tiempo. Peripecias de la política internacional! Trascurridos algunos años, D. Cárlos Luis era objeto, en aquella misma nacion, de las más lisonjeras manifestaciones de aprecio y consideracion.

Reducida la régia familia á la quinta de Alibertoke Rectory en Glocester-Lodge (1), vivia ignorada de todos, y sin más esperanza que en Dios. D. Cárlos y Doña Maria Francisca se consagraban al cuidado de sus hijos, y olvidados de los asuntos políticos veian perdidas sus halagüeñas ilusiones. Llegado el momento de la fuga de D. Cárlos, la noble princesa quedó sumida en el mayor desconsuelo, segun en otro lugar llevamos referido. Ocultóse á todos, como era consiguiente, la determinacion del ilustre proscrito; y hasta sus propios hijos ignoraban su marcha. Pero trascurridos algunos dias, y como las inocentes criaturas preguntasen por él, y muy particularmente D. Cárlos Luis, hubo de decirles su madre que se hallaba enfermo, y que era mucha la gravedad del daño y peligro en que estaba. Con esto, por no revelarles la verdadera causa de la falta de D. Cárlos, causaron mayor pena á los niños: D. Cárlos Luis creyó inocentemente cuanto le dijeron, así como sus hermanos, y se afectó de modo que, temerosa su tierna madre de las consecuencias que pudiese traer al infante su extremada tristeza, le refirió la verdad, y á los tres niños dijo cómo su padre se hallaba ausente, y tal vez muy pronto pudieran abrazarle.

Cambiáronse desde entónces las lágrimas en resignacion, y muchas veces las candorosas palabras de los infantes llevaban el consuelo á la infortunada señora, que vivia presa de la mayor ansiedad y sufrimientos que produce la incertidumbre. Una carta dirigida por D. Cárlos María Isidro á su desolada

---

(1) Residencia que habia sido del famoso ministro inglés Canning, que tomó una parte tan activa en la revolucion española.

esposa la reanimó é hizo renacer en su alma la esperanza que en la realizacion de sus sueños abrigara anteriormente. En ella participaba D. Cárlos algunos pormenores de su viaje, y decia haber llegado felizmente á las Provincias Vascongadas, donde encontró á sus entusiastas defensores, que le recibieron con entusiasmo. Hacía una ligera descripcion del estado en que se hallaban las provincias del Norte con respecto á su causa, y mostraba su satisfaccion, tanto por ello, como por la favorable adquisicion del valeroso caudillo Zumalacárregui, cuyas excelentes dotes encarecia. La carta terminaba con cariñosas frases, recuerdo de los hijos y de la esposa tan queridos, y de quienes por desgracia se veia apartado, y con las consoladoras esperanzas de una resolucion pronta y favorable á sus intereses, que expresaba con grande conviccion y fé.

La lectura de aquella carta fué un bálsamo de consuelo para la infortunada esposa, que con heroica resignacion procuraba sobreponerse á la fuerza de la desdicha. «Atravesaba en Inglaterra Doña María Francisca, dice un escritor, una de esas situaciones crueles, consecuencia de su ruina; en cuanto abarcaba su mirada, sólo veia un horizonte de calamidades y desgracias; horizonte solamente iluminado en algun punto por las halagüeñas esperanzas que en ella dispertara la carta de su esposo.

»Proscrita en lejano y extranjero suelo, en el cual se miraba con indiferencia su situacion dolorosa; enteramente privada de su rico patrimonio, y careciendo de los objetos más necesarios, á consecuencia de la pérdida en Portugal de los equipajes, esta infortunada señora, para sostener á su familia, tuvo que recurrir á medios desconocidos para ella, á medios que debia serla muy duro emplear, pero á los cuales la impul-

saba la necesidad apremiante que por todas partes la rodeaba.»

El infortunio de la ilustre princesa habia llegado á un punto que el dolor dificulta referir. La falta completa de medios con que atender á lo más urgente la obligó á pedir algunas cantidades á préstamo, que no todas la fueron entregadas; y de este modo pudo sostenerse introduciendo en su casa tanta economía, que bien pudiera confundirse con la miseria su triste situacion.

Habia desaparecido aquella esperanza vehemente que le hizo soñar con el triunfo en pasados dias; y á pesar de las tranquilizadoras palabras que D. Cárlos escribiera en su carta, no podian desterrarse del alma lacerada de la princesa los presentimientos que abrigaba. Asediábanla los acreedores, que exigian el pago de las cantidades prestadas, y mancomunadamente resolvieron proceder todos contra la infortunada señora.

Cuál sería el sufrimiento de la régia familia, no es menester decirlo. Veianse en suelo extranjero, sin amigos, sin más parciales que los de su escasa servidumbre, sin apoyo de nadie, humillados y escarnecidos por la nacion en quien esperaban encontrar proteccion y afecto, faltos de los más necesarios recursos, y aguardando el momento en que, deshonrados por sus acreedores, habrian de abandonar aquel último asilo. Y todo esto cuando D. Cárlos en España corria los azares y los riesgos de una vida militar y aventurera, cuyos esfuerzos serian tal vez inútiles, y cuyo resultado pudiera ser tan funesto.

X.

Pero la más afectada por semejantes infortunios era la

noble señora, y los sucesos demostraron cuanta era su abnegacion y cuánto su martirio. «Ella no probaba—dice un autorizado cronista—toda la intensidad de este suplicio inaudito y oculto sino en cuanto era madre: porque la infanta, la mujer emprendedora, sabia indemnizarse del fallecimiento de una tentativa con la posesion de mayores esperanzas, ó se acogia en la desgracia á la resignacion más profunda: pero Doña María Francisca, la madre cariñosa y tierna, temblaba por el menor riesgo que corriese el porvenir de sus hijos, y cada privacion que experimentaban estas inocentes criaturas reflejaba con fuerza en el corazon de aquella.»

Asaltáronla los terribles presentimientos que muchas veces son precursores de la realidad: pensaba con terror en que, llegado el momento de su muerte, sus hijos quedarian en el mayor abandono. «Este pensamiento amargo, dice el referido cronista, la perseguia sin cesar, y no tardó en realizarse conforme con sus presentimientos. Tan cierto es que en los séres sujetos al constante imperio de la desgracia alcanzan generalmente un éxito seguro los más desconsoladores vaticinios.

Pero aunque vivamente conmovida y agitada por entónces por emociones tan desgarradoras, rara vez proferia una palabra de queja, y sólo en los trances de mayor desconsuelo y tristeza se la oia decir: «Nuestro infortunio es tan duradero como nuestra vida.» Fuera de estos momentos se mostraba afable y condescendiente, invirtiendo mucho tiempo en conversar con sus hijos sobre puntos de historia sagrada y profana, en que poseia muchos conocimientos, inculcándoles excelentes máximas de moral, é imbuyéndoles en los deberes anejos á su elevada jerarquía.»

La mudable suerte de las armas durante la guerra fué el último golpe que aniquiló las fuerzas de la ilustre señora; la noticia de los sucesos que tenian lugar en las provincias del Norte de España; la de la situacion en que se hallaba Don Cárlos, el cual, sin el auxilio de un pastor llamado Juan Bautista Esain, probablemente hubiera caido en poder de Rodil, en uno de los desgraciados encuentros que tuvieron los carlistas con las tropas constitucionales. El honrado Esain, viendo á D. Cárlos que, segun costumbre, se quedaba á retaguardia, al llegar el momento de retirarse sus soldados, y que ni el peligro de la situacion, ni las súplicas de los que le acompañaban eran bastante poderosas para obligarle á huir, llegó hasta donde el rey se hallaba, y tomándole entre sus brazos, sin decir palabra, le sacó de la silla y le puso sobre sus hombros, en el momento crítico en que ya los soldados de Rodil habian llegado muy cerca del sitio en que estaba D. Cárlos: asiόle Esain, y salvando riscos y barrancos, llegó hasta donde tenia su cabaña, en lo más inaccesible de la sierra (1).

Las tropas de Rodil perseguian sin tregua á los grupos de carlistas que vagaban por el país vasco-navarro, inferiores en número al ejército contrario, faltos de armas y elementos con que luchar siquiera ménos desventajosamente. «El mismo señor Don Cárlos, escoltado por unos cuantos soldados fieles, vagaba en no interrumpida fuga, buscando en la geografía del terreno el amparo y tranquilidad que no podian proporcionarle sus reducidas fuerzas, poniendo en peligro inminente su seguridad personal (2).»

(1) Datos suministrados por D. J. S., ayudante que fué del E. M. de S. M.

(2) Datos del mismo señor D. J. S.

El efecto producido en la ilustre princesa por tan fatales nuevas, extendidas en breve con esa pasmosa rapidez con que circulan las noticias de las desgracias ocurridas, llenóla de afliccion hasta agotar, por decirlo así, las últimas fuerzas de su corazon. Desde entónces, avasallada por el dolor, no procuraba ya ocultarle á los ojos de los demas, inclusos sus hijos, á quienes abrazaba llorando, y repitiendo con frecuencia estas palabras: «Es inútil luchar contra el infortunio; Dios no quiere nuestro triunfo, y no será.» Agotadas ya las fuerzas de su espíritu, como las de su cuerpo, aquella alma ardiente y apasionada, aquella imaginacion llena de brillantes ideas, aquella heróica madre, para quien toda la felicidad se encerraba en el porvenir de sus hijos, veíase próxima á separarse de ellos para siempre.

En otra situacion ménos grave Doña María Francisca no hubiera sucumbido al primer descalabro, porque hartas pruebas tenia dadas de su heróica entereza y su extraordinaria constancia; pero la gravedad de los sucesos uníase á la dolorosa escasez de recursos que experimentaba, al disgusto que la produjera verse en un país extraño, donde se desconocia su condicion y clase, y negando hasta la menor consideracion á la proscrita familia, se aproximaba tal vez el momento en que la hospitalaria nacion veria impasible morir á una desolada madre, abandonando á sus hijos á la miseria y la oscuridad.

Desde entónces la ilustre señora se confió enteramente á la caprichosa fortuna, abandonándose con desesperacion á los acontecimientos que sobreviniesen. «Si parece extraña su conducta, dice un escritor, refiriéndose á Doña María Francisca, estúdiense los caracteres violentos, y se les verá concebir un

plan con facilidad, proseguirle con ardor, pero ante grandes obstáculos flaquear y desfallecer; el de Doña María Francisca habia sido durante mucho tiempo una verdadera excepcion; sin embargo, al cabo, y en último término, llegó á introducirse en la regla general (1).»

Frecuentes desaires recibia del gobierno inglés, que más enconaban las heridas de su corazon. Sucedió cierto dia—que fué á poco de recibida la noticia de los desastres de las Provincias Vasco-Navarras—que habiendo tenido un altercado con la infanta algunos de sus criados, acudió al gobierno para que se tuviesen en cuenta las prerogativas y fueros que la correspondian. «Mis pretensiones y derechos, decia la infanta, nacieron conmigo; tienen un orígen tan remoto y respetable como el de mi propia existencia; toda detencion ó negativa formal de aquellos sería una injusticia.» Pero nada consiguió la infortunada infanta, sino el desprecio más indigno en quien á una señora se dirige: el gobierno inglés contestó «que, en el asunto á que se referia, la ley estaba redactada demasiado explícita y claramente, y que en el terreno de la legalidad y la justicia no cabian clases ni distinciones; que si algo tenía que alegar contra algun súbdito inglés, acudiese á los tribunales ordinarios.» «Considérese ahora la situacion de la infanta, dice un escritor; combínese este agravio con la imposibilidad material de vengarle; concédase á su imaginacion ardiente la merecida facultad de dotar á los acontecimientos de formas colosales; concédase, ademas, que su cálculo la hacía presentir nuevas y repetidas desatenciones, y se formará

---

(1) D. Leopoldo Augusto. *Historia de D. Cárlos Luis de Borbon y de Braganza.*

una idea bastante exacta de la agitacion y padecimientos de aquella señora. Fiel espejo de su espíritu, su fisonomía se nubló completamente; quebrantóse su salud, decayeron sus fuerzas, su vitalidad fué apagándose por grados, y al observador ménos atento le hubiera sido muy fácil descubrir en la palidez cadavérica de su rostro, matizado únicamente por la indignacion y los recuerdos, un síntoma cierto de que su fin se acercaba (1).»

No se hacía ella tampoco ilusiones muy favorables á su situacion y verdadero estado; comprendia, con aquella superioridad é inteligencia, no desmentida hasta el final de su existencia, toda la intensidad de su desgracia; resignada con ella, procuraba recobrar su natural tranquilo en apariencia, y que sus lágrimas, ántes de asomar á los ojos, ahogasen su corazon. Rechazaba los consuelos que la prodigaban su hermana y sus hijos, particularmente D. Cárlos Luis, que, como de más edad, mejor comprendia cuáles eran la desgracia y dolor que amargaban la existencia de su querida madre.

«No hay motivo bastante para desesperar así, decia la princesa de Beira á la augusta señora, á fin de arrancarla á tan tristes reflexiones como la preocupaban continuamente. La Providencia no nos olvida nunca, y la causa de la justicia y el derecho triunfará algun dia, á pesar de los esfuerzos de la usurpacion y la perfidia.» Doña Francisca, esforzándose por sonreir dulcemente, respondió á su hermana: «Agradezco tu tierna solicitud, Teresa, pero los dias de mi vida están contados, y tengo un sentimiento íntimo de que se acerca el últi-

(1) Relato debido á D. Leopoldo Augusto. *Historia de Don Cárlos Luis de Borbon.*

mo; por lo demas, yo no acuso á la Providencia divina, y reputaria de criminal mi arrogancia si me atreviese á escudriñar sus insondables misterios. Dios me ha regalado un tesoro de tribulaciones, pero tambien me ha proporcionado ocasion de ejercitar mi paciencia. Su mano soberana nunca nos lega el mal sino para nuestra mayor perfeccion y felicidad.»

Resignacion cristiana, respuesta que revela cuánto es el poder de la fe religiosa, y cómo en medio de los más grandes acontecimientos y persecuciones del infortunio consuela y fortalece la esperanza en Dios, placer negado al ateo, que vive huérfano y aislado en el mundo, esclavizado por su propia indiferencia.

En 15 de Mayo (1834) se manifestó en la infanta una fiebre devoradora, que la hacía sufrir bastante; luchó con el daño del cuerpo como con el del espíritu, y confiando en vencer al primero con mayor razon, puesto que sólo era consecuencia del otro. Pero en 26 de Mayo (1), vencida por el rigor de la fiebre, hubo de ceder á su pesar, y cayó en cama, para no dejarla ya sino por el féretro. Los médicos juzgaron al principio que el mal no resistiria á sus buenos oficios, creyendo atajar fácilmente los progresos de la enfermedad. Dijéronlo así á la ilustre enferma; pero ella respondió con la seguridad del convencimiento: «El dominio de vuestra ciencia se extiende solo al cuerpo, y por eso no extraño vuestras esperanzas.»

Y no se equivocaba, como los hombres de la ciencia, la

(1) Pirala, en su *Historia de la Guerra civil*, dice equivocadamente que fué en 28 de Agosto de 1834: no es este el único error lamentable que cometió en su obra el citado autor, segun veremos en lo sucesivo; aunque no destruyan estos ligeros lunares el mérito de su libro.

noble señora; porque el sufrimiento moral la consumia por instantes, y los esfuerzos de los doctores no podian llegar á tan profundo origen de todos los daños de la infanta. Ni la solicitud y los cuidados de las personas que la rodeaban, ni el cariñoso anhelo de la princesa de Beira que, sentada noche y dia al lado del lecho de su hermana, la prodigaba remedios y palabras consoladoras, procurando, si no poner fin á los males de la noble enferma, aminorarlos con su cariño, nada pudo bastar á contener el daño, que, por el contrario, más parecia agravarse con las manifestaciones de ternura y solicitud.

Cinco dias habian trascurrido desde que Doña María Francisca se hallaba postrada en el lecho, y ya se pronosticaba generalmente entre todos sus deudos y servidores un desenlace fatal. Confiaban los médicos; permanecia resignada, al parecer, la infanta; y su hermana, sus hijos y sus servidores deploraban anticipadamente la pérdida de la cariñosa hermana, la heróica madre y la magnánima señora. «Solamente ella parecia tranquila y resignada con el fin que tan de cerca la amenazaba. Si alguna vez, que no eran pocas, se la oia repetir los nombres de su esposo y de sus hijos, un sudcr frio bañaba su frente y la inquietud y el desconsuelo se pintaban en su rostro y se leian en las tristes miradas de sus humedecidos ojos. Entónces y solamente entónces daba muestras de su dolor, tan justo como santo, tan noble como interesante para cuantos teníamos el placer de amarla, que éramos cuantos teníamos la felicidad de conocerla (1).»

Tres dias ántes de su muerte, la noble infanta suplicó á

---

(1) Datos debidos á la amabilidad y finura de la Exema. Señora de S.

los que se hallaban en su habitacion que la dejasen un momento á solas con su hermana; tomó las manos de la princesa entre las suyas, y despues de asegurarse de que nadie las escuchaba, dijo: «Hermana, mi querida hermana; toda una eternidad va á separarnos muy pronto: bien quisiera que, en el último momento, todos mis afectos estuviesen reconcentrados en un solo punto, pero veo que esto no puede ser; mi esposo, tú y mis hijos teneis igual derecho á ellos: cuida de mis hijos, de esas pobres criaturas huérfanas y proscritas en un suelo desconocido: hermana, confio en tu mucho amor; sé su segunda madre; no les abandones jamás.»

Era demasiado el dolor que embargaba a la princesa para que pudiera contestar á su desconsolada hermana: el llanto anublaba los ojos de Teresa, y, desvanecida su cabeza, hubo de apoyarse en el lecho para no caer; lo supremo del momento, la idea de la muerte de su hermana, las terribles dudas acerca del porvenir de aquellos inocentes niños que, como deseaba la augusta enferma, solamente en la princesa podrian encontrar una segunda madre, impresionaron cuanto era de esperar á la hermana de Doña María Francisca.

«Veo, dijo ésta, en apercibiéndose de la afliccion de la princesa, que no vas á desempeñar bien la mision que te he encargado; si mis hijos te ven llorar, llorarán tambien, y en ese caso sufrirán mucho; consuélate y vete á descansar un rato, porque quiero estar sola algunos minutos.»

Salió la de Beira, obedeciendo á su hermana, y ésta quedó sumida en una profunda meditacion. ¡Quién pudiera leer los pensamientos que cruzaron su mente! Al presentir la vida de la eternidad todo se engrandece en el alma, cuanto tiene relacion con la sublimidad de la fe: todo se empequeñece, cuanto

nos rodea en el mundo. La esposa de D. Cárlos no habia perdido la razon: conservábase tan fuerte su inteligencia como abatido su cuerpo.

Queriendo hacer testamento, llamó al obispo de Leon para que le escribiese (10 de Junio de 1834). «Hízose todo segun dispuso la noble enferma; y, terminado el testamento, manifestó S. A. el deseo que tenía de que acudiesen á su habitacion todos sus familiares y dependientes; y hallándose todos en su presencia, pidióles perdon con mucha humildad y con voz estenuada y débil, que manifestaba el estado grave de la señora esposa del rey (1).»

«Amigos mios, les dijo, voy á espirar, y espero me perdonareis los agravios que pueda haberos hecho, y que habrán procedido más bien de la violencia de mi genio que de la perversidad de mi corazon; ahora sólo me resta implorar la misericordia de Dios.» Estas palabras produjeron una sensacion profunda en cuantos se hallaban presentes. El cuadro de lúgubre desconsuelo que ofrecia aquella habitacion, débilmente iluminada por una vela, colocada sobre una pequeña mesa, era imponente y aterrador. La miseria, la orfandad, el sentimiento de la justicia y el derecho, conculcados por la usurpacion, afectaban dolorosamente los ánimos de los circunstantes. No era la ilustre señora uno de esos séres que pasan como relámpagos sin dejar huellas de su estancia sobre la tierra; no era tampoco una de esas personas á quienes el orgullo de su principalidad desvanece y presenta á los ojos de cuantos las rodean motivos frecuentes de antipatía y animadversion. Los rasgos

(1) El mismo obispo de Leon, en carta dirigida á la córte de D. Cárlos, dando noticias del estado de la infanta.

distintivos de su carácter eran la bondad y la dulzura, sin que nunca tocasen una y otra en la vulgaridad, ni evitasen estos esenciales sentimientos de su alma la manifestacion de la dignidad que debia á su clase, y la energía que tanto la distinguiera.

De un lado, la pobreza de los adornos revelaba la deplorable situacion de la ilustre enferma, y acusaba el fuerte rigor de la fortuna: de otro un silencio glacial, interrumpido solamente por los ayes y gemidos que exhalaban los circunstantes, parecia constituir su homenage de amor y de respeto hácia su señora moribunda. Muchos de estos hombres distinguidos en las armas, en las letras ó en el bullicioso teatro de la política enjugaban sus mejillas, humedecidas por el llanto: muchos abandonaban aquel recinto para dar expansion á sus dolorosos sentimientos. Entretanto, Doña Francisca mostraba hallarse sumida en un estupor profundo que la dominó toda la noche. Sintióse muy aliviada materialmente al amanecer del dia 11 de Junio: solicitó que la dejasen ver á sus hijos: y habiéndola dicho que semejante emocion pudiera serla perjudicial en el estado en que se hallaba, se conformó con la opinion de los demas, sin que de sus labios se oyeran más que estas palabras: «¡Cómo ha de ser! me privaré tambien de este triste y único consuelo.» Á las once de la mañana volvieron á presentarse los síntomas alarmantes de su enfermedad, que durante un corto intervalo habian desaparecido casi completamente: y á las once y treinta y cinco minutos de la misma mañana pasó tranquila de esta vida, conservando hasta el último instante su cabal juicio y conocimiento (1).

---

(1) Relato de un testigo ocular, perteneciente á la servidumbre de la ilustre señora.

Sus funerales fueron celebrados en la capilla católica de Gosport, poco distante de la quinta Albertoke-Rectory, en que falleció Doña María Francisca. Á ellos asistieron multitud de personas que, por las noticias que tenian de las virtudes de aquella esposa y madre ejemplar cuanto infortunada, la profesaban singular aprecio, áun sin haberla hablado nunca. Una concurrencia numerosa y brillante acudió á ver los restos inanimados de aquella noble señora, y á rendirla el último tributo que puede rendirse á los muertos; la oracion.

Así murió la noble esposa de D. Cárlos (11 Junio 1834), cuyo mejor panegírico fué el testimonio de veneracion y cariño que una inmensa multitud la tributó. «Para D. Cárlos y para la causa carlista, dice Pirala, fué una pérdida irreparable.» La infanta era, en efecto, uno de los más poderosos elementos del triunfo: comunicaba su ardimiento á los entusiastas defensores de la causa del derecho y la legitimidad, y merced á su buen criterio político, á su privilegiada imaginacion, más de una vez habian abortado los planes de la ambicion y la malicia en el campo carlista.

«Doña María Cristina, dice el autor citado anteriormente, perdió una muy poderosa enemiga, que la hubiera combatido siempre con terribles armas. — Años despues, en medio del campamento y en la ambulante córte de D. Cárlos, hubo escenas terribles que ella hubiera evitado, como supo evitar otras. Algunos la recordaban con sentimiento.»

Hasta aquí la historia de Doña María Francisca; historia llena de amarguras, y en que cada página representa un testimonio de las virtudes y méritos de aquella augusta princesa, que murió arrebatada por la incertidumbre que affigia á su

alma con respecto al porvenir de sus hijos. Para ella nada representaban sus propios padecimientos: esposa cariñosa y bendita madre, fué modelo en tan augusto ministerio, enseñanza de esposas y leccion de nobles princesas. Su vida fué una prueba con que Dios quiso purificar aquel alma, para distinguirla con los altísimos dones de su magnificencia.

CAPITULO V.

Sentimiento de D. Cárlos Luis y sus hermanos por la muerte de su madre.—La princesa de Beira encargada de sus sobrinos.—La régia familia en Alemania.—Matrimonio de D. Cárlos María Isidro con la princesa de Beira.—D. Cárlos Luis y la princesa vuelven á España.—Su recepcion en las Provincias Vascongadas.—Notificacion del matrimonio de la princesa con D. Carlos.—D. Carlos Luis es nombrado príncipe de Asturias.—Su vida durante la guerra civil.—Emigracion de la real familia á Francia.

I.

En tanto que la noble esposa de D. Cárlos María Isidro espiraba en la quinta Albertoke-Rectory, los infantes se hallaban en Gosport, adonde fueron trasladados al quinto dia de la enfermedad de su madre: de este modo se trató de evitar que con el espectáculo del pesar de sus hijos se abreviasen las horas de la ilustre enferma, librando tambien á los inocentes niños de la terrible escena que en breve deberia tener lugar.

Con esto se aumentó seguramente el padecimiento de la moribunda madre, que hubiera querido consagrar á sus hi-

jos los últimos destellos de las amortiguadas pupilas de sus ojos.

Pero no menor fué la pena que los infantes demostraron por verse léjos de su querida madre, á quien adoraban, y de cuya enfermedad tenian conocimiento, aunque no la menor idea de su pérdida. La idea de la muerte no hiere nunca la imaginacion del niño, que sólo comprende las de vida y felicidad. Sin embargo, D. Cárlos Luis, como el mayor de todos, desconfiaba instintivamente de poder abrazar otra vez á su madre, y sus temores le hacian sufrir cuanto era dable á un jóven de diez y seis años.

«Noticias más ó ménos exactas, más ó ménos consoladoras llegaban hasta los jóvenes: pero el señor D. Cárlos Luis, identificado por conviccion con la verdad de cuanto sucedia, escuchaba con halagüeña apariencia las esperanzas que se le daban acerca de la salud de su madre, aunque las interpretaba para sí conforme á los negros y dolorosos presentimientos que abrigaba (1).»

En pugna con sus propios sentimientos, manifestaba Don Cárlos Luis dar crédito á las noticias que á Gesport llegaban acerca del estado de la ilustre enferma. Su corazon, destrozado por el presentimiento de la triste realidad, vivia en la mayor angustia; pues á su propio daño se agregaba el fingimiento que se imponia por no afligir á sus hermanos.

Algunas veces, cuando podia burlar la vigilancia de los que le rodeaban, D. Cárlos Luis salia de Gesport, y se dirigia á la quinta Allertoke-Rectory, donde su infortunada madre se hallaba en el dintel de la eterna vida: pero deteni-

(1) Relato del historiador D. Leopoldo Augusto.

do al entrar, obligábale á volver á Gosport el temor de causar á su madre una emocion demasiado violenta. Consolábase con la contemplacion de aquellos muros, en cuyo recinto exhalaba el último suspiro, tal vez en aquellos momentos, la cariñosa madre que en tantas ocasiones le estrechara contra su corazon, y cuyos labios imprimieron tantos besos en la abrasada frente del adorado hijo. La memoria de una madre representa tantas horas de felicidad! Despues de estas y semejantes reflexiones, D. Cárlos Luis volvia al lado de sus hermanos, y tal vez trataba de consolarles cuando para él no habia consuelo.

Pasáronse de este modo algunos dias: la ansiedad de los príncipes era extrema, y las noticias que recibian de su madre eran tan contradictorias como suelen serlo las que preceden á la nueva fatal de la muerte. Por fin un dia llegó á Don Cárlos Luis el P. Frias, encargado á la sazon de la enseñanza de los jóvenes hijos de Doña Francisca. «Señor, le dijo, los decretos de la Providencia son insondables: ha querido sin duda poner á prueba hasta el colmo la virtud y la paciencia de V. A., y cada vez le envia nuevas desgracias.— ¿Cómo? exclamó el príncipe: mi madre.... » El P. Frias elevó una mirada al cielo: allí reposaba ya el alma de Doña María Francisca. D. Cárlos Luis comprendió la indicacion del religioso, y quedó inmóvil, sin poder siquiera verter una lágrima. «Resignacion, señor!» murmuró dolorosamente el P. Frias. El príncipe cayó de rodillas, y sostenido por el religioso permaneció durante algunos minutos deshecho en llanto. «¡Dios te bendiga, madre mia!» balbuceó despues, con ese entusiasmo que se siente, pero que no puede pintarse: el entusiasmo que inspira la fé.

II.

No olvidó la princesa de Beira el respetable encargo de su querida hermana. Los hijos de D. Cárlos quedaban confiados á su custodia, y como cariñosa madre cumplió su delicada mision, hasta donde puede permitirlo la naturaleza: que el amor de madre no se parece á ningun afecto.

Durante quince dias estuvo expuesto el cadáver de la que fué esposa de D. Cárlos María Isidro de Borbon, aquella infortunada señora, modelo de esposas y de madres, que bajó al sepulcro con el dolor de no ver asegurado el porvenir de sus hijos y restablecidas las cosas conforme á la justicia y al derecho. Despues de este plazo fué trasladado el cuerpo de la difunta princesa á Gosport (1). La princesa de Beira, para evitarse y evitar á los desgraciados huérfanos el doloroso espectáculo que les hubiera ofrecido la lúgubre ceremonia, determinó abandonar á Gosport, y pocas horas ántes salieron con direccion á Lóndres la princesa y los hijos de su hermana. La comitiva pasó por delante de la casa que habian habitado los príncipes.

---

(1) El gobierno inglés mandó que se hiciesen honores fúnebres á la difunta; los navíos de guerra que se hallaban en el puerto, y las baterías, enarbolaron á medio mástil el pabellon español, y desde el momento en que sacaban al cadáver de la casa mortuoria, acompañado de una guardia de honor, hasta el final de la ceremonia, de cuarto en cuarto de hora disparaban un cañonazo. De este modo quiso el gobierno de la Gran Bretaña subsanar sus incalificables exigencias con la familia proscrita que habia llegado á sus playas á pedir hospitalidad y amparo.

Llegados á Lóndres la de Beira y los hijos de D. Cárlos, alojáronse en Jorg-Square, de donde poco tiempo despues se trasladaron á Manfier-Street. «D. Cárlos Luis,—dice un testigo ocular de estos sucesos,—no ha olvidado á su desgraciada madre, cuyo nombre repite con frecuencia; es su pérdida la que considera como mayor entre todas sus desdichas. El estudio, la sociedad, las distracciones que se le procuran, no bastan á borrar de su alma ni un momento el recuerdo de su desdicha; consérvase inaccesible un lugar en su corazon dedicado á tan sublime objeto, y no llegan á profanarle nunca los asuntos mundanos. Estudia durante muchas horas, reza ó medita; pero puede asegurarse que, á través de la ciencia, y como el primer asunto de sus oraciones y pensamientos, se halla siempre delante de sus ojos la imágen de su madre, y en sus oidos el acento cariñoso de su voz, y en su alma el dulce sentimiento de sus bondades (1).»

Quedó Doña Teresa de Braganza, segun queda dicho, encargada de los ilustres huérfanos, y fácilmente consiguió captarse el cariño de los jóvenes, que ya, como á hermana de su madre, la tenian afecto y respetuosa consideracion. Con esto, y con el dolor que á todos embargaba, uniéronse aquellos corazones: que el comun sentimiento de afliccion y pena reune á los que le padecen con tales lazos como no consigue nunca la felicidad mundana.

Era la princesa de Beira, por su edad, su carácter y el mucho cariño que profesaba á su hermana, la persona más á

(1) Datos suministrados por el Sr. A., que no abandonó á Don Cárlos Luis durante muchos años, y á través de las vicisitudes de su vida.

propósito para encargarse de tan grave cuidado, y que más simpatías pudiera hallar en los huérfanos por las razones que quedan expuestas. Durante su permanencia en Lóndres era visitada la augusta familia por importantes personas de aquella capital. La conducta por ellos observada, granjeábales el aprecio de cuantos les hablaban siquiera una vez. La princesa, cuya finura y buen criterio, unidos á sus naturales gracias, que conservaba á pesar de los sufrimientos que amargaran su vida, habían cautivado la atencion de cuantos la veian: procuraba corresponder á las muestras de general aprecio con los ejemplos de sus virtudes.

III.

Hasta el verano de 1835 permaneció en Lóndres la régia familia, trasladándose entónces á Alemania, y despues de recorrer diferentes puntos fijaron su residencia en Salzburg. Acompañaba á los príncipes el P. Luis García, encargado de su educacion.

«En todas estas incursiones y excursiones, dice un historiador, bien por tierra ó bien por mar, notóse constantemente en el señor D. Cárlos Luis la más extraordinaria complacencia.

»Desarrollado en él un decidido afan de examinarlo, de reconocerlo y de comprenderlo todo, lo mismo empleaba su imaginacion en estudiar la geografía de los terrenos que pisaba, como en anotar en su memoria las costumbres y los hábitos, las religiones y los gobiernos, la legislacion y sus trámites, las ciencias y las artes; en una palabra, cuanto podia

darle á conocer lo que hacia referencia á los paises adonde le conducia el azar.

»En un buque hacía preguntas duplicadas y precisas acerca de los efectos á que estaban destinados, desde el primero hasta el último cable, desde el uno hasta el otro mastelero.

»En una fábrica permanecia horas enteras hasta conocer la influencia y uso de las máquinas en la ejecucion de los trabajos, y la participacion de cada rueda, de cada cilindro en la obra total.

»Allí entraba en una cátedra: acá se introducia en un tribunal: acullá se paraba á contemplar un monumento histórico ó arquitectónico, ó bien un edificio notable.

»Para hacer estos exámenes, para adquirir todos estos conocimientos, placíale tanto viajar.

»No bien llegaba á un punto, cuando, sin tomar apénas aliento ni descanso, salia de su alojamiento y recorria las calles, examinando todas las singularidades que en ellas existian.

»Nada aventuramos en asegurar que no hay en los países recorridos por el ilustre viajero un establecimiento, un edificio singular, un sabio, un tribunal, un regocijo público en que no se haya introducido.

»Este exámen no pudo ménos de haberle conducido, así al trato del obrero como del propietario, del grande como del pequeño, del pobre como del rico.

»En este trato hubo de aprender á distinguir los vicios y las virtudes sociales, lo bueno y lo malo, la justicia y la sinrazon.

»En este trato hubo de haber adquirido tambien la deli-

cada familiaridad, el dón de gentes extraordinario, la fina educacion, los escogidos modales por que siempre se distinguió (1).»

Los infantes D. Juan y D. Fernando acompañaban alguna vez á su hermano mayor, y dirigíanle frecuentes preguntas y le hacian multitud de observaciones á que él respondia con mucha discrecion y buen juicio. Era, aunque jóven, tan prudente y reflexivo, que sus hermanos le miraban con cierto afectuoso respeto y consideracion que demostraba la opinion que D. Cárlos Luis les merecia.

IV.

En 1838, y despues de una estancia de cuatro años en Salzburg, la régia familia hubo de trasladarse á España, merced á un fausto acontecimiento. Fué éste el matrimonio de D. Cárlos María Isidro con su cuñada la princesa de Beira, Doña Teresa de Braganza, cuyo matrimonio se llevó á efecto por poderes en el citado punto de Alemania, representando al rey el marqués de Obando, gentilhombre de D. Cárlos Luis.

Las razones que á ello movieron á D. Cárlos María Isidro fueron muy laudables. La princesa habia manifestado á los ilustres huérfanos mucho cariño, y con un desvelo solamente comprensible en la verdadera madre de los príncipes, animábales y atendia á sus deseos para satisfacerlos en cuanto fuesen justos. Don Cárlos no podia dejar pasar desapercibidos tantos y tan nobles desvelos, y la gratitud de padre le impulsaba á remunerar á su augusta cuñada como merecia.

(1) *Historia de D. Cárlos Luis*, por Centurion.

La princesa era hermosa y discreta: su imaginacion era ardiente; y aunque no poseia en tan alto grado como su hermana la facultad de hacerse amar á primera vista, ni su talento fuera tan claro como el de Doña María Francisca, no carecia de la gracia y la oportunidad que tanto distinguiera á la difunta esposa de D. Cárlos María Isidro de Borbon. Este habia visto en Doña Teresa de Braganza la digna sucesora de la perdida esposa: habia llegado á sus oidos el celo y cariño con que atendia á los príncipes, y la gratitud hizo que aumentaran á sus ojos las gracias y seducciones de la princesa, en quien veia un traslado fiel de Doña María Francisca.

V.

Efectuado el enlace de la de Beira con el rey, dispuso éste que se trasladase su nueva esposa, acompañada de su primogénito, á las Provincias vasco-navarras. Determinacion fué esta que algunos censuraron, pues temian que el afecto de la familia, que los atractivos de la vida del hogar, habrian de distraer la atencion del rey, más que nunca necesaria, puesto que el ejército se hallaba en aquellos críticos momentos precursores de la famosa traicion de Vergara, y era preciso que el rey desplegase más actividad que anteriormente, y que su presencia en el campo alentase á los soldados, conservando vivo aquel entusiasmo que alentara á los héroes carlistas y neutralizando los indignos manejos de Maroto y sus parciales.

Desgraciadamente para la causa carlista, al llegar la princesa de Beira á las Provincias Vascongadas, venia muy prevenida contra los ministros y contra el partido navarro. Habian hecho creer á aquella señora que éstos trataban de hacer interminable la guerra para conservarse en el poder, y

con tan avieso fin impedian á D. Cárlos que adoptase ciertas disposiciones que hubieran podido granjearle el apoyo de las potencias de Europa, tranquilizándolas con respecto á la conducta que habria de seguir en lo futuro, y, en fin, que con sus intrigas habian hecho que el rey quitase el mando del ejército al hijo de la princesa, D. Sebastian, y se oponian á que de nuevo se le confiriese. La indignacion de la de Beira, no tan conocedora de los elementos de la causa carlista como fuera de desear, era muy grande, y en su provecho le explotaron Maroto y los suyos, haciendo circular la voz de que la augusta esposa de D. Cárlos apoyaba sus pretensiones y su política, y que no hacia nada sino contando con ella, en lo cual mentia indignamente el general; pues nunca la princesa habia tomado parte directa ni indirectamente en las maquinaciones del vanidoso caudillo. Al contrario de lo que él hacia circular, la princesa de Beira, una vez conocedora de los intentos de Maroto, procuró con insistencia que D. Cárlos le privase del mando del ejército, y en este sentido habló al rey en varias ocasiones, *sin poder conseguir nada en este asunto*: tal era la bondad del rey, que no daba crédito á las acusaciones que hacian de Maroto, suponiéndolas producidas por la ligereza de las apreciaciones de unos y por la emulacion de otros.

De acuerdo la princesa con el obispo de Leon, excitó á éste en más de una ocasion para que hablase á D. Cárlos en el mismo sentido; y el venerable prelado, que no cesaba un momento ni desperdiciaba coyuntura que no aprovechase para decidir al rey á separar á Maroto, convencido de la perfidia de sus intentos, unia siempre sus exhortaciones á las de la princesa.

«Señor, caminamos á pasos precipitados hácia una revolucion: hoy es tiempo todavía de que V. M. pueda detener el torrente, pero mañana acaso será arrebatado por él. Permítame V. M. que le suplique me conceda la libertad de retirarme si prevalecen los perniciosos consejos de Maroto: no me obligue V. M. á permanecer en mi puesto para ser testigo de la ruina de la causa más sagrada y de la deshonra de vuestra majestad (1).»

Pocos dias despues, el mismo prelado decia á D. Cárlos, insistiendo sobre el mismo asunto: «V. M. parece que está decidido á consumar su ruina; evitad, señor, á vuestros fieles y afectos servidores el triste espectáculo de la degradacion de la dignidad régia, de la pérdida de sus más gratas esperanzas y de la de V. M.—Y qué he de hacer? le preguntó el príncipe. — Señor, contestó el prelado, mude V. M. los ministros, ó su general en jefe. Nosotros no queremos obligar á V. M. á que siga una política que creemos la única capaz de asegurar su triunfo y la tranquilidad del reino: pero ha llegado el momento de que V. M. se coloque á la cabeza de una sangrienta revolucion ó fortifique el poder entre las manos de sus consejeros, poniendo al frente del ejército un general que esté de acuerdo con los principios de aquéllos (2).»

Tanto en una como en otra ocasion, el rey contestó al obispo en términos tales, con tanta afabilidad, con tan ingénuo acento, que el prelado nada pudo objetar, y permaneció al lado de D. Cárlos, como asimismo los ministros. Pocos dias

---

(1) Enero de 1839.— Datos del campo carlista, por D. A. G., del E. M. del Rey.

(2) Febrero de 1839.— Idem, id.

despues los fusilamientos de Estella justificaban las opiniones y oposicion de los leales servidores de D. Cárlos, como tambien de la princesa de Beira. Si ésta en los primeros momentos pudo manifestar sus simpatías por la fraccion de Maroto, que más astuta y ganosa de conquistarse el apoyo de la esposa del rey, habia hecho creer á éste que el infante Don Sebastian se hallaba postergado por las maquinaciones de la fraccion enemiga, no tardó la princesa en comprender dónde estaban los leales y dónde los traidores: dónde los defensores entusiastas de la legitimidad y dónde los que en aquel último período de la guerra sólo atendian á su propio interes y á particulares miras y deseos.

No son estos los errores que á Doña Teresa puedan imputarse, y de los que se ocuparon algunos enemigos de la causa carlista: otro error, tanto más lamentable, cuanto que le producia una sospecha injusta, puede achacarse á la noble princesa, pero error que tiene su disculpa en el afecto maternal, y que puede dispensarse en gracia de la causa que le produjo. De este asunto, y de los comentarios á que dió lugar, como tambien de las resoluciones que inspiró á D. Cárlos la influencia de su esposa con tal motivo, nos ocuparemos en otro lugar.

VI.

Preciso era burlar la vigilancia de las autoridades francesas para conseguir la entrada en España de la nueva esposa del rey y el príncipe D. Cárlos Luis. Disfrazados ambos de aldeanos, llegaron á Zugarramurdi, primer pueblo de España inmediato á la frontera francesa. «Vestia la princesa un traje

corto, á estilo de las Provincias Vascongadas, y el príncipe una blusa y una boina, y traia un azadon en la mano, como si fuera un trabajador del campo (13 de Octubre de 1838) (1).»

De esta suerte pudieron burlar la actividad de la policía francesa, muy deseosa por cierto de causar algun daño á los carlistas, merced á las disposiciones del Orleans que regía la Francia, y que no perdia ocasion de ejercitar su saña contra los defensores de la religion y de la legitimidad.

Á recibir á los ilustres viajeros habian salido hasta Leiza, tres leguas más adelante de Tolosa, D. Sebastian, el general Villarreal y algun otro personaje, seguidos de un corto número de guardias de caballería. Anduvieron durante toda la noche, y llegaron á Tolosa á la hora de amanecer (14 de Octubre de 1838). Descansaron breves momentos en aquella ciudad, y despues se dirigieron á Leiza, en cuyo pueblo hallaron á los ilustres viajeros, impacientes por verse entre sus parientes y amigos en las Provincias. Allí tuvo D. Sebastian la satisfaccion de abrazar á su querida madre y á su querido primo, miéntras que los circunstantes prorrumpian en víctores y voces de entusiasmo como testimonio de su acendrado amor.

«Tierna y patética escena fué la del avistamiento de aquellas ilustres personas despues de una tan larga ausencia. Don Sebastian halló que las prendas físicas de su primo D. Cárlos Luis habian adquirido el grado de sazon y de belleza á que parecian destinadas de antemano: porque, en efecto, habíase desarrollado ventajosamente nuestro personaje, adquiriendo una estatura que podia llamarse elevada, unas proporciones

(1) Relato de un autor desconocido.



PRINCESA DE BEIRA

que merecian la calificacion de bellas, y una expresion y unos modales tan simpáticos, que cautivaron desde luégo los corazones de cuantos pudieron disfrutar la complacencia de hallarse cercanos á él.

»En cuanto á la princesa de Beira, no era ya entónces la arrogante hermosura que, durante los tiempos de su permanencia en España, habia excitado la admiracion de la córte y el aplauso del pueblo madrileño; largas penalidades y disgustos habian comenzado á encanecer su ántes negra cabellera y arrugar algun tanto su despejada frente.

»Conservaba sin embargo encantadores restos de su extraordinaria belleza: y el pueblo y el ejército, que acataba como rey á D. Cárlos María Isidro, esposo de la princesa, la aclamó con frenesí, elevando su gloria hasta las nubes (1).»

Al mismo tiempo que D. Sebastian salió el rey con direccion á Azcoitia, acompañado de una numerosa córte de generales, eclesiásticos y otros personajes de diferentes carreras; en aquel punto aguardó la llegada de la princesa y D. Cárlos Luis, que no se dilató mucho tiempo. Dos dias descansaron en Tolosa la de Beira, el príncipe, D. Sebastian y los que le acompañaban; y al tercero emprendieron la marcha con direccion á Azcoitia, donde deberia ratificarse el matrimonio de Doña Teresa de Braganza con D. Cárlos María Isidro.

Con cuánto júbilo, con cuánto entusiasmo, con qué manifestaciones de alegría y placer se celebró la entrada de los augustos viajeros en Azcoitia, acompañados del rey, que salió á recibirlos, y del numeroso séquito de personajes y E. M. de D. Cárlos (16 de Octubre de 1838) no hay para qué decirlo.

(1) D. Leopoldo Augusto Centurion.

Despues de los primeros momentos, en que la efusion de los corazones impedia á unos y otros articular palabra, tanto y tal era el placer que recíprocamente les causaba volver á verse juntos y rodeados de amigos entusiastas y valerosos defensores, cambiáronse frases de cariño, solícitas preguntas con respecto á los detalles del viaje de la princesa y D. Cárlos Luis unos, con referencia á las penalidades que sufrian en la guerra D. Cárlos y los suyos los que llegaban de Alemania. Protestas y consuelos, manifestaciones de felicidad y esperanzas de un éxito dichoso en el asunto que preocupaba todos los ánimos.

VII.

Dirigióse la comitiva á la iglesia de Azcoitia: y allí, con las ceremonias de costumbre, se ratificó el matrimonio de la princesa con D. Cárlos: que fué con gran regocijo celebrado en todo su campo, si bien no faltaban descontentos, como siempre sucede: que una determinacion cualquiera del rey no puede agradar á todos sus servidores, y es muy difícil hacer cosa que no merezca censura de algunos de ellos que se consideren perjudicados.

La princesa reúnia condiciones muy notables, que la hacian simpática á los ojos del ejército y de los pueblos, que, generalmente, se prendan más de la fama de los hechos que de la propia seguridad adquirida, y gustan más de la afabilidad y atractivos materiales que de las buenas ó malas condiciones del individuo de quien se ocupan. Sin embargo, en aquella ocasion elogiaban á la princesa con justicia, y la opinion formada no era errónea: fama de virtuosa gozaba Doña

Teresa; y las muchas pruebas que diera de ello durante la emigracion de la régia familia en Portugal, en Inglaterra y Alemania; el cariñoso desvelo manifestado con los hijos de su hermana, y la valerosa resolucion de entrar en España, cumpliendo los deseos de D. Cárlos, todo manifestaba que la ilustre princesa poseia dotes muy recomendables, y que no eran infundadas ó injustas las simpatías de los pueblos.

«Luciéronse, dice un escritor, en estas espléndidas ceremonias, los cuerpos que formaban la guardia del rey; el quinto de Álava, compuesto de soldados escogidos, magníficamente equipados, la compañía de alabarderos, que constaba de los sargentos veteranos pertenecientes á las cuatro Provincias Vascongadas, y el cuarto escuadron de guardias de la R. P., formado por una familia de hijos nobles de las mismas Provincias, rivalizaban en esplendor y en disciplina, dando á aquel acto una importancia solemne y privilegiada.

»Pero quien se llevó la palma entre todos estos cuerpos fué uno asaz pequeño en número, puesto que sólo constaba de unos cuarenta hombres, pero grande por su importancia y por su indisputable mérito. Formaban este cuerpo individuos de la antigua guardia de Corps, y como militares escogidos llevaban con orgullo el magnífico estandarte llamado la *Generalísima*, donde la princesa de Beira habia bordado primorosamente la figura de la Vírgen de los Dolores.

»La Generalísima fué el primer pendon que tuvo el ejército carlista; y esta circunstancia, unida á la de haber sido exclusivamente bordado por la mano de la princesa que en aquel dia unia su suerte á la del rey, hizo que el pequeño cuerpo llevase la mejor parte en el lucimiento y en la magnificencia de aquel dia.

»La córte, el ejército, los vecinos de Azcoitia y el concurso numeroso que habia acudido á aquélla con el objeto de presenciar la ceremonia, se entregaron despues á la alegría, mezclándose unos y otros en las fiestas, músicas y danzas preparadas para solemnizar la venida de su soberana y de su príncipe, y el casamiento de su rey.»

VIII.

Una circunstancia muy notable hubo tambien en aquel fausto y celebrado dia. D. Cárlos Luis, que, como queda dicho, acompañaba á la princesa de Beira, estrenó en aquel dia el uniforme de infante de España, y fuéronle otorgados los honores de príncipe de Asturias, aunque no se llegó á prestarle juramento.

Extraña, por cierto, la reservada conducta de D. Cárlos María Isidro con respecto á este asunto, y ella dió márgen á las murmuraciones de algunos y á las calumniosas acusaciones que otros dirigian al rey. El príncipe fué desde entónces considerado como tal por el ejército y por los pueblos; y á pesar de las maquinaciones de algunos, nunca llegó á turbarse la natural simpatía entre los miembros de la familia régia.

Con razon dice del príncipe D. Cárlos Luis uno de sus biógrafos: «Es uno de esos personajes á quienes el destino mima en su infancia con todos los encantos de la fortuna, y á quienes persigue y martiriza luégo, á través de una multitud de dificultades y formidables obstáculos que parecia imposible vencer.» Al ilustre príncipe le estaban reservadas la amargura y la intranquilidad, la desdicha y la muerte en el misterioso arcano del porvenir.

IX.

Don Cárlos Luis demostró durante el período de la guerra grandes deseos de tomar parte activa en las operaciones del ejército, pero nunca lo consiguió: el rey se oponia á los deseos del entusiasta jóven, quién dice si por influencias extrañas, quién, y esto es lo seguro, por temor de arriesgar en un combate al hijo á quien tanto cariño profesaba. Inútilmente manifestaba el príncipe sus deseos de participar de las vicisitudes de aquellos bravos campeones de la religion y la legitimidad; siempre le fué negada la licencia que solicitaba, á pesar de los oficios de Maroto y algunos de sus parciales, muy interesados por sus particulares é indignas miras en que Don Cárlos Luis tomase una parte en los sucesos de la guerra.

Estos eran no muy favorables para el ejército isabelino, puesto que su desorganizacion en aquellas circunstancias era bastante grave, y la insubordinacion obligaba á Espartero á dictar severas medidas. La siguiente carta del secretario particular é íntimo del general Maroto hace ver los sentimientos que animaban á las Provincias Vascongadas y al ejército cristino que mandaba Espartero:

«Ya sabe usted, se leia en la citada carta, que el teniente general Maroto, cansado de la indecision y de las amenazas de Espartero, se adelantó el dia 1.° de este mes (Setiembre de 1838) á hacer un reconocimiento á la cabeza de algunos batallones, con el objeto de provocarle: mas las tropas que ocupaban á Lodosa abandonaron este pueblo á nuestra vanguardia para retirarse al otro lado del Ebro, de donde no fué

posible sacarles para presentarse al combate, y el general tuvo que volver el 2 á su cuartel general de Morentin.

»Sin embargo, excitado por este movimiento, que no tenía otro objeto, se apresuró Espartero á dejar en los puntos fortificados las guarniciones más cortas que pudo, y reunir todo su ejército en la orilla izquierda del Arga, entre Lárraga y Puente la Reina, es decir, en un espacio de ménos de tres leguas, donde sus soldados han permanecido amontonados hasta el 9 por la mañana. Durante este tiempo ha reunido Espartero tres consejos de guerra, sin duda con el fin de animarse unos con otros para el combate; y el dia 7, sobre todo, debió tener este objeto, pues el 8, ántes de ser de dia, se pusieron en movimiento con direccion á Estella: pero habian dado algunos pasos, cuando recibieron contraórden, y el dia siguiente verificó Espartero una completa retirada, despues de haber hecho quemar una enorme masa de faginas y otros objetos de esta especie, que tanto tiempo habia estado reuniendo. Es verdad que habia recibido un emisario de su Gobierno, y sabía que más de un batallon de su ejército esperaba tan sólo atravesar el Arga para pasarse en masa á las filas del rey. Estas dos consideraciones parece que deben disminuir un poco la vergüenza de aquella retirada: pero crea V. que las disposiciones de nuestro general y la confianza que ha sabido inspirar á sus valientes voluntarios y al pueblo no han contribuido poco á producir este resultado, que por esa razon no carece de gloria para nosotros y para nuestro digno jefe. Éste habia seguido, con su acostumbrada actividad, los movimientos del enemigo, trasladando sucesivamente su cuartel general á Morillo y á Goroci, y recorriendo el territorio para sacar de él toda la ventaja que le proporcionasen su celo y ex-

periencia. Por una órden del dia, que siento no tener á mi disposicion en este momento, anunció el ataque para el dia siguiente, porque realmente creyó que se verificara aquel dia. Ayer recorrió otra vez toda nuestra línea sobre el Arga, sin duda para observar si el general Espartero volvia al puesto conducido por algun remordimiento de su conciencia, pero sólo vió seguir su dispersion y retirada.

»Aseguro á V. que es tan triste para la causa del rey, como ridículo para la de la usurpacion, que las cosas se hayan arreglado de esta manera. Si V. hubiese visto á los habitantes de las inmediaciones de Estella procurar poner en seguridad hasta los más insignificantes objetos de sus propiedades, con el fin de no dejar nada al enemigo, ni áun agua potable, y á los que podian, armarse para unir sus esfuerzos á los del ejército: si hubiese V. visto el espíritu que les animaba, hubiera pensado, como yo, que los alrededores de Estella habian sido el sepulcro de la revolucion. Dudar de ello hubiera sido ser más incrédulo que el mismo Espartero (1).»

El verdadero estado del ejército cristino se comprenderá perfectamente por las siguientes órdenes de los dias 3 y 4 de Setiembre (1838), firmadas por el brigadier Tena:

«Órden general del 3 de Setiembre de 1838, en Lodosa.—El Excmo. Sr. General en jefe tiene motivos para creer que los agentes del Pretendiente redoblan sus esfuerzos para corromper la fidelidad de los valientes de este ejército. Los enemigos, suficientemente convencidos de la impotencia de sus

---

(1) Carta escrita por el comandante M. T., fechada en Alsásua á 11 de Setiembre de 1838, á las tres de la mañana.

armas, recurren á la perfidia y á las seducciones para hallar medios que no puede proporcionarles la justicia de su causa. Y siendo el interes de S. E. conservar la reputacion de su ejército, se ve obligado, al dar estas advertencias, á tomar medidas que prevengan y castiguen á los que puedan dejarse seducir. En su consecuencia, he mandado lo que sigue:

»Artículo 1.° Todo individuo dependiente del ejército, de cualquier grado que sea, que deserte despues de la publicacion de esta órden, sea para pasarse al enemigo, sea para volverse á sus hogares, ó por cualquiera otro motivo, será pasado por las armas en el momento que sea cogido, y sin otra formalidad que la reunion de un consejo de guerra verbal para comprobar el delito y mandar proceder á la ejecucion de la sentencia, que será dictada por el jefe de la division á que pertenezca el cuerpo del delincuente.

»Art. 2.° Todo individuo perteneciente al ejército, de cualquiera graduacion que sea, que despues de la publicacion de esta órden se haya pasado al enemigo y sea hecho prisionero, será igualmente pasado por las armas con las formalidades expresadas en el artículo anterior.

»Art. 3.° Toda persona, de cualquiera clase, sexo ó condicion que sea, que dé asilo á los desertores ó les incite á cometer este crímen, será tambien pasada por las armas, sin otras formalidades que las mencionadas por los desertores.

»Si los individuos que han provocado la desercion ó dado asilo á los desertores consiguiesen huir, se les confiscarán sus bienes, y su producto se aplicará á las necesidades del ejército.

»Art. 4.º Esta órden general se leerá por los oficiales de semana á todas las compañías por tres dias consecutivos, á fin de que nadie pueda alegar ignorancia acerca de su publicacion.=El brigadier J. de E. M. interino, Tena.»

La órden de 4 de Setiembre decia así:

«Órden general del 4 de Setiembre de 1838, en Artajona.=Cuatro soldados del regimiento de Guías han tratado de cometer la noche pasada, en el distrito de Carcar, en que pernoctaban, el crímen de desercion. Su delito se ha comprobado inmediatamente, de la manera indicada en la órden general de ayer, y en su consecuencia han sufrido la pena de muerte. Las tropas han presenciado este acto de severa justicia, desfilando por las inmediaciones de Lerin. El Excmo. Sr. general en jefe espera que este ejemplo bastará para mantener en su deber á cualquier individuo á quien engañosas promesas inclinen á separarse de él: pues todos los que intenten seguir el ejemplo de estos desgraciados, pueden estar seguros de que sufrirán igual suerte.=El brigadier J. de E. M. interino, Tena.»

Las siguientes notas, que mediaron entre los ministros de D. Cárlos y los jefes del ejército, atestiguan la ansiedad que reinaba en el campo y córte carlistas.

«La noche pasada hemos salido de Estella, y todos nuestros batallones están en movimiento. El general Maroto se separará de nosotros á medio dia para pasar al cuartel real, y el Estado Mayor tiene órden de marchar á las tres con direccion á Durango. La prudencia no me permite decir á ustedes

más por el momento: pero ustedes pueden fácilmente adivinar nuestro destino ulterior (1).»

«El general Maroto, dice otra nota, ha tenido una larga conferencia con S. M. esta mañana, y en seguida ha vuelto á Durango.»

«Han salido de Oñate várias piezas de artillería, que se llevan á toda prisa hácia Durango (2).»

En otra nota se lee lo siguiente:

«Maroto permanece en Durango, y se halla en comunicacion diaria con el rey. Se preparan operaciones muy importantes. Ayer llegaron á Durango una compañía de zapadores, otra de artillería y tres cañones (3).»

Otra comunicacion dice:

«Á consecuencia de una órden del general Maroto, Merino pasó ayer el Ebro para venir aquí: trae cuatro batallones aragoneses y cuatrocientos caballos. Carrion viene con él, escoltando doscientos cincuenta infantes y cuarenta soldados de caballería prisioneros.»

«Está convocado para hoy un consejo de guerra, en el que parece se discutirán movimientos de grande importancia (4).»

En otra comunicacion se leia lo siguiente:

«Ayer hizo el general Maroto un nuevo reconocimiento, adelantándose hasta los muros de Villanueva de Mena; pero no se ha tirado ni un fusilazo (5).»

---

(1) Cuartel general de [illegible], 11 de Setiembre de 1838.

(2) Cuartel real de Elorrio, 15 de Setiembre de 1838.

(3) Elorrio, 17 de Setiembre de 1838.

(4) Balmaseda, 23 de Setiembre.

(5) Balmaseda, 25 de Setiembre.

«El general Maroto, se lee en otra comunicacion, permanece en Balmaseda, y se cree universalmente que van á empezar las operaciones. Ayer salió de Durango para Balmaseda la artillería gruesa (1).»

Dice otra:

«Espero que muy en breve podré anunciar á usted alguna cosa más interesante que hasta ahora; pues Maroto ha declarado que ya es tiempo de empezar á obrar con actividad (2).»

«El general Maroto ha salido de Balmaseda para Estella, dice otra comunicacion: Espartero observa sus movimientos desde la ribera derecha del Ebro (3).»

Otra del siguiente dia dice:

«Debemos esperar que Maroto tendrá tiempo suficiente para dar el golpe que medita, ántes de que Espartero llegue á Navarra (4).»

«El 9 entró Maroto en Estella, decia en otra comunicacion, y el 10 hizo un reconocimiento en la direccion de Lodosa. Nuestras tropas ocupan la línea de la ribera y los alrededores de Lodosa (5).»

La siguiente está escrita en Azcoitia:

«Maroto ha creido conveniente abandonar á Navarra: y esta mañana, despues de una conferencia con S. M., ha emprendido su marcha hácia Balmaseda. Se dice que va á atacar á Villanueva de Mena (6).»

---

(1) Zornoza, 29 de Setiembre.

(2) Elorrio, 1.° de Octubre.

(3) Elorrio, 10 de Octubre.

(4) Elorrio, 11 de Octubre.

(5) Elorrio, 15 de Octubre.

(6) Azcoitia, 22 de Octubre.

«El 23, á la caida de la tarde, se lee en otra comunicacion, fecha en el mismo punto que la anterior, llegó el general Maroto á Balmaseda, donde habian entrado ántes que él ocho batallones de infantería y cuatro escuadrones de caballería. Estas tropas han pasado por las llanuras de Alava (1).»

«Al fin estamos en vísperas de empezar sériamente la campaña, se lee en otra nota. Maroto, que continúa siempre en Balmaseda, ha hecho reconstruir el puente del Berron, indispensable para el paso de la artillería de grueso calibre (2).»

Y en otra se lee:

«La lluvia nos impide empezar las operaciones; Maroto sigue en Balmaseda (3).»

Otra dice:

«Maroto ha salido de Balmaseda el 12; y atravesando por la montaña de Descarga, ha entrado en Navarra. Las tropas marchan en la misma direccion por las llanuras de Alava (4).»

Una comunicacion, tan lacónica como las anteriores, dice:

«Maroto ha vuelto otra vez á Estella; y ahora, no hago más que repetir sus mismas palabras: va á principiar las operaciones con actividad (5).»

Fecha en Azcoitia, se lee la siguiente comunicacion:

«Continúa el *statu quo;* sin embargo, tenemos esperanza de verle cesar (6).»

---

(1) Azcoitia, 25 de Octubre.
(2) Azcoitia, 29 de Octubre.
(3) Azcoitia, 8 de Noviembre.
(4) Azcoitia, 15 de Noviembre.
(5) Azcoitia, 17 de Noviembre.
(6) Azcoitia, 29 de Noviembre.

«Maroto sigue en Estella (1).»

«El Ministerio ha recibido una comunicacion oficial del general Maroto, en que promete marchar contra el general D. Diego Leon (2).»

En otra comunicacion, no tan lacónica, se lee lo siguiente:

«Maroto no ha avanzado hácia el enemigo, como habia prometido: sin duda tendrá razones para permanecer inactivo; pero la mayor parte de los generales distan mucho de estar contentos. Tenemos todos los elementos para poder esperar el triunfo, y es una desgracia el que los que debieran aprovecharlos para preparar una pronta conclusion á nuestros negocios sean justamente los que promuevan los obstáculos (3).»

«El general Maroto, dice otro parte, llegó aquí ayer, y en seguida le recibió el rey en audiencia particular (4).»

«Al fin tengo esperanzas de que cese nuestra inaccion, y que el sol de la prosperidad vuelva á lucir para nosotros. El general Maroto ha salido el 18 para Andoain (5).»

«Maroto está de vuelta en Estella (6)!»

«El general Maroto ha salido de Estella para Balmaseda, y actualmente se encuentra en Álava (7).»

«Maroto y Espartero continúan observándose uno á otro, sin atreverse ninguno de los dos á dar el primer golpe (8).»

---

(1) Azcoitia, 3 de Diciembre.

(2) Azcoitia, 5 de Diciembre.

(3) Azcoitia, 9 de Diciembre.

(4) Azcoitia, 17 de Diciembre.

(5) Azcoitia, 20 de Diciembre.

(6) Azcoitia, 24 de Diciembre.

(7) Azcoitia, 10 de Enero de 1839

(8) Azcoitia, 14 de Enero.

«Maroto estaba el 15 en Salvatierra (1).»

«Todos los movimientos militares se han suspendido por causa de las nieves que han caido estos dias. Maroto está en Durango (2).»

Otra comunicacion, más extensa que las anteriores, decia así:

«Gracias á Dios vuelve el buen tiempo, y todos estamos dispuestos á obrar, y no pensamos ni soñamos más que batallas. El rey y la córte se preparan á marchar á Vergara, y continuamente salen y entran correos con pliegos del ministro de la Guerra al general Maroto, y viceversa: todo este movimiento presagia alguna cosa importante, y espero que la correspondencia será de grande interes. La campaña va á principiar de un modo brillante. El general Maroto, si hemos de dar crédito á sus amigos, no ha perdido el tiempo este invierno, pues ha meditado y preparado un vasto plan, cuya ejecucion está muy próxima. El general continúa en Durango (3).»

«Todo el ejército, dice otra comunicacion, fecha en Vergara, está en movimiento, y dentro de pocos dias tendré que anunciar á usted grandes maniobras militares (4).»

«El rey, se lee en otra nota, acompañado de los infantes y del general Maroto, pasó ayer revista á los batallones 9.°, 10.° y 12.° de Castilla, 1.° y 7.° de Navarra, escuadron del Príncipe de Asturias, caballería de Carrion y 4.° escuadron del

---

(1) Azcoitia, 17 de Enero.

(2) Azcoitia, 4 de Febrero.

(3) Azcoitia, 7 de Febrero.

(4) Vergara, 9 de Febrero.

regimiento de Lanceros. Despues de haber desfilado estas tropas por delante del rey, se han puesto en marcha con direccion á Tolosa. Los soldados están bien vestidos, su aspecto es excelente y su entusiasmo no tiene límites.

»El general salió ayer para Tolosa, y todo este movimiento nos da motivo para esperar que las operaciones militares, tanto tiempo deseadas, van á empezar por fin, y que serán de una naturaleza muy importante (1).»

«Maroto ha vuelto á Navarra (2).»

La siguiente comunicacion da noticias de haberse llevado á cabo los inicuos fusilamientos de Estella, las últimas hazañas de Maroto, puede decirse, en aquella parte de las provincias vasco-navarras. Poco tiempo despues todo habia concluido en aquel inexpugnable baluarte de la causa de la legitimidad, merced al mismo traidor caudillo.

La communicacion decia así:

«Comisaria de vigilancia.—Apénas tengo ánimo para tomar la pluma, á fin de anunciar á usted que el general Maroto ha hecho fusilar en Estella á los valientes y puros carlistas los generales D. Francisco Garcia, D. Pablo Sanz, Guergué y D. Teodoro Carmona, al intendente general Uriz y al secretario de la Guerra Ibañez (3).»

Durante los varios sucesos de la guerra, el príncipe de Asturias, no sólo no consiguió la participacion que deseaba, sí que en algunas ocasiones le impidió D. Cárlos que hablase del asunto. Uno de los jefes más afectos al príncipe, y que

(1) Vergara, 11 de Febrero.
(2) Vergara, 18 de Febrero.
(3) Vera, 21 de Febrero.

alguna vez se atrevió á solicitar del rey que concediese á Don Cárlos Luis el mando de una parte del ejército, acompañado, como era consiguiente, de algunos generales expertos y acostumbrados, fué Villareal. Pero nunca pudo conseguir que D. Cárlos consintiese en ello, y obtuvo siempre la misma respuesta: «El príncipe es demasiado jóven para exponerle á los peligros de una accion.»

D. Cárlos Luis solamente acompañaba al rey cuando éste pasaba alguna revista, ó al trasladarse la córte de una á otra poblacion. Muchas veces, con los ojos llenos de lágrimas, suplicaba al rey que le concediese siquiera el mando de una columna, «pues le parecia vergonzoso que el príncipe de Asturias no tomase parte en aquella guerra en que tantos y tan fieles servidores exponian su existencia.» El resultado de las súplicas fué siempre el mismo. D. Cárlos, temeroso verdaderamente de que el príncipe hallase la muerte en algun encuentro, ó aconsejado tal vez por algun enemigo del príncipe, se negó siempre á condescender en este punto.

No falta quien asegure que la princesa de Beira, recelando que D. Cárlos Luis procurase, poniéndose al frente del ejército, ganarse las voluntades y proclamarse rey en perjuicio de su propio padre. Ni es creible, ni aparece demostrada la existencia de semejante recelo en la princesa: ni áun parece posible que tal sospecha pudiera nadie formar con respecto al príncipe, cuyas nobles condiciones de todos eran bastante conocidas para recelar en él una traicion tan infame.

Consagrábase el príncipe al estudio y á la lectura, y alguna vez asistia á los consejos que se celebraban. En el que tuvo lugar en Vergara (21 de Febrero de 1839), con motivo de las noticias recibidas á propósito de la proyectada traicion

de Maroto, era de opinion la mayoría de las personas allí reunidas, que inmediatamente se pusiese el rey á la cabeza del ejército y saliese en busca de Maroto; pensaban otros que lo más prudente era que el rey se retirase á Segura, de allí á Alsasua y en seguida á Estella, ganando tiempo y evitando toda reunion con Maroto, para probar á las tropas que estaba resuelto á llevar á cabo su proclama (1).

Y desgraciadamente triunfó la opinion de los ménos, que fué lo más desacertada. Oyó el príncipe de Asturias la opinion emitida por los que se preciaban de más prudentes, y con entereza y dignidad exclamó: «Señor, admita V. M. el partido de salir en busca de Maroto; permítame V. M. que vaya al ejército; leeré la proclama de V. M. á los valientes voluntarios; me presentaré solo á los fieles defensores de vuestra majestad, y haré prender al general Maroto. No me lo niegue V. M., pues estoy seguro del buen éxito (2).»

Negóse D. Cárlos á las pretensiones del jóven príncipe, y algunas horas despues, cuando la gravedad de las noticias obligó á reunir segunda vez el consejo, dispuso el rey que se obrase con energía, guiado del general parecer, y muy principalmente de las enérgicas palabras del valiente, activo y pundonoroso brigadier Balmaseda. «No es traicion, decia Balmaseda, el plan que se forma para concluir con un traidor: fácilmente puede ponerse fin á las disensiones del partido, y remediar el daño que el general Maroto ha hecho á la

(1) Proclama de 21 de Febrero de 1834, en que se declara a traidor a Maroto.

(2) Apuntes en un libro de nuestro apreciable amigo el comandante D. J. C.

causa de V. M. Encárgueme á mí V. M. de la persecucion del rebelde, y yo me comprometo á traerle muerto ó vivo á los piés del rey, á quien tan descaradamente está vendiendo.»

Bien parecieron á los más estas valientes palabras; pero Don Cárlos, que no se decidia á obrar enérgicamente contra Maroto, tanta era la influencia que ejerciera sobre su ánimo, rechazó las ofertas del leal Balmaseda, y se limitó á dictar algunas disposiciones con que juzgaba satisfacer las exigencias del peligro y las opiniones de sus parciales. Reunióse otro consejo, y en él se acordó llamar á Villareal y darle el mando de cuatro batallones que se hallaban en Alsasua, y al príncipe de Asturias el de todo el ejército.

Notificóse de este modo á D. Cárlos Luis, y recibió por ello tanto placer como puede comprenderse; pero no se prolongó mucho tiempo su alegría, porque una vez extendido el decreto, y al presentarle á la firma el duque de Granada de Ega, ministro de la Guerra, nombrado en lugar del marqués de Valdespina, D. Cárlos se detuvo un momento y concluyó por no firmarle, diciendo «que habia reflexionado que el príncipe era demasiado jóven para ocupar un puesto tan importante (1).»

Decididamente no consentia D. Cárlos en que su hijo tomase parte en las operaciones de la guerra, sin que se supiera el motivo que para ello tenía. Lo cierto era que, cuanto más avanzaba el tiempo, ménos participacion se daba al príncipe en los negocios de la política; y si D. Cárlos salia con objeto de explorar el espíritu de los pueblos, acompañábale

---

(1) *Campo y córte de D. Cárlos*, por Mitchell.

su sobrino D. Sebastian y algunos generales, pero muy pocas veces su hijo D. Cárlos Luis.

Las tentativas de los cristinos para ganar á sus enemigos eran muy frecuentes, y los pueblos vasco-navarros siempre rechazaban con dignidad las proposiciones que se les hacian. Como justificacion de lo dicho, puede servir, entre otras pruebas, la siguiente carta fechada en Tolosa (8 de Junio de 1838), y dirigida á una importante persona de Madrid que recibia frecuentes noticias del teatro de la guerra:

«Ayer visitó D. Cárlos, decia la carta, los fuertes y líneas de Andoain, acompañándole el infante D. Sebastian, el teniente general D. Rafael Maroto, el ministro interino de la Guerra, sus dos ayudantes de campo el general D. Fernando Zabala y el baron de los Valles, y otros personajes de su casa. El buen estado de las fortificaciones y el aspecto de las tropas causaron gran placer á D. Cárlos, que manifestó públicamente su satisfaccion. Fué recibido por el ejército con el mayor entusiasmo entre los repetidos gritos de «Viva el rey! viva nuestro padre! mueran los cristinos!» y la poblacion de todos los pueblos comarcanos le rodeaba haciéndole conmover con un recibimiento tan afectuoso. Ni el pueblo ni el ejército se han manifestado nunca tan decididos por su rey como en este momento. La tentativa de Muñagorri (1) ha demos-

---

(1) Este fué un provinciano que, con ayuda del Gobierno de Madrid y de la Inglaterra, levantó en las Provincias vasco-navarras una bandera intermediaria, por decirlo así, entre los carlistas y los cristinos, pero favorable realmente á éstos. «Paz y fueros» fué su lema; pero nada consiguió, y hubo de desistir de su empeño al verse perseguido por sus propios compatriotas.

trado bien claramente los sentimientos que animan al pueblo: la anécdota siguiente probará los del ejército.

»Hace algunos dias que la guarnicion de Oyarzun envió un parlamentario á D. Faustino Echeto, comandante del batallon 3.° de Guipúzcoa, que se halla en observacion en aquel punto, solicitando de él una conferencia: y habiendo convenido en ello Echeto, acudieron al punto señalado tres oficiales cristinos, y á poco rato Echeto con otros dos oficiales carlistas. Despues de los primeros cumplimientos, el jefe de los cristinos entabló la conversacion, poco más ó ménos en estos términos: «Estoy persuadido de que ustedes desean la paz con tanto ardor como nosotros, y que la aceptarian con gusto con tal que se les aseguraran sus fueros. ¿Qué nos importa que reine D. Cárlos ó Doña Isabel? Que los partidarios de la monarquía den á quien quieran el cetro de Castilla, nosotros debemos reunirnos alrededor del estandarte vascongado, que son nuestros fueros y privilegios: abandonemos á Cárlos y á Isabel, y combatamos contra todos los que intenten arrancarnos nuestros antiguos y venerandos derechos.» Echeto escuchó con paciencia al sagaz cristino, y cuando éste hubo terminado, le contestó: «Consiento con mucho gusto en fraternizar con usted, porque veo que sus sentimientos son los de un noble vascongado; pero necesitamos un jefe que nos conduzca á la victoria: y quién mejor que D. Cárlos? ¿No ha jurado este príncipe conservarnos nuestros fueros y arrojar del trono á la reina Cristina, que trata de quitárnoslos? Véngase usted, pues, al campo de D. Cárlos, porque con él queremos vencer ó morir en defensa de lo más sagrado que hay para nosotros en el mundo.»

Así continúa la carta, probando con diferentes ejemplos

el espíritu favorable á D. Cárlos que se observaba en aquellas Provincias.

Un oficial inglés, que seguia al cuartel real de D. Cárlos, nos dice lo siguiente: «Hace pocos dias entré en una granja de Goyzueta, y encontré en ella dos viejos, tres mujeres jóvenes, cuyos maridos servian en las filas de D. Cárlos, dos mujeres ancianas y una porcion de muchachos. Comí con aquella numerosa familia, y la conversacion giró, como era natural, sobre las hazañas de los voluntarios maridos de aquellas jóvenes. Todos manifestaron que deseaban mucho la paz, y se quejaron de las cargas que tenian que sufrir; pues el trabajo del dia apénas les bastaba para pagar las contribuciones, y las mujeres se veian obligadas á trabajar parte de la noche para vestir á sus maridos. Les pregunté si, á trueque de obtener la paz, consentirian en sacrificar á D. Cárlos y reconocer á Isabel: pero nunca olvidaré el asombro que les causó esta pregunta: pues creo verdaderamente que, si no hubiese ido en compañía de un amigo suyo, me hubieran creido espía y juzgado como á tal. Luégo que pasó el primer momento de sorpresa, me respondieron: «Los vascongados y navarros jamás consentirian en reconocer otro soberano que D. Cárlos V; y para asegurar su triunfo, consentiremos en sacrificar cuanto tenemos.» «Y si mi marido abandonase la causa que defiende, añadió una de las mozas, no seria ya nada para mí, y le perseguiria yo hasta el cabo del mundo para entregarle á aquellos á quienes habia abandonado.»

»Tales son los sentimientos de los vascongados y navarros, y en las ciudades no es el entusiasmo menor que en las poblaciones rurales. He acompañado á D. Cárlos de Tolosa á Villafranca, y en todo el camino he oido constantemente los

gritos de «viva el rey! viva nuestro padre!» En Alegría fué recibido con repique de campanas; las fachadas de las casas estaban cubiertas de colgaduras; el ayuntamiento y el clero salieron á recibirle; los balcones estaban llenos de señoras, y en toda la carrera no se oia otra cosa que los gritos de «¡viva el rey!» Lo mismo sucedió en Villafranca y en todos los pueblos del camino (1).»

Ya hemos dicho cómo se oponia D. Cárlos á los deseos del príncipe, negándole el nombramiento que solicitaba para tomar parte en aquella guerra tan memorable. El augusto príncipe, una vez perdida la esperanza de conseguir su objeto, consagrábase al estudio y la meditacion, alternando con esto los ejercicios religiosos y las obras de caridad que tanto enaltecieron la memoria de su ilustre padre.

Habia grandes razones para la negativa de D. Cárlos, y no era la menor, segun queda indicado, el mucho cariño que profesaba á sus hijos, y muy particularmente á D. Cárlos Luis. Pero, ademas de esto, los rumores de bastardos planes fraguados para colocar en el trono de España al conde de Montemolin, en perjuicio de su padre; las calumniosas especies vertidas en este sentido, y los consejos de la princesa de Beira, á su vez mal aconsejada por los encubiertos enemigos de la causa carlista, se oponian á la realizacion de las aspiraciones de D. Cárlos Luis.

Hizose creer á la princesa por algunos parciales de Maroto, resentidos de la actitud que el jóven príncipe tomara desde que la sospecha de traicion recayó en aquél, que los intentos

(4) Mitchell.—Datos referentes al campo y córte de D. Cárlos.

de D. Cárlos Luis no eran otros que los de suplantar á su padre en aquellos momentos y ponerse de acuerdo con los principales hombres del partido isabelino para llevar á cabo la union por medio de un enlace con su prima Doña Isabel.

Eran éstas ruinas venganzas, segun los hechos pudieron justificar, y como se comprende, teniendo conocimiento del carácter de D. Cárlos Luis. Hijo amantísimo y respetuoso, nunca manifestó más ambicion que la de agradar á su padre y servir á la justa causa que se litigaba por medio de las armas. Muchas veces se le hicieron proposiciones en el sentido indicado, y dábansele grandes seguridades de triunfo, «pues el partido carlista, segun decia Maroto, estaba conforme con todo menos con D. Cárlos. Era preciso, segun el mismo general, buscar un medio de conciliacion; levantar una bandera nueva que, sin llegar á la extremo del liberalismo, se apartase de las *rutinas* del partido carlista antiguo.»

Acompañaban ordinariamente al príncipe hombres de ideas marotistas, y del mismo modo hablábanle todos; pero no podia escuchar semejantes proposiciones D. Cárlos Luis, y siempre atajaba á los que tal proposicion le hacian con las siguientes ó análogas palabras: «No tengo noticia de que en la historia de los pueblos cultos se haya visto convertido á un príncipe en el primer traidor contra su padre.»

Salia frecuentemente á pasear á caballo, y le acompañaba el general Villareal, que estaba siempre á su lado, puede decirse, y á quien el príncipe profesaba mucho afecto por su mucha instruccion y las muestras de una educacion brillante que daba en todos sus actos el referido general. No era, por cierto, muy del agrado de D. Cárlos la compañía de Villareal para el príncipe, porque algunos émulos del jefe carlista le

hacian aparecer como hombre demasiado inteligente y astuto, y su mucha ilustracion no le libraba de las censuras de hombres que, valiendo ménos que él, le acusaban de indignidades impropias de su carácter y educacion. Suponian que el general era el primero que aconsejaba al príncipe la rebeldía: calumnia grosera, como tal, y cuya sola idea hubiera considerado D. Cárlos Luis como un doble crímen que contra el rey y contra el padre se cometian.

Si la princesa de Beira se opuso en cuanto pudo á que D. Cárlos confiriese mando alguno al príncipe, creyendo á éste capaz de semejante felonía, no debe extrañarnos, supuesto que, como queda dicho, los enemigos de la causa carlista habian de procurar que la division llegase, á ser posible, hasta los miembros de la real familia. Ademas, Doña Teresa de Braganza no habia de olvidar que cuanto al príncipe se otorgara sería en perjuicio de D. Sebastian, y el cariño de madre pudo hacerla obrar de aquella suerte. No la inculpamos por ello, no puede inculparse á una madre porque demuestre sus sentimientos y predileccion por sus hijos; pero sí debemos hacerlo notar para que sirva de dato no despreciable en el asunto que nos ocupa, puesto que la acusacion del príncipe se atenúa con tales antecedentes, haciendo notar las interesadas miras de cuantos le acusaron ó llegaron á sospecharle capaz de una tan cobarde como indigna traicion.

Ya hemos dicho que D. Cárlos Luis consagraba al estudio los dias que tan de buena gana hubiera pasado entre los azares de la guerra. «Las *Crónicas de los Reyes de España*, por Ayala y Sandoval: las *Guerras de Flándes*, por Estrada y por Ventivoglio; y la de los *Judíos*, por Josefo: las célebres *Vidas* de Plutarco: *Don Quijote*, por Cervantes; la *Jerusa-*

len libertada, por el Tasso, y las *Obras del Vizconde de Chateaubriand*, eran los libros favoritos del príncipe D. Cárlos.

»Leia tambien la *Araucana*, de Ercilla; las Historias de las revoluciones de Francia é Inglaterra; el *Orlando furioso*, de Ariosto; el *Belisario*, de Marmontel; la *Biblia*, y otras obras cuyos nombres no recordamos.»

El autor de quien tomamos esta nota da el siguiente paralelo entre D. Cárlos María Isidro y D. Cárlos Luis: «Don Cárlos María Isidro, dice el autor, es apocado é irresoluto; D. Cárlos Luis, resuelto y decidido: D. Cárlos María obra con suma lentitud; D. Cárlos Luis con gran actividad: Don Cárlos Isidro tiene poca sagacidad y poco tacto; D. Cárlos Luis es hombre de tino, observador y de penetracion: D. Cárlos Isidro no discute sobre nada; D. Cárlos Luis discute sobre la guerra, historia, administracion, poesía, matemáticas, música, pintura; discute, en fin, de todo, porque de todo entiende algo: D. Cárlos Isidro no carece de egoismo; D. Cárlos Luis abunda en generosidad y desinteres: D. Cárlos Isidro es muy afecto á lo antiguo; D. Cárlos Luis se inclina más á lo moderno: D. Cárlos Isidro recuerda con dificultad los detalles, no todos, de un suceso: D. Cárlos Luis tiene una memoria fresca, flexible y extensa: D. Cárlos Isidro hiere rara vez el punto dudoso de un negocio; D. Cárlos Luis posee una percepcion segura y clara de las dificultades de cada cosa: Don Cárlos Isidro es confiado hasta el abandono; D. Cárlos Luis hasta la prudencia: D. Cárlos Isidro tiene siempre elevados los ojos al firmamento azul; D. Cárlos Luis tambien los eleva muchas veces, pero no los separa tanto de la tierra.»

Este paralelo, con el cual solamente en una parte estamos conformes, define los caracteres de ambos príncipes; y no es-

tamos de acuerdo con el citado autor en la totalidad de dicho paralelo, porque ni D. Cárlos manifestó nunca egoismo, ni tan escasa era su memoria, ni merece censura, si que grandes alabanzas, el espíritu eminentemente religioso del rey y padre del conde de Montemolin. Muchas puebas dió D. Cárlos de su magnanimidad, y no hallamos ninguna de su egoismo; y con respecto á su aficion á los antiguos principios políticos, ellos constituyeron la bandera á cuyo derredor se agruparon los pueblos de España contra las conquistas de la usurpacion; ellos constituyen hoy el lema del inmenso partido legitimista en Europa, y ellos serán la única aspiracion de los pueblos que, como el de España, tienen una historia gloriosa unida á tan noble enseña. Con referencia á las costumbres, tenía D. Cárlos muy poco apego á lo moderno: pero, más que por sistema, como quiere suponerse, por temor del contagio de la inmoralidad revolucionaria.

No negaremos á D. Cárlos Luis la superioridad de ilustracion con respecto á D. Cárlos Isidro, que demostró en algunas ocasiones: pero tampoco puede por ello censurarse al rey ni conceder al príncipe tantas ventajas sobre su padre; la educacion de los príncipes está en razon de la cultura de su siglo: D. Cárlos habia nacido cuando las hordas revolucionarias de la Francia invadian los pueblos de Europa, llevando con el estrago de la guerra el venenoso gérmen de la anarquía. D. Cárlos Luis habia venido al mundo cuando el legitismo entronizado en Europa, la paz y la tranquilidad de los pueblos les permitia entregarse al cultivo de su inteligencia.

Pero D. Cárlos Luis consideraba las cuestiones políticas con demasiada ligereza, y no daba á ciert s detalles toda la importancia que deben dárseles para la verdadera resolucion

de los asuntos políticos. Rasgos de genio no faltan en la vida del ilustre cuanto infortunado príncipe, testimonios de su grandeza de alma y de sus nobles aspiraciones: pero tampoco se echan ménos en la historia de D. Cárlos las muestras de una virtud á toda prueba, de un valor sin límites y de un entusiasmo religioso que le engrandece á través de los años. Errores y graves errores cometió tal vez; ¿qué monarca no los comete? Fué uno de ellos la insistencia con que se negó á la separacion de Maroto: funesto error, excesiva bondad, de que no era acreedor quien tal conducta observaba, y quien tan infame traicion disponia. De los errores de D. Cárlos Luis nos ocuparemos á su tiempo.

Sucede, y es lo más frecuente, que los príncipes son juguetes de favoritos y ministros, que los comprometen y obligan á cometer tales desaciertos. La historia, inflexible siempre con los que considera responsables, con los hombres que aparecen en primera línea entre las generaciones que se suceden, lanza sobre ellos el anatema y la acusacion más injusta muchas veces, sin que desde la inmensa altura de la historia puedan apercibirse algunos detalles de gran importancia, los gérmenes tal vez de grandes acontecimientos para lo futuro.

X.

Llevado á cabo el famoso convenio, fué forzosa la emigracion, tanto á la régia familia, cuanto á sus heroicos defensores.

Indudable es que, á tener D. Cárlos ménos bondad y más resolucion, hubiera podido concluir de un solo golpe con el hombre que tan cobardemente le vendia al Gobierno de Ma-

drid. Si dejándose llevar de los consejos de sus verdaderos servidores, hubiera detenido á Maroto; si cuando una vez le declaraba traidor y rebelde, no hubiera revocado por nada ni por nadie la sentencia contra el general pronunciada; si despues del suceso desagradable de la cuesta de Elgueta, obrara con la energía y rapidez que exigian las circunstancias; si, digámoslo de una vez, al adquirir las pruebas, ya que no le bastaba el convencimiento material como prudente y bondadoso monarca, hubiera determinado la suerte de Maroto, el resultado de la empresa habria correspondido á los generales esfuerzos.

Doloroso es para el alma noble verse obligada á imponer un castigo, aunque la fealdad del crímen aparezca en toda su extension, y por más injustificable que sea la accion cometida por el delincuente—si ya alguna vez puede hallarse disculpa al que delinque;—pero la conservacion del bien general debe preferirse á los particulares intereses, siquiera entre ellos se cuente la existencia de algun individuo.

Léjos de nuestro ánimo patrocinar la severidad del castigo y erigirnos en defensores de la pena capital; sólo si diremos que, cuando se aventuran tantas vidas, cuando se exponen la felicidad y el porvenir de un pueblo, son insignificantes, aunque dolorosas, la pérdida de un hombre y el castigo del que atenta á esa felicidad.

Estériles los esfuerzos de tantos héroes durante seis años de incesante y sangrienta lucha quedaban por la perfidia de un general. ¿Cómo pueden leerse sin indignacion los siguientes notables detalles que debemos á un testimonio irrecusable: «Convencido como se hallaba Maroto de que habia de hallar grandes inconvenientes para la realizacion de su em-

presa en el cariño que los soldados sentian por D. Cárlos, y procurando por cuantos medios pudiera, por indignos que fuesen, desprestigiarle á los ojos de sus leales y sencillos defensores, calumniábale con frecuencia, y pintaba á su gusto los hechos y los sentimientos del rey.—Cuando se le da cuenta del resultado de alguna batalla, decia en cierta ocasion á *los mismos soldados*, con mengua de su propia dignidad, lo primero que pregunta es si han muerto muchos caballos; pero nunca dice: ¿cuántos de mis leales y valientes voluntarios han sido víctimas del enemigo en esa accion?»

En otra ocasion, y poco tiempo despues, invitó á D. Cárlos á que pasase á Orozco á revistar las tropas. Al siguiente dia deberia tener lugar una accion, y el rey manifestó su voluntad de asistir á ella. Recibióle el ejército con el entusiasmo que de costumbre, y rayó en delirio cuando tuvieron noticia los soldados de la resolucion del rey. Pero Maroto, que comprendia cuánto perjudicaba á su intento aquel rasgo de Don Cárlos, que tanto afirmaba las simpatías que contara en los soldados, aconsejóle de suerte, y con tan hipócritas muestras de lealtad y cariño, que D. Cárlos cedió á los deseos *de su buen Tomás*, que así le decia algunas veces: y apénas terminada la revista, se volvió á Durango sin despedirse de la tropa, tambien por consejo del rebelde general (Julio 1839).

Qué efecto produciria en los soldados tan extraña conducta, fácilmente se comprende; nada decian, pero bien manifestaban su descontento. Aprovecha Maroto aquella indignacion del ejército por él concitada, y les habla de esta suerte: «Ya veis cómo os abandona en el momento del peligro; no tiene valor para permanecer entre vosotros que os sacrificais por él, y se retira á la tranquila existencia con que le brinda su palacio.

¡Y por ese hombre estais arriesgando vuestras vidas hace seis años (1)!»

Para completar su obra el indigno general, al mismo tiempo que procuraba el descrédito de un rey demasiado noble para el que le vendia, sobradamente generoso para el que tan inicuamente explotaba su bondad, trataba de conquistarse popularidad y afecto entre los soldados. Hacía apresar á algunos sin más razon que su capricho, y á poco les volvia á la libertad, diciendo que sin su anuencia lo habian dispuesto los traidores; palabra que con frecuencia se oia de sus labios, y que parecia como el eco de su conciencia. En otras ocasiones, despues de exagerar la triste situacion en que se hallaban, el abandono completo y la falta de recursos y dinero, disponia que se diese á los soldados algun dinero, que con ese fin habia recibido y guardado, y hacía circular el rumor de que aquellas cantidades las debian á su generoso corazon y á su bolsillo particular. Ofrecia á todos grandes recompensas para el dia del triunfo, segun él muy cercano, y decia hallarse apoyado por las potencias del Norte.

Esto hacía el indigno general, y al mismo tiempo procuraba vindicar su conducta á los ojos del rey: el hombre que solamente pensaba en los medios de realizar la inicua trama que habia tiempo urdia, intentaba hacer que el mismo rey le colmase de honores, y, satisfaciendo sus deseos, siguiera la línea de conducta que le trazara su rebelde general. La real

---

(1) Relato de un testigo, que podemos demostrar si necesario fuese, como cuanto en esta obra se inserte; que no somos muy dados á historiar novelescamente, como tantas veces se ha hecho.

órden que á continuacion trascribimos fué enviada por Maroto á Montenegro para que la refrendase (18 de Julio de 1839), y es una prueba de la osadía de Maroto, que habia llegado á un punto inconcebible con respecto al rey.

«Excmo. Sr.: Á medida que se acerca el término fijado por la Divina Providencia para la cesacion de la actual lucha fratricida, la revolucion agota los más execrables medios para retardar su caida, poniendo en juego maniobras infernales y procurando introducir la desunion entre los valientes y fieles defensores de la justa causa, miéntras sus batallones, aterrados por los intrépidos esfuerzos de los heroicos voluntarios, salen únicamente de sus guaridas para destruir con la tea incendiaria las haciendas de los pacíficos habitantes, sembrando por todas partes donde puede alcanzar su tiránico poder la desolacion y la ruina, y huyendo cobardemente en el momento que se les descubre; ensayando por otra parte las viles armas de la intriga, aprovechando las mezquinas pasiones y los innobles deseos de algunos apóstatas de los principios monárquicos, expulsados de estas provincias por causa de su criminal ambicion y de sus excesos, y que, si acaso no obran de acuerdo con la revolucion, como parece muy probable, la sirven por lo ménos con la mayor utilidad con sus infames planes, urdidos para volver á obtener en el gobierno un influjo que no adquirirán jamás; pues la justicia del soberano está cada vez más convencida de la peligrosa direccion que estos falsos realistas daban á los negocios del Estado, así como de las medidas arbitrarias, cubiertas con la máscara de una libertad á toda prueba, por cuyo medio sostenian su omnipotencia.

»Desesperados por su bien merecida separacion del lado del monarca, tan luégo como éste los ha conocido, arrojan ya la hipócrita máscara de su mentida adhesion á la causa legítima (1); y para tratar de destruirla por medio de otro plan, envian á uno de sus corifeos, dotado de sagacidad, al mismo tiempo que lleno de ambicion, al lado de un general jóven y cubierto de recientes laureles; y aprovechándose de su ardiente entusiasmo y de su apasionado amor á su rey, le pintan á éste como privado de su libertad y rodeado de enemigos que, abusando de su real nombre, dictan medidas propias para minar y destruir sordamente el trono, á fin de que aquel heroico guerrero, persuadido así de esta intriga, se niegue á escuchar la voz legítima de su soberano cuando se le trasmita por órganos que se suponen infieles. Tambien quedarán engañados en esta última esperanza, como lo han sido en las anteriores, pues tan luégo como la verdad consiga disipar las sombras de la impostura en el corazon de aquel jefe, será el primero á detestarlos y procurar su castigo, que no está distante, uniendo sus esfuerzos, como ha hecho hasta aquí, con los de V. E. y de sus más valientes soldados para terminar la lucha.

»Á la vista tenemos varios ejemplos que confirman esta verdad. Las cartas de un desterrado y del general Cabrera circulan en los periódicos revolucionarios; y no siendo todo cuanto contienen más que un tejido de falsedades y enredos, no tienen otro objeto que el de introducir en este valiente

(1) Excusado es decir que estas acusaciones iban dirigidas al dignísimo obispo de Leon, al ex-ministro Arias Tejeiro y á todos los leales y nobles defensores de D. Cárlos.

ejército la desconfianza y la falta de union que es indispensable para el triunfo.

»Por otra parte, han esparcido noticias relativas á la direccion que se ha dado á los fondos que suponen existentes y destinados á nuestros leales defensores; y finalmente, en todo lo que han hecho circular se sirven de expresiones dirigidas á deprimir y envilecer la autoridad real y á difamar á su gobierno y á los jefes militares. Y como desgraciadamente hay personas que, por malicia, ignorancia ó debilidad, dan á lo que oyen diferentes interpretaciones, este inconveniente ha llamado la atencion del soberano; y á fin de evitar los resultados que la circulacion de tantas falsedades pudiera causar en su leal ejército y entre los fieles habitantes de estas provincias, me manda el rey diga á V. E., como de real órden lo ejecuto, que S. M. reprueba altamente un medio tan infame, y que dictará las medidas más oportunas para castigar con mano fuerte á los que, olvidando la indulgencia con que en otras ocasiones ha perdonado sus faltas, hacen todos sus esfuerzos para alterar la buena armonía y confianza que reina entre sus vasallos, falsificando instrucciones que no tienen, é invocando los sagrados nombres de Dios y de su Santísima Madre para ocultar el veneno de sus escritos.

»En resúmen, quiere S. M. que, no sólo redoble V. E. su actividad, sino que, á fin de evitar la circulacion y propagacion de semejantes imposturas, vigile la conducta de aquellos que, olvidando sus deberes como militares y como vasallos, puedan tener parte en tales maquinaciones, que S. M. detesta y trata de castigar.

»De real órden lo digo á V. E. para su conocimiento; previniéndole que, con esta misma fecha, y sin perjuicio de

las instrucciones que V. E. pueda dar á los comandantes generales, se les traslada esta soberana resolucion para su puntual y exacto cumplimiento.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Cuartel general de Oñate, 18 de Julio de 1839.—Montenegro.—Excmo. Sr. Jefe de Estado Mayor general del ejército (1).»

Este documento revela el carácter de aquel hombre, que, para conseguir los fines de su ambicion ó de su capricho, no reparaba en medios; en él se descubre todo el encono de su alma, y vierte el veneno que encierra su corazon, y que él atribuye á sus enemigos, los verdaderos defensores de la Religion y el Rey, cuyo lema trataba de manchar el pérfido general de D. Cárlos.

La siguiente órden general fué el complemento de la trascrita real órden; en ella se expresaba de esta suerte el soberbio caudillo: «Orden general del ejército.=Orozco 23 de Julio de 1839.=El Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra, en real órden de 20 de este mes, me dice lo que copio:=Excmo. Sr.: Al conde de Morella digo con esta fecha lo que sigue:=Excmo: Sr.: El real corazon de S. M. se ha afligido de ver en los periódicos revolucionarios y extranjeros dos cartas, dirigidas á su real persona por V. E. y por D. José Arias Tejeiro, interceptadas por el enemigo, y cuyo tenor desgraciadamente censura la voluntad soberana con que S. M. gobierna libre y espontáneamente á

(1) *Gaceta de Oñate*, correspondiente á la citada fecha.

sus leales pueblos y dicta las medidas que deben salvar á los que todavía gimen bajo el pesado yugo de la usurpacion. Su dignidad y el triunfo de la justa causa exigen que se destruyan los desagradables y trascendentales efectos que su lectura y publicidad pueden causar; y en su consecuencia, ha decidido S. M. que D. José Arias Tejeiro, conforme al relato de su mismo escrito, no sólo ha quebrantado su destierro, sino que ha supuesto una autorizacion real, por cuyo medio ha sorprendido á V. E. y le ha persuadido de que llevaba instrucciones del monarca para manifestar el estado de abatimiento en que se hallaba.

»De este modo ha tratado Arias Tejeiro de oscurecer la gloria de V. E., separándole de la obediencia del gobierno, lo cual sería el mayor triunfo para la revolucion, á la que ha dado Arias Tejeiro la mejor prueba de afecto, invocando de una manera sacrílega el nombre de Dios y el del Rey. Arias queda privado de su dignidad de Consejero de Castilla y demas honores con que S. M. habia tenido á bien recompensarle, y de que ha hecho un abuso tan criminal. S. M. manda que Arias, Alvarez Arias y todos los demas que con él han traspasado los límites de la frontera de Francia, sean enviados con escolta al comandante general de Cataluña, bajo la más estrecha responsabilidad, quedando aquél encargado de conducirlos del mismo modo hasta la frontera. En fin, para quitar á su leal ejército y á sus pueblos todo motivo de inquietud que pudiera inspirar la permanencia en la frontera de todos los comprendidos en el decreto de destierro con el revolucionario Arias Tejeiro, se les prevendrá que se internen en el reino de Francia, lo que deberán ejecutar con toda la brevedad posible; y los que inmediatamente no cumplan esta

soberana voluntad, quedarán privados de sus empleos y de todas las dignidades que deben á su real munificencia.

»El Rey quiere que esta real resolucion, que notifica igualmente á V. E. en una carta autógrafa, se ejecute sin la menor dilacion; y yo estoy persuadido de que V. E., celoso de su reputacion y de la gloria que ha adquirido en las señaladas victorias que tantas veces ha ganado, no permitirá que se empañe ni por un solo momento su honrosa carrera militar ni la fidelidad y obediencia que siempre ha mostrado á la soberana autoridad, cuyo órgano es el gobierno. S. M. espera tambien que V. E., á fin de tranquilizar su real corazon, hará cuanto le sea posible para que, por un camino pronto y seguro, reciba una respuesta que le asegure de que su voluntad ha sido completamente cumplida —Lo cual se leerá en la órden general del ejército.—Maroto (1).»

Cuán calumniosos eran los asertos de Maroto en el documento que acabamos de trascribir, bien lo demostraron los hechos. El hombre que tan escrupuloso se mostraba y con tan excesivo celo por la causa de su rey, estaba en negociaciones para su venta, y concertaba su inícua traicion con el general Espartero: y en 29 de Agosto decia en una comunicacion dirigida al comandante de armas de una de las plazas de Guipúzcoa: «Todas las fuerzas que están á mis inmediaciones se han decidido por terminar la guerra, y en el dia de mañana

---

(1) Reales órdenes, decretos, órdenes generales del ejército y comunicaciones de la córte y campo de D. Cárlos, coleccionadas por un antiguo personaje carlista.

se publicará la paz celebrada; cuya circunstancia podrá V. S. comunicar en contestacion á su oficio de esta fecha.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Zumarraga 29 de Agosto de 1839.»

Sin embargo, no habia creido D. Cárlos aún en el testimonio de sus propios ojos, y juzgaba que la emulacion de algunos y la ignorancia de otros eran las causas de la malicia que veian en los actos del general, y de la oposicion violenta que contra él se levantara en el campo y en la córte. Si en la revista célebre que pasó á sus tropas en Elorrio hubiese manifestado más energía; si en lugar de alejarse precipitadamente en viendo la actitud de las tropas hubiera jugado el todo por el todo, haciendo oir su voz á los rebeldes; si hubiese manifestado con un arranque de valor personal la dignidad del monarca más que el desconsuelo de un padre al contemplar la ingratitud de algunos jefes, es indudable que el triunfo habria coronado sus esfuerzos: porque el nombre de D. Cárlos era venerado por sus tropas, y en muchas ocasiones habian demostrado el cariño entusiasta que le profesaban.

Pero léjos de eso volvió á Vergara inmediatamente y consideró destruido en un momento el alcázar gigante que levantaran en su alma la esperanza y la fe. «Estamos perdidos!» exclamó el rey: y en lugar de apercibirse para el peligro y adoptar las urgentes disposiciones que reclamaba el peligro, consideró como perdida la empresa, y no pensó sino en salvar á su familia. Acompañaban á D. Cárlos en aquella memorable jornada D. Cárlos Luis y el infante D. Sebastian, y una escolta compuesta de escaso número de guardias.

En Vergara puso en conocimiento de la princesa cuanto

ocurria; y disponiendo que el cuartel real se pusiera en marcha inmediatamente, con la mayor precipitacion se trasladó á Villafranca, dejando hasta los efectos de palacio en Vergara, y sin comer, como se hallaba la real familia, hasta llegar á Villafranca, que fué á las once de la noche (25 de Agosto de 1839).

Estaba en Beasain á la sazon Velasco en compañía de un diputado de Guipúzcoa; y noticioso de que se tramaba contra el rey una conjura con objeto de apoderarse de él si pasaba á Tolosa, corrió á Villafranca, adonde llegó ya en la madrugada. Eran las dos y media cuando entraban en la habitacion de D. Cárlos, que se hallaba ya acostado, y se levantó para recibir á Velasco. Díjole éste cuanto pasaba, y que las tropas de la línea de Andoain habian resuelto entregarle al enemigo.

No atemorizaba al rey la proximidad de un peligro, si que la impune asechanza de la traicion, y la noticia de lo que se tramaba en su contra le causó profunda impresion. Dispuso inmediatamente el nombramiento de Guibelalde para la comandancia general de Guipúzcoa, que, como natural de aquel país, pudiera ejercer mas fácilmente su influencia sobre sus paisanos, y conservarlos en la fidelidad y ganarse tal vez los ánimos de los sublevados.

Trasladóse D. Cárlos con su familia á Lecumberri, donde permaneció hasta el 8 de Setiembre, en que se trasladó á Elizondo. Acompañaban á la régia familia la guardia real, los batallones de Álava y algunas fuerzas más que al salir dejaron en Lecumberri gran cantidad de cartuchos: abandono que no tuvo esplicacion, porque las tropas del general Espartero se hallaban todavía á bastante distancia de Lecum-

berri. Ya en otro lugar dijimos que su intento era pasar al reino aragones á unirse á Cabrera; y que los consejos de los que le rodeaban, los temores que le manifestaron de que cayese en poder de las tropas de Espartero, las defecciones de algunos de sus cortesanos en tan angustiosos momentos, el peligro á que debiera exponer á su familia, decidieron al rey á abandonar su intento y buscar en Francia un asilo que dudaba encontrar, una vez recibido el desengaño que sufriera á su llegada á Lóndres.

En la retirada hácia la frontera de Francia se separaron de D. Cárlos sin pedirle licencia, segun dijimos anteriormente, y áun sin despedirse de él, el Padre Cirilo, Valdespina, Erro, Otal, Ramirez de la Piscina y otros varios, cuya conciencia política pudo evaluarse en aquellos momentos. Pero lo que más sorprendió á D. Cárlos, lo que más impresionó su noble corazon fué la fuga secreta de su ministro de la Guerra, Don Juan Montenegro, á quien profesaba aquel afecto que concedió el rey á cuantos trataba durante algun tiempo. «¿Sabes, dijo á Marcó del Pont con mucho disgusto, que tambien Montenegro nos ha dejado? Tú eres el único ministro que me queda.»

Para un alma sensible como la de D. Cárlos, por más que sus detractores hayan intentado representarle como el hombre egoista é indiferente por consecuencia á la amistad y al afecto de sus leales servidores, semejante defeccion era un terrible desengaño. Que D. Cárlos no fué egoista en ningun momento de su vida, los hechos frecuentes en que demostró su caridad y su nobleza atestiguan lo contrario: que tal vez abusaban de su bondad los mismos que tantas muestras de ella consiguieron, todos lo sabemos. Cuánto influiria en su

alma la ingratitud de aquellos hombres á quienes colmara de beneficios y distinguiera con su amistad, no será menester decirlo.

Decidido á entrar en Francia al ver las dificultades que se le oponian para pasar al reino de Aragon, salió de Elizondo y se dirigió á Urdax acompañado de su esposa, de su hijo, del infante D. Sebastian y de un corto número de fieles servidores (13 de Setiembre de 1839). Pocas horas despues entraba en Elizondo el general Espartero.

No pueden pasarse desapercibidos, en llegando á este punto, algunos aunque ligeros detalles explicativos de la interminable serie de triunfos conseguidos por el general isabelino durante los últimos dias de la campaña de 1839. Sin que sea nuestro intento desprestigiar la fama, ni atentar á la honra militar de Espartero, ni mucho ménos nos mueva la animosidad que no sentimos, imparciales cronistas, en cuanto lo permitan nuestra inteligencia escasa y nuestras humildes condiciones, debemos, sí, y en esto al mismo general hacemos justicia, esclarecer los hechos y deshacer los errores.

Ni Espartero querrá apropiarse las glorias, que no fueron tales, y las victorias que no le pertenecen, ni nuestros lectores verán con disgusto una aclaracion que pudiera parecer inoportuna en este lugar, pero nunca inútil. «El descontento del ejército carlista, y áun de los mismos batallones que rodeaban á Maroto, aumentaba de dia en dia, y sus soldados le acusaban altamente de traidor; reconvencion muy fundada, y que los hechos justificaban frecuentemente. Cuando Espartero pasó desde Amurrio á Vitoria por los desfiladeros de Murguía, todo su ejército fué contenido por treinta castellanos desplegados en guerrillas por espacio de media hora. Gritaban

los castellanos con entusiasmo: « ¡ Adelanten los batallones, avancen! » y nadie hacía caso de las reclamaciones de aquellos héroes; á ser obedecidas, segura hubiera sido la derrota del ejército constitucional en aquellos desfiladeros (1).» Pero Maroto, léjos de acudir al encuentro de Espartero, no solamente no mandó avanzar á las tropas, si que dió órden á las guerrillas para que retrocediesen, abandonando sus fuertes y dejando el paso franco al enemigo. Cuéntase éste como uno de los triunfos del general Espartero, que, así como el que se le atribuye en los alrededores de Villareal, y que seguramente él no podrá admitir, fué debibo á la infame conducta de Maroto.

Sucedió que cerca de Villareal se encontraron ambos ejércitos, carlista é isabelino, mandados por Maroto y Espartero respectivamente: el combate duró muy poco tiempo, y el resultado fué completamente satisfactorio para el isabelino. Á los primeros tiros el jefe carlista dispuso una maniobra en que, contra toda regla de táctica, el ala derecha del ejército carlista, apartada del centro, ofreció la victoria en muy poco tiempo al enemigo. Fingió como que procuraba rehacer sus tropas, y dió la órden de retirada, que muy á disgusto obedecieron los suyos. Los constitucionales pudieron avanzar libremente, y aquella hazaña tan fácil fué considerada como tal por los cantores de la fama del general Espartero, y se anunció como un nuevo triunfo en la *Gaceta de Madrid*. Cuál sería la conducta del general Maroto, puede deducirse de las

(1) Datos debidos al conocido jefe Sr. M., á la sazon oficial del Estado Mayor de D. Rafael Maroto.

siguientes palabras del referido oficial de su Estado Mayor, que nos proporciona estos datos, y que dice con referencia al encuentro habido en las inmediaciones de Villareal (14 de Setiembre de 1839): «Aun el batallon 1.° de Navarra, dice, que así como el 7.° era muy afecto á Maroto, se ha indignado, se indignó de la cobardía manifestada en aquella como en anteriores ocasiones, desde que Maroto se habia propuesto llevar á cabo su proyecto de venta.»

Las divisiones de Álava y Navarra, debilitadas por la division que intencionalmente habia hecho de ellas el general, diseminándolas por el país, ofrecian franco paso á las tropas de D. Martin Varea y de D. Diego Leon en los llanos de Vitoria y en los alrededores de Estella. Y en medio de tanto y tan inicuo desastre, y cuando tales sacrificios ofrecia á su premeditada traicion y á sus ambiciosas miras, cuando inmolaba cobarde é infamemente sus soldados, aquellos héroes de nuestra moderna historia y rayos de la guerra, publicaba una alocucion hipócrita en que trataba de disculpar los descalabros sufridos, afectando una buena fe, que era un sarcasmo, y una lealtad que pasaba de cinismo.

Pintaba en ella con negros colores la situacion en que se hallaban, y concluia con la siguiente protesta, mengua del traidor que la hace, cuanto honra del leal que la publica. «¿Qué transaccion, decia, podeis esperar con un enemigo que lo quema y lo devasta todo, como en Navarra y en Álava? Sería una vergüenza, una cobardia: no nos queda otro partido que el de morir con las armas en la mano.»

Con respecto á los triunfos tan celebrados de Ramales, Guardamino y tantos otros puntos, pueden hacerse las mismas observaciones. Sin descender á detalles de cada una de

aquellas acciones, que bien pudiéramos hacerlo, pero que no son de este lugar, pueden hacerse las siguientes reflexiones. «Es opinion bastante generalmente admitida, entre las personas que han estudiado las cosas de España,—dice un escritor frances que acompañó á D. Cárlos durante la guerra de los siete años,—que Maroto, ántes de entrar en las Provincias en Mayo de 1838, estaba ya en relacion con los cristinos, y habia formado un plan para entregarles á D. Cárlos y su ejército: y esta opinion adquiere casi un grado de certeza, cuando se examina la conducta de Espartero desde el momento que Maroto se presentó á la cabeza del ejército carlista.»

Obsérvase, en efecto, que Espartero emplea los meses de Mayo, Junio y Julio de 1838 en reunir un ejército de 30.000 hombres, entre Logroño, Viana y Puente la Reina, un inmenso parque de artillería y víveres en bastante cantidad para sostener el ejército durante algunos meses. Los carlistas temblaban por la suerte de Estella, y, sin embargo, ningun movimiento intentó contra aquel punto el general isabelino: todas las miradas se hallaban fijas en aquella importante ciudad, y los periódicos de Madrid anunciaban todos los dias el próximo ataque de Estella por las tropas constitucionales: Espartero movia sus tropas y salia de Navarra sin haber intentado ataque alguno, ni disparar siquiera un fusil. En vista de tan incomprensible conducta, sería difícil formar un juicio exacto, si hechos posteriores no descubrieran los planes del caudillo isabelino, y justificaran las sospechas que los más expertos concibieran al observar semejante actitud.

Contaban los carlistas en aquella parte con un ejército de 12.000 hombres, y una vez preparado el de Espartero, con-

tando con un gran número de piezas de artillería y municionado y provisto de víveres como se hallaba, hubiera podido neutralizar las ventajas que las tropas carlistas tuvieran por sus posiciones y gran conocimiento del terreno, si ya la diferencia numérica no bastase á equilibrar las fuerzas de uno y otro ejército. Pero el general isabelino se proponia otros fines: de acuerdo con Maroto, procuraba al principio evitar todo encuentro, dando lugar á las maquinaciones del rebelde jefe carlista, para adquirir popularidad entre los suyos, con lo cual aseguraba el defensor de Doña Isabel de Borbon el éxito de su empresa desde Julio de 1838 hasta Abril de 1839: el general Espartero ocupa sus tropas en maniobras inútiles y movimientos inexplicables y contradictorios, primeramente, y despues permanece con ellas en Logroño sin intentar siquiera salir de la defensiva, ni aprovechar las divisiones que estallaran en el partido carlista. En aquellos momentos angustiosos, en que la confusion y el desórden imprescindibles en los ejércitos, cuando los impulsan la ambicion de unos ó la debilidad de otros de los encargados de dirigirlos, no hubiera sido difícil á Espartero penetrar en el territorio vasco-navarro, y hasta conseguir algunas ventajas. Pero el caudillo isabelino conocia que aquellos eran los primeros frutos del gérmen de la traicion, y se regocijaba con ello, porque veia los indicios seguros de la realizacion de su proyecto.

Maroto procuraba, entretanto, conquistarse la voluntad del ejército, exonerándole en cuanto fuera posible de la obediencia de todos, incluso el rey, y sujetándole á su capricho. Trescientos cincuenta jefes y oficiales fueron destituidos y enviados á los depósitos, reemplazándoles con otros afectos á Maroto: los batallones 1.° y 7.° de Navarra llegaron á serle

tan propicios, que puede decirse que no reconocian otra voluntad superior á la del general. Éste continuó su comenzada obra, separando poco á poco á todos los jefes navarros que gozaban alguna popularidad, fundando sus actos, siempre apoyados por el rey, aunque muchas veces contra su voluntad, ya en sospechas de traicion, palabra que empleaba frecuentemente Maroto, ya en la incapacidad que para semejantes cargos mostraran, segun él.

Cierto es que D. Cárlos pudo atajar el daño; pero no lo es ménos que la astucia de Maroto desconcertaba á los más hábiles; y áun fuera mayor la sorpresa y más grande la indignidad, más cumplida la traicion, si no infundiera con su afectado rigorismo el general rebelde sospechas de sus proyectos. Su ambicion le vendia, y sus propósitos fueron descubiertos á tiempo para evitar el daño, si D. Cárlos hubiese escuchado la voz de la lealtad, que le aconsejaba el castigo de Maroto.

En Lóndres se tenía conocimiento de lo que el general carlista se proponia, como lo atestigua la siguiente carta dirigida por un importante personaje á uno de los ayudantes del rey. Las noticias habian sido adquiridas por un confidente y amigo de lord John Hay, á quien éste habia enseñado su correspondencia con el coronel Lacy, acerca del asunto. La carta dice así:

«Lóndres 29 de Mayo de 1839.—Mi querido amigo: supongo que estará usted al corriente de todo lo que pasa, así como de la traicion de Maroto, que por el vil interes de una cantidad en dinero y la promesa de la capitanía general de la Habana, ha vendido á su patria, á su rey y á sus hermanos.

»De los partes oficiales que ha recibido este gobierno del

coronel Lacy, y que yo he visto, resulta que el rey se hallará muy pronto en la misma situacion que se encontró D. Miguel cuando se hizo el tratado de Evora-Monte.

»Parece que el Gobierno español queria encerrar á D. Cárlos en Ibiza: pero el ministerio inglés, más generoso, ha pasado notas pidiendo que se le permita fijar su residencia en Italia.

»En este momento deben haberse atacado ya todas las líneas para estrechar el terreno y hacer más fácil la ejecucion del plan convenido. He dado noticia de todo esto al gobierno del rey, y áun he remitido documentos justificativos por diversos caminos: pero parece que Ramirez de la Piscina se ha puesto de acuerdo con M. de L. para que se le entregue toda mi correspondencia. Nada llega á noticias del rey, que ignora absolutamente la suerte que le preparan, y yo no veo otro medio de salvacion que el que S. M., ó á lo ménos el príncipe, vayan á reunirse con los condes de España y de Morella. Cuando estén ocupadas las Provincias y entregado el rey, debe pasar Espartero á Aragon con un ejército de 80.000 hombres, para destruir al conde de Morella y en seguida al de España. Sólo Dios puede salvarnos: tengamos confianza en él, pero sería preciso un milagro para desbaratar los planes del arzobispo de Toledo y del capitan general de la Habana (pues ya sabrá usted que se han ofrecido estas dos dignidades al P. Cirilo y á Maroto), y demas asociados marotistas, que bien merecian tener la misma suerte que Quesada.

»He recibido cartas del cuartel real del 17, y son verdaderamente desconsoladoras, pues SS. MM. y AA. están cautivos, desesperados y sin un cuarto. El P. Cirilo ha hecho ir á Tartet el cuartel real, á fin de contraer un empréstito, pero

no creo que pueda conseguirse nada de él, pues es tan sagaz como S. E., y, aunque no es fraile, tiene más habilidad que la que el otro se imagina.

»D. Manuel Aznarez ha salido para París, donde se pondrá á la cabeza de la junta.

»El decreto dado para la devolucion de los bienes de los cristinos, es obra del P. Cirilo; le habia redactado aquí, y era una de las primeras medidas que debian ponerse en planta luégo que se hallase en el poder. Su amigo Chacon, ministro de Marina por el Gobierno de Madrid, ha caido, y esto es una felicidad para nosotros.

»Zea Bermudez se encuentra aquí, está mejor informado que nosotros de todo cuanto pasa en el cuartel real, y detesta á Maroto á causa de sus infamias.

»Otras muchas cosas pudiera decir á V., pero supongo que ya las sabe.—R. S.»

Hemos expuesto todos estos datos, y áun muchos más pudiéramos citar, si el temor de parecer enojosos á nuestros lectores no nos contuviera.

D. Cárlos y su familia habian salido para Elizondo cuando se presentaron los cristinos en las alturas de Urdax (14 de Setiembre de 1839). El regimiento Cántabro defendia las inmediaciones del pueblo, y rompió el fuego contra los enemigos. Supo el general Zavala que llegaba el general Espartero, y para librar á D. Cárlos del peligro que le amenazaba, envió uno de sus ayudantes.

Recibió D. Cárlos la noticia, y con la precipitacion que era consiguiente, dispuso lo más preciso para la marcha; montó á caballo, como asimismo la princesa de Beira y los

infantes, y colocada la real familia en el centro de una compañía de su guardia, segun disposicion de D. Cárlos, emprendieron la fuga con direccion á la frontera. El rey iba detras de todos, solo y melancólico, y alguna vez se quedaba á bastante distancia de los demas.

Poco más de cien pasos habrian andado, cuando hallaron al general Elío que se dirigia al punto de la accion, viniendo de su alojamiento, que estaba entre Urdax y la frontera. Detúvole, y previno al comandante de la guardia de infantería que volviese hácia donde se oia el fuego: opúsose D. Sebastian, y mandó á los soldados que siguiesen adelante; pero habiendo insistido Elío, tuvo que ceder el príncipe, y la compañía volvió á Urdax, donde Villarreal mandó que pusiesen los fusiles en pabellones cerca del convento. «No quedaban ya tropas carlistas en el pueblo, dice un testigo ocular, y llegaban los cristinos: el comandante de la guardia vió el peligro en que se encontraba, y no permitió á los soldados que dejasen las armas; pero, no sabiendo de quién recibir órdenes, y viéndose ademas sin refuerzo alguno ni más tropa que le sostuviese, y que los enemigos, en número muy crecido, se aproximaban, determinó abandonar su puesto y replegarse, pasando el canal, como así lo hizo, atrincherándose despues detras de una tapia, desde la cual hicieron los carlistas un vivísimo fuego que contuvo á los cristinos durante algunos breves momentos.» Elío y Villarreal llegaron por detras del pueblo, al oir el fuego de fusilería, y dispusieron que la guardia se retirase al puente de Urdax, como en efecto lo hizo. Allí formó Villarreal la guardia, y continuó el fuego hasta que se presentaron los cristinos, con bastante fuerza, sobre todo de caballería. La guardia continuó la retirada, y cerca

del puente, formada en batalla, permaneció durante el tiempo que emplearon en pasar todos; entónces Villarreal mandó que continuase la marcha hasta el puente.

Hospedóse la real familia, durante su permanencia en Urdax, en la casa de Sabatanca, y desde aquel punto envió Don Cárlos al baron de los Valles á Francia, para que se entendiese con las autoridades francesas con respecto á la entrada de la familia régia en aquella nacion.

Salió Saint-Silvaint inmediatamente, y con la premura que las circunstancias exigian llegó al puente de Lanchiriena, que está en la línea divisoria de la frontera; habló con el prefecto Mr. de Poyeneche, y con el comandante militar de la fuerza francesa de Ainhoa, y propuso al primero que pasase la frontera para entenderse con D. Cárlos acerca de su proyecto de entrada en Francia. Opúsose Mr. de Poyeneche, que este era el nombre del prefecto: pero aseguró á Saint-Silvaint (1) que serian muy bien recibidos los ilustres proscritos en el territorio frances.

Por otra parte fueron comisionados á Bayona, por D. Cárlos y el general Elio, el general Zabala y un brigadier, cuyo nombre no recordamos, ambos con el objeto de entenderse con las autoridades francesas con respecto á la entrada de D. Cárlos y su familia en aquel territorio. Pero no consiguieron sino respuestas análogas á las que Poyeneche diera á Saint-Silvaint, y el tiempo pasaba con harta celeridad. Los cristinos

(1) Saint-Silvaint, de quien en otro lugar nos hemos ocupado, fué distinguido por D. Cárlos con el título de baron de los Valles.

se hallaban muy cerca, y atacaban ya en el puerto de la Maya á las tropas de D. Cárlos, cuyo número era muy escaso.

No quedaba más remedio que entregarse incondicionalmente al arbitrio del gobierno de Luis Felipe; y así lo hicieron los régios consortes y los infantes, acompañados de algunas personas de su servidumbre hasta la frontera francesa. D. Cárlos hallábase abandonado por segunda vez, y desvanecidas sus esperanzas, que con tanta razon alimentara poco tiempo ántes de la perfidia de Vergara.

No le quedaban en España más que algunos valientes á las órdenes del conde de Morella, que, despues de luchar como buenos y resistir como héroes en aquellas comarcas por espacio de un año, hubieron de abandonar su noble empresa. El gobierno frances aguardaba á los emigrados con esa ansiedad de quien desea gozarse en la desdicha ajena. D. Cárlos y su familia entraban en Francia (14 de Setiembre) en medio del mayor desconsuelo. La princesa de Beira afectaba cierta tranquilidad que contrastaba con el abatimiento de D. Cárlos; era la vez primera que éste habia mostrado la amargura de su alma; su resignacion evangélica no dejaba lugar á comprender los dolores de su corazon. El príncipe D. Cárlos Luis, sereno y altivo, pisaba el suelo frances; y como á todos los de su familia despojasen de la espada, segun costumbre, los agentes de la autoridad francesa, en llegando á él, no pudo ménos de exclamar: «Eso nunca; los príncipes españoles no entregan de ese modo su espada.» Lo cual visto por los oficiales franceses, dejaron á D. Cárlos Luis su espada, interesados por su arrogante desembarazo y buena apariencia.

Pocos dias despues llegaban á Guetaria los ilustres proscritos. Seria la una de la tarde cuando entraron en territorio

frances. El marqués de Lalande, muy afecto á D. Cárlos, les aguardaba en la frontera y les acompañó á San Peé, luégo á Bayona, y desde allí á Burdeos. La comitiva formaba tres coches; en el primero iban D. Cárlos y Doña Teresa de Braganza, D. Cárlos Luis y el infante D. Sebastian: en el segundo, el ayudante de campo del infante, Vargas; el camarero de D. Cárlos, Villavicencio; la señora de Iglesias, dama de honor de la princesa de Beira, y un comisario de policía: en el tercer coche iban un ayudante de campo del general Harispe y tres criados de D. Cárlos. Poco tiempo despues se reunieron á la comitiva la señora viuda de Zumalacárregui, el conde de Casa Eguia, el marqués de Valdespina y el obispo de la Guardia.

En 19 de Setiembre hicieron su entrada en Perigneux á las once y media de la mañana, en medio de una multitud inmensa que les aguardaba con impaciente curiosidad. Mr. Romeu, prefecto del departamento, les esperaba tambien en la prefectura, cuyas habitaciones, dispuestas convenientemente, eran las destinadas á los régios huéspedes. D. Cárlos pasó el dia escribiendo, y solamente una hora dedicó á la compra de algunos objetos con que suplir á los que con la precipitacion habian abandonado en España.

La régia familia asistió y oyó misa en una capilla improvisada en un pabellon del jardin de la prefectura, habiendo celebrado el vicario general de la diócesis. Pocos momentos despues D. Cárlos y los que le acompañaban salieron de Perigneux, siguieron su camino por Limouges, y en 22 del citado mes (Setiembre de 1839) llegaron á Bourges. Una multitud inmensa aguardaba á los príncipes españoles, y les recibió con muestras de consideracion y afecto. Hospedáronse en

el hotel Panette, de antemano dispuesto para recibir á los ilustres proscritos, por órden de un secretario de la embajada española.

Bourges era la ciudad que el gabinete de las Tullerías eligió para residencia de los príncipes españoles, á pesar de haberles empeñado su palabra el general Harispe, á nombre de su gobierno, de que podrian vivir donde mejor les pareciese dentro del territorio frances. Este fué el primer atropello que «el rey de los tenderos,» como llamaban los franceses al Orleans, cometió con D. Cárlos y su familia: con respecto á la indigna conducta que observó despues, tanto con los augustos príncipes, como con los heroicos defensores de la causa carlista que entraron en Francia, hablaremos despues, si para ello encontramos oportunidad.

Hasta aquí los preliminares de la importante tarea que nos hemos propuesto; tarea honrosa por lo elevado del asunto, y porque la Historia de D. Cárlos de Borbon y de Este, y la de la rama legítima de su augusta casa, es el verdadero libro del pueblo español, que, á través de las miserias revolucionarias, se conserva unido y entusiasta en el sentimiento de sus venerandos principios religiosos y monárquicos, gérmen de sus pasadas glorias, y augusto lábaro que ha de guiarle á la restauracion de su grandeza.

CAPITULO VI.

La Ley Sálica.—La real familia en Bourges.—Trabajos diplomáticos.—Proyectos de abdicacion.—Abdicacion de Don Cárlos en el conde de Montemolin.

I.

No podemos ocuparnos de los importantes sucesos diplomáticos que desde esta época empezaron á tener lugar en Europa, preocupada con la cuestion de derecho en el asunto de la sucesion á la corona de España. Dos ramas de la ilustre familia de Borbon se disputaban durante siete años ese derecho; pero la suerte de las armas no siempre se inclina del lado de la justicia, si no la apoya la fuerza: y los heróicos sacrificios suelen inutilizarse con una miserable traicion.

La ley invocaban los defensores de Doña Isabel de Borbon: con la ley atestiguaba sus derechos D. Cárlos. Cuáles eran las leyes que cada cual de ambas parcialidades invocaba en su auxilio, vamos á exponer á continuacion: con respecto al análisis detenido en la cuestion de derecho, al final de esta obra, segun tenemos ofrecido, nos ocuparemos muy extensamente.

Pero, como queda dicho, necesario es el conocimiento de algunos antecedentes para el asunto de que vamos á ocuparnos en este capítulo.

Don Cárlos María Isidro, así como D. Cárlos Luis, é igualmente D. Juan Cárlos y el ilustre duque de Madrid, apoyaron sus pretensiones en la Ley sálica publicada por Felipe V en 1713, y cuyo texto literal es el siguiente: «Habiéndome representado mi Consejo de Estado las grandes conveniencias y utilidades que resultarian á favor de la causa pública y bien universal de mis reinos y vasallos de formar un nuevo reglamento para la sucesion de esta monarquía, por el cual, á fin de conservar en ella la agnacion rigurosa, fuesen preferidos todos mis descendientes varones por la línea recta de varonía á las hembras y sus descendientes, aunque ellas y los suyos fuesen de mejor grado y línea; para la mejor satisfaccion y seguridad de mi resolucion en negocio de tan grave importancia, aunque las razones de la causa pública y bien universal de mis reinos han sido expuestos por mi Consejo de Estado, con tan claros é irrefragables fundamentos que no me dejasen duda para la resolucion: y que para aclarar la regla más conveniente á lo interior de mi propia familia y descendencia, podria pasar como primero y principal interesado y dueño á disponer su establecimiento: quise oir el dictámen del Consejo, por la cual satisfaccion que me debe el celo, amor, verdad y sabiduría que éste como en todos tiempos me ha manifestado; á cuyo fin le remití la consulta de Estado ordenándole que ántes oyese á mi fiscal; y habiéndola visto y oídole por uniforme acuerdo de todo el Consejo se conformó con el de Estado; y siendo el dictámen de ambos Consejos que para la mayor validacion y firmeza, y para la

universal aceptacion concurriese el reino al establecimiento de esta nueva ley, hallándose éste junto en córtes, por medio de sus diputados en esta córte, ordenó á las ciudades y villas de voto en córtes remitiesen á ellos sus poderes bastantes para conferir y deliberar sobre este punto lo que juzgaren conveniente á la causa pública; y remitidos por las ciudades, y dados por estas y otras villas los poderes á sus diputados, enterados de las consultas de ambos Consejos, y con conocimiento de la justicia de este nuevo reglamento y conveniencias que de él resultan á la causa pública, me pidieron pasase á establecer por ley fundamental de la sucesion de estos reinos el referido nuevo reglamento, con derogacion de las leyes y costumbres contrarias. Y habiéndolo tenido por bien, mando que de aquí adelante la sucesion de estos reinos y todos sus agregados, y que á ellos se agregaren, vaya y se regule en la forma siguiente: Que por fin de mis dias suceda en esta corona el Príncipe de Asturias, Luis mi muy amado hijo, y por su muerte su hijo mayor, varon legítimo, y sus hijos descendientes varones legítimos y por línea recta legítima, nacidos todos en constante legítimo matrimonio, por el órden de primogenitura y derecho de representacion conforme á la ley de Toro: y á falta del hijo mayor del príncipe y de todos sus descendientes varones de varones que han de suceder por la órden expresada, suceda el hijo segundo varon legítimo del príncipe y sus descendientes varones de varones legítimos, y por línea recta legítima, nacidos todos en constante y legítimo matrimonio, por la misma órden de primogenitura y reglas de representacion sin diferencia alguna: y á falta de todos los descendientes varones de varones del hijo segundo del príncipe, suceda el hijo tercero y cuarto, y [illegible]

tuviere legítimos y sus hijos y descendientes, varones de varones, asimismo legítimos y por línea recta legítima, y nacidos todos en constante legítimo matrimonio por la misma órden hasta extinguirse y acabarse las líneas varoniles de cada uno de ellos; observando siempre el rigor de la agnacion, y el órden de primogenitura con el derecho de representacion, prefiriendo siempre las líneas primeras y anteriores á las posteriores; y á falta de toda la descendencia varonil líneas rectas de varon en varon del Príncipe, suceda en estos reinos y corona el infante Felipe, mi muy amado hijo, y á falta suya sus hijos y descendientes varones de varones legítimos, y por línea recta legítima, nacidos en constante legítimo matrimonio, y se observe y guarde en todo el mismo órden de suceder que queda expresado en los descendientes varones del Príncipe, sin diferencia alguna, y á falta del infante y de sus hijos y descendientes varones de varones sucedan por las mismas reglas y órden de la mayoría y representacion los demas hijos varones que yo tuviere de grado en grado; prefiriendo el mayor al menor, y respectivamente sus hijos y descendientes varones de varones legítimos y por línea recta legítima, nacidos todos en constante legítimo matrimonio; observando puntualmente en ellos la rigorosa agnacion y prefiriendo siempre las líneas masculinas primeras y anteriores á las posteriores, hasta estar en el todo extinguidas y evacuadas.

Y siendo acabadas íntegramente todas las líneas masculinas del príncipe, infante y demas hijos y descendientes mios legítimos varones de varones, y sin haber, por consiguiente, varon agnado legítimo descendiente mio, en quien pueda recaer la corona segun los llamamientos antecedentes, suceda

en dichos reinos la hija ó hijas del último reinante varon agnado mio, en quien fenecicse la varonía y por cuya muerte sucediese la vacante nacida en constante legítimo matrimonio, la una despues de la otra, y prefiriendo la mayor á la menor, y respectivamente sus hijos y descendientes legítimos por línea recta y legítima, nacidos todos en constante y legítimo matrimonio, observándose entre ellos el órden de primogenitura y reglas de representacion, con prelacion de las líneas anteriores á las posteriores, en conformidad de las leyes de estos reinos: siendo mi voluntad que en la hija mayor ó descendiente suyo que por su premoriencia entrare en la sucesion de esta monarquía, se vuelva á suscitar como en cabeza de línea la agnacion rigorosa entre los hijos varones que tuviere nacidos en constante y legítimo matrimonio, y en los descendientes legítimos de ellos; de manera que despues de los dias de la dicha hija mayor ó descendiente suyo reinante, sucedan sus hijos varones nacidos en constante legítimo matrimonio, el uno despues del otro y prefiriendo el mayor al menor y respectivamente sus hijos y descendientes varones de varones legítimos y por línea recta legítima, nacidos en constante y legítimo matrimonio, con la misma órden de primogenitura, derechos de representacion, prelacion de líneas y reglon de agnacion rigorosa que se ha dicho y queda establecido en los hijos y descendientes varones del príncipe, infante y demas hijos mios: y lo mismo quiero se observe en la hija segunda del dicho último reinante varon agnado mio y en las demas hijas que tuviere; pues sucediendo cualesquiera de ellas por su órden en la corona, ó descendiente suyo por su premoriencia, se ha de volver á suscitar la agnacion rigorosa entre los hijos varones que tuviere nacidos en legítimo

constante matrimonio, y los descendientes varones de varones de dichos hijos legítimos y por línea recta legítima nacidos en constante legítimo matrimonio; debiéndose arreglar la sucesion en dichos hijos y descendientes varones de varones, de la misma manera que va expresado, en los hijos y descendientes varones de la hija mayor hasta que estén totalmente acabadas todas las líneas varoniles, observando las reglas de rigorosa agnacion. Y en el caso que el dicho último reinante varon agnado mio no tuviere hijas nacidas en constante y legítimo matrimonio, ni descendientes legítimos y por línea legítima, suceda en dichos reinos la hermana ó hermanas que tuviere descendientes mis legítimas y por línea legítima, nacidas en constante legítimo matrimonio, la una despues de la otra, prefiriendo la mayor á la menor, y respectivamente sus hijos y descendientes legítimos y por línea recta, nacidos todos en constante legítimo matrimonio por la misma órden de primogenitura, prelacion de líneas y derechos de representacion, segun las leyes de estos reinos, en la misma conformidad prevenida en la sucesion de las hijas de dicho último reinante; debiéndose igualmente suscitar la agnacion rigorosa entre los hijos varones que tuviera la hermana ó descendiente suyo que por su premoriencia entrare en la sucesion de la monarquía, nacidos en constante legítimo matrimonio, y entre los descendientes varones de varones de dichos hijos legítimos y por línea recta legítima, nacidos en constante legítimo matrimonio, que deberán suceder en la misma órden y forma que se ha dicho en los hijos varones y descendientes de las hijas de dicho último reinante; observando siempre las reglas de la rigorosa agnacion. Y no teniendo el último reinante hermana ó hermanas, suceda en la corona el trasversal

descendiente mio legítimo y por la línea legítima, que fuera *proximior* y más cercano pariente del dicho último reinante, sea varon ó sea hembra, y sus hijos y descendientes legítimos y por línea recta legítima nacidos todos en constante y legítimo matrimonio, con la misma órden y reglas que vienen llamados los hijos y descendientes de las hijas del dicho último reinante: y en dicho pariente más cercano varon ó hembra que entrare á suceder, se ha de suscitar tambien la agnacion rigorosa entre sus hijos varones nacidos en constante legítimo matrimonio y en los hijos y descendientes varones de varones, de ellos legítimos y por línea recta legítima nacidos en constante legítimo matrimonio, que deberán suceder con la misma órden y forma expresados en los hijos varones de las hijas del último reinante, hasta que sean acabados todos los varones de varones, y enteramente evacuadas todas las líneas masculinas. Y caso que no hubiere tales parientes trasversales del dicho último reinante, varones ó hembras, descendientes de mis hijos y míos, legítimos y por línea legítima, sucedan á la corona las hijas que tuviere nacidas en constante legítimo matrimonio, la una despues de la otra, prefiriendo la mayor á la menor y sus hijos y descendientes respectivamente, y por línea legítima, nacidos todos en constante legítimo matrimonio, observando entre ellos el órden de primogenitura y reglas de representacion, con prelacion de las líneas anteriores á las posteriores, como se ha establecido en todos los llamamientos antecedentes de varones y hembras; y es tambien mi voluntad que en cualquiera de dichas, mis hijas ó descendientes suyos que por su premoriencia entraren en la sucesion de la monarquía, se suscite de la misma manera la agnacion rigorosa entre los hijos varones de los que

entraren á reinar, nacidos en constante legítimo matrimonio, y entre los hijos y descendientes varones de varones, de ellos legítimos y por línea recta legítima, nacidos todos en constante legítimo matrimonio, que deberá suceder por la misma órden y reglas prevenidas en los casos antecedentes, hasta que estén acabados todos los varones, y fenecidas totalmente las líneas masculinas; y se ha de observar lo mismo en todas y en cuantas veces, durante mi descendencia legítima, viniese el caso de entrar hembra, ó varon de hembra en la sucesion de esta monarquía, por ser mi real intencion de que en cuanto se pueda, vaya y corra dicha sucesion por las reglas de la agnacion rigorosa. Y en el caso de faltar y extinguirse enteramente toda la descendencia mia legítima de varones y hembras nacidos en constante legítimo matrimonio, de manera que no haya varon ni hembra descendiente mio legítimo y por líneas legítimas que pueda venir á la sucesion de esta monarquía, es mi voluntad que en tal caso, y no de otra manera, entre en la dicha sucesion la Casa de Saboya, segun y como está declarado y tengo prevenido en la ley últimamente promulgada, á que me remito. Y quiero y mando que la sucesion de esta corona proceda de aquí en adelante en la forma expresada, estableciendo esta por ley fundamental de la sucesion de estos reinos sus agregados, y que á ellos se agregasen, sin embargo de la ley de partida y de otras cualesquiera leyes y estatutos, costumbres y estilos y capitulaciones ú otras cualesquier disposiciones de los reyes mis predecesores que hubiere en contrario, las cuales derogo en todo lo que fuere contrario á esta ley, dejándolas en su fuerza y vigor para lo demas; que así es mi voluntad.»

Fué esta ley promulgada en todo el reino y con cuantas

formalidades pudieron exigirse, y las potencias europeas aprobaron igualmente la dicha ley, como garantía de los tratados concluidos. Interes era de todas y cada una de ellas que no se faltase en un punto á lo dispuesto por Felipe V con respecto á la sucesion en la corona. Sin embargo, si bien algunas cumplieron con su sagrado compromiso, no atendieron otras, dominadas por la revolucion, ó ménos sujetas á la obligacion mutuamente establecida, á la justicia de las pretensiones y á la legalidad de la causa carlista.

Fué una de ellas la Francia, en cuyo seno la revolucion habia entronizado á la ilegítima rama de los Orleans, tan funestamente célebre en aquella nacion. Luis Felipe, usurpador del trono frances, no podia hallarse conforme con los principios de la legitimidad en España: y por cierto que no dejó de manifestar su aversion á la causa de D. Cárlos María Isidro, contribuyendo poderosamente á desbaratar los planes de casamiento de D. Cárlos Luis con Doña Isabel de Borbon, como á la realizacion del de su hijo el duque de Montpensier con Doña Luisa Fernanda, hermana de Doña Isabel.

II.

La familia real hallábase en Bourges en la *Maison Panette*, edificio triste é indigno de los príncipes á que fué destinado por el gobierno francés, que pagaba por aquellas habitaciones una suma crecidísima. Más parecia una prision que un alojamiento el que se ofrecia á los ilustres proscritos: dig-

na representacion de su disgusto y pesar, en aquellos muros se leia la dolorosa historia del tiempo trascurrido, para no volver jamás.

Don Cárlos introdujo en sus habitaciones aquel órden riguroso que se observaba en todos sus actos, palabras y costumbres. Levantábase á las siete, y despues de oir misa se consagraba al despacho de sus negocios. Comia á las dos en union de su familia, y con ella salia despues á pasear por los alrededores de la ciudad. Las primeras horas de la noche pasaba jugando al tresillo; á las diez y media rezaba el rosario con su esposa é hijos, y á las once cenaba.

Don Cárlos Luis habitaba en el primer piso de la *Maison Panette*. Su primera ocupacion, apenas se levantaba, era hacer una visita á su padre y besarle la mano. Despues pasaba el dia en el estudio de varias ciencias, y muy principalmente las matemáticas, en las que le dirigia D. Juan Montenegro, ó tocando el piano, ó en la direccion de artillería establecida en Bourges. Los oficiales invitaban con frecuencia al príncipe y á su director Montenegro á presenciar los ejercicios y maniobras que les ocupaban algunas veces: y en más de una el ilustre príncipe mandó con gran acierto, invitado por los jefes del honroso cuerpo de artillería, los ejercicios y manejo de las piezas.

Era D. Cárlos Luis muy afecto á esta clase de estudios, y con gran aprovechamiento los hacia, merced á su claro talento y á la inteligente direccion de Montenegro. En las horas de descanso ocupábase en jugar al billar con D. Sebastian, ó con algun otro de la familia; ó salia á pasear á pié acompañado de Montenegro, ó á caballo, en compañía de su ayuda de cámara Garcia Martin, ejercicio muy del agrado

del príncipe, que ya desde su menor edad se contaba por uno de los mejores ginetes.

La princesa de Beira, ménos afectada que D. Cárlos por los sucesos de la guerra en España, ó más resignada con la desdicha, procuraba, imitando á su inolvidable hermana Doña Francisca, atenuar el disgusto de su esposo. La tristeza que respiraba la *Maison Panette* aumentaba la de aquella ilustre familia, sola y proscrita, desposeida de un trono y expulsada de su patria.

Las habitaciones de los príncipes en aquella casa se hallan descritas en los siguientes párrafos de un diario francés contemporáneo:

«Un secretario de la embajada de España, que habia llegado á Bourges hace algunos dias, ha dirigido todos los preparativos que se han hecho en el *Hôtel de Panette*, para acomodarlo á su nuevo destino. El precio de alquiler de la casa, inclusos los muebles, ha sido ajustado en 2.500 francos mensuales; en estos muebles no van comprendidos la vajilla de plata, la ropa de mesa y cama ni la loza. Se ha estipulado ademas que en caso de que D. Cárlos dejase la casa ántes de concluirse el octavo mes, se pagará al propietario una suma de 3.000 francos en calidad de indemnizacion.

»Los preparativos que se han hecho en el *Hôtel de Panette* demuestran claramente el celo que despliega el propietario para hacer que su casa sea digna del ilustre huésped que debe honrarla con su presencia.....

»La casa, en toda su longitud, tiene vista á un patio y un jardin de bastante extension. Hé aquí la distribucion del cuarto bajo que da al jardin: recibimiento, comedor, [illegible]

salon y en seguida el cuarto de la princesa de Beira, el tocador y sus dependencias. Estos aposentos, todos en una misma fila, son muy altos de techo y están admirablemente dispuestos para recibir á la familia real.

»Una ancha escalera de piedra conduce al cuarto principal, en el cual está dispuesto el cuarto de D. Cárlos, y varias piezas para su servicio.

»Un corredor muy largo conduce al cuarto destinado para el príncipe de Asturias. Ademas hay varios aposentos para la servidumbre.

»La parte del edificio del lado del patio la habitará el infante D. Sebastian, no siendo, por cierto, la ménos agradable, pues tiene vistas al campo y á la ciudad.

»Entre los muchos *hotels* que encierra la ciudad de Bourges, el de *Panette* era seguramente bajo todos conceptos uno de los que podian por su situacion servir dignamente de habitacion para esa noble y desgraciada familia. La proximidad de la catedral y del arzobispado no era indiferente para Don Cárlos. El patio y el jardin están muy bien ventilados y al abrigo de toda mirada curiosa é imprudente. Finalmente, la situacion al Mediodía debe tener cierto encanto á los ojos de Don Cárlos, acostumbrado á la temperatura de un clima ardiente (1).»

Otro periódico frances decia que la Maison *Panette* era indigna de hospedar á tan ilustres viajeros: esta fué la opinion general de la prensa.

---

(1) *Journal du Cher.*

«Cuanto se ha dicho del aspecto triste de *Panette* es muy inferior á la realidad, decia el referido periódico (1). El jardinillo colocado al extremo de un patio estrecho, hace más sombría la fachada de aquella mansion, que participa á un mismo tiempo de cárcel y sepulcro.»

«El *Hôtel de Panette*, se leia en otro diario, donde vive Don Cárlos, es un edificio mezquino, digno apenas de un pequeño comerciante. El cuarto en que habita el *príncipe de Asturias* lo ocupaba anteriormente uno de los criados del propietario de la casa (2).» Estas fueron las consideraciones, y este el alojamiento que merecieron al secretario de la embajada de España los ilustres proscritos.

Pero si áun en la emigracion les perseguia la mezquina saña de sus enemigos, el pueblo frances recibió con cariñosa deferencia á los infortunados príncipes, y el digno clero le manifestó sus simpatías y consideracion. En una carta inserta en la *Gazette de France*, fechada en Bourges á 20 de Setiembre, se leia lo siguiente:

«Me apresuro á decir á ustedes que la fiesta de San Miguel, ese aniversario doblemente grato para los realistas, ha sido celebrado aquí con pompa: parecia que todos los habitantes de esta ciudad y de los alrededores se habian citado para reunirse en nuestra antigua y magnífica catedral: hace mucho tiempo que no se habia visto tanta afluencia de fieles. Sabíase que la familia real de España asistiria á la misa ma-

(1) *La Mode*, periódico legitimista, dirigido por el vizconde Walsh, que visitaba frecuentemente á D. Cárlos y su familia.

(2) *Le Messager*.

yor: desde la mañana, las calles por donde debia pasar Cárlos V, la reina y los dos príncipes (1), estaban invadidas por el pueblo, ansioso de admirar aquella augusta familia. Á las diez ménos cuarto, el coche de monseñor Villele ha ido á buscar á las nobles víctimas de la traicion, y las ha llevado al paso á la iglesia metropolitana, en medio de una multitud que no cesó de mostrar sus simpatías á la familia real.

»El rey, la reina, el príncipe de Asturias y el infante Don Sebastian han sido recibidos en la puerta principal de nuestra basílica por el señor arzobispo, quien les ha ofrecido el agua bendita y les ha conducido al sitio que se les habia preparado en el coro, en frente de la silla arzobispal. Es imposible describir la impresion que produjo en la numerosa concurrencia la devocion y el recogimiento del rey y de la reina de las Españas. Arrodillados sobre las frias losas del santo templo, SS. MM. rogaban al Todopoderoso que se apiadase de sus perseguidores.

»En una misa que se celebró en su propia casa, la familia real habia recibido la comunion de mano de sus capellanes. Al salir de misa SS. MM., han sido conducidos otra vez al *hotel Panette*, en medio del pueblo, que con su respeto manifestaba todo el interes que toma en tan grandes infortunios. El rey y la reina han expresado lo satisfechos que estaban de la acogida que han recibido del pueblo de Bourges.»

La existencia que la augusta familia arrastraba en su cárcel de Bourges, no podia ser más enojosa ni más humillante. Carecian de libertad para disponer de sus propias personas; y

(1) Don Cárlos Luis y D. Sebastian.

cada vez que intentaban obrar segun su libre albedrío, hallaban la impertinente vigilancia de la policía de Luis Felipe, erigido á su vez en el primer esbirro del gobierno de Doña María Cristina. Frente á la *Maison Panette* se colocó, en una casa particular, un piquete de gendarmes, encargado de la custodia de D. Cárlos. Si salia á paseo, iba precedido de batidores montados, y seguido de una guardia de vista que marchaba al mismo paso que el príncipe ó su carruaje, viéndose obligados algunas veces los que la formaban, que eran infantes, á correr detras del coche de los ilustres prisioneros.

Inquirian cuidadosamente el objeto de las visitas que diferentes personas hacian á D. Cárlos; y cuando no eran del país, empezaban por averiguar con impertinente descaro quiénes eran, y qué fin les guiaba á Bourges. Si pasaba un dia sin que los príncipes, y particularmente D. Cárlos, salieran á su acostumbrado paseo fuera de la ciudad hasta la distancia de un cuarto de legua próximamente, segun hacian de ordinario, en aquella misma noche, ó á la siguiente mañana, hallaban los esbirros un pretesto para llegar hasta la misma habitacion de D. Cárlos alguna vez, ó enterarse por medio de alguno de los individuos de la real familia, de cuál habia sido la causa de no haberse visto en el dia anterior al ilustre proscrito.

Semejante existencia solamense endulzaban los cariñosos consuelos de algunos notables personajes que de Rusia, Austria, Francia, España é Inglaterra llegaban á Bourges á visitar á la noble é infortunada familia. El clero de Bourges, incluso el dignísimo prelado Monseñor Villele, visitaban tambien con frecuencia á D. Cárlos, dándole testimonios de su afecto y veneracion, pues tal era el respeto que aquel virtuoso y noble príncipe les infundia.

Deseaba D. Cárlos poner fin á tan monótona é infortunada vida; y valiéndose de la influencia de algunos de sus amigos y agentes, solicitó del gobierno frances que le permitiese salir de aquel reino y trasladarse á un punto de Alemania, en que su esposa tenía un pingüe patrimonio; pero no consintió en ello el implacable Luis Felipe. Tenía en su poder la rama más robusta del legitimismo, y no queria desprenderse de ella; ademas, de su conducta con respecto á los ilustres príncipes dependia el éxito de sus proyectos acerca de la viuda de Fernando VII, relativos á la famosa cuestion de matrimonios de las infantas Doña Isabel y Doña Luisa Fernanda.

La guerra concluyó en España; los últimos heroicos esfuerzos de los caudillos carlistas que permanecian en la Península fueron infructuosos; el conde de Morella, Balmaseda, Palacios, Arnau y otros varios lucharon como buenos durante algunos meses; pero la superioridad del número, la posicion que ocupaban, la diferencian de recursos con que podian contar, daban al enemigo inmensas ventajas; y en 17 de Octubre ya no quedaba en España un solo carlista con las armas en la mano. Á 41.000 ascendia el número de los que entraron en Francia en diferentes ocasiones. El gobierno del Orleans se ensañó tan cobardemente con los emigrados, que más pudo decirse que los trató como á prisioneros. Su conducta fué severamente censurada por todas las naciones, y hasta el pueblo frances protestó de semejantes muestras de poca cultura y civilizacion, acogiendo á los carlistas con la fraternidad que pudiera á sus propios compatriotas; los legitimistas franceses neutralizaron con los innumerables rasgos de su bondad las incalificables disposiciones de Luis Felipe.

III.

La cuestion española habia preocupado los ánimos de todas las potencias; entre ellas algunas hallábanse en situacion análoga, si bien no produjeron el resultado de una lucha civil, á excepcion de Portugal, que tambien sufrió tan terrible azote. Inglaterra, ademas de tener en su trono una hembra, habia apadrinado, y tal vez por esta causa, y reconocido al Gobierno de Isabel de Borbon. Portugal habia combatido tambien, de una parte por la legitimidad, de otra parte por la llamada monarquía constitucional. El resultado fué análogo en aquel reino al que tuvo en España. El gobierno frances era el gobierno de un advenedizo, de un usurpador, y por necesidad enemigo de los legitimistas.

Las potencias del Norte conservaban casi en su pureza el sistema monárquico tradicional; el vírus ponzoñoso de la reforma politica revolucionaria no se habia inoculado todavía en el corazon de aquellos pueblos, y áun hoy no ha producido todos los frutos que pudieran esperarse, á pesar de los síntomas que se notaron en los últimos años. La Italia, dividida en estados pequeños, pero robustos é independientes en su mayor parte, sentia apénas los gérmenes de la reforma filosófica y social. Roma se conservaba libre todavía de las amenazas de las furias revolucionarias. Esta era, rápidamente considerada, la situacion de las potencias europeas.

Por desgracia del legitimismo español, los gobiernos que más próximos teniamos se hallaban impulsados por la corriente revolucionaria, como lo atestiguaron frecuentes con-

mociones y trastornos, en que los principios esparcidos en los pueblos por el huracan de la Francia republicana del 93 fructificaban á la sombra de gobiernos tambien afectos á la revolucion, como nacidos en ella y por ella: gobiernos demasiado débiles ó sobradamente pérfidos para sacrificar sus intereses á los de las naciones que regian y pueblos que dejaban extraviar. Las sombras monárquicas que en España y Portugal ocupaban el solio respectivo; el sarcasmo de monarquía que en Francia rodeaba á Luis Felipe, verdadero tirano de los tiempos modernos, pero no monarca; gobiernos cuya fuerza moral consistia en la arbitrariedad democrática, la más injusta y la más tiránica de todas las tiranías; pueblos fraccionados por esos mismos hombres, más atentos al triunfo de sus ideas políticas, cuando no al logro de sus ambiciosos fines, que á la felicidad de su patria; una prensa tan fácil en la calumnia de sus enemigos políticos, como servil en la adulacion de sus correligionarios; ejércitos numerosos y malcontentos: penuria en el Tesoro; temores de cambios políticos; éstas eran las circunstancias en que se hallaban las naciones del Mediodía de Europa, tales los elementos desorganizadores con que contaban.

La cuestion española entrañaba, ademas de la del derecho público internacional, la cuestion de principios políticos, más raquítica, pero más atendida por los gobiernos desgraciadamente, y quizá por los pueblos. Francia no podia ver entronizarse en nuestra nacion el sistema absolutista, que tanto asustaba á los revolucionarios, y acerca del cual tales absurdos se propalaban. «Don Cárlos en el trono, decia Luis Felipe á Guizot, significa el oscurantismo y la tiranía más insoportable; el partido legitimista frances sólo aguarda ese momento

para levantar la cabeza, y es preciso, á todo trance, *sean cuales fueren los medios*, hacer que desaparezca D. Cárlos de la escena política. Él representa las ideas de esa *inmensa mayoría* de la Francia, y puede decirse que es el campeon en quien el absolutismo tiene puestos sus ojos.»

Aspiraba el Orleans a estrechar los vínculos de amistad que le unian á María Cristina, con la cual mediaron importantes correspondencias; en ellas proponia el frances á la napolitana el enlace de las dos ramas, por medio de los matrimonios del duque de Aumale con doña Isabel, y del de Montpensier con doña Luisa Fernanda: y no desagradaban á Cristina los proyectos de Luis Felipe.

Inglaterra tomaba cartas en el asunto, y amenazaba con ayudar á D. Cárlos en una nueva lucha si á tal proposicion daba su asentimiento el Gobierno de Madrid. Estas amenazas detenian á la ambiciosa y astuta regente, que consideraba como mal enemigo al reino de la Gran Bretaña.

Nápoles consideraba como atentatorio á derechos de familia un enlace tan desastroso, pudiendo verificarse con miembros de la rama legítima de los Borbones. Las potencias del Norte significaban tambien su disgusto por medio de sus periódicos, y en todas partes se manifestaba la oposicion á los Orleans, cuyas hazañas tristemente célebres cuenta la historia.

IV.

En tal situacion, no faltaba quien, conociendo las dificultades con que D. Cárlos habia de luchar para resucitar el amortiguado espíritu de los pueblos, esquilmados por la pa-

sada guerra, aconsejábale que abdicase sus derechos en el príncipe su hijo, medio más hábil, segun ellos, de poner fin á las discordias civiles y de conseguir sin mengua ni daño de ninguna de las partes llegar al fin apetecido.

Repugnaba á D. Cárlos semejante acto, y no por falta de amor á su hijo, á quien con delirio queria, si que, comprendiendo que un rey carece del derecho de abdicar una corona, y téngase esto bien presente, porque en su lugar oportuno lo demostraremos; y temeroso de aparecer, aunque tal consideracion no le detuviera, como abjurando su dignidad, en cambio de una tolerancia y un perdon que no podia sin mengua tolerar, y que no solicitaba.

Ya en el mismo sentido habian trabajado los marotistas, primeramente acerca de D. Cárlos María Isidro, y despues secretamente para convencer al príncipe: mas ni el primero ni el segundo consintieron en semejante cosa. «Repugnaba al virtuoso príncipe tal idea, dice un escritor muy conocido, puesto que tenia la ambicion de hacer feliz y poderosa á España con su paternal gobierno, y que se veia con fuerzas bastantes para concluir felizmente la guerra que seguia como un deber de conciencia, y que á un punto tan lisonjero habia llevado el entusiasmo con que los pueblos pronunciaban su nombre venerado. Se ha dicho que D. Cárlos llegó á estar receloso de su hijo por las sospechas que le hicieron concebir de que la faccion llamada *marotista* trataba de formar á favor de D. Cárlos Luis un partido que le elevara al poder. A esto se ha atribuido el que D. Cárlos no tratara, como acostumbran los reyes en tales casos, de presentar á las tropas á su hijo y de hacer popular su nombre, á pesar de merecerlo por su valor militar y por las demas prendas que le distin-

guian. Pero el valiente y honrado jóven, léjos de prohijar tal idea, ni de fomentar con sus actos y con su conducta las intenciones de los *marotistas*, la rechazó con indignacion y dió muestras de su fidelidad como súbdito y de su amor como hijo en la entrevista que se dice haber tenido con D. Rafael Maroto, quien le pedia que se pusiera al frente del ejército para salvar la causa. Cuando D. Cárlos le hubo declarado traidor y reunió en palacio un consejo para resolver la conducta que debia seguirse con el rebelde general, su hijo primogénito se ofreció, aunque no fué admitida la propuesta, á proceder á la captura del que más tarde habia de ser el asesino de su causa.

Circularon rumores insistentes acerca del famoso plan de abdicacion formado por los parciales de Maroto y por algunos hombres del partido carlista, que de buena fe, y seducidos por el traidor general, apoyaban el proyecto de hacer pasar los derechos á la Corona de España en el príncipe de Asturias, D. Cárlos Luis. Á este intento se formuló el manifiesto de abdicacion, que se habia de presentar á D. Cárlos, obligándole á que le firmase, si voluntariamente no lo hacia.

El manifiesto se hallaba concebido en los siguientes términos:

Españoles! Seis años de desgracias y de disgustos de todo género han fatigado mi espíritu, llenado de amargura mi corazon y agotado mis fuerzas, á punto de haberme resuelto á trocar, por una vida tranquila, la de combates é intrigas que he recorrido hasta aquí: con este fin, y habiendo oido el parecer de los consejeros de mi Corona, he resuelto abdicar, espontáneamente, en favor de mi muy amado hijo el príncipe

de Asturias, D. Cárlos Luis María de Borbon y Braganza, para que desde hoy en adelante ejerza la soberanía que yo habia heredado de mis antecesores, conforme á las antiguas leyes, usos y costumbres de la monarquía.

»Ordeno y mando á mis consejeros, prelados, eclesiásticos, jefes y oficiales de los ejércitos de mar y tierra, que guarden y hagan guardar esta mi real resolucion, que creo conforme á los decretos de la Providencia y al interes de mis queridos vasallos. Tendreislo entendido, etc.....»

No contento Maroto con sus propios esfuerzos para conseguir este fin que se proponia, procuró interesar en su favor con el mismo objeto á Luis Felipe, enviando al efecto á París á M. Duffau-Pauillac, su ayudante de campo y oficial frances al servicio de D. Cárlos. Celebró éste varias conferencias con el mariscal Soult, ministro de Negocios extranjeros, y presidente del Consejo de ministros: y, pocos dias trascurridos, escribia á Maroto desde Arrmendiaga la contestacion del mariscal, de acuerdo con Luis Felipe. En los siguientes párrafos que trascribimos, se halla lo más importante de la carta citada:

«S. M. y yo recibiremos con gusto, reconocimiento, irrevocablemente y como de oficio formal, *l'ouverture* que su general nos hace verbalmente por usted, pero su general nos ha de hacer por escrito, y encargar un personaje español de su eleccion, para pasar desde luégo al tratado definitivo: nuestra resolucion no puede cambiar, y el rey y yo deseamos veremos con gusto que usted acompañe dicho personaje, para que no se renueven las dificultades que hemos vencido juntos, y acelerar la conclusion deseada.

»Afligidos profundamente del estado infeliz á que ha llegado España, digna de mejor suerte, el rey y yo..... no repararemos en ningun sacrificio para retirar á este feliz é interesante país del abismo en que está sumergido..... Esta resolucion es séria y firme; pero su general comprenderá que no nos podemos echar *en enfants perdu* en proyectos aventurosos, y es preciso que sepamos ántes (1):

»1.° Si D. Cárlos y la duquesa de Beira renunciarian al trono, obligándonos en tal caso á poner á su disposicion toda residencia que se sirvieran escoger en cualquier parte que fuera, fuera de España, y á tratarles con todo el decoro que les corresponde.

»2.° Obligándonos desde luégo á obligar á Doña María Cristina á salir tambien sin retraso de España y *al casamiento del príncipe de Asturias con Doña Isabel, como rey y reina*, gobernando en nombre colectivo, si fuera necesario, para no irritar ningun partido.

»Si la renuncia de D. Cárlos y de su augusta esposa no venian de su propio movimiento, al ejemplo del emperador Cárlos V para salvar su país y conservar la paz, la religion y la corona á su familia; las influencias de su general y otras personas considerables, como el P. Cirilo y Gil, etc....., los portarian á ello por los medios más convenientes; haciéndoles entender que una batalla perdida ó una sublevacion harian las dificultades invencibles.

---

(1) Esta carta estaba escrita en castellano, aunque nada bueno, y la trascribimos con todos sus disparates, faltas de sentido y palabras impropias.

»El príncipe de Asturias llegado al trono, una ley arreglaria la sucesion, como lo fué anteriormente, para evitar toda nueva revolucion.»

Estos trabajos del indigno general quedaron sin resultado, tanto por la oposicion de D. Cárlos y Doña Teresa de Braganza, como por la negativa de D. Cárlos Luis á toda transaccion con que pudiera perjudicarse al honor de un padre y al suyo propio, á los legítimos derechos y á la posesion del trono por su querido padre, que tan digno de él consideraba el príncipe, y á quien, como rey y como á padre, respetaba y queria.

Sin embargo, esta opinion habia cundido: tal era la conciencia de la legitimidad de D. Cárlos que tenian los defensores de Doña Isabel, que no solamente durante el período de la guerra, y para terminarla, se pensó en proponer á D. Cárlos tal convenio, y áun en realizarle, si posible fuera, á despecho de él; si que, despues de terminada la lucha, cuando ya no obraba el temor sobre los constitucionales, continuó agitándose el proyecto de union de ambas ramas, por medio del matrimonio del príncipe con la infanta Isabel.

El conocido hombre político, marqués de Miraflores, decia en el Senado (30 de Diciembre de 1844): «Un gran proyecto de transaccion tuvo orígen en los campos de Vergara: yo pienso, señores, que este acto célebre no se ha examinado todavía con toda la filosofía y detenimiento que exige su importancia. Digo esto, porque veo dos cosas en la transaccion de Vergara; las proposiciones hechas en Miravelles, que fueron base de la convencion, y la convencion misma. La transaccion de Vergara, propuesta en Miravelles, fué indudablemente una

gran transaccion. Los jefes del partido carlista proponian la transaccion de la cuestion política, desechando la Constitucion, y subrogándola con Córtes por Estamentos. Proponian la transaccion en la cuestion de sucesion, y cómo? Con el matrimonio de la reina con el hijo primogénito de D. Cárlos, debiendo en un mismo dia salir del territorio español la reina gobernadora y el mismo D. Cárlos. Y se propuso por último la transaccion entre los individuos; es decir, que se reconociesen los grados, honores, condecoraciones, etc.....»

Queria con este recuerdo el marqués de Miraflores hacer notar cuánta era la importancia del convenio celebrado, y cuán poca habia merecido á los llamados liberales; que solamente en la parte que se referia á los individuos se cumpliera, faltando á lo más importante el general Maroto, y consintiendo que la cuestion de derecho desapareciese ante la cuestion de conveniencia particular. Siquiera hubiese atendido, cuanto cabia en su traidora venta, á los legítimos derechos del príncipe, áun violando los de su padre, cuya legitimidad era preferente; si hubiera conseguido el rebelde caudillo que en algo se estimaran las justas reclamaciones de D. Cárlos, sin borrar la mancha que en su honra echara, habria aminorado la odiosidad que atrajo sobre sí, ocultando mejor sus verdaderos designios.

«Á pesar de las calumnias que acerca del carácter de Don Cárlos han propalado sus detractores tachándole de egoista, el augusto monarca, si vaciló un momento en asentir á una renuncia que juzgaba con harta razon como una trama, cuyas consecuencias habrian de ser la perdicion y la ruina de su hijo, su muerte tal vez, creyendo luégo que se trataba de un proyecto de buena fe y de utilidad para devolver la paz y la

felicidad á su patria, *autorizó á sus emisarios en París para que concertasen en aquel sentido lo más conveniente.* Pero los del Gobierno de Madrid, que no obraban con tan buena fe, negáronse á todo contrato, para lo cual decian no estar autorizados, y que solamente su deseo de restablecer la paz les impulsaba á la oficiosidad que manifestaran (1).»

Y no solamente D. Cárlos se inclinaba durante algun tiempo á semejante convenio, si que sus consejeros tambien; hasta los que eran tachados de intransigentes y enemigos de toda conciliacion, siempre que no tuviera por base la monarquía de D. Cárlos V, manifestaron á éste su opinion favorable á la transaccion que se les proponia, siempre que no quedasen completamente incapacitados el rey y sus descendientes, ó éstos siquiera, en el arreglo que se llevase á cabo.

Pero como nunca tuvieron otro intento los representantes del Gobierno de Madrid que el de ganar tiempo y disponer los ánimos en favor de la paz, bien para llevar á cabo el proyecto meditado, ó para conseguir el asentimiento de los carlistas, si los sucesos de la guerra eran desfavorables á los isabelinos, y la necesidad los obligaba á éstos á realizar el convenio formalmente; como nunca intentaron otra cosa, no llegaron á ponerse de acuerdo con los emisarios de D. Cárlos. Por esta razon, cuando Maroto le propuso que abdicase, que asintiera á sus opiniones en obsequio de la paz; cuando con mentidos halagos é hipócritas palabras trataba de arrancarle su aprobacion á los inícuos planes que fraguaba, haciéndoles aparecer siempre bajo el más lisonjero y natural aspecto, el rey, indig-

---

(1) Datos debidos al señor brigadier D. F. G.

nado, rechazó las proposiciones de Maroto; y el rebelde general prescindió fácilmente de la cuestion de derecho y legitimidad al celebrar el convenio, para conseguir el resultado que lisonjeaba á su ambicion.

Imprudente conducta! mezquinos móviles que la formaron, traidores fines y funestas consecuencias! ¿Juzgó por su desgracia el general Maroto ocupar despues el primer puesto de honor al lado de Doña Isabel? ¿Creyó que desbancaria á su amigo el general Espartero? ¿Soñó, tal vez, en su delirante vanidad, que la España reconocida le tributase los honores del primer patricio? ¿Pensó que la Europa le estimara como el primero, el más hábil político de su nacion? Errores que el tiempo se encargó de desvanecer en breve, aherrojando al apóstata á una mísera postracion y olvido. Sus amigos antiguos le maldijeron, y sus anteriores enemigos le despreciaron. Léjos de España, que ni áun quiso la Providencia, inexorable con los traidores, que ni áun hallase su cuerpo sepultura en su querida patria, si amor patrio cabe en el desleal, y que, apartado y oscurecido, se hallara en el postrer momento de su vida abandonado de todos, solo con su remordimiento. Villareal, Urbiztondo, cuantos en aquella perfidia tomaron una parte principal, sucumbieron despues en extrañas condiciones. Y es que la justicia de Dios persigue al ingrato, al apóstata y al traidor, como á séres que manchan con su contacto la pureza de los pueblos y las brillantes páginas de la humana historia.

V.

Hallábase D. Carlos sin fuerzas para renovar sus pretensiones, mas no perdida la conciencia de su derecho. Si aun

nueva guerra estallaba, no sería ya D. Cárlos animoso guerrero, cuya heroica resignacion le hiciera superior á los peligros y enérgico en los momentos de la lucha. Esto conocia él perfectamente, y no ocultaba sus sentimientos á ninguno. «Estoy más viejo que parece, decia el rey en una ocasion á su confesor, y es preciso pensar más en el reino de arriba que en el de abajo.»

Deseaba ardientemente retirarse á la vida privada, comprendiendo que no convenian á su salud las agitaciones de la política. Manifestó éste su pensamiento á varios de sus servidores que le acompañaron y que asistieron con el rey, si bien tratando de animarle para que no creyese tan próximo el fin de su vida: hubo alguno que le aconsejó que desistiese de su intento, juzgando quo no deberia dar á la nacion el ejemplo de un rey que, sin motivo poderoso, abdica una corona que «no puede traspasar sin faltar al derecho.» Pero la opinion de D. Cárlos, que fué la general, prevaleció al fin, y los buenos oficios del gobierno frances en aquel asunto consiguieron inclinar el ánimo del rey á llevar á efecto la cesion que meditaba.

Con este motivo, y resuelto á llevar á cabo su idea, dirigió á su hijo D. Cárlos Luis la siguiente carta, que atestiguase é hiciera pública su resolucion:

«Mi muy querido hijo: Hallándome resuelto á separarme de los negocios políticos, he determinado renunciar en tí y trasmitirte mis derechos á la corona. En consecuencia, te incluyo el auto de renuncia, que podrás hacer valer cuando juzgues oportuno.

»Ruego al Todopoderoso te conceda la dicha de poder res-

tablecer la paz y la union en nuestra desgraciada patria, haciendo así la felicidad de todos los españoles.

»Desde hoy tomo el título de conde de Molina, bajo el cual quiero ser conocido en adelante.=Bourges 18 de Mayo de 1845.=Firmado.=Cárlos.»

El auto de abdicacion se hallaba concebido en los términos siguientes:

«Cuando á la muerte del rey D. Fernando VII, mi muy querido Hermano y Señor, la Divina Providencia me llamó al Trono de España, confiándome el bien de la monarquía y la felicidad de los españoles, lo consideré como un deber sagrado: penetrado de sentimientos de humanidad y confianza en Dios, he consagrado mi existencia entera á cumplir tan difícil y penosa mision.

»En España, como fuera de ella, al frente de mis fieles súbditos y hasta en la soledad del cautiverio, la paz de la monarquía ha sido constantemente mi único anhelo y el fin principal de mis desvelos. En todas partes, mi corazon paternal ha deseado ardientemente el bien de los españoles. He debido respetar mis derechos, pero no he ambicionado jamás el poder: por lo tanto, mi conciencia se halla tranquila.

»Despues de tantos esfuerzos, tentativas y sufrimientos, soportados sin éxito, la voz de esta misma conciencia y los consejos de mis amigos me hacen conocer que la Divina Providencia no me tiene reservado el cumplir el cargo que me habia impuesto, y que es llegado el momento de trasmitirle al que los decretos del Altísimo llaman á sucederme.

»Renunciando, pues, como renuncio, á los derechos que

mi nacimiento y la muerte del rey D. Fernando VII, mi augusto Hermano y Señor, me dieron á la Corona de España, trasmitiéndolos á mi Hijo primogénito CÁRLOS LUIS, príncipe de Asturias, y comunicándolo á la España y á la Europa por los solos medios de que puedo disponer, cumplo un deber que mi conciencia me dicta, y me retiro á vivir libre de toda ocupacion política, y pasaré lo que me queda de vida en la tranquilidad doméstica y en la paz de una conciencia pura, rogando á Dios por la felicidad, la gloria y la grandeza de mi amada Patria.

»Bourges 18 de Mayo de 1845.=*Firmado.*=CÁRLOS.

»*Contestacion del Serenísimo Señor Príncipe de Asturias.*

»Mi muy amado Padre y Señor: He leido con el más profundo respeto la carta con que V. M. me ha honrado en este dia y el auto que la acompañaba. Cual Hijo obediente y sumiso, mi deber es conformarme con la soberana voluntad de V. M.; así, tengo la honra de elevar á sus Reales piés el acta de aceptacion.

»Imitando el buen ejemplo que V. M. me da, tomo desde este dia y por el tiempo que crea oportuno el título de conde de Montemolin.

»Quiera el cielo, oyendo mis fervientes ruegos, colmar á V. M. de toda suerte de prosperidades, como lo pide y pedirá constantemente su respetuoso Hijo.=Bourges 18 de Mayo de 1845.=*Firmado.*=CÁRLOS LUIS.»

La aceptacion estaba concebida de esta suerte:

«Aceptacion.—Me he enterado con filial resignacion de la

determinacion que el Rey, mi augusto Padre y Señor, me ha comunicado en este dia; y aceptando, como acepto, los derechos y deberes que su voluntad me trasmite, asumo una carga que procuraré cumplir, con el auxilio divino, con los mismos sentimientos y el mismo celo por el bien de la monarquía y la felicidad de España.=Bourges 19 de Mayo de 1845.=*Firmado.*=CÁRLOS LUIS (1).»

La abdicacion, tan solicitada por amigos y enemigos durante los últimos tiempos, era un hecho consumado: el rey Don Cárlos V renunciaba en su hijo la corona de España: corona que no habia de ceñir, por causas de que nos ocuparemos despues. Doloroso legado de infortunio, que, trasmitido de uno en otro miembro de la augusta familia, persigue todavía á su ilustre descendiente, y que tal vez la Providencia Divina convierta en herencia de gloria, mudando el curso de los acontecimientos políticos, y levantando el derruido sólio de San Fernando para colocar en él al representante ilustre de la legitimidad, al digno sucesor de D. Cárlos V, expresion exacta de los levantados sentimientos de la España católica é independiente.

---

(1) En estos documentos hemos corregido algunas equivocaciones con que hasta hoy han aparecido; y los que publicamos ofrecen toda la autenticidad que puede pedirse en una copia.

LIBRO SEGUNDO.

(1845 Á 1854).

CAPITULO PRIMERO.

Manifiesto de D. Cárlos Luis.—Efecto que produce en Europa.—Orígen del condado de Montemolin.

I.

Siguióse á la lucha la paz, y á la paz la esperanza. Terminada la guerra civil, quedaba el partido carlista en la postracion que era consiguiente, perdida la esperanza del inmediato resultado, pero no de conseguirle en tiempo más remoto. Un nuevo aspecto ofrecia la política en España. D. Cárlos María Isidro era considerado como el representante de un sistema irrealizable y opresor por los discípulos de la escuela constitucional. Su aparente gravedad era el único motivo que muchos tuvieron para juzgarle tan desacertadamente, sin ver, á través de la severidad de su rostro, un alma noble y generosa, capaz de los más elevados sentimientos.

El príncipe D. Cárlos Luis manifestaba más franqueza y más espontaneidad, debido tal vez á su edad juvenil; presentábase alegre y comunicativo, sin descender nunca á la frivolidad ni dar en el extremo de vulgares inclinaciones. Veíasele en todas partes, en el paseo y en los espectáculos, y la bondad de su carácter, no desmentida ni un sólo momento durante su vida, granjeábale admiradores é inspiraba simpatía áun á los mismos contrarios de su padre. Como complemento de la idea que de él tenian formada, fué el manifiesto que desde Bourges dirigió á los españoles.

El referido documento decia así:

«Españoles: La nueva situacion en que me coloca la renuncia de los derechos á la corona de España, que en mi favor se ha dignado hacer mi augusto padre, me impone el deber de dirigiros la palabra; mas no creais, españoles, que me propongo arrojar entre vosotros una tea de discordia. Basta de sangre y de lágrimas. Mi corazon se oprime al sólo recuerdo de las pasadas catástrofes, y se estremece con la idea de que se pudieran reproducir.

»Los sucesos de los años anteriores habrán dejado quizá en el ánimo de algunos prevenciones contra mí, creyéndome deseoso de vengar agravios. En mi pecho no caben tales sentimientos. Si algun dia la Divina Providencia me abre de nuevo las puertas de mi patria, para mí no habrá partidos, no habrá más que españoles.

»Durante los vaivenes de la revolucion se han realizado mudanzas trascendentales en la organizacion social y política de España: algunas de ellas las he deplorado ciertamente como cumple á un Príncipe religioso y español; pero se en-

gañan los que me consideran ignorante de la verdadera situacion de las cosas y con designios de intentar lo imposible. Sé muy bien que el mejor medio de evitar las revoluciones no es empeñarse en destruir cuanto ellas han levantado, ni en levantar todo lo que ellas han destruido. Justicia sin violencias; reparacion sin reacciones; prudente y equitativa transaccion entre todos los intereses; aprovechar lo mucho bueno que nos legaron nuestros mayores, sin contrarestar el espíritu de la época en lo que encierre de saludable. Hé aquí mi política.

»Hay en la familia Real una cuestion que, nacida á fines del reinado de mi augusto tio el Sr. D. Fernando VII (que santa gloria goza), provocó la guerra civil. Yo no puedo olvidarme de la dignidad de mi persona y de los intereses de mi augusta familia; pero desde luégo os aseguro, españoles, que no dependerá de mí si esta division que lamento no se termina para siempre. No hay sacrificio compatible con mi decoro y mi conciencia á que no me halle dispuesto para dar fin á las discordias civiles y acelerar la reconciliacion de la Real familia.

»Os hablo, españoles, con todas las veras de mi corazon; no deseo presentarme entre vosotros apellidando guerra, sino paz. Sería para mí altamente doloroso el verme jamás precisado á desviarme de esta línea de conducta. En todo caso, cuento con vuestra cordura, con vuestro amor á la Real familia y con el auxilio de la Providencia.

»Si el cielo me otorga la dicha de pisar de nuevo el suelo de mi patria, no quiero más escudo que vuestra lealtad y vuestro amor; no quiero abrigar otro pensamiento que el de consagrar toda mi vida á borrar hasta la memoria de las discordias pasadas, y fomentar vuestra union, prosperidad y

ventura, lo que no me será difícil, si, como espero, ayudais mis ardientes deseos con las prendas propias de vuestro carácter nacional, con vuestro amor y respeto á la santa religion de nuestros padres, y con aquella magnanimidad con que fuisteis pródigos de la vida, cuando no era posible conservarla sin mancilla.

»Bourges 23 de Mayo de 1845.=*Firmado.*=Cárlos Luis.»

II.

El manifiesto de D. Cárlos Luis produjo una gran sensacion en España; ocupáronse de él indistintamente todos los periódicos, y los hombres políticos hicieron sobre él su respectiva composicion de lugar, comentando sus palabras y tratando de inquirir los sentimientos del sucesor de D. Cárlos V. El ilustre Balmes, con referencia á dicho manifiesto, decia en *El Pensamiento*, periódico que á la sazon se publicaba en Madrid:

«D. Cárlos ha desaparecido de la escena política, y en su lugar se ha colocado su hijo; este es un acontecimiento importante. El manifiesto que ha seguido á la renuncia indica un notable cambio en la política; esto es todavia más importante. Pocos hombres habrá que reunan una opinion más general y más bien sentada de honor, de religiosidad, de sinceridad, de convicciones, del deseo del bien público que D. Cárlos; pero si como hombre obtiene el aprecio y respeto universal, tampoco puede negarse que como príncipe era objeto de prevenciones tan fuertes, que nada hubiera sido bastante á disipar. Fueran justas ó injustas, fundadas ó infundadas, lo cierto es que existian: tratamos únicamente del hecho, no de la razon

en que pueda estribar. Y en circunstancias como las de Don Cárlos, un hecho semejante no puede ser desatendido: quien no cuenta con fuerza material, ¿á qué queda reducido si le falta la moral? Y esta fuerza moral en un príncipe es muy diferente de su buena reputacion como hombre particular: errados consejos ó circunstancias infaustas pueden hacer inútil para ciertos objetos al mejor hombre del mundo. En 1832 la fuerza moral de D. Cárlos, como príncipe, era muy grande; los errores, las desgracias y el mismo curso de los años la han consumido.....

»Nada tenemos que observar ni sobre la renuncia ni sobre las comunicaciones que han mediado entre padre é hijo; este es un asunto de familia y de convicciones particulares. En los documentos se habla de derechos, porque sus autores han creido tenerlos: si esto no creyeran, no estarian en Bourges. Nada tenemos que decir sobre este punto; sólo haremos notar que si algunos fuesen tan susceptibles que ni áun este lenguaje quisieran sufrir, les preguntaremos: si era de esperar que D. Cárlos se presentase al mundo diciendo que se habia engañado, ó bien que su hijo, al reemplazarle, declarase este engaño y rechazase todas las pretensiones de su padre. Sea como fuere, repetimos que nada tenemos que decir sobre el particular: en nuestro concepto, todo lo que sea remover en un artículo la cuestion dinástica, considerándola en otra esfera que la de un simple hecho público y notorio, sería desviarse del objeto á que deben dirigirse las miras de quien desee sinceramente ahogar toda la semilla de discordia, y prevenir sus resultados para lo venidero.

»El manifiesto del príncipe que reemplaza á D. Cárlos, producirá en España y en Europa una impresion profunda.

En él hay dignidad sin altanería, blandura sin humillacion, indicaciones graves, sin manifestaciones inoportunas é impropias. En breves palabras, como á tan alto rango cumplen, sentidas como las inspira el infortunio, están tocados extremos tan delicados, de una manera que ni rebaja al que habla, ni hiere la susceptibilidad de ninguno de los que escuchan. Á las dificultades relativas á la persona se contesta; á las que se refieren á las cosas, se deja entrever la contestacion. Un príncipe que hiciese el manifiesto con la mano en el puño de la espada, sería rechazado con espadas; un príncipe que hablara en actitud de suplicante, puesto de rodillas, sería despreciado. Entre el ruego y la amenaza habia un medio; y este medio lo ha encontrado el ilustre proscrito.

»Recorramos los principales puntos del manifiesto. El hijo de D. Cárlos hablando á los españoles, podia ser considerado por algunos como provocador de la guerra civil; sus primeras palabras son una protesta de paz, protesta que aplaudimos sinceramente, así bajo el punto de vista de la humanidad como de la política. Los horrores de la última guerra son muy recientes, han sido demasiados para que nadie pueda abrigar sin estremecerse la idea de encenderla de nuevo. ¡Ay de los tronos que se levantan en medio de un lago de sangre! La causa de la humanidad tiene un vengador en el cielo.....

»Los sentimientos pacíficos del hijo de D. Cárlos encontrarán eco en el corazon de todos los españoles, sea cual fuere la opinion á que pertenezcan y la bandera dinástica que hayan defendido; todos harán justicia á esa voz de reconciliacion, la primera que oye el público de la boca de un individuo de la real familia despues de la muerte de Fernando.

»Aquellas consoladoras palabras de *no habrá partidos*, *no*

habrá más que españoles, expresan algo más que un sentimiento de generosidad; encierran un sistema político. En todos los partidos hay elementos que pueden servir; quien rechace imprudentemente estos elementos, perpetuará los partidos: quien los aproveche con cordura, acabará por disolver los partidos, confundiéndolos en un sistema nacional. En todos los partidos hay un caudal de fuerza; esas fuerzas están ahora en oposicion, y su lucha produce el caos: armonizadlas, y de su armonía resultará una vida lozana y fecunda.

»En este conflicto, no hay otro remedio que un poder que, encerrando todos los títulos de legitimidad, verdaderos ó imaginarios, atraiga y asegure alrededor de sí á toda la nacion; un poder que todos hayan de aceptar, porque fuera de él no encuentren punto de apoyo. Cuando los partidos se digan á sí propios: «Es preciso resignarse á lo que hay, ó cambiar la dinastía de Borbon, ó establecer la república,» entónces las conspiraciones no encontrarán elementos sino entre unos pocos díscolos; podrá haber conjuraciones, mas no revoluciones.

»El poder que resulte de esta alianza es el único que alcanzará la fuerza necesaria para fundir á los partidos; ésta es la situacion actual de España: ésta será durante muy largos años.....

..... »Tocante á los hechos de la revolucion, encontramos en el manifiesto el lenguaje que corresponde á las circunstancias de quien habla: el que acaba de colocarse en el lugar de D. Cárlos, no podia por cierto hacer la apología de lo que se ha hecho, combatiéndolo su padre; pero tampoco podia levantar un grito que le presentase como desconocedor de la situacion de las cosas y de la fuerza de los acontecimientos. Lo

propio opinamos de lo relativo á la cuestion dinástica. No hay compromiso para nada; pero tampoco se cierra la puerta á nada.

»Este manifiesto, se nos dirá, podrá contener lo que se quiera, pero tiene la desgracia de salir de la cabeza de una familia ya olvidada; todo lo que en favor de ella se pondere son exageraciones; su voz no es la de la conciliacion, sino de la impotencia.—Á esa respuesta opondremos una réplica muy sencilla, un hecho. Si esta familia no puede nada, si sus palabras no significan nada, si su vida política ha terminado para siempre, por qué se le retiene prisionero en Bourges? ¿por qué dan tanta importancia á esta retencion, así el gobierno frances como el español? Si en la cárcel no hay nada vivo; si no hay más que un cadáver, ábranse las puertas, déjesele al aire libre; que el rayo de luz que alumbra á su rostro, mostrará más infalibles señales de la muerte; y bien pronto el viento llevará el polvo del fantasma que poco ántes hacia miedo.»

La Mode, periódico legitimista frances, se ocupaba en los siguientes términos del manifiesto de D. Cárlos Luis:

«*Una solucion en España.* Antes de todo, consignemos un hecho: el efecto producido por las actas de Bourges, y por el manifiesto de D. Cárlos Luis, ha sido excelente. Todas las opiniones, excepto una, han hecho justicia á la inteligencia, á la lealtad, á la elevacion del lenguaje del jóven príncipe al dirigirse á España; todas han comprendido lo interesante de esta traslacion de un gran deber que pasa del padre al hijo, sin que haya por una parte un sólo sentimiento de dolor por la corona, ni por la otra el menor indicio de una ambicion

satisfecha y ansiosa por reinar. Pero lo que sobre todo ha llamado la atencion, es lo que hace tanto tiempo que se busca en vano para la desgracia de España, á saber: el descubrimiento de una solucion política. Es evidente que el problema, que ayer parecia insoluble, puede resolverse hoy de una manera á la vez la más natural, la más pacífica y la más honrosa. Es posible poner término á todas las luchas que destruyen la Península tantos años há; es posible encontrar un principio de unidad que reuna á todos los españoles alrededor del mismo símbolo: es posible arrancar la España de esa anarquía, que en lo interior la arruina y en lo exterior la debilita. Hé aquí la más próxima consecuencia de la combinacion que las actas de Bourges acaban de poner al alcance de los amigos del engrandecimiento y felicidad de los españoles. En esta combinacion todo se hace por España y para España. La intervencion extranjera, tan justamente odiosa para ese noble país, no se ejerce en ninguna parte; es el desenlace más español que pueda darse á esa larga crísis, y el orgullo nacional no tiene que hacer ningun sacrificio.

»Para concebir bien todo lo que hay de útil y de practicable en la solucion de que hablamos, basta investigar las causas primeras de la triste situacion de España. Se ha suscitado una profunda division en la Casa Real sobre el derecho de sucesion: dos pretensiones opuestas se han encontrado, una enfrente de otra: D. Carlos con la ley Sálica que regia en España desde el advenimiento de la casa de Borbon: la hija de la reina Cristina con el testamento del rey Fernando VII, apoyado en la ley de Sucesion anterior al advenimiento del duque de Anjou, bajo el nombre de Felipe V. Todo nace de aquí. Aquí está la causa verdadera; lo demas no es más que una

consecuencia. La nacion se ha dividido en dos bandos políticos; ha habido en cada uno de estos dos partidos amigos de la monarquía; pero como no se entendian en cuanto á la personificacion del derecho monárquico, empezó la lucha. Entónces vino la revolucion, y á la sombra de las discordias que habian estallado en la Casa Real, hizo pagar con usura á la fraccion que sostenia su peligroso apoyo. Empezó la obra de demolicion, que continuó con su ardor acostumbrado. Todo ha sido víctima de ella. . . . .

. . . .

» Supongamos que en presencia de este estado de cosas se realice la combinacion que las actas de Bourges han hecho posible: ¿qué sucede? Las divisiones que han estallado en la Casa Real se apagan en su orígen mismo: el efecto desaparece con la causa que le habia dado nacimiento. En lugar del partido que hace mucho tiempo se llamó cristino y del que llamaban partido carlista, ya no hay más que un gran partido monárquico que confunde sus fuerzas al amalgamar sus ideas. Hablemos con más exactitud. Hay la nacion española, porque el partido monárquico en España es la España misma. Entonces este estado de dependencia del poder relativamente á la revolucion que hoy existe, deja de existir; ese estado de debilidad, resultado de las divisiones de la fuerza del partido monárquico, deja tambien de existir: esas reacciones inevitables, porque ninguna autoridad es estable en este momento en España, y porque es preciso á cada instante apelar al derecho de la fuerza, esas reacciones, decimos, dejan de ser necesarias, porque la fusion de dos intereses políticos por medio del casamiento da en el instante al poder el apoyo de la inmensa mayoría de la nacion. . . . . .

»La violencia con que la revolucion ataca en Paris las actas de Bourges y el manifiesto del príncipe Cárlos Luis, nada tiene para nosotros que nos sorprenda. Se siente herida en el corazon por estas actas tan prudentes y por este manifiesto tan lleno de nobleza, lealtad y elevacion, y en que se aprecian tan justamente la situacion de la España y sus verdaderas necesidades. Hubiera querido ver al conde de Montemolin lanzarse á uno de estos dos excesos: la debilidad sin nobleza, pronta á suscribir á todo, y la altivez sin inteligencia que quiere lo imposible. ¿Sabeis qué es lo que la hiere? La moderacion y dignidad del manifiesto político del príncipe. Ella conoce que, declarando que él no quiere reconstruir un pasado imposible y que acepta el espíritu del siglo en lo que sus inspiraciones han tenido de saludables, quita á la revolucion todos los hombres de buena fé que quieran las libertades nacionales, sin querer los trastornos revolucionarios. Comprende que declarando al mismo tiempo que aspira á conservar tantas y tan buenas instituciones legadas á los españoles por sus gloriosos antepasados, tranquiliza y asegura á ese gran partido monárquico, que es la España misma. Así es que Cárlos Luis hace contra la revolucion las dos cosas más irresistibles que pueden hacerse contra ella: abre al partido monárquico un campo sobre el cual puede reunirse, y quita á las pasiones revolucionarias, que sacan todo su poder de los abusos y de los temores que inspiran á los hombres más razonables, no sólo la razon de ser, sino hasta el pretexto de existir. . . . .

. . . .

»No, no: todos los sofismas no pueden alterar la evidencia de una verdad que salta á los ojos de todo el mundo: y es

que la combinacion del matrimonio de CÁRLOS LUIS é Isabel es lo único que puede llevar á España la reconciliacion de los partidos, y por consiguiente la paz interior; el reconocimiento de las potencias monárquicas, y por consiguiente las ventajas de una situacion exterior apoyada en fuertes alianzas; la fuerza moral que da al poder una posicion lógica y un derecho cuyo origen llega á ser incontestable é incontestado, y por consiguiente la posibilidad de gobernar por las leyes en vez de gobernar con golpes arbitrarios: la alianza de lo presente en las sólidas innovaciones que existan, con lo pasado en lo que tiene de eternamente útil, y por consiguiente todo lo bueno que existe en un pasado purificado de sus abusos y en un presente despojado de sus excesos, de sus temeridades y de sus violencias. No hay prosperidad, poder, órden, reposo, libertad verdadera para España sino en esta combinacion. Es la única verdaderamente española, verdaderamente monárquica, verdaderamente racional, que garantiza todos los intereses, que desata todas las dificultades, que resuelve todos los problemas, que reconcilia lo pasado con lo presente, y que permitirá marchar con paso firme hácia el porvenir. Por esta misma razon la defendemos nosotros. Lo decimos con las veras del corazon, y estamos bastante interesados en pensar lo que decimos para que se nos crea sobre nuestra palabra: más bien querríamos que no hubiese restauracion en España, que asistir á una restauracion que comprometiese el principio monárquico, no mejorando la situacion de este país. Léjos de nosotros ese fanatismo ciego que cree que los pueblos se hicieron para los príncipes: nosotros, al contrario, firmemente persuadidos de que los príncipes se hicieron para los pueblos, como decia Massillon desde la cátedra cristiana, no

hacemos por Cárlos Luis votos sino porque creemos hacer al mismo tiempo votos por la España, esta grande y noble hermana de la Francia.»

El Heraldo, periódico moderado, se ocupa del mismo asunto en los términos siguientes:

«¿Qué es lo que aparece en esos documentos, examinados con la imparcialidad más severa? Lo que deciamos no hace mucho á nuestros lectores; lo que han estado indicando de algun tiempo á esta parte los organos del partido carlista: lo que todo el mundo sabe: el proyecto que abriga ese partido de procurar por medio de un enlace el triunfo que no ha podido conseguir en la sangrienta lucha que terminó en los campos de Vergara. Ya hemos dicho cuál es nuestra opinion sobre el probable éxito de un plan, que encierra, á nuestro juicio, la muerte y la ruína inevitable de las instituciones. Si alguna duda pudiera haber quedado de que nuestros pronósticos son ciertos, bastaria para desvanecerla enteramente la lectura de aquellos documentos. En el primero de ellos, que contiene la abdicacion de D. Cárlos, nada tendríamos que notar, si no traspirase en ciertas frases esa fatal obstinacion, que ha costado á la España tanta sangre, que ha traido tantas desventuras sobre su desgraciado suelo, y que ha hecho para siempre imposible toda conciliacion ni avenimiento político con los autores voluntarios de tamaños desastres. No queremos insistir más en esta idea, porque no es nuestro ánimo ofender al caido ni conculcar en lo más mínimo el respeto debido á la desgracia; pero tenemos el deber de decir la verdad, y de anunciar los males que pueden amenazar á nuestra patria

»Á los que han presenciado los sucesos políticos por donde ha pasado la nacion desde que se anunció en ella el espíritu liberal y de reforma, no pueden ser desconocidas la escasa importancia que merecen esos pomposos manifiestos que se ponen en boca de los príncipes por los consejeros que los cercan, atentos á conseguir el fin que se proponen, y no muy cuidadosos del porvenir de sus ofertas ni de la posibilidad de realizarlas. El célebre manifiesto de Valencia en 1814, el de 1823, y los muchos que desde entónces hemos visto en las diversas fases de la escena política, han enseñado á la nacion cuál es el valor real que se encierra en esta clase de documentos.

»Desgraciada ó afortunadamente, el manifiesto de que se trata es demasiado explícito en medio de su estudiada fraseología para no alucinar ni al más incauto. No se contiene en él una promesa clara, terminante, inequívoca, de respetar el órden de cosas existente: no se anuncia el intento resuelto y decidido de conservar todos los hechos que las reformas han creado, ni se da seguridad alguna respecto á las instituciones actuales. Algunas frases vagas, estudiadamente compuestas, de una elasticidad calculada, y cuyo espíritu recuerda el sistema político explanado en el *Pensamiento de la Nacion* y en el discurso célebre de un diputado dimisionario, son el único lazo que se tiende á la credulidad de los españoles, amaestrados por largos desengaños. *Justicia sin violencia: reparacion sin reaccion; transaccion prudente y equitativa entre todos los intereses: deseo de utilizar todas las cosas buenas que nos han legado nuestros padres:* tales son las ofertas que se hacen á la nacion por el conde de Montemolin, al presentarse como candidato á la mano de su jóven Reina. Y ¿á quién van

dirigidas esas ofertas? ¿En qué ocasion nos tiende su mano protectora este nuevo representante de la causa carlista? Dirígense á una nacion que ha conquistado á fuerza de victorias las instituciones que la rigen; que ha comprado con arroyos de sangre las reformas que en términos dudosos se le ofrecen, y que ha lanzado de su suelo hasta el último soldado del que hoy afecta hablarle con cierta compasion desdeñosa. Los que han dictado esas palabras al nuevo pretendiente, se han olvidado ciertamente de que sólo consiguen derramar el ridículo sobre unas personas á quienes debian esforzarse en rodear de consideracion y de respeto.

»Pero lo que confirma nuestro juicio sobre el espíritu que encierra este singular documento, es el siguiente pasaje, sobre el cual llamamos la atencion de nuestros lectores: «Deseo presentarme entre vosotros con palabras de paz y no con un grito de guerra. Sería para mi motivo de una pena inmensa verme alguna vez obligado á separarme de esta línea de conducta.» ¿Qué quiere significar esta amenaza? ¿Cómo comprenderán su situacion los que semejantes palabras han escrito, cuando no preveen su mal efecto ni los sentimientos de ira é indignacion que ha de producir su lectura en el ánimo de los españoles? Olvidan los que tan imprudentes palabras han dictado que la causa carlista sucumbió para siempre en las montañas vasco-navarras, en las asperezas del Maestrazgo, en las plazas fuertes de Cataluña; que allí, la suerte de las armas decidió irrevocablemente una contienda, que prolongaron hasta el último trance los que hoy, despues de vencidos, nos hablan de su humanidad y de sus sentimientos cristianos; y que es la más ridícula de las baladronadas esa abierta amenaza que tienen la osadía de poner en los labios del desgra-

ciado príncipe cuyos intereses defienden. ¿Por qué no abdicó D. Cárlos ántes de encender la guerra, y por qué su hijo entónces no habló el lenguaje que ahora habla?

»Otra era la conducta que debió seguir la córte de Bourges, si hubiera sido mejor aconsejada, para acercarse al objeto de sus votos, sin amenguar por eso su dignidad y decoro; otra era la conducta que dictaba la humanidad y la justicia que aspiran á seguir como norma los augustos proscritos. Una renuncia completa y absoluta de ambos príncipes, sin restriccion ni reserva, renuncia fundada en los motivos generosos y nobles que en la abdicacion de D. Cárlos se indican, habria sido un paso digno de elogio, que hubiera captado la benevolencia y el respeto hácia aquellos ilustres desterrados. Procediendo de otra manera, lo único que se ha conseguido es poner más en descubierto su impotencia, descontentar á muchos de sus partidarios, y alarmar al país con la doblez de unas ofertas, que no son bastante engañosas para seducir ni áun momentáneamente al partido á quien se dirigen, miéntras que lo son demasiado para irritar á los absolutistas fanáticos.

»De esto debe sacar el país una leccion provechosa, que le servirá de mucho en adelante. La actitud del partido carlista, ó más bien, de los que trabajan en su nombre cerca de la persona de D. Cárlos, revela á las claras la nulidad é impotencia á que se halla reducido, y cuán poco temible es y debe ser ese partido en adelante. Para los que, como nosotros, conocieron su verdadera situacion y los elementos de disolucion que en su seno encerraba, no es un descubrimiento este nuevo síntoma de su próxima muerte.

»Pero á los ojos del público y de los que todavía daban

gran importancia á los restos dispersos del carlismo, debe ser una enseñanza provechosa el mal disimulado ardid del ex-infante para sacar partido de la situacion desesperada en que se encuentra. De hoy más, la causa carlista debe ser una causa perdida áun á los ojos de sus más obstinados partidarios.»

Así se expresaba el periódico modelo de los moderados; tan arrebatado por la saña, como desacertado en todas sus apreciaciones y desconocedor de los hechos.

El Tiempo, diario conservador, decia lo siguiente sobre el mismo asunto:

«Don Cárlos representaba la España absolutista de sus ascendientes; la reina Isabel representaba la España constitucional de estos tiempos; y estas dos Españas eran incompatibles la una con la otra; tenian que luchar, y que caer la más flaca; el triunfo no era dudoso, y un estímulo secreto advirtió siempre á la España liberal de que la vencida no habia de ser ella. Así aconteció. Los demagogos hacen un muy triste favor á los pueblos cuando se los figuran combatiendo por las personas de los reyes: los pueblos no combaten casi nunca por las personas; combaten por los principios. Un principio es lo que ha sido vencido en D. Cárlos, y la España no ha vencido ese principio para restaurarlo cuando se cuenta más segura en el triunfo, por el cual tanto y tan valerosamente ha peleado.

»Y sin embargo, una restauracion de ese principe vencido es lo que se nos viene á proponer ahora con la pretension del matrimonio entre la reina Isabel y el hijo mayor de D. Cárlos. La restauracion, la verdadera restauracion de un régimen de cosas cuya caida ha de contar la historia desde la

muerte de Fernando VII, restauracion que, á ser hacedera, nos lanzaria en un camino del cual nos daríamos por muy contentos con salir á una Edad media como nunca ha existido entre nosotros, y que, no siéndolo, nos arrastraria en derechura hácia el abismo de nuevas y más sangrientas y más desembocadas revoluciones. Porque, no hay que dudarlo: venir el hijo de D. Cárlos á España, sería venir con él su partído; su lugar en el trono no sería el del marido de la reina, sería el de un rey por derecho propio; su influencia sobre la situacion general del país acabaria por ser una influencia enemiga y destructora del régimen existente. Repetimos que una restauracion es lo que se nos propone, y que esa restauracion sería la de D. Cárlos y su absolutismo.»

El Clamor Público, órgano del partido progresista, se ocupaba de este modo de tan importante cuestion:

«Excusado parece que consignemos nuestra reprobacion al enlace de la reina Isabel con un hijo de D. Cárlos. Pensamos que semejante matrimonio prepararia, no sólo el destronamiento de la reina, sino es tambien la completa ruina de las instituciones representativas, para ser reemplazadas por un absolutismo fanático y perseguidor. No se ha vertido tanta sangre generosa, no se han hecho tan inmensos sacrificios para venir á un término tan funesto, para volver al mismo punto de partida de nuestra regeneracion; y los españoles que, cual nosotros, se precian de leales á su reina y de ardientes partidarios del gobierno representativo, combatirán tan negra traicion contra el trono y la libertad de su patria. Y no somos arrastrados por el odio á esa familia que ha traido sobre la España tanto linaje de calamidades y desastres, sino

por amor á los principios constitucionales, cuyo imperio es incompatible sentándose bajo el solio, ya como rey, ya como marido de Isabel II, un príncipe que los ha combatido, y que jamás podrá aceptarlos de buena fé. La lucha que hemos sostenido es de principios, no de personas. Si éstas pueden terminar felizmente por enlaces y transacciones privadas de familia, no así aquéllas, donde necesariamente debe triunfar uno de los principios militantes.

»Desgracias sin número lloverian sobre la infeliz España si tal consorcio se verificase. Posesionado de la potestad régia el príncipe del absolutismo, desde este alcázar inexpugnable combatiria el régimen constitucional; se rodearia de sus partidarios y defensores; ganaria terreno y fuerzas, y muy poco tardaríamos en ver hundirse aquel sistema con el trono á que sirve de apoyo y cimiento contra las pretensiones del carlismo. Mientras tanto se consumiria nuestra patria en una lucha intestina más sangrienta que la que terminó en los campos de Vergara, porque el conspirador principal se hallaria entónces en el régio alcázar, amparado con el título de esposo de la reina, y desde este foco se derramaria sobre la Península la lava ardiente de las intrigas, de los odios y de las venganzas.»

El Español, diario liberal, se acupaba del asunto, y en un artículo firmado por su director Sr. Borrego, decia lo que trascribimos á continuacion:

«No ha llegado el caso de tratar la cuestion del casamiento de la reina.

»Cuando llegue, el hijo de D. Cárlos puede hablar sin mengua, y debe ser escuchado sin cólera.

»La respuesta de la España liberal á la propuesta de casamiento con aquel príncipe sería tan sencilla como comedida y concluyente: *Vuestro partido y vuestras ideas no ofrecen garantías; ninguna seguridad valedera podeis darnos de que vuestro ensalzamiento no sería la ruina de la causa de la libertad.*

»Excluido el príncipe, hemos de acordarnos de que sus súbditos son nuestros hermanos, y ponerlos en situacion de vivir entre nosotros con la misma libertad que en Francia viven los legitimismas, en Inglaterra los católicos, los disidentes de opiniones ó de culto en todos los países civilizados.

La Gazette de France, diario legitimista, decia lo siguiente:

«Los que estudian la marcha de las cosas humanas bajo el punto de vista providencial, admirarán el conjunto de circunstancias que dominan hoy la situacion de la España.

»Las dos personas que representaban los dos partidos comprometidos durante tanto tiempo en la lucha armada, Cristina y D. Cárlos, han desaparecido de la escena política; Cristina por la mayoría de su hija, D. Cárlos por su abdicacion.

»Las dos causas se ven personificadas en la actualidad, la primera en Isabel, la segunda en Cárlos Luis.

»Cristina habia dado su nombre al partido que rechazaba la ley Sálica: D. Cárlos dió el suyo al que rechazaba el testamento de Fernando. Cristina habia hecho mucho mal á los defensores de la causa carlista, y D. Cárlos hizo tambien mucho á los cristinos. Resentimientos profundos subsistian, pues, en los corazones de unos y otros, y estos resentimientos eran

un obstáculo para una reconciliacion necesaria con la patria comun.

»Pero Isabel, niña durante la guerra civil, está *inocente* de las desgracias que siguieron al testamento de su padre. Cárlos Luis, demasiado jóven tambien para tener parte en los acontecimientos políticos y militares de estos diez años de lucha, no puede ser objeto de ningun sentimiento de odio, mucho ménos despues del manifiesto que acaba de dar.

»Nada se opone, pues, á la reconciliacion de los partidos en esta gran nacion; ya no hay realmente partido cristino ni carlista, puesto que las personas que daban su nombre á dichos partidos se hallan fuera de los negocios.

»Hemos estado viendo en estos últimos tiempos á los ministros de Isabel desembarazarse en lo posible del elemento de desórden introducido por la violencia de la lucha en el gobierno de España.

»Acabamos de ver en Bourges á los amigos de Cárlos Luis desembarazarle del elemento absolutista, introducido tambien por la violencia de la lucha en la causa del principio monárquico. No quedan por consiguiente de ambas partes más que consejeros prudentes y moderados, reconociendo unos y otros los progresos consumados en las instituciones y en las ideas, admitiendo por lo tanto el derecho nacional con el principio monárquico, y pudiendo entenderse y unirse para sujetar á los furibundos de todos los partidos, cerrar la era de las revoluciones y perfeccionar el estado social.

»Hé aquí lo que ha hecho la Providencia sin herir la libertad humana. Falta saber ahora si la cordura del pueblo español querrá aprovecharse de los bienes que se le deparan.

»Un pueblo puede perderse siempre; pero para que la li-

bertad del hombre se manifieste en todos los casos, es preciso que al perderse tenga delante de sí los medios de salvarse.

»La Providencia lo ha dispuesto todo para que la España pueda salir del abismo. Esperamos que la España no hará vana la admirable obra de allanamiento que acaba de ejecutarse delante de ella.»

La Patrie, periódico liberal avanzado que se daba á luz en París, decia:

«D. Cárlos, cansado de hacer el papel de pretendiente, abdica en favor de su hijo, y el acta en que renuncia á sus pretendidos derechos mantiene estos mismos derechos para su hijo; de modo que, al parecer, nada ha variado la situacion. Sin embargo, las declaraciones contenidas en el manifiesto del hijo de D. Cárlos parece presagian una reconciliacion entre las dos ramas de la real familia, ó por lo ménos poca gana de renovar la guerra civil. No tardarán los sucesos en descubrirnos el verdadero sentido de estas pacíficas demostraciones.

»Una vez retirado de la escena D. Cárlos, podrá comenzarse de nuevo fácilmente los arreglos de familia de que tantas veces se ha tratado, y nadie se admiraria hoy de que se volviera á agitar la cuestion de matrimonio entre la reina Isabel y el hijo de D. Cárlos, cuya resolucion no es razonable rechazar sin exámen, pues quizá pendan de ella la pacificacion de España y la consolidacion de su nuevo gobierno.»

El National, diario frances, suponia que la abdicacion de D. Cárlos y el manifiesto de su hijo eran los resultados de una intriga fraguada hacia tiempo por ciertos personajes para

conducir á cabo las negociaciones de matrimonio; y despues de suponer que en aquella habia tenido tambien su parte el gabinete de las Tullerías, explicaba en estos términos cuál era en su concepto la posicion de la Inglaterra:

«Sir R. Peel y muchos de sus colegas han sido del parecer de mantenerse extraños á toda intriga, sostener la política inglesa en una neutralidad aparente, y no tomar parte abiertamente sino por el voto solemne manifestado de la nacion española. Pero al lado de esta política oficial hay otra. Los torys exaltados, ya sea de los Comunes, ya de la Cámara de los Lores, nunca han disimulado sus simpatías por la legitimidad de D. Cárlos; y hasta el mismo lord Aberdeen participa personalmente de estas simpatías, pues tampoco ha ocultado su deseo de ver realizado el proyecto de casamiento entre el hijo de D. Cárlos y la reina Isabel: lord Aberdeen ha estado muy al corriente de cuanto se ha hecho en París, en Madrid y en Roma, y ha contribuido á ello en cuanto le ha sido posible.»

En una de las sesiones de la Cámara popular francesa, ocupándose del asunto de la abdicacion de D. Cárlos y demas sucesos con aquella medida relacionados, decia así Mr. Billault:

«En España la abdicacion de D. Cárlos y la trasmision de sus derechos á su hijo abre una nueva era: ¿qué ha hecho el gobierno frances? Podia hacer una de dos cosas: ó bien considerar las esperanzas del príncipe de Asturias.....» Á lo que Guizot dijo, interrumpiendo al orador: «Del hijo de D. Cárlos.—Sea enhorabuena, repuso Billault. Podia considerarse este hecho como camino para una transaccion con la reina de España. Si el gobierno lo considera así, no vacilo en declarar que se crean en España dificultades nuevas y considerables.

Si, por el contrario, persiste en rechazar este medio, temo con fundamento por el sistema que domina en España.»

»No faltaron hombres de corazon y de talento que, amantes de su patria y deseosos de que se levantara de la abyeccion en que la habian sumido y la tenian las luchas de los partidos, se propusieran con honroso afan popularizar el pensamiento de un matrimonio entre los jóvenes nietos de Cárlos IV, y se empeñaran en hacer entender al Gobierno los males que de otra suerte habian de sobrevenir. Sin quitar el mérito que á otros corresponda por tan patriótica conducta, debo hacer especial mencion de dos insignes escritores, que en los periódicos *La Esperanza* y *El Pensamiento de la Nacion* trataron con copia de razones asunto tan importante, sin que les fuera empero dado conseguir el triunfo en tan honrosa empresa.

El que primero levantó la bandera en este debate, fué en un escrito que vió la luz pública en *La Esperanza* el 26 de Noviembre de 1844. Dió á el motivo la discusion de la reforma de la Constitucion, en cuyo artículo 6.° se proponia por enmienda que el rey no pudiese contraer matrimonio con persona excluida de la sucesion á la corona, lo que se aplicaba exclusiva y visiblemente á la familia de D. Cárlos. El escritor monárquico, despues de haber asentado que la admision de la dicha enmienda habia de hacer la ruina del país, al paso que sería desventajosa para la reina y perjudicial á sus mismos autores, principia por probar que las discordias intestinas en una nacion la conducen inevitablemente á su ruina, sobre todo cuando el Gobierno es apoyado por pocos y aborrecido por la mayoría. «Los particulares entonces, dice, gastan el tiempo y sus recursos en recíprocas querellas y per-

secuciones; el gobierno tiene que consumir en la defensa del órden material y de su autoridad lo que en otro caso destinaria á promover la fortuna pública, y la fuerza colectiva del Estado, compuesta de principios que, como contrarios entre sí, se neutralizan recíprocamente, no puede ser para los extranjeros objeto que les imponga ni temor ni respeto.»

Insinúa que la familia de D. Cárlos ha estado siempre al frente del partido que quiso oponerse á las innovaciones que se han verificado en España, depresivas de los principios monárquicos y religiosos. «Pues bien, continúa; si todo esto es cierto, ¿cómo puede ponerse en duda que el afecto de la familia Real carlista se haya arraigado profundamente en el corazon de la España? ¿Cómo no se conoce que la pasion nacional habrá facilmente convertido en convicciones á favor de esta rama las dudas suscitadas sobre el derecho de sucesion á la corona, por infundadas que las supongamos? ¿Cómo no se ve, ó no se calcula al ménos, que esa nacion monárquica y religiosa se ha de haber ligado pública ó secretamente con la causa carlista, y que una ley que imposibilite á la Reina para aliarse con la rama carlista, imposibilitaria á la nacion carlista para aliarse con el gobierno de la Reina y con su real consorte y con todos sus afectos y servidores?

»El partido carlista entónces seria considerado como una nacion conquistada y se tendria á sí mismo como proscrito con el príncipe que era su jefe. Imposible seria que, aun dado caso que se empeñaran los parlamentarios en conquistar los corazones monárquicos, abandonaran á éstos el culto de un príncipe desgraciado, para rendirlo á otro á quien la suerte ha favorecido en su perjuicio. La obra de trastornar la conciencia de una nacion es muy superior á los recursos de los

partidos y de los gobiernos: es muy diferente de la de deslumbrar y comprometer una compañía, un regimiento, una division, todo un ejército. Demos de barato que un gobierno gane todos los jefes naturales de los pueblos que tenga que convertir á su favor; supongamos que vaya hasta separarlos de grado ó por fuerza de las personas dependientes de su influjo. Todo esto sería muy poco. Sería preciso que separase los esposos de sus consortes, y las madres de sus hijos mayores, y los hijos mayores de sus hermanos menores, y los niños tiernos y sus descendientes hasta la segunda ó la tercera generacion, de cuantos monumentos y objetos pudieran revelarles en edad adulta sus políticas filiaciones.

»Tras de guerras tan populares, tan largas y encarnizadas como nuestra guerra civil, serian necesarias, para que el vencedor no tuviera que recelar, medidas como las de los Felipes contra los moriscos, ó como las del revocador del edicto de Nantes contra los disidentes: mas ¿dónde está el español que quiera hacer de su patria un páramo? ¿Dónde está el signo exterior para no equivocarse al aplicar tales medidas? ¿Dónde está ya el poder fuerte que las ejecute? ¿Dónde el siglo, el mundo que las tolere?

»Bien penetrada debia hallarse de estas verdades la Convencion que expulsó á Jacobo II del trono de Inglaterra, cuando por evitar en lo posible las guerras ulteriores, en vez de poner en su lugar á personas extrañas, llamó sucesivamente á las dos hijas del expulsado, la princesa María, casada con el príncipe de Orange, y la princesa Ana: siendo aquí de notar, ya que este ejemplo se cita, que desechado por la herencia por incompatibilidad de religion, más que por otras razones, el hijo varon de Jacobo, no pudo la Gran Bretaña go-

zar de verdadera seguridad hasta que, al cabo de setenta y siete años, destruyó la muerte este último vástago de los Estuardos. Tributo pagó á la misma verdad Juan I de Castilla en el tratado de Bayona, donde se arregló el enlace de su hijo primogénito con la infanta Doña Catalina, hija del duque de Lancaster y nieta de D. Pedro: y para ahorrarnos la molestia de citar los muchos príncipes y políticos que han hecho otro tanto, acudiremos á la decisiva autoridad del previsor Fernando el Católico, príncipe que, sin reparar en si Doña Juana era ó no adulterina, concibió el pensamiento de casarla con su hijo primogénito.

»Si desechamos, en una palabra, la ocasion que ahora se ofrece para obtener la reconciliacion general por medio de la dinástica, sólo el tiempo y la muerte, trabajando de consuno, podrán proporcionarla; pero, entretanto, pasarán muchas docenas de años, y habrá vencedores y vencidos, y patricios y plebeyos, y desconfianzas recíprocas, y profundos rencores, y miseria privada, y nacional impotencia, y todos los males y calamidades que son consiguientes al estado de discordia.

»Pasa luégo á probar que sería desventajosa para la reina la adicion propuesta al art. 6.º de la Constitucion, por ser imposible ningun enlace con las familias reinantes en las otras naciones de Europa, por la oposicion que pondrian las restantes. Y áun dado caso que se verificara con la de Luis Felipe, asegura que ninguna intervencion podria esperar España el dia del peligro.

»Y vuestro candidato, se pregunta, ¿qué bienes aportaria al matrimonio? Si los nuestros se presentan indotados, el vuestro lo estaria ménos? — Estas son las observaciones que

nos parece oir en este momento de boca de los parlamentarios. Qué bienes trae nuestro candidato, se nos pregunta! Vamos á decirlo. Trae el caudal más pingüe que pudiera aportar ningun otro príncipe de la tiera; caudal que no está sujeto á las alteraciones del cambio comercial, ni á las vicisitudes de la guerra, ni á las variaciones de la política, ni á averias marítimas, ni á plagas ó mudanzas terrestres; caudal que consiste en bienes raíces situados alrededor, á la vista de la morada conyugal, bien amojonados, durante largos siglos y sin contradiccion cultivados por sus abuelos; trae, en una palabra, el amor de muchos millones de españoles, y no de aquellos españoles que quieren mandar, sino de los que quieren que se les mande: no de aquellos que pretenden discutirlo todo, sino de los que, teniendo fe en sus superiores, no regatean sobre la obediencia: no de aquellos que miran á la mano del que los manda, para saber lo que de él tienen que esperar ó que temer, sino de los que observan el movimiento de sus ojos para ir delante de sus preceptos: no de aquelllos que disertan con peripatética sutileza sobre las facultades de sus reyes, sino de los que las comprenden y respetan sin explicarlas en demasía: no de aquellos que desean que el poder real suene mucho y no sea nada, que declaran inviolables á los reyes, á condicion de que se dejen gobernar como súbditos, sino de los que quieren que los reyes *reinen y gobiernen* sin más restricciones que las que no sirvan de impedimento para bien reinar y gobernar. Tan rico como todo esto es nuestro candidato, por más que se le vea en pobreza material: tantas y de tan grande estima son las voluntades que en pos de sí lleva encadenadas, por más que él mismo esté actualmente careciendo de libertad.»

Se dirige luégo el escritor de *La Esperanza* á Doña Isabel, y sincera á su partido de las inculpaciones que le dirigian los liberales asegurando que el consorte propuesto por los monárquicos á la reina no dejaria de oprimir, llegado el caso, á la que habria maldecido en la guerra y en la proscripcion: rebate dichas inculpaciones fundándose en la virtud que tiene el vínculo conyugal en la sociedad cristiana, en el sentimiento y en la historia de los muchísimos reyes que, despues de haberse disputado la corona y terminado sus discordias por su mútuo enlace, han vivido en la más íntima é inalterable concordia.

Al probar, finalmente, que la condicion de que trata habia de ser perjudicial á sus mismos autores, los parlamentarios, lo hace con la acostumbrada elocuencia, y dice á los partidos verdades, y les pronostica males que más tarde los sucesos han venido á confirmar.

Aunque fué el primero en abordar esta cuestion el periódico *La Esperanza*, no lo hizo con ménos maestría y talento el profundo escritor y sabio publicista D. Jaime Balmes, segun queda indicado. Mas el Gobierno desde un principio se mostró contrario al casamiento del hijo de D. Cárlos, y estuvo muy distante de oir las razones de la prensa y los clamores de la opinion pública, que estaba decididamente por este matrimonio: y no bien entendió el grande pensamiento que habia dictado los actos de Bourges, respondió al manifiesto conciliador del conde de Montemolin con dos circulares de los ministerios de Gobernacion y Hacienda, y otra del ministerio de la Guerra á los capitanes generales, escrita en un lenguaje apasionado y violento en las que, á más de negarse de un modo oficial la mano de la jóven reina al conde de Mon-

temolin, se declaraba guerra á muerte al partido carlista, que estaba vencido. Hé aquí las circulares á que hago referencia:

«*Ministerio de la Gobernacion de la Península.—Seccion de Gobierno.=Circular.*=Ha llegado á noticia del Gobierno que algunos de los partidarios de la causa de D. Cárlos tratan de volver con nuevo empeño á sustentar sus ilegítimas y ya olvidadas pretensiones á conmover y agitar los ánimos y á perturbar el órden y quietud general, preparando á la nacion nuevas discordias y desventuras; á estos designios y maquinaciones han dado, segun parece, impulso y ocasion los papeles y manifiestos que los príncipes de la rama excluida han firmado últimamente en Bourges, renunciando D. Cárlos sus pretendidos derechos en su hijo mayor, y dirigiéndose éste á los españoles en un lenguaje por el cual, á vueltas de su carácter ambiguo y oscuro, descubre muy claramente que está léjos todavía de reconocer como su reina y señora á la augusta Princesa que ocupa el trono por las leyes de la monarquía y la voluntad de la nacion. Este acontecimiento, que sólo ha llamado la atencion de S. M. por lo que en ello pueda interesarse la paz y el órden público, no varía ni puede variar en nada la política y la marcha de los consejeros responsables de la corona.

»La exclusion de D. Cárlos y de todos sus descendientes, decretada solemnemente por los altos poderes del Estado, sancionada por la voluntad nacional y afianzada por la victoria, traza de antemano la línea de conducta que en este punto debe seguirse; y el Gobierno, por tanto, se halla bajo este concepto decidido á que no quede ilusoria tan solemne resolucion, á sostenerla á todo trance y á no permitir que por me-

dios indirectos ó cautelosos pueden los enemigos de los derechos de S. M. llevar á cabo sus conocidos intentos, reproducir en España lamentables disturbios y malograr tantos nobles y costosos sacrificios y tanta sangre derramada.

»Á este fin S. M. ha tenido á bien mandar, conformándose con el parececer del Consejo de ministros, y en órden comunicada desde Barcelona por el presidente del mismo Consejo, que las autoridades de las provincias, penetrándose bien de las miras é intenciones del Gobierno, y poniéndose de acuerdo, si las circunstancias lo reclamasen, vigilen con actividad y repriman con vigor á los díscolos y perturbadores; en la inteligencia de que el Gobierno se halla resuelto á emplear todo el rigor de las leyes contra los que, bajo cualquier pretexto y bajo cualquiera forma, se atrevan á desconocer los legítimos derechos de S. M. la Reina nuestra señora, ó atenten por cualquier modo á la seguridad del trono ó á la Constitucion del Estado.

»De real órden lo digo á V. S. para que arregle á esta instruccion su conducta, en el caso de que sea necesario adoptar en este punto alguna providencia. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 19 de Junio de 1845.=Pidal.=Sr. Jefe político de.....

»*Ministerio de Hacienda.=Circular.*=Por el ministerio de la Gobernacion y demas ministerios respectivos se trasmiten las órdenes y se acuerdan las disposiciones convenientes para la ejecucion de lo dispuesto por S. M., y comunicado por el presidente del Consejo de ministros, con motivo de la renuncia que ha hecho D. Cárlos María Isidro de Borbon de sus pretendidos derechos á la corona de España, y del manifiesto

publicado por su hijo. Aunque la autoridad de V. S. y de todos los empleados de Hacienda en esa provincia está reducida á la administracion y recaudacion de las rentas y contribuciones públicas, no por eso debe V. S. dejar de cooperar en todo lo posible á que se cumplan los mandatos de S. M. y las disposiciones de su gobierno en todos tiempos, y particularmente cuando algun acontecimiento puede influir más ó ménos en la conservacion del órden público.

»En nada ha variado con dichos actos la posicion de Don Cárlos ni la de su familia respecto al gobierno español; las mismas leyes que le excluian para siempre de la corona de España, igualmente que á sus sucesores, subsisten en toda su fuerza y vigor: y los nuevos sucesos que á él se refieren no pueden tener otro objeto sino el de conseguir por medios indirectos y tortuosos lo que no ha podido ni por la fuerza de las armas, ni por ninguno de los medios que ha empleado hasta el dia. Puede esto dar lugar á que se fragüen criminales proyectos: puede servir de estímulo para que se dejen seducir algunos hombres incautos. Debe V. S. pues exigir de todos sus empleados la mayor decision por los legítimos derechos de nuestra Reina Doña Isabel II, y por las libertades que bajo su reinado han sido reconquistadas: debe V. S. prestar y hacer que todos presten la cooperacion más activa para este objeto á las autoridades encargadas más especialmente del gobierno del país y de la conservacion del órden público, ya asistiendo, siempre que sea necesario, á su llamamiento, ya anticipándose, si posible fuese, á su mismo celo y vigilancia; y por mi parte, consideraré como un nuevo testimonio de sus buenos servicios todo lo que V. S. ejecute en cumplimiento de lo que en esta comunicacion se le previene.

»De órden de S. M. me dirijo á V. S., previniéndole además que me dé parte de haber recibido este real mandato. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 18 de Junio de 1845.=Mon.=Sr. Intendente de la provincia de.....

»*Ministerio de la Guerra.=Circular á los capitanes generales.*=Excmo. Sr.: En virtud de lo prevenido de órden de la Reina nuestra señora (Q. D. G.) por la presidencia del Consejo de ministros á todos los ministerios para que se circulen á las autoridades del reino las órdenes más terminantes con el objeto de vigilar á los enemigos del reposo público y reprimir con toda la severidad de la ley sus intentos, cualquiera que sea el aspecto con que se presenten, como contrarios á los legítimos derechos de la Reina nuestra señora y á la Constitucion del Estado, me manda S. M. decir á V. E.: que, no obstante hallarse penetrado su real ánimo de que la consumacion de hechos recientes y la lectura de los documentos que han visto la luz pública no pueden causar en sus leales súbditos la sensacion que sus autores quisieran, y áun cuando el acto de la pretendida abdicacion de D. Cárlos, que revela la más insigne mala fe y patentiza una ciega obstinacion de envolver al país en nuevas discordias, turbando el sosiego y la paz que afortunadamente disfruta, debe inspirar menosprecio y ninguna alarma ni temor á los pueblos: como quiera que, sin embargo, puede abrir campo á nuevas esperanzas y arrastrar á los ilusos que todavía intenten renovar los dias de luto y desolacion por que el país ha pasado, es su real voluntad recuerde á V. E. que el rebelde D. Cárlos y su familia están extrañados del reino, excluidos por la Constitucion del Estado y por las leyes especiales de la sucesion á la

corona, y priva los de los derechos que gozaron en su calidad de infantes de España; previniéndole que, á los que tomasen parte en la realizacion de sus quiméricas pretensiones, sea cual fuere el velo con que quisiesen encubrirlas, se les persiga hasta su exterminio si pisasen el territorio español; y en caso de ser habidos, se les juzgue breve y sumariamente por un consejo de guerra, como traidores y enemigos declarados del trono y de las libertades de la nacion; en concepto de que la ley será inexorable con los que intenten directa ó indirectamente trastornar las instituciones fundamentales del reino ó el órden de sucesion á la corona bajo engañosas promesas y mentidos sacrificios, que la Reina, como jefe supremo del Estado, la nacion entera, rechazan abiertamente. De real órden lo digo á V. E. para su más exacto cumplimiento. Dios guarde á V. E. muchos años. Barcelona 18 de Junio de 1845.—Narvaez.—Sr. capitan general de (1).....»

De este modo tan indigno recibió el Gobierno español el proyecto matrimonial carlista; pero el país, con su instinto maravilloso, conocia que éste era el medio único de poner término á

---

(1) El capitan general de Madrid, al comunicar esta circular, añadia lo siguiente: «Al trasladar á V. E. esta real resolucion, excusado me parece añadir que seré inflexible en exigir su más puntual cumplimiento en la parte que pueda corresponderles á todos cuantos funcionarios estan sujetos á mi autoridad, convencido como lo estoy, ademas de cumplir en ello con el deber que me impone la confianza de S. M. y de su gobierno, de que las ridículas é insolentes pretensiones de *un príncipe traidor* deben ser rechazadas con indignacion por todos los españoles amantes de su reina y de la Constitucion del Estado, sin que sea posible transaccion alguna con ellas.»

los males de la nacion; y así es que, á pesar de los grandes esfuerzos del poder, crecia cada dia su popularidad. Á no haberse ido con tanta precipitacion en el grave asunto del casamiento de la Reina, á buen seguro que no se habria llevado á cabo con otro príncipe que con el conde de Montemolin: conociendo esto el Gobierno, y que no habria podido luchar con la opinion pública, cada dia más declarada, apresuró el desenlace de tan importante negocio. Los periódicos ministeriales que, como *El Heraldo*, creian prudente en un principio la dilacion del matrimonio de la Reina, no tardaron en decir que era preciso se verificara cuanto ántes; y que todos los que desearan lo contrario, trabajaban en favor de la causa carlista. Á esto respondia con mucha oportunidad el *Pensamiento de la Nacion*, probando que no podia temerse apoyaran tal causa, ni el ministerio, ni la madre de la Reina, ni la Reina misma, ni la Francia, ni la Inglaterra; y luégo añadia:

«La verdadera causa de los temores está en la fuerza misma de las cosas: está en el curso natural de los acontecimientos: en la elocuencia de los sucesos, que fortalecerá en su conviccion á los convencidos: que convencerá á los que dudan, y hará dudar á los que niegan. Aquí está la verdadera causa de los temores: aquí se encuentra la razon de esa prisa que se quiere llevar: aquí está la explicacion de cómo ha podido trasformarse en urgencia apremiadora lo que poco ántes era una cosa prematura é inoportuna.»

En otra parte decia el mismo Balmes con igual objeto:

«La candidatura del conde de Montemolin ha tenido en contra oposiciones mucho más fuertes que todas las indicadas. Oposicion en el extranjero, oposicion en la córte, oposicion en el gobierno, oposicion en los hombres influyentes del

partido dominante, oposicion constante en la prensa: y sin embargo, léjos que haya debilitado las probabilidades de su triunfo, se han robustecido sobremanera y se van robusteciendo cada dia. Esto, qué prueba? Prueba que la candidatura del príncipe de Bourges tiene una fuerza intrínseca, no dependiente de las circunstancias del momento, de estas ó aquellas intrigas, de estas ó aquellas simpatías: y es un pensamiento grande, nacional, con cuya ejecucion se pondria un término á las calamidades de nuestra patria. Se le ha desechado mil veces: se ha dicho que el proyecto era imposible; se han hecho las pinturas más negras del porvenir que nos habria de traer: se ha procurado intimidar á sus defensores; se ha tratado de confundir una idea de conveniencia pública con un sentimiento de deslealtad, retrayendo de esta suerte á los pusilánimes que no pueden soportar que se les llame carlistas: pero todo ha sido inútil: la candidatura del conde de Montemolin no ha muerto, á pesar de tantos y tan violentos ataques: vive aún, más poderosa que nunca; cada dia va conquistando nuevos partidarios: de las oposiciones, unas ceden, otras son ménos obstinadas; y el país, en espectativa de este grande acontecimiento, tiene fija su esperanza en el enlace, que ha de inaugurar una nueva época de tranquilidad y ventura.»

La opinion de la prensa con respecto á la circular del ministro de la Guerra, fué la que se comprenderá por los extractos siguientes de *El Español* y *El Globo:*

El Español. — «Nuestra opinion fué siempre que el gobierno no debia contestar al manifiesto de D. Cárlos de otra manera que con la dignidad de su conducta, con su firmeza,

con reiteradas pruebas de una profunda *adhesion y respeto* hácia las instituciones que nos rigen y nos separan de los que siguen la bandera de Bourges. Pero ya que se decidia á hablar, ha debido evitar con cuidado el lenguaje de la pasion. Los gobiernos no deben nunca mostrar cólera, porque degradan ó debilitan el poder mostrándose accesibles al ódio y á la venganza. Si queria el gabinete hablar al país con ocasion de los manifiestos de Bourges, hubiéralo hecho en buen hora en términos comedidos, dignos, mesurados, que no respiren sangre y suplicios. Un lenguaje violento en boca de un gobierno, le hace descender al nivel de los poderes revolucionarios.

»Nos pesa en extremo ademas ver que, quizás por rutina, se haya seguido en la circular la perniciosa costumbre de poner en boca de S. M. expresiones que revelan toda la virulencia de nuestras disensiones intestinas. El trono nunca debe hablar á los *partidos políticos;* sólo debe dirigirse á los *súbditos españoles.*

»Dos son los puntos principales sobre que versa la fulminante circular: declarar *guerra á muerte* al partido carlista vencido en la actualidad, y negar oficialmente al hijo de Don Cárlos la mano de nuestra reina. Lo primero está mal hecho y peor dicho; lo segundo estaria mal dicho, aunque estuviese bien hecho. Mandar que se persiga hasta el *exterminio* á un partido que por ahora se contenta con entretener la voracidad de la prensa periódica con pretensiones más ó ménos inoportunas, es una oficiosidad demasiado sañuda. El silencio en este caso seria más político. Decirle á un príncipe que se coloca en la actitud interesante de un galan que pide la mano de una dama: *Vuestras engañosas promesas y mentidos sa-*

crificios, la reina y la nacion los rechazan abiertamente,» es una negacion demasiado brusca y descortés. El silencio en este caso sería mucho más digno.

»Recuerda la circular «que el rebelde D. Cárlos y toda su familia están extrañados del reino, excluidos por la Constitucion del Estado y por las leyes especiales de la sucesion á la corona, y privados de los derechos que gozaron en su calidad de infantes de España, etc.» Y dice más adelante: «En el caso de ser habidos, se les juzgará breve y sumariamente por un consejo de guerra, como traidores y enemigos declarados, etc.» No nos cansaremos de repetir que este lenguaje puesto en boca de S. M. es un contrasentido: el trono tiene la paternal mision de ser el ángel protector de sus hijos más ingratos; y un ministerio que le hace articular tan exterminadoras frases, le obliga á faltar al cumplimiento de los deberes que le encomendó la Providencia.

»Hay un derecho imprescriptible que no nos lo puede usurpar ninguna ley, del cual no nos puede despojar la sociedad, que se lo debemos á la Naturaleza, y que por consiguiente sólo podria ser derogado por el mismo Dios: este derecho es el derecho de naturalizacion. El dia que el príncipe proscrito ó cualquiera de sus adeptos fuesen víctimas de un desafuero y acudiesen á un agente español en demanda de su agravio, el Gobierno vengaria el desacato como un insulto hecho al pabellon nacional. Hé aquí cómo la mision de los gobiernos es tan noble, tan alta, tan providencial, que tiene obligacion de proteger hasta á sus mismos enemigos, y que el hacerles descender á fomentar enconos, á alimentar venganzas, es desnaturalizar su origen, es desconocer completamente el objeto para que han sido instituidos.

»Ni por carácter ni por sistema somos amigos de censurar agriamente, y por eso pondremos término á esta crítica tan desagradable. Si el Gobierno hubiera tenido la docilidad de obedecer á los consejos de la prensa, porque ella es y deberá ser siempre el imprescindible asesor de todos los ministerios constitucionales, no se veria tan duramente censurado por los mismos que deseamos que su prestigio se aumente. Un Gobierno como el actual, que cuenta con la disciplina del ejército; que no tiene milicias nacionales que le presenten memoriales al toque de generala; que no comentan sus resoluciones las autoridades municipales, como si fuesen unos jefes federativos, debe poner debajo del pié todas las enseñas de todas las banderías políticas, y con amplitud de miras tratar de fundir las diferentes fracciones en que se halla dividido el país en un sólo partido nacional.

»En conclusion, un Gobierno cimentado en una sábia administracion, debe *obrar* á todas horas, *hablar* cuando no pueda ménos de no callar, y *callar* siempre que pueda.»

El Globo.—«La circular pasada por el ministro de la Guerra á los capitanes generales con motivo de la abdicacion de D. Cárlos, nos ha parecido un tanto impropia en sus ideas, destemplada en sus términos. De seguro no seremos tenidos por sospechosos al tratar de este asunto, despues de haber manifestado nuestra opinion acerca de los proyectos de Bourges; pero así como deseamos en el Gobierno firmeza y energía para desbaratar esos planes de trastorno, no somos ménos exigentes en reclamar dignidad y circunspeccion en todos sus actos. Si es cierto que los carlistas conspiran, si el Gobierno teme que las actas de Bourges puedan producir en España

algun efecto peligroso, ha debido sin duda prevenir á las autoridades, encargarles la vigilancia más exquisita, y recomendarles el estricto cumplimiento de las leyes. Pero todo esto puede hacerse y decirse con las formas propias de los actos oficiales, en el lenguaje enérgico pero digno, resuelto pero comedido, que tan bien sienta en la boca de los ministros cuando hablan en nombre de S. M.

»Nuestros lectores, que han visto el documento de que tratamos, conocerán cuánta razon tenemos en lo que decimos. Habla la circular *del menosprecio que deben inspirar á los pueblos* las actas de Bourges; de *perseguir hasta su exterminio á los* que tomen parte en las quiméricas pretensiones de la familia de D. Cárlos; *de juzgar breve y sumariamente por un consejo de guerra* como traidores á los que favorecen semejantes intentos si llegan á pisar el territorio español; y por último, de que será inexorable la ley con los que *directa ó indirectamente* pretendan trastornar el órden de sucesion á la corona *bajo engañosas promesas y mentidos sacrificios.*

»Nosotros, que no somos ménos decididos contra las pretensiones de la córte de Bourges; nosotros, que no deseamos ménos que el Gobierno tenga toda la severidad que sea necesaria contra los proyectos carlistas, nos hubiéramos mirado mucho ántes de usar en un artículo nuestro las palabras que el ministro de la Guerra pone en boca de S. M. Hasta en un periódico como el nuestro hubiéramos creido algo violento y destemplado ese lenguaje. ¡Cuánto más destemplado y violento no hemos de considerarlo puesto por los ministros en boca de S. M.!»

Al mismo tiempo que circulaba en Madrid el manifiesto del conde de Montemolin, se litografiaba crecido número de

ejemplares del retrato de este personaje, los cuales se vendian en tres ó cuatro librerías de la córte.—Vamos á trasladar á continuacion lo que acerca de lo ocurrido con el citado retrato refirieron algunos periódicos.

La Postdata.—«El retrato del *Monte-Conde-Molin*, que estaba puesto á la vergüenza en la calle de Carretas, ha sufrido hoy una completa derrota; pues despues de roto el cuadro en que estaba ha sido decapitado. Ayer hicieron otro tanto con uno semejante que estaba en la Galería de cristales de San Felipe Neri. De qué simpatías goza el *principito!*»

El Heraldo.—«El retrato del conde de Montemolin, que se habia expuesto al público á la puerta de una librería en la calle de Carretas, dice un periódico que han tenido que quitarlo por lo mal mirado que era por la mayor parte de los que pasaban, atreviéndose algunos hasta á insultar á los libreros que lo habian expuesto. ¡Y luégo dirán los liberales que no tiene simpatías el nuevo pretendiente!»

El Globo.—«Desórdenes.—Ayer al medio dia ha tenido lugar en la calle de Carretas un suceso que ha llamado la atencion de muchas personas. Habiéndose expuesto al público para su venta el retrato del hijo primogénito de D. Cárlos, fué colocado en la librería de Matute en la puerta vidriera al lado del retrato del ex-regente Espartero. *Unos cuantos alborotadores* han apedreado la librería, causando algunos destrozos y alborotando al pacífico vecindario. No aprobamos este desahogo patriótico, pues no hallamos inconveniente alguno en que se vendan al público retratos de personas tan notables por distintos conceptos como el conde de Montemolin y el general Espartero.»

El Tiempo.—«Esta mañana unos jóvenes que pasaban por la calle de Carretas rompieron los cristales de la librería de Matute, arrancaron el retrato que detras de ellos habia del nuevo conde de Montemolin, lo hicieron pedazos y se lo comieron, poniendo en su lugar la circular expedida por el ministerio de la Guerra con motivo de los documentos de Bourges. Reunióse bastante gente, sin que la hazaña de dichos jóvenes tuviese más resultados; pues unos agentes de seguridad pública y unos guardias civiles que lo presenciaron permanecieron impasibles.»

La Esperanza.—«Durante estos tres dias se ha hallado expuesto á la venta pública, en una librería de la calle de Carretas, el retrato de Cárlos Luis de Borbon. Se han vendido una infinidad de ejemplares, sin que ni un momento haya dejado de verse en el frente de la librería multitud de curiosos que á su vez examinaban la estampa que servía de muestra. Pero hoy á las once se acercó á este cuadro un sujeto desconocido y le ha hecho enteramente pedazos, poniendo en su lugar no sabemos qué papel. Todo se ha ejecutado con el órden que corresponde á una época de civilizacion y seguridad real y personal, sin que el ciudadano agresor, al retirarse, experimentase el menor disgusto de parte de los muchos agentes de policía que incesantemente circulan por aquellos parajes. Por lo demas, el suceso no dejaba de estar previsto. El *Castellano* decia ya anoche *con acierto profético* que habia *sido forzoso dejarle* (el retrato) *de poner á la vista del público* TEMIENDO ALGUN DESMAN.

»Veremos qué medidas toma la autoridad superior politica cuando tenga noticia de este acontecimiento.»

Finalmente, *El Clamor público* insertaba el siguiente artículo con el epígrafe *Libertad y órden público:*

«Esta es nuestra divisa; y siempre consecuentes en nuestros principios, no podemos aplaudir los atentados contra las personas ni contra las propiedades, vengan de donde vinieren.

»Ha llegado á nuestra noticia que el retrato del llamado conde de Montemolin, que se hallaba expuesto para la venta pública en la librería de Matute, calle de Carretas, y en la Galería de cristales de San Felipe Neri, ha sido arrebatado por algunos, hecho pedazos y pisoteado en medio de la calle.

»Nadie nos aventaja, por cierto, en sentimientos de patriotismo y en disposicion personal para sacrificarnos en una lucha contra el hijo de D. Cárlos y sus secuaces; ni nadie tampoco se opusiera más tenazmente que nosotros al enlace del titulado *conde de Montemolin* con Isabel II, reina constitucional de España; pero no podremos jamás, á imitacion de la *Postdata*, elogiar el atentado que coarta la libertad que tiene todo el que se ocupa en el comercio de libros y de estampas, en vender y exponer al público, no sólo el retrato del hijo de D. Cárlos, sino tambien el del Diablo Predicador, con tal que en ellos no se exhiba cosa que ofenda el decoro público ó las costumbres y buena moral de la sociedad.»

«Á tal punto han llegado las cosas; tan fuerte es la opinion que apoya al conde de Montemolin; son tales los obstáculos que se oponen á otro enlace, sea el que fuere; son de tal gravedad y trascendencia los resultados que pudiera acarrear un paso precipitado, que ha de ser ya muy difícil encontrar hombres públicos de algun valor que aconsejen á S. M. un enlace que deje descontenta á la inmensa mayoría de los españoles. Se combinarán nuevos proyectos; se urdirán intri-

gas; se tantearán nuevos medios; se ponderará la imposibilidad del enlace con el conde de Montemolin; correremos quizá nuevos peligros de una resolucion precipitada como en la candidatura de Trápani; pero ántes que se ejecute un proyecto funesto, se hará oir de nuevo la opinion pública; se agitará de nuevo el sentimiento de nacionalidad; y los hombres públicos que quisiesen arrojarse á una empresa desatentada, retrocederán ante la voz del país, que llegará respetuosa á los oidos de S. M., y le hará entender lo que más conviene al sosiego y felicidad de sus pueblos (1).»

Hasta aquí la opinion pública representada por la prensa, y como ella dividida, si bien es imposible negar que la mayoría optaba por el legítimo rey D. Cárlos VI, una vez trasmitida la corona por D. Cárlos María Isidro á su primogénito el conde de Montemolin, que desde entónces adoptó este título.

Parecia mal á los liberales la idea del matrimonio de Don Cárlos con Doña Isabel, puesto que comprendian cuánto más robusto habria de ser el poder monárquico, en daño de las particulares ambiciones de cada fraccion, entronizadas succesivamente y turnando en el gobierno de la nacion.

III.

El orígen del condado de Montemolin, que suponen puramente caprichoso los enemigos de D. Cárlos Luis, no fué sino muy legal y fundado, segun vamos á ver.

Pertenece la villa de Montemolin á la provincia de Bada-

---

(1) Escritos políticos de D. Jaime Balmes.

joz, partido judicial de Fuente Cantos, audiencia de Cáceres y diócesi de San Márcos de Leon: cuenta de seiscientos á seiscientos cincuenta vecinos: y su situacion topográfica, sobre las crestas de Sierra Morena, bastaria para atestiguar su orígen, si no lo hicieran sus viejos y medio derruidos torreones. Fué aquél castillo en tiempo de la invasion sarracena, y en él se alzaron sucesivamente la cruz y la media luna durante el angustioso y gigantesco período de la guerra entre los hijos del Evangelio y los sectarios del Korán.

Fué la fundacion del castillo de Montemolin debida á los cartagineses, segun generalmente se cree, y allí tuvieron guarnicion y *præsidium* los romanos. Con respecto al orígen etimológico de su nombre, son harto infundadas las suposiciones que se hacen, para que puedan merecernos crédito alguno.

En 1286 obtuvo el señorío de la villa la ínclita Órden de Santiago, hasta que, en tiempo de Felipe III, en 1608, fué por él enajenada, en virtud de sus atribuciones como gran Maestre, á unos mercaderes genoveses: suerte que cupo entónces á otras muchas villas y señoríos, con el fin de atender al pago de suministros al ejército, así en Flandes como en la Península.

Fué título que tomaron los descendientes de aquellos mercaderes el de marqueses de Montemolin, y que conservaron algun tiempo en su familia, hasta su reversion á la corona, segun fuera estipulado, que tuvo lugar por pago de los créditos de los genoveses, volviendo á la posesion de aquella comarca la corona de España. Administrada por el Estado continuó la villa hasta 1819, en que Fernando VII, para satisfacer un crédito muy importante á su hermano D. Cárlos, e

adjudicó, prévio el dictámen del Consejo, la encomienda y prerogativas que ántes disfrutaran y ejercieran los reyes de Castilla como grandes maestres, la Órden de Santiago y los marqueses de Montemolin.

Continuaron así las cosas, hasta que, secuestrados que le fueron los bienes á D. Cárlos María Isidro, pasaron á poder de la administracion de Hacienda, extinguido el antiguo señorío. Hé aquí los legítimos fundamentos que D. Cárlos Luis tenía para tomar el título de conde de Montemolin, que de derecho le perteneciera, toda vez que la donacion habia sido hecha por el rey y creado derecho en favor de D. Cárlos María Isidro y sus sucesores, sin que el mismo rey pudiese deshacer legalmente lo hecho, toda vez que no se habian retribuido al citado D. Cárlos las cantidades que se le adeudaban y servicios prestados, para lo cual se le dió, entre otras prerogativas, la del marquesado de Montemolin (1).

Este fué y no otro el origen del título de *conde de Montemolin*, que el infortunado cuanto ilustre D. Cárlos Luis de Borbon adoptó desde el momento en que admitió la abdicacion que en él hacía su augusto padre de todos sus derechos á la corona: título que usó hasta lo postrero de su vida, como D. Cárlos María Isidro el de *conde de Molina*, y con los cuales vivieron, escudando la majestad del monarca, en la emigracion y el ostracismo, los príncipes modelos de virtudes y constancia, cuyo recuerdo debe servir de orgullo á su augusta raza.

---

(1) El escudo de armas del marquesado de Montemolin era de oro, con faja jaquelada de plata y gules, y en jefe media flor de lis de gules.

CAPITULO III.

Fuga del conde de Montemolin.—Manifiesto del conde.

El conde de Montemolin, en su primer manifiesto que publicó el 23 de Mayo de 1845, decia claramente que sus deseos eran la paz y union entre todos los españoles, y el olvido de las pasadas discordias; palabras que nada tenian de vagas é indeterminadas, sino que manifestaban un objeto fijo al que se dirigian sus miras y las de todo su partido. Pero al mismo tiempo daba á entender que, jóven intrépido, no sería ménos constante que su padre en trabajar para el logro de un triunfo, si los que en su mano tenian el medio de una reconciliacion, se negaban á ella. «Deseo presentarme entre vosotros con palabras de paz y no con grito de guerra. *Sería para mí motivo de una pena inmensa verme alguna vez obligado á separarme de esta línea de conducta.*» En aquel manifiesto y en estas palabras estaba envuelto el plan que más tarde se desarrolló por la fuerza de los sucesos en la huida de Bourges y en la proclama en que dió el grito de guerra.

«El corazon generoso del conde se resistia á la idea de que pudiese renovarse una guerra fraticida como la que habia te-

nido que sostener D. Cárlos en defensa de sus derechos á la corona. Avaro de que se derramara sangre española, se estremecia al pensar que podrian reproducirse los horrores de la lucha pasada, y anhelaba por esto fomentar la union de los españoles, su prosperidad y ventura. El medio era obvio, sencillo, libre de dificultades; sin perder nada de su dignidad la reina que ocupaba el trono de San Fernando, podia enlazarse con su augusto primo, príncipe noble y generoso, adornado con una educacion esmerada y brillantísima, favorecido por la naturaleza con las más relevantes prendas físicas y morales. Con su venida al trono de España como á *rey* marido de la *reina*, agrupaba alrededor del sólio real la inmensa muchedumbre de españoles que habian luchado á favor de su padre, sus corazones, los de sus familias, como tambien los de otros muchos que, sin haber tomado las armas, veneraban á la familia proscrita.

»La influencia extranjera, y la mezquindad de miras del Gobierno español, resolvieron el importantísimo negocio en un sentido que no era el más elevado y político, obligando al hijo de D. Cárlos á poner en práctica la amenaza hecha el 23 de Mayo de 1845.

»Para ello era preciso ante todo escaparse de su prision de Bourges, con el fin de poder obrar desde un lugar seguro con libertad é independencia, para lo que hubo de burlar la vigilancia del Gobierno francés, por quien estaba detenido, y la de los activos agentes que le rodeaban. No era poco difícil la empresa, tratándose de una elevada persona, en quien recaian sospechas de querer disputar el trono á la dinastía con que se enlazaba la familia de Luis Felipe, y en país en que por su policía y medios de comunicacion era fácil desbaratar

el más bien combinado plan, á lo que debe añadirse la notable circunstancia de estarse buscando en aquellos mismos momentos, por los gobiernos frances y español, los medios de ahogar cualquier movimiento carlista á que pudieran dar lugar las bodas de la reina y su hermana. Pero la intrepidez del jóven Conde superó todas las dificultades, y por un paso hábil y enérgico, en que el atrevimiento raya en imprudencia, se hallaba al siguiente dia libre de sus enemigos, en país hospitalario, y en camino de realizar sus esperanzas é ilusiones el que la víspera estaba prisionero en Bourges, vigilado por gendarmes, á merced de aquellos á quienes queria combatir.

»El misterio de su evasion ha dado lugar á diversas conjeturas, creyéndose generalmente que á su realizacion no fué ajena la gran Bretaña, que habia sufrido en los casamientos españoles una momentánea derrota de que muy luego habia de vengarse. Motivos hay para creer que no hubo tal influencia; pero como quiera que sea, lo cierto es que aquella huida fué una calamidad para las córtes de Francia y España, bastante para aguar el regocijo de las bodas, y hacer oir al monarca de Julio, en medio de la alegría de los festines, las palabras misteriosas que á otro rey anunciaron su próxima desgracia.

»Cuarenta horas mediaron entre la desaparicion del Conde y la primera noticia que de ella tuvieron las autoridades francesas. No fueron perezosas en poner en práctica los medios más activos para capturarle ántes de que pasara la frontera. El prefecto de Bourges anunció á su gobierno la evasion, y este desde luego dirigió por telégrafo á todos los prefectos el siguiente despacho, fechado á las tres de la tarde del 17 de Setiembre de 1846:

«S. A. R. el Conde de Montemolin, hijo mayor de D. Cárlos, se ha escapado de Bourges; hareis que lo busquen y detengan.»

»Se circularon ademas á los *maires* las siguientes «*Señas del príncipe Cárlos Luis María, conde de Montemolin*. Edad 28 años; estatura 5 piés; cabellos y cejas negras; frente estrecha y abultada; ojos pardos; nariz gruesa y larga, un poco torcida; boca regular; barba negra corrida; cara ovalada; color moreno.

»Señas particulares. El labio superior y los dientes un poco salientes, lo cual se nota más cuando habla; se expresa con facilidad, aunque con bastante acento; las rodillas vueltas un poco hácia adentro; anda muy derecho; guiña á menudo el ojo izquierdo; lleva el sombrero inclinado á la derecha sobre los ojos.»

»Inútiles fueron los esfuerzos del gobierno frances, pues es sabido que el conde de Montemolin pasó la frontera sin haber sufrido ningun tropiezo. Diversas son las relaciones que de esta evasion se han hecho, de las cuales voy á extractar lo que me parezca más crítico, concluyendo con la proporcionada por personas que con él estaban y tomaron parte en su realizacion.

»Segun los periódicos de París, salió de Bourges el príncipe el dia 14 á las cinco y media de la tarde, conduciendo el carruaje en que iba con cuatro personas de su servicio, escoltado, segun costumbre, por los gendarmes que le seguian á distancia de unos cuarenta ó cincuenta pasos. Al poco tiempo, dicen unos, montó á caballo y lo sacó á escape hasta perder de vista á su escolta, que no lo extrañó, porque muchos dias le veia hacer lo mismo. Entónces fué cuando se ocultó el con-

de. Otros dicen que el príncipe no dejó el carruaje hasta que, estando á la puerta de una quinta, sin ser visto de los gendarmes, le sustituyó un criado de su guarda-ropa. Mas todos convienen en que, al poco rato, los engañados gendarmes vieron venir el carruaje del conde con una persona que creyeron ser su prisionero, á la cual acompañaron hasta palacio, segun de costumbre tenian. Pero dejando aparte estas relaciones y conjeturas, hé aquí los pormenores de la evasion, segun datos de que puedo responder:

»El marqués de Obando habia mandado hacer uno de esos carruajes llamados *charabancs*, que usaba el conde para sus paseos, pues no lo tenía propio desde que su padre habia abandonado la Francia. Él mismo solia dirigirlo por sus propias manos.

»El conde tenía un criado llamado Manuel Charri, algo semejante á su ilustre persona, tanto en estatura como en la barba, que llevaba corrida cual la del príncipe, y á quien le hizo vestir precisamente el mismo traje que debia llevar el 14 de Setiembre, para cuyo dia estaba dispuesta la evasion, enviándole á apostarse al lugar hácia el que pensaba dirigir aquella tarde su paseo. El traje consistia en pantalon blanco de verano, levita negra y sombrero redondo, negro tambien: la mano derecha cubierta con un guante blanco, la izquierda completamente desnuda, aunque llevando empuñado el otro guante.

»Llegada la hora de paseo, tomó el conde un traje igual, y subiendo al *charavanc*, empuñó las riendas como tenia de costumbre. Subieron tambien al carruaje, poniéndose á su izquierda, el marqués de Obando, y detras, en los segundos asientos, el general D. Juan Montenegro y el gentilhombre

del conde, D. Tomás Garci Martin. Inmediatamente despues el *chararanc* partió al galope por el camino de París, en direccion á la quinta llamada *Barbansois.*

»Los gendarmes que seguian á caballo el veloz carruaje, marchaban muy cerca de él, mas no tanto que llegasen á descubrir el cambio verificado de repente del individuo principal que le ocupaba un momento ántes.

»En efecto; apénas hubo entrado el carruaje, dirigido por el conde, en un declive ocultado por una colina á los ojos de los polizontes, tomó un camino travieso que dirigia á la quinta *Barbansois,* saltó de repente al suelo D. Cárlos Luis, y miéntras montaba en un brioso corcel dispuesto allí al efecto, partiendo como una exhalacion léjos de Bourges, subió Charri al *Charavanc*, tomando la propia posicion en que se hallaba el conde, y en vez de seguir el mismo camino, volvió por el contrario sobre sus pasos, retrocediendo á Bourges, sin que los gendarmes, poco dispuestos á esperar ser víctimas de aquel juego de prestidigitacion, se cuidasen de examinar el engaño, deplorable para ellos, en que acababan de caer; ántes al contrario, hicieron á Manuel Charri los mismos honores y saludos que si hubiese sido el conde.

»Al siguiente dia pasó el prefecto á visitarle, y contestándosele que estaba enfermo, no insistió en verle. El dia 10 volvió á visitarle á las diez de la mañana, y se le dijo que el príncipe estaba descansando. Disgustada la autoridad civil, mas no queriendo faltar á los miramientos debidos á su prisionero, se marchó diciendo que volveria á las cuatro con propósito firme de ver al conde; pero un gentilhombre de éste le ahorró el trabajo yendo á las tres y media á decirle que su amo se habia fugado cuarenta horas hacia, y que, por lo

tanto, no debia abrigar esperanzas de capturarle. Registróse el palacio y tomáronse todas las medidas que requeria el caso.

»En la quinta ó castillo donde se ocultó el conde de Montemolin en los primeros momentos de su evasion, hallábanse prevenidos (dice una relacion publicada en la *Quotidienne)*, dos caballos, en uno de los cuales montó el príncipe, excelente ginete, y siguiendo á su fiel guía, el más leal de los hombres, en ménos de tres horas, atravesando los bosques que cubren esta parte salvaje de Berry, se alejó siete leguas de Bourges. Llegó el príncipe á un castillo en donde se les esperaba: tomó algun alimento, rapóse la barba, y subió á un carruaje preparado al efecto. Á las cuatro de la mañana se hallaba á diez y ocho leguas de Bourges.

»Oigamos ahora á una persona (dícese que fué el anciano marqués de Barbansois), que dijo haber favorecido la fuga y haber acompañado al conde de Montemolin:

»Dias antes de la fuga del príncipe, me preguntó uno de mis amigos si me encargaria de sacarle de Francia: la mision era noble, difícil, temeraria tal vez: la acepté, y supliqué á esta persona manifestase al príncipe que me hallaba á sus órdenes.

»El príncipe fijó para su salida el 13 de Setiembre por la noche; el 14 de Setiembre al medio dia tuve aviso de que el príncipe se pondria á mis manos en la noche inmediata, entre media noche y las cinco de la mañana. Se me daba la cita para *** casa de campo retirada, á dos leguas del pueblo de ***. Me quedaban pues algunas horas, y en verdad no era demasiado para los preparativos que semejante viaje requeria. Á las diez de la noche me hallaba ya en mi puesto.

»Á las cuatro de la mañana oí el ruido de una diligen-

cia, y apénas tuve tiempo para abrir la puerta, cuando ví al príncipe que se dirigia á mi habitacion, acompañado por el dueño de la casa. Su risueño semblante, y su aire de seguridad, fueron para mí de feliz agüero. Se dispuso un carruaje con los caballos del que me habia dado hospitalidad, y cuando pedí el equipaje del príncipe, me entregó el conde de Montemolin un paquetito, que en todo contenia dos camisas, un pantalon y dos corbatas.—Equipaje de soldado, Señor, dije al príncipe.—Mi vida de soldado y proscrito no me ha acostumbrado al lujo: ademas, hemos de hacer un viaje rápido, y no nos servirá de estorbo lo que llamaba el César *impedimento*.—El carruaje está pronto, Señor.—Subamos, dijo el príncipe; y se despidió con gracia y afectuosa cordialidad de los que le habian acompañado por algunos minutos.

»Al primer relevo tomé la posta, dirigiéndome al castillo de uno de mis amigos, cuyos caballos, preparados hacía tiempo, estaban á nuestra disposicion. Encontramos casualmente en el camino á dos españoles, que conoció el príncipe, y entramos al paso, al través de los solitarios bosques. Éste se apeó descubriéndose; ellos le hablaron con respeto, pero con la efusion propia del destierro. El príncipe les tendió afectuosamente la mano, que besaron con emocion. Este besamanos de dos soldados fieles y pobres, en los que se representaba la miseria, no se parecia en nada á los que se celebran en la córte de Madrid; pero en cambio aquel era un juramento sincero de amor y fidelidad. Volvimos al carruaje, y los dos españoles nos vieron alejar hasta perdernos de vista.

»Á las ocho leguas tomé la posta para no dejarla, pagando generosamente á los guias. Un postillon dijo á su camarada, miéntras yo activaba el enganche: «Conduce bien

á este caballero; mira que paga como si acompañase á un príncipe.» Esta proposicion, preciso es confesarlo, estaba perfectamente aplicada.

»Al siguiente dia al salir el sol, á media legua del pueblo de ***, distinguí á la cima de una elevada torre un telégrafo que agitaba sus largos brazos negros, y concebí algunos temores, creyendo que por nuestra marcha avisaban la fuga del príncipe; pero al llegar al relevo no advertí movimiento alguno extraordinario, ni gendarmes, ni agentes de policía en las puertas del pueblo ni en la posta, convenciéndome de que las noticias aéreas nada tenian que ver con nosotros, con lo cual me tranquilicé de nuevo. Desgraciadamente el carruaje exigia ciertos reparos urgentes que no admitian demora. Tuve que recurrir al maestro de postas, el cual me aconsejó y dirigió á un operario á propósito; pero por mucho que le recomendé la brevedad, hube de detenerme una hora, que me pareció muy larga.

»Bajé las persianas del carruaje y convinimos en que el príncipe pasaria por un sobrino mio gravemente enfermo, fingiendo dormir miéntras se hacía el relevo. Esperaba de este modo prevenir el caso de que un agente de policía no se contentase con ver los pasaportes en toda regla. Una gorra caida ante los ojos y anteojos azules secundaban grandemente nuestras astutas miras: el príncipe permaneció en el coche todo el tiempo que se empleó en repararlo.—¿No se apea vuestro compañero, señor? me preguntó el maestro de postas.—No; es un jóven sobrino mio que se halla enfermo; necesita dormir.—Continué conversando con el maestro de postas sobre los intereses del país, de los suyos sobre todo, de camino de hierro, del precio de los caballos, etc. etc. Continuamos por

último nuestro viaje, y debo confesarlo, no ocurrió en todo él ningun incidente dramático. Viajamos con un tiempo magnífico, y llevados á buen paso nos acercábamos á la frontera.

»Al último relevo me pidieron los pasaportes, que fueron examinados y devueltos, miéntras mi compañero aparentaba dormir. En el último punto de la frontera bajé del coche y dije que me guiaran al comisario de la policía, al cual entregó mi pasaporte un gendarme.—V. está corriente, me dijo el señor comisario; pero desearia ver á vuestro compañero.—Señor, excusadme esta molestia; viajo con un sobrino de veintidos años, enfermo, para el cual son ineficaces los recursos de la medicina francesa; razon por la cual recurrimos á la habilidad de médicos extranjeros.—En este caso, puesto que no puede apearse, yo mismo iré allá.—Me obligais á una confesion sensible, pues mi sobrino tiene el cerebro tan débil, que á nadie puede ver sino á mí; tiene la cabeza.....—Comprendo, trastornada.—Y por esta causa si os viese le causaríais mucho miedo, y no sé si podria ya continuar mi viaje.—Nada de eso, me dijo este hombre considerado: no le incomodemos: y visó los pasaportes.—Feliz viaje, caballero; procurad conducir á vuestro sobrino á buen puerto.—Así lo espero; adios, caballero, y gracias.—Gracias.

»El gendarme, más curioso, me acompañó y quiso ver á mi sobrino; pero el príncipe *dormia*. El cochero se hacia el remolon; sentéme á su lado, cogí las riendas, y chasqueando á los caballos partí á todo galope.—Postillon, quiero llegar á la hora de comer á ***; con que así, tiros dobles; áun no me he desayunado.—Eran las tres, y habia verdad en este cuento.

»Me habia olvidado de hacer provision para dos dias de camino; y no proponia al príncipe que bajase para comer, por-

que ante todas cosas queria llegar á puerto de salvacion. Al medio dia me dijo el príncipe: —Por lo visto quereis llevarme muerto ó vivo; ayer no comimos; hoy es ya medio dia; ¿qué provisiones nos quedan?—Señor, esto es espantoso; un pedazo de pan duro, unas uvas, y una botella de agua fresca que voy á renovar en este arroyo que corre á lo largo del camino. Señor, confieso que soy mal mayordomo; pero, ¡qué bien comeremos esta noche!—Postillon, me avisarás cuando nos hallemos en la frontera.—Áun está léjos.—¿Cuánto falta?—Una buena media hora; ademas hay cuestas.—Nunca hay guías como los que yo facilito.—Ya llegamos á la frontera.—Alto pues, y montad á caballo.—Me apeé, abrí la portezuela, di la mano al príncipe, y le obligué á subir al pescante para gozar de su libertad, del aire, del sol, del magnífico paisaje que se descubria á nuestra vista; el coche tomó el galope.—*Te Deum laudamus*, señor.—*Te amicum confitemur,* me contestó el príncipe estrechándome con efusion entre sus brazos. Estaban pagadas mis penas; el príncipe se hallaba en libertad: gozaba de su libertad como un cautivo escapado de su prision: es cuanto se puede decir.

»Fuimos en el pescante del coche hasta ***, adonde llegamos á la caida de la noche; apeámonos en uno de los mejores hoteles; los criados se apresuraron para abrir la portezuela y ofrecer sus servicios á los señores que creian en el interior, mientras que el príncipe y yo bajábamos sin llamar la atencion de nadie..... No tardó en reconocerse el error, siendo por último objeto de la atencion de todos.—¡Qué chascos, dijo el príncipe, cuando los hombres no ocupan su lugar!

»Iba á servirse la mesa redonda, y pregunté al príncipe si queria comer en ella, y me contestó que preferia la mesa

comun; la otra era numerosa, pues se contaban en ella hasta cincuenta y tres personas.

»Al dia siguiente, á las seis, entré en el cuarto del príncipe, que, levantado desde las cinco, á pesar de dos noches de fatigas, habia escrito ya á D. Cárlos, su padre, al príncipe D. Juan, su hermano, al marqués de Villafranca y á dos personajes que durante su permanencia en Bourges le habian dado las mayores pruebas de afecto, y habian contribuido á su evasion. Este rasgo da á conocer su corazon, lleno de los más nobles y generosos sentimientos. Su primer pensamiento fué un acto de gratitud para sus amigos.

»Tres dias despues el conde de Montemolin se hallaba bajo el amparo de una mano generosa, resguardado por las simpatías de aliados poderosos, que se envanecian con la confianza que les dispensaba el príncipe al pedirles un asilo, hasta tanto que la fortuna le reuniese con sus amigos, que son los que en el dia le rodean en Inglaterra.»

Tal es la relacion publicada en la *Quotidienne*. Fuera ya de Francia el conde de Montemolin, sus fieles amigos de Bourges, que al despedirse de él ignoraban á dónde se dirigiria, y en qué punto se habrian de reunir, procuraron averiguar su paradero, y avisarle el punto desde el cual esperaban sus órdenes. Sabido por el príncipe que se hallaban en Ginebra (Suiza), se dirigió allí desde Newchatel, y llegó precisamente en los momentos en que una revolucion que acababa de estallar tenía á la ciudad en armas y dividida en dos partidos que ocupaban respectivamente las dos partes de la poblacion que el Ródano separa. Los compañeros de viaje del conde no se atrevieron á exponerse á los peligros que hubieran corrido al penetrar en unas calles, teatro de tan encarnizada lucha;

mas no pudiendo éste resistir al deseo de abrazar á sus fieles amigos que le aguardaban, y viendo que era imposible atravesar la ciudad por hallarse interrumpida la comunicacion por los puentes, se embarcó en una lanchita, y entre el fuego de fusilería que se cruzaba sobre su cabeza, desafiando una desecha tempestad que aumentaba la confusion, atravesó el lago y se puso al pié de las puertas, que estaban en poder del gobierno.

Despues de vencidos estos obstáculos, tanto más arredradores para una persona que por vez primera se hallaba sola en el mundo, encontró cerradas las puertas de la ciudad para todo el mundo, menos para los conductores de víveres. Su ingenio y arrojo le inspiraron entónces la idea de agarrarse, como si fuera su conductor, á la barandilla de un carrito cargado de efectos; y habiendo entrado valido de este ardid, llegó en medio del fuego de los sublevados á la fonda en que le aguardaban los abrazos de sus impacientes amigos, entre los cuales se contaba la persona de cuyos labios tuve el honor de oir la relacion de este episodio.

Desde luego que se supo en París la evasion del hijo de D. Cárlos, que coincidió con la del general D. Ramon Cabrera, fueron presos el marqués de Valdespina, ministro que habia sido de aquél, el Sr. Vargas, gentil-hombre del infante D. Sebastian, y otros personajes de importancia del partido carlista, algunos generales, entre otros Villarreal y Gomez, varios jefes de menor graduacion y algunos eclesiásticos: fueron internados los que estaban cerca de la frontera, y á todos se les vigilaba de cerca: era que se habia dado toda la importancia á la huida del ilustre prisionero, y se conocia que no habia de ser estéril en resultados la proclama que se esparció

despues de su salida de Bourges, por la cual llamaba á las armas á los españoles. Héla aquí:

II.

«Españoles: Cumplia á mi dignidad y mis sentimientos esperar el desenlace de los acontecimientos, que hoy veo sin sorpresa consumados en España, y más aún no desmentir cuanto os anuncié en mi manifiesto de 23 de Mayo de 1845.

»Entónces os hice conocer mis principios; que mis deseos no eran otros sino sacar á nuestra querida patria del caos en que se halla sumergida; obrar la sólida reconciliacion de los partidos; daros la paz y ventura de que tanto necesitais y habeis merecido. Los resultados no han correspondido á mis desvelos, y vuestra esperanza ha quedado defraudada. Vuestro deber y mi palabra nos imponen esfuerzos para cumplir la mision que nos está encomendada. Llegó, pues, el momento, españoles, que tan cuidadosamente quise evitar á costa de tantos sacrificios de vuestra parte y de la mia: fuera mengua para vosotros y mancilla para mí, ser ahora menos esforzados que siempre os estimó la Europa.

»No conozco partidos: no veo sino españoles, y todos ellos capaces de contribuir poderosamente conmigo al grande objeto para que la Divina Providencia me reserva. Os llamo, pues, á todos: de todos espero, y de ninguno temo.

»La causa que represento es justa: ningun obstáculo debe retraernos para salvarla: el resultado es cierto, pues cuento que celosos, activos y valientes, acudireis solícitos al llamamiento que os hago.

»Quiero, y os encargo que no mireis á lo pasado. La era

que va á empezar no debe parecerse á la presente; la concordia debe restablecerse en todas sus partes entre los españoles: cesen los epítetos, los ódios y los agravios.

»Las instituciones propias de la época, la santa religion de nuestros mayores, el libre ejercicio de la justicia, respeto á la propiedad y la amalgama cordial de los partidos, os garantizan la felicidad por que tanto suspirais.

»Cumpliré cuanto os prometí y ofrezco; y en el momento del triunfo, nada me será más grato ni me complacerá tanto, como considerar que no hubo vencedores ni vencidos.

»Os doy las gracias por vuestros sufrimientos, constancia y cordura. Admirador de vuestro valor y de vuestras hazañas, sabré recompensarlas en el campo de batalla.

»Bourges 12 de Setiembre de 1846.—CÁRLOS LUIS.

A continuacion y para concluir este capítulo, trascribo algunos párrafos de periódicos franceses, por los cuales podrá venirse en conocimiento del efecto causado por tan extraordinario suceso. En el *Siglo*, periódico de París, se leia lo siguiente:

»El *Diario de los Debates* ha dicho que la fuga del señor conde de Montemolin no era más que un *inconveniente*. Al ménos se convendrá en que el *inconveniente* es grave.

»En efecto, dos dias despues, esta fuga ha ejercido una triste influencia en la marcha de los fondos públicos: la renta ha bajado un franco, y las acciones del camino de hierro del Norte á 23 francos. La noticia de la llegada del hijo de Don Cárlos á Lóndres, fué considerada en la Bolsa como una noticia de mucha importancia; los banqueros dicen públicamente que no dudaban de manera alguna del descontento que el matrimonio del duque de Montpensier con la infanta de Es-

paña causaria en Inglaterra, pero que ese descontento estaba hasta entonces condenado á la impotencia, y añaden hoy que la fuga del conde de Montemolin tiene por funesto resultado dar un arma á nuestros enemigos los ingleses, confesando que no se puede ya preveer cual será el desenlace de la negociacion.

»Por otra parte, la córte no participa, al parecer, de la seguridad del *Diario de los Debates*, ni acepta con tanta resignacion los hechos consumados. El rey, que debia permanecer aún algunos dias ausente, ha vuelto repentinamente ayer por la noche; se ha citado el Consejo de ministros hoy á las tres en Saint-Cloud.»

Continúo tambien los siguientes párrafos que escribia el *Espíritu público*, despues de haber hablado del desprecio con que se miraba al principio por el Gobierno la huida del conde: no acepto, sin embargo, la idea de que la evasion de Bourges fuera preparada, ni conocida siquiera del gobierno inglés.

«Pero á todo este lenguaje soberbio y adulador, ha sucedido el más profundo silencio, viéndose la consternacion pintada en los rostros de los que así se expresaban. Las noticias recibidas de España é Inglaterra presagian tristes sucesos; y ahora se echa de ver que las intenciones de lord Palmerston no habian sido conocidas, circunscribiéndose éste á permanecer en una prudente reserva, para preparar mejor sus medios de accion. Mientras se tenía la simpleza de creer que lord Palmerston se resignaba, éste sublevaba á toda la diplomacia europea, y trabajaba en secreto para desbaratar la combinacion matrimonial de las Tullerías. Conocia de antemano el proyecto de evasion del conde de Montemolin, y nos parece que no ha sido el último en aconsejar este paso. Toda la

Europa ha deseado que el conde de Montemolin recobrase su libertad; no faltan á este príncipe verdaderas simpatías; y el apoyo de la diplomacia no le faltará.

»Segun nuestros informes, la política del Austria y de la Inglaterra en cuanto á los negocios de España está completamente de acuerdo.

»La Inglaterra debe haber hecho al Austria la concesion de manifestarse más favorable al conde de Montemolin. Desde 1834 el gabinete de Lóndres se consideraba como comprometido por efecto del tratado de la Cuádruple alianza; pero á consecuencia de sus anteriores agravios y de la conducta observada por el sistema del gobierno de Luis Felipe, en la cuestion de boda, el ministerio inglés se mira como libre de los compromisos que le impusiera este tratado.

»La Inglaterra ha resuelto no intervenir abiertamente y con la fuerza, hasta tanto que la córte de las Tullerías proceda á la celebracion del matrimonio del duque de Montpensier. En todo caso, si el éxito de la guerra fuese favorable al príncipe, el gabinete inglés resolveria reconocerle, por respeto, dijo lord Palmerston, á la voluntad é independencia del pueblo español. La cuestion de España tomaria desde aquel momento un giro enteramente nuevo, porque la Inglaterra marcharia de acuerdo en un todo con las potencias del continente, dejando á la Francia en su aislamiento. Se añade que el ministerio británico ha tratado de estipular algunas garantías en favor del sistema representativo y de todos los matices del partido progresista. ¡Hé aquí la situacion adonde nos ha llevado la bella política de M. Guizot (1)!»

---

(1) *Cont. de la Historia de España*, por D. Eduardo de Palacio.

Hé aquí cómo se ocupó la prensa de várias naciones al tener noticia de la desaparicion del príncipe D. Cárlos Luis:

La Presse del 18.—«Hoy corrian voces en la Bolsa de que el conde de Montemolin habia sido cogido á setenta kilómetros (unas trece leguas) de Bourges, en la carretera de Limoges. Iba disfrazado de soldado de línea con pantalon encarnado. Añádese que en la víspera de su partida habia comido el hijo de D. Cárlos en la casa de la prefectura, y que allí se habia expresado con suma energía acerca del próximo matrimonio de la reina de España, declarando que protestaria contra él con todas sus fuerzas. Estas palabras habian suscitado algunas sospechas en el ánimo del prefecto.»

La Cotidianne del 20.—«Son las once de la mañana, y en estos momentos acabamos de recibir una carta, segun la cual tenemos motivos para creer que el señor conde de Montemolin salió de Francia en la noche del miércoles al juéves; es decir, que atravesó la frontera ántes que la noticia de su salida de Bourges fuese conocida por el Gobierno.

»Se decia en la Bolsa que el convoy del camino de hierro del Norte habia sido detenido ayer por la mañana, pero sin resultado alguno, añadiendo que el corregidor de Rouen M. Barbet, para calzarse sus espuelas de par, habia presidido en persona á una visita domiciliaria que se hizo en la quinta Quevilly, perteneciente al príncipe Roleeq, para arrestar á Cabrera; pero es inútil decir que todas estas pesquisas han sido infructuosas porque Cabrera está en Lóndres.»

El Diario de los Debates del 19.—«Se asegura que el conde de Montemolin y el general Cabrera han llegado á Lóndres.»

La Presse.—«La noticia del arresto del conde de Montemolin es falsa. Se ignora completamente la direccion que ha seguido; sin duda alguna ha pasado la frontera; pero es probable se ignore su paradero por algun tiempo, y que espere en el retiro en que se halla, y que le estaba dispuesto hacia algun tiempo, á que los principales jefes del partido, que le reconocen por su rey, hayan logrado engañar la vigilancia de las autoridades, y querrá, sobre todo, ántes de emprender cosa alguna, conocer el efecto que haya producido la proclama que ha dirigido á los españoles con fecha 12 del corriente. En este documento, redactado con mucha habilidad, promete el príncipe *instituciones acomodadas al tiempo, y respeto á la propiedad*, y recomienda olvido de lo pasado y *la fusion cordial de los partidos.*»

Un corresponsal de París, con fecha 20, cuya carta inserta *El Católico:*

«El conde de Montemolin desapareció de Bourges el dia 14. El 17 debió estar ya fuera de Francia; mas nada se sabe aún de positivo acerca de su paradero. Lo único que sí se puede asegurar es que no se le ha arrestado ni es fácil se le arreste.

»Antes de salir de Bourges dió la proclama de que acompaño adjunto un ejemplar.

»Cabrera tambien burló la vigilancia de la policía, y llegó á Lóndres el 16.

»Los carlistas parece van á echar el resto. Dios solo puede calcular lo que sucederá. Se les ha desafiado..... y será natural que acudan al reto, y con un jefe, cuyo primer ensayo muestra ya una grandísima intrepidez. Ha marchado solo, sin un criado siquiera, y ha andado en la primera noche de su salida 30 leguas á caballo.

»Otros jefes bien conocidos no parecen ya en los depósitos donde se hallaban.

»La actitud de la Inglaterra da qué pensar á este gobierno. Si la cosa no estuviera tan adelantada, es de creer que se volvieran atras. Se cree aquí que Luis Felipe ha cometido una falta que no era de esperar de su talento.

»En estos momentos Vds. concebirán fácilmente qué poco podré decirles, pues hay que andarse con tiento.»

El Faro de los Pirineos en suplemento del 21:—«Entre las versiones que circulan por el público acerca de la evasion del conde de Montemolin, unos dicen que el príncipe se habia disfrazado de eclesiástico, y otros que de mujer. Pero nada de esto es exacto; pues el príncipe iba vestido como de ordinario con su paletot, y, segun se dice, ni áun se cuidó de quitarse las patillas y el bigote.»

El Correo del Havre cuenta que «dos pasajeros, que se asegura ser el conde de Montemolin y el general Cabrera, se presentaron en una posada de Graville, donde pidieron camas para descansar, las cuales no pudieron lograr á pesar de sus vivas instancias, pues se les negaron porque no presentaban pasaportes. Al dia siguiente recibieron en Graville la órden de estar á la mira de los pasajeros; pero ya era tarde. Los extranjeros habian desaparecido, y probablemente ya habrian tocado en las costas de Inglaterra.»

Leemos en el *Morning Herald* del 22:—«Una persona respetable nos comunica la noticia siguiente: El general Cabrera ha llegado á Lóndres el viérnes por la tarde; y el conde

de Montemolin, á quien se esperaba el sábado, no ha entrado en la ciudad hasta el domingo por la mañana. Desde que se halla en ésta ha guardado el más rigoroso incógnito, escondiéndose hasta de sus más decididos partidarios. El general Cabrera ha tenido una entrevista con el embajador de una potencia europea.»

El Correo Frances habla «de una nota que el conde de Montemolin ha dirigido á las potencias extranjeras ántes de su salida de Bourges. El periódico frances cree el hecho exacto, y que el texto de esta nota diplomática no tardará probablemente en ser conocido.»

En *El Espíritu público*, periódico liberal de París, del dia 22, leemos que, «desde el momento que se supo la evasion del conde de Montemolin, los partidarios del ministerio frances la calificaron de ridícula y sin resultados, creyendo ademas que el conde sería apresado muy luégo; que estos pronósticos han ido acompañados de fanfarronadas, tales como la de que el ministerio era fuerte, intrépido y que no retrocederia, deshaciéndose en alabanzas en honor suyo, y finalmente, que era demasiado previsor para no haber calculado el éxito del suceso.

»Pero á todo este lenguaje soberbio y adulador (añade el *Espíritu Público*) ha sucedido el más profundo silencio, viéndose la consternacion pintada en los rostros de los que así se producian. Las noticias recibidas de España é Inglaterra presagian tristes sucesos; y ahora se echa de ver que las intenciones de lord Palmerston no habian sido conocidas, circunscribiéndose éste á permanecer en una prudente reserva para

preparar mejor sus medios de accion. Miéntras se tenía la simpleza de creer que lord Palmerston se resignaba, éste sublevaba á toda la diplomacia europea y trabajaba en secreto para desbaratar la combinacion matrimonial de las Tullerías. Conocia de antemano el proyecto de evasion del conde de Montemolin, y nos parece que no ha sido el último en aconsejar este paso. Toda la Europa ha deseado que el conde de Montemolin recobrase su libertad; no faltan á este príncipe verdaderas simpatías; y el apoyo de la diplomacia no le faltará.

»Segun nuestros informes, la política del Austria y de la Inglaterra, en cuanto á los negocios de España, está completamente de acuerdo.

»La Inglaterra debe haber hecho al Austria la concesion de manifestarse más favorable al conde de Montemolin. Desde 1834, el gabinete de Lóndres se consideraba como comprometido por efecto del tratado de la Cuádruple alianza; pero á consecuencia de sus anteriores agravios y de la conducta observada por el sistema del gobierno de Luis Felipe en la cuestion de boda, el ministerio inglés se mira como libre de los compromisos que le impusiera este tratado.

»La Inglaterra ha resuelto no intervenir abiertamente y con la fuerza hasta tanto que la córte de las Tullerías proceda á la celebracion del matrimonio del duque de Montpensier. En todo caso, si el éxito de la guerra fuese favorable al príncipe, el gabinete inglés resolveria reconocerle por respeto, dijo lord Palmerston, á la voluntad é independencia del pueblo español. La cuestion de España tomaria desde aquel momento un giro enteramente nuevo, porque la Inglaterra marcharia de acuerdo en un todo con las potencias del continente, dejando á la Francia en su aislamiento. Se añade que el

ministerio británico ha tratado de estipular algunas garantías en favor del sistema representativo y de todos los matices del partido progresista. ¡Hé aquí la situacion adonde nos ha llevado la bella política de Mr. Guizot!»

Leemos en el *Siglo* de París del dia 23.—«*El Diario de los Debates* ha dicho que la fuga del señor conde de Montemolin no era más que un *inconveniente*. Al ménos se convendrá en que el *inconveniente* es grave.

»En efecto, dos dias despues, esta fuga ha ejercido una triste influencia en la marcha de los fondos públicos; la renta ha bajado un franco y las acciones del camino de hierro del Norte á veintitres francos. La noticia de la llegada del hijo de D. Cárlos á Lóndres, fué considerada en la Bolsa como una noticia de mucha importancia; los banqueros dicen públicamente que no dudaban de manera alguna del descontento que el matrimonio del duque de Montpensier con la infanta de España causaria en Inglaterra, pero que este descontento estaba hasta entónces condenado á la impotencia, y añaden hoy que la fuga del conde de Montemolin tiene por funesto resultado dar un arma á nuestros amigos los ingleses, confesando que no se puede ya prever cuál será el desenlace de la negociacion.

»Por otra parte, la córte no participa, al parecer, de la seguridad del *Diario de los Debates*, ni acepta con tanta resignacion los hechos consumados. El Rey, que debia permanecer aún algunos dias ausente, ha vuelto repentinamente ayer por la noche; se ha citado el consejo de ministros hoy á las tres en Saint-Cloud.

»Se asegura que el rey está muy irritado por el *inconveniente* de Bourges.»

El *Heraldo* y otros periódicos de esta córte han copiado el artículo de que vamos á dar algunos párrafos, puesto que escritos en 19 de Setiembre de 1846 en el *Morning Chronicle*, órgano del actual ministerio inglés, dan bastante á conocer las simpatías con que el conde de Montemolin debió haber sido recibido por el gabinete de San James.

«Nuevas complicaciones se suscitan en la cuestion del matrimonio español. Ayer se dijo que D. Cárlos Luis se habia escapado, que Cabrera se dirigia á Cataluña y que se aguardaba á Narvaez por momentos en Madrid. Sería prematuro querer calcular los objetos y resultados probables de una insurreccion carlista. Su atractivo es bastante poderoso en verdad. Todo lo que puede contribuir á poner á los españoles al abrigo de la alianza que los amenaza, todo, hasta la perspectiva de D. Cárlos, sería ciertamente popular hoy en la gran mayoría de la nacion española. A lo ménos la dominacion del pretendiente desterrado sería nacional.

»En esta coyuntura el regreso de Narvaez á Madrid adquiere una importancia que ántes no hubiera tenido. Por poco que se medite será fácil comprender que las actuales circunstancias abren á este jefe militar una nueva carrera, no solo en España, sino á los ojos de todas las potencias de Europa, proporcionándole ocasion de borrar de la memoria los errores pasados. Todos los cargos que contra él resultan por su subordinacion á las altas influencias de las córtes de París y de Madrid; todos los males que causara por haberse prestado en otro tiempo á ser un mero instrumento de intrigas anti-españolas y planes de ambicion personal, se olvidarán fácilmente si se consagra al servicio de la independencia de su patria y se identifica con el partido español. De este modo se

cubrirá de gloria y arrancará la máscara á los que con duplicidad han conspirado en París y Madrid contra la libertad y el decoro de España.

»Qué hará la Inglaterra en esta crisis? Ciertamente que no echará en la balanza ni el peso de su ejército, ni de su escuadra; no dará subsidios á la insurreccion, no construirá una contra-mina para que vuele la situacion, empleando así los propios y deshonrosos medios de los intrigantes que han traido las cosas á este punto, porque la Inglaterra no debe ni está dispuesta á hacer ninguna de estas cosas. Pero sí tiene derecho, voluntad y poder bastante para insistir en que la España decida la cuestion con toda libertad y por sí sola (1).»

(1) *Hist. de D. Cárlos Luis de Borbon*, por Centurion.

CAPITULO IV.

Proyectos matrimoniales.—Consecuencias de la resolucion adoptada.—Guerra civil.

I.

No fué la determinacion del ilustre conde de Montemolin hija del capricho ó la ambicion, que nunca se albergara en su alma. Graves ofensas tenía que vengar; ofensas inferidas por un gobierno constituido que mostrara en sus actos su incapacidad política, y una conducta solamente admisible en un poder desorganizado.

Pero no movian al infortunado príncipe los impuros deseos de la venganza, ni recordara su alma los agravios recibidos, si nuevas torpezas, si mayores indignidades por parte del gobierno de Madrid, de la misma madre, que en tan poco tuvo siempre la felicidad de su hija, de Doña María Cristina de Borbon, merced á cuyos manejos y ambiciones tantas lágrimas ha derramado despues su desgraciada hija Doña Isabel de Borbon, tanta sangre ha enrojecido el suelo de la noble España.

Tratábase de la eleccion de príncipes para esposos de las infantas Isabel y Luisa Fernanda. Várias eran las candidaturas, que ya en otro lugar dejamos enumeradas. La de Leopoldo de Sajonia Coburgo; la del conde de Trápani, hermano menor de Doña María Cristina; las de los infantes D. Francisco de Asís y D. Enrique, hijos del infante D. Francisco de Paula y primos de las infantas, y la del conde de Montemolin.

Eran las dos primeras candidaturas completamente impopulares, y esta circunstancia no fué menospreciada por el astuto Luis Felipe, que supo explotarla en provecho de sus intereses y proyectos. Así fué que muy en breve fueron desechadas, y solamente quedaron las probabilidades entre los hijos del infante D. Francisco y el conde de Montemolin.

Divididas las opiniones en tan grave asunto, ya hemos visto lo que pensaba una gran parte de la prensa española y áun alguna de la extranjera. Pero las intrigas de la diplomacia, la lucha de las respectivas influencias de cada cual de los partidos, no pueden pasar desapercibidas, puesto que, á más de su importancia, fueron los gérmenes de una guerra civil primeramente, y de una revolucion constante que concluyó derrocando á la misma persona á quien trataron de afirmar en el trono. Revolucion cuyo orígen fué la torpeza del gobierno de Madrid, como las maquinaciones de las potencias extranjeras; revolucion cuyos bastardos intentos vivieron durante treinta y cinco años simulados bajo las apariencias de liberalismo y cariño á la hija de Fernando VII, y que se desenmascaró completamente cuando se juzgó bastante fuerte para prescindir de aquella personalidad, escudo de los bastardos fines revolucionarios.

Á la sombra del reinado de Isabel crecieron los frutos de

la germinada revolucion: con ella contaban para realizar sus fines; con ella apoyaron sus pretensiones, y trataron de justificar los horrores de tantas discordias, y lavar la sangre con que en tantas ocasiones se regara el suelo de la madre patria.—Las fracciones políticas que surgieron para dar cabida á la ambicion de tantos jefes, pretextaron siempre su adhesion y cariño á la inocente víctima colocada en el trono, para servir de juguete á las indignas tramas de los hombres que la rodearon.

No es nuestro intento librar de toda responsabilidad á la hija de Fernando VII, en los numerosos acontecimientos que se han sucedido en España desde el convenio de Vergara hasta la conmocion de Setiembre; no tratamos de reivindicar lo que no fuera posible, la dignidad real perdida, y el nombre con que la historia, severo juez, ha de apellidar á la infortunada señora; pero sí queremos hacer notar que no se debieron seguramente á su iniciativa, no ya los actos que durante su niñez se presenciaron, si que tampoco la provocacion de tantos y tan infortunados sucesos como registra la crónica contemporánea.

Doña Isabel ha vivido en la niñez durante los treinta y cinco años de su reinado: pues niñez puede llamarse á la situacion en que la hemos visto, falta de todo valor, y careciendo de iniciativa en todas las difíciles cuestiones de política interior é internacional. Cuáles fueran las causas de semejante incapacidad política, cuáles los móviles que la impulsaran á tan punible abandono, es asunto que no debe ocuparnos, si bien fueron muy trascendentales las consecuencias.

Dividido el bando liberal en diferentes fracciones, disputáronse éstas recíprocamente el gobierno del país, víctima

siempre de los desaciertos de sus gobernantes. Era menester la division para dar cabida á todos los ambiciosos. Las fracciones progresista y moderada, y áun entre éstas multitud de grupos representando otras tantas personalidades, alternaron en el poder durante treinta y cinco años de discordias civiles, de luto y desolacion que han señalado indeleblemente el funesto reinado. Permítansenos estas digresiones, no del todo inútiles, al ocuparnos del importante asunto de las bodas de las infantas, que tales consecuencias habian de traer á España.

Quedaban, pues, una vez descartadas las de Leopoldo y el conde de Trápani, las candidaturas del conde de Montemolin, los hijos del infante D. Francisco y el duque de Montpensier, puesto que el de Aumale habia sido tambien segregado del número de candidatos, por conveniencia particular de Luis Felipe, temeroso de la indignacion europea. Pero no se pensaba ya en unir al hijo menor de Luis Felipe con Doña Isabel de Borbon, segun se hizo circular al principio; destinábase al duque de Montpensier la mano de la infanta Luisa Fernanda.

La actitud de las potencias europeas habia enfrenado la ambicion del Orleans, que, apoyado por la no ménos soberbia napolitana, intentaba con su influencia en España ganarse un apoyo respetable para consolidar la usurpada monarquía de que se enseñoreaba. «Una vez conseguido este contrato, decia Guizot á Luis Felipe, respondiendo á las objeciones de éste, el dominio de los Orleans en España y Francia, *por lo ménos*, es tan seguro como lo fué durante tantos años el de los Borbones.»

Pero el mismo Guizot hubo de mudar la opinion muy pronto, al tener noticia de la fuga de D. Cárlos Luis de Bourges; entónces y al notar los preliminares de la guerra civil,

« De todos modos—dijo á Luis Felipe con respecto al matrimonio del duque de Montpensier con Luisa Fernanda—cuento con que el casamiento se verificará, pero quizá nos cueste caro (1).»

Indignóse Luis Felipe de que la Inglaterra acogiese con muestras de satisfaccion al ilustre proscrito, y pidió al gobierno de aquella nacion, por medio de su representante, que cumpliese con lo pactado por la Cuádruple Alianza, de que la Gran Bretaña formara parte, y en virtud de lo cual, reconocido el derecho de Isabel—que así se desfigura la verdad en política segun la propia conveniencia—deberia ponerse á buen recaudo al hijo primogénito de D. Cárlos María Isidro.

Con una carcajada respondió lord Palmerston á las pretensiones del embajador frances, que no quedó muy conforme con la respuesta del ministro; pero como insistiese, respondió lord Palmerston: «La Inglaterra es un país hospitalario para cuantos desgraciados llegan á ponerse en ella bajo la salvaguardia del derecho de gentes. La Inglaterra no puede entregar al conde de Montemolin, ni someterle á una vigilancia más ó ménos indecorosa y arbitraria, sin comprometer la dignidad y el carácter nacional.»

Léjos de arrestar al conde de Montemolin, tratábale el gobierno inglés con mucha consideracion y era objeto el ilustre proscrito de toda clase de consideraciones. Agradecia éste tanto más la noble conducta de la Gran Bretaña, cuanto que solamente aguardaba en aquel país vejámenes y humillaciones. Ajenos á su voluntad eran los recuerdos que, al pisar de nue-

(1) *Exprit Public*, diario frances.

vo el suelo de la Gran Bretaña, acudian á su imaginacion y destrozaban su alma.

Sin embargo, parecia como que trataban de hacerle olvidar los pasados sinsabores, poniendo en juego todos los cuidados y todas las atenciones que podian los hombres del gobierno. Llegado el ilustre príncipe á Lóndres (23 de Noviembre de 1845) fué objeto de las delicadas atenciones de la aristocracia inglesa, y de cuantos hombres notables se hallaban en la capital de la Gran Bretaña. Lores, generales, diputados, banqueros, literatos y cuantos personajes principales encerraba la populosa ciudad del Támesis, rivalizaron en galanteria y finurá con respecto al distinguido huésped. Lord Palmerston acudió tambien á visitar á D. Cárlos Luis, y con él conferenció durante largo rato, lo cual produjo muy honda sensacion en todos los ánimos, y fué objeto de muchos comentarios por parte de la prensa y en los círculos políticos.

La entrevista celebrada fué una de esas combinaciones de la astuta Albion, sin más consecuencia ni otro fin que la consecucion de alguna ventaja material, ó la dificultad de un contrato provechoso para sus enemigos. Lord Palmerston, que veia en el proyecto de matrimonio del duque de Montpensier con la infanta Doña Luisa Fernanda, el primer paso para la realizacion de las ambiciones del frances, procuró ganar con maña la voluntad de D. Cárlos Luis, y disponerla para coadyuvar á sus proyectos, halagando los naturales deseos del primogénito de D. Cárlos María Isidro. «Díjole cuán dispuesta se hallaba la Inglaterra á secundar sus esfuerzos, toda vez que el reconocimiento de Doña Isabel, verificado por aquella nacion, quedaba nulo y de ninguna valor, al faltar á sus compromisos la España y la Francia. Concluyó el ministro de la

Gran Bretaña diciendo que su nacion se hallaba dispuesta á favorecer directamente al legítimo rey D. Cárlos Luis, por abdicacion de su padre D. Cárlos María Isidro; pero que convenia guardar cierta reserva y no aventurarse á nada, en tanto no se contase con los necesarios elementos para una lucha cuyo resultado consistia en la brevedad y en lo inesperado de ella. Y con estas y análogas promesas trató el inglés de fascinar á D. Cárlos (1).»

La prensa inglesa, incluyendo á los periódicos oficiales, apellidaban al ilustre huésped rey de España, y dábanle tratamiento de Majestad, con anuencia del gobierno inglés seguramente. Publicaban diariamente noticias suyas, alguna vez insignificantes del todo, y no dejaban de ocuparse del hijo de D. Cárlos María Isidro. Esta solicitud é interes extraordinario que demostraba una prensa tan poco impresionable como la inglesa, revelaba muy claramente la intervencion del gobierno de la Gran Bretaña en tantas demostraciones de aprecio, tan desmentidas con el recuerdo de lo pasado, como en los sucesos del porvenir. *El Morning Post*, *El Thimes*, *El Morning Chronicle* y otros muchos periódicos, se dedicaban todos los dias á dar pormenores del príncipe español, y de cuya importancia pueden dar una idea las líneas siguientes, traducidas del *Morning Post*: «*El conde de Montemolin.*—Ayer estuvo paseando por la mañana temprano S. M., y despues despachó algunos negocios. Por la tarde recibió S. M. várias visitas, entre las cuales se contaron las del vizconde Palmerston y vizconde Ranelagh y las de otras muchas per-

(1) Datos debidos á Don C. de A.

sonas de importancia, y que se interesan en la suerte de España. S. M. comió despues con los oficiales de su acompañamiento.»

Los nombres de las personas que visitaban á D. Cárlos Luis, se veian inscritos en el *Morning Post* al siguiente dia. Invitábanle todas las corporaciones, sociedades y establecimientos, para que con su presencia honrase alguno de sus actos, y ofrecíanle frecuentes convites que no siempre aceptaba, á pesar de su gran deseo de satisfacer á los que tanto le lisonjeaban.

Generalmente acompañaban al príncipe el general Montenegro y el coronel Merry, únicas personas que en union de Alzáa y Álvarez de Toledo, el ayuda de cámara García Martin, un ugier, un criado y un mozo de cocina, que habia seguido siempre á la régia familia, acompañaban al ilustre conde de Montemolin. Con Montenegro y el coronel Merry visitaba los principales edificios de Lóndres: y en 26 de Noviembre (1846) asistió al parlamento en compañía del diputado lord Borthwich. En 5 de Diciembre, el conde de Lansdale dió un banquete espléndido en su quinta de Cartton-House-Terrase, en honor del príncipe español: lo más escogido de la aristocracia inglesa acudió á dicho banquete.

Estas ovaciones, que tan frecuentemente alcanzaba Don Cárlos Luis, patentizaban las simpatías que inspiraba y los buenos oficios del ministro inglés, que no se descuidaba en halagar al jóven príncipe, siempre que se ofrecia ocasion para ello. Sin embargo, la popularidad que consiguiera D. Cárlos fué desinteresada y grande entre aquellos naturales, que veian en el augusto español un modelo de caballerosidad y virtud, de bondad y discrecion.

Á propósito, citarémos un ejemplo de la popularidad del conde de Montemolin, popularidad tanto más notable, cuanto que se trataba de un pueblo nada impresionable con respecto á un príncipe extranjero. Circuló la noticia por la ciudad de que el ilustre huésped pensaba honrar con su presencia el Teatro frances, donde, á peticion suya, se puso en escena la comedia *La escuela del escándalo*, obra de Scheridan: acudió tanta gente al teatro, que se ocuparon todas las localidades desde muy temprano, con objeto no más de ver al príncipe español, no obstante hallarse aquella noche en el mismo teatro los príncipes Luis y Jerónimo Bonaparte.

El gobierno frances amenazaba al español con apoyar al conde de Montemolin, con armas y dinero, contra la infanta Doña Isabel, si no se realizaba el matrimonio del duque de Montpensier con la infanta Doña Luisa Fernanda, por lo ménos, *ya que tales inconvenientes se encontraban para que se uniese el duque con la hija mayor de Fernando VII* (1).» Pero una vez verificada la fuga de D. Cárlos Luis, el gobierno de Luis Felipe, conseguida la promesa de María Cristina, declaróse enemigo irreconciliable del hijo de D. Cárlos María Isidro, y sólo pensó el famoso Guizot en oponer obstáculos á la realizacion de un matrimonio que anulaba los efectos que el ministro orleanista aguardaba del enlace del duque de Montpensier con la infanta Doña Luisa Fernanda.

Á su vez el vizconde Palmerston pensó atajar la ambicion de Luis Felipe y las torpes intrigas de Doña María Cristina de Borbon, amenazando implícitamente al Gobierno de Espa-

---

(1) Comunicaciones secretas que se conservan en el archivo del ministerio de Negocios extranjeros, en París.

ña con la proteccion que dispensaba á D. Cárlos Luis, y las consideraciones y distincion que del ilustre proscrito hacía. No estaba seguramente en el ánimo de lord Palmerston, que reemplazara á la sazon á lord Aberdeen en el ministerio de Relaciones extranjeras, la realizacion del matrimonio de Don Cárlos Luis con la infanta Isabel; pero el principal objeto que guiaba á la Gran Bretaña, era el de estorbar los planes de Luis Felipe, y D. Cárlos servia de instrumento á las miras del gobierno inglés. Solamente cuando fracasaron sus tentativas acerca del duque de Coburgo, pensó Inglaterra en prestar apoyo al ilustre príncipe español.

Pensó aquella nacion en el príncipe Leopoldo de Sajonia para esposo de Doña Isabel, y tan perfectamente manejó el asunto el embajador inglés en Madrid, M. Bulwer, que Doña María Cristina despachó un agente secreto al duque de Coburgo para entablar las negociaciones matrimoniales. Pero la opinion pública, que ya habia inutilizado con sus sátiras la candidatura del conde de Trápani, rechazaba igualmente al príncipe Leopoldo. Á esto se agregaban las sugestiones de la Francia, y el resultado fué que la candidatura de Leopoldo de Sajonia y Coburgo, sobrino del rey de los belgas y primo hermano de la reina Victoria, fué desechada. Igual suerte sufrió la del heredero de la corona de Portugal que algunos proponian como el discreto medio de reconstituir la union ibérica.

Declaró por fin la Gran Bretaña sus ideas en el asunto que nos ocupa, y lord Palmerston dijo que su nacion no admitiria más candidatos que el Coburgo y los hijos del infante Don Francisco; por lo cual, una vez desechada la candidatura del primero, se inclinaba la Gran Bretaña al menor de los her-

manos, D. Enrique, por suponerle más adicto á los principios revolucionarios que su hermano D. Francisco de Asís.

Era ésta la opinion de los progresistas, segun queda apuntado, y hasta la misma infanta Doña Isabel parecia más inclinada á éste que á su hermano D. Francisco. Pero María Cristina y el partido moderado apoyaban la candidatura del primogénito de D. Francisco de Paula, duque de Cádiz, el cual no se hallaba muy dispuesto á admitir la honra que se le preparaba: puesto que ántes de acudir al llamamiento de su padre á Madrid, escribia desde Pamplona, donde se hallaba, la siguiente carta á D. Cárlos Luis de Borbon:

«Creo que poniendo los ojos en tí, se ha dado un gran paso á la conciliacion que debes desear ardientemente, sea como cristiano, sea como príncipe. Conozco tambien que para llegar á tan feliz resultado, se exigirán de tu persona costosos sacrificios, y jamás, ni como hombre, ni como príncipe, te aconsejaré que consientas en cosas que *pudieran mancillar tu nombre*: pero no puedo ménos de hacerte observar que de ninguna manera debes dejar pasen ocasiones que, una vez perdidas, no vuelven jamás..... Las circunstancias te favorecen hoy. Cuentas con un poder que ningun sér humano te puede quitar, y jamás se mirará como una humillacion el que cedas á la fuerza. Si resistes, si te empeñas en conseguirlo todo, todo lo pierdes, y nada extraño seria que, los que hoy te apoyan, al ver tu obstinacion, se volviesen hácia mi considerándome el primero despues de tí. Qué haria yo entónces? *¿perder esta coyuntura y dejar el puesto libre á un extranjero?* jamás me decidiré á obrar de este modo. Miéntras mi querido primo, en *quien reconozco derechos superiores á los*

mios, esté delante de mí, me mantendré tranquilo como ahora. Pero si tu matrimonio viniera á hacerse imposible por las causas que indico, creo que mi conciencia (no hablo de mi interes, porque un trono nada tiene de seductor) me manda, me obliga á no exponer la España á un nuevo conflicto..... Resígnate á hacer un nuevo sacrificio, costoso en verdad, pero absolutamente necesario. En otro caso no me acuses nunca de haberte quitado, si las circunstancias me lo ofrecen, un puesto que tú habrias abandonado y que no quisiera ocupase otro más que tú, á quien amo de todo corazon.»

Hemos subrayado algunas palabras para hacer notar cómo el derecho que hoy quiere negarse era reconocido en Don Cárlos VI por sus parientes, amigos y adversarios, y al mismo tiempo para hacer notar los temores que se abrigaban en aquellas circunstancias de que la astucia de Luis Felipe, unida á la ambicion desmedida de la llamada reina madre, consiguiesen al fin, á despecho de la nacion entera, asegurar á los Orleans la corona de España en tiempo más ó ménos remoto. España aborreció siempre á los Orleans más que Francia, porque al recuerdo de la funesta historia de esa rama se unia la condicion de ser frances el duque de Montpensier.

Resabios de los pueblos, vulgaridades que engrandecen, y rasgos del carácter de las naciones heroicas, cuyo primer blason es su inmaculada independencia; porque en tan santo principio van envueltos los inmortales sentimientos de la religion y la justicia, de la moral y la familia.

Por todas partes circulaban las sátiras y las injurias contra el Orleans; eran inútiles las precauciones y cuidado de Gobierno, para evitar que el pueblo manifestase tan franca-

mente su aversion al candidato frances, siquiera fuese, como se decia, para esposo de la infanta Doña Luisa Fernanda. Pasquines, coplas, cuantos medios se hallan al alcance del pueblo para ridiculizar á un personaje, empleaba el de Madrid y el de toda España para desprestigiar al duque de Montpensier, y hasta llegó á hacerse su nombre objeto de la burla general en algunos teatros; imponiendo castigo las autoridades que presidian, á los actores que se permitieron aquellas libertades.

Pero como las protestas de un pueblo nada dijeron nunca á los oidos ni á los corazones de los que le vieron sucumbir impasibles en una guerra de siete años, sostenida con el solo fin de mantener la usurpacion contra el perjudicado derecho, contra la legitimidad despropiada y perseguida; como las quejas de una nacion tiranizada al grito de libertad, nada significaron para la viuda de Fernando VII y sus servidores; la candidatura del duque de Montpensier, para la infanta Doña Luisa Fernanda, no se borró de la memoria de Luis Felipe y su aliada.

Dirigiéronse algunas comunicaciones al conde de Montemolin é hiciéronse al ilustre príncipe tan afrentosas proposiciones, como que en ellas se queria provocar la negativa que tanto deseaban Istúriz y los hombres de la situacion, muy inclinados á D. Francisco de Asís y al duque de Montpensier, para las infantas Doña Isabel y Doña Luisa Fernanda respectivamente. El general Narvaez, que oponiéndose á la coaccion que se queria ejercer sobre la primera, habia dicho «libertad para S. M. en la cuestion del enlace; libertad, aunque elija al príncipe más ignorado de un rincon de África,» hubo de presentar su dimision, cediendo el puesto á los defen-

sores é instrumentos de la política francesa. Istúriz le reemplazó en la presidencia, y el nuevo gabinete intentó, segun queda dicho, oir del mismo D. Cárlos Luis la renuncia que tanto deseaban.

Proponíase al ilustre príncipe el matrimonio con su prima Doña Isabel, haciéndole saber la concesion de la mano de Doña Luisa Fernanda al duque D. Antonio de Orleans, y diciéndole que él sólo llevaria el título de «marido de la reina.» Á lo cual, segun era de suponer, respondió D. Cárlos, rechazando con dignidad lo que consideraba como una ofensa. «Pues no es de razon ni de justicia, decia, que como limosna y con tan indignas condiciones se me dé nada más que una parte de lo que por derecho legítimo me pertenece.»

La cuestion quedó resuelta, y en 26 de Agosto manifestó Isabel al presidente del Consejo de ministros su eleccion ya hecha del infante D. Francisco de Asis, su primo, para que la notificara á las córtes extranjeras.

Tres dias después apareció en la *Gaceta* el documento siguiente (fecha 28), en que se hacía pública la voluntad de Doña Isabel.

«Ministerio de la Gobernacion de la Península.=Doña Isabel II, por la gracia de Dios y la Constitucion de la monarquía española, reina de las Españas, á todos los que las presentes vieren y entendieren, sabed: Que habiendo determinado contraer matrimonio con nuestro primo el infante Don Francisco de Asís María, á fin de que tenga el debido cumplimiento lo dispuesto en el art. 47 de la Constitucion, hemos venido, en uso de nuestra prerogativa, oido el parecer de nuestro Consejo de ministros, en convocar, como por la pre-

sente convocamos, las córtes del reino para el dia 14 de Setiembre próximo venidero.

»Por tanto, mandamos que el citado dia 14 de Setiembre del presente año se hallen reunidos en la capital de España para celebrar córtes los senadores y diputados.=En Palacio á 28 de Agosto de 1846.=Yo la reina.=El ministro de la Gobernacion de la Península, Pedro José Pidal.»

La opinion pública habia quedado menospreciada por el Gobierno español, sin reparar en las funestas consecuencias á que podrian dar lugar, como desgraciadamente ha sucedido en parte, y amenaza cumplirse en totalidad, semejantes enlaces, tan absurdos, como impopulares. La consecuencia inmediata fué la evasion del desposeido príncipe D. Cárlos Luis, y en breve los preliminares de una nueva guerra civil.

El gobierno inglés, por medio de su embajador en Madrid M. Bulwer, presentó una enérgica nota (5 de Octubre de 1846), en la que, fundándose en los tratados y renuncias para impedir la reunion de las coronas de España y Francia en una sola persona, declaraba que por la Gran Bretaña sería considerada, por derecho público internacional, como inhábil la descendencia del matrimonio del duque de Montpensier y la infanta Doña Luisa Fernanda, para suceder en ningun caso en el trono de España.

Entónces M. Guizot reclamó del gobierno inglés que detuviese al príncipe D. Cárlos Luis, más fundado en el temor que la evasion del ilustre príncipe infundia á los gobiernos de Francia y España, que apoyado en derecho ó justicia al hacer tan indigna reclamacion. Pero el gabinete de San James se opuso, como sabemos, á satisfacer los deseos del frances,

y D. Cárlos Luis pudo vivir libremente y hacer segun su voluntad, sin que la Gran Bretaña se lo estorbase (1).

Las córtes reunidas aprobaron la resolucion de Doña Isabel; y su matrimonio, así como el de su hermana doña Luisa Fernanda, se verificaron en 10 de Octubre de 1846.

II.

Funestas fueron para el Orleans, aunque no tanto como para España, las consecuencias de los efectuados enlaces, frutos de sus habilidosos manejos y ambiciosas maquinaciones. El Gobierno español pasó una nota enérgica al de la Gran Bretaña: algunos dias despues se vieron los resultados de semejante arrogancia. Luis Felipe, cuyo vacilante trono sólo podia contar con el apoyo de una fraccion insignificante y mercenaria, ó completamente inútil en las luchas políticas: esa parte de la sociedad para quien todas las aspiraciones se hallan reasumidas en el negocio, y que con tal que no interrumpan sus diarias especulaciones, no se cuida del porvenir de su patria. Esta popularidad que entre la referida clase, y solamente entre ella disfrutaba el Orleans, le habia conquistado

(1) Inglaterra, indignada con los manejos de Luis Felipe en la cuestion de las bodas, dirigió algunas notas á las potencias del Norte, y de comun acuerdo acordaron facilitar la fuga de D. Cárlos Luis; quien, por su parte, ántes de dar lugar á ningun auxilio extranjero, burlando la vigilancia de la policía, penetró en España, segun queda dicho en su lugar oportuno. Esto es lo que hubo y nada más en el asunto de la fuga de D. Cárlos Luis, tan debatido, y sobre el cual tantas suposiciones se han hecho.

el renombre de *Roi des boutiquiers* (1), con que le hacian asunto de sus censuras los hombres políticos, y el pueblo le daba el papel de protagonista en sus sátiras y cantares.

El ministro Guizot se habia equivocado lastimosamente en el asunto del matrimonio de las infantas españolas, así como en otros asuntos; la política del famoso ministro se distinguió por lo desacertada. «Disfrutaba el triste privilegio, dice con referencia á Guizot un notable compatriota suyo, de ver las cosas completamente al reves: su política fué siempre política de reflexion (2).»

La torpeza del ministro y la ambicion del *rey de los tenderos*, quienes sin reparar en las protestas que su conducta producia en la Gran Bretaña, obstináronse en la consecucion de sus fines, juzgando, harto equivocadamente, llegar con el matrimonio efectuado al logro de sus ambiciosos sueños, fueron las causas de su precipitada ruina.

La revolucion de Febrero de 1848 llegó á sacar de su letargo á los que creian haber conseguido ganar influencia en España y consideracion en Europa con la realizacion del matrimonio del duque de Montpensier con una infanta de España. Luis Felipe comprendió, aunque tarde, cuán equivocadamente habia juzgado. Su poderosa enemiga la Gran Bretaña habia barrenado los cimientos del usurpado sólio, y el advenedizo de Francia abandonaba precipitadamente las Tullerías, como el salteador sorprendido en los momentos en que ejercitaba sus rapiñas.

---

(1) Rey de los tenderos.

(2) Dumirage.

Y no fueron éstas solas consecuencias de la torpe conducta política de los gobiernos de París y Madrid. Inglaterra, ese pueblo esclavo del Océano, como de sus proyectos, no podia olvidar los desaires del gabinete español, y en breve tiempo fructificaban los gérmenes de la revolucion introducidos en España por los agentes de Lóndres. Madrid y Sevilla fueron teatros de sangrientas luchas, al mismo tiempo que la bandera carlista, levantada en Cataluña, anunciaba otra nueva guerra civil. Los sucesos de Madrid y Sevilla, de que nos ocuparemos en capítulo aparte, aumentaron los odios que se profesaban recíprocamente las fracciones progresista y moderada; y los heroicos efuerzos de los carlistas de Cataluña patentizaron una vez más cuánto vale un pueblo cuando pelea por los sagrados principios de la tradicion y el derecho.

III.

«Cuando fué resuelto en sentido contrario al conde de Montemolin el asunto de la boda de Doña Isabel II, y perdida ya por los carlistas toda esperanza de una reconciliacion, que tanto anhelaban para cicatrizar las profundas heridas de que era víctima la desgraciada nacion española, habia dado el hijo de D. Cárlos el grito de alarma, llamando á la lucha á los de su partido, todo el mundo conoció la proximidad de una guerra, y vieron los españoles ante sus ojos la renovacion de las lamentables escenas que habian presenciado en la guerra fratricida que durante siete años habia afligido á esta desventurada nacion. La alarma principió á la evasion de Bourges del conde de Montemolin, tomó cuerpo á su llegada á Lóndres; y creció con las distinciones de que era objeto, co-

mo hemos visto, por parte de los grandes personajes políticos de aquella poderosa nacion, por la actitud amenazadora de las potencias del norte, que continuaban sin reconocer al gobierno de la Reina, y finalmente por las muestras de atencion y cariño con que las córtes europeas distinguian á la familia proscrita de D. Cárlos, uno de cuyos miembros, el infante D. Juan, iba á contraer matrimonio con María Beatriz d' Este, archiduquesa de Austria.

Fuerza es confesar que estaba profundamente disgustada una buena parte de España con el casamiento de la infanta con el duque de Montpensier, que nos exponía á estar más ó ménos ligados á las vicisitudes de Francia, y hacia más odiosa por más manifiesta la influencia de Luis Felipe. El partido progresista, caido del poder, se agitaba, aunque sujeto por el partido moderado con terribles cadenas, y en todas las provincias rebosaban las muestras de descontento por el sistema tributario que se iba poniendo en práctica, y que, como toda contribucion nueva ó nueva forma de impuestos, se habia acarreado el aborrecimiento general. En Cataluña se unia á todas estas circunstancias el estarse exigiendo por primera vez, en contra de los fueros del antiguo Principado, el sorteo de los mozos para el reemplazo del ejército, medida que exasperaba á los altivos y fogosos habitantes de aquella provincia.

Fácil es concebir que en esta situacion cualquier grito de guerra hallaria eco entre los españoles, sobre todo si era dado por una persona afecta y con alguna esperanza de triunfo, y en realidad no se hizo esperar. Cataluña fué el teatro destinado para la nueva guerra, en donde aparecieron, en Noviembre de 1846, algunas partidas con la bandera de Cárlos VI. El haber sido en esta provincia la guerra más impor-

tante que en otra alguna, y el haber presentado en todas igual carácter, hace que me concrete á referir tan solo la historia de ésta.

Á quien meditara con detencion las desgracias que podian seguir al reciente grito de guerra y midiera las profundas heridas que se renovaban de pasados disturbios, se le hubiera helado la sangre en las venas, si por otra parte no hubiese visto, ya que no una medicina, un lenitivo á estos males en las lecciones que durante el infortunio habian recibido los nuevos carlistas, y en las humanas órdenes que desde luégo se dijo haberles dado el conde de Montemolin. Los defensores de éste en 1846 distaban mucho de algunos carlistas de otras épocas.

Aleccionados en el destierro, habian aprendido á olvidar y perdonar; sosteniendo una bandera levantada por la culpa de un gobierno que no quiso la fusion de los partidos, debian dar muestras de desear verdaderamente una conciliacion y olvido de lo pasado, y así lo hicieron en efecto. Nada de los antiguos recuerdos y apodos de otras épocas, nada de ódios ni distinciones á los partidos; predicaban el olvido de lo pasado y lo ponian en práctica abrazando á carlistas y liberales, á moderados y progresistas, respetándolos á todos, y poniendo por obra desde un principio el plan de antemano concebido, de desarmar á los soldados de la Reina que cogiesen, dejándolos luégo en libertad. La circunstancia de no molestar á los particulares con exacciones, ni á los pueblos con tributos, hizo conocer al Gobierno que luchaba con un enemigo poderoso; así es que, aunque en un principio habian sido despreciadas las partidas montemolinistas, llamaron la atencion de las autoridades militares de la provincia, y el

mismo capitan general salió de Barcelona á últimos de Diciembre en persecucion de los sublevados.

En la provincia de Gerona fué donde aparecieron los primeros carlistas, que recorrieron al principio libremente el terreno, y sufriendo despues una persecucion activa pero infructuosa de parte de las tropas, se batian cuando lo creian conveniente, se dispersaban para volver á reunirse al siguiente dia, y sintieron por todo efecto de la campaña del capitan general, D. Manuel Breton, la pérdida de algunos hombres.

Dos de ellos fueron pasados por las armas, y por circunstancias especiales no cupo la misma suerte á D. Narciso Gorgot, hijo de una noble familia de Figueras. Así principiaba el Gobierno á hacer cruel una guerra, cuyos rigores hubieran podido templarse, á seguir las inspiraciones y la conducta de los carlistas.

El general Breton volvió del Ampurdan á 24 de Enero de 1847, diciendo que habia concluido con los facciosos, pero dejando allí en realidad á los mismos carlistas que encontró. La aparicion de Tristany y el Ros de Eroles, dos célebres carlistas de las pasadas luchas, simpáticos al país que los habia ocultado y protegido, le llamaron luégo á la montaña, pero se dispersarian á su aproximacion, como tenian de costumbre, por permitírselo así el país que les protegía.

Mientras perseguia Breton á Tristany y Eroles, otras partidas se dejaban ver en varios puntos del Ampurdan, llano de Vich, campo de Taragona, etc., que se evaporaban á la llegada de las tropas, ó las hacian cara, segun conviniera á sus planes. Llamábanles, unos *los de la rahó*, que expresa en catalán *los de la razon*; otros les llamaban *molineros*: pero prevaleció sobre todos los nombres el de *matinés, madrugado-*

res, con el cual se recuerda todavía en el país la guerra que sostuvieron.

Á pesar de recorrer estas partidas todo el Principado, no llamaron mucho la atencion en el mes de Enero y principios de Febrero, por estar á la defensiva y en completa inaccion en cuanto á operaciones militares, y por no ser perseguidas por las tropas de la Reina. Pero el 15 de Febrero algunos de sus principales jefes, Tristany, Vilella, Ros de Ercles y Griset hicieron un alarde de fuerza, con que cundió la alarma, no solo en Cataluña, sino en toda España. Presentáronse en dicho dia á las cinco de la mañana en la ciudad de Cervera los cabecillas referidos á la cabeza de unos 200 hombres, sorprendiendo á la fuerza que guarnecia la poblacion, que era de infantería del regimiento de la Princesa. Dispersóse ésta y sólo encontraron resistencia los carlistas en un piquete de la guardia civil, que despues de un corto tiroteo, en que quedaron fuera de combate algunos soldados de aquella arma, fueron los restantes hechos prisioneros. Abrieron las puertas de la cárcel, y los pocos soldados que daban la guardia fueron desarmados en cuanto manifestaron que no les querian seguir. dejándoles luégo en libertad. Las autoridades se escondieron: los caudales públicos fueron presa de los carlistas, que respetaron empero todo lo demas. De Cervera partieron á las diez y se dirigieron á Guisona, donde entraron triunfantes con la pasada hazaña, que se hizo allí más notable con rendírseles una pequeña fuerza de diez y seis soldados, cuyo jefe, no queriendo seguir á los carlistas, fué soltado y se dirigió libremente á encontrar su regimiento. Los carlistas se llevaron de Guisona, como lo habian hecho de Cervera, los caudales públicos, no incomodando á ningun vecino.

La conducta seguida por los *matinés*, que soltaban ó trataban con consideraciones á los presos que caian en sus manos, contrasta tanto más con los bandos de pena de muerte del general Breton, en cuanto éste se permitia llamarlos bandidos, facinerosos, ladrones, trabucáires y sanguinarios. Los carlistas, siguiendo las órdenes de los que les dirigian, se portaron con dulzura y humanidad; si más tarde hubo excesos, bien saben á qué partido deben atribuirse los que conocen la historia de aquella guerra.

Breton se trasladó á Cervera, y durante su permanencia en aquella ciudad dió una proclama, en que despues de llenar de dicterios á los carlistas, confesaba que no podian las tropas acabar con ellos, y que no era imposible otro golpe de mano como el del dia 15. No se equivocó; solo que fué más terrible, más ruidoso. En Tarrasa habia de tener lugar; pero ántes de referirlo, bueno será hacer mencion de un documento importante que puede servir para evidenciar á qué partido deben atribuirse las atrocidades de aquella guerra.

Miéntras los montemolinistas respetaban á todo el que no hiciera armas contra ellos, abrazaban á moderados y progresistas y hasta perdonaban á los enemigos presos, dejándoles en libertad, el general Breton, que los llamaba sanguinarios, dió un bando bárbaro é inhumano, cuya lectura subleva las conciencias y llena á uno de indignacion contra el que tuvo la menguada idea de ahogar la guerra con derramamiento de sangre.

El 4 de Marzo publicó Breton el bando feroz con que habia de llegar al colmo de las arbitrariedades, que le habian hecho odioso al Principado durante su mando. Por su extension no lo copio íntegro; pero basta trascribir su pri-

mer artículo, que es el más humano, el más racional, el más justificado de los siete que contiene.

Artículo 1.º Sufrirá la pena de ser pasado por las armas:

Todo el que sea cogido con armas ó sin ellas acompañando las gavillas rebeldes.

2.º Los espías.

3.º Las personas que se cojan con correspondencia.

4.º Los que despues de haber servido con los rebeldes se refugien en los pueblos ó casas de campo. Los que en aquel caso se presenten con sus armas, serán puestos á disposicion de una comision militar, para ser juzgados segun las circunstancias que medien en su presentacion.

5.º Los que presten á los rebeldes auxilios de armas, municiones ó dinero.

6.º Los reclutadores.

7.º El que conserve armas sin el debido permiso, probándole que las retenga con punible intencion.

8.º El que las entregue voluntariamente á los rebeldes.

9.º El que recoja y oculte en su casa, sin dar el debido parte, á un herido ó prófugo de la gavilla rebelde.»

España recibió con asombro y Cataluña con terror y espanto el sanguinario bando de D. Manuel Breton: los carlistas vieron llegado el dia de que se multiplicaran las simpatías que hácia ellos tenía el país, y de las que se quejaba ya el capitan general: los ciudadanos temieron por sus vidas amenazadas por mil lados por ese bando frenético: y la prensa periódica española, de todos matices, liberal y monárquica, reprobó con indignacion la conducta del que llamaban *bajá*.

Hé aquí las palabras de un periódico madrileño: «Por nuestra parte, lo decimos sin género alguno de afectacion; áun despues de figurarnos todo lo que son capaces de hacer en momentos de despecho el orgullo y la ignorancia, nos ha parecido vislumbrar algun destino de la Providencia poco lisonjero para la *situacion*, en que uno de los más altos funcionarios del Gobierno haya ofrecido á los ojos del mundo civilizado tal ejemplo de injusticia y ferocidad, en que al dia siguiente, por decirlo así, de habernos hablado de la moderacion, verdadera ó afectada, de Tristany, viniese á mostrarse este inmenso patíbulo que habia levantado para confundir en él, con los principales cabos á los soldados, con los veteranos á los reclutas, con los armados á los inermes, con los seductores á los engañados, con los contumaces á los arrepentidos, con los culpables á sus padres, sus parientes, sus amos, sus vecinos: con los autores, en fin, y cómplices de la sublevacion á los pueblos y particulares que tendrán que ser, que están siendo sus primeras víctimas.»

Reanudando, empero, la interrumpida relacion de los hechos carlistas, referiré el suceso que tuvo lugar en Tarrasa el 7 de Mayo. Estaban escondidos en esta importante poblacion unos doscientos ó trescientos carlistas, aunque el parte oficial les hacia subir á mayor número, capitaneados por el célebre Tristany. Noticioso el capitan general de un plan que llevaban sobre Tarrasa, mandó allí una columna de trescientos hombres y veinticinco caballos, al mando del coronel del regimiento de la Union, la cual llegó al amanecer, entrando confiada en aquella villa. Repentinamente se apercibió la columna de su error, al verse atacada por los carlistas, que hicieron várias descargas á quemaropa desde las posiciones que

habian tomado en la plaza, iglesia y estrecha calle que á ellas conduce, y finalmente fué dispersada, retirándose los carlistas por escalones, sin pérdida alguna. El parte mandado publicar por el capitan general decia que ignoraba la pérdida de los enemigos, y hacía subir la de las tropas de la reina á seis muertos con el teniente D. Rafael Sanchez y ocho heridos de gravedad con los de caballería y sub-cabo de *mozos*.

Al retirar de Tarrasa, Tristany, lo hizo con entera calma y pasando por pueblos en que nunca se habia atrevido á entrar en la guerra anterior; así continuaron los carlistas dando sorpresas, entrando en pueblos, villas y ciudades, de donde, respetando á los particulares y autoridades, se llevaban los fondos públicos. El sanguinario Breton fué destituido, y le sucedió Pavía, cuya conducta no fué ménos fatal para el Principado. Hízose cargo de la Capitanía general el 13 de Marzo de 1847. El conocimiento del terreno que le proporcionaron los años de guerra que habia hecho en la anterior campaña, en el mismo país, hizo que muy luego tuviera diepuesto un plan de ataque, que consistió en repartir la provincia en varios distritos militares, éstos en círculos, para que, subdivididas así las tropas, pudieran oponerse con más eficacia á las fuerzas carlistas que estaban divididas en pequeñas partidas, constantes en su plan de guerrillero que seguian por natural inclinacion. Contaba para la ejecucion de su plan el general Pavía con veintitres batallones y doce escuadrones, que hacian un total de unos veintidos mil hombres.

Dejó subsistentes este general, para mengua de la humanidad, los crueles bandos de su antecesor, que no sólo habian excitado la indignacion de toda España, sino que llegaron á llamar por su ferocidad la atencion de Europa, hasta el pun-

to de que lord Palmerston manifestara públicamente en las cámaras inglesas, en la sesion del 29 de Marzo, el disgusto é indignacion de que se hallaba poseido a la lectura de tan inhumano documento, haciendo notar el contraste que hacía con las humanas y conciliadoras circulares de Montemolin. Ya que de éstas hablé, no parece fuera de propósito citar algunos párrafos de la que se expidió en fecha 10 de Marzo de 1847, firmada por el secretario del conde de Montemolin, D. Romualdo María Mon, de la que hace mencion el *Morning Post.*

«El Conde de Montemolin hace saber á todos sus parciales, que sea la conducta de sus enemigos la que fuere, no deberán hacer, bajo ningun pretexto, ningun género de represalias. Á todas las atrocidades que cometan sus enemigos, sus parciales opondrán aquella estricta disciplina, órden y moderacion que tantas veces les ha recomendado cuando se hallaba entre ellos, pues así el oprobio y el crímen de semejantes acciones, que tanto deshonran á la especie humana, caerán como deben sobre sus autores, y la España y la Europa entera, juzgando con conocimiento de los hechos, podrán formar de cada uno el juicio que merezca.

»De esta suerte se aumentarán nuestras filas, y mereceremos la aprobacion del pueblo, cuyos defensores y guardianes debemos y deseamos ser, y nuestros enemigos, lejos de encontrar el apoyo que necesitan, sólo encontrarán la derrota y la afrenta.

»El conde de Montemolin desea que sus armas sean dirigidas por el verdadero valor, que es siempre compañero de la humanidad y de la virtud, y que se empleen contra sus enemigos solamente cuando estos se presenten en el campo de batalla.»

Pavía, no sólo no derogó los bandos de su antecesor, sino que los ejecutó con severidad, mandando pasar por las armas á los prisioneros, vejando á los paisanos, multiplicando las deportaciones á Ultramar y excediendo en rigor al mismo Breton.

Á pesar de las muchas fuerzas que vimos tenia á su disposicion el general Pavía, como que luchaba no solo con los carlistas, sino con la opinion del país, á la que en sus comunicaciones da la culpa de todo, tuvo que estrellarse su plan, y los sucesos bien pronto manifestaron que nada habia adelantado el Gobierno de Madrid con quitar á Breton para poner á Pavía.

Habiendo el coronel Baxeras sorprendido á una partida de carlistas el 24 de Abril, en Bosellas, pueblo de la montaña, haciéndoles dos muertos y catorce prisioneros, de los cuales cinco fueron pasados por las armas dos dias más tarde, quiso el cabecilla Tristany vengar los fusilamientos, y lo consiguió de un modo cabal. Salió de la villa de Calaf la columna de este punto, fuerte de unos 400 hombres, con el objeto de acompañar á la de Cardona, que constaba de la misma fuerza: y cuando la habia dejado y volvia ya á su destino, en medio de un bosque, un fuego horroroso en que se vió envuelta por todos lados la advirtió de una emboscada que la habian preparado Tristany, Ros de Eroles y Vilella. Acometieron los carlistas á la desprevenida columna con ardor inexplicable, la dispersaron completamente, haciéndola gran número de muertos, heridos y prisioneros. Por casualidad, animados los dispersos restos con la ayuda de una compañía de granaderos que salió de Calaf en su auxilio, emprendieron, con ménos desórden del que era de esperar, su fuga hácia la poblacion, en la

que entraron al anochecer, habiéndoles acompañado y alumbrado con disparos hasta las mismas puertas, como confiesa el parte oficial. Éste desfigura el hecho segun costumbre, atribuyendo á los carlistas mayor número de muertos que á las tropas de la reina; pero, á pesar de esta *victoria*, el coronel que mandaba la columna de Calaf, D. José María Morcillo, fué relevado desde luégo.

No fué ménos desgraciada para las tropas y afortunada para los montemolinistas la accion tenida el 1.° de Mayo en Mousonis, á media hora de Artesa del Segre, en la cual á más de muchas bajas, entre otras la de un capitan y subcabo de *mozos*, perdieron las tropas 5 caballos y la brigada.

Las pérdidas sufridas por las tropas en los encuentros mencionados, y en otros de que no me hice cargo para abreviar, hicieron cundir la alarma entre ellas, que ya no se hacian ilusiones á la lectura de los partes oficiales: así es que de varios puntos se pasaron á los carlistas algunas guardias, ó solas ó acompañadas de paisanos. Los *matinés*, viendo que cada dia eludian la vigilancia de las tropas en las sorpresas que daban á poblaciones de consideracion, y que hasta triunfaban de ellas en algunos encuentros, se prometian largas victorias, cuando un suceso inesperado vino á esparcir la consternacion en sus filas: la prision y muerte de Tristany.

Era este célebre y antiguo cabecilla uno de los que más se habian distinguido hasta entónces en aquella guerra, por ser el jefe superior de todas las partidas del Principado. Ordenado *in sacris*, y nombrado canónigo por D. Fernando VII, habia preferido contra su estado la carrera de las armas, defendiendo al rey absoluto en 1821, tomando las armas en la sublevacion de Cataluña en 1827, defendiendo á D. Cárlos

por quien fué nombrado mariscal de campo, en la guerra de los siete años, y finalmente á su hijo en la que estoy historiando. Hombre simpático al país, no se habia movido de sus guaridas, miéntras los demas carlistas comian en Francia el pan de la emigracion; y, confiado en las simpatías que inspiraba á los naturales, vivia en un descuido que hubo de serle fatal.

En efecto; despues de muchas hazañas y de una larga y constante vida de guerrilleo, coronada hasta entónces con éxito felíz, debia D. Benito Tristany contar el último de sus dias. Pernoctaba el 15 de Mayo en un caserío del término de San Just de Ardebol, donde habia visto la luz primera, miéntras lo hacia en otro del término de Clariana el brigadier carlista Ros de Eroles. Cercó por la noche los caseríos donde confiados estaban los dos cabecillas, el brigadier de la reina D. Antonio Baxeras; sorprendióles á ambos, que cayeron en sus manos—el uno muerto, segun dijo Baxeras, en su defensa—y Tristany vivo, que junto con dos de los suyos, fué llevado á Solsona y fusilado el dia 17.

Los carlistas aumentaban á pesar de esta pérdida, que fué de importancia para su partido, y que á buen seguro hubiera desanimado á sus sectarios si no hubiera habido una influencia más alta que la sola buena voluntad del país hácia Montemolin y el ardor de sus partidarios. Este ardor, que estaba sostenido con la proteccion que los *matinés* veian detras de sí de más importancia que sus partidas, reanimóse más con la brillante victoria que obtuvieron en Junio de 47 sobre la columna del coronel Smith, que estaba estacionada en Valls. En Pont de la Armentera tuvo lugar la accion, en la que perdieron las tropas siete muertos y diez y seis heridos. La columna entró poco ménos que dispersa en Valls.

Miéntras á últimos de Junio el vapor de guerra *Blasco de Garay* trasladaba al puerto de Tarragona cuanta tropa podia, el general Pavía se dirigia á su campo, bien persuadido de la importancia grande de los muchos cabecillas y partidas, que iban cada dia en aumento. Aumento que, al tratar de explicar en sus *Memorias* el jóven general, lo atribuye al efecto producido en Cataluña por el Real decreto de 1.° de Agosto, en que se suprimian las aduanas interiores del reino, y se declaraba libre, dentro de él, el tráfico de géneros coloniales y extranjeros. Sea cual fuere la causa de ello, lo cierto es que los carlistas fueron en aumento, ántes y despues de dicho decreto, siendo inútiles, al sentir del Gobierno, los esfuerzos hechos para exterminarlos por el general Pavía, que fué sustituido por D. Manuel de la Concha en 1.° de Setiembre de 1847.

Al concluir la relacion de esta primera época del mando del general Pavía en Cataluña, justo es que me haga cargo de los graves que á él y á los jefes carlistas se han hecho por la sangre que se derramó bárbaramente léjos de los campos de batalla, y por el sistema de rigor inhumano que se siguió, sobre todo, por parte de uno de los bandos.

Los partes de los generales del Principado; las correspondencias particulares; la prensa periódica contemporánea á aquella guerra; y sobre todo las relaciones de cuantos vivian en el terreno, están contextes en afirmar que desde un principio los carlistas obraron conforme á un plan trazado de antemano por los primeros jefes de aquella campaña, de moderacion y benignidad, de benevolencia y consideraciones hácia un pais cuyas simpatías querian atraerse. No sólo no incomodaban á los ciudadanos pacíficos y respetaban las opi-

niones de los particulares, sino que hasta repetidas veces, como está dicho, llegaron á dejar en libertad á los soldados que habian hecho prisioneros. Testigo el mismo Pavía, que en sus partes al Gobierno y en sus Memorias paladinamente lo confiesa.

El Gobierno de la reina, al contrario, creyó desde un principio que el rigor debia poner fin á la guerra, y la pena de muerte rebosa en todos los bandos, desde el primero de Breton, de que ya hablé. Pena de muerte al carlista, pena de muerte al que le protege, pena de muerte al que no le acusa y persigue, pena de muerte al que herido ó moribundo le presta auxilio. El sanguinario bando de Breton, que tuvo el honor de provocar la indignacion de Europa, es ejecutado con más crueldad de la que su redaccion respira: Breton y Pavía, y los segundos de Pavía y Breton, se ensañan en los rendidos, fusilan á todas horas, creen hacerse méritos con largas listas de víctimas, y hasta la soldadesca piensa recomendarse con asesinar á los presos *maniatados*, de quienes con frecuencia se dice que *querian fugarse*.

El paisano oprimido no oculta ya sus simpatías hácia los montemolinistas, lo que exasperaba más el génio de Pavía, que apuró las medidas de rigor. A parte de los muchísimos carlistas que en los partes oficiales vemos pasados por las armas, de aquellos que sorprendidos en corto número, no se les dá cuartel, de los que capturados heridos son pasados por consejo de guerra y juzgados segun los bandos, y de los paisanos en fin, que á veces inocentes, tienen que sufrir el rigor de las disposiciones de los capitanes generales, nada exasperó tanto á las filas carlistas como la muerte de Ros de Eroles dada en el instante de sorprenderle, y la de su general Tris-

tany, ejecutada dos dias despues de su prision. El que habia soltado á los prisioneros de Cervera y Guisona, el que habia mostrado tanta benignidad (aunque fuese fingida como pretende Pavía), el que habia respetado á las autoridades y las opiniones de los partidos, fué fusilado sin compasion.

Apurada estaba la paciencia de los cabecillas carlistas; pero se atemperaban á su pesar á las órdenes de moderacion que recibian; continuaban dando libertad á los enemigos que cogian, miéntras los suyos eran constantemente pasados por las armas. Pero al fin hubieron de dar tambien á la humanidad uno de esos dias de luto que hacen crueles las guerras civiles. El dia 25 de Julio, miéntras oian misa los soldados del regimiento de la Union, en número de diez y siete en la iglesia de la Llacuna, en donde estaban de destacamento, fueron sorprendidos por una partida carlista que se apoderó de ellos y los fusiló el 30 del mismo mes en el Bruch. Al fin, dijeron los carlistas, son gente que con las armas en la mano ha sido cogida, y por ese crímen los enemigos tienen en sus bandos señalada y han aplicado mil veces la pena de muerte. ¡Barbaridad que no se justifica con el ejemplo de otras barbaridades! Funesta ley de represalias!

Este hecho llenó de consternacion á Cataluña, porque se creyó terminada la guerra á cuartel por parte de uno de los bandos, que hasta entónces se habia hecho, y creció más el terror por las inauditas atrocidades cometidas al siguiente dia por D. Manuel Pavía.

Habia habido el 22 de Julio una accion cerca de Vidreras, entre el cabecilla Marsal y un capitan del regimiento infantería de Valencia, de la cual, á más de seis carlistas muertos, quedaron tres prisioneros, entre ellos el jefe D. Manuel

Herreros. Fué éste puesto en capilla para ser fusilado segun los bandos vigentes, cuando una comision de las personas más notables de Mataró, en donde habia de ejecutarse la sentencia, pidió con instancia y empeñó al capitan general que le indultara, junto con los otros compañeros, con tanto mayor motivo, cuanto el dia 28 acababan los carlistas de dar libertad á un destacamento de 12 hombres rendido cerca de Gerona (este hecho consta en parte publicado en la *Gaceta*). Accedió el capitan general, y entre las muestras del mayor júbilo se comunicó el indulto, con las precauciones necesarias, á los pobres sentenciados, á quienes faltaba una hora para ir al suplicio. Mas, llega á noticia de Pavía la desgracia de los soldados de la Union, y lleno de furor, manda que al siguiente dia sean en represalias pasados por las armas 15 carlistas de los presos, y destina á este objeto al desgraciado Herreros y sus compañeros á quienes habia indultado, uno de los cuales, moribundo, es conducido en camilla al lugar del suplicio. Este hecho horroroso no necesita comentarios.

Diré finalmente, ántes de dejar este asunto, las palabras honrosísimas para la conducta de los carlistas, escritas por Pavía en la comunicacion que desde Riudevilles dirigia al Gobierno el 15 de Julio, inserta en la *Gaceta*, en la que manifestaba que ciertas medidas, si las habian tomado los carlistas, lo habian hecho irritados con las que él habia tomado anteriormente.

Dije que habia sucedido á Pavía en el mando militar de Cataluña el general Concha, quien se hizo cargo de la capitania general el 12 de Setiembre de 1847. El prestigio que rodeaba el nombre del reciente pacificador de Portugal, unido á los crecidos refuerzos que llevaba de tropas, hizo conce-

bir por de pronto al Gobierno algunas esperanzas, que fueron muy luégo desvanecidas por los resultados. El talento militar y las relevantes prendas que deben concederse al general Concha, fueron inútiles para acabar con los carlistas catalanes y pacificar el Principado, cuya situacion era poco lisonjera, segun manifiesta el general Pavía, cuando él volvió á ocupar el lugar de capitan general, de que meses ántes habia sido relevado.

En verdad, durante su mando nada se adelantó contra los carlistas, aunque mucho se hizo por la causa de la humanidad. Cesaron los bandos crueles; publicáronse indultos; hubo lugar á canjes, y la guerra se hizo, en general, noblemente y á cuartel. Los carlistas, empero, reunidos ó dispersos, iban recorriendo el Principado, sobre todo la parte de Vich, á donde en persona se dirigió el capitan general para activar las operaciones militares. Hubo pocos encuentros que fueran de alguna seriedad: muchas fueron las presentaciones, y muchos tambien los que se iban de nuevo á engrosar las filas montemolinistas. Todas las poblaciones, si se exceptúan las fortificadas, continuaron pagando contribucion al ejército del conde de Montemolin; y en vista del ningun resultado de su mando ó por razones de política personal, fué separado de la capitanía general D. Manuel de la Concha. No eran, sin embargo, pocas las tropas que en aquella sazon tenía el Gobierno en Cataluña, pues llegaban á cerca de 39.000 hombres en 52 batallones y 20 escuadrones.

Pero así como nada se adelantaba con que á Breton sucediera Pavía, y á éste Concha, tampoco pudo reportarse ventaja alguna con que otra vez Pavía, mandado por el nuevo gabinete presidido por el duque de Valencia, fuera á Cataluña

con el objeto de exterminar las gavillas de facciosos, á pesar de contar para ello con un ejército de cerca de 39.000 combatientes. Y no sólo no se adelantó nada con el cambio de generales y envío de tropas, sino que cada dia la situacion iba poniéndose más apurada, efecto sin duda, á lo ménos en parte, de la política seguida por los carlistas, que procuraban, en cuanto les era posible, no ser gravosos á los pueblos, y de la conducta observada por las tropas de la reina, que casi nunca benignas en un principio, encrudecieron la guerra sin reportar ventajas ni hacerse simpáticas á un país que exacerbaban con el rigor. Tan crítica en ocasiones se presentó á Pavía la situacion del país, que llegó á creer que el mismo trono de Doña Isabel podria sufrir sus consecuencias si no se combatia con decision á tan respetable enemigo. Así concluia una comunicacion por él dirigida al señor ministro de la Guerra: «De aquí el que me juzgue yo en la sagrada, aunque desagradable obligacion, de hacer presente á V. E. que, si no se procura aplicar un pronto y eficaz remedio, preveo que en Cataluña se acercan males graves para el país, y para el mismo trono de la reina, en cuya defensa todos estamos tan interesados.»

Nunca han faltado escusas á un general hábil, ni motivos plausibles para explicar los contratiempos que haya podido ocasionarle un plan mal concebido, ó la impopularidad de la causa que defiende; tampoco habian de faltar á Pavía para explicar el fenómeno de que con tantas fuerzas y medios, y en un país cuyo espíritu se decia en las comunicaciones públicas favorable á las tropas de la reina, llevaran los sucesos una marcha tan contraria á éstas, como increiblemente favorable á las fuerzas de Montemolin. Atribuye el incremento de las filas carlistas á la amnistía dada por el Gobierno, que,

dejando á los emigrados españoles sin el corto sueldo que les pasaba el gobierno frances, les puso en la precision de volver á su patria y buscar un medio de vivir en la guerra de guerrillas, que con tan buen éxito sostenian sus antiguos compañeros de armas, toda vez que, al abrírseles las puertas de la patria, no se permitia á los naturales de las provincias Vascongadas, Aragon, Navarra y Cataluña volver á su propio país, donde hubieran contado con medios de subsistencia.

Todos los medios se empleaban en el entretanto para apaciguar el Principado y destruir á los montemolinistas, y se pasaba de los de rigor á otros de benignidad, que producian los mismos efectos. Al entrar Pavía por segunda vez en posesion del mando militar, quiso seguir por algun tiempo las huellas de su antecesor, que se habia distinguido por su humanidad.

Pidió á este objeto autorizacion al Gobierno para dar indultos á los comprometidos por la causa carlista, é hizo uso de ella dando desde Manresa, con motivo de los dias de S. M., un indulto, que fué alargando en todos los pueblos hasta el 15 de Diciembre. En este dia principió el capitan general á hacer alardes de rigor con la publicacion de dos bandos, que prometieron un nuevo aspecto de la guerra. Imponia en el uno de ellos pena de muerte á los cabecillas, jefes y oficiales de las *facciones*, á los que hubiesen cometido alguna muerte, á los que hubiesen preso á las justicias ó vecinos pacíficos con objeto de sacarles contribuciones, pena de diez años de presidio á los que viniesen de Francia, de otro presidio, cárceles ó cuerpos del ejército, y destinaba finalmente á diez años de servicio militar en Ultramar á los que no fueren comprendidos en las disposiciones anteriores. Por el otro de los bandos, se mandaban cerrar

las casas de campo donde hallaran proteccion los carlistas, y prohibia bajo severas penas á las justicias y contribuyentes que les entregaran dinero alguno ni subsidio, y ordenaba, finalmente, el levantamiento de somatenes.

Á los primeros dias del año 48, ó bien por deseos en el general Pavía de satisfacer al duque de Valencia, que le habia pedido reservadamente le hiciera quedar airoso en la promesa que habia hecho á las Córtes de la pronta conclusion de la guerra de Cataluña, ó bien por motivos de vanidad, ú otros que se ignoran, tomando pretexto de la natural disminucion de los carlistas en la temporada de invierno, envió al ministerio una comunicacion, fecha 6 de Enero, que principiaba con estas palabras: «Las facciones que há más de un año enarbolaron la bandera de rebelion en las montañas de Cataluña, y que hace pocos meses llegaron á reunir más de 2.000 hombres, han dejado de existir.» Oficialmente dejaron en realidad de existir los carlistas en Cataluña desde el 6 de Enero de 1848, pero quedaban sin embargo *trabucaires, latro-facciosos y gente perdida y facinerosa*, al decir del capitan general, que molestaban á la tropa y recorrian descaradamente los pueblos. De ellos fueron cogidos y fusilados dos, que habian tenido graduacion en la guerra anterior, y de los cuales el uno, el brigadier Mallorca, habia sido durante siete años comandante general de Gerona por los carlistas: y el otro, llamado *Griset de la Cabra*, lo era de Tarragona. En esta misma época, en que habian dejado de existir los carlistas en Cataluña, y en la noche del 21 de Febrero, se presentaron en las calles de Igualada un buen número de ellos, mandados por los jefes Miguel Vila (a) *Caletrus* y Castell. Hubo algun tiroteo entre los carlistas y tropas de Igualada, del cual resultaron muer-

tos dos carlistas, segun el parte oficial, varios individuos de tropa, y el hijo del administrador de correos de dicha poblacion. Aprovechándose los carlistas de la turbacion que causó la sorpresa y de la retirada de las tropas, á más de los muertos y heridos que hicieron á éstas y á los paisanos de Igualada, se llevaron presos al capitan del regimiento de Soria Don Raimundo Pastor, al secretario del gobierno civil D. Francisco Malo, y algunos otros individuos de tropa y paisanos.

La prision de estas personas, sobre todo las de Pastor y Malo, proporcionó á los montemolinistas un brillante triunfo y un obsequio á la humanidad.

Los parientes é interesados de estos dos notables prisioneros empeñaron al Gobierno á que aceptara un canje que se proponia con dos jefes carlistas que estaban en poder de las tropas de la reina. Pavia se opuso á este canje por no tener que entrar en negociaciones con los *bandidos y trabucaires*, previendo que esto desmentiria sus seguridades de haber pacificado á Cataluña, y daria una importancia moral inmensa á los carlistas. Á pesar de cuantas razones y resistencia opuso el general Pavia, los manejos de los parientes de Malo y Pastor consiguieron que expidiera el Gobierno la real órden que, por su importancia, copio á continuacion:

«*Ministerio de la Guerra.*—Excmo Sr.—La reina que Dios guarde autoriza á V. E. para que, por los medios que crea convenientes y decorosos, facilite la libertad del capitan del regimiento infanteria de Soria D. Raimundo Pastor, y la de D. Francisco Malo y Garcés, secretario del gobierno civil de Igualada, pudiendo en último caso, proceder al canje con los presos que, á juicio de V. E., ó peticion de los interesados

en este asunto, sean designados. S. M., al dictar esta medida, atendidas razones de humanidad y consideracion hácia dos servidores fieles, encarga á V. E. salve en todo lo posible el compromiso de que aparezca como un precedente en el que se puedan fundar peticiones en otros casos. El tino y buen tacto de V. E. responden al Gobierno del acierto en este negocio.

»De real órden lo comunicó á V. E. para su inteligencia y efectos consiguientes á su cumplimiento. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 20 de Febrero de 1848.=Figueras.= Señor Capitan general de Cataluña.»

En efecto; despreciadas por Castell cuantas proposiciones le hizo el general Pavia, algunas de ellas muy ventajosas, no hubo más recurso para alcanzar la libertad de los distinguidos prisioneros que proceder á la de los dos jefes carlistas D. Ramon Rosal, condenado por diez años al servicio de Ultramar, y D. Jose Camarasa, que se hallaba en el presidio de Tarragona. Inútil es decir cuánta importancia moral daria á los carlistas este paso, que les ponia en situacion de tratar como de potencia á potencia con un gobierno constituido. Repugnaba, sin duda, al genio poco compasivo y al corazon nada humano del general Pavia este obsequio prestado á la humanidad, y la muestra de civilizacion que se daba con el canje de prisioneros entre fuerzas enemigas: y mengua es para el Gobierno de la reina que, en este camino de disminuir los males y atrocidades de una guerra civil, le llevaran ventaja las tropas de *bandidos, ladrones y facinerosos*, que, aunque infinitamente menores en número á las suyas, las llevaban ventaja por la clase de guerra y la situacion del pais.

Despues de la sorpresa de Igualada, poblacion importante

y de segundo órden entre las de la Cataluña, con lo cual demostraron al Principado, al Gobierno y á España el poco fundamento, por no decir falsedad, del ruidoso parte con que Pavía notificó á Narvaez la desaparicion de los carlistas, se dejaron éstos ver en otras poblaciones de mucho vecindario, y se dieron á conocer en encuentros de más ó ménos importancia, en los que la facilidad de dispersarse, y por consiguiente de entrar ó no en combate, explica cómo llevaban casi siempre la mejor parte. El Ampurdan, la Segarra, el campo de Tarragona, la alta montaña eran cada dia testigos de escaramuzas, acciones y sorpresas; las filas montemolinistas aumentaban de un modo alarmante para el Gobierno; tenian organizada una caballería, cuyo jefe era D. Marcelino Gonfaus (a) *Marsal*, y la estacion de la primavera, deshaciendo los hielos, apartaba los obstáculos que durante el invierno las habian tenido oprimidas. Entre las muchas ocurrencias notables de esta primavera, lo fué una sorpresa dada á media legua de Gerona, el 17 de Abril, por una partida de 250 infantes y 25 caballos, al mando de Marsal, á unos 60 individuos de tropas de la reina, que escoltaban bagajes, armas, dinero y municiones. Todo quedó en poder de los montemolinistas. Tal sorpresa ocasionó la destitucion del comandante general de la provincia de Gerona, Rodriguez, á quien sustituyó el general D. Ramon de Larrocha.

Durante este tiempo era grande el número de carlistas que entraban de Francia, tanto de la clase de tropa como de jefes, entre los cuales debe ocupar el primer lugar D. José Masgoret, militar de la campaña anterior, caballero fino é ilustrado, para quien no habian pasado en vano los años de emigracion en el extranjero, en donde completó su educacion civil y mi-

litar. Suya es una proclama, esparcida con profusion en varios pueblos de Cataluña, y publicada por la prensa periódica madrileña, que pongo á continuacion, para que se vea la bandera que se defendia en aquella guerra, y el sistema que seguian sus partidarios:

«Catalanes: al ponerne á la cabeza de los fieles servidores del rey, nuestro señor (Q. D. G.), en este Principado, cuya segunda comandancia general S. M. se ha dignado confiarme, no veo más que una faccion opresora que combatir, y un pueblo oprimido que proteger.

»Intérprete fiel de la soberana voluntad de nuestro monarca, no me desviaré, ni permitiré que ninguno de mis subordinados se desvie, de la línea de conducta trazada en su sabio y paternal manifiesto del 23 de Mayo de 1845 y alocucion del 12 de Setiembre de 1846. Haré que desaparezca toda idea de colores políticos, y no permitiré que las armas confiadas á mi mando se vuelvan jamás donde no hallen resistencia.

»Catalan como vosotros, no puedo ser indiferente á la comunidad de intereses que nos une. He hecho la guerra en vuestro suelo, y, ajeno de venganzas, no hize mas que ejecutar las órdenes de mis superiores.

»Arduo á la verdad es el destino; pero reuno la ventaja de ponerme en medio de habitantes dignos por todos títulos de mi predileccion.

»Cuento con vuestra cooperacion, catalanes, y jamás he dudado de vuestra lealtad y de vuestro celo. Los sacrificios inherentes á la guerra son siempre dolorosos, es verdad; pero es todavía ménos tolerable ese yugo ominoso á que os tiene sujetos un puñado de ambiciosos. Resignémonos pues á sa-

crificios momentáneos, para evitarnos males sin cuento. Vosotros lo conoceis; los hechos hablan á vuestras puertas; ellos son recientes y bastantes para despreocupar al ménos advertido.

»Más de siete años hace que, por una traicion infame, el ejército del rey desapareció de vuestro suelo. ¿Cuáles han sido sus consecuencias? qué habeis adelantado? ¿qué mejoras habeis conseguido? Ah! Los funestos resultados son demasiado notorios. Tiempo es ya de sacudir el yugo fatal. Hagamos que desaparezcan para siempre esas falsas teorías y fementidos proyectos con que se ha abusado de vuestra docilidad y se ha pretendido engañaros. No consintamos por más tiempo que en medio de nuestras ruinas se levanten fortunas colosales y escandalosas para ser trasportadas al extranjero; que por diversiones de córte se gasten en una noche enormes cantidades con que se compra y asegura el derecho de oprimiros y de arruinaros.

»Rompamos de una vez esa degradante cadena que, trayendo su orígen de la llamada Pragmática-sancion de 1830, vino á terminar en la fraudulenta combinacion matrimonial concluida en Octubre de 1846: cadena fatal que, cerrando de una parte las puertas de la patria á un príncipe español, al soberano legítimo, las abria de otra á una influencia extranjera, que, á no ser por el rayo de la divina Providencia que en 24 de Febrero cayó sobre las Tullerías, tal vez hubiera conseguido por la intriga lo que no pudo Napoleon con sus formidables ejércitos.

»Los nombres halagüeños de libertad, prosperidad, civilizacion, órden, felicidad, progreso é independencia nacional, han llegado con frecuencia á vuestros oidos; pero las realida-

des, dónde existen? qué habeis visto? Opresiones, decadencia, desmoralizacion, revoluciones sin principios fundamentales, desencadenamiento de pasiones, las leyes de la sacrosanta religion de nuestros padres desconocidas y ultrajadas, un desquiciamiento completo de todos los ramos de la administracion, y la nacion, por fin, arruinada, envilecida é infestada de un cúmulo de males, que se harian eternos, si una mano salvadora no se opusiera á su curso.

»Esta mano está ya levantada, catalanes, y es la única que puede salvaros y sacaros del abismo; tal es la de nuestro rey. Sí, del verdadero rey de España, el Sr. D. Cárlos Luis de Borbon, legítimo sucesor al trono de San Fernando, que apoyado y fortalecido en la legitimidad de sus derechos, no ha de abandonar los vuestros á las ambiciones de mil tiranos que os oprimen.

»Volad pues á sus banderas; dadle pruebas de vuestra lealtad; probad con el tributo de vuestros sacrificios que sois dignos herederos de vuestros padres, que no habeis degenerado en valor ni quereis haceros indignos de sus glorias. Se cuenta con vuestra cooperacion en los términos en que la situacion de cada uno lo permita.

»No será el soberano quien exija de vosotros los penosos sacrificios que llevan consigo las guerras y las discordias intestinas; será la obstinada malicia de los usurpadores de sus derechos legítimos la que os obligará á hacerlos; pero la actitud imponente con que manifestareis á los satélites de la usurpacion vuestro decidido empeño por el triunfo de nuestro legítimo soberano, del cual dependen la verdadera libertad y prosperidad de los pueblos, abreviará el término de vuestros males: y, lanzada la revolucion y los revolucionarios de vues-

tro suelo, vereis renacer la paz y el reposo de que estais privados desde que estamos sin rey que nos gobierne como verdadero padre de sus pueblos.=¡Viva el rey!=Campo del honor 1.º de Abril de 1848.=José Masgoret.»

La libertad que se habia proclamado en Francia con la república, y el estado revuelto de aquella nacion, continuaban favoreciendo á los carlistas, quienes, á beneficio de aquellas circunstancias, se organizaban en la frontera y entraban en España en partidas respetables. Estas eran las que sostenian acciones reñidas con las tropas de la reina, y de las cuales sólo dos mencionaré, por haber sido las de más importancia.

Una de ellas tuvo lugar en Bagá, pueblo situado cerca de la frontera. Los carlistas españoles, unidos á unos 200 que habian venido de Francia bien armados, sorprendieron el dia 13 de Marzo, en Bagá, á una fuerza compuesta de compañías de cazadores de Barbastro, á la que envolvieron, y despues de un rudo ataque, en que murieron peleando quince individuos de las tropas de la reina y fueron heridos treinta, inclusos cinco oficiales y el jefe, que murió á las pocas horas, los restantes de la fuerza fueron hechos prisioneros; y, despues de habérseles brindado á que siguieran las banderas del conde, desarmados y puestos en libertad. Este hecho, que, como otros parecidos, consta en los partes oficiales del Gobierno, no sólo dió prestigio á las fuerzas carlistas, sino que, referido por los libertados á sus camaradas, hacia á éstos ménos tenaces en el combate, y que en casos apurados se pasaran á las filas montemolinistas. Tales muestras de generosidad, dadas con intencion política, y de las que se sabia echar mano en las ocasiones más oportunas, demuestran las ins-

trucciones que recibian los carlistas de jefes superiores, y las ideas que dominaban en aquellos que los dirigian.

La otra accion importante y cuyo resultado fué favorable á los carlistas, tuvo lugar poco tiempo despues, en 12 de Junio, entre el cabecilla Castell y el comandante Orío, que llevaba fuerzas superiores, compuestas de compañías de preferencia del regimiento infantería del Príncipe. Perseguia Orío al cabecilla nombrado, quien, fingiendo huir, consiguió llevar al enemigo hasta las formidables posiciones que están cerca del puente de Rebentí, y cuando le tuvo en mitad de una altura terrible, cargó rápidamente sobre él, y con un rudo ataque dispersó á la columna, cuyos soldados, dejadas las armas, fueron unos á encerrarse en las casas vecinas, y otros quedaron en poder de los carlistas. Bloquearon las casas en que se habian encerrado los fugitivos, pero nuevas columnas les libertaron luégo. La fama de esta victoria se estendió pronto por toda Cataluña, dió importancia grande á los montemolinistas, y avisó á las tropas de la reina de la verdadera fuerza de sus enemigos. La conducta de Orío fué residenciada en un consejo de guerra, cuyo fallo fué aprobado por el ministro en una comunicacion dirigida al capitan general, en la que lamentaba la derrota sufrida.

En esta sazon no pensaban ya solamente los carlistas en la campaña parcial de Cataluña, sino en un alzamiento general que comprendiese á las provincias Vascongadas, Navarra, Aragon, Valencia, Castilla y Extremadura, contando para ello con los cabecillas de más fama en la pasada guerra, entre los cuales figuraba en primer término el que iba destinado al Principado, D. Ramon Cabrera. Para que se vea que en las otras provincias seguian el mismo sistema de guerra

que en Cataluña, que llevaban iguales instrucciones y defendian los mismos principios é intereses, véase la proclama que se publicó en nombre del general Elio:

«*Habitantes de Navarra y Provincias Vascongadas.*—El rey nuestro señor (Q. D. G.) se ha dignado confiarme el mando militar de estas fidelísimas provincias.

»Al presentarme de nuevo en medio de vosotros, es de mi deber exponeros la mision que me ha sido confiada, los sentimientos que animan á nuestro jóven y augusto monarca, y la línea de conducta que observaré constantemente.

»Los principios generales que S. M. adoptará para gobernar, se hallan expuestos en su manifiesto del 23 de Mayo de 1845 y su arenga del 13 de Setiembre de 1846. Los graves acontecimientos políticos que han ocurrido despues, y que agitan la mayor parte de Europa, léjos de haber cambiado en nada sus ideas, le han convencido, por el contrario, de la necesidad de fundar un Gobierno puramente español, que fuerte con el apoyo de todos los hombres de bien, sinceramente adictos á su patria, salga al fin de esa humillante y vergonzosa posicion en que se encuentra hace tantos años respecto de las demas naciones, y sea bastante fuerte y poderoso para no temer á las unas ni mendigar el apoyo de las otras.

»Comprendiendo sus generosas intenciones, todos los que sigan su bandera no reconocerán por enemigos sino á los que se presenten como tales, á los que por ambicion ó egoismo quieran oponerse al establecimiento de un estado de cosas, por el que hace mucho tiempo suspiran todos los buenos españoles, como el único remedio para preservar al trono y á la nacion de la ruina inevitable que les amenaza.

» Quince años de experiencia, durante los cuales hemos visto en el poder á todos los hombres eminentes del partido que habia tomado por divisa «órden y libertad,» han probado de una manera irrecusable que es preciso seguir otra marcha para establecer y consolidar el órden, la justicia y la libertad bien entendida.

» El medio de lograrlo todos lo saben. El nombre del rey ha sido pronunciado como el único que puede salvarnos. Oponerse á la voluntad general del país, sería un crímen imperdonable.

» Seamos los primeros en ofrecer nuestros corazones y nuestros brazos á una causa tan sagrada. Recordad que en todas las épocas habeis dado este notable ejemplo, y no os engaño al deciros que todos los hombres de bien cuentan con él, y que será seguido inmediatamente por las demas provincias del reino, que sólo aguardan esta señal para levantarse.

» Conservar en toda su pureza y esplendor la santa religion de nuestros padres; respetar y proteger á sus ministros; rodear al trono de toda la fuerza y prestigio necesarios á su conservacion; restablecer en él al soberano que la justicia y la felicidad de la nacion reclaman; asegurar los fueros y privilegios que han hecho por tantos siglos la prosperidad de nuestro país: tal es nuestra mision, mision santa que llevaremos á cabo con la ayuda del cielo, que no puede faltarnos si seguimos por el camino de la lealtad.

» Á las armas, pues, Vascongados y Navarros! Agrupémonos alrededor del estandarte enarbolado por nuestro rey. Sea nuestra divisa «Cárlos VI y olvido de lo pasado.» ¿Qué español se negará á afiliarse bajo esta bandera que no recha-

za la cooperacion de nadie, para combatir y vencer á los insensatos que quisieran todavía oponerse á su triunfo?

»El resultado que nos proponemos y la gloria no se adquieren sin sacrificios; pero serán tanto menores, cuanto mayores y más enérgicos sean nuestros primeros esfuerzos. Si en su ciega obstinacion los seides del Gobierno usurpador que pesa sobre España quisieran prolongar un sistema, que se desploma por su impotencia é impopularidad, la nacion indignada les haria desaparecer prontamente de la escena política, y les seguirian en su fuga la execracion y maldicion de todos los buenos españoles, cuya ventura les hubiera sido tan fácil asegurar.

»Nuestro triunfo depende de nosotros. La nacion nos espera como libertadores; su bendicion y gratitud deben ser nuestra mayor recompensa: pero el rey, que no tardará en hallarse en medio de nosotros, el rey, que va á ser testigo de vuestro valor y de vuestros sacrificios, no dejará de recompensaros con la real munificencia que distingue su corazon generoso.

»Jefes antiguos, cuya fidelidad y experiencia os son bien conocidas, os guiarán por el sendero del deber. Seguidlos; no os separeis de la línea que os tracen, y lograreis el objeto que en todas épocas han logrado los vasco-navarros. Orgulloso con este título, velaré por que se conserve siempre puro y sin mancha; vuestra gloria es la mia.

»El nombre y felicidad del país; hé aquí la brújula que dirigirá constantemente mis acciones.=Joaquin Elío.»

Pero aunque era una misma la bandera levantada en Cataluña y en las demas provincias, no fué igual la suerte que le cupo. La entrada en España de algunos carlistas hubo de

serles fatal, como al jóven general Alzáa, uno de los jefes más honrados, más populares, más pundonorosos y brillantes que tuvo el antiguo ejército vasco-navarro, quien, al poco tiempo de haber pisado el territorio español, fué cogido y fusilado en Guipúzcoa. Con esta muerte y otras derrotas fueron sucumbiendo en las demas provincias las sublevaciones, despues de haberse sostenido por algun tiempo con pocas condiciones de vida.

Los sucesos de la guerra eran empero favorables en Cataluña para los carlistas, á quienes envalentonaban los encuentros con las tropas, de que salian triunfantes ó ilesos por dispersarse sin pérdida cuando les convenia; sus filas aumentaban por el brillo de la fama que las rodeaba y por la paralizacion del comercio é industria que ocasionaba el estado general de Europa, y en las plazas españolas los temores por la expulsion de Mr. Bulwer; las provincias catalanas estaban profundamente disgustadas del Gobierno, que á deshora pedia dos quintas atrasadas, las de 1846 y 1847, suspendidas ya por razon de las circunstancias; y cuando así estaba preparado el terreno, comparece en él el insigne caudillo carlista D. Ramon Cabrera, cuyo nombre, rodeado de una fama de héroe, infundia un valor inexplicable en los suyos, la alarma en los enemigos, y la sorpresa en el país, que vió en la aparicion del hábil y afortunado general una nueva faz de la guerra.

En efecto; hácese en nombre del conde de Morella un llamamiento á los carlistas españoles de la pasada guerra que estaban todavía en Francia, y al momento se ve gran número de ellos en torno de su querido general, quien, contando con recursos crecidos que le venian de elevadas regiones, arma y

organiza en la frontera dos columnas, una de gente de Aragon y Valencia, que al mando del general Forcadell destinaba á fomentar la guerra en aquellas provincias, y otra que destinaba para sí en Cataluña. Entró Forcadell con los suyos, y pasando por los distritos de Berga, Solsona y Cardona, desciende al Urgel, y cruzándolo, así como el territorio cercano á la provincia de Tarragona, pasa el Ebro, hasta llegar salvo á su destino, que eran las provincias de Valencia y Aragon.

Simultáneamente pasa la frontera el general D. Ramon Cabrera el dia 23 de Junio, y con el objeto de sorprender á las tropas de la Reina con su presencia, hace marchas increibles, y unido á otros carlistas catalanes, á quienes habia dado las órdenes oportunas, se presenta inopinadamente á pocas leguas de la capital del Principado, tres dias despues de su entrada, con cerca de mil hombres, en las inmediaciones de San Felio del Piñó. Combináronse todas las columnas para perseguirle, y él de todas huyó mientras lo tuvo por conveniente, y á todas las fatigó con marchas rápidas é increibles; siguió la falda del Monseny, repasó el Ter, acercándose otra vez á la frontera, y tomando posiciones en las formidables de San Jaime de Frontañá. Allí fué atacado por la columna del general Paredes, combinada con otras, y trabóse un combate atroz, dirigido por este general de una parte, y de otra por Cabrera.

Larga y reñida fué la lucha; llegaron á combatir uno y otro bando con bayonetas y puñales, siendo el resultado quedar muchos muertos y heridos por ambas partes, aunque por ninguna la victoria. Imposible me ha sido dar un estado aproximado de los muertos y heridos en esta accion. Poco despues de ella, cayó Cabrera enfermo, y no se le vió otra vez hasta primeros de Agosto. Durante los dias de su enfermedad esta-

ba su sombra en todas partes; recorria la montaña: pasaba el Ebro; era batido por las tropas; andaba fugitivo de ellas; se paseaba disfrazado por las ciudades; se presentaba, en fin, en mil formas, segun eran los deseos ó los temores de cada uno. En el entretanto la persecucion continuaba siendo activa, aunque infructuosa, y sólo de vez en cuando habia algunos choques parciales en los que anduvo diversa la fortuna.

Inútil es decir qué efecto produjo, de disgusto en unos y de esperanza en otros, la aparicion de Cabrera, y el vuelo que tomarian las huestes montemolinistas al oir el nombre, para ellas tan simpático, del héroe del Maestrazgo. Creyeron llegado el dia de dejar las montañas y despoblados para pasearse triunfantes y victoriosas por las llanuras; se les figuraba que la venida de Cabrera habia sido la señal de posteriores refuerzos: los pueblos se vieron sojuzgados por el genio del nuevo caudillo, y el miedo en unos, la simpatía en otros, y el aturdimiento en todos, hizo que á los pocos dias el general carlista dominara ya en todo el Principado, menos en las grandes poblaciones. Exageracion parece; pero veráse cuánta verdad sea con la lectura de lo escrito por el capitan general, que más que nadie estaba en situacion de conocer el estado del país, y cuyas palabras no pueden ser sospechosas, por presentarse en un paralelo desventajoso con respecto á las simpatías que él y Cabrera inspiraban á los catalanes. «Pensaban los carlistas, dice, en formar grupos ó partidas de caballería para dar más reputacion á sus fuerzas, y hacerlas más dañosas; y mandando á las casas de postas, á los labradores, y áun á los vecinos de los pueblos grandes, que les entregasen los caballos que poseian, no hubo apénas quien supiera

negarlos. Pidieron despues crecidas contribuciones; nadie se resistió á pagarlas. Y entretanto, no habia quien llevase un pliego de una parte á otra por mandado de los jefes de la reina, por oro ú exhortaciones que se emplearan, ni podian contar aquéllos con relaciones ni confidencias. Era que el terror habia producido sus efectos, y divisábase no muy léjos el dia en que Cabrera, ántes que no el capitan general de Cataluña, dominase el territorio.»

El Gobierno de Madrid principiaba ya á tratar á los *trabucaires* con algun respeto, y las medidas que por vía extraordinarísima se habian tomado el año anterior, con respecto al canje de dos prisioneros notables, se iban á generalizar; y lo que entónces se previno no sirviera de ejemplo, se mandaba aplicar por el Gobierno á todos los presos. Aludo á la siguiente disposicion, que por su importancia copio íntegra:

«*Ministerio de la Guerra.*=Núm. 21.=Excmo. Sr.=He dado cuenta á la reina de la razonada comunicacion en que, con fecha 10 del actual, consulta V. E. si ha de continuarse aplicando á los *trabucaires*, á quienes comprenda, el bando de 15 de Diciembre último, ó si por el contrario debe quedar anulado en sus efectos.

Enterada S. M. ha tenido á bien resolver diga á V. E., como lo verifico, que sin anular el bando se suspenda su ejecucion, miéntras los facciosos tienen prisioneros nuestros, y que procure V. E. el canje de todos éstos.=Dios guarde á V. E. muchos años.=Madrid 14 de Junio de 1848.=Sr. Capitan general de Cataluña.

En este verano de 1848 un nuevo suceso vino á complicar

la situacion del Principado. Los demócratas, que habian sido batidos en las calles de Madrid y Sevilla, no habian perdido las esperanzas, é intentaban en el campo lo que sin resultados habian probado en las ciudades. Várias partidas de centralistas y republicanos entraron desde Francia en Cataluña, donde tuvieron algun incremento de sus devotos en el país. Capitaneábanles los cabecillas liberales Monserrat, Baliarda, José Molins y Negre, Pedro Tomás, Baldrich, Escoda de Olio, y el jefe de todos ellos, D. Narciso Atmeller, los cuales se respetaban con las partidas carlistas, de las que discordaban en principios, pero convenian en el hecho de hacer la guerra á un enemigo comun.

Los carlistas continuaban siendo, en el lenguaje oficial, *ladrones*, *foragidos y trabucaires*, y ni la presencia de Cabrera y otros jefes superiores de la guerra de los siete años, ni la benignidad y clemencia con que trataban á los vencidos, ni la regularidad con que cobraban las contribuciones de los pueblos en que dominaban, ni los castigos que imponian á los de sus filas que, prevaliéndose del género de vida que llevaban, se permitian robar aunque fueran cantidades ú objetos insignificantes, fueron suficiente motivo para que dejaran de imponérseles aquellos nombres, que por otra parte, confiesa Pavía eran puestos, más bien que porque lo merecieran, por un cálculo fundado en el deseo de desprestigiarlos. Por otra parte, los *bandidos* y *ladrones*, con quienes supone el general Pavía que tenía connivencia todo un país honrado, eran tantos en número, que bien merecian, áun por propio interes del Gobierno, ser tratados con más consideracion. No eran ménos de cincuenta y siete las partidas carlistas, segun datos recogidos en la capitanía general, y algunas de ellas

llegaban á 150 y 200 hombres, aunque la generalidad eran inferiores en número (1).

Veíase el gobierno militar de Cataluña incapaz de exter-

---

(1) Hé aquí una relacion de los cabecillas principales del partido carlista que existian en Cataluña, en Julio y Agosto de 1848:

Cabrera.
Elío.
Castell.
Caletrus.
Forcadell.
Marsal.
Camundi.
Gibert.
Gonzalez.
Saragatal.
Gomez.
Altimira.
Sabater.
Savalls.
Maestro de Mallá.
Bosch.
Gigeta.
Picó.
Pito.
Pallarés.
Arbonés.
Farnos.
Basquetas.
Boquica.
Los tres Tristany.
Borges.
Costacans.
Planademunt.
Bou.
Posas

Muchacho.
Guerxo de la Ratera.
Guillaumet.
Torres.
Badía.
Coscó.
Vilella.
Juvany.
Caragol.
Caragolet.
Marco de Bello.
Masgoret.
Ferrer.
Guitart.
Burjó.
Margarit.
Grao.
Paumagné.
Fregaire.
Estartús.
Durán
El Pata.
Siurana.
Campanera.
Casellas.
Juliá de la Viuda.
Collell de Munt.
Juan de Mieres.
Fál regas (a) Nasó

minar á los montemolinistas, pues todos los esfuerzos que se hacian conseguian á lo más dispersar una partida, que se reunia al dia siguiente otra vez, sin ninguna desventaja. Sea por despecho ó por su natural carácter, aunque él lo suponga efecto de frio cálculo, lo cierto es que el general Pavía continuó dictando tales medidas de rigor, que hicieron cruel á no poder más la guerra civil, contra la intencion manifestada con palabras y con hechos de los jefes carlistas. Detenia, sin embargo, al fogoso general el gabinete del duque de Valencia, que le ataba las manos y le impedia correr á su sabor en el camino de crueldad que habia emprendido. No fué esto bastante para que dejara de dictar bandos rigurosos, por los cuales obligaba á vivir en el campo y poblaciones pequeñas á sus mayores contribuyentes que querian ausentarse para evitar los desastres de la guerra, atormentándoles de otra suerte con crecidísimas multas; impedia tambien cerrar ninguna casa de campo.

Pero el resultado de este sistema de rigor era ninguno: las tropas de la reina se veian reducidas á la inaccion, y el incremento de los carlistas era notable, todo lo que hubo de avisar al duque de Valencia de alguna falta en el gobierno militar de Cataluña. Por ello decidió, despues de varias comunicaciones con el capitan general, en una de las cuales le proponia la idea de ir á Cataluña á dirigir los asuntos de la guerra él mismo en persona, relevar á Pavía el 10 de Setiembre del mando militar del Principado, que dejó en manos de su sucesor, D. Fernando Fernandez de Córdoba, el 19 del mismo mes.

Dos palabras sobre la conducta del general Pavía en esta segunda época, y se pondrán de relieve los nuevos florones con que embelleció su brillante corona.

El hombre que creia deber conquistarlo todo por el terror; el que á este y no á las simpatías del pais decia eran debidas las ventajas que reportaran los carlistas; el que tan mal comprendió el tan altivo como noble y generoso carácter catalan, que decia obedecer sólo por el temor al que más cruelmente le amenaza; el que mandaba permanecer indefensos en las casas de campo á los que querian huir de los azares de la guerra, y defender sin armas su territorio, y ser responsables, bajo penas severas, de sus fortunas, que dejaba abandonadas, bien merece la fama de cruel que en Cataluña alcanzó, y los cargos que mereció á la prensa periódica de Madrid y provincias. Retratan perfectamente á este general sus bandos crueles y destituidos de razon, el tenaz empeño en que no se verificara ningun canje, la repugnancia á entrar jamás en negociaciones pacíficas, y sobre todo la inhumana muerte del coronel Herreros y otros carlistas indultados. Otro dato para su bella historia es el haber enviado al servicio militar de Africa á 712 ciudadanos, desde 13 de Mayo á 12 de Setiembre de 1847, y á 115, desde 4 de Julio á 24 de Agosto de 1848, sin contar los 920 que habia ántes destinado al mismo objeto. El dia del relevo de Pavía fué un dia de alegría para el Principado y para todos los que tuvieran sentimientos humanos.

Durante su mando se habian levantado en la capital de Cataluña monumentos para perpetuar la memoria de los horrores de una guerra que hizo cruel el génio de Pavía; pero afortunadamente, cuando él dejó de extender sus negras alas sobre tan bello país, desaparecieron al grito unánime de la civilizacion y de la humanidad.

Ántes de entrar á reseñar los hechos sucedidos en Cataluña durante el mando de D. Fernando Fernandez de Córdoba,

veamos en qué situacion dejó la provincia D. Manuel Pavía. Fatigadas y rendidas estaban las tropas, deslumbrados los mismos jefes con las rápidas y admirables marchas y contramarchas de D. Ramon Cabrera, que acababa de recorrer todo el importante territorio del Ampurdan, obteniendo por resultado de su arriesgadísima empresa, que llevó á cabo eludiendo la persecucion de muchas columnas que le venian encima, grandes sumas en contribuciones, un buen número de caballos, muchos mozos voluntarios, el aturdimiento de las tropas, la admiracion del país y el entusiasmo de los suyos. El 14 de Setiembre acababa de ser batida la columna de Manresa, fuerte de unos 300 hombres, por una partida de montemolinistas que constaba de unos 500 al mando de Posas y Caletrus, y todos los dias se animaba el ardor de las filas montemolinistas con la entrada en alguna grande poblacion, con una sorpresa más ó menos provechosa, con algun encuentro, algun motivo de esperanza, alguna defeccion en el enemigo. En Madrid no se ignoraba el estado de Cataluña, que así reseñaba un periódico que ni era absolutista ni de los que hacian oposicion al Gobierno:

«La cuestion de Cataluña ha llegado á tomar proporciones gigantescas, y es sin duda alguna hoy dia la de mayor importancia de cuantas pueda debatir la prensa periódica y resolver el Gobierno de S. M. El territorio del Principado es recorrido por tres ó cuatro mil hombres, que, ora unidos en columnas, ora diseminados en pequeñas partidas, proclaman por rey de España á un príncipe que reside en el extranjero, cobran las contribuciones de casi todos los ayuntamientos, y por los medios de que disponen tienen amedrentados y reducidos al silencio á los mayores contribuyentes, y estrechado al país,

no á ayudarles, pero sí á que permanezca neutral en la contienda, de suerte que ellos no tengan que temer otra oposicion que la de la fuerza pública.

El general Córdoba dijo más tarde en las Córtes que, al hacerse cargo del mando, recorrian el Principado de cinco á seis mil montemolinistas.

En esta situacion entró pues en Cataluña. Sin novedad se pasaron los primeros dias de su mando, y sin que hicieran otra cosa que preparar sus planes y dirigirse á sus destinos los generales de que vino rodeado. Únicamente el dia 24 de Setiembre tuvo lugar en Igualada un hecho pacífico; el primero de una serie de sucesos que habian de poner término á la guerra catalana. Cabrera habia dado órdenes severas contra los jefes de partidas que sin mandato suyo cobraran contribuciones de los pueblos ó dieran mala inversion á los fondos, en cuyo caso se hallaba D. Miguel Vila (a) Caletrus, á quien destituyó. Hizo éste esfuerzos para presentarse con alguna partida de los suyos; pero inútiles, pues lo hizo sólo con dos asistentes el dia 24. El Gobierno reconoció á Caletrus el grado de teniente coronel, y le dió el mando de una partida de *francos*. Ya en tiempo del general Pavía habia pedido este cabecilla que se le reconociera el grado, y se le dieran, por pasarse á las tropas de la reina, 16.000 duros.

Á los primeros dias de Octubre se descubrió una vasta conspiracion, en la que andaban complicadas personas de importancia, y la que tenía por objeto entregar los castillos de Monjuich, Hostalrich, Seo de Urgel y otros puntos de Cataluña. Descubierta por uno de los conjurados, fueron presos los jefes y algunos fusilados.

Por los mismos dias acaecieron tres hechos de armas, los

primeros de importancia durante el mando de Córdoba, y dos de ellos en sumo grado fatales á las tropas de la reina. Á los primeros dias de Octubre el cabecilla Posas hizo presentar treinta hombres de los suyos delante de la columna de Manresa, fuerte de unos doscientos hombres, al mando del coronel Bofill, la cual los persiguió hasta llegar al Coll-Daví. En esta ocasion sale Posas con los suyos en número mucho mayor, arrolla á la columna, que, á pesar de verse envuelta, prefirió á rendirse morir peleando, como lo hizo su jefe. Mas viendo al fin las tropas de la reina que era imposible resistir á la sorpresa, al número y á la fortuna, se rindieron todos los que no habian quedado en el campo de batalla.

Cuando se difundia la fama de este encuentro notable, acaeció otro parecido, aunque no tan terrible, cerca de Villafranca del Panadés, en donde la columna de este punto fué batida por los carlistas, que hicieron muchos prisioneros, entre ellos un comandante, hermano del coronel Figuerola, que la mandaba. Y finalmente, el dia 6 del mismo Octubre, situado Cabrera cerca de Camdevanol con setecientos infantes y cincuenta caballos, tuvo una accion reñida con las columnas de Olot y Ripoll, al mando de Rios y Hore, tal vez la más notable de las hasta entónces habidas, por las combinaciones estratégicas de ambos bandos, aunque no por sus resultados.

Pasóse lo restante de Octubre sin que hubiera otras acciones de mucha importancia, y contentándose los carlistas con sorpresas á los destacamentos, con organizar sus tropas de infantería y caballería, y con cobrar contribuciones de todos los pueblos, hasta de los fortificados, á los que obligaban por medio de un sistema de bloqueo que venian siguiendo desde

el tiempo del general Pavía. En la segunda mitad de Octubre determinó el capitan general dejar la capital para dirigir por sí las operaciones de la guerra; y con su brillante y numerosísimo Estado Mayor se dirigió á Igualada, rodeado de muchísimas columnas, creyendo tal vez poner fin á la campaña, como por razon de muchas circunstancias, y sobre todo de la grave enfermedad de Forcadell, estaba haciendo en el Maestrazgo el general Villalonga. Pero los sucesos le sacaron bien pronto de su error.

Envalentonados los carlistas con las victorias obtenidas, entre otras, sobre la columna del desgraciado Bofill y sobre la de Villafranca, no esperaban ya á las tropas, sino que tomaban la ofensiva y se batian con valor. Tal sucedió el dia 1.° de Noviembre, en que el general Paredes, hallándose en el pueblo del Esquirol con la columna de Vich, fuerte de unos 700 infantes y 70 caballos, fué atacado por los montemolinistas en número de 800 infantes y 50 caballos, á cuyo frente estaba Marsal. Reñida fué la lucha y heroicos los esfuerzos hechos por ambos bandos, pero al fin la columna de Paredes tuvo que declararse en derrota y completa dispersion. Dueño el montemolinista del campo, persiguió á los dispersos con empeño, cogiéndoles más de sesenta prisioneros. La caballería tuvo várias bajas, entre ellas un jefe, Romero, y la pérdida de doce caballos; tambien perdió el suyo el general Paredes. En poder de los carlistas, ademas de los prisioneros, á algunos de los cuales dieron libertad para que asistieran á los heridos, y á más de las muchísimas armas recogidas, quedó una brigada de nueve mulos con municiones y dinero.

Pásanse pocos dias, y á los quince de Noviembre, en Aviñó, sucede el hecho de armas más notable que en Cataluña

acaeció en todos los años de aquella guerra. El brigadier Manzano, que tanto se habia distinguido en ella por su constancia incansable en la persecucion de los carlistas, y al que ningun revés notable habia contristado, debia sufrir una derrota de que no habia ejemplo. Yendo dicho brigadier en persecucion de Cabrera, con una columna de unos 800 hombres y 40 caballos, supo en Artés, donde pernoctaba, que Cabrera con los suyos estaba en Aviñó, y determinó atacarle á la madrugada del siguiente dia 16.

Está situada la poblacion de Aviñó al extremo de un llano cerrado por altas montañas y por el rio Gabarresa, vadeable en muchos puntos. Allí estaba Cabrera con algun otro jefe, cuando Manzano con su columna entró en la llanura, y sin dejar el general carlista la ventajosa posicion que ocupaba, observó los movimientos del enemigo. Éste creia poder arrollar al suyo dentro del pueblo, á cuyo objeto destinó dos compañías á su izquierda para que interceptaran los puntos de la montaña por donde pudiera escaparse el carlista, y á la derecha otras dos compañías que hizo situar á la otra parte del rio Gabarresa. La caballería quedaba á retaguardia, sin entrar en accion.

Á esto Cabrera iba destinando tambien sus tropas segun los movimientos de las contrarias. Tristany con alguna fuerza salió á recibir á las compañías que se habian internado en la montaña, y despues de algunas descargas adquirió decidida ventaja sobre ellas: al mismo tiempo, saliendo del pueblo Marsal con unos 100 caballos, se puso entre la partida que habia atravesado el rio y el cuerpo principal de la columna de Manzano, que atacada con inesperado denuedo por los carlistas, con Cabrera al frente, fué batida en pocos mo-

mentos y puesta en dispersion, á pesar de los esfuerzos del brigadier Manzano que pretendia reanimarla. Sus restos fueron perseguidos por los vencedores, y á los gritos de *cuartel* que daban Cabrera y sus subalternos fueron rindiéndose soldados y jefes, incluso el valiente Manzano, que oyó de Cabrera las más lisonjeras expresiones por el valor que habia mostrado.

Pocos fueron los de la columna que se escaparon, si se exceptúa la caballería, que sin haber desenvainado los sables debió su salvacion á la precipitada fuga en que se puso. Cerca de 500 fueron los prisioneros, y muchísimos más los fusiles que quedaron en poder de los montemolinistas.

Esta victoria, tan completa como ruidosa, acabó de poner en relieve la inutilidad de los esfuerzos hechos por las columnas de la reina, demostrada ya con las derrotas de Bofill, Figuerola y Paredes; animó á los carlistas de todo el Principado, y difundió el desaliento en el ejército enemigo, cuyo capitan general, al saber en Igualada la infausta nueva, parte para Barcelona y hace dimision de su cargo, destinando para llevarla á Madrid al general Mata y Alós. Es admitida en la córte la dimision, y le sustituye en 23 de Noviembre el general D. Manuel de la Concha.

Mas ántes de continuar la historia de la guerra en tiempo del marqués del Duero, justo es que dé una mirada retrospectiva al mando de Córdoba, como la dí al de Pavía. Suspendidos los bárbaros bandos de su anterior, siguió Córdoba un camino contrario, de humanidad y blandura, que fué correspondido por la conducta de los montemolinistas, quienes suspendieron las pocas medidas de rigor que habian dictado, irritados por las muchas tomadas por el marqués de Novali-

ches, é hicieron la guerra más humana, si es que nunca puede serlo una lucha civil. En los encuentros habia cuartel para los vencidos, y más de una vez, sobre todo en el encuentro de Aviñó, se oyó gritar á los jefes carlistas «*cuartel, cuartel*» desde que se pronunciaron en derrota sus enemigos. Para los carlistas habia amnistías; para las tropas de la reina habia acciones generosas, como las de un cabecilla que, habiendo brindado á los prisioneros á que tomasen las armas con él, y habiéndose ellos negado á hacerlo, les dió un premio por su valor, y la libertad. Á centenares soltaban los carlistas á los prisioneros, por no saber dónde retenerlos, y era tanta la humanidad con que les trataban, que así se expresaba el periódico de Madrid, *El Clamor Público* de 18 de Noviembre: «Los carlistas están dando inequívocas pruebas de generosidad con los soldados de la reina que hacen prisioneros; pues en vez de fusilarles inhumanamente ó hacerles sufrir penas y castigos, los tratan bien miéntras los tienen en su poder, y los dan libertad con las mayores consideraciones.» Ya no se fusila á los rendidos, ni se lleva á los moribundos en camilla al lugar del suplicio, como durante el mando de Pavía, sino que Cabrera y Córdoba entran en negociaciones con objeto de dejar á los carlistas un punto seguro para hospital de sangre, y para tener á los más notables prisioneros que destinan á canjes. Este punto es Vidrá, distrito de Vich. Verdad es que Córdoba se resiste á canjear cuanto quisieran los carlistas; pero, por otra parte, Cabrera suelta á un jóven teniente del regimiento del rey, hijo del general Lorenzo, para que vaya á Madrid á implorar de la reina el canje de prisioneros. Al mismo tiempo se ve á D. Ramon Cabrera, general en jefe de los montemolinistas, tener las mayores consideraciones al

brigadier Manzano, que come constantemente en su mesa, y con quien pasea de bracero en la plaza de Artés como lo hiciera con un íntimo amigo. Al fin éste fué canjeado, durante el mando de Concha, con el coronel Carvajal, caballerizo de campo de D. Cárlos y gentil hombre del conde de Montemolin, que tiempo ántes habia sido hecho prisionero por una columna del campo de Tarragona, en ocasion en que llevaba pliegos importantes. No cabe duda en la verdad de este canje, negado en documentos oficiales del Gobierno de Madrid, que, á más de constarme por muchos conductos, es afirmado por Pavía en sus Memorias.

El mando militar del marqués del Duero fué inaugurado con un hecho importante, cuyo principio se debia á los manejos de su antecesor. La presentacion de Caletrus no habia sido un suceso aislado é insignificante, como hubiera podido creerse, sobre todo ántes de la presentacion en 13 de Noviembre de otro cabecilla carlista, D. José Pons (a) Bep del Oli, á quien Córdoba reconoció el grado de brigadier y encomendó el mando del regimiento de Arapiles, y más tarde el de la Princesa. Cuando se vió que era formidable el enemigo en el campo de batalla, y que era difícil destruir unas fuerzas que tenian la aquiescencia ó la proteccion del país, se buscaron medios que no quiero calificar para obligar á los jefes carlistas, con el resorte bajo del egoismo y de los intereses personales, á hacer traicion á una bandera que habian jurado defender. La defeccion de Caletrus y Bep del Oli fué seguida por la de otros dos cabecillas, Monserrat y Posas, quienes se presentaron el 4 de Diciembre, segun convenido estaba de antemano, en la villa de Esparraguera, con 600 infantes y 50 caballos, proporcionando ocasion al general Concha de

recibir una ovacion al entrar en Barcelona seguido de Bep del Oli, Monserrat y parte de las fuerzas presentadas. Mas como éstas en su inmensa mayoría estaban descontentas de un hecho que ignoraron hasta el momento en que no podian evitarlo, trataron de desertar, como lo hicieron, á los primeros dias en una bandada de 400, y más tarde en deserciones aisladas, hasta haber vuelto casi todos á las filas de que se les habia arrancado por lo que ellos llamaban una traicion.

La defeccion de aquellos cabecillas no desanimó á los carlistas, como en un principio pareció que habia de suceder, sino que al contrario les estimuló á que redoblaran sus esfuerzos para batir á las columnas de la reina, sobre todo las mandadas por los cabecillas traidores. Mejor organizados que en un principio, y con confidencias abundantes, ensayaban, á pesar de los medios poderosos de que disponia D. Manuel de la Concha, algunas acciones, de que casi siempre salian vencedores, porque no las empeñaban á no ver casi seguro el triunfo. Tales fueron la de San Lorenzo de la Muga, y la más importante todavía de Albañá de la Frontera, en 13 de Diciembre, en la que fué batida la columna del coronel Vega, que constaba de unos 1.700 hombres. El caso fué que el cabecilla Estartús, con una regular fuerza de los suyos, se habia situado en el referido pueblo de Albañá, parapetándose detras de sus casas, creido ya de que el coronel Vega habia de atacarle. Así lo hizo éste en efecto, y despues de una resistencia meditada de Estartús, otro cabecilla, Saragatal, que estaba escondido á corta distancia, atacó por retaguardia á la columna de Vega, quedando ésta batida y con más de 200 hombres fuera de combate.

Activó luégo la persecucion el mismo general Concha,

que poniéndose al frente de las tropas se dirigió á varios puntos de la montaña y al Ampurdán, con grandes combinaciones de crecido número de columnas que recorrian de continuo el territorio. Á pesar de esto, Cabrera, Marsal y otros cabecillas parecia que habian situado su cuartel general en Amer, en donde permanecieron en completa tranquilidad muchos dias, hasta que al fin fueron atacados, dando lugar el ataque á una de las más notables acciones de toda la guerra, á una batalla formal.

Estaba Marsal situado en el punto del Pasteral, y tenia establecido un puente de madera que asegurase el paso del rio Ter, con grave perjuicio de los planes que el capitan general habia concebido para la persecucion. Mengua parecia que los carlistas estuviesen tranquilos en medio de aquel continuo movimiento de columnas que les perseguian, y que defendieran un punto que les prometiera alguna seguridad; por cuyo motivo sin duda llevaria el encargo de destruir el puente el coronel Ruiz con una columna de unos 1.300 hombres y 50 caballos. Los carlistas tenian tomada la fuerte posicion de la montaña del Pasteral, y estaban parapetados detras del puente, cuando el 16 de Enero de 1846 les atacó el coronel Ruiz con su columna.

Con indecible ardor acometió éste la empresa del puente, y en medio de la fuerte resistencia que opusieron los carlistas llegó á pasarlo, no sin tener muchas pérdidas, entre otras la de una guerrilla de 20 hombres que fué hecha prisionera. En este estado llega Cabrera al lugar de la accion, reanimando con su presencia y los nuevos refuerzos á las filas montemolinistas, cuya suerte ya no andaba malparada. Entérase con su mirada penetradora de las circunstancias del terreno y de la

posicion de las fuerzas respectivas, y dispone que Marsal con su fuerza vadee el Ter con el objeto de colocarse á la otra parte del puente, cerrando así la retirada á la columna de Ruiz, que atacada de frente por Cabrera, y teniendo á retaguardia á Marsal, no tuvo más recurso que dispersarse en pequeñas partidas. Pasados los primeros momentos del ataque se reanimaron las tropas y se reunieron, formando una masa que fué dispersada por tres cargas consecutivas de la caballería, mandada por Cabrera, que constaba de unos 170 caballos. La noche los sorprendió en el combate, y á beneficio de ella se retiraron las fuerzas de Ruiz al inmediato pueblo de Sellera, cuyas casas tomaron. En esto, intenta Marsal rendirles, á cuyo objeto ofrece premios y recompensas á aquellos de los suyos que se atrevan á asaltar las casas y prenderlas fuego, á lo que se brinda la muchedumbre. Á pesar de las tinieblas de la noche, se hacen los aprestos necesarios, y en pocos instantes se ven cercadas de leña las casas y principian á arder, en los momentos mismos en que los más atrevidos de los carlistas, subiendo á los tejados, se empeñaban en rendir á los valientes soldados de la reina, que con su fuego llegaron á arrojarlos.

Comprometida era la situacion de las tropas, al amanecer del 27, cuando vino á sacarles del apuro la columna del coronel Nouvilas, quien mandó á un batallon que vadeara el Ter para dar pronto auxilio á los sitiados. Los carlistas no temian los refuerzos de sus enemigos, ni huian de la nueva columna, pues la atacaron con ardor; pero la artillería que ésta llevaba, con sus inesperados disparos de metralla los puso un momento en desórden, y aunque muy luégo reanimados, hizo que se pronunciaran en retirada, perdiendo parte de los muchos prisioneros de la jornada anterior.

Grandes fueron las pérdidas, sobre todo en heridos, por una y otra parte; siendo la más notable la herida que recibió Cabrera en el muslo.

Los carlistas no huyeron, á pesar de haberse retirado el segundo dia de la accion, pues con tranquilidad curaron sus heridos en la vecina poblacion de Amer. A pesar de la activa persecucion con que les iban encima, y del número crecido de columnas que la presencia de tantos enemigos y la noticia de la batalla del Pasteral habian llamado al Ampurdán, no dividieron sus fuerzas ni trataron de evaporarse, como era creible, sino que continuaron reunidos en el mismo terreno, pasando el 30 por cerca de Gerona una fuerza de infantería y 120 caballos al mando de Marsal. Concha, que acababa de llegar á Gerona, salió en su persecucion con fuerzas muy superiores: una vanguardia suya hubo de salir escarmentada de su aproximacion á los carlistas, pues de una descarga de trabucos la hicieron éstos muchos heridos, entre otros, como expresa el general Concha en su parte, al ayundante de campo D. Joaquin Aguilera, los capitanes graduados D. Cayetano Aguado, D. Roman Manuel de Villena y el alférez D. Federico Ferrater.

Los carlistas, por lo visto, eran ya demasiado poderosos para que las tropas de la reina pudieran, sin contar con la cooperacion del pueblo, destruirlos fácilmente: así es que se apelaba á otros medios que distaban mucho de ser infructuosos, como lo demuestran las continuas defecciones de cabecillas carlistas que venian anunciando todos los dias los partes oficiales. Cuando no podia sobornarse á un jefe, se trataba de hacerlo con los subalternos, como sucedió con los de Borges, á quien llegaron á tener preso con la intencion de entregarlo al

Gobierno; pero que se salvó por el ascendiente que tenía sobre los soldados, fusilando luégo á los oficiales infieles. Hacíanse proposiciones á los jefes principales, no escaseando promesas ni dinero, y, si bien unas veces produjo resultados este sistema, otras hubo de ser fatal para los que intervenian en los tratos, como al desgraciado baron de Abella, que trataba de sobornar á los hermanos Tristany. Cogido cerca de Solsona y pasado por un consejo de guerra, fué fusilado en vista de hallarse confeso y convicto, publicándose luégo por Cabrera la sentencia y las causas de haberse pronunciado.

Afectó profundamente al país la muerte del desgraciado baron, cuya causa, muy luégo conocida, desvaneció la nota de crueldad que en otro caso se hubiera atribuido á los carlistas. Así hablaba respecto de ella un periódico de Madrid, *El Siglo*, del 10 de Marzo: «Justo es que la lloren y ensalcen sus amigos; justo es que la respeten sus adversarios; pero téngase en cuenta que los responsables de ella, ante la historia un dia, como hoy ante la conciencia del país, son los Tristanys ántes que Cabrera, y más que el uno y los otros, el sistema de maraña y cohecho que se ha querido sustituir en Cataluña al de la verdadera guerra leal y honrada (1).»

(1) Cont. de la *Hist. de España*, por D. Eduardo del Palacio.

CAPITULO V.

Continuacion de la guerra.—Los centralistas.—Vuelta del conde de Morella al campo carlista, y su proclama.—Sucesos de Castilla.—Maquinaciones de los isabelinos.—Fusilamiento del baron de Abella.—Sorpresa de Cabrera.—El general Concha.—Disposiciones de Concha y Cabrera.—Sucesos de Pinós.

I.

Cierto es que no basta á las veces la defeccion de un caudillo, por muy importante que sea, para destruir una causa ni desorganizar un partido político; pero no lo es ménos que la traicion del último de los afiliados á una bandera puede ser bastante á destruir hasta los últimos restos de la organizacion política de su partido anterior.

No desconocia el Gobierno de Madrid cuántas y cuán insufribles calamidades y miserias perseguian á los carlistas en Cataluña, faltos de todo apoyo, y sin esperanzas de conseguirle, si bien los pueblos no se manifestaron hostiles á los montemolinistas, si que, por el contrario, les recibian con entusiasmo en todas partes. Sin embargo, la escasez de recursos y la falta de Cabrera en aquellos momentos, eran las

principales causas de la ruina inevitable que amenazaba á los defensores del ilustre príncipe y legítimo sucesor del trono de su padre.

Conociendo el Gobierno isabelino por experiencia antigua que no conseguiria por las armas tan fácilmente como por el soborno la pacificacion de Cataluña, dispuso que se procurase por todos los medios posibles ganarse la amistad de algunos caudillos carlistas, para conseguir el fin apetecido. La traicion ha sido el arma terrible que esgrimieran nuestros modernos políticos con pasmosa habilidad. Frutos amargos fueron las conmociones que han amenazado tan de cerca á nuestra nacion con la ruina social, y que envolvieron en la ansiedad y la miseria al que pudiera y debiera ser el más feliz de todos los pueblos.

Don Manuel de la Concha habia procurado, sin cesar con la persecucion, cansar al enemigo y obligarle á dividirse y á dispersarse por aquellas comarcas del Principado. Pero no consiguiera su intento el general; la accion del Pasteral, en que con tanto denuedo lucharan ambas huestes, carlista é isabelina, solamente habia servido para ensoberbecer á los defensores de la legitimidad, convencidos de su fuerza moral y material, y de la ineficacia de los esfuerzos enemigos. La accion del Pasteral, en que con un corto número de hombres habian contenido los carlistas á un número muy superior de sus contrarios, era un testimonio de su poder, que les infundia nuevo aliento, estimulándoles á acometer mayores empresas. El Principado se hallaba convertido nuevamente en teatro de las más osadas expediciones y atrevidas hazañas.

Empezando el mes de Febrero (1849) recorria la provincia de Reus el general Borges, al frente de una columna com-

puesta de 900 hombres y 80 caballos: acompañábale como segundo el coronel Vilella, y el centralista Baldrich iba tambien á su lado. Atravesó esta columna sin obstáculo todo el distrito de Montblanch, llegó á Vemlode y Vinaixa, cruzó el Priorato, y entró en los pueblos de Ponesa, Pobleda, Torroya, Grutallops y otros varios, en los cuales se procuraron hombres, caballos y dinero para reforzar la columna. Aquella expedicion tenía un objeto muy importante, y era el de recoger los desorganizados restos de las partidas de Rivas y de Sabaté que vagaban por aquellos contornos, fraccionados en grupos pequeños, ó se ocultaban en los pueblos, aguardando el momento de unirse á los suyos.

Con estos refuerzos aumentó notablemente la columna de Borges y Baldrich, que en breve habia de tropezar con el enemigo. Las columnas de Quesada, Enna y Damato, que ascendian á 3.000 hombres, circulaban por aquellas inmediaciones; y combinados sus movimientos, tendian á circunvalar completamente á los carlistas, cortando la retirada. Á coadyuvar á la empresa llegó el general Galiano, con nuevos refuerzos, aumentándose de este modo el número de combatientes hasta 5.000.

Hallábanse los carlistas en muy apurada situacion: tenian á su frente y al flanco las tropas isabelinas, y á su espalda, para cortarles la retirada, el Ebro. Una vez empeñado el combate, aparte de la desigualdad de las fuerzas, pues escasamente contaban con 1.200 infantes y 60 ginetes, en tanto que el enemigo reunia hasta 5.000 hombres y algunas piezas de batir, el resultado no habria de ser dudoso, atendiendo á las posiciones de cada cual de las huestes. Tratar de pasarse al Alto Aragon, salvando el Ebro en las barcas, hubiera sido

una imprudencia; puesto que no habiendo suficiente número de barcas, y debiendo efectuarse por esta causa el pasaje con mucha lentitud, se entregaban á los fuegos del enemigo. Romper sus filas, atacando á la bayoneta, era un recurso inspirado por la desesperacion, y cuyo resultado dudoso no podia satisfacer á los carlistas.

En esta situacion, y cuando juzgaban todos imposible la salvacion, Borges, cuyo genio y travesura no conocian límites, dispone una contramarcha y se refugia en las Cuadras de Lema, situadas en el centro de la montaña. Quedaban de este modo fraccionadas las fuerzas montemolinistas, é igualmente las isabelinas; pero el peligro más inminente y más terrible se habia conjurado.

Poco tiempo trascurrió: Vilella y Baldrich se encontraron con el brigadier Quesada (11 de Febrero 1849). Empezó la pelea á las diez de la mañana próximamente, y á las dos de la tarde, los carlistas abandonaban el campo; mas no con la precipitacion de la fuga, si que con toda la majestad de la retirada más brillante que se vió en esta segunda guerra civil. Notables rasgos de valor se presenciaron por una y otra parte: Vilella peleó cuerpo á cuerpo, y lo mismo hizo Baldrich; algunos oficiales carlistas y centralistas se batieron contra pelotones de soldados isabelinos, y el mismo Galiano, al hacer una reseña de la accion, dijo: «Hemos vencido por el número, pero no por el valor.»

Impasible escuchaba el caudillo carlista Borges el fuego de la fusilería, y sin intentar ningun movimiento: perfectamente situado y sin abandonar su actitud imponente, dificultaba á la columna de Damato, que circulaba por aquellas inmediaciones, que acudiese al auxilio de Galiano, ofreciendo

al mismo tiempo un fuerte apoyo á las gentes de Vilella y Baldrich, si se veian obligadas á retirarse.

Los Tristany, Bonet y Carragdet, al frente de una columna de 900 á 1.000 hombres, habian tomado posiciones en Peranca y Bresco. El comandante de las fuerzas de Tremp, Álvarez, seguido de 500 hombres, se dirigia al encuentro de los Tristany: salió de Gerri, y al llegar á Sort, como tuviese noticia del número de los enemigos y posiciones que ocupaban, volvió precipitadamente á Gerri, desde cuyo punto pidió refuerzos al comandante militar de la provincia, para impedir que los carlistas dominasen completamente aquel territorio. Cuatro columnas emprendian poco tiempo despues la persecucion de los Tristany (7 de Febrero).

Muy superior era el número de los isabelinos al de los carlistas, y contaban ademas los primeros con bastantes piezas de artillería de montaña, mejor armamento, municiones y otros recursos de que carecian los defensores de Cárlos VI. Pero en aquélla, como en la pasada lucha, la constancia y el entusiasmo todo lo suplian, si bien en esta segunda campaña no se hallaban los pueblos en el mismo ánimo que en la guerra de los siete años, por razones que en su lugar indicaremos.

Los Tristany, como Borges, y como los demas caudillos carlistas, habian comprendido que el mejor sistema consistia en la rapidez de los movimientos; y para neutralizar en lo posible la inmensa diferencia numérica que existia entre ambos ejércitos, emprendian marchas y contramarchas que solamente pueden creerse posibles habiendo sido testigo ocular de aquella guerra: por el relato habria de parecer exagerado ó parcial.

Solamente de este modo se comprende la resistencia de un

puñado de valientes contra el ejército numeroso y disciplinado que habia acudido á Cataluña. Formaban una columna respetable; presentábanse á los isabelinos; peleaban como héroes, y, vencidos ó vencedores, desaparecian despues de haber luchado, fraccionándose en pequeños grupos, que vagaban al resguardo de la montaña. Cuando llegaban en su persecucion algunas tropas, hallaban solamente los restos de la columna isabelina; los carlistas habian desaparecido, y algun grupo de seis ú ocho hombres desafiaban alguna vez, colocado en las alturas, á las columnas que iban en su persecucion. Vagaban alrededor de las poblaciones y penetraban de repente en ellas, asombrando con su arrojo, no solamente á los vecinos, si que al país entero, como dice un historiador: corrian despues á incorporarse á otras columnas, y con una actividad portentosa y un esfuerzo incansable atravesaban rápidamente algunas leguas por un terreno casi inaccesible en su mayor parte, y aparecian y desaparecian con la osada confianza del que domina un territorio.

II.

Los centralistas, cuyo número era insignificante, recorrian tambien el Principado, merced al apoyo que mútuamente se dispensaban carlistas y republicanos, pues ésta y no otra era la bandera que los centralistas levantaban. La revolucion iniciada en Francia habia encontrado eco en Italia y en España, en Austria y en las restantes potencias europeas. Las palabras de libertad, igualdad y fraternidad con que se fascinó al pueblo, habianse repetido en todas partes por los apóstoles de la revolucion, y los ambiciosos y los misera-

bles habian encontrado en el lema democrático el medio de explotar la candidez de los pueblos exaltados.

La unidad napolitana vivia destruida por la separacion de la Sicilia: en la alta Italia prendió tambien la chispa revolucionaria; el Austria vióse amenazada en Venecia y la Lombardía, y el augusto solio de Roma llegó á verse profanado por la osada planta de la revolucion. España no podia permanecer tranquila: el usurpador de la Francia, Luis Felipe de Orleans, habia visto rodar entre el polvo la corona que ciñera á su sien, y el trono de Isabel se bamboleaba igualmente que el de Francia. Parecia llegado el momento de la expiacion, y que la legitimidad, desposeida y errante, se veria vengada por mano de su misma enemiga la revolucion.

Notábase en España la misma incertidumbre que en las demas naciones con respecto al cataclismo que amenazaba; y esa incertidumbre, precursora de funestos acontecimientos, se fundaba en las noticias que frecuentemente recibia el Gobierno de próximos tumultos y asonadas. El espíritu demagógico manifestado en Francia penetraba en las naciones sus vecinas, y muy principalmente en los grandes centros manufactureros é industriales.

En Cataluña, la situacion de las clases favorecia las tendencias revolucionarias. Una espantosa crísis monetaria habia llevado la paralizacion y la miseria á los inteligentes y laboriosos catalanes. La clase obrera veíase en el mayor desconsuelo, y la ocasion de la guerra brindaba á los infelices catalanes con un medio de conquistarse su sustento, y de vengarse al mismo tiempo de las clases acomodadas, á quienes la demagogia considera desde luégo como enemigas, sin atender á más causas que á la desigualdad de condiciones.

El peligro era inminente, y no lo desconoció Pavía, que, reuniendo á los capitalistas catalanes, les pintó la situacion con vivos colores, y manifestó su opinion, demostrando cuánto importaba acudir á tiempo á remediar el grave daño que amenazaba. Comprendiéronlo así los capitalistas reunidos, y ofrecieron hacer por su parte cuantos sacrificios fuesen necesarios para contener el amenazador torrente de la demagogia desbordada.

Sin embargo, la excitacion continuaba, y el Gobierno de Madrid, noticioso de ello y desconfiando del ejército, sin fundamento alguno, propuso á Pavía el armamento y organizacion de algunos batallones de paisanos, que le asegurasen y sostuvieran contra toda tentativa. El general Narvaez, presidente del Consejo de ministros en aquella sazon, escribia en este sentido á Pavía (2 de Abril de 1848): «Si usted cree que armando algunos batallones y escuadrones de los hombres honrados y pacíficos de los que no quieren bullangas, sino órden, porque tienen que perder, podria usted encontrar alguna ayuda en ellos, proceda usted á hacerlo.» Igualmente escribia el ministro de la Guerra Figueras al capitan general de Cataluña la circular dirigida á los demas, y terminaba de este modo: «Tengo el gusto de trasladarlo á usted con igual objeto; pero añadiendo que, como Barcelona se halla en una situacion particular, que usted conoce perfectamente, el Gobierno autoriza á usted desde luégo para que, en el caso de que considere indispensable ó conveniente distribuir algunas armas á personas honradas é interesadas en la conservacion del órden y de las instituciones, pueda usted verificarlo con todas las precauciones y reservas que sean necesarias.» Pavía rechazó semejantes proposiciones, ofensivas al decoro del

ejército, y trastornadoras ó inútiles, segun las personas á quienes las armas se confiasen.

El espíritu demagógico cundia, y poco tiempo despues de los acontecimientos que tuvieron lugar en París, el infante Don Enrique María de Borbon, hermano de D. Francisco de Asís, y cuñado de Doña Isabel, se ponia á la cabeza del bando republicano, excitando en algunos manifiestos y proclamas á la rebelion contra el poder entónces existente, y á nombre del principio republicano. Al infante uniéronse, primeramente, D. Francisco Ballera, antiguo coronel centralista, y que, obrando de acuerdo con D. Enrique, penetró en Cataluña con 200 hombres más, é hizo circular una proclama en que se llamaba á los pueblos á las armas.

Formáronse algunos grupos, que tuvieron por jefes á Baldrich, á Ballera, Ametller y otros, y aunque no llegaron á formar un número que pudiera inquietar á los vecinos, unidos por la necesidad á los carlistas, dieron que hacer alguna vez á las tropas isabelinas, con sus correrías y ataques. Cabrera habia considerado un momento como muy conveniente incorporar á sus tropas los descontentos progresistas, para aumentar su ejército, no muy considerable por cierto. Desde entónces fraternizaron algunas veces; y aquella union llevó la intranquilidad al Gobierno de Madrid, que veia, con harto fundamento en aquella confabulacion, su inmediata ruina y la del trono levantado á Doña Isabel por los hombres del progreso y de la revolucion.

En principios del año de 1849 llegó Ametller (D. Narciso) al Principado, y con su presencia reanimó el espíritu de los republicanos. Presentóse en la villa de Bañolas (6 de Febrero de 1849) al frente de 420 hombres mal armados, y dos ca-

ballos casi inútiles para el servicio. Le acompañaba un coronel emigrado y un antiguo intendente que habia sido de la provincia de Gerona, llamado Cuaristé: uniéronse á los republicanos hasta cuarenta individuos más, y á las once de la mañana, como saliese Ametller de Bañolas con los suyos, halló á Marsal que, con 320 infantes y 60 ginetes, se acercaba á la villa. «Saludáronse afectuosamente ambos jefes, manifestando tanta fraternidad y tal entusiasmo, que ambas columnas les imitaron en breve: echaron pié á tierra Marsal y Ametller, y juntos dieron la vuelta al pueblo, seguidos de sus respectivas gentes. Á las tres de la tarde, cuando salian por la puerta de Gerona, entraba por la opuesta el general Nouvilas, con su columna (1).»

III.

Con notable energía se continuaba la guerra por parte de los carlistas: durante los primeros dias del mes de Febrero habian sostenido valerosamente el pabellon de la legitimidad en las comarcas de Cataluña, y el Gobierno de Madrid, ora confiando la direccion de las fuerzas militares isabelinas á un general, ya reemplazándole con otro, veia, contra lo que se prometiera en un principio, que la lucha no terminaba, y que la guerra civil más desastrosa amenazaba consumir las fuerzas de la nacion, ya debilitadas.

Un refuerzo notable habian recibido las armas carlistas en el Principado: ese refuerzo le constituia un solo hombre: pero

(1) Relato de un testigo ocular, cuyo nombre, así como algunos otros, tal vez podremos revelar al fin de la obra.

ese hombre era el conde de Morella. Mal restablecido de su herida, más sostenido por su entusiasta amor á la gloria que por sus fuerzas materiales, que eran muy escasas á la sazon, se presentó de nuevo entre sus soldados. Un impulso secreto le guiaba, una confianza demasiado ciega le hacia correr en busca del peligro, ganoso de desafiarle y vencerle.

La proclama en que el conde anunciaba á sus tropas la resolucion de ponerse de nuevo á la cabeza, decia así:

«Voluntarios catalanes: Vuelvo desde hoy á dirigir personalmente las operaciones y los combates; quise decir, vuestras victorias, que acabarán de cicatrizar mis heridas. Mis primeras palabras serán de agradecimiento á los jefes y oficiales, por su vigilancia y decision; á los bravos voluntarios, por su sufrimiento y disciplina; á mis queridos paisanos, por sus públicos testimonios de aprecio; consuelos vivificadores que han adelantado mi cura; consuelos que vivirán eternamente en mi pecho.

»Pueblos, voluntarios y oficiales, en nombre del Rey nuestro señor (Q. D. G.), y con toda la efusion de mi alma, os doy las gracias por vuestra noble conducta.

»Ya nos secundan enérgicamente Navarra y las Provincias Vascongadas.

»No tardarán en imitarlas Aragon y Valencia.

»En Galicia y Asturias las mismas tropas combaten al odioso Gobierno de Madrid.

»Otras nuevas importantes apresurarán nuestro triunfo.

»Constancia, voluntarios! esperanza, heroicos catalanes! unos y otros habeis conquistado la felicidad é independencia de España.

»Independencia! Voz mágica para todos los españoles; blason sublime que vanamente intentan arrancaros algunos traidores.

»En torno de esta sagrada enseña, todos los españoles nobles somos amigos: todos debemos agruparnos para jurar esta nueva guerra de sucesion que nos amenaza.

»Franco ha sido el lenguaje del Rey: instituciones ha ofrecido en armonía con las necesidades de la época.

»Las promesas del monarca las sostendrá con su espada.=Cabrera, conde de Morella.»

IV.

Entretanto no descansaban en Castilla los partidarios de D. Cárlos Luis, aunque no muy afortunados en sus intentos y planes. El caudillo conocido con el pseudónimo de *El Pimentero* se presentó con algunos infantes á doce leguas de la capital (12 de Febrero de 1849), y al grito de viva Cárlos VI logró que algunos, aunque pocos, se le unieran. Entró en Tarancon acompañando al jefe civil, Sr. Fariñas, y en aquella poblacion victoreó á D. Cárlos VI, sin que nadie molestase á él ni á ninguno de los suyos (1). Desde Tarancon pasó á Huete, villa bastante grande y en la cual se hallaba un destacamento de guardia civil. Tanto en uno como en otro punto, los carlistas se proveyeron de caballos y tabaco, y continuaron su marcha, que no fué muy larga: porque muy pocos dias despues, dispersa la partida por mayores fuerzas que re-

(1) Tarancon, que contaba 1.200 vecinos.

corrian aquella comarca, vióse obligado su jefe á buscar la salvacion en la fuga: y llegando á Madrid, y consiguiendo salir en el coche de Francia, fué detenido en Burgos, segun aviso dado desde Madrid, y fusilado á las pocas horas.

Más afortunado ó más hábil fué D. Valentin Bermudez, que llegó de Lóndres con dinero é instrucciones, y con el escaso número de cuarenta hombres entró sucesivamente en los pueblos de San Martin de Pusa, Navalucillos, Malpica, Santa Olalla, Maqueda y Cebolla, procurando con habilidad evitar el encuentro con los destacamentos de la guardia civil que abundaban en aquellos sitios.

Hallóse, por fin, Bermudez con la columna que mandaba el brigadier D. Francisco María Bernardo, y en aquel encuentro fué su escasa partida dispersa; sucumbieron dos de los que la formaban, quedando algunos heridos y siete prisioneros en poder de los isabelinos.

V.

Continuaba la guerra en Cataluña: el genio organizador del conde de Morella hacíase notar desde que nuevamente se hallaba encargado de la direccion de la guerra. Sin dar descanso al abatido cuerpo, ocupábase en reclutar y organizar su gente. Los peligros que amenazaban su existencia no le eran desconocidos, y suplia con su vigilancia la falta de seguridad. «No cesaban los muchos enemigos y émulos del conde en los proyectos de criminal venganza que contra él fraguaban. El odio arrastra á los hombres á los más inconcebibles actos, y no bastan las garantías de la educacion y de la prudencia, cuando tan irresistible pasion se apodera del alma.»

Sucedió que el baron de Abella, rico propietario de Cataluña, y sujeto al parecer muy apreciable, intentó ganarse el afecto de algunos jefes montemolinistas, para contratar los medios y condiciones con que habia de ponerse fin á la guerra, debiendo entregar al conde de Morella, principal caudillo de la causa.

«El baron de Abella trató de abrir negociaciones con algun jefe montemolinista, y se dirigió, en efecto, al coronel D. Rafael Tristany, bien porque éste se hallara generalmente en sitio y coyuntura más propicia, bien porque su ejemplo y sus palabras inclinarian la conducta de sus otros tres hermanos (en esta época ya se habia escapado de Manresa el Antonio), en cuyo caso seria de grande influencia la defeccion de estos cuatro hombres tan autorizados y tan adictos á la causa montemolinista, ó ya porque podria estipularse la entrega de Cabrera, principal sostenedor de esta misma causa (1).»

VI.

Fingió Tristany admitir las proposiciones del baron de Abella, y despues de comunicarse con él por escrito, quedaron ambos de acuerdo en celebrar una entrevista, á la cual invitó Tristany. Acudió confiado el baron, y cuando esperaba hallar amigos entre los que le rodeaban, vióse conducido á la presencia del conde de Morella. Éste le acusó por su indigna

(1) *Teatro de la guerra*, por un testigo ocular de los acontecimientos.

conducta, y le sometió á un consejo de guerra, que le sentenció á muerte.

La sentencia se cumplió en el baron de Abella, y una vez fusilado, se leia en el campo carlista la órden general del ejército, de la cual extractamos los siguientes párrafos: «Habiendo sido confeso y convicto el baron de Abella de ser el autor y hallarse á la cabeza de una asociacion titulada *Hermandad de la Concepcion*, con el objeto de seducir á los jefes y demas individuos del ejército real, y de negarle los auxilios que tan generosamente le presta el pueblo catalan; teniendo en mi poder la correspondencia que dirigia el citado baron con fechas 4 y 9 del corriente á uno de nuestros fieles y más honrados compañeros; estando de acuerdo con el consejo de guerra de los señores jefes de la tercera division: en virtud de las facultades que me están conferidas por el Rey nuestro señor, he dispuesto que el dicho baron de Abella sea pasado por las armas. Voluntarios: he conseguido, por fin, descubrir á uno de nuestros verdugos, porque así debe llamarse á quien con el oro y falsas promesas trafica con nuestro honor y nuestra sangre. Miéntras que el baron de Abella ha sido un habitante pacífico, ha disfrutado de la libertad y proteccion que todos nuestros compatriotas; pero una vez que se le ha probado su crímen, ni su rango ni sus riquezas han podido eximirle del castigo á que se habia hecho acreedor. Desgraciados de aquellos que quieran imitarle!»

Castigo duro, pero necesario, puesto que en aquellos momentos la debilidad hubiera podido ser causa de tantos males como la peor de las condiciones.

VII.

Empezaba el mes de Marzo, cuando el conde de Morella fué sorprendido en San Lorenzo de Morunys por las tropas del Gobierno. Extraño caso, pocas veces presenciado durante el período de la guerra civil de los siete años, y no visto en la segunda campaña de 1846 á 1849. Cabrera, el hombre que pasaba las noches en las cocinas de las posadas montado sobre un taburete, reclinando la cabeza sobre los brazos apoyados en el espaldar del taburete: el hombre á quien el peligro habia hecho vigilante, reformando, por decirlo así, hasta las leyes de la naturaleza con respecto al valeroso caudillo: aquel extraño conjunto, liebre en el sueño y leon en la pelea, vióse sorprendido por uno de sus antiguos compañeros, tan inferior á él en genio y valor personal, como la historia demuestra.

Sucedió que el brigadier Pons, conocido por Peb del Oli, antiguo carlista vendido al oro revolucionario, ganoso de dar una muestra de sus méritos y capacidad á sus nuevos correligionarios, quiso apoderarse del general Cabrera. Profesábale un odio implacable, nacido de la emulacion y alimentado por la más extraordinaria envidia, y pensó en librar de tan terrible enemigo al Gobierno de Madrid: más que por librarle, por librarse del objeto de su saña y de su profundo aborrecimiento.

Marchaba el conde de Morella en direccion de Cumbrils (28 de Marzo), y seguíale Peb del Oli con fuerzas mucho más considerables y guiado por el demonio de la envidia. Cabrera, que conocia perfectamente el propósito del renegado carlista,

no quiso exponerse á satisfacer sus deseos, aventurándose en un choque en que, por razon de la diferencia numérica, habia de llevar la peor parte. Esto pensado, resolvió cambiar de direccion, y en llegando al Hostal de Plá confió el grueso de la columna á uno de los jefes que le acompañaban, y con Ceballos y Gamundi, seguido de una mitad de sus guías, se dirigió con celeridad á San Lorenzo de Morunys.

Noticioso el brigadier Pons de la resolucion del conde de Morella, formó el proyecto de sorprenderle en San Lorenzo, aunque para ello fuera menester emplear todos los medios disponibles. Obra difícil era aquella, y no lo desconocia Peb del Oli, puesto que sabía muy bien cuántos amigos tenía el general en la alta montaña, y muchos y muy buenos espías que le enteraban de los menores intentos de sus enemigos. Esto conocido, pensaba el renegado carlista que, si se adelantaba en direccion de San Lorenzo de Morunys por el camino regular, habria de precederle la noticia de su marcha, y serian inútiles todos sus esfuerzos. Para salvar esta dificultad, dispuso separarse con su gente del camino ordinario, y seguir atravesando rios y barrancos, trepando breñas, y marchando siempre sobre terrenos accidentados y peligrosos, en direccion de San Lorenzo. Despues de una fatigosa marcha de diez y siete horas, consiguió Pons presentarse delante del pueblo en que se albergaba el conde de Morella.

Era la noche del 2 de Abril (1849), cuando el batallon de cazadores de Arapiles y el regimiento de la Princesa, destacados por Peb del Oli, circunvalaban el pueblo; pero con tanta destreza, con tanto silencio y tales precauciones, que cuando el conde de Morella recibió la noticia por unos vecinos que llegaron precipitadamente, ya se hallaba completamente rodea-

lo de sus enemigos. Tan inesperado suceso hubiera sido bastante para acobardar á un ánimo ménos valeroso que el de Cabrera; mas no lo fué para que éste perdiera su habitual serenidad y valor, que parecia multiplicarse en su alma cuando era mayor el peligro que le amenazaba.

Era preciso acudir al momento y suplir con la impetuosidad del ataque la diferencia de número. Dispuso que Ceballos, seguido de veinte soldados, saliera á practicar un reconocimiento y enterarse de la exactitud de la noticia que se les habia comunicado. Pocos minutos despues volvia Ceballos asegurando al conde de Morella que estaban completamente rodeado por los enemigos, y que serian inútiles cuantos medios se empleasen para intentar la salida.

Difícil era la situacion en que se encontraban Cabrera y los suyos: sesenta hombres, encerrados en aquel pueblo y en un círculo formado por cuatro batallones fuertes y aguerridos, que pudieran impunemente cazarlos al intentar su salida, sin perder siquiera ni un solo hombre, ni un cartucho. Sesenta hombres, que, ademas de su propia salvacion, deberia preocuparles la de su caudillo, que era el caudillo de la causa carlista, y que, una vez en poder de los isabelinos, con él sucumbirian entónces las esperanzas del partido legitimista.

En tan angustiosos momentos, el conde de Morella, á la cabeza de aquellos valientes, se lanza fuera del pueblo é intenta romper la inexpugnable muralla de hombres que se opone á su paso y le envuelve completamente. Siete veces acometieron á los sitiadores, y siete veces fueron rechazados los carlistas. Toma el conde un fusil, arenga á los suyos, y acometen de nuevo á los que les rodean: pero inútilmente: lo

mismo que en las anteriores acometidas, hallan por todas partes el fuego de los enemigos.

La fuerza era impotente, y fué preciso recurrir á la astucia. La oscuridad de la noche impedia á los isabelinos ver los movimientos de los carlistas. Dispone Cabrera que Gamundi, con ocho hombres, se aproxime silencioso por la parte N. O. del pueblo al sitio que ocupa una compañía de Arapiles, y rompa el fuego sobre ella, sosteniéndole vivamente durante algunos minutos. El objeto de aquella operacion era llamar la atencion de los enemigos hácia aquella parte, y, aprovechando el momento, buscar la salida por el punto más débil.

Sucedió todo segun Cabrera lo habia previsto; porque juzgando los isabelinos que intentaban escapar por aquel lado los carlistas, rompieron un vivísimo fuego; la compañía de Arapiles avanzó algunos pasos, y la que se hallaba á su flanco, perteneciente al mismo batallon, acudió á sostener á la primera, dejando descubierto un corto espacio, que fué bastante para dejar paso franco á los carlistas.

En aquel momento el conde de Morella, que observaba fijamente los movimientos de los isabelinos, se lanza seguido de los suyos por una cuestecilla que se ve á la salida de San Lorenzo de Morunys, situado en una eminencia, y consigue burlar las asechanzas de sus contrarios. Poco tiempo despues, Cabrera llegaba sano y salvo al camino que guia al Hostal de Plá, y los isabelinos avanzaban triunfantes, creyendo haber conseguido su objeto; pero solamente hallaron trece hombres que se habian sacrificado por salvar á su general, y que habian sostenido un vigoroso fuego durante algun tiempo, consiguiendo sostener el de las dos compañías de Arapiles. Tres muertos costó á los montemolinistas la heroica hazaña,

y diez á los soldados de Peb del Oli. Pocas horas despues volvia el conde de Morella al frente de quinientos hombres, que, en oyendo el fuego de la fusilería, acudian á San Lorenzo de Morunys, en auxilio de los suyos.

La noticia de este atentado se divulgó en breve; y fué tal la indignacion que produjo, que en pocos dias las filas carliscas engrosaron con nuevos voluntarios, y un espíritu general de venganza se apoderó de los carlistas. Á no haber sido Peb del Oli el autor de la proyectada sorpresa, no hubiera producido seguramente tanto efecto en los defensores de Don Cárlos VI: pero el brigadier Pons habia defendido con ellos la causa de la legitimidad, habia compartido con ellos los sufrimientos y las victorias durante mucho tiempo, y la negra traicion cometida le hacía aparecer á los ojos de sus antiguos compañeros como el imitador de aquel funesto general que en Vergara vendia á Espartero la honra y la victoria de los venerandos principios sobre la revolucion.

Los ánimos exaltados, recrudecidas las pasiones al frustrado intento de Peb del Oli, sucedieron várias escaramuzas, en que siempre llevaron la peor parte los isabelinos. Los montemolinistas, fraccionados en multitud de grupos insignificantes, recorrian el Principado desafiando á las numerosas columnas que les perseguian.

Solsona se veia bloqueada por ellos, y por todas partes paseaban la bandera de Cárlos VI. Armas y municiones les facilitaban los contrabandistas, dinero algunos ayuntamientos, y proteccion y amistad hallaban en la mayor parte de los pueblos de Cataluña. En Selma, en San Bartolomé del Grau, Case, Corominas, Seriñá, Belianes y otros puntos tuvieron lugar encuentros de escasa importancia, en

los cuales el triunfo coronó los esfuerzos de los montemolinistas.

Al mismo tiempo, algunos centenares de ellos se aproximaban atrevidos al castillo de Monjuich de Barcelona, colocándose bajo los fuegos de tan importante fortaleza. Tendian los carlistas á llevar la insurreccion á la provincia de Lérida, para comunicar desde el límite de ella, por aquella parte, con el reino de Aragon, y excitarle tambien á la guerra. Con este objeto, los Tristanys se posesionaron de la carretera que conduce á Lérida, Cabrera se aproximó á Agramonte, y Borges se enseñoreaba de la Plana de Urgel. La columna mandada por los primeros se componia de 600 infantes y 70 ginetes; Cabrera mandaba 600 hombres escogidos, y Borges 800 infantes.

VIII.

Hallábase encargado el general Concha, en reemplazo del general Pavía, del mando militar del distrito de Cataluña, y desde los primeros dias de su gobierno habia manifestado su intento de vencer por medios suaves la insurreccion, huyendo de los enérgicos y rigurosos.

«En breve recorreré vuestros pueblos, decia en una alocucion, apénas llegado á Fraga (29 de Noviembre), y oireis de mis labios las benéficas disposiciones del Gobierno de S. M.; patentizareis cuán quimérico es el triunfo de los enemigos de vuestro reposo y prosperidad, al ver las numerosas tropas que de todas las provincias de la monarquía acuden al Principado para ahogar la sedicion; y os convencereis, en fin, que nada os interesa tanto como el pronto restablecimiento de la paz,

fácil y trivial empresa, si secundais los esfuerzos de un gobierno que tiene á su frente á una reina á quien tantas pruebas de lealtad y amor habeis dado, y que, en cambio, derrama sobre vosotros los tesoros de su magnánimo corazon, vigilando vuestros intereses con maternal solicitud.

»Catalanes: sabeis que uno de los jefes de la rebelion, con muchos de sus compañeros, se entregaron á mi palabra, que cuando la empeño es para cumplirla. Reconocido y fiel á la confianza de mi reina, sabré precaver la impunidad de los que perseveren en la senda del crímen, y con la fácil y leal cooperacion que empezásteis á dispensarme en el breve período de mi mando anterior, estoy seguro de remover muy pronto el único obstáculo que se opone á que la España, ofreciéndose como modelo de órden y completa paz ante la agitada Europa, pueda llamarse de entre sus naciones la más sensata y culta.»

Algunos dias despues, cuando pacificadas las provincias de Navarra y Aragon, y algunasotras, se concentraron en Cataluña todas las fuerzas, se dirigia el general D. Manuel de la Concha á los soldados (14 de Diciembre) y les hablaba de esta manera: «Soldados: Numerosos batallones, despues de haber alcanzado la tranquilidad de Navarra, Aragon, Valencia y Castilla, acuden presurosos al Principado, émulos de vuestra gloria, para completar la pacificacion general, uniendo sus esfuerzos á los vuestros, y 25.000 hombres salidos de las demas provincias de la monarquía están disponiéndose á concurrir al mismo objeto. Desde hoy va á empezar una persecucion activa, incesante, sin tregua ni descanso alguno, persecucion que no se detendrá ni ante los rigores de la estacion, ni ante obstáculo de ningun género. La campaña va á ser

ruda y penosa, pero corta y coronada del éxito más completo, y á vuestros nobles esfuerzos y heroica constancia deberán nuestra reina y el país la paz y tranquilidad que intentan turbar algunos díscolos, enemigos de nuestra prosperidad. Ésta es la mayor gloria que puede caber al soldado español, y éste el único láuro á que aspira vuestro general en jefe.»

Ya en esta alocucion se revela cierta energía, y en las sucesivas se deja ver que el general Concha se hallaba dispuesto á no reparar en la aplicacion de castigos más ó ménos arbitrarios; pero al ver amenazada la provincia de Lérida, cuando temió que Aragon y Valencia levantaran nuevamente la bandera de D. Cárlos VI, el general Concha, temeroso de la renovacion de la guerra en aquellas localidades, y juzgando equivocadamente conseguir por medio del terror la pacificacion de Cataluña, dictó algunas disposiciones, cuya violencia más indignó que produjo el resultado apetecido.

IX.

Funesto error es creer que los bastardos fines han de conseguirse por la fuerza, y que el poder cimentado en la violencia ha de producir otros frutos que los de la indignacion y la guerra, como consecuencia de la coaccion ejercida. Defiéndanse en buen hora, y así es justo, los principios de la legalidad y el derecho; ríndase á la legitimidad y la justicia el tributo debido, y sacrifíquese á ellas, si preciso fuera, el bienestar y la vida; pero no se trate de cimentar sobre cadáveres las conquistas de la usurpacion ó el egoista interes personal. Fuera de que la injusticia que se erige en poder es más odiosa á los pueblos, cuánto más robusta quiere mostrarse; porque

el despotismo solamente cabe en los límites de la ilegitimidad de los poderes.

El general Concha, que un dia quiso alcanzar el triunfo por medio de la persuasion y la tolerancia, segun decia, olvidó muy pronto sus propósitos, y acudió al rigor, cuyos efectos fueron contraproducentes, segun era de esperar; mucho más, tratándose de un pueblo no acostumbrado al servilismo, y ardientemente entusiasta de los principios tradicionales. Cataluña, cuyas glorias inmarcesibles tuvieron siempre por objeto el triunfo de la fe y la conservacion de la honra patria; Cataluña, emporio un dia del catolicismo y la nobleza, que, como Aragon y Valencia, no pudo sufrir nunca grandeza alguna sobre la de la Iglesia, ni honra más acrisolada que la suya. Heroicos pueblos en que fué la religion innato sentimiento y el amor al rey y á la patria indeleble sello de las gloriosas páginas de sus respectivas historias.

El general isabelino, intentando conseguir por la fuerza lo que no pudiera por el convencimiento, dictó enérgicas medidas: y en un bando publicado en Barcelona (14 de Marzo de 1849) y precedido de una alocucion, despues de pintar la situacion del país, decia, con respecto á los supuestos excesos de los insurgentes: «En semejante estado, mal cumpliria con las obligaciones que me impone mi cargo, si dejase por más tiempo impunes estos crímenes: las medidas de rigor que tanto repugnan á mi corazon, han llegado ya á ser una necesidad imperiosa, y al dictarlas por primera vez, cedo tanto á la voz del deber que así me lo ordena, como al clamor de várias autoridades y multitud de pueblos, de propietarios y personas de influencia: á la opinion general, en fin, unánimemente pronunciada por un sistema de justa severidad.»

El bando que seguia á esta alocucion era terrible, pues en sus artículos se imponia la pena de muerte á todo el que hubiera servido de espía á los carlistas, hubiera incendiado, ó proferido alguna amenaza de muerte; á los que en los pueblos se veian obligados á cumplir los encargos de los carlistas; á los que, indultados una vez, fueran aprehendidos con las armas en la mano. Condenábase á la pena ascendente y gradual de diez años de servicio en Ultramar á diez años de presidio con retencion, á los que, despues de publicado el bando, fuesen cogidos con las armas en la mano. Solamente alcanzarian indulto los que en el término de un mes, tanto carlistas como republicanos, se presentasen con las armas correspondientes á las autoridades respectivas.

Las penas que se imponian á los pueblos y familias de los que hicieren ó hubieren hecho armas contra el Gobierno, eran tan crueles, como puede verse por los siguientes párrafos: «Los pueblos de más de 1.500 almas que contribuyan á los rebeldes con las sumas que éstos mandan repartir y cobrar, sufrirán por la primera vez un recargo de 50 por 100 sobre el total de sus contribuciones ordinarias, y en caso de reincidencia serán castigados los individuos del ayuntamiento con la pena de un tiempo determinado de prision, deportacion fuera de Cataluña ó á Ultramar, segun las circunstancias que en el caso concurran.

»En igual pena incurrirán los pueblos desde 1.000 á 1.500 almas y sus ayuntamientos, que por tener destacamento, ó por su situacion á retaguardia de las líneas ó proximidad de las columnas reciban la proteccion suficiente de las tropas para sustraerse á las exigencias de los rebeldes, á juicio de los comandantes generales.

»Los pueblos que por su menor número de habitantes no estén comprendidos en los dos artículos anteriores, se eximirán únicamente de las penas que á aquellos se imponen cuando justifiquen haber cedido obligados por la fuerza material de los rebeldes; no entendiéndose como fuerza material irresistible otra que la de las armas, y nunca las órdenes y mandatos que les comuniquen.

»Los pueblos que dejen de pagar las contribuciones á la hacienda pública, requeridos para ello por los intendentes de las provincias en los plazos prescritos por las leyes é instrucciones vigentes, sufrirán, ademas de las penas que aquellas imponen, los mismos recargos y castigos de que tratan los artículos 6.° y 7.° en el modo y forma que en ellos se establece.

»La comunicacion con los rebeldes por medio de escritos sellados con los sellos ó membretes municipales, ó solamente firmados por los alcaldes é individuos del Ayuntamiento, inclusο los secretarios, se considera como un acto de rebelion, y sus perpetradores sufrirán la pena de relegacion temporal. Si estas comunicaciones tuviesen por objeto dar noticias á los rebeldes de los movimientos de nuestras tropas, la pena se extenderá hasta la de diez años de presidio con retencion, segun las circunstancias y consecuencias del acto, comprendiéndose en estas comunicaciones los partes verbales.

»Las familias de los que desde la publicacion de este bando se uniesen á las filas rebeldes, pagarán ocho reales diarios para sostener con ellos un hombre en los tercios móviles; y por las que se justifique ser insolventes, pagarán los pueblos en que residan. Se exceptúan de la segunda parte de esta disposicion las poblaciones armadas.

»Á las familias de los que, trascurrido un mes de la publicacion de este bando, se hallen en las facciones, se les obligará á mudar de domicilio á los puntos que designen los comandantes generales, segun las circunstancias que en cada una concurran, y con arreglo á las instrucciones que les comunicaré. Podrá eximirse de la anterior medida á las familias que tuviesen otro individuo viviendo en las filas de la reina, ó empleado del Gobierno.

»No se concederá pasaporte ni paso de radio á ningun individuo de las familias que estuviesen en el caso que se expresa en el artículo anterior; y los que, á pesar de falta de documentos, se ausentaren, serán deportados á otra provincia ó fuera de Cataluña, segun el caso.

»Se entenderá por familia, para la aplicacion de los tres artículos precedentes, la que figura como tal en los censos oficiales para los efectos administrativos.

»Los ayuntamientos darán desde luégo una noticia de los mozos de su respectiva jurisdiccion que estén con los rebeldes, expresando los que sean de reincidencia; y los que los ocultaren sufrirán la pena de prision, deportacion fuera de Cataluña, á América ó presidio segun las circunstancias, y en igual responsabilidad incurrirán los que no den parte de los que en lo sucesivo se uniesen á las facciones.

»Los ayuntamientos que no comuniquen la llegada y salida de los facciosos, en el acto de verificarse, á los comandantes de columna que estén en las inmediaciones, ó á los de los puntos fuertes que les esté prevenido, la mitad de sus individuos por sorteo serán condenados á determinado tiempo de prision, desterrados de Cataluña, deportados á América, y áun destinados á presidio por un tiempo proporcionado, se-

gun su mayor ó menor culpabilidad, y las circunstancias y consecuencias del caso.»

Dictábanse, en fin, tantas y tales medidas, que puede decirse que Cataluña quedaba completamente dominada y á merced del militarismo, elemento el más impopular en aquel país, donde no puede sufrirse la tiranía de las bayonetas. El conde de Morella, haciéndose eco de la opinion pública, protestó con indignacion de semejantes atentados á las vidas y haciendas de las familias, que ya no podrian considerarse seguras ni áun en el sagrado del hogar. En la notable alocucion que el conde dirigió á los pueblos, pintaba con vivísimos y exactos colores la administracion tiránica del partido moderado (25 de Marzo 1849): y demostrando cuáles eran los únicos elementos del poder de aquella fraccion política, decia estas notables palabras:

«Un ejército de 70.000 hombres, único sosten de su tiránico sistema, ha invadido nuestro territorio, y un bando sultánico os pone en la alternativa de ayudar á vuestros verdugos ó de combatir al lado de vuestros hermanos.

»Catalanes: la eleccion no puede ser dudosa para pechos nobles y valerosos; si lo fuese, desde ahora me retiraria deplorando la ruina completa de mi patria.»

En el primer artículo del enérgico bando que seguia á la alocucion, se leia lo siguiente: «Todo individuo que, obedeciendo al bando del 14 de Marzo, abandone su casa, se niegue á pagar las contribuciones, diere parte al enemigo de nuestras tropas, y demas que previene el citado bando, será considerado como traidor á su patria, y como tal juzgado verbalmente por un consejo de guerra.»

«Todo daño y perjuicio, se leia en el segundo artículo, ocasionado por ser fiel al rey y á su país, será recompensado en tiempo oportuno.»

El bando del capitan general de Cataluña fué objeto de los comentarios de amigos y enemigos, y las oposiciones censuraron con acritud al que le dictara. La responsabilidad que por el bando se establecia era indisputablemente arbitraria, y bajo ningun punto de vista podia admitirse; no cabia en la esfera de ningun derecho tan extraña jurisprudencia. Demostraba por lo ménos en el general Concha una completa ignorancia del carácter de aquellos habitantes, á quienes puede vencerse con dulzura, y es muy difícil sujetar con la fuerza y la arbitrariedad. «El entusiasmo, dice un escritor contemporáneo, puede hacer á los pueblos valerosos, y á los hombres héroes: pero el temor sólo logra hacer víctimas.» Esta opinion pudiera aplicarse con más razon al pueblo catalan en aquellas circunstancias, pero haciendo la salvedad de que los pueblos del Principado no habian menester para hacerse valerosos, ni el poderoso incentivo del entusiasmo que les arrebataba.

El conde de Morella, cuya política y buen tacto granjeaban el aprecio general, y cuya severidad infundia respeto sin excitar el ódio, sabia aprovecharse de las ocasiones con que le brindaban sus enemigos; y la conducta del general isabelino favorecia sin querer los planes del caudillo carlista. «El bando imprudente de D. Manuel de la Concha, nos dice un testigo ocular, brigadier al servicio de Doña Isabel, fué para nosotros tan funesto como favorable á los montemolinistas; en pocos dias engrosaron sus partidas, y el temor de verse

expatriados ó en un presidio impulsaba á las familias pacíficas á abandonar el Principado (1).»

No debe olvidarse que la situacion de aquel país era lastimosa, y que en las luchas civiles, las más temibles entre todas las luchas, se hace indispensable atajar el mal en sus principios para no dar lugar á mayores complicaciones; pero por la misma razon es difícil evaluar la verdadera medida del rigor que ha de emplearse; porque una falta de tacto en la aplicacion de los castigos, una arbitrariedad ó una torpeza producen efectos contrarios á los que apetece quien las comete ó intenta. La situacion de Cataluña era grave en extremo, y mucho más si se atiende al estado en que se hallaba Europa en aquellas circunstancias. La revolucion triunfante en Francia y amenazadora en Italia y en las potencias del Norte, cerníase tambien sobre la infortunada España. El coronel Ballera habia entrado de nuevo en Cataluña, y algunas partidas republicanas, aunque insignificantes por el número de individuos que las formaban, recorrian el país, apoyados indirectamente por los montemolinistas.

---

(1) «Conocí á una pobre señora en Olot, nos referia el citado brigadier, que tenía tres hijos de veinte á veintitres años de edad, respectivamente: servian dos en el ejército liberal, y el tercero estaba con Marsal en la caballería montemolinista. Muertos los dos primeros, ambos tenientes, quedó solo el carlista; y en virtud del bando del general Concha se hacian pagar á la desolada madre ocho reales diarios para sostener un soldado: debiendo advertir que la pobre señora era viuda de un benemérito patricio que habia sucumbido en el glorioso poema de nuestra independencia, en 1808.»

X.

No habia desistido el Gobierno de Madrid y sus agentes de sus intentos por cuantos medios se hallaban á su alcance, sin comprender al obrar de tal modo que desmoralizaba al país y á sus propios soldados, y que no conceden la opinion ni la historia grandes lauros, no ya al traidor, sino al que en su provecho le explota. Continuaban las negociaciones para la sumision de los Tristany, interrumpidas desde el funesto suceso del baron de Abella. El coronel D. Leonardo Santiago, encargado de inspeccionar el establecimiento de una línea telegráfica, tuvo, hallándose en Lérida, una conferencia con el arquitecto D. Pedro Casals, en la que le manifestó éste que un su amigo habia tratado con D. Francisco Tristany, que á la vez lo era suyo, acerca del mejor modo de pasar con sus hermanos á las filas enemigas. Era el sujeto designado por Casals un D. Roque Ferres, propietario de Copons; el cual habló con el coronel, ratificando las palabras de Casals: con lo que el coronel Santiago, juzgando seguro el éxito, se dirigió al segundo cabo de Cataluña, general La-Rocha, quien le autorizó para llevar á cabo la negociacion.

Llegó el momento de la entrevista, dispuesto por Ferres, y salvos ya los preliminares: y el encargado por parte de los Tristany fué D. Vicente Gibergas, antiguo oficial carlista, que habia hecho la campaña de los siete años, y que se encargó del cuidado de los Tristany, sin abandonarlos nunca, viviendo con ellos en la emigracion y sirviéndoles de cariñoso padre. Propuso Gibergas á nombre de los jefes carlistas las condiciones bajo las cuales habria de verificarse un convenio.

Eran éstas el reconocimiento de grados y honores á los jefes y oficiales, y doscientos mil reales en metálico para distribuirlos entre todos los soldados de la fuerza que mandaban: ponian ademas como condicion precisa que el mismo Santiago fuese el encargado de llevar á cabo la negociacion.

Ofrecian los Tristany, y ya se comprenderá con qué intentos hacian todo esto, entregar al general Cabrera en poder de los isabelinos. El medio que proponian era el siguiente: empeñar al conde de Morella en un ataque contra Manresa, y, abandonándole con las tropas, dejarle en poder de los isabelinos. Lo cual, aunque agradaba al coronel Santiago, no quiso admitir, «por evitar á la ciudad mencionada nuevos conflictos,» segun dijo; por no aventurarse en una empresa que no juzgaba tan factible, segun es de presumir.

Vencidas las primeras dificultades, pensaba Santiago, fácil es llegar á un acuerdo. D. Roque Ferres pasó por encargo del coronel á celebrar una conferencia con el coronel Tristany, en Guardiola. Tanta era la insistencia de los agentes isabelinos, que, áun no pensando en darles una leccion, hubiera excitado los deseos del caudillo carlista y le hubiera obligado á ello. Concertaron las bases de la negociacion y se separaron sumamente satisfechos: uno por creer que conseguiria su objeto; otro, porque cada vez adquiria mayores seguridades de conseguirle.

El coronel Santiago salió de Barcelona (27 de Marzo) con direccion al Bruch, acompañado del comandante D. Máximo Comas, y seguido de dos compañías de ingenieros: dispuso ademas que una brigada á las órdenes de D. Ignacio Planas se situase en Esparraguera, y otra en Piera, mandada por D. Manuel Cathalan. De este modo consideraba segu-

ra la retirada, si el enemigo intentara alguna sorpresa. Dirigióse hácia el Bruch, y se detuvo en el Horno de Vidrio (3 de Abril) á instancias del comisionado de los Tristany, Don Vicente Gibergas: llegado allí, situó convenientemente las dos compañías de ingenieros, de modo que no pudieran ser vistas por el coronel Tristany, y se adelantó acompañado del comandante Comas, el arquitecto Casals, el asistente y un escribiente.

La hora de la cita habia pasado, y el caudillo carlista no parecia (1). Cuando ya empezaba á oscurecer aparecieron coronando las montañas del frente hasta 600 hombres próximamente, formados en compañías. Ferres, Gibergas y Tristany se adelantaron, y Santiago y los suyos les salieron al encuentro. Quien hubiera presenciado aquel espectáculo, no hubiera dudado de la sinceridad de los mutuos ofrecimientos y protestas y frases afectuosas que cambieron los dos jefes carlista é isabelino. Pero llegado el momento de las transacciones, como el coronel Santiago instase á Tristany para que en el acto verificase el reconocimiento de la nueva causa que parecia resuelto á abrazar, se excusó el jefe carlista, pretextando con gran ingenio y oportunidad que sus hermanos se hallaban al lado del conde de Morella, que, al tener noticia de semejante contrato, de seguro les haría fusilar. Con esto quedó convencido el isabelino, y aplazado el reconocimiento para otro dia: entregó á Tristany la cantidad estipulada, y ambos se disponian á separarse, cuando el coronel Santiago pidió á Tristany que, á manera de la Edad media, le diese prendas

(1) La hora fijada fué la de las tres de la tarde del dia 3 de Abril.

como prueba de buena fe, que él haría lo mismo; dióle el carlista el reloj que llevaba y la boina, y el isabelino dióle tambien á su nuevo compañero el relej y una petaca, de más valor por ser recuerdo que por su mérito (1); y de este modo, parodiada una escena de la edad de hierro, separáronse unos y otros muy satisfechos por los resultados de sus respectivos planes.

Terminado el convenio y ratificado por el general La Rocha, llevóle Gibergas para que le firmasen los hermanos Tristany (2), y pocos dias despues avisó al coronel Santiago para que con sus tropas se adelantase hasta Calaf, porque sería muy conveniente. Hízolo así el jefe isabelino, y en el dia convenido apareció Gibergas (8 de Abril): traia el convenio con tres firmas, que dijo ser las de D. Rafael, D. Ramon y Don Francisco Tristany, y una carta del último para el coronel Santiago.

En ella simulaba con habilidad sus intentos el jefe carlista, y decia que era muy expuesta la realizacion del proyecto, porque Cabrera se hallaba al lado de los Tristany; pero hacía notar que el conde de Morella se encontraba entre las tropas afectas á D. Francisco y sus hermanos, y que, aunque el caudillo carlista intentase cortar con el filo de su espada el lazo que se le tendia, ellos procurarian inutilizar todos los esfuerzos del valeroso general. «Como es una persona bastante temible, decia en su carta Tristany, aunque nosotros tenemos confianza en los nuestros, sería muy útil, ó por mejor decir, indispensable, el que usted nos mande dinero; pues para una

(1) Apuntes de un veterano carlista de la guerra civil.
(2) El actual D. Rafael Tristany hallábase al lado del conde de Morella.

cosa decisiva tendríamos alucinados á los principales oficiales y la tropa.... » En virtud de lo cual pedia Tristany al coronel Santiago otra suma de 100.000 reales, ademas de los 200.000 recibidos algunos dias ántes.

Todavía celebraron una nueva entrevista los jefes Tristany y Santiago, en el camino de Pinós. Reuniéronse á las diez de la noche (11 de Abril) y concertaron el modo de apoderarse de Cabrera, á la sazon en la casa de Deu Cos, término de Ardevol. Dijo Tristany al isabelino que allí estaba el general solamente escoltado por una compañía de cazadores, cuyo capitan habia recibido cuatro mil duros, y se hallaba dispuesto á todo: que el conde de Morella no podia contar con un solo amigo, y caeria en la red que se le tendia; pero que le asegurase que no habian de atentar á la vida del general, segun en sus cartas le manifestara anteriormente (1). El acuerdo fué que, preso el general Cabrera, los cuatro hermanos Tristany se someterian al Gobierno de Madrid, con los seis batallones de que disponian.

«Ántes de terminar la conferencia, dice un testigo fidedigno, exigió el coronel Santiago una garantía de las promesas que habia hecho el jefe montemolinista: y éste, por su parte, ofreció acompañar al isabelino miéntras se verificaba la presentacion de sus hermanos y tropas. Tristany hizo á su vez otra demanda muy extraña: y fué que en Igualada tuvie-

---

(1) En una dirigida posteriormente al coronel Santiago, decia D. Francisco Tristany: «Reitero á usted que cuento con la palabra que usted me ha dado de respetar la vida del general Cabrera, y ademas de los pasados que sirven con nosotros.....» (Carta fecha 12 de Abril de 1849).

sen preparados sombreros y galones para él y sus hermanos, porque deseaban vestir el uniforme al entrar en aquella villa: que fué muy graciosa burla que no comprendió el isabelino (1).»

La noche del 13 al 14 de Abril era la designada para llevar á cabo el convenio. La Rocha habia comunicado el buen éxito de las negociaciones al Gobierno de Madrid, si bien con la reserva que tan importante asunto requeria. Llegado el dia, acudieron Santiago y los suyos al camino de Pinós. La brigada Solano quedó en Calaf, y las de La Rocha y Cathalan, como igualmente los tercios catalanes: el equipaje y los caballos de los oficiales de infantería tambien quedaron en el mismo punto. Así dispuesto todo por Santiago se aguardó el momento: á las dos de la tarde del 13 salió Gibergas de Calaf. Siguiéronle las tropas, que á las cuatro de la tarde emprendieron la marcha. Las columnas La Rocha y Cathalan tomaron la direccion del Santuario de Pinós. Al oscurecer llegaban al Hostal de Groman, distante media hora del Santuario.

La noche era terrible: desencadenado el furor de los llamados elementos, un viento impetuoso que azotaba al rostro con la finísima y copiosa lluvia que caia, unia sus esfuerzos á los de las espesas nubes que, impidiendo hasta el último átomo de luz, y cubriendo como un paño mortuorio el firmamento, dificultaban la marcha á las columnas isabelinas. Hicieron alto en el Hostal, siguiendo la opinion del coronel Santiago, y aguardaron la llegada de Tristany (D. Francisco).

---

(1) Apuntes para la historia de la segunda guerra, por el comandante D. P. M.

que ofreciera constituirse en rehenes del buen éxito de la empresa. Pero como á eso de las diez de la noche se presentó Gibergas en el campo isabelino, y dijo á Santiago que Tristany quedaba al pié de la ermita de Pinós, y que á un silbido suyo acudiria inmediatamente.

No dudaba todavía el isabelino de la rectitud de los intentos de sus nuevos aliados, segun él creia; y aunque la tardanza empezaba á impacientarle, dió crédito á las palabras de Gibergas, porque atribuia á precaucion hija de la prudencia, y muy necesaria en semejantes casos, la excusa de Tristany. Si alguna duda asaltó su alma, fué muy rápida, y volvió á renacer en él la esperanza con las seguridades que le daba Gibergas de que se haria segun deseaban todos.

Emprendieron de nuevo la marcha, cada vez con más sigilo: doblóse el fondo de las columnas para que ocupasen ménos terreno, y la vanguardia, compuesta de cazadores de Vergara y de las compañías de cazadores correspondientes á los regimientos de la Princesa, Soria y Castilla, y mandada por el jefe Comas, llegó á las inmediaciones del Santuario de Pinós. Allí deberian recibir á Tristany, segun lo convenido, Comas y Gibergas.

De repente, una voz les detiene: «Quién vive?» dice: y al escuchar la respuesta: «Isabel II,» la interrumpe diciendo con estentóreo acento: «Pues fuego.» Una detonacion horrísona siguió á la voz. Acude el coronel La Rocha, manda formar en masa á las tres compañías de cazadores y los batallones de Soria, y en combinacion con el coronel Cathalan, ataca la posicion de los montemolinistas: rechazan éstos con vigor á los isabelinos; el coronel Rotalde envia la segunda columna, mandada por el comandante Giron, en apoyo de la pri-

mera, y él mismo con el resto de las fuerzas y unido al comandante Marquez avanza en direccion del enemigo.

Un combate horrible y tenaz tiene lugar entónces: los carlistas, en viendo rebasada su línea, que forma un escaso número de combatientes, reconcentran y deciden acometer al enemigo hasta ponerle en retirada. Cesa el fuego de la fusilería, y al estruendo sucede un confuso rumor apénas perceptible entre el rugido del viento que repiten aquellas montañas. Los carlistas acometen á la bayoneta á los isabelinos, y éstos rechazan del mismo modo á sus enemigos: hierro á hierro y cuerpo á cuerpo luchan por espacio de algunos minutos, hasta que La Rocha da órden de emprender la retirada hácia Calaf, conduciendo los heridos que pudieron hallar de los suyos. Los carlistas se retiraron en direccion de San Pedro de Padullés.

Las pérdidas fueron próximamente iguales: catorce muertos tuvieron los carlistas y doce los isabelinos; pero entre éstos fué mayor el número de heridos, que ascendió á treinta y seis y veintitres extraviados. Entre los muertos de los carlistas se contó el bravo comandante D. Vicente Astiriaga; y entre los heridos de los isabelinos se hallaba el coronel Cathalan.

Este fué el resultado de las famosas negociaciones que Tristany emprendiera, de acuerdo con el general jefe de los carlistas, y sin otro objeto que el de castigar severamente la inmoralidad de un gobierno que, sin reparar en medios, y atento solamente al fin que se proponia, trataba de llevar la insubordinacion á las filas carlistas. Las fuerzas que se reunieron en el Santuario de Pinós estaban á las órdenes de los hermanos Tristany, Borges y Coscó, y ascendian á mil hom-

bres, gente escogida y muy práctica y conocedora del terreno: sólo con estas condiciones se explica su valerosa resistencia contra tan superiores fuerzas enemigas.

El funesto desenlace de las negociaciones entabladas sirvió de enseñanza muy útil y provechosa á los isabelinos, si bien no duró mucho tiempo la impresion de estos sucesos, porque en breve nuevas tentativas demostraron que el Gobierno de Madrid no paraba en los medios, con tal de conseguir la desorganizacion de los carlistas de Cataluña. Triste ejemplo de corrupcion é inmoralidad, cuyos frutos habian de ser tan funestos para España en diferentes ocasiones, y cuyos móviles no eran otros que la satisfaccion de intereses egoistas y personales ambiciones.

CAPITULO VI.

Retrato del conde de Montemolin.—Su estancia en Londres.

Si bien nos hemos ocupado del retrato de D. Cárlos Luis, no con tanta atencion como pensamos hacerlo en este capítulo y alguno de los sucesivos, donde han de hallarse notas sobrado tristes, pero harto verídicas por desgracia de España, que ha presenciado ciertos hechos sin poder explicarse las causas: si bien comprendiendo ó adivinando alguna vez parte de los actores del drama que se representaba á los ojos del país.

«Así las noticias publicadas por los periódicos, decia Balmes con referencia al ilustre hijo de D. Cárlos María Isidro, como las que circulan entre las personas mejor informadas, están contextes en que el conde de Montemolin es un príncipe conocedor del siglo en que vive, y que busca con un afan poco comun en personas de su elevado rango los medios que pueden darle á conocer la verdadera situacion de España, y la política que convendria seguir para combinar los elementos de un gobierno verdaderamente conservador con el espíritu de reforma que caracteriza á nuestro siglo.

»Creerian algunos quizá que el conde de Montemolin consumiria sus dias en estériles lamentos por la suerte que la

cabido á las instituciones antiguas y á la causa de su familia; pero segun todas las noticias, el augusto príncipe, como todos los hombres previsores, no se acuerda de lo pasado, sino en cuanto tiene relacion con el porvenir. Soportando el infortunio con aquella dignidad y fortaleza que tan bien asienta en un vástago de regia sangre, se ocupa incesantemente en el estudio de las reformas que se han introducido y se estan introduciendo en España, leyendo cuanto se escribe, así en obras como en periódicos, inclusos los que más hostiles se han manifestado al proyecto de su enlace con la Reina. Este príncipe ha tenido la mejor educacion, que es la del infortunio. Excelente, muy excelente ha de ser la índole que no se resienta algun tanto de la lisonja de los régios alcázares; pero habria de ser muy mala la que no se enderezase y mejorase mucho con una no interrumpida série de desgracias. El conde de Montemolin, desterrado de su patria desde muy tierna edad, no volvió á pisar el suelo de España sino para asistir en las provincias del Norte al triste desenlace preparado á la causa de su augusto padre por el general Maroto: posteriormente ha vivido en el destierro y en la prision, hasta falto de medios para sostener el lustre de su categoria, honrosa circunstancia para él y para toda su familia: así acontece siempre á los príncipes que, obedeciendo sólo á sus sentimientos elevados, no cuidan de amontonar intereses con la prevision de la desgracia.

»Un príncipe que respira por espacio de catorce años (esto se escribia en 1845) el aire de la civilizacion europea en los paises más adelantados: que se dedica continuamente á la lectura de toda clase de escritos, áun los más contrarios á sus opiniones y sentimientos; que vive en una modesta ha-

bitacion, con la sencillez de un simple particular, medianamente acomodado; que ve en torno de sí una terrible leccion sobre el abatimiento á que pueden ser conducidas por el huracan de las revoluciones las familias más poderosas é ilustres: que no oye palabras de lisonja y que vive más bien entre amigos fieles que entre bajos cortesanos: que por toda pompa recibe los convites de las asociaciones establecidas en el país con objetos de utilidad pública: que en vez de diversiones para desvanecer y disipar, acude con incansable asiduidad á los ejercicios militares de las tropas del departamento; este príncipe no puede ménos de haber concebido ideas más elevadas, sentimientos mucho más varoniles que si hubiese vivido en el tibio y flojo ambiente de los salones cortesanos. Este príncipe no puede ménos de ser conocedor del espíritu de la época, y debe estar muy léjos de aquella infatuacion á que están expuestos los personajes de su clase, y que tan caro les cuesta á ellos, y á las naciones que les están encomendadas.»

II.

«No seguiremos al conde de Montemolin en todos los pasos, durante su permanencia en Lóndres, ni ménos me sería posible relatar minuciosamente los convites que se le ofrecian, las ovaciones que recibia, ni las distinciones de que era continuamente objeto. Él por su parte, con su noble y generoso carácter, con sus finos modales, con la elegancia de su decir, habia cautivado las simpatías de aquel público, al que inspiraba verdadero entusiasmo: dedicábase con honrosa atencion al estudio de las costumbres del pueblo inglés; no perdia co-

yuntura para aprovecharse de los medios de instruccion que le ofrecia aquel país, y en todos sus discursos manifestaba un vivo entusiasmo por las antiguas y venerandas instituciones que han hecho grande y poderosa á la Gran Bretaña. Pero esto lo hacía con tanto tacto, con tan fino criterio, que, sin dejar de hacer justicia una sola vez á las instituciones y leyes de que la Inglaterra está tan justamente orgullosa, jamás se le escapó una palabra que hiciera traicion á los principios del partido de que es jefe, ni desmintiera lo que tenía declarado en sus manifiestos.

Particular aficion mostró á visitar los establecimientos literarios y artísticos, en los que se entusiasmaba á la vista de los adelantos de la nacion que marcha al frente de los adelantos modernos. Así es que el 14 de Enero de 1847, oportunamente convidado, visitó el Museo británico, en el que recibió tanta conplacencia en examinar el inmenso número de ediciones antiguas y obras manuscritas, que pasó en ello casi todo el dia. Otra vez volvió á visitarlo, deteniéndose especialmente en la sala de monedas, y mostrando erudicion rara en todas las conversaciones que se ofrecian con los sabios miembros del Instituto, del que más tarde formó parte. Exaltábase á la vista de las monedas antiguas españolas, que á ruego suyo le fueron puestas de manifiesto, y más aún á la de los preciosos manuscritos castellanos que allí tanto abundan: no pudiendo ménos en alguna ocasion de mostrarse indignado de que aquellas preciosidades existieran en museos extranjeros, y no en el lugar que les correspondia en los archivos españoles.

La nombradia de la célebre universidad de Oxford hizo que fuera éste uno de los primeros establecimientos de su cla-

se que se dignara visitar (usando de la frase entónces comun en Inglaterra), á cuyo objeto se trasladó á aquella ciudad. Sabida su llegada, se presentaron á la habitacion del conde el reverendo vicecancillier, todos los ilustres protectores y doctores, vestidos con sus magníficos trajes académicos de ceremonia, y precedidos de maceros. Al recibir al príncipe español, el vicecancillier le dirigió un lisonjero discurso de bienvenida, al cual contestó el conde con la acostumbrada facilidad y soltura con que maneja la lengua inglesa, manifestando á los doctores los motivos de hallarse en la Gran Bretaña, y la admiracion y pasmo que le habia causado la riqueza, magnificencia y suntuosidad de cuanto habia visto en aquellas venturosas islas; «pero no me he adormecido, les decia, en medio de los placeres de tanto fausto y opulencia, ni creí que esto fuera la causa de la grandeza colosal de la Gran Bretaña, sino más bien un efecto de ella. Así pues, señores, no he perdonado medio alguno para conocer los resortes que mueven este grande imperio, y las bases sobre que descansa.»

Concluido el discurso, se dirigió á la universidad, acompañado solemnemente por el claustro reunido, y allí admiró las bellezas arquitectónicas del edificio, la riqueza de las bibliotecas, los museos y las pinturas. Concluida que fue la visita al establecimiento, se le sirvió un refresco, durante el cual conversó en inglés y en español con los doctores de la casa, y despues de haber cautivado á todos por su caballerosidad en el último brindis, se despidió, en medio de los vítores de la entusiasmada concurrencia, para ir á visitar otro establecimiento, el *Merton-College*.

Como los establecimientos literarios, museos de antigüedades, historia natural, ect., así se mostró tambien aficiona-

do á visitar y estudiar los adelantos de la marina y de la fabricacion. En *Woolwich* examinaba, el 10 de Marzo, atenta y cuidadosamente los talleres, fundiciones y demas partes del real establecimiento de artillería, y los arsenales del ejército y de la armada. En el puerto de *Porsthmouth* examinó los trabajos de un arsenal con la detencion, minuciosidad é interés que le son característicos, teniendo luego el gusto de revistar un regimiento en *Southsea-common*, que es uno de los mayores obsequios que pueden hacerse al príncipe, por la aficion que tiene á todas las cosas de la milicia. No descuidaba tampoco el asistir á los más notables *meetings* y á las sesiones de las cámaras en que se discutiera algun asunto de importancia, con lo que estudiaba una de las costumbres políticas más características del pueblo inglés.

Pero, prescindiendo por un momento de las nobles y honrosas inclinaciones del príncipe hácia las letras, la industria, la marina y todos los ramos útiles, volveré á la interrumpida relacion de los hechos con que aquel pueblo mostraba su entusiasmo por un extranjero, que era el hombre del dia, el asunto de todas las conversaciones, y el objeto de los mayores festejos y de las más desusadas demostraciones. Dejando aparte los muchos banquetes á que asistia, entre los cuales ocupa un importante lugar el maravilloso y de un lujo y ostentacion increibles con que le obsequió el gremio de plateros, y los discursos que con tal ocasion pronunciaba, trascribiremos algunos párrafos de un periódico de Paris, *La Mode*, en que describe una solemnidad en que intervino.

«El 23 de Abril se celebró en *Drury Lane* el banquete anual á beneficio de las viudas y huérfanos pobres de artistas,

el cual fue presidido por S. A. R. el feld-mariscal duque de Cambridge, tio de su S. M. la Reina de Inglaterra.

»El conde de Montemolin, á quien se habia ofrecido la vicepresidencia, asistió al festin acompañado del marques de Villafranca, duque de Medina Sidonia, y del coronel Merry.

»Ántes de entrar en el salon del convite, S. A. R. el duque de Cambridge conversó largamente y de la manera más cordial con el conde de Montemolin; y cuando S. A. R. brindó por el ilustre convidado, que estaba sentado á su derecha, toda la concurrencia se puso en pié espontáneamente. El discurso con que el príncipe correspondió á este brindis fué escuchado con silencio religioso, y seguido de entusiasmados aplausos.

»La asamblea se componia de 200 convidados y más de 400 espectadores, entre los cuales se veia lo más distinguido de la alta sociedad de Lóndres; la galería y las tribunas estaban llenas de señoras de gran tono y de personajes políticos.

»Durante la comida hubo varios intermedios de música y de canto, y á cada bríndis acompañó un himno nacional; al de la Reina, *«God save the Queen:»* al de la marina y el ejército, el *«Rule Britania;»* y al del conde de Montemolin, el himno de Navarra cantado á coros......

»El público observó con interés la cordialidad con que se trataban el presidente y el ilustre convidado, cuyas cualidades y distincion eran el objeto de todas las conversaciones: en efecto: hablar de Shakspeare con motivo de una institucion fundada por el célebre Garrick, fué una atencion apreciada por todos justamente. Cada uno cumplimentó al conde de Montemolin, y el Real presidente expresó su reconocimiento apretando varias veces su mano, lo que fué como señal para que aplaudiese la asamblea.

»Luégo que salió el duque de Cambridge, todos los convidados rodearon al conde, apresurándose á atestiguarle su respetuosa simpatía.»

De los periódicos de Lóndres copio la alocucion pronunciada en inglés puro y sin acento por el Sr. Conde de Montemolin, contestando al bríndis propuesto por el duque de Cambridge. Es la siguiente:

«Muy ilustre príncipe, milores y señores: las expresiones que S. A. R. ha tenido á bien dirigirme benigna y generosamente en el bríndis que me ha dispensado el honor de proponer, y la grata acogida que han tenido sus palabras, me son tanto más apreciables, cuanto mejor ocasion me proporcionan de demostraros mi sincero y profundo agradecimiento. *(Muy bien!)* Admirador apasionado como soy de las artes y de las ciencias, no puedo dejar de simpatizar con una asociacion que tan dignamente las cultiva, y con tanta nobleza y generosidad las protege. Ella demuestra palpablemente los efectos de la admirable combinacion de vuestras leyes sociales y políticas, cuyo espíritu han seguido y desenvuelto de un modo asombroso los autores célebres en la literatura inglesa que contribuyeron, como el inmortal Shakspeare, á la gloria, á la grandeza y á la prosperidad que en ella todas las naciones reconocen. Tal es el concepto que me han hecho formar las obras de estos ilustres escritores, que desde mi niñez he leido siempre con placer *(Aplausos)*. Espero, pues, ilustre príncipe, milores y señores, que permitiréis á un proscrito que se ha asociado en este dia con todos vosotros para una obra buena, tributar homenaje á vuestras instituciones filan-

trópicas, dignas de imitacion en todos los países, y reiterar la manifestacion de su más vivo reconocimiento á vuestras simpatías por él, de las cuales ha recibido tan claros testimonios.» *(Nuevos aplausos)*.

Faltaba todavía al conde de Montemolin admirar los adelantos de Inglaterra en el comercio é industria, los ramos en que más sobresale aquella nacion, y que más materia ofrecen á la observacion y estudio de un viajero del talento y dotes del príncipe español. A este fin se dirigió, á mediados de Agosto de 1847, á las provincias manufactureras del Norte, adonde fué á encontrarle su hermano D. Juan, que habia llegado á Lóndres el 19 del mismo mes. Allí visitó las famosas ciudades de Birmingham, Manchester y Liverpool, dándosele en todas partes una acogida digna de una persona real, y recibiendo las más lisonjeras manifestaciones de los pueblos y de las autoridades. Do quiera se le ofrecian magníficos convites, que aceptaba comunmente el conde, distinguiéndose en todos por su caballerosidad y por el justo aprecio en que mostraba tener á las industriosas provincias que estaba visitando. Del *Morning Post* copio el discurso por él pronunciado en el banquete que le dió el Lord corregidor de Liverpool.

«Señor corregidor, señoras y caballeros: penetrado del más profundo reconocimiento, me levanto en la presente ocasion para daros gracias, en primer lugar á V. S., señor corregidor, por la extrema bondad con que ha tenido á bien proponer un brindis á mi salud; y despues á toda la distinguida reunion de señoras y caballeros que se hallan presentes, por la finura y afectuoso modo con que lo han recibido. Creo excusado asegurar á todos los que me escuchan, que siempre

experimento un gran placer cuando una ocasion como la presente me proporciona el gusto de disfrutar de la hospitalidad y elegante trato que tanto distingue á los naturales de la Gran Bretaña. Lo que es esto me parece debo dejarlo á la consideracion de cada uno de los que componen esta reunion tan distinguida, supuesto que les será más fácil á ellos mismos poder concebir por sus propios sentimientos lo que mi corazon esperimenta en esta ocasion, que lo que á mí me seria expresarlo con palabras; pero hallándome en vuestra apreciable compañía, en la que veo con satisfaccion muchos individuos de la tan respetable y digna de ser respetada clase de comerciantes ingleses, no puedo dejar de congratularme porque estoy en medio de los hombres que forman el baluarte más inexpugnable de su país, y son al mismo tiempo los puntales más firmes sobre que descansa la prosperidad y felicidad de esta nacion, tan venturosa, tan libre é independiente. Nada me ha causado una sorpresa mayor ni más agradable que el ver, como he tenido ocasion de hacerlo en compañía de vuestro digno corregidor y de muchos de los caballeros que se hallan presentes, los varios establecimientos, las muchas obras públicas, y, sobre todo, el extenso muelle, con sus inmensos almacenes y los innumerables fondeaderos que han hecho ya grande á esta ciudad, y que la hacen aún continuar avanzando en su carrera próspera con la mayor rapidez. Todo ha venido á confirmarme en la idea de que en nada debe ocuparse un gobierno con más esmero que en proteger al comercio, facilitándole todos los medios que dén seguridad á su tráfico; medios sin los cuales, á pesar de la gran industria y bien conocida intrepidez del pueblo inglés, Liverpool nunca hubiera, en mi concepto, podido llegar á ser lo que, con tanta satisfaccion mia, he visto hoy mismo

que realmente es. Por último, señoras y caballeros, yo espero que me dareis otra prueba de vuestra bondad, permitiéndome que os proponga bebamos á la salud del señor corregidor y por la prosperidad y grandeza de este magnífico pueblo.»

Mientras, del modo que he referido, se iban aumentando cada dia las simpatías del pueblo inglés hacía el conde de Montemolin, y en Cataluña iban ganando terreno los que le aclamaban por rey de España, hubo de sonar la hora tremenda del terrible fin del reinado de Luis Felipe. El rey de los franceses, que poco tiempo ántes tenia prisionero al desterrado español, y que luego lo reclamaba de la Inglaterra, hubo de bajar de su trono entre la silba del pueblo, tal vez á consecuencia del impolítico acto de haber apartado del trono de Doña Isabel II al hijo de D. Cárlos, para casar al duque de Montpensier con la hermana de la reina de España. Esta jóven princesa, sola y sin amparo, llegó á las costas de Inglaterra á pedir hospitalidad. La misma suerte cupo á Luis Felipe y á su familia y ministros, que, huyendo de la cólera del pueblo francés, tuvieron que buscar la salvacion de sus vidas en tierras extrañas. La suerte, ó mejor la Providencia, habia igualado la situacion del conde de Montemolin con la de una parte de sus enemigos; pero con la diferencia de que era el uno admirado por sus virtudes, y querido del pueblo que con orgullo lo tenia en su seno, mientras eran los otros objeto de desprecio y reconvenciones por su desmesurada ambicion, quedando al anciano ex-rey, no simpatías ni admiracion, sino tan solo el respeto que se merecen las canas y la desgracia.

Peripecias de la suerte, muy frecuentes en la vida política, suelen aproximar á los mayores enemigos. Sin embargo, no era el alma de D. Cárlos Luis capaz de abrigar el menor re-

sentimiento: acostumbraba á pagar con beneficios las injurias que recibia, y no por falta de valor, si que por sobra de nobleza. Reflejo de su ilustre padre en la sublime abnegacion y heróica entereza, nunca en él se adivinó la ambicion, ni se vieron en su rostro las pruebas del temor.

D. Cárlos Luis, esa infortunada víctima de la perfidia, no conocia el vil deseo de la venganza, y solamente palabras de olvido y perdon salieron de sus labios, cuando la traicion y la apostasía llegaban á herirle. Y á fe, que no fueron pocas las ocasiones que se le ofrecieron para su desengaño; porque la vida de D. Cárlos Luis fué un interminable tejido de desdichas, debidas en su mayor parte á la falsía y la iniquidad de las traiciones.

CAPITULO VII.

Continuacion de la guerra.—Desgraciada expedicion de D. Cárlos Luis.—Prision de Marsal.—Entrada de Cabrera en Francia.—Terminacion de la guerra.

I.

La noticia de los sucesos de Pinós, extendida por todas partes, produjo grande sensacion en los ánimos. Los isabelinos veian en aquella severa leccion un nuevo motivo para sus sangrientas ejecuciones, y los carlistas una prueba de la lealtad y constancia de sus caudillos. El partido progresista censuraba duramente al Gobierno por valerse de semejantes medios, que rechazan la moral universal y el decoro del poder que de ellos se vale.

Con entusiasmo continuaban la lucha los carlistas, y no bastaba á disminuir su aliento la situacion precaria en que los colocaba la escasez de recursos, y la persecucion de los isabelinos. Columnas numerosas circulaban por aquellas comarcas, y el sistema del rigor que empleaban no producia el efecto apetecido por el Gobierno de Madrid. La falta de Don

Cárlos Luis era muy lamentable, é inútilmente le suplicaba el conde de Morella que se decidiese, arrostrándolo todo, á volver á España y presentarse en Cataluña. Las cartas que llegaban á manos del príncipe se hallaban concebidas en iguales ó parecidos términos; y si él vaciló alguna vez, no faltó quien le impidiese con sus consejos acometer tan atrevida empresa.

Era á la sazon secretario particular de D. Cárlos Luis, Don Romualdo María Mon, el cual en varias ocasiones fué encargado de difíciles misiones por el ilustre príncipe. Lamentándose Cabrera de la falta de recursos, habian sido remitidas algunas cantidades, al principio de la guerra, por medio del secretario de D. Cárlos. La distribucion se hizo de esta manera: 60.000 francos á cada uno de los generales Tristany, Elío, y Alzáa, y 30.000 francos al general Cabrera. Posteriormente girábanse desde Lóndres algunas cantidades, insuficientes para tantos gastos, y ya al final de la guerra, en los últimos dias, no llegaban á Cataluña dinero ni noticias de Don Cárlos.

II.

Vivia el príncipe en extremo cautiverio, si bien disfrutaba de mucha consideracion y aprecio, tanto por parte del Gobierno cuanto por la de la aristocracia inglesa. La persecucion que sufria el ilustre conde de Montemolin era de la intriga y la perfidia. El embajador de España en Lóndres y el secretario de D. Cárlos Luis celebraban algunas conferencias, y el Gobierno de Madrid tenía un agente fidelísimo y oficioso en el embajador y otro que indirectamente servia á sus miras.

El ilustre conde de Montemolin vivia siempre bajo la inspeccion del ministro español, y á merced de la perfidia (1).

Los sucesos de la guerra interesaban vivamente á D. Cárlos Luis; y mal podia resistir á los deseos de acudir á Cataluña, donde tantos valientes sucumbian en defensa de la legitimidad. El conde de Morella, enfermo, se habia visto dos veces obligado á separarse de las tropas, y apénas restablecido volvia á encargarse de la direccion de la guerra, falto de salud y de dinero, sólo con su genio militar, que en tantas ocasiones le salvó la vida y á sus gentes de una derrota.

Estos esfuerzos, estos sacrificios heroicos, no pasaban desapercibidos para D. Cárlos Luis, que quiso manifestarlo así á sus defensores presentándose en Cataluña. La bandera de los que en aquel país luchaban, tenía por lema el nombre de D. Cárlos VI y la reconstitucion de la monarquía. D. Cárlos en el Principado, bastaria á reanimar la causa y hacer engrosar en poco tiempo las filas de sus soldados. El ilustre príncipe resolvió acudir al peligro, puesto que por él le concitaban aquellos pueblos. Inútiles fueron los consejos de algunos de los que le rodeaban intentando disuadirle de su pensamiento. En 27 de Marzo (1849) salió de Lóndres, adoptando el pseudónimo del teniente Lirio, y acompañado de sus hermanos Don Juan y D. Fernando, bajo los nombres de los coroneles Gonzalez y Jimenez. Incorporóse á ellos cerca de París el coronel Algarra, ayudante del conde de Morella. Llegados á la frontera

(1) De éste y análogos asuntos nos ocuparemos en capítulo aparte, pues son tan importantes ciertos datos, como desconocidos hasta hoy de la generalidad; y, siempre con la seguridad de las pruebas y fidedignos testimonios, trataremos de aclarar ciertos hechos oscuros y colocar en su lugar á cada persona.

D. Cárlos y sus tres compañeros, ocultáronse en una aldea situada al pié del Pirineo, y allí permanecieron durante dos dias, aguardando la llegada de alguna fuerza carlista por aquella parte, ó la noticia de que el conde de Morella se aproximaba á la frontera. Éste llamaba la atencion del ejército isabelino hácia Lérida, para franquear el paso á Don Cárlos.

Pero la Providencia lo dispuso de otra manera; porque despues de dos dias, y como el príncipe prestase más oidos á la voz de su impaciencia que á los consejos de los que le acompañaban, confiado en un hombre que tomaron como guía, salió en direccion de San Lorenzo de Cerdans, acompañado de Algarra y D. Fernando, y procurando salvar el Pirineo. Al citado pueblo llegaban (4 de Abril), cuando presentándose seis aduaneros franceses de los que perseguian el contrabando por aquellas comarcas, intimaron á D. Cárlos y sus compañeros la órden de entregarse. En tan apurado trance, quisieron acudir á las armas primeramente, y despues á las promesas, pero todo fué inútil; porque, obstinados los aduaneros, no quisieron acceder á lo último, ni se acobardaron por lo primero. El coronel Algarra procuró llamar la atencion de los franceses hácia su persona, para favorecer, segun alguno asegura, la fuga de los príncipes; pero todo fué inútil. Resistiéronse los cuatro, y D. Cárlos hubiera conseguido escapar si no tuviera la desgracia de caer en una zanja, en donde fué detenido por los aduaneros. Dos veces estuvo á punto de ser fusilado por ellos en el trayecto desde San Lorenzo á Arlés.

La Gaceta de Madrid, en su parte oficial, daba cuenta de la prision de D. Cárlos en los términos siguientes:

«*Ministerio de Estado.*=El cónsul de España en Perpiñan con fecha 6 del actual, confirmando su despacho telegráfico del dia anterior, dice que el conde de Montemolin, que en compañía de tres jefes se dirigia á España, fué preso con sus compañeros, en las inmediaciones del pueblo de San Lorenzo de Cerdans, en la noche del 4, y conducido con ellos á la cárcel pública de Perpiñan.

»Segun el parte del jefe de aduaneros que le detuvo, se encontró en poder del pretendiente, en el momento de su captura, la suma de 5.000 francos en oro, de cuya cantidad ofreció á los aduaneros 2.000 francos por su libertad y la de sus compañeros, diciéndoles que eran simples oficiales carlistas, que iban en busca de Cabrera; pero aquellos fieles y pundonorosos empleados despreciaron semejante oferta, y entregaron los cuatro fugitivos á la autoridad competente.

»El cónsul dice que el conde de Montemolin fué conducido el dia 5 á uno de los pabellones de la ciudadela, en donde se le vigila de cerca, y que sus tres compañeros continúan en la cárcel, hasta que el Gobierno frances conteste á la consulta que le ha dirigido el prefecto.

»Por último, se muestra el cónsul muy satisfecho de la conducta franca y leal de las autoridades francesas, las que, acogiendo las noticias que les comunicó, tomaron las acertadas disposiciones á que se debe la detencion del pretendiente.

»Estado nominal de los individuos que han sido arrestados en la noche del 4 del presente mes en las inmediaciones de San Lorenzo de Cerdans, con la categoría que han declarado:

»El conde de Montemolin, con el nombre de subteniente Lirio.

»D. Cárlos Algarra, coronel.

»D. Antonio Gonzalez, id.

»D. Juan Jimenez, id.»

Díjose que el conde de Montemolin habia sido reconocido por el secretario de la prefectura de Perpiñan, que le conociera en Bourges en una clase de química á que asistia Don Cárlos Luis; pero no fué sino cuento, inventado tal vez por su propio delator. Los príncipes habian sido vendidos, y las autoridades francesas les aguardaban. Las señas particulares fueron suministradas á la policía con escrupulosa minuciosidad, y el ilustre príncipe fué víctima de las asechanzas de algun miserable que se contaba, por sarcasmo, en el partido carlista.

En la oscuridad quedaron algunos hechos, y del mismo modo han de seguir, cuando á tercera persona pudieran ser tan perjudiciales, pues si la historia ha de ser el espejo fiel de la verdad, no han de confundirse los límites del relato con los de la delacion. Baste la acusacion de la propia conciencia al traidor, que nunca se extingue el remordimiento áun en el alma ménos sensible, porque como decia muy bien el filósofo, el mayor suplicio del delincuente está en su memoria.

Lo cierto fué que la noticia de la prision del conde extendida por la Península produjo en Cataluña el desaliento que era consiguiente. En breve cundió entre los defensores del sucesor de D. Cárlos V, y no se descuidaron los isabelinos en hacerlo saber á todos. Era el mayor auxilio, la mejor esperanza de los carlistas la presentacion del rey en el teatro de la guerra. El entusiasmo y la honra interesadas en salvarle, habrian hecho que sus defensores multiplicaran sus ya heról-

cos esfuerzos, y á su voz, dispertando los amortiguados ánimos de aquellos pueblos, en poco tiempo hubieran engrosado las filas de un ejército tan bravo y disciplinado como insuficiente para conseguir el fin que se proponian contra un inmenso número de tropas aglomeradas en el Principado, y provistas de cuantos medios y elementos pudieran necesitar.

En la causa realista el rey lo es todo; prescindir de su presencia es prescindir de la bandera que el honor se interesa en defender, es prescindir del principio, de la base del sistema. Dentro de las teorías revolucionarias basta un caudillo, un orador ardiente ó un soldado entusiasta para trastornar el sentimiento de las masas y arrastrarlas á su antojo. Para levantar el estandarte monárquico, es preciso el rey; que el pueblo conserve su entusiasmo y fé, considerando que en la lucha aventura su honor con la vida de su monarca. Por esto, al adquirir el convencimiento de que D. Cárlos Luis se hallaba en Perpiñan á merced de las autoridades francesas, decaidos los ánimos, malográronse los esfuerzos hechos en aquella campaña, que no tardó mucho en concluir.

El augusto príncipe, mal considerado por los aduaneros franceses, no lo fué mejor por el prefecto de Perpiñan; apénas llegados á este punto él y sus compañeros, hiciéronles várias preguntas, y aunque D. Cárlos asegurase siempre ser el D. N. Lirio, antiguo oficial carlista, y á la sazon dependiente de una casa de comercio en París, y á pesar de no haber recaido sospechas por parte de nadie acerca de la veracidad de aquella declaracion, bastó solamente el reconocimiento del secretario de la prefectura para que se descubriese á D. Cárlos.

Fabula es ésta que no merece los honores de tomarse en cuenta al escribir historia, donde, si no con cuanta exacti-

tud y cordura quisiéramos, hemos cuidado mucho de no dar cabida á vaguedades y supercherías.

Que al conde se le aguardaba por las autoridades francesas, ya orientadas acerca de los menores detalles referentes al asunto, es sabido; en la conciencia de todos está y conmigo repetirán algunos de mis lectores el nombre del que, si públicamente no se vió acusado, no debiera ignorar que su traicion fué descubierta. Prodigáronse á D. Cárlos Luis atenciones y muestras de deferencia y consideracion, apénas hubo confesado la verdad de todo. El prefecto, fingiéndose sorprendido, dispuso que se llevara inmediatamente al fugitivo príncipe al pabellon que en la ciudadela se le habia destinado; sus compañeros, en quienes no quiso fijarse el prefecto, fueron conducidos tambien á la ciudadela, como el príncipe, todos en un coche del general Ramboud. Allí permanecieron en tanto que llegaban las instrucciones del Gobierno frances.

No se descuidó el embajador de España en París, que á la sazon era el duque de Sotomayor, y acercándose al presidente de la República le pidió que emplease con el augusto prisionero «todo el rigor de que se habia hecho digno al levantarse contra su prima y señora;» palabras que, si no revelaban mucha diplomacia, sí descubrian mucha saña en el duque. Pero el Gobierno republicano dispuso que se devolviera la libertad á D. Cárlos Luis, y se le diese pasaporte para donde lo solicitase, como igualmente á los jefes que le acompaban. En 10 de Abril, á las cinco de la tarde, acompañado de Mr. De Carrier, consejero de la prefectura, del hijo del general Laborde y otro jefe de los más distinguidos del ejército frances, salia en un carruaje con direccion á Calais. Al dia siguiente almorzó en Castelnauduri (11 de Abril); llegó á

Tolosa y se hospedó en la fonda del Sol. En 13 de Abril entró en París; en 14 recorrió ligeramente algunas calles de la capital de Francia; en los Campos Elíseos, la del Arco de la Estrella y la plaza Vendome, vióse el ilustre proscrito con su habitual gallardía y distinguido porte, solo con su desgracia, pasear distraido. En aquel mismo dia salió de París por el camino de hierro: un dia despues entraba en Lóndres (15 de Abril), donde sus numerosos amigos acudian á saludarle.

Infortunado príncipe, víctima constante del amaño y la perfidia, las horas de su existencia pudieran contarse por las amarguras de su alma, siempre noble, siempre dispuesta al bien é incapaz de una villana sospecha. ¡Todavía, exclamaba D. Cárlos María Isidro, en una carta dirigida desde Trieste, su residencia á la sazon, á D. Cárlos Luis su primogénito: todavía tienes que luchar con el infortunio! La Providencia quiere añadir más pruebas á las que ya nos tiene exigidas, y no han bastado mis sufrimientos á redimirte de los males que te rodean. El dolor que me causa el funesto suceso de tu expedicion á la frontera, no será menester que yo te lo diga, porque bien sabes cuánto cariño te he profesado siempre y cómo he cuidado los dias de tu vida, para mí tan preciosa.

»Constantemente ruego al Señor por que te dé el acierto que yo no tuve, y proteja tu vida y vele por tu felicidad (1).» Modelo de ternura y sentimiento que descubre la riqueza de un alma noble y siempre llena de amor y bondad.

La prision de D. Cárlos Luis fué uno de los golpes decisivos para la causa legitimista; así lo comprendian los que la

(1) Carta dirigida por D. Cárlos María Isidro á D. Cárlos Luis, fecha en Trieste á 30 de Abril de 1849.

negociaron. Desde aquel momento las esperanzas se desvanecieron, los ánimos flaquearon, y todo fué desercion y ruina. La primera guerra civil habia terminado con una traicion, y la segunda terminaba con una alevosía. Humanitario puede ser el medio, pero inmoral y cobarde, y si se deshonra el traidor, nada gana en el concepto general, y se hace acreedor á los inexorables juicios de la historia.

III.

Otro importante suceso llegó á decidir de la suerte de las armas carlistas: fué la captura del jefe de caballería, Marsal, el infatigable y entusiasta caudillo, cuyo carácter y particularidades le hicieron notable entre tantos otros defensores de la causa legitimista. Marsal habia acudido al campo de D. Cárlos arrebatado por su ardiente amor á la religion y á la legitimidad: el sacrosanto lema de Dios, Patria y Rey, escrito con sangre española en las banderas que tremolaran en Bailén y en Vitoria, en Talavera y en Zaragoza aquellos improvisados ejércitos de voluntarios que arrojaron de España á las huestes de Napoleon I; el venerando símbolo de tantas y tan gloriosas hazañas, habia excitado en Marsal, como en tantos otros, ese entusiasmo avasallador é irresistible que hace del hombre un guerrero ó un mártir, pero siempre un héroe; porque no hay fuerza comparable á la fuerza del sentimiento.

Marsal, conocedor del terreno, práctico y astuto, desafió muchas veces el peligro y sostuvo frecuentes combates con un enemigo superior en número y disciplinado y aguerrido; burlando siempre sus pesquisas merced á la extraordinaria vivacidad de ingenio y á la agilidad que distinguia al caudi-

llo. Rodeado de un número escaso de paisanos armados, en su mayor parte contrabandistas y gentes avezadas á la vida de la montaña y á las penalidades que á ella son inherentes, Marsal habia conseguido en poco tiempo infundir espanto á los isabelinos.

Y no era su carácter sanguinario y vengativo, no fueron los excesos cometidos en represalias ni despues del triunfo, que consiguió muchas veces, sin pretenderle, tal era su humildad en este punto, los que le conquistaron fama de terrible. En la pelea, Marsal se colocaba al frente de sus bravos, y era el último que con su trabuco en la mano se retiraba cuando el enemigo les perseguia. Modelo de caballerosidad y nobleza, más parecia el héroe de una leyenda de la edad media, que un guerrillero en pleno siglo XIX. Infatigable y animoso, le veian cruzar los inaccesibles caminos de la montaña, penetrar en pueblos importantes, á la luz del dia, y á presencia de los destacamentos enemigos. Apartado con su gente en los desfiladeros, aguardaba el paso de las columnas isabelinas y molestaba su retaguardia, causándoles grandes daños. Apoderábase de algun convoy, y repartia el botin entre sus soldados, sin tomar nunca la menor parte. Cuando el enemigo volvia en su persecucion, Marsal habia desaparecido con los suyos, ó se le veia ocultarse en algun barranco ó trepar á lo más empinado de las montañas, desafiando á un tiempo el peligro de la persecucion y los que presentaba la naturaleza.

Unia el caudillo á su gran valor personal una nobleza de sentimientos, nada comun en tiempos de guerra, y cuando, áun á despecho de la propia voluntad, se hace indispensable algunas veces la severidad del castigo, en beneficio de la cau-

sa que se defiende y hasta para seguridad del individuo que le dispone. Varios hechos pudieran referirse de Marsal que, honran su memoria. Sucedió que, dirigiéndose á Barcelona desde una de las aduanas de la costa un empleado del Gobierno de Madrid, hallóse con Marsal y su gente, que le detuvieron pidiéndole explicaciones acerca de su procedencia y objeto de su viaje. Respondió el empleado que conducia algunos fondos á Barcelona, y suplicó encarecidamente á Marsal, que, caso de ocupárselos, le diesen muerte, para no verse en la triste situacion á que le dejarian reducido, y que no pudiesen sospechar nada ofensivo á su honradez. Movieron de tal modo estas súplicas al caudillo carlista, que dispuso, no solamente que le dejasen marchar los suyos, si que mandó que cuatro de ellos le acompañasen, dándole un salvo-conducto por si en el camino tropezaba con algun otro jefe carlista.

Iniciada la segunda guerra en 1846, Marsal acudió entre los primeros á la defensa de los santos principios que tanto amaba. Sus excelentes condiciones como jefe de un cuerpo de caballería le distinguieron en breve, y puede decirse que fué una de las más interesantes figuras de aquella corta, pero gigantesca epopeya de la lealtad del partido carlista. Valeroso como soldado y prudente como capitan (1), demostró en muchas ocasiones una y otra condicion; pero si su valor rayaba alguna vez en temeridad, su prudencia nunca llegaba á la cobardía.

---

(1) Á consecuencia de una herida que habia recibido en una pierna, Marsal cojeaba un poco, y algunas veces la incomodidad le impedia andar libremente: esta fué la causa de que pasase al arma de caballería. (Coronel D. J. G.)

Perseguíale la columna del coronel Hore; y Marsal, con esa astucia de que tantas pruebas tenía dadas, esquivaba con cuidado aventurarse en un encuentro, puesto que el número de los soldados que mandaba era muy inferior al de sus enemigos, y en la situacion en que se hallaba la causa carlista, una imprudencia hubiera sido su completa ruina. Tal juzgaba el caudillo, y así era en verdad; si bien al punto á que habian llegado los acontecimientos, el funesto desenlace era inevitable.

Inútiles fueron los ardides de Marsal, porque si logró evitar la lucha, durante algunos dias, que le proponia el enemigo, no pudo librarse de caer en sus manos indefenso y sorprendido. Sucedió que, habiendo dispuesto Marsal que en uno de los dias 3 ó 4 de Abril se diese una accion en las inmediaciones de Gerona al brigadier Hore, puesto que ya era inevitable, se puso de acuerdo con algunos jefes subalternos, para que acudiesen en la víspera del primero de los dias citados al lugar en que debiera darse la accion. Era costumbre, desde la pasada guerra, reunir las fuerzas para operar, y diseminarse despues, para facilitar los movimientos y librarse mejor de las persecuciones de los isabelinos: esto cuando no se contaba con bastante gente para oponerse á su marcha. Acudieron los llamados con sus respectivas partidas, y dióse la accion en el citado dia (4 de Abril). La superioridad de las fuerzas que mandaba el coronel Hore, decidió, no sin trabajo, la victoria á su favor: arrollados los carlistas por la infantería enemiga, y destrozado su flanco derecho, hubieron de emprender la retirada, cuando ya en sus filas se veian las brechas que abriera el fuego de los isabelinos. Gran número de muertos costó á unos y á otros la accion del 4 de Abril (1849);

fueron muchos los heridos, y algunos prisioneros de los carlistas quedaron en poder de la columna de Hore. Entre éstos se hallaban D. Manuel Romero y Abril, ayudante de Marsal, y el partidario D. Rafael Salas (a) Planadamunt, cuyos buenos servicios á la causa carlista fueron muy notorios. Pocos momentos despues de terminada la accion, Marsal, que se habia refugiado en una casa situada en el monte de Ginestá, cayó tambien en poder de Hore.

Trasladados los prisioneros á Gerona, empleando con ellos la mayor crueldad, pues hubo algunos que murieron á bayonetazos en el camino, condujéronles á la cárcel de la ciudad. Los vencedores, que nunca se habian distinguido por sus generosos sentimientos, y mucho ménos desde la publicacion del bando cruel de D. Manuel de la Concha, sujetaron á un consejo de guerra á los infelices que habian caido en su poder, y pocos dias despues (10 de Abril), á las siete de la mañana, fueron fusilados, entre otros, Planadamunt y Romero Abril. Ambos oyeron la lectura de la sentencia con extraordinaria serenidad, y del mismo modo fueron á recibir la muerte.

Marsal, que se hallaba ya en capilla como sus compañeros, dirigió una súplica á Doña Isabel, implorando su perdon y abjurando de los principios políticos que hasta entónces sustentara: «abandonaré para siempre, decia, la funesta y desacertada senda que he seguido en mi carrera militar, y que me ha conducido al borde del sepulcro.»

Á muchos comentarios se presta el hecho referido, y no favorables á la memoria de Marsal. Tan grande cobardía despues de tanto esfuerzo, sellar con tan mísera humillacion una historia, si no muy larga, sí muy fecunda en brillantes rasgos y hazañas dignas de elogio y estimacion, no parece crei-

ble sino suponiendo en Marsal una mudanza tan completa que no es concebible en la naturaleza humana. Quien tantas veces habia desafiado á la muerte, en medio de tantos peligros, pudiera estremecerse al verla llegar? Quien con tan ardiente entusiasmo defendiera la causa carlista, ¿habria podido en tan breve tiempo modificar sus sentimientos? ¿Qué ejemplos de abnegacion habia presenciado, qué grandes muestras de nobleza y bondad observara en sus anteriores enemigos, que bastaran á vencerle? ¿Qué razon tan poderosa escuchara, que fuera suficiente para hacerle abjurar de sus principios, hasta entónces por él sostenidos con ardor y fe?

Rumores ofensivos para el antiguo carlista circularon de boca en boca; afearon su debilidad amigos y enemigos, y su nombre se manchó para siempre con el recuerdo de tanta indignidad. Suponíase que Marsal habia tiempo que andaba en tratos con los isabelinos, y hasta se dijo si tenía recibidas algunas cantidades. Lo extraño de su sorpresa en la misma noche 4 de Abril: las consideraciones de los jefes militares; la distincion que de él hicieron, tanto las autoridades civiles como las militares de Gerona: su renuncia á los principios políticos que hasta entónces sustentara: la facilidad con que accedieron á sus deseos, suspendiendo la ejecucion de la sentencia en él como caso especial: la no menor para hacer llegar á manos de Doña Isabel la súplica que la dirigia, y la bondad con él empleada por la misma Doña Isabel: todos estos eran indicios bastante sospechosos para dejar de tomarlos en cuenta.

El tratamiento que sufrian los prisioneros era cruel é indigno; cuando alguno intentaba dirigir alguna carta á su familia, que no una súplica al Gobierno, dificilmente podia con-

seguirlo; y con respecto á indultos, fueron muy raros los que se concedieron durante la campaña. Marsal no solamente habia sido considerado con más bondad, sino que se le guardaron consideraciones, y segun disposicion del Gobierno de Madrid, se suspendió todo procedimiento judicial contra él. Las acusaciones tenian motivos en que fundarse si carecieran de justicia. Más tarde volveremos á ver á Marsal levantando de nuevo la bandera carlista en Cataluña.

IV.

Siguieron á estos desgraciados sucesos algunos descalabros experimentados por los defensores de D. Cárlos Luis. Hallábase el jefe carlista Serrat con ochenta voluntarios en el pueblo de Canmayor (6 de Abril 1849) cuando, noticioso de ello el coronel Gonzalez Lafont, dividiendo sus fuerzas en tres columnas, que deberian operar sobre los pueblos de Sellent, Torn y Canmayor, dispuso que fueran simultáneamente atacados los tres referidos pueblos. El comandante Bomort fué encargado de la columna que marchaba sobre Sellent; el coronel Lafont se dirigió á Torn, y al comandante Montero se confió el ataque de Canmayor, donde se hallaba Serrat, no desapercibido para una sorpresa que intentaran los isabelinos, pero con escasos recursos para sostener una accion.

Destacó Montero algunos cazadores que llamasen por una parte la atencion de los carlistas, entre tanto que él entraba en el pueblo por otro lado á la cabeza de la tropa restante. Trabóse la lucha, y los carlistas rodeados por enemigo que, en mayor número, les estrechaba, hubieron de retirarse, perdiendo diez y nueve hombres y dejando hasta diez y nueve

prisioneros en poder de los isabelinos. Entre los muertos se contó al comandante carlista D. Ramon Ruiz, y entre los prisioneros seis oficiales y cuatro sargentos.

Pocos dias habian trascurrido, cuando un nuevo descalabro llegó á patentizar la decadencia de los ánimos entre los defensores de D. Cárlos VI, decadencia muy justificada, puesto que se veian sin recursos, abandonados y solos luchando en Cataluña contra un numeroso y aguerrido ejército, que, una vez pacificado el resto de la Península se concentrara en aquel país, llevando su rigor y su crueldad hasta donde pudiera hacerlo un ejército conquistador. Y no bastaran estas consideraciones á disminuir siquiera el esfuerzo de aquellos hombres para quienes el peligro era un espectáculo, y la muerte el más honroso premio, si hubieran conseguido ver en Cataluña á D. Cárlos Luis, compartiendo con ellos las penalidades de su aventurera existencia.

El hecho de armas á que nos referimos tuvo lugar en el llano de Lérida (18 de Abril), entre ciento ocho ginetes montemolinistas y una columna isabelina, mandada por el general Paredes. Halláronse ambas fuerzas en Castell-Florite; la carlista mandada por Saragatal y Gamundi, y compuesta de los ordenanzas de Cabrera: la isabelina formada por dos batallones y ochenta caballos próximamente. Dirigíanse los montemolinistas al reino de Aragon, donde contaban con bastantes probabilidades de levantar nuevamente la bandera de D. Cárlos, llamando la atencion del ejército isabelino hácia aquella parte, para distraer algunas fuerzas del Principado. Tuvo noticia de esta expedicion el general Paredes y quiso estorbarles el paso á toda costa, comprendiendo cuáles serian las consecuencias de tan atrevido proyecto. Mandaba la caba-

llería el brigadier D. Domingo Dulce, y precedia esta fuerza á la de los infantes. Era inferior la gente isabelina que guiaba el brigadier, á la que seguia á Saragatal y Gamundi, en el número de combatientes, y mucho más en el esfuerzo y práctica de la guerra, con que parece aumentarse el valor personal. Conocedores todos los soldados del terreno en que deberian operar, hallábanse en muy ventajosas condiciones con respecto á sus enemigos. Saragatal era un distinguido jefe de caballería, y Gamundi, que habia empezado su carrera militar en aquella campaña inaugurada en 1846, gozaba justamente de una gran reputacion entre los carlistas, llegando á conquistarse el renombre de «el segundo Cabrera.»

Avistáronse unos y otros, y los carlistas, no apercibidos de la fuerza de infantería que seguia á los caballos isabelinos, hicieron alto en el citado pueblo de Castell-Florite, aguardando la llegada del enemigo. Pero salió mal el intento á Gamundi: porque en breve, y cuando ya la caballería de los isabelinos se pronunciaba en retirada, acudieron los infantes en su apoyo, y el resultado mudóse completamente. Acometen los carlistas á los ginetes mandados por el brigadier Dulce, disparando sobre ellos sus trabucos á quema-ropa; caen algunos de los caballos, heridos ó muertos, y el resto ataca á su vez á los carlistas, que hacen uso de la lanza lo mismo que sus contrarios. Desconcertados éstos se declaraban en fuga, y los carlistas les persiguen hasta alguna distancia; despues hacen alto: rehácense los isabelinos, y una vez puestos en órden de batalla, bajando lanzas y á toda brida sus caballos, se lanzan impetuosamente sobre los carlistas, que los sostienen sin cejar un paso. Encarnizada fué la corta lucha que sostuvieran, porque, apareciendo en este mismo trance las avanza-

das de la infantería y poco despues lo restante de los batallones, y rompiendo un vivísimo fuego sobre los carlistas les obligaron á pronunciarse en retirada. Sin embargo, llegados á escasa distancia del pueblo rehacen sus filas y vuelven impetuosamente sobre el enemigo; cede la caballería isabelina, y volviendo grupas llegan á la carrera hasta encontrarse con la infantería, que á paso de carga avanzaba apoyando el movimiento de los caballos. Cejan los que mandaba Saragatal, y Gamundi con los suyos se ve próximo á caer en poder del enemigo. Diez y nueve muertos, algunos heridos y catorce ginetes prisioneros, fué el resultado para los carlistas de aquella obstinada lucha, viéndose obligados á retirarse, aunque defendiéndose siempre de los ataques de la caballería isabelina, que, llegada á poca distancia, hizo alto. Ésta tuvo 20 muertos y 13 heridos, entre los primeros dos oficiales, y tres caballos quedaron fuera de combate, á causa de las heridas que recibieron.

Se ve por este y por otros encuentros que tuvieron lugar en aquellos últimos dias de la campaña de 1849, que el éxito no coronaba los esfuerzos de los carlistas, á pesar de las extraordinarias muestras de un valor sereno y tranquilo, no el valor del desesperado. Luchaban, sí, con esa ansiedad del que ignora cuándo ha de llegar el momento de su muerte, pero la cual es preferible á la ignominia de verse vencido: con ese profundo convencimiento que se apodera de los ejércitos y de los individuos, cuando, midiendo los medios de que disponen, los hallan muy inferiores á las necesidades supremas, é insuficientes para conseguir el apetecido resultado. Era su esfuerzo el de la lealtad que combate por sus principios, no el de la desesperacion que lucha buscando la muerte.

El conde de Morella no era ya en aquella época aquel infatigable caudillo que durante siete años no habia permitido más descanso á su cuerpo que el que los padecimientos materiales le impusieron, cuando le colocaban en presencia de la muerte. Entónces, rendido y exánime, desvanecido el espíritu despues de luchar frente á frente con las debilidades de la propia naturaleza, el general carlista cae en el lecho, próximo á convertirse en féretro de aquel cuerpo inanimado é incansable. Las heridas, los sufrimientos, con tan heroico valor soportados, habian debilitado sus fuerzas, y Cabrera no podia resistir mucho tiempo una existencia tan activa y azarosa. Así fué que, en aquella segunda campaña, viósele dos veces, en Martorell y en Olot, más cercano á la muerte que á la vida. Dominaba su ardiente espíritu los padecimientos físicos, y sobreponíase á los morales, en cuanto no afectaban á su orgullo, condicion inseparable del genio y que parece engrandecerle, aunque alguna vez causa de lamentables errores.

Las acciones que tuvieron lugar en la Guardiola fueron otras tantas pruebas de la decadencia de las armas carlistas en aquellos dias. Cabrera, el que con una sola ojeada habia resuelto muy difíciles problemas de la táctica militar, luchaba con tan desgraciada estrella, que apenas pudo conseguir defenderse de las columnas de Solano y Pons, que activamente le perseguian. Cierto que la superioridad numérica de las fuerzas enemigas dificultaba sus movimientos á los carlistas, y hacía muy difícil, no ya el triunfo, si que ni siquiera la defensa, tratándose de otros jefes: pero no del conde de Morella, para quien no habian sido obstáculos semejantes diferencias de número y posiciones, que él salvaba con uno de esos

recursos del genio que tanto abundan en las páginas de su historia.

En varios encuentros fueron batidos los carlistas á las órdenes del general Cabrera y del bravo é inteligente Tristany, cuyos hechos de armas podian hasta entónces contarse por las victorias. Este caudillo, tan modesto como valeroso, dotado de una energía sin límites y de un valor que rayaba en temerario, era al mismo tiempo uno de los más inteligentes tácticos y guerrilleros entre cuantos defendian la bandera de Cárlos VI. Su enseñanza habia sido práctica, su academia los ensangrentados campos de Cataluña. El conde de Morella hacía de él y del inolvidable Borges muy honrosa distincion, y pocas veces se apartaba de su lado alguno de los dos.

Al mismo tiempo que Cabrera y Tristany sufrian algunos descalabros en La Guardiola, Pons dispersaba algunas partidas montemolinistas en el Coll de Nargó, causándoles hasta ocho bajas, y sufriendo en sus filas hasta veinte. Con tan mala suerte como los anteriores, sostuvieron algunos combates en Sierra-Seca los defensores de la legitimidad con las tropas isabelinas, mandadas por el coronel Solano.

Halláronse en San Lorenzo de Morunys los carlistas, mandados por Borges, con los isabelinos, á las órdenes del brigadier Manzano. Sangrienta fué la lucha; por una y otra parte hubo bastantes bajas que lamentar, y quedó indecisa la accion. Retiróse Borges en direccion al pueblo de Aliña, donde entró sin resistencia alguna. Pocas horas habian trascurrido desde su llegada, cuando se presentó de nuevo el brigadier Manzano con la columna que mandaba: salió Borges del pueblo por el lado opuesto, y entretanto que algunos de los suyos sostenian el fuego desde las primeras casas, entrete-

niendo al enemigo, le atacó por uno de los flancos. Viéronse en grave apuro los isabelinos; y mucho más cuando, al flaquear una de sus alas, hubieron de optar entre la retirada y el ataque al pueblo de que juzgaban posesionados á sus enemigos. En tan críticas circunstancias, dispone el brigadier Manzano que se intente la entrada á paso de carga, órden que fué ejecutada inmediatamente, cayendo en poder de los isabelinos algunos de los carlistas que sostenian el fuego dentro de Aliña. Borges se retiró con lo restante de las fuerzas, sin que el jefe de los isabelinos dispusiera su persecucion, temeroso tal vez de una nueva astucia, y mucho más que empezaba á oscurecer.

El general D. Manuel de la Concha perseguia á la caballería del Negre de Agramunt, sin darla tregua ni descanso, y procurando, aunque inútilmente, hacerla entrar en terreno accidentado y difícil, donde pudiera emplear contra ella los infantes de su division. Por todas partes el ejército isabelino se veia triunfante, lo cual se explica muy bien sabiendo que el número de carlistas llegaba escasamente al fin de la guerra á 5.000 hombres, y el de los isabelinos ascendia á 45.000, perfectamente equipados é instruidos y contando con cuantos recursos pudieran necesitar. Ademas empleaban los jefes del ejército isabelino medios que, si bien repugna el sentimiento popular, producen siempre muy buenos resultados al que los emplea en provecho propio: la seduccion y el soborno de Caletrus, Bep del Oli, y otros jefes, y muy principalmente la de Marsal, influyeron poderosamente en los ánimos de aquellos valientes que veian segunda vez inutilizados sus esfuerzos, como en Vergara, por la traicion y la perfidia.

No eran más felices los republicanos: la partida que á las

órdenes de Baldrich recorria el Principado, fué destrozada (18 de Abril) por las fuerzas del Gobierno de Madrid, muertos dos de los individuos que la componian, prisioneros otros dos, y, cogidos que les fueron algunos caballos y armas de fuego, se dispersaron, buscando algunos un refugio en Francia y ocultándose otros en su propio país.

En Castell-blerrol sorprendió el comandante de San Feliu de Codinas una partida montemolinista: poco duró el combate, porque en aquel, como en cuantos encuentros tenian lugar, la superioridad de las fuerzas isabelinas hacia imposible la resistencia durante mucho tiempo de los defensores de Don Cárlos VI. Desde el 17 al 21 de Abril (1849) Cabrera y los hermanos Tristany sostuvieron acciones y encuentros con el enemigo, que pudiera contarse como un solo y terrible combate, prolongado por espacio de cuatro dias, pues solamente el 19 pasó sin que se disparase un tiro. Disputábanse las alturas de Sierra-Seca, y las columnas de Solano y Pons, reunidas, no consiguieron hasta el quinto dia apoderarse de aquella posicion formidable, defendida por los carlistas con indecible arrojo. Costó á éstos cuarenta bajas, cuatro de oficiales, y las restantes de soldados, entre muertos y heridos, la obstinacion con que sostuvieron sus posiciones. Los isabelinos tuvieron veintitres muertos y cincuenta heridos; consiguiendo apoderarse de las alturas de Sierra-Seca, cuando los carlistas se hallaban fuera del alcance de sus fuegos.

El brigadier Manzano, con algunos refuerzos que llegaron á su columna, atacó segunda vez á los montemolinistas en las cercanías de San Lorenzo de Morunys (1). Defendié-

(1) Comprenderán nuestros lectores que hemos tenido un es-

ronse éstos con tan grande constancia, que á todos llenó de admiracion: «desalojados de una posicion por las tropas, muy superiores en número, se replegaban sobre otras, y defendieron cinco consecutivas con gallardo esfuerzo, hasta que, comprendiendo la inutilidad de defensa tan obstinada, se retiraron con buen órden y concierto (1).» Nueve muertos, diez y siete heridos y siete prisioneros costó á los heroicos partidarios de D. Cárlos Luis la valerosa defensa de sus posiciones: las pérdidas de los isabelinos ascendieron á cuarenta muertos y cincuenta y nueve heridos, contando cuatro oficiales entre los primeros y diez entre los segundos.

Dispersos de algunas partidas vagaban por aquellos contornos varios individuos que cayeron en poder de las tropas isabelinas (19 y 20 de Abril). Al siguiente dia (21 de Abril) el brigadier Echagüe sostenia en Matamargó un ataque contra los carlistas que, á las órdenes de Tristany y Vilella, atacaron al enemigo. Sangrienta fué la lucha y tan reñida, que fué preciso al brigadier isabelino emplear toda su gente para conseguir quedarse dueño del campo. La columna de Vilella y Tristany se dispersó, y el primero de dichos caudillos pudo salvarse acudiendo á la fuga, y merced á la ligereza de su caballo.

---

pecial cuidado, tanto con las fechas como con los nombres de los pueblos en que tuvieron lugar las acciones, para no confundirlos; y hacemos esta advertencia por que no extrañen, aunque por los detalles bien pueden apreciarlo, la repeticion de los combates en los mismos puntos, y no atribuyan á equivocaciones estas coincidencias.

(1) Relato del *Teatro de la guerra* por un testigo ocular (del bando isabelino), pág. 250 del libro II.

Las partidas de Martinez y el Caldeiraire fueron alcanzadas por el brigadier Damato (22 de Abril) en las casas de Espiels, término de San Llorens, y tuvo lugar un choque no muy reñido ni muy sangriento, merced á la astucia y serenidad de los jefes carlistas, que, batiéndose en retirada, consiguieron librarse de caer en manos del enemigo, á quien causaron algunas bajas; ellos tuvieron seis hombres muertos y cinco prisioneros.

Peor suerte cupo á una partida republicana que tropezó con la columna del coronel Gaset, y que, muy inferior numéricamente á ésta, vióse acometida y dispersa, dejando en el campo dos muertos y diez prisioneros en poder del enemigo. Este fué el último golpe para los centralistas, cuyas escasas fuerzas no pudieron conseguir siquiera una vez una insignificante victoria sobre los isabelinos, á pesar del apoyo que indirectamente hallaron en los jefes y soldados montemolinistas, interesados, como puede comprenderse, en la continuacion de la lucha por parte de los republicanos, para que distrajeran por varios puntos á la vez la atencion del ejército isabelino.

Hallábase la guerra en el último período: era indudable el triunfo del Gobierno de Madrid. Extenuados y rendidos á las incesantes fatigas de una constante lucha; sin el auxilio de sus propios compatriotas, que, temerosos de excitar la cólera de los jefes isabelinos y atraerse los crueles castigos fijados por el general Concha, negaban á sus hermanos hasta el agua y el alimento (1), aquellos pueblos, en su mayor parte,

---

(1) Hubo muchos ejemplos de tan bárbara crueldad en algunos pueblos, donde, sedientos y cadavéricos, llegaban los valerosos defensores de la religion y la legitimidad.

adictos á la causa carlista, se veian obligados, por el sistema terrorista del capitan general y sus secuaces, á ocultar sus sentimientos y hasta á prestar servicios á los isabelinos contra sus propias convicciones y opinion política.

Fruto de tan lamentable situacion fué el desaliento de aquellos defensores de D. Cárlos VI, que en una segunda campaña demostraban una vez más sus entusiastas sentimientos y veneracion á los principios de la legitimidad y el derecho. La guerra se acercaba á su término. Solamente una esperanza quedaba á los carlistas; esa esperanza era D. Ramon Cabrera, el valeroso caudillo, cuyo nombre habia adquirido tanta popularidad y cuyo prestigio reconocian hasta sus mayores adversarios. Pero el conde de Morella, que veia el aislamiento en que se hallaban los últimos defensores de la causa de Don Cárlos Luis, vacilaba tambien, á pesar de no haber manifestado hasta entónces propósito alguno de abandonar el campo. Solos, él, Tristany y los pocos que permanecian fieles, ó contaban siquiera con un puñado de hombres que conducir á la lucha, sosteníase contra las inmensas fuerzas del ejército isabelino, reunidas en el Principado, al terminar en el resto de la Península el movimiento montemolinista.

Con harta razon consideraba el Gobierno de Madrid como terminada la lucha, al medir las diferencias que entre uno y otro bando existian. Á 2.000 hombres no llegaban los defensores de D. Cárlos Luis en Cataluña cuando terminaba el mes de Abril (1849): el ejército isabelino que operaba en el Principado ascendia á 69 batallones y 19 escuadrones, compuestos de 190 jefes, 2.023 oficiales, 49.018 soldados y 1.877 caballos ó mulas. La inspeccion de estas cifras era poderoso argumento en pró de los isabelinos, pues el esfuerzo heróico de

los montemolinistas no podria conseguir neutralizar la ventaja numérica que sobre ellos tenia el enemigo. Ademas, los isabelinos contaban con el apoyo de un Gobierno que les facilitaba cuantos medios querian utilizar, cuidando de que nada faltase á las tropas en medio de la penosa vida de la guerra.

Sin embargo, todavía permanecian fieles á su bandera algunos caudillos de la legitimidad: el conde de Morella habia intentado un nuevo llamamiento á las armas, á que no respondieron aquellos pueblos, en pasados dias tan entusiastas y afectos á la causa carlista. La peor de todas las armas, esgrimida por el Gobierno de Madrid contra los defensores de D. Cárlos, produciendo los efectos más deplorables en sus filas, habia contribuido no poco al desaliento general. Segun los datos oficiales ascendia á 1.400 el número de montemolinistas que habian caido en poder de las tropas isabelinas, á contar desde 1.° de Enero de 1849 hasta el 17 de Abril del mismo año; pero el de los que se presentaron á las autoridades civiles y militares de los pueblos se elevaba, en igual fecha, á 3.497, clasificados de este modo: un brigadier, seis coroneles, dos tenientes coroneles, 36 capitanes, 94 tenientes, 30 subtenientes, 2 cadetes, 3 físicos, 26 jefes de partida, sin determinada graduacion, 16 sargentos y 3.281 individuos de la clase de tropa.

Las defecciones de Caletrus, Bep del Oli, Pozas, Monserrat y otros muchísimos de menor fama, causaron muy honda impresion al conde de Morella; y muy principalmente influyó en su ánimo la traicion de Marsal, pues no de otro modo puede evaluarse la indigna humillacion que demostró en tan solemnes momentos.

Armas eran las que empleaba el Gobierno de Madrid, las más á propósito para destruir el entusiasmo, contagiando á unos con el mal ejemplo, y desalentando á otros con las perfidias que presenciaban y la desconfianza que les infundian. Así fué que, muy en breve, los caudillos Manuel de Hostal, Neu, Muchacho, Boquica, y Ramonet Ne, que recorrian con sus partidas el distrito de Berga, desaparecieron, no dejando el campo hasta despues de haber intentado el último esfuerzo: esto debe consignarse en loor de aquellos valientes, injustamente censurados por algunos mercaderes de la prensa isabelina, tan desprovistos de datos para juzgar con acierto, como ligeros en sus juicios y apasionados en sus fallos.

Tambien Vilella, en union de Baldrich, se hallaba al frente de una partida de cien hombres, y recorria la provincia de Tarragona. Los Tristany y el conde de Morella intentaban, aunque sin resultado alguno, vivificar el amortiguado espíritu de aquellos pueblos. Habia llegado el momento decisivo, y los esfuerzos de los defensores de D. Cárlos Luis eran impotentes para vencer los insuperables obstáculos de la desmoralizacion sembrada por el Gobierno de Madrid.

El conde de Morella no reconocia la inutilidad de su resistencia; y, cuando ya perdidos los últimos restos del carlismo, consideró llegado el momento de abandonar el Principado, intentó entrar en Francia acompañado del coronel Gonzalez Ceballos, su jefe de E. M., de Boquica, D. Rafael Tristany y Borges (25 de Abril). Reconocido el conde en la frontera por la policía francesa, fué detenido, y lo mismo cuantos le acompañaban.

V.

Graves causas influyeron, tal vez, para la determinacion del general Cabrera: no fué el desaliento, no el temor de que tan poderoso enemigo le asediase, no las privaciones y miserias que aquejaban á los defensores de D. Cárlos, lo que decidió al conde de Morella á dejar el campo á los isabelinos. La causa de la religion y la legitimidad no puede extinguirse tan fácilmente en España, donde los pueblos entusiastas abren siempre su corazon á los venerandos principios de la tradicion y la fe católica. El caudillo de la causa carlista, el que durante siete años habia luchado sin tregua ni descanso, siendo su cuerpo cubierto de heridas y contemplando con sereno rostro la infame defeccion del general Maroto; el que no consideró perdida la causa que defendia, despues de celebrado el convenio de Vergara, ¿pudiera sentir aniquilado su espíritu, por la defeccion de algunos jefes, ó por la traicion de unos cuantos miserables?

Causas más graves influyeron en aquella resolucion. Habíase procurado mañosamente alejar al caudillo carlista del teatro de la guerra; el oro isabelino habia conquistado el ánimo de algunos servidores del ilustre príncipe: el conde de Morella no carecia de enemigos en aquella humilde córte; D. Cárlos Luis oponíase abiertamente á cuanto pudiera ofender el nombre del valeroso caudillo. Nunca llega al poder un hombre sin sufrir la censura de la envidia ó la maledicencia; y si bien el general Cabrera se hallaba demasiado alto en la historia para que mezquinas murmuraciones pudieran ofenderle, no es tan pequeño, por humilde que sea un enemigo,

que puedan menospreciarse sus ataques. Como imparciales historiadores, como desapasionados cronistas, debemos hacer justicia al conde de Morella en tan críticos momentos.

Terribles acusaciones pudieran dirigirse á alguno de los hombres que acompañaban á D. Cárlos Luis; él habia dificultado las operaciones de la guerra, bien retardando el envío de algunas cantidades, ó ya intentando suscitar rivalidades entre algunos jefes. El dignísimo príncipe, ajeno siempre á la perfidia de su servidor, confiaba en él los secretos de la política, secretos que el embajador del Gobierno isabelino en Lóndres conocia casi al mismo tiempo que el sujeto á quien nos referimos (1).

---

(1) «Una noche, nos dice el dignísimo brigadier Don J. M. M., me propuse descubrir la verdad de lo que sospechaba; y fué tan buena mi suerte, que á poco más de la una de la madrugada hallé en uno de los principales barrios de Lóndres, si bien en una calle no muy transitada, al embajador de España con el Sr. Don R. M. M., que desempeñaba á la sazon el más importante cargo cerca del Sr. D. Cárlos Luis: pude oir algunas palabras indiferentes, cambiadas entre ambos individuos, y me separé temeroso de que me descubrieran. La noche estaba muy oscura, y no se veian sino los bultos, muy escasamente: seguí andando y hallé el coche de la embajada española; allí próximos habia otros tres ó cuatro que aguardaban á sus dueños. Me aproximé haciéndome el distraido, y para cerciorarme de la verdad, así de la puertecilla del carruaje.—«Eh! me gritó el cochero, ¿adónde va usted?—No es este tampoco? pregunté yo, examinándolo como si quisiera reconocerlo.—Este es del embajador de España, me dijo el cochero.» Entónces me separé buscando entre los demas, y como si me disgustase la falta de mi coche. Pocos minutos despues, el embajador de España entraba en el suyo, y el mal servidor de D. Cárlos se dirigia á otro carruaje que allí es-

El conde de Morella levantó su voz contra la severidad empleada por el gobierno de Luis Felipe con los carlistas al terminar la guerra de los siete años, reclamando, con la dignidad de un español, del gobierno republicano más decoro é hidalguía que demostrara su antecesor. En una carta dirigida á sus amigos de París, fechada en Marsella á 27 de Abril de 1849, se leian las siguientes líneas:

«He sido detenido en una casa de la extrema frontera, donde habia venido á cumplir un deber y no como fugitivo, puesto que durante tres dias habia derrotado y puesto en dispersion al enemigo.

»Llegado en este momento á Marsella, voy á partir con escolta para Tolon. No tengo tiempo más que para escribiros algunas líneas, á fin de que deis algunos pasos para que me dejen libre, cerca de los ministros y del presidente de la República.

»¿Será tratado un extranjero, bajo el régimen de la libertad, del mismo modo que lo era en tiempo de la infame tiranía de Luis Felipe?

---

peraba su llegada: le seguí con la vista algunos segundos, y hallando un coche de alquiler, le detuve, entré, y dije al cochero: «Siga usted á aquel carruaje, pero á cierta distancia». Hízolo así el conductor, y yo pude convencerme, en viendo llegar á la casa del Sr. M. el carruaje que le conducia, de que no me habia equivocado. «Adelante,» dije á mi conductor, y al pasar por delante de la casa de mi conocido, le ví perfectamente, pagando al cochero.» Relato que debemos al distinguido brigadier Don J. M. M., de cuya honradez y méritos nos ocuparemos en otro lugar.

»Tengo fe en vuestro Gobierno.

»Espero vuestra respuesta, que me traerá sin duda una órden para que me pongan en libertad, lo cual me permitirá marchar á las fronteras de la República.»

Pero fué demasiado noble el conde de Morella al sospechar un rasgo de hidalguía en el gobierno de la República francesa. Cabrera fué conducido á Perpiñan y encerrado en un castillo. Como medida política no podia pedirse otra cosa á la Francia republicana: como determinacion particular, debieron tenerse en cuenta las relevantes cualidades del hombre que se acogia á la nobleza dela República, y que tan dignamente reclamaba sus derechos de ciudadano á un gobierno que tanto entusiasmo afectaba por la autonomía de los individuos y de los pueblos. El general Cabrera pudo ser expulsado de Francia, por razones políticas, pero no debió ser encerrado en un castillo, para mengua de los hombres que se llamaban republicanos, y que escribian en su bandera el lema de libertad, igualdad y fraternidad; magnífico sofisma tantas veces escarnecido por los que se dijeron sus defensores; utopia tanto más ridícula, cuanto que nunca las prácticas han correspondido á los principios consignados en ella, en las naciones que trataron de plantearla.

Con la prision de Cabrera quedaba terminada la guerra en Cataluña. Para cantar la gloria conseguida por los isabelinos, bastará trascribir algunas líneas de un periódico liberal, que, con referencia al asunto, decia: «No es defecto en el Gobierno la venalidad de los rebeldes; pero lo sería, y muy grande, el ensayar el sistema de corrupcion, porque esto equivaldria á *declararse impotentes en el campo de batalla;* y no so-

lo sería defecto, sino que sería crímen de lesa-nacion, rebajando su dignidad hasta el extremo vergonzoso de comprar un triunfo que no podría conquistar de los facciosos. ¿Qué derecho tendríamos en tal caso para decir á Montemolin: «No tienes simpatías en España, no tienes prosélitos, eres impotente ante nosotros; no seas, pues, temerario, llevando á tu país los horrores de la guerra civil, de la cual nada, que no sean desastres, puedes prometerte?» Él, entónces, podria contestarnos: «He sucumbido ante la inmoralidad de un Gobierno, y ante la corrupcion de unos cuantos jefes, en quienes habia depositado mi confianza; no he sido vencido con las armas; áun me resta probar el trance de una batalla.»

Estas apreciaciones del periódico liberal forman la exacta pintura, el juicio verdadero de la guerra de 1846 á 1849, tan afrentosa para el Gobierno isabelino, como provechosa en sus resultados fué para los defensores de dicha causa. Así fué, en efecto, que la de D. Cárlos Luis sucumbió ante la inmoralidad de un gobierno, y ante la corrupcion de algunos jefes en quienes habia depositado el príncipe su confianza. Juicio exacto y vergonzoso para los hombres, que sólo de semejantes medios se valieron siempre para conservar en medio de su impopularidad el ilegítimo sólio levantado para Doña Isabel sobre los cadáveres de millares de españoles; regado con la noble sangre de muchos defensores de la independencia patria.

CAPITULO VIII.

Pretensiones de los Gobiernos de Francia y España acerca de D. Cárlos Luis.—Viaje de D. Cárlos Luis.—Su casamiento con la princesa Carolina.—Muerte de D. Cárlos María Isidro.

I.

Volvió D. Cárlos Luis á Lóndres, perdida la esperanza de conseguir el triunfo que tan valerosamente disputaban sus defensores á los isabelinos. La guerra se hallaba próxima á su fin: una vez separado Cabrera de la direccion de las fuerzas carlistas de Cataluña, solamente quedaron algunas insignificantes partidas, que hubieron de dispersarse ante la incansable actividad desplegada en su persecucion por las tropas del Gobierno. Pero éste no se hallaba tranquilo despues de la pacificacion de la Península; queria conseguir de Don Cárlos Luis la renuncia á sus derechos á la corona, como la mejor garantía para lo porvenir; prueba de mucho peso, con respecto á la cuestion de legitimidad, en favor del ilustre príncipe; puesto que significaba, no sólo el implícito reconocimiento de sus derechos, si que el convencimiento de que el espíritu público le era muy favorable, y más tarde habria de manifestarse cuando la ocasion fuera propicia para ello.

Ya en otras circunstancias habian intentado los amigos de Doña Isabel y sus consejeros alcanzar de D. Cárlos una declaracion en dicho sentido; pero sus maquinaciones se estrellaron ante la rectitud de conciencia del augusto príncipe, más cuidadoso del bienestar de su patria, que atento á sus particulares intereses. No fueron extraños á los manejos de los agentes de María Cristina algunos personajes extranjeros que veian en el reinado de Doña Isabel mayores garantías para el logro de sus particulares contratos y ventajas comerciales. El embajador de Francia en Lóndres, de acuerdo con el Gobierno de Madrid, habia propuesto á D. Cárlos (1848), con autorizacion de Luis Felipe, una transaccion, por medio de la cual «se asegurase la paz en España, en lo cual tanto se interesaba la córte de las Tullerías, y quedasen terminadas las discordias políticas que tanto perjudicaban á la nacion española, para su progreso material, y en sus relaciones comerciales y políticas con los gobiernos extranjeros.»

La proposicion iba acompañada del injurioso ofrecimiento de una renta de tres millones, que el príncipe disfrutaria en el palacio de Rambouillet, residencia que se le fijaba por el Gobierno frances. «Con esto, decia el embajador frances, Don Cárlos, ganaria V. A. mucha consideracion en Europa, que sabria apreciar el sacrificio que V. A. hacía á su patria.»

Cuál fuera la respuesta de D. Cárlos Luis á tan injuriosa proposicion, ya lo hemos dicho: negóse con tanta dignidad como resolucion á satisfacer los mezquinos deseos del frances, muy interesado en llevar á cabo el negocio por las ventajas que se prometia conseguir en España, una vez casado su hijo el duque de Montpensier con la infanta Doña Luisa Fernanda.

Renováronse las proposiciones en 1849, pero ya en nom-

bre del Gobierno español: la revolucion de Febrero habia expulsado de las Tullerías al mercader político y usurpador de la corona: el Orleans, que tanto se preocupaba por los asuntos políticos de España, no habia previsto los que le amenazaban en su propia casa; y la torpeza de Guizot habia concitado los elementos revolucionarios sobre la monarquía llamada popular, y sostenida á despecho del pueblo de Francia. Las proposiciones dirigidas á D. Cárlos Luis en 1849 fueron rechazadas por él, que las juzgó tan injuriosas como las que en pasados dias se le hicieran.

Sin embargo, hizo el Gobierno de Madrid que circulase por todas partes, y muy principalmente en Cataluña, la noticia de que el conde de Montemolin se hallaba en *secretas* negociaciones con algunos hombres importantes del bando isabelino, y que se aguardaba que, reconociendo á Doña Isabel, accediese á publicar un manifiesto, declarando su completa abdicacion de todo derecho. Decíase que Don Cárlos Luis trataba de contraer matrimonio con la jóven inglesa Miss Horsey. Estas suposiciones, á cual más intencionada y gratuita, provocaron una declaracion de D. Cárlos que, en forma de carta dirigida al marqués de Villafranca, apareció en el *Morning Post*. En ella se contestaba á las suposiciones é insertos de que se habia hecho eco el periódico *The Times*. El comunicado estaba suscrito por el citado marqués de Villafranca, y decia así:

«Señor director del *Morning Post*.—Lóndres 3 de Junio de 1849, 32 eth Great Castle Street, Regent Street.—Muy señor mio: Tenga usted la bondad de insertar en el número de mañana de su periódico las cartas que he remitido al se-

ñor director del *Times*, de las cuales envío á usted las adjuntas copias.=Reciba usted la expresion de mi distinguida consideracion.=El marqués de Villafranca.

»Mi querido marqués: en contestacion al artículo que ha insertado el *Times* de 30 de Mayo último, sobre pretendidas negociaciones del Gobierno de Madrid conmigo, os autorizo á declarar que no ha existido negociacion alguna formal, porque las bases que me proponian sus agentes eran incompatibles con mi honor. Por mi parte, siempre he tratado de conseguir la reconciliacion de todos los partidos: pero para que fuera sólida, era necesario que fuese honrosa para todos.

»Nunca he atendido á mi particular interés, si que siempre he mirado por la paz y la felicidad de mi patria. No faltan pruebas de ello, pues todo el mundo sabe que no he economizádo mi fortuna: en cuanto á mi vida, la he expuesto muchas veces, áun cuando apenas habia probabilidad de salvarla, como debe hacer todo buen militar; y volveré á exponerla cuantas veces lo exijan mi deber y mi patria. Una transaccion puramente personal hubiera sido una traicion á mis principios, á la causa legítima de España, y á todos los que se hallan comprometidos por ella con tanta abnegacion y heroismo, lo cual sería indigno de un corazon noble.

»En resúmen, siempre he deseado ardientemente una reconciliacion honrosa de todos los partidos, para evitar los males que la guerra lleva consigo. Si hasta ahora no he podido lograr este feliz resultado, á pesar de todos mis esfuerzos, la culpa no es mia. Podria ilustrar mucho este punto: pero un hombre honrado no debe comprometer jamas á nadie, ni áun á sus adversarios ó enemigos.=Vuestro afectísimo.=Cárlos Luis.=Al marqués de Villafranca.»

La carta dirigida al director del *Times* se hallaba redactada de este modo:

«Señor director del *Times*.=Lóndres, 3 de Junio de 1849, 32 Great Castle Street, Regen Street.=En el periódico de usted, correspondiente al 30 de Mayo último, se ha insertado un artículo relativo al pretendido matrimonio del señor conde de Montemolin, así como á las negociaciones entabladas con el Gobierno de Madrid. En cuanto al primer punto, estoy autorizado para decir á usted que no hay nada de cuanto supone: con respecto al segundo, nada mejor puedo hacer que trasmitirle la adjunta carta, que el señor conde de Montemolin me ha hecho el honor de escribirme sobre ello. Ruego á usted se sirva insertar en su número de mañana de su apreciable periódico la carta del conde de Montemolin, como igualmente estas líneas.

»Aprovecho esta ocasion para manifestarle, señor director, la expresion de mis sentimientos más distinguidos.=El marqués de Villafranca.

»P. D. Dígnese usted volverme la carta del señor conde, porque estimo mucho el poseerla.»

Estas francas declaraciones debieron acallar la maledicencia y la impostura de los enemigos políticos del príncipe, como sus negativas contener la audacia injuriosa de los agentes del Gobierno isabelino. Pero no sucedió así: porque las suposiciones gratuitas continuaron circulando, hasta que los hechos llegaron á desmentirlas, y el Gobierno insistió en sus pretensiones acerca de D. Cárlos: llegando hasta el extremo de ofrecer al príncipe la revocacion de la ley por que se pri-

vaba á su familia de la sucesion á la corona y á él del titulo de infante de España si consentia en reconocer la legitimidad de Doña Isabel. No conocian las condiciones excelentes de D. Cárlos Luis los que semejante humillacion le proponian; porque, de lo contrario, hubieran comprendido que no era posible su aceptacion por parte de quien, como el genuino y legítimo representante de la causa defendida en Cataluña con tan ardoroso ahinco, se consideraba obligado y comprometido como el primero de sus defensores al sostenimiento de ella, y con ellos obligado y comprometido á su vez para no atender en ninguna ocasion á su solo provecho y particular ventaja. Para D. Cárlos, la honra de sus caudillos era su propia honra; la primera consideracion el derecho: el pensamiento de su bienestar material no acudió nunca á su imaginacion.

II.

A principios de Julio (1849) salia de Inglaterra el conde de Montemolin con direccion á Alemania, adonde le persiguieron los agentes isabelinos, renovando las gestiones practicadas anteriormente y consiguiendo el mismo resultado (Julio de 1849).

Fué recibido en Alemania el digno príncipe con cuantas consideraciones merecian su orígen y sus virtudes, que en breve pudieron apreciar los que le trataron. Recorrió las córtes de Austria, Prusia y Rusia, «en las cuales fué considerado como tal rey legítimo de España,» y volvió al primero de dichos Estados (Agosto de 1849), fijando su residencia en Viena, donde accidentalmente se hallaban á la sazon D. Cár-

los María Isidro, Doña Teresa de Braganza y D. Fernando, el hermano menor de D. Cárlos Luis.

Distinguió el jóven emperador de Austria Francisco José al ilustre príncipe, cuyo carácter, afabilidad é ilustracion le hacian recomendable en todas las córtes que visitaba. En Setiembre (1849) volvió D. Cárlos María Isidro con su familia á su residencia de Trieste y D. Cárlos Luis le acompañaba (1.° de Setiembre). En aquella sazon el cólera hacía grandes estragos en la ciudad, y el príncipe se vió por ella acometido pocos dias despues de su llegada, con grave peligro de su vida.

Con cuánta solicitud atenderia su dolorido padre al cuidado del enfermo, no hay para qué decirlo: sin embargo, fueron tantos los desvelos, tanto el insaciable esmero con que fué asistido D. Cárlos Luis, que en breve, con el auxilio de Dios y los recursos de la ciencia, se halló fuera de peligro. El parte de su médico de cámara, Dr. Francisco Cardona, decia así:

«El augusto conde de Montemolin fué acometido el Domingo 9 del corriente, hácia las siete de la tarde, de un ataque fulminante de cólera morbo álgido, que puso durante algunas horas su preciosa vida en el más inminente peligro. Con la mediacion y amparo de la divina Providencia, y con los auxilios prontos y activos que le fueron aplicados, se moderó la violencia de los síntomas, y la naturaleza pudo resistir y atravesar, en medio de mil angustias y dolores aquella crísis terrible. Poco tiempo despues, el período descendente de la enfermedad se hizo sentir, y aunque no sin experimentar todavía graves incomodidades, ha llegado ya muy cerca del término felíz, y todo hace esperar que bien pronto el augusto enfermo entrará en una convalecencia, algo pesada tal

vez, pero segura y perfecta. = Trieste, 14 de Setiembre de 1849.=El médico de cámara, Dr. Francisco Cardona.»

En aquélla, como en todas las circunstancias de su vida, D. Cárlos Luis demostró la sublimidad de su carácter, y la santa resignacion de su padre heredada, y de que tantas veces hubo menester en su vida. «Jóven, de talento y de virtudes cristianas, no podia ménos de buscar en la religion consuelos que ella sola puede proporcionar en tan aciagos momentos. Príncipe, de ánimo naturalmente sereno y acostumbrado á sufrir, esperó resignado los decretos del Altísimo. ¡Qué bellos episodios, amigo mio, pudiera referirte de esta enfermedad! ¡Qué patéticas escenas se ofrecian á cada paso, sobre todo al que contemplaba cómo el amor íntimo de familia compensaba las grandezas de otro tiempo, reducidas á la excesiva sobriedad de ahora! ¡El descendiente de cien reyes, me decia yo á mi mismo, reducido á tan pequeña y modesta situacion!

»Preguntado el príncipe si temia morir, respondió: «No; pensaba á menudo en mi familia y en la España. No temia la muerte; sentia sólo que llegase sin haber visto tan feliz como yo quisiera á mi amada patria.» Esto pasó hace pocos dias en una conversacion familiar, y lo reproduzco porque semejantes rasgos no deben sepultarse en el silencio (1).»

El cólera continuaba desolando á Trieste, y la augusta familia determinó pasar á Venecia. El recibimiento que se les hizo en aquella ciudad fué digno de los merecimientos de los

(1) Carta particular publicada por el periódico de Madrid *La Esperanza*.

régios huéspedes. El clero, el mariscal Radetzki y otras personas notables, acudieron á visitar á la familia de D. Cárlos: Radetzki manifestó al ilustre hermano de Fernando VII su consideracion y afecto, como igualmente á la princesa de Beira y á los príncipes D. Cárlos y D. Fernando que le acompañaban.

El conde de Morella, una vez libre, se dirigió á Lóndres, donde residia, y algun tiempo trascurrido se enlazó con una muy principal señora inglesa muy enamorada del valeroso caudillo carlista. La noticia del peligro en que se hallaba D. Cárlos obligó á Cabrera á dirigirse á Trieste: cuando llegó á aquella ciudad, la régia familia habia salido para Venecia, adonde se dirigió el conde.

Deseoso de conocerle Radeztki preguntó por él á D. Cárlos en situacion en que éste estrechaba entre sus brazos á su antiguo caudillo. «Este es Cabrera, dijo, presentándole; el hombre que tanto ha luchado por la causa de la legitimidad.» Radeztki abrazó al conde de Morella, y con lágrimas en los ojos, le preguntó: «Usted ¿no tomará á mal que yo le manifieste mi aprecio de esta manera? Es usted el mismo tipo que yo me habia imaginado (1).»

Con muestras de mucho aprecio era recibido D. Cárlos Luis en todas partes: considerábanle los monarcas como de su régia estirpe, y la más antigua grandeza se mostraba muy orgullosa de contarle en su sociedad. En el carnaval de 1850, como se hallase D. Cárlos en Venecia, y en vista de la tristeza y desconsolador aspecto que ofrecia la ciudad (2), instá-

---

(1) Datos debidos al P. M., que no se separó del ilustre anciano D. Cárlos María Isidro hasta sus últimos momentos.

(2) Á causa de la guerra apénas terminada.

ronle para que pasase á Parma el duque de Burdeos y la duquesa de Berry, y condescendió con los deseos que le manifestaron. Pasó el carnaval en aquella córte, modelo de cultura y de virtudes, de que tan notables ejemplos daba el príncipe soberano; y despues de aquellos dias de regocijo y expansion, volvió á Venecia, de donde, con su augusto padre y demas familia, regresó á Trieste. El terrible contagio habia desaparecido felízmente, no sin dejar en aquella infortunada poblacion un funesto recuerdo, que tardó algun tiempo en borrarse de la memoria de sus habitantes, y permitirles volver á entregarse á la ordinaria actividad y alegría. El conde de Morella dió la vuelta á Lóndres.

Empezando el mes de Mayo, el emperador de Austria, Francisco José, pasó á su ciudad de Trieste, para reanimar con sus determinaciones la vida de aquellos naturales, dictando algunas medidas de utilidad y beneficencia. Visitó el emperador á la régia familia española, y manifestó una vez más el aprecio que le merecia muy particularmente D. Cárlos Luis, con quien se ocupó manifestando gran interes de los asuntos de España.

Ofrecíase Francisco José á prestar su apoyo moral y material, «si fuese necesario,» para colocar en el trono de España á D. Cárlos Luis; pero lo impidieron las circunstancias difíciles que atravesaba Europa en aquellos momentos, en que, apénas sofocados los conatos revolucionarios, nuevas conjuraciones descubiertas amenazaban trastornar la paz de algunos pueblos. El emperador de Austria «instaba á D. Cárlos Luis á que asegurase por medio del matrimonio el apoyo de una potencia importante;» pensamiento que no parecia mal al príncipe, y que le ocupaba alguna vez.

Viajaba D. Cárlos Luis frecuentemente, desde que, terminada la campaña de 1849, pasara á visitar á su familia. No parecian bien tantas visitas á las córtes extranjeras, á los ojos de los enemigos del príncipe; y achacábanle proyectos de nueva guerra, para la cual buscaba el apoyo de gentes extrañas. Decíase que habia circulado á todos los gobiernos del Norte un memorandum, en que manifestaba sus designios, próximos tal vez á realizarse; que las córtes extranjeras habian escuchado sus palabras, y que se disponian á enviar refuerzos con que resucitar la guerra en Cataluña y las Provincias Vasco-navarras.

Con respecto al emperador de Rusia llegó á decir un diario que, despues de hacer muchos y notables ofrecimientos al príncipe, terminaba una carta que le dirigia con las siguientes palabras: «Un movimiento aislado en España podria, si abortase, retrasar el que medito de acuerdo con las demas potencias que se dirigen al fin que queremos. No precipitemos nada, en el supuesto que no se dará lugar á que se fatigue la paciencia.» Suposiciones muy fundadas eran éstas, puesto que contaba con el apoyo implícito de algunos gobiernos el ilustre príncipe, si bien no tan francas habian sido las esplicaciones que mediaron entre él y los monarcas de alguaas potencias, que pudieran inspirar ciega confianza y seguridad.

«Si son exactas estas palabras, decia un periódico liberal de Madrid (1), con referencia á las que hemos trascrito anteriormente, no cabe duda que se fragua en el Norte una conspiracion terrible contra el trono de Isabel II y las instituciones. Por nuestra parte, no sólo lo creemos posible, sino muy

(1) *El Clamor público.*

probable, atendidas las tendencias á una restauracion, en sentido legitimista, que se advierten en los gabinetes del Norte. La misma tenacidad con que el autócrata se niega á reconocer nuestra reina, prueba que algo medita y espera á favor de la rama de Don Cárlos.»

III.

Pero lo que verdaderamente proyectaba el conde de Montemolin en la primavera de 1850 era su matrimonio con una princesa de Nápoles. Como que se llevaron con gran sigilo las negociaciones, en que intervino en gran parte la duquesa de Berry, para el enlace del conde con Doña Carolina, hermana del rey Fernando, estuvo ignorante de todo lo que pasaba el embajador español cerca de aquella corte, duque de Rivas, quien supo por primera noticia que el rey estaba ya comprometido á permitir el casamiento. No se pudo tampoco evitar que el Santo Padre dispensara el impedimento de parentesco, pues á las reclamaciones que con este motivo hizo en la córte de Roma el Sr. Martinez de la Rosa, contestó el cardenal Orioli que el asunto no habia sido sometido á la córte, sino arreglado en una conferencia privada entre S. S. y la condesa de Spaur.

Allanadas todas las dificultades, y á pesar de la protesta hecha en nombre del Gobierno español y conforme á las instruciones de él recibidas, por el Sr. duque de Rivas, se verificó el matrimonio del conde de Montemolin con la hermana del rey de Nápoles, el dia 10 de Julio, en el palacio real de Caserta, con asistencia de la familia real, los ministros y la corte, y con la solemnidad que convenia á los altos personajes contra-

yentes, á la hora misma en que el embajador español, quitado ya el pabellon de la embajada, se embarcaba en el vapor *Castilla* dejando aquella corte.

El enlace con esta ilustre princesa, que se complacian en pintar con los más bellos colores cuantos tuvieron ocasion de apreciar sus excelentes cualidades, y que á la hermosura y talento que han hecho á las de su familia célebres en toda Europa, reunia un candor y un fondo de bondad que cautivaban, dió á D. Cárlos Luis aquella felicidad y bienestar que resultan del ejercicio de las virtudes domésticas, de que tan altos ejemplos ha ofrecido siempre, por confesion de sus mismos adversarios, la familia de Don Cárlos. La Providencia no concedió á los jóvenes esposos la dicha de llevar el dulce nombre de padres; pero no por esto acreditaron ménos que, quienes fueron hijos obedientes y sumisos y modelo de esposos, habrian cumplido los deberes de este cargo con la escrupulosidad que hacian esperar la religiosidad de sus sentimientos y la ejemplar educacion que recibieron.

En la córte de Nápoles, como en las de los varios Estados con quienes estaba aquélla unida con los vínculos de amistad ó parentesco, gozaron siempre de la distinguida consideracion á que les daban derecho, no ya tanto su categoría y el esplendor de su cuna, como la ilustracion y dotes personales que en ellos reconocian todos. El rey Fernando, en especial, halló más de una vez en su reflexiva hermana atinadísimos consejos y una prudente iniciativa para salvar las dificultades y riesgos que tanto prodiga nuestro siglo á las familias reinantes. Su influencia en la marcha política de aquel importante Estado fué tan reconocida por todos, como alabada por los que sinceramente deseaban ver salir triunfantes de la deshecha

borrasca que aquellos dias corrieran á los principios monárquico y religioso.

Un nuevo infortunio llegó últimamente á herir á los condes de Montemolin en lo más vivo de sus sentimientos. Tranquilos permanecian en Nápoles, esperando resignados que sonase la hora señalada por la Providencia como la última de sus no interrumpidas adversidades, cuando el telégrafo vino á anunciarles el estado de gravedad que presentaba la salud del Sr. D. Cárlos María Isidro, que desde hacía algun tiempo inspiraba á todos serios cuidados á consecuencia de habérsele arraigado unas tercianas que ningun medicamento bastaba á combatir, ademas de haber sufrido ya el año 1850 un ataque apoplético, que le habia paralizado, aunque imperfectamente, todo el lado derecho, á excepcion de la cabeza. Púsose precipitadamente en camino el señor conde, en compañía de su primo D. Sebastian Gabriel, ansioso de dar á su anciano padre el último testimonio de su acendrado cariño. Detuviéronse en Roma muy pocas horas, parando en el palacio de Toscana, y en este corto tiempo fueron á besar el pié al Santo Padre, acompañados del cardenal Antonelli, que habia ido á visitarlos tan pronto como tuvo noticia de su llegada. Al entrar en Florencia, el telégrafo habia anunciado ya el funesto fin del ilustre enfermo, que les fué comunicado con las debidas precauciones.

IV.

Hacía ocho años vivia D. Cárlos en Trieste en compañía de su esposa y de su hijo menor D. Fernando, rodeado de tres ó cuatro de sus antiguos servidores, entre ellos el gentil-

hombre Villavicencio. Ocupaba el segundo piso de una casa sumamente modesta, y sólo muy rara vez paseaba en coche, que le dejaba el gobernador austriaco de aquella ciudad; pues no contaba con otros recursos que con la modesta pension que le habian señalado los emperadores de Austria y Rusia, á pesar de lo cual sufria resignado las privaciones que le imponia su desgracia. No obstante lo delicado de su salud desde hacía algun tiempo, tres dias ántes de su muerte escribia aún algunas cartas á sus amigos; pero, de pronto, fué tal el estado de gravedad á que llegó, que de noche le fué administrado el Viático por el Ilmo. Sr. Obispo de aquella diócesi, que procesionalmente condujo el Santísimo Sacramento desde la parroquia, acompañado de numeroso clero y de otras muchas personas con hachas encendidas; teniendo lugar esta ceremonia con la mayor pompa, y recibiendo D. Cárlos el Sacramento con aquel fervor que era en él peculiar. Tan rápido era el curso de su enfermedad, que, á la madrugada del dia siguiente, el médico de la familia mandó que se le administrase la Extrema-Uncion, aunque sólo despues de haberse de nuevo reconciliado quiso recibirla D. Cárlos.

«Era un momento supremo, decia una carta de Trieste, y la alcoba del espirante personaje presentaba el cuadro más tierno y desgarrador. Miéntras el sacerdote recitaba las oraciones de la Iglesia, y D. Cárlos, abriendo los ojos y moviendo los labios, indicaba comprender y repetir mentalmente, hallábanse postrados alrededor del lecho su ilustre esposa, su hijo D. Fernando y todas las personas de la familia, que habian acudido á dar á su querido amo el último testimonio de su lealtad y tierna afeccion. Los sollozos de todos se mezclaban con las palabras del sacerdote, el cual pidió al enfermo

que bendijese á su hijo D. Fernando, por sí y á nombre de sus hermanos ausentes. D. Cárlos entónces alzó las manos; y estrechando en ellas la cabeza de su hijo, hizo ademan de besarla y apoyarla sobre su corazon. Estrechó con la misma efusion á su querida esposa, la cual soportó con bastante fuerza aquel acto, del que pudo retirársela con dificultad y no sin temer algun accidente por lo oprimida y afligida que se hallaba. Estos fueron momentos tan aflictivos, que se pueden comprender, pero que no es posible describir.»

Poco tiempo despues, á las nueve y media de la mañana de 10 de Marzo de 1855, despues de haberse despedido de los que le rodeaban, entregó su alma al Criador aquel príncipe en quien no se sabe qué admirar más: si los padecimientos y privaciones en que tanto abunda su vida, ó la cristiana resignacion é inflexible entereza con que supo dominarlos.

La familia imperial austriaca, que desde que tuvo noticia del estado del ilustre enfermo habia mandado se la diese parte cada dos horas del curso de la enfermedad y que se pusiese á su disposicion cuanto fuese necesario, ordenó al baron Mertens, gobernador militar y civil de Trieste, que se presentase á la augusta viuda á darla el pésame en su nombre: la poblacion, que durante tantos años habia admirado sus cualidades, manifestó el mayor sentimiento por su pérdida, y dió á la ilustre viuda inequívocas pruebas de simpatía: sus numerosos amigos en muchas ciudades de España, y áun de Europa, demostraron por medio de sufragios celebrados para el eterno descanso de su alma, cuán grata les era la memoria de sus virtudes.

El cadáver fué embalsamado y vestido con el uniforme de capitan general español, sobre el cual se veian las placas de

Cárlos III, de San Hermenegildo, las insignias del Toison de Oro y la banda de la primera de las mencionadas órdenes, y expuesto sobre un catafalco construido en una de las salas de la casa mortuoria, todo adornado con el mayor gusto. Despues que una inmensa muchedumbre de personas hubo acudido á tributarle el último homenaje de respeto, el cadáver fué depositado en una caja de plomo, encerrada en otra de caoba, magníficamente trabajada, y trasladado con la mayor solemnidad á un panteon construido á propósito en una capilla de la catedral de aquella ciudad, bajo la advocacion de San Justo. Los funerales, en que ofició el Sr. Obispo, tuvieron lugar con mucha ostentacion y con asistencia de cuanto de notable encierra aquella ciudad y de muchos personajes que de remotos puntos habian expresamente acudido para ofrecer á la proscrita familia esta nueva prueba de estimacion. Ademas del conde de Montemolin y de su primo D. Sebastian, que dejaron su residencia habitual de Nápoles para correr al lado del moribundo D. Cárlos, acudió presuroso desde Lóndres el Sr. D. Juan de Borbon, á quien acompañaron y sirvieron de consuelo en su quebranto el general Cabrera y su interesante esposa, y desde Venecia, donde se hallaban el conde de Chambord, el conde Luchesi-Palli y el duque de Levis, no habiendo asistido por estar enfermo el archiduque Fernando Maximiliano, que mandó á un gentil hombre que le representase, y puso á disposicion de la familia española el palacio que allí posee y cuanto él tenía (1).»

Don Cárlos habia luchado valerosamente con el infortunio, sin que el infortunio pudiera humillarle, aunque llegara

(1) Cont. de la *Hist. de España* por D. Eduardo del Palacio.

á vencerle. Habia sufrido con heroica resignacion las penalidades del soldado y las dolorosas impresiones del proscrito; habia visto llegar el último instante de su vida, léjos de su patria y de dos de sus hijos, sin haber realizado sus esperanzas, sin haber conseguido legar á sus descendientes la corona de España usurpada por la astuta Napolitana. La vida del infortunado monarca fué un conjunto de lágrimas y privaciones, una interminable série de dolores, que solo su grandeza de alma, su resignacion, la fé que le arrebataba podian vencer. D. Cárlos María Isidro murió tranquilo, porque no hay dolor capaz de inquietar al que muere con la conciencia de sus obras, y con la esperanza en Dios se acerca al vestíbulo de la eternidad.

CAPITULO IX.

Reseña histórica.

Pio IX ceñia desde 1846 la tiara pontificia, y al fervoroso entusiasmo con que fuera saludado su advenimiento por la Europa entera habia sucedido en los italianos, impacientes por alcanzar la emancipacion de su patria, y en los revolucionarios de todos los países la aversion primero y la hostilidad despues. El pontífice, abandonado por su tropa, asesinado su ministro Rossi al dirigirse á abrir las cámaras, y vueltos contra él los que debian sostenerle, vióse sitiado en el palacio del Quirinal (16 de Noviembre) y á duras penas, favorecido por el cuerpo diplomático, entre el cual figuró dignamente el embajador español Martinez de la Rosa, logró abandonar la ciudad y pisar el suelo napolitano. En Roma se proclamó la república, y el triunvirato en ella establecido, sin intimidarse por la decisiva victoria alcanzada por los austriacos en Novara contra las tropas de Cárlos Alberto, rey de Cerdeña, que habia pretendido hacerse campeon de la causa italiana, se dispuso, invocando antiguas glorias, para hacer obstinada

resistencia contra las fuerzas que reunian contra él las naciones católicas. España, como Austria y Nápoles, resolvió contribuir al restablecimiento del poder pontificio; pero Luis Napoleon, presidente de la república francesa, celoso por los triunfos alcanzados por los austriacos, y con deseos de imprimir á los asuntos de la península itálica el sesgo más conveniente á su política, se anticipó á todos y envió tropas á Civitavechia, las cuales se adelantaron luégo á poner sitio á la ciudad eterna, alegando el título de hija primogénita de la iglesia que se da la Francia y los sacrificios y gastos sufridos para rechazar y resistir la cooperacion de los demas ejércitos. Por esto el español allí enviado hubo de permanecer en triste inaccion. La division de vanguardia, compuesta de dos fragatas, dos vapores y otro buque de menor porte á las órdenes del jefe de escuadra Bustillos, llegó delante de Terracina (29 de Abril de 1849), y al ver flotar en uno de los fuertes que defienden la ciudad por la parte del mar la bandera tricolor italiana, formáronse los buques en línea de batalla y se disponian á romper el fuego cuando desapareció la bandera, siendo reemplazada por un pabellon blanco. Á su vista saltaron en tierra algunos oficiales, y despues de una conferencia con las autoridades se izó la bandera de Pio IX sin oposicion, y las tropas españolas, efectuado su desembarque, quedaron dueñas de las fortificaciones. Casi un mes despues (27 de Mayo) arribó á la vista de Gaeta otra escuadra española que zarpara de Barcelona, llevando á su bordo ocho mil hombres al mando del general D. Fernando de Córdoba. Éste fué recibido por Pio IX con grandes consideraciones y pruebas de afecto, y de ellas participó el ejército entero por su porte marcial cuando al dia siguiente fué revistado y bendecido por su San-

tidad, á quien acompañaban el rey de las Dos Sicilias y muchos príncipes y dignatarios.

»La hueste española marchó hácia Fondí (3 de Junio), entró en Terracina, y adelantó sus avanzadas hasta Velletri, donde el general Córdoba estableció el cuartel general para esperar los acontecimientos, ya que la altiva respuesta que diera el general frances Oudinot al mensaje que le enviara, igual á la comunicada á los generales austriaco y napolitano, no le permitia reunir sus soldados con los que combatian á Roma. Ocupada esta ciudad por el ejército frances (3 de Julio), y allanadas las dificultades que opuso la política tortuosa de Luis Napoleon, proclamóse de nuevo el restablecimiento del poder pontificio; Pio IX salió de Gaeta para Portici (4 de Diciembre) escoltado por buques españoles, franceses y napolitanos, y volvió á Roma en los primeros meses del siguiente año, cuando ya el ejército expedicionario español habia regresado á nuestras playas, si no con laureles de victoria, con la consideracion y aprecio que en todas partes despertaron sus cualidades militares y su excelente comportamiento.

»Resultados más positivos y ménos inconvenientes habia tenido para el Gobierno español la campaña de Cataluña. Confiado nuevamente el mando del ejército al marqués del Duero D. Manuel de la Concha, los movimientos militares habian tomado gran actividad. Cabrera, batido con frecuencia, casi siempre sitiado por numerosas columnas, dió no obstante acciones notables que enaltecieron su fama militar, tales como la derrota del general Paredes, la sorpresa del brigadier Manzano, el bloqueo de Vich y el combate del Pasteral, en que quedó herido. El general Concha no desdeñó apelar á otras armas para vencerle, y los primeros frutos de sus manejos

fueron la defeccion de Caletrus y la de Pons ó Bep del Oli, á las cuales siguieron luégo las de Posas, Ribas y otros. No estaba prevenido el caudillo carlista para este género de guerra; así es que á pesar de las rigurosas providencias que con algunos tomó, conocióse en breve que la fortuna se declaraba decididamente en contra suya. El conde de Montemolin, despues de atravesar presuroso la Francia, fué detenido en la frontera de Cataluña por los aduaneros franceses; y sucedido esto, Cabrera, que vió ademas en el campo enemigo á Marsal, uno de sus mejores subalternos, abandonó la partida y se volvió á Francia. Faltando él, la insurreccion se extinguió espontáneamente (Abril), y el marqués del Duero fué recibido en Barcelona como pacificador del Principado.

»De repente circuló por Madrid una nueva singular (Octubre): el Ministerio de Narvaez ha caido, y el nombre de sus sucesores, que lo fueron el conde de Cleonard, el general Don Trinidad Balboa y otros, excita general sorpresa. El partido liberal sin distinciones ve en ello un golpe de Estado no sazonado y mal dirigido; los magistrados, las autoridades militares y civiles, los inspectores de las armas y muchos empleados hacen dimision de sus destinos; la reina madre se encamina á palacio, pinta á su augusta hija los peligros que prevé, y el nuevo Ministerio desaparece al cabo de pocas horas, habiendo pasado por las regiones del gobierno cual relámpago, y asimismo fué llamado. El general Balboa, un religioso, una monja y algunos gentiles hombres fueron desterrados, y Narvaez subió otra vez al poder. Comenzábanse á sentir las sacudidas precursoras de la situacion de 1852.

»Pasada la borrasca, se abrieron las Córtes, esta vez sin discurso de la Corona, y á propuesta del ministro de Hacienda,

que era entónces D. Juan Bravo Murillo, se comenzó á dar alguna atencion á las mal paradas rentas públicas (1). Con afan solicitaba el ministro que se hiciesen economías, mas no eran seguramente ocasion propicia para ello las circunstancias por que atravesaba Europa, armados aún los gobiernos todos contra la revolucion, y cuando nubes de mal presagio se levantaban en las Antillas españolas. En efecto, hacía tiempo que los radicales de los Estados Unidos manifestaban deseos de arrebatar á España la floreciente isla de Cuba; pero su mala voluntad no se habia traducido áun en actos exteriores á no ser en discursos y reuniones. Pasando más adelante, en Setiembre de este año, alistaron gente, la reunieron en Round-Island, la pusieron al mando del general español emigrado D. Narciso Lopez, y fletaron dos vapores que cargaron de armas y municiones. Esta tentativa, empero, se frustró por la entereza con que el presidente de aquella república hizo detener los buques y dispersar á los expedicionarios; pero fué una voz de alarma para que el Gobierno español se pusiese en guardia é hiciese sus aprestos.

»Sin desalentarse por este contratiempo, los llamados anexionistas de los Estados Unidos volvieron á poco á reclutar soldados casi públicamente y á prepararlo todo para una nueva expedicion, protegidos, á lo que se dijo, por el embajador inglés en Washington Mr. Bulwer, el mismo que fuera ex-

---

(1) Los gastos ordinarios para 1849 ascendian á 1.088.757.565 reales, y los extraordinarios á 138.532.494 reales. Para 1850 calculábanse los primeros en 1.206.907.936 reales, y en 60 millones los segundos. A ésta última cantidad se creia que habia de llegar el déficit entre los ingresos y los gastos.

pulsado de Madrid. En el vapor *Criollo*, que fletaron, embarcaron quinientos hombres á las órdenes del general Lopez y los dirigieron contra la isla de Cuba, fiados sin duda en las inteligencias que en ella tendrian. Pero su plan quedó completamente frustrado, y la empresa acabó cubriendo de ridículo á los que la habian intentado. Lopez y su gente desembarcaron en Cárdenas, en la parte septentrional de Cuba (19 de Mayo de 1850), y vencida la resistencia de un destacamento de diez y siete hombres, se apoderaron de la poblacion y en ella de un millon de reales de caudales públicos. En breve, sin embargo, acudieron tropas, y secundadas por los naturales, que en todas partes se manifestaron hostiles á los invasores, obligaron á éstos á reembarcarse despues de veinte y cuatro horas de haber saltado á tierra. El vapor de guerra español *Pizarro*, que entónces apareció en aquellas aguas, apresó dos barcas llenas de piratas y persiguió al buque que las llevaba, obligándole á refugiarse más que de prisa en un puerto de la república. Esta expedicion fué causa de que el Gabinete español adoptase enérgicas medidas para poner á salvo la codiciada isla: compráronse en Lóndres vapores para el servicio de correos entre la Habana y la Península; reforzóse la escuadra de aquellos mares, y en el mando de la isla fué reemplazado el conde de Alcoy por el general D. José de la Concha.

» Desahogado período puede decirse que atravesaba el Gabinete de Narvaez, emancipado por entónces de la tutela de Francia por las revueltas por que dicha nacion atravesaba, libre de la oficiosidad humillante de Inglaterra, y domados al parecer los enemigos interiores. Por esto, derogada ya desde el pasado año la ley de 1848, en que se le concedió facultad

para acordar medidas excepcionales, sobreponiéndole á las que afianzaban la libertad de las personas, pudo dedicarse y llevar adelante diferentes mejoras en la administracion pública (1).

»Restableciéronse tambien, por mediacion del rey de los belgas, las relaciones diplomáticas con la Gran Bretaña, despues de declarar el Gabinete español que, con su conducta, no habia sido su ánimo ofender en lo más mínimo á aquella nacion, lo cual habia sido ya manifestado al tiempo de dar los pasaportes al embajador Bulwer; lord Howden, bien quisto en la córte por haber militado en las filas de los auxiliares de la reina, vino á España en calidad de ministro plenipotenciario. Otra dificultad sobrevino con el rey de Nápoles por haber casado una hermana de éste, la princesa Carolina, con el conde de Montemolin (Julio); pero, á pesar de que el embajador español duque de Rivas abandonó aquella córte, el ministro napolitano en Madrid, que lo era el príncipe de Carini, continuó en su puesto, y manifestó que aquel enlace era un hecho puramente familiar que en nada alteraba las benévolas intenciones de su soberano. Las potencias del Nor-

---

(1) Fueron las principales: el franqueo prévio de la correspondencia por medio de sellos sueltos, con lo que se ofreció al público una economía en los portes y al mismo tiempo se abrió camino para fiscalizar la renta de correos; la apertura de líneas telegráficas; un tratado con Francia que rebajó á la mitad el porte de la correspondencia; otro de extradicion con aquel mismo gobierno; una modificacion arancelaria, y algunas medidas para no hacer tan gravosa la contribucion de sangre. Dióse tambien gran actividad á los arsenales marítimos, comenzando así el progresivo aumento de nuestra marina de guerra. Un plan de union aduanera con el reino de Portugal quedó por el pronto paralizado, por atravesarse en él los intereses de Inglaterra.

te, excepto la Rusia, reconocieron tambien el Gobierno de Doña Isabel II.

»Durante este año, en el mes de Julio la reina dió á luz su primer hijo, que fué un príncipe; mas con sentimiento de la nacion, que cifrara en él tantas esperanzas, descendió al sepulcro apénas venido al mundo.

»El Gabinete, del cual era presidente sin cartera D. Ramon María Narvaez, duque de Valencia, continuaba en el poder, siendo ministro de Estado D. Pedro José Pidal, de Hacienda D. Juan Bravo Murillo, de Gracia y Justicia D. Lorenzo Arrazola, de la Guerra D. Francisco de Paula Figueras, marqués de la Constancia, de Comercio, Instruccion y Obras públicas D. Manuel Seijas Lozano, de Marina D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, y de la Gobernacion D. José Sartorius, conde de San Luis, publicista distinguido, quien habia llegado, por medio de la prensa, á una elevada posicion política. Las Córtes, que si no presentaban síntomas alarmantes para el Gabinete, hacian sí presentir sérios obstáculos y penosos incidentes, habian sido prorogadas (18 de Febrero), obtenida por el Gobierno la autorizacion de percibir las contribuciones segun el presupuesto presentado (1) y votadas várias leyes administrativas más ó ménos importantes (2), apareciendo á poco (5 de Agosto) el decreto que

(1) Es digno de observarse que los artículos de la Constitucion que exigian el voto prévio del presupuesto por los Cuerpos legislativos, no habian áun sido cumplidos desde el restablecimiento del régimen representativo en la Península en 1834.

(2) Entre ellas merece mencionarse la que concentró en un sólo funcionario, al que se dió el nombre de Gobernador de provincia, las atribuciones del Jefe político y del Intendente.

disolvia el Congreso, el cual databa de 1846, convocaba los colegios electorales para el 31 de dicho mes, y fijaba para el 31 de Octubre el dia de la reunion de la nueva asamblea. Singular espectáculo ofrecieron las elecciones, en las que, como siempre, metió el Gobierno la mano más de lo que habria debido; todas las oposiciones vinieron á quedar fuera del Congreso, y el Gobierno pudo disponer de inmensa mayoría. El partido progresista vió excluidos á sus principales jefes, como Olózaga, Mendizabal, Cortina, Lujan, etc., siendo únicamente elegidos algunos hombres de este partido, tales como Madoz, Domenech y el general Prim, y lo mismo sucedió á la oposicion llamada moderada, cuyos prohombres, Pacheco, Rios Rosas, Gonzalez Bravo y Benavides, no pudieron sentarse en la representacion nacional. Jefes sin ejército, su defeccion no habia alterado sensiblemente todavía la integridad de la masa del partido moderado; pero aquellas disidencias individuales, y únicamente de conducta más ó ménos expansiva, por decirlo así, revelaban ya su descomposicion próxima. Tambien el partido progresista, que no habia podido áun rehacerse de su derrota de 1843, estaba sufriendo una descomposicion permanente: miéntras la parte exaltada del mismo que se caracterizaba con el lema de: «Más liberales hoy que ayer y mañana que hoy,» se ladeaba visiblemente á las doctrinas democráticas, llevando consigo á las masas que constituyeran en otro tiempo la fuerza del partido, Cortina, Madoz, Mendizabal y otros querian limitarse á una accion legal y parlamentaria, observándose ya en esta última fraccion que muchos se inclinaban más ó ménos hácia el bando conservador, sobrecogidos por el efecto moral de la revolucion francesa.

»Tal era el estado de los partidos, cuando la reina Isabel abrió solemnemente las Córtes (31 de Octubre) con un discurso que, llevando naturalmente el sello de la situacion general de tranquilidad y calma que España atravesaba, llamaba en especial la atencion de los cuerpos colegisladores sobre las cuestiones que se rozaban con el mayor desenvolvimiento de la prosperidad pública. Inútilmente la oposicion empeñó batalla en el exámen de actas, acusando al Gabinete de corrupcion escandalosa y de violencia en las elecciones, y tambien en el vasto campo que ofrecia la contestacion al discurso de la Corona: el resultado fué un voto de confianza dado al Gobierno por la gran mayoría del Congreso; pero cuando todo parecia favorecer así la consolidacion de la situacion política existente y asegurar larga vida al Gabinete del duque de Valencia, pareció éste vacilar más que nunca, trabajado por secretas dificultades. La cuestion de economías, especialmente en el ministerio de la Guerra (1), habian producido en los últimos dias de Noviembre la dimision de Bravo Murillo, á quien reemplazó Seijas Lozano; y este hecho, que fué en el Congreso objeto de largos comentarios, junto con la actitud tomada por D. Juan Donoso Cortés, uno de los miembros eminentes del partido conservador y adicto hasta entónces al Gabinete, revelando las nuevas tendencias que comenzaban á dominar en ciertos espíritus, decidió al parecer al duque de Valencia á no llegar al extremo de una situacion que cada dia se iba haciendo notable por su mayor tirantez.

»Una pequeña dificultad, proveniente de la Reina Madre,

(1) Elevábanse estas economías á 100 millones de reales, y de éstos los 20 pesaban sobre el ministerio de la Guerra.

sirvióle de pretexto para presentar su dimision y pedir pasaporte para Francia (10 de Enero de 1851), acompañándole en la caida sus colegas de Ministerio, contra uno de los cuales, el conde de San Luis, se dirigian, más que contra el duque de Valencia, los síntomas de oposicion. Bravo Murillo le sucedió en el cargo de presidente del Consejo, encargándose ademas de la cartera de Hacienda, despues de una vana tentativa del marqués de Pidal para formar Ministerio, y fueron nombrados ministros: de Estado, D. Manuel Bertran de Lis: de Gobernacion, D. Fermin Arteta; de Gracia y Justicia, D. Ventura Gonzalez Romero; de Guerra, el general Lersundi; de Comercio, Instruccion y Obras públicas, D. Santiago Fernandez Negrete; y de Marina, D. José María Bustillos. Uno de los primeros actos del nuevo Gabinete, que desde su principio sufrió diferentes trasformaciones, en una de las cuales entró el marqués de Miraflores en el ministerio de Estado, fué sancionar la promesa hecha por su antecesor de presentar y discutir el presupuesto ántes del mes de Junio, mediante la cual le concedieran las Córtes autorizacion para cobrar las contribuciones en 1851.

Al presentarse á los cuerpos colegisladores (16 de Enero), Bravo Murillo expuso su programa, en el que colocaba en primer lugar el órden y la economía en la Hacienda, el arreglo de la deuda, las reformas administrativas, y el fomento de las obras públicas, para alcanzar el aumento de los recursos del Estado con el de la riqueza nacional; nada en él era contrario á la política conservadora: pero en breve hízose evidente que el nuevo Ministerio, contrariado por la mayoría del Congreso, á cuyos miembros, encariñados con el anterior Gobierno, y especialmente con el ex-ministro de la Goberna-

cion, se daba el nombre de *polacos*, y por los jefes parlamentarios más eminentes, no podria vivir por mucho tiempo con aquel parlamento, haciéndose inevitable la caida del uno ó la disolucion del otro. Los debates sobre el proyecto ministerial para el arreglo de la deuda descubrieron abiertamente la animosidad que entre los dos existia: luégo de una sesion tumultuosa (5 de Abril), el Congreso fué disuelto, y el ministro Fernandez Negrete, en disidencia con sus compañeros, abandonó el Gabinete.

»Miéntras el país, ó por mejor decir, el Ministerio se lanzaba otra vez al palenque electoral, el Gobierno, por un momento afectado por la insurreccion de Portugal, que impuso á la reina como primer ministro el mariscal duque de Saldanha, daba feliz término á una de las espinosas cuestiones que le legaran sus antecesores. Tiempo hacía que duraban las negociaciones entre las córtes de Roma y de Madrid para resolver las complejas dificultades que la revolucion creara entre la Iglesia y el Estado, cuando la franca y espontánea participacion de las tropas españolas en la obra reparadora consumada en Italia hizo aún más amistosas y benévolas las miras de Su Santidad respecto de esta nacion. En 16 de Marzo firmóse por fin un concordato; y en él, despues de sancionarse la exclusiva existencia de la religion católica en España, se fijaba la dotacion del clero, á quien se devolvian los bienes que no hubiesen sido devueltos todavía en 1845, con obligacion, empero, de ser vendidos y trasformados en renta de tres por ciento; se aprobaban las ventas verificadas; se reconocia en la Iglesia el derecho de adquirir, y se admitia la conservacion y el restablecimiento de las órdenes religiosas. Publicado este convenio, se dictaron várias disposiciones parciales para

su ejecucion y para el nuevo arreglo que en su virtud habia de sufrir el personal de diferentes iglesias.

»Otro hecho de gravedad suma llamó por aquel entónces la atencion del Ministerio de Bravo Murillo sobre la más floreciente de las Antillas españolas. Los fugitivos de Cárdenas no se habian dado por vencidos; ántes sabedores de que en Puerto Príncipe habian alzado unos pocos el estandarte de la insurreccion, alistaron hasta quinientos hombres, americanos, alemanes, húngaros, y españoles los ménos, y los embarcaron á las órdenes de D. Narciso Lopez en el vapor *Pámpero* con direccion á Cuba. Desembarcados en Bahía-Honda (12 de Agosto), se atrincheraron en el pueblo de Pozas, y no tardaron en ser atacados por fuerzas españolas. En uno de los combates fué mortalmente herido el general Enna; pero, esto no obstante, los invasores hubieron de dispersarse cinco dias despues de su desembarque, y Lopez huir á los montes casi solo. El destacamento que dejara en la costa fué tambien vencido y arrollado, y cincuenta prisioneros, entre ellos el coronel americano Crittenden, sufrieron en la Habana la pena de muerte en medio de inmenso gentío. Lopez, que lograra por algunos dias evadir la persecucion de que era objeto, cayó por fin en poder de las tropas, y padeció en la Habana el suplicio de garrote (1.° de Setiembre). En pocos dias, de los quinientos hombres á quienes comprometiera en su culpable empresa, la mayor parte habian perecido luchando con las tropas ó con los naturales, y los que evitaron la muerte en el campo de batalla fueron enviados á Europa, á los presidios de la metrópoli. Estas noticias trasportaron de furor á la plebe de Nueva Orleans, la cual, derramándose por la ciudad, entregó al saqueo varios establecimientos españoles y tambien la casa de

nuestro cónsul. Desde aquel momento hallábase comprometido en la contienda el Gobierno de los Estados-Unidos, y á él se dirigieron vehementes reclamaciones por el ministro español en Washington; no fueron estériles, y el gobierno de la Union, no queriendo hacer suya á los ojos de Europa la causa de los piratas, manifestó su pesar por las escenas de Nueva Orleans, y dijo estar dispuesto á indemnizar al cónsul y á recibirle á él ó á otro con salvas y honores. Por su parte la reina Isabel, sin obedecer á compromiso alguno, indultó á los americanos que de la expedicion habian quedado con vida, los cuales á su regreso á Nueva Orleans fueron recibidos con demostraciones de entusiasmo.

» Despues de estos sucesos, terminados tan ventajosamente para España (1), el Gobierno de Madrid concentró en una direccion única llamada de Ultramar todos los intereses de las colonias, para mejor atender á las reformas administrativas que habian de arrebatar á los americanos toda esperanza de hallar secuaces en la codiciada isla. Tambien pareció deseoso de recobrar en lo posible la perdida influencia en la América del Sur; y con esta idea ratificó un tratado con la República de Nicaragua (22 de Julio), reconociendo su independencia en cambio de igual reconocimiento por parte de la República de todos los créditos, sueldos, pensiones y gastos ordenados por las autoridades españolas hasta el dia en que evacuaron el territorio.

---

(1) Otra victoria habia ilustrado en distintas y apartadas regiones las armas españolas. El ejército de Filipinas, mandado por el general Urbiztondo, marqués de la Solana, acometió el fuerte del sultan de la isla de Joló (28 de Febrero), y alcanzó contra los piratas nuevo é importante triunfo.

»El resultado de las elecciones fué, como de costumbre, favorable al Ministerio. La oposicion progresista volvió al Congreso en la persona de sus principales jefes, sin ser por esto temible por su número, y representaron á la oposicion moderada unos cincuenta miembros, entre los cuales no se contaba el conde de San Luis; el resto, elegido bajo los auspicios del Gabinete, entró en la representacion nacional con la voluntad de apoyar su política.

»Ya entónces pudo conocerse más y más que se precipitaba la descomposicion de los partidos existentes, y con verdad bosquejaba Pacheco el estado de las opiniones en España cuando decia en el Congreso: «Busco los partidos y no los encuentro ni aquí ni fuera de aquí. Los principios y las doctrinas les dieron vida, y los intereses los han desorganizado y disuelto, no alcanzándose á ver sino grupos distintos, sin un principio comun que los dirija. ¿Dónde está el partido moderado? ¿Con la mayoría ó con la oposicion conservadora? Dónde el partido progresista? ¿Con D. Salustiano de Olózaga, ó con el marqués de Albaida, ó bien con D. Manuel Cortina, nuevo Aquiles retirado en su tienda? Los partidos mueren de inanicion, porque no se hace la política con recuerdos, buenos ó malos, sino con lo presente y lo porvenir.....» Con tales condiciones se abrió en Madrid la nueva legislatura (31 de Mayo), y pasados algunos dias en el exámen de actas y en vergonzosas personalidades, entraron las Córtes á discutir el arreglo de la deuda, siendo votado por inmensa mayoría el proyecto ministerial, el que, discutido tambien en el Senado, fué promulgado como ley en 1.° de Agosto.

»En virtud de esta ley, la deuda pública de España (que en todo ascendia á unos doce mil millones de reales), habia de

dividirse en renta perpétua al 3 por 100 y en deuda amortizable. La 1.ª se dividiria en consolidada y diferida, formando aquélla el 3 por 100 creado hasta aquel dia, así exterior como interior, y constituyendo ésta, 1.º, el capital nominal del 5 por 100 consolidado exterior é interior: 2.º, el 4 por 100 consolidado reducido á las cuatro quintas partes: 3.º, los intereses de estas mismas deudas vencidos y no satisfechos, despues de ser reducidos préviamente á la mitad.—La deuda amortizable se divide en dos clases; la primera comprende: 1.º la deuda corriente al 5 por 100: 2.º, los vales no consolidados: 3.º, las láminas provisionales. La segunda clase comprende la deuda sin interes y la pasiva.—El interes de la deuda diferida será de 1 por 100 durante los cuatro primeros años, de uno y un cuarto en los dos años siguientes, y así sucesivamente á razon de un cuarto cada dos años hasta el décimonono, en que el interes será total y la deuda tomará el carácter de consolidada.—Al pago de la deuda amortizable se destinan diversos terrenos baldíos y derechos del Estado, y ademas 12 millones de reales inscritos en el presupuesto desde 1852.—La suma total de intereses anuales que habrán de pagarse al estar cumplida la ley en todas sus partes, se elevará á unos 280 millones de reales.

»Otras leyes referentes á la deuda llamada del tesoro y á la deuda flotante (3 y 5 de Agosto), completaron el arreglo de la situacion financiera de España. Hecho esto, y resueltas otras cuestiones rentísticas, fué suspendida la legislatura (31 de Julio), y durante algunos meses la accion administrativa del Gobierno sucedió á la accion política de los cuerpos colegisladores.

»Ejercióse principalmente aquélla en una série de dispo-

siciones encaminadas al aumento de los ingresos públicos, cosa que necesariamente exigia el arreglo verificado en la deuda. Para ello no se crearon nuevas contribuciones, pero hiciéronse por una parte ciertas economías en los gastos, y por otra se procuró, con várias modificaciones en el subsidio industrial y de comercio y en la legislacion referente al papel sellado y á los derechos de aduanas, hacer dar mayores rendimientos á las existentes. Quísose comunicar nuevo impulso á todos los intereses, al comercio (1), á la industria, á la agricultura, á cuanto constituye, en una palabra, la fortuna pública, todo lo cual se concentró en el ministerio de Fomento, recientemente erigido en reemplazo del de Comercio, instruccion y obras públicas; creáronse las acciones de caminos de hierro para subvencionar la construccion de estas importantes vías; decretáronse otras obras públicas, y en el Gobierno y en los particulares veíase en este órden de empresas la emulacion universal que es todavía una de las ideas dominantes.

»Ocupado en estas prácticas cuestiones, de las que únicamente le distraian el restablecimiento de las buenas relaciones con Nápoles, á cuya córte fué enviado como embajador el marqués de Viluma, y negociaciones con Francia, Cerdeña, Suiza y otras naciones para celebrar tratados sobre el deslinde de fronteras, sobre propiedad literaria, sobre correos y otras materias no políticas, presentóse el Ministerio á las Córtes, abiertas de nuevo en 5 de Noviembre. En medio del celo

---

(1) En el año anterior de 1850, las importaciones ascendieron á 671 millones y las exportaciones á 488. En éste fueron las primeras de 687 millones y de 497 las segundas.

de que parecia animado tambien el parlamento en favor de los intereses positivos, como eran el exámen del presupuesto (1), una propuesta de concesion de canalizacion del Ebro, un plan para reorganizar la administracion interior y las diferentes medidas presentadas por el Gobierno, no faltaban encendidas discusiones políticas, en las cuales, si el Gabinete contaba con la mayoría, podia conocerse no haber cambiado la actitud hostil de los partidos. La fraccion conservadora disidente era entre todos la que ofrecia para el Ministerio más real peligro, y por un momento llegó á creerse en la posibilidad de la caida de Bravo Murillo. En aquel entónces volvió á España el general Narvaez, y tambien lo verificó Istúriz, embajador en Lóndres, considerado como el hombre de las situaciones neutrales y el lazo de union entre las diversas fracciones del partido moderado, de modo que ya en las conversaciones privadas se daban como ciertos varios nombramientos, cuando llegó á Madrid la noticia del golpe de Estado realizado en París en 2 de Diciembre por Luis Napoleon, creando para Francia y para la Europa toda una situacion nueva con diferentes influencias lo mismo que con nuevos peligros.

»Primera consecuencia de este hecho que afirmó en su puesto al Gabinete, el cual se apresuró á reconocer á la autoridad recientemente establecida en París, fué suspender las sesiones de las Córtes (8 de Diciembre), suspension que se hizo definitiva en los primeros dias del siguiente año, sin que nada hiciera presentir una convocacion próxima. Por otra

(1) El presupuesto del año de 1851 presentaba en ingresos 1.090.195.877 reales, y en gastos ordinarios, incluso el semestre de la deuda recientemente liquidada, á contar desde 1.º de Julio, 1.070.577.291 reales.

parte un acaecimiento de diferente órden proporcionaba á la Península una nueva garantía de estabilidad interior: la reina dió á luz una princesa que recibió los nombres de María, Isabel, Francisca de Asís, Cristina (20 de Diciembre), asegurando así la sucesion directa de la corona, y á poco dos incidentes imprevistos agitaron en diverso sentido la opinion pública, y dieron mayor fuerza á las ideas que comenzaban á dominar en las esferas del Gobierno. Fué el uno un motin militar, aunque no por causas políticas, en uno de los cuarteles de Madrid, seguido de sangrientos castigos, y el otro un atentado contra la vida de S. M.

»Salia la reina despues de su parto á presentar la recien nacida en el templo de Nuestra Señora de Atocha (2 de Febrero de 1852), cuando de entre el gentío que llenaba el interior del regio recinto, atestiguando la noble familiaridad que existe entre el pueblo español y sus soberanos, se adelantó un hombre para arrodillarse delante de Isabel II como presentándole un memorial y descargarle al mismo tiempo una puñalada en el costado derecho. Las bordaduras del vestido debilitaron el golpe, y si bien la reina quedó herida, no tardó en entrar en convalecencia. Indignacion y horror causó en toda España la noticia del crímen, tan nuevo en esta tierra leal, y el regicida, que era un sacerdote de sesenta y tres años, por nombre Manuel Martin Merino, tipo moral de los más singulares y mezcla extraordinaria de cinismo, de sangre fria y de candidez insolente, poseido y extraviado por pasiones demagógicas y revolucionarias, sufrió la pena de garrote despues de ser despojado solemnemente de su carácter sagrado, y sus restos fueron quemados y lanzados al viento (7 de Febrero).

»Entónces, con la espontaneidad de las demostraciones monárquicas en que prorumpió unánimemente el pueblo español, conocióse otra vez el vigor y la fuerza que tantos años de trastornos no habian podido arrancar á la institucion de la monarquía, y benéfica la reina y conmovida ante tales testimonios de cariño, escribió al presidente de su Consejo de Ministros para que el Gobierno tomase la iniciativa de una suscricion voluntaria, cuyo producto se destinara á elevar uno ó muchos hospitales en conmemoracion del nacimiento de su hija y de su presentacion al pueblo. Otros eran en tanto los cuidados de sus ministros: la prensa fué sometida á nuevas y á más rigurosas condiciones (2 de Abril); y aunque el atentado de Merino nada tenía de político, á lo ménos en cuanto no provenia de partido ninguno, es imposible no ver en él una de las causas que debieron de favorecer una política de restriccion, dando mayor fuerza al sentimiento monárquico y haciendo comprender la necesidad de garantías más fuertes contra el contagio revolucionario.

»La tribuna estaba muda, la prensa vivia bajo un régimen que equivalia al silencio, y el Gabinete, solo en frente del país, gobernaba por reales decretos, reorganizaba la administracion general (20 de Junio), arreglaba várias deudas provenientes de antiguos créditos ingleses y franceses (Febrero y Marzo), alteraba la legislacion sobre los extranjeros, modificaba la ley del año anterior sobre la deuda (Octubre) (1), y hacía concesiones de caminos de hierro. Sin embargo, en

---

(1) Los tenedores de la nueva deuda diferida fueron autorizados para convertir inmediatamente sus títulos en deuda consolidada, quedando al Gobierno el derecho de determinar su precio.

medio de estos trabajos no era dudoso que el Gobierno abrigaba proyectos de reforma en la constitucion del Estado y en las principales leyes políticas, y á mediados del año en que ahora estamos esta importante cuestion quedaba planteada en el interior del Consejo, ante el país, ante la opinion pública y ante los partidos, aunque de un modo vago é indeterminado la reforma estaba en todas partes y en ninguna. Á lo que parece, el mismo Gobierno ignoraba lo que haría y cómo lo haría; el país vacilaba tambien acerca de lo que sucederia; pero al ver que tomaban cuerpo las tendencias generales del Ministerio, que las opiniones se conmovian y agrupaban, que las adhesiones ó las resistencias se manifestaban confusamente, era claro que la cuestion se habia empeñado y que produciria una próxima lucha.

»Para triunfar en ella, para llevar á cabo la reforma constitucional que meditaba, el Gabinete tomaba su fuerza en la autoridad propia de la monarquía, en la aparente indiferencia del país por las cuestiones políticas, en cierta fraccion de la opinion conservadora, y, sobre todo, en la misma descomposicion de los partidos. Éstos, empero, aunque fraccionados al infinito, y perdida ya en muchos de ellos la fe en el programa político de la revolucion de 1812, estrecharon momentáneamente sus filas, y ayudados por el elemento militar, al cual el presidente del Consejo queria despojar de su omnipotencia en los asuntos del Gobierno, se coligaron esforzadamente para parar el golpe de estado que se suponia en la mente de Bravo Murillo. Si por este medio pudo pensar éste en llevar sus proyectos adelante, es positivo que abandonó su idea, pues un decreto de 5 de Noviembre convocó las Córtes para el 1.º del próximo mes. Nunca legislatura alguna

habia sido con tanta impaciencia esperada, ni se habia abierto bajo auspicios más solemnes y quizás en condiciones más difíciles. La agitacion no era exterior ni ruidosa, contenida la prensa y muda todavía la tribuna; pero sí latente y confusa, manteniendo turbados é inquietos los ánimos. El desenlace no podia hacerse esperar por mucho tiempo.

»En efecto, reunidas las Córtes (1.° de Diciembre), empeñóse sin pérdida de momento la lucha en el Congreso con motivo de la eleccion de presidente. D. Santiago Tejada, candidato ministerial, fué rechazado, y Martinez de la Rosa se sentó en el sillon de la presidencia, diciendo en aquel acto considerar tal honor, no como un homenaje á su persona, sino como un testimonio público y solemne de aprecio á su larga carrera parlamentaria y á la constancia con que siempre habia sostenido y sostendria las instituciones que son, dijo, el más firme apoyo de las prerogativas del trono y la salvaguardia de los derechos nacionales. Desde aquel momento pudo conocer el Gabinete la acogida que en el Congreso habia de encontrar su política; el Senado no se manifestaba ménos hostil, y así fué que, dando á las Córtes un solo dia de vida, las disolvió por real decreto (2 de Diciembre), y convocó para el 1.° de Marzo del próximo año otras nuevas, elegidas segun la ley vigente. Á la agitacion en el parlamento sucede la agitacion en el país: las oposiciones se reunen, conciertan sus esfuerzos, forman comités y juntas electorales, y en 10 de Diciembre se publican á un tiempo dos manifiestos, uno del partido progresista firmado por Gonzalez, San Miguel, Infante, Olózaga, Mendizábal, Lopez, Escosura, Domenech, etc., y otro por todas las fracciones del antiguo partido moderado desde Mon hasta Pacheco y Rios Rosas, llevando por primera firma

la del duque de Valencia, adoptado casi unánimemente como jefe de esta nueva campaña. El Gabinete se apresuró á disolver los comités, á prohibir las reuniones electorales y á impedir la circulacion de los manifiestos; señaló al duque de Valencia un plazo de veinticuatro horas para salir de Madrid, mandándole marchar á Austria á hacer estudios sobre el estado militar de aquel imperio, y al propio tiempo, junto con el presupuesto de 1853 (1), publicó los proyectos de reforma, pábulo hacía seis meses de los cálculos de las imaginaciones todas. Eran en número de nueve y versaban: el 1.° sobre la Constitucion del Estado; el 2.° sobre la organizacion de la Alta Cámara; el 3.° sobre las elecciones de diputados; el 4.° sobre el régimen interior de los cuerpos legislativos; el 5.° sobre las relaciones de éstos entre sí; el 6.° sobre la seguridad de las personas; el 7.° sobre la inviolabilidad de la propiedad; el 8.° sobre el órden público, y el 9.° sobre los grandes y títulos del reino: formaban juntos un nuevo código fundamental con un conjunto de leyes orgánicas que abrazaban los diversos ramos de la situacion política.

»Estos proyectos, aunque no pasaron adelante ni llegaron á realizarse, constituyen, sin embargo, uno de los más importantes monumentos de la historia reciente de España, y por ello conviene examinarlos someramente é indicar las principales diferencias que los distinguian de la legislacion antigua.

---

(1) El presupuesto de 1853 se elevaba en gastos ordinarios y extraordinarios á 1.228.296.530 rs., y en ingresos á 1.433.497.730 reales. En el del año anterior los gastos habian sido 1.156.761.456 reales, y los ingresos de 1.188.471.762 reales.

»Era el primer carácter de la nueva constitucion la sencillez y la ausencia de toda declaracion de principios, de toda fórmula general; sus cuarenta y dos artículos abrazaban los diversos puntos de la organizacion política, las atribuciones del rey y de las Córtes, la sucesion á la corona, la regencia y la tutela. Como en la constitucion antigua, la religion católica era declarada religion del Estado, pero se establecia que las relaciones de éste y de la Iglesia serian fijadas por el rey solo y el sumo pontífice en virtud de concordatos con fuerza de ley. Todos los artículos sobre la aptitud de los ciudadanos á todos los empleos, sobre el derecho de peticion, sobre el derecho de imprimir y de publicar sin censura prévia quedaban suprimidos, lo mismo que la inviolabilidad del domicilio y de la propiedad, que desaparecian de la Constitucion para entrar bajo el dominio de leyes orgánicas, que ofrecian iguales garantías. El presupuesto habia de ser permanente, y sólo en virtud de una ley podia alterarse; tambien se necesitaba aquella para crear y suprimir tributos, y ademas las Córtes habian de examinar anualmente la cuenta de ingresos y de gastos. Desaparecia el artículo que daba á las cámaras el derecho de fijar anualmente la fuerza militar, y en casos urgentes, el rey con el consejo de Estado podia acordar medidas legislativas, salva la aprobacion de las Córtes. El Senado, al que se hacía sufrir una trasformacion completa, habia de componerse en adelante de senadores hereditarios, de senadores natos y de senadores vitalicios. La clase de los primeros era formada por los grandes de España que pagasen á lo ménos 30.000 reales de contribucion; eran senadores natos el príncipe de Asturias, los infantes de España, los cardenales, los capitanes generales, el patriarca de las Indias, los arzobis-

pos, los seis obispos más antiguos y los diez tenientes generales que tuviesen esta cualidad; los senadores vitalicios se elegian en iguales categorías que ántes. En apoyo de estas disposiciones, venía una ley que restablecia los mayorazgos y fijaba la gerarquía de los títulos del reino.—El número de diputados quedaba reducido de trescientos cuarenta y nueve á ciento setenta y uno. Para serlo exigíase la edad de treinta años y el pago de 3.600 reales de contribucion, ó 2.000 cuando 580 procedieran de contribucion territorial, en vez de los 1.000 reales anteriormente exigidos. El rey nombraba al presidente y al vicepresidente del Congreso; las sesiones habian de celebrarse á puerta cerrada, excepto en los casos de sesion régia, apertura del parlamento ó de constituirse el Senado en tribunal de justicia. Manteníase á los senadores y diputados el derecho de proposicion individual; los ministros habian de asistir á las sesiones de los cuerpos colegisladores, y la contestacion al discurso de la corona debia ser votada despues de un discurso en pro y otro en contra.

Al entregarlos así á la publicidad, el Gobierno prohibió su discusion para que, decia, «la vivacidad de las pasiones no perjudicase su imparcial estudio.» Así pues, el Gabinete de D. Juan Bravo Murillo parecia quedar dueño de la situacion, á lo ménos hasta la reunion de las próximas Córtes, que probablemente le habrian sido favorables á pesar de las ardientes enemistades que contra él habia suscitado. Sin embargo, en aquellos momentos acaeció su repentina caida: combatido por los generales, agobiado bajo el peso de dificultades interiores que se multiplicaban en el seno del Consejo y en Palacio, contrariado por el estado de la Hacienda en la cual tampoco le era dable realizar sus planes, hallóse en la imposibi-

lidad, tanto de retroceder como de marchar adelante, y por fin, abandonando el terreno, presentó su dimision (14 de Diciembre) (1).

»Durante los últimos meses de la vida del Gabinete, la cuestion de la isla de Cuba, que no habia cesado de ser la suprema y azarosa dificultad entre España y los Estados-Unidos, tomó nuevo aspecto más favorable. Inglaterra y Francia celebraron un tratado obligándose á no intentar nunca la conquista de la isla, y reprobar por el contrario toda empresa que tendiera á este objeto, y á no intervenir jamas de un modo exclusivo en cuanto se refiriese á la posesion española. Ambos gobiernos dirigieron ademas una nota al gabinete de Washington invitándole á adherirse á lo estipulado (Julio); y si bien aquel se negó á ello claramente (Diciembre), es indudable que así las declaraciones que no pudo ménos de consignar, como la decidida actitud de los gobiernos de Inglaterra y Francia, alejaron por algun tiempo los peligros por aquella parte, á pesar de haber sido nombrado por entónces embajador americano en Madrid Mr. Soulé, conocido por su ardor anexionista. Díjose que venía á España para tratar de la venta de Cuba; y esta idea, tan opuesta al sentimiento nacional, produjo cierta conmocion en la Península, llegando á

(1) En el momento de su caida, despues de sufrir en los veinte y tres meses que llevaba de existencia diferentes modificaciones que, como hemos dicho, en nada afectaron su direccion política, se componia el gabinete de Bravo Murillo, presidente y ministro de Hacienda; Bertran de Lis, ministro de Estado é interino de Fomento; D. Cristóbal Bordiu, de la Gobernacion; Don Ventura Gonzalez Romero, de Gracia y Justicia; el general Urbina, de la Guerra, y el general Ezpeleta, de Marina.

proponer los periódicos que se contestara al embajador ofreciéndole comprar á la Union el estado de Nueva Yorck.

»Al acaecer la caida de Bravo Murillo, el sobrino del cautivo de Santa Elena ceñia, siguiendo en parte la senda que le trazara su tio, la corona imperial con el nombre de Napoleon III, y esto en ocasion en que exhalaban el último suspiro dos de los hombres que más combatieran el antiguo imperio; el duque de Bailen en España (24 de Setiembre) y el duque de Wellington en Inglaterra. La crísis ministerial acaecida en Madrid no podia tener más objeto que templar las animosidades y quitar á la situacion su actual tirantez, y ésta fué en efecto la mision del nuevo Gabinete; por influencia de la reina madre que, á lo que se dijo, no habia sido extraña á la crísis, encargóse de la presidencia del mismo con la cartera de Estado el general D. Federico Roncali, conde de Alcoy, y á él acompañaron D. Alejandro Llorente como ministro de la Gobernacion; D. Federico Vahey de Gracia y Justicia, D. Gabriel de Aristizabal de Hacienda; el general Don Juan de Lara de la Guerra, y el general conde de Mirasol de Marina é interino de Fomento. Poco despues Llorente entró en Hacienda por renuncia de Aristizabal, y fué reemplazado por D. Antonio Benavides (10 de Enero de 1853). No significaba, empero, repetimos, el cambio de Ministerio un cambio radical de política; en el fondo quedaba ésta la misma, pero más moderada y procurando aparecer más liberal, sin abjurar por ello de las tendencias generales. Así se reveló en sus diferentes actos; en el nuevo decreto sobre la prensa (2 de Enero); en la satisfaccion dada á Martinez de la Rosa, que volvió á presidir el Consejo de Estado; en el levantamiento del entredicho lanzado contra el manifiesto electoral de la oposi-

cion moderada, y en la órden comunicada al general Narvaez, en respuesta á la exposicion que dirigiera desde Bayona, diciéndole haber incurrido por ella en el desagrado de S. M. y mandándole conformarse á la real órden que le prescribia marchar al extranjero. Respecto á la grave cuestion de la reforma constitucional, la idea del gabinete de Roncali se hallaba consignada en este pasaje de la circular que dirigiera á los gobernadores de provincia.

»Los ministros, decia, creen que no pueden ponerse en duda la conveniencia, la oportunidad y hasta la necesidad de reformar en algunos puntos las leyes políticas del Estado. La experiencia de todos los ministerios que han gobernado el país en los últimos siete años, compuestos de hombres de opiniones y partidos políticos distintos, las repetidas ocasiones en que esos diferentes ministerios, no obstante su deseo de conservar intactas las leyes, se han separado de su texto para no faltar á la ley más imperiosa de la salvacion pública, son á la vez la prueba y la causa de la necesidad que existe de modificar en ciertos puntos las leyes fundamentales para ponerlas en armonía con la situacion real del país.

»Entre el Gabinete que regía ahora los destinos de la nacion y su antecesor, no habia, pues, sino diferencias de formas y de circunstancias, resultando de ahí que no podia encontrarse en situacion mucho más desahogada. Si por las tendencias más tolerantes de su política habia atraido á sí á gran número de miembros de la oposicion moderada, continuaba teniendo delante á la poderosa fraccion de este bando opuesta á todo proyecto de reforma constitucional, y al partido progresista. Una y otro continuaron en su coalicion, y unidos se presentaron en el campo electoral, recomendando los conser-

vadores candidatos progresistas y los progresistas candidatos conservadores. El Gobierno, que no permanecia inactivo en la lucha, llegó á prohibir toda reunion electoral, y vió coronados sus esfuerzos con una mayoría numerosa, si bien no faltaban en el nuevo Congreso, y sobre todo en el Senado, fuertes y vigorosos elementos para hacer su posicion aún más difícil.

»Bajo estos críticos auspicios se abrió el parlamento (1.º de Marzo). En el Senado, donde hacía algunos años que existia una oposicion militar que contaba en sus filas á los generales Concha, O'Donnell, Serrano, Ros de Olano y otros, redújose en un principio toda la política á dos cuestiones principales, relativa la una al general Narvaez y la otra á los caminos de hierro, ambas bajo formas diversas, pero llevando impreso el sello de una violenta oposicion. Muy pocos votos dieron en la primera razon al Gabinete, y en la segunda, que parecia acreditar la idea universal de grandes escándalos en las concesiones de vías férreas verificadas hasta entónces, pronunciáronse vehementes discursos, y entre ellos uno por el general D. Manuel de la Concha acusando, no sólo al banquero Salamanca, sino tambien al esposo de la reina madre, el duque de Rianzares, y afirmando que el Gobierno estaba dominado por influencias extralegales. El Congreso, despues de las primeras sesiones consagradas al exámen de actas, se lanzó brioso á los debates políticos, inaugurados por el Gobierno con la presentacion de sus proyectos de reforma (29 de Marzo) (1), los cuales pasaron á una comision en que habia

(1) Estos proyectos se diferenciaban bastante de los de Bravo Murillo. El régimen de los cuerpos colegisladores debia ser fijado

tantos ministeriales como miembros de la oposicion. La facultad de cobrar las contribuciones en 1853 dió lugar á irritantes debates y áun á amenazas de resistencia armada por parte del general Prim, lo mismo que los planes del ministro de Hacienda, alarmado por la peligrosa situacion del Tesoro, que proponia una nueva emision de la deuda pública 3 por 100 de 30 millones de reales de renta anual, representando un capital de mil millones, con destino á mejorar la condicion de los acreedores extranjeros, tenedores de deuda diferida, y á la extincion de la deuda flotante (1). Con la mayoría en ambas Cámaras, el Gabinete veia insensiblemente que su situacion empeoraba, que iba perdiendo el ascendiente político, que las pasiones se envenenaban á su alrededor: el discurso del general Concha, sobre todo, habia causado viva sensacion, y de todo ello resultó que al dia siguiente fueron de nuevo suspendidas las Córtes (8 de Abril), declarándose á poco terminada la legislatura de 1853. Pasando más adelante, el Gabinete destituyó á los senadores empleados que habian votado contra él en el asunto del duque de Valencia, entre ellos á D. Lorenzo Arrazola, presidente del Tribunal Supremo de Justicia, y hallóse condenado á subsistir por medio de la compresion. Con

---

en adelante por una ley en vez de un reglamento; el presupuesto habia de ser discutido como ántes, pero sólo en sus elementos no permanentes. No se alteraba la ley electoral, pero, en cuanto al Senado, proponia este Ministerio, como el anterior, una modificacion esencial, introduciendo en aquel cuerpo el elemento hereditario. Restablecíanse tambien los mayorazgos.

(1) El ministro Llorente dijo elevarse la deuda flotante á 439 millones de reales, la cual costaba anualmente á España unos 30 millones de reales.

un intervalo de tres meses se reproducia la situacion violenta en que se hallara D. Juan Bravo Murillo, en cuyo término no parecia verse otra cosa que un golpe de Estado. La situacion era idéntica, y tambien lo fué el desenlace; una nueva crísis ministerial elevó á la presidencia del Consejo y al departamento de la Guerra á D. Francisco Lersundi, capitan general de Madrid (14 de Abril); D. Pedro Egaña fué nombrado ministro de la Gobernacion; D. Manuel Bermudez de Castro, de Hacienda; D. Antonio Doral, de Marina; D. Pablo Govantes, de Gracia y Justicia é interino de Fomento, y de Estado Don Luis Lopez de la Torre Ayllon, representante español en Viena.

»Las inútiles tentativas hechas cerca de los hombres políticos más eminentes de la oposicion conservadora pusieron de manifiesto los propósitos liberales y conciliadores del nuevo Ministerio, que se presentaba á realizar despues del Gabinete de Roncali lo mismo que éste hiciera despues del de Bravo Murillo. Calmar las pasiones, desarmar el encono de los partidos, restablecer en lo posible la union de los ánimos tan violentamente alterada, desenvolver los recursos y los elementos de prosperidad del país, tales eran las miras que resumia el programa ministerial (16 de Abril). «Una política prudente que, consagrándose á los grandes intereses sociales, vivifique sus actos con un espíritu de justicia y los caracterice con el sello de la tolerancia, puede, decian los ministros, hacer compatibles con el interes del Gobierno todas las opiniones, cooperar á extinguir los odios y las prevenciones injustas, y volver á su estado normal los partidos legales sin atacar en lo más mínimo su vitalidad y su independencia.» Observóse, sin embargo, que entre las promesas de respetar escrupulosamente

la legalidad, de multiplicar las garantías de una buena administracion, y de dejar á la discusion suficiente latitud, el Gabinete nada decia de la reforma constitucional, de la cuestion de los caminos de hierro, del asunto del general Narvaez, que se hallaba aún pendiente, ni de una nueva convocacion de Córtes, notándose ademas en el programa ministerial algunas frases que se suponian escritas con gran intencion sobre la necesidad «de consultar siempre en las leyes los sentimientos inmutables, las costumbres tradicionales y las necesidades permanentes del pueblo español, con tanta frecuencia desconocidas ó violentadas por los innovadores en la efervescencia de las contiendas políticas.»

»Esto no obstante, el nuevo Gabinete no dejaba de mostrarse, en la práctica, fiel á la mision tolerante y conciliadora que parecia haber impuesto sobre sí. D. Pedro Egaña, en quien se suponian tendencias absolutistas, manifestábase benévolo con la prensa, y suprimia la institucion de los corregidores. Bermudez de Castro, en su departamento, esforzábase tambien en hacer prevalecer un espíritu de reforma; hacía dar un nuevo paso á la de los Aranceles de Aduanas, y derogaba la disposicion de Bravo Murillo, admitiendo á los tenedores de deuda diferida al cambio inmediato de sus títulos, bajo ciertas condiciones. La cuestion de los caminos de hierro fué sustraida á las pasiones de los partidos para ser diferida á la decision del Consejo de Estado (29 de Abril), y el Gabinete, en fin, procuraba atraer á sí todos los hombres animados de espíritu conciliador, alejando, más bien que abandonando, todas las cuestiones candentes (1).»

(1) Gebhardt, *Hist. general de España y de sus Indias*, t. VI.

No ofrecia el nuevo Ministerio más seguridades de vida que el anterior, como se demostró muy pronto, al manifestarse la diversidad de miras de cada uno de sus miembros y la falta de armonía en las más importantes cuestiones. Con motivo de la renuncia que de la cartera que se le proponia hizo D. Luis Lopez de la Torre Ayllon, y sobre si era más urgente sustituirle que pasar á ocuparse de las importantes cuestiones que estaban pendientes, ó si esto sería preferible á lo primero, el ministro de Hacienda abandonó el Ministerio, siendo reemplazado por D. Luis María Pastor; entró en Fomento D. Claudio Moyano Samaniego, y se encomendó la cartera de Estado á Calderon de la Barca, ministro plenipotenciario en Washington.

Poco duró esta combinacion; Moyano y Pastor habian pertenecido á la oposicion contra los ministerios anteriores; pero se divorciaron en la cuestion de caminos de hierro, quedando sólo el diputado por Toro y ministro de Fomento á la sazon. Opinaba Moyano que las concesiones de vías férreas se hicieran por acuerdo y conformidad de las Córtes y no por el Gobierno, pues daba lugar á duras apreciaciones, y á la pública murmuracion, que veia en dichas concesiones ventajas no muy legales á favor del Gobierno. Opusiéronse los restantes miembros del Gabinete, y Moyano presentó su dimision (1.º de Agosto), que le fué admitida, y nombrado para reemplazarle D. Agustin Estéban Collantes.

La cuestion de ferro-carriles era muy árdua y habia dado ya lugar á muchas desavenencias y mutaciones, hasta que un real decreto la resolvió definitivamente (7 de Agosto). En él se declaraban válidas cuantas concesiones de caminos se hubieran hecho hasta entónces; y se decia en el preámbulo del

decreto: «Allí donde se presenta un pacto garantido en nombre de la reina bajo la firma de un ministro, allí existe un compromiso solemne, sagrado é irrevocable que es preciso respetar; allí existe un acto oficial que no puede anularse sino por la libre voluntad de los contrayentes; allí, en fin, está la salvaguardia de la fe pública, del crédito y del honor del país. Si el contrato ha perjudicado los intereses generales, si el ministro que lo ha firmado ha abusado de su posicion ó violado las leyes, exíjasele la responsabilidad, pero cúmplase lo que ha sido objeto del pacto, porque sólo así puede subsistir un gobierno, porque la fuerza de un contrato entre el poder público y una tercera persona no depende de la individualidad transitoria de este ó del otro ministerio, sino que descansa en la identidad permanente é inmutable de gobierno, personificacion de la sociedad entera.»

Famosas teorías que pudieran por sí solas hacer el elogio del Gabinete que las publica, si los hechos no hubieran desmentido en otras muchas ocasiones tanta escrupulosidad en los moderados y tan rigorista sumision á las obligaciones contraidas en los hombres que con tanta facilidad reformaban sus acuerdos y revocaban las reales órdenes. En aquella ocasion manifestaban grande interes en no deshacer lo hecho, aunque várias razones hubiera habido para ello; razones que no nos toca examinar, pero que no se ocultaban á los ojos de las oposiciones.

Tanta insistencia daba márgen á que la maledicencia se ensañase con el Ministerio, y muy principalmente con Don Agustin Estéban Collantes, como ministro de Fomento. Acusábase á los individuos que componian el Gabinete de malversadores y agiotistas, y mucho más cuando por consecuencia

de un famoso contrato celebrado por el ministro de Marina, D. Antonio Doral, se ocasionaron al Estado grandes pérdidas y escandalosos perjuicios. Era el contrato para el trasporte del carbon de piedra á Filipinas, y las condiciones onerosas para la Hacienda pública, bajo que se llevó á cabo, excitaron la indignacion general contra el ministro de Marina; éste se vió obligado á retirarse del Gabinete Lersundi (9 de Setiembre), siguiéndole pocos dias despues el Ministerio en su totalidad, por disgusto de Lersundi, que vió en la actitud de su soberana una prueba de desconfianza con respecto á él. Fué la negativa que dió á nuestro embajador en Washington cuando se le presentó como ministro de Estado. Doña Isabel dijo que le admitiria cuando se la indicase un nuevo ministro de Marina. El general Lersundi resignó con este motivo el cargo que desempeñaba, y lo mismo hicieron sus compañeros de Gabinete (18 de Setiembre de 1853).

La situacion empeoraba visiblemente, y no podia dudarse de que un cambio político muy importante deberia tener lugar en muy breve tiempo. Disgustado el ejército, indignado el pueblo, paralizado el comercio y en mal estado la industria y las artes, cundia el descontento y amenazaba un nuevo cataclismo.

En semejantes circunstancias llama Doña Isabel al conde de San Luis (19 de Setiembre) para que se encargase de la formacion de un nuevo ministerio, presidido por él, que reservaria para sí la cartera de Gobernacion. Llamó el, conde á varios de sus amigos y el Gabinete quedó constituido de este modo: Gracia y Justicia, D. José de Castro y Orozco, marqués de Gerona; D. Jacinto Félix Domenech, Hacienda; Calderon de la Barca, Estado; teniente general, D. Anselmo

Blaser, Guerra; Marina, el marqués de Molins; Estéban Collantes en Fomento.

Era el Ministerio constituido un conjunto de hombres de todos los partidos, y no prometian elementos tan heterogéneos continuar mucho tiempo en amistoso consorcio. Falto de unidad el nuevo Gabinete no podia aventurar programa alguno, temeroso de no poder cumplir cuanto en él ofreciera. En sus actos se descubrió muy pronto la vaguedad de su política, nada á propósito, por cierto, para evitar á la nacion el golpe revolucionario que de tan cerca amenazaba.

Sucede en esos momentos precursores de un cataclismo social, que los monarcas y los pueblos, las clases todas, como si presintieran el fatal momento, obran impulsadas por la fatalidad de su conciencia; y es que á los pueblos, como conjunto de individualidades, les estremece la duda de su porvenir, y como el individuo presiente alguna vez la desdicha que le amenaza, así las naciones adquieren el presentimiento de los trastornos que las amagan. En los sucesos posteriores estuvo muy cerca el cataclismo social que diez y seis años despues se realizó completamente.

Uno de los primeros actos del gabinete Sartorius fué levantar el destierro al duque de Valencia (23 de Setiembre), pues no era otra cosa la mision que se le habia confiado anteriormente. Los generales Córdoba, D. José de la Concha y Ros de Olano, que formaban en la oposicion durante los anteriores ministerios, obtuvieron muy importantes cargos. Siguieron á estas determinaciones la de convocar las Córtes para el 19 de Noviembre próximo (4 de Octubre 1853) y la de 31 de Octubre derogando el decreto de 7 de Agosto en que sesacaba á pública licitacion el ferro-carril del Norte.

Pero tanta actividad fué inútil: los esfuerzos del Gabinete no consiguieron parar el golpe que muy en breve descargó sobre aquella situacion. La mala fe ó la torpeza de los gabinetes interiores habian concitado la indignacion del pueblo, que explotaban, como por costumbre sucede, los ambiciosos y aventureros de la política. Desde entónces la revolucion, si tal pudo llamarse al motin de 1854, era inevitable; porque además de satisfacer y servir á las particulares ambiciones, se prestaba á la ejecucion de venganzas por parte de ese pueblo ganoso siempre de revueltas y desórdenes: y hasta el pacífico vecindario viera en aquel movimiento un natural arranque de indignacion, si no pudiera traslucir muy pronto la verdadera causa que á los jefes guiara, y la traicion y la rebeldía no se encargaran de condenarlos.

La conducta del ministro de Fomento se habia hecho odiosa y censurable: acusábanle de convertir en negocio propio la cuestion de ferro-carriles, y la voz pública, aunque sin fundamento con respecto á algunos, acusaba de inmoralidad á los hombres del Gobierno, envolviendo á todos los miembros del Gabinete y á muchos de los amigos de aquellos en la misma general censura.

Abiertas las Córtes se significó la oposicion violenta que en uno y otro cuerpo colegisladores se organizara, apénas el Gabinete del conde de San Luis presentó sus primeros proyectos. Fueron de los más enconados contra el Ministerio D. Manuel de la Concha, y otros generales atacaron severamente al Gobierno en la Cámara vitalicia; y haciendo cuestion de ataque á la prerogativa del Senado, lo que nada significaba, con motivo del proyecto presentado por el Gabinete de una ley de ferro-carriles, se provocó la discusion. Llegado el momen-

to de votar, ciento cinco votos contra sesenta y nueve derrocaron moralmente al Gobierno *polaco* (8 de Diciembre 1853). Al siguiente dia fueron suspendidas las Córtes, y el presupuesto, áun no aprobado por ellas, fué promulgado por medio de un decreto (18 de Diciembre).

Empezó el año 1854 con la sublevacion del regimiento de Córdoba en Zaragoza, siguiendo á su brigadier Hore (20 de Febrero), y cuyo resultado fué la muerte de dicho jefe y de algunos soldados, viéndose los restantes en el trance de capitular, con lo que quedó la insurreccion terminada.

Pero no por eso se habian destruido los gérmenes de la rebelion, que se hallaban, como de muy antiguo viene repitiéndose en España, en la ambicion de algunos jefes militares y en la desmoralizacion del ejército en general, que se debe á ellos. En 1854 el pueblo veia impasible los manejos de los revolucionarios de faja y entorchados, porque comprendia que poco podia prometerse de aquellos hombres cuya historia era de todos tan conocida, y cuyos fines se adivinaban. Cuando en el Senado se hacía al Gobierno aquella oposicion sistemática y enconada, aunque artificiosamente disfrazada con las apariencias de legalidad, el escándalo que producian semejantes ataques agradaba á la parte de pueblo revolucionario, porque lisonjeaba sus gustos, pero no porque acariciaba sus esperanzas. Mudo espectador, y sin inclinarse ostensiblemente á unos ni á otros, veia el país la lucha de la ambicion con la ambicion, de la inmoralidad con la inmoralidad, como muy acostumbrado que se hallaba por su desgracia á semejantes espectáculos desde 1833.

Cómo se llevó á cabo el movimiento revolucionario del año 1854, todos lo sabemos: el general Dulce, que tuvo la

desgracia incomparable de aparecer en la historia como el traidor de aquel drama, arrastró consigo á la caballería de la guarnicion de Madrid, y de acuerdo con D. Leopoldo O'donnell, Echagüe, Mesina, Ros de Olano y otros se llevó á cabo el pronunciamiento.

La accion de Vicálvaro, el llamamiento que desde Manzanares dirigieron los revoltosos al partido revolucionario, y, sobre todo, la inmoralidad del bando *polaco* y la ineptitud demostrada en aquellos momentos por el general Blaser, dieron el triunfo á los insurrectos. La situacion creada en Julio del año 1854 fué más revolucionaria que lo fuera la de 1840; los progresistas que, con los descontentos generales procedentes del partido moderado, formaron el Gobierno, carecian de las condiciones políticas que tan importante mision exige, y fundaban toda su fuerza en las exageraciones revolucionarias que llevaban á cabo.

Bajo esta confabulacion política se hallaba España en 1854, y así pasaron dos años, durante los cuales vió la nacion el desórden erigido en Gobierno, y la desorganizacion en todos los ramos administrativos. « Queremos la conservacion del trono sin camarillas que le deshonre, decian los rebeldes en su programa de Manzanares (7 de Julio de 1854); la práctica rigurosa de las leyes fundamentales; la reforma de las leyes electoral y de imprenta; la rebaja de las contribuciones, fundada en la más estricta economía.....»

Cómo correspondieron aquellos hombres á sus ofrecimientos, la elocuente historia nos lo dice: la ley fué sustituida por el abuso y la arbitrariedad, y la economía la representaron los empréstitos y el aumento del presupuesto general de gastos.

Qué hacía entretanto el partido carlista? Desalentado, disuelto, ¿vivia á merced de las fracciones políticas que se disputaban el poder? Nó; el partido carlista, que se sacrificara siete años primeramente y tres despues, para conseguir la reivindicacion del legítimo derecho, agitábase y pugnaba como siempre, guiado por los mismos sentimientos y encaminado á los mismos fines. Poco tiempo trascurrido, intentaban algunos de los antiguos jefes levantar el estandarte de la legitimidad en Aragon, Cataluña y las Provincias Vascongadas.

Cuáles fueron los resultados, lo veremos en otro capítulo, si ya no lo dice el doloroso recuerdo de las víctimas de Baracaldo.

CAPITULO X.

La Iglesia durante el último período histórico.—Predominio de la escuela regalista.—Tratos entre Roma y España en los primeros años del reinado de Felipe V.—Bula (Apostolici Ministerii).—Concordato de 1737.—Concordato de 1753.—Capilla real.—Vicariato general castrense.—Paso regio.—Tribunal de La Rota.—Nuevas diócesis.—Concordato de 1851.—El clero.—Ordenes religiosas.—Su Extincion (1).—La iglesia y la revolucion.

I.

«Agitados y calamitosos tiempos empezaban en España lo mismo que en otras naciones de Europa para la esposa de Jesucristo: las ideas que el protestantismo sembrara contra ella, ya que no lograran hacer prosélitos en esta parte del Pirineo, habian hallado en el Gobierno más parte de la que fuera menester, mayormente cuando subió al trono el nieto de Luis XIV,

(1) Este capítulo trasladamos de la *Hist. de España y de sus Indias*, por Víctor Gebhardt, atendiendo su importancia para la historia de la Iglesia católica en nuestro país: historia harto abundante en infortunios y persecuciones. La erudicion que su autor demuestra en él, y el buen juicio y profundo criterio que revela, le recomiendan á la general consideracion.

y cuando con él vinieron tantos hombres, tantas máximas y doctrinas de la vecina Fancia, que estaba ardiendo en las contiendas que su absoluto monarca sostenia con el sumo pontífice. Bien preparado se hallaba en nuestra patria el terreno en las regiones gubernamentales, como observamos en la parte anterior, y entónces pudo decirse constituida y triunfante desde los primeros momentos, ayudada por las ideas que en política predominaban, la escuela regalista, cuyo último fin no era otro, ya lo hemos dicho, que introducir en el dominio de las conciencias los mismos avasalladores absolutos principios que querian hacerse prevalecer en las relaciones políticas. De ahí haberse ido fijando la disciplina de la Iglesia española en un sentido favorable á estas doctrinas, realizando las aspiraciones de los soberanos del período anterior; de ahí los repetidos despojos sufridos por la Iglesia y sus sucesivas concesiones al poder temporal, sin que éste á su vez se haya considerado obligado á hacerle ninguna; de ahí las agresiones, las violencias y el precario estado y la existencia como de gracia á que llegaron el catolicismo y sus instituciones en el pueblo más católico de Europa.

II.

»Las cuestiones entre ambas potestades, envenenadas con la ponzoña de tales ideas, estallaron desde los primeros momentos en que ciñó la corona la dinastía Borbónica. Clemente XI, movido por los triunfos de los austriacos en Italia, reconoció como rey de España al archiduque D. Cárlos (1709), y no se necesitó más para que el rey, aconsejado por una junta de teólogos y letrados, expulsara de España al nuncio,

cerrase la Nunciatura y prohibiese todo comercio con Roma. Acompañó á estas medidas una circular á los prelados, cabildos, iglesias y comunidades de toda España, mandándoles hacer rogativas públicas por la libertad del pontífice, al cual se suponia subyugado y oprimido por los austriacos, y además una relacion que el rey hizo imprimir de la causa, principio y progresos de las desavenencias con el papa, junto con una noticia de las disposiciones tomadas, previniéndoles que, atendida la imposibilidad en que se hallallan de recurrir á la córte romana, gobernasen en adelante sus iglesias segun prescriben los sagrados cánones para los casos de guerra, peste y otros en que no se puede acudir á la Santa Sede.

»El arzobispo de Toledo cardenal Portocarrero, y el de Sevilla, y los obispos de Murcia y Granada representaron contra estas providencias, lo cual les atrajo severas amonestaciones de la autoridad temporal. En vano el pontífice exhortó á Felipe V á que, para remediar un escándalo «jamás oido, decia, en los pasados siglos en la religiosísima nacion española,» revocase las disposiciones dadas y volviese á llamar al nuncio, en cuyo caso le tenderia sus paternales y amorosos brazos y aprobaria incontinenti las presentaciones hechas para las iglesias vacantes (1710); los consejeros de Felipe V, protestando siempre de que obraban en materias meramente temporales sin perjuicio de la Sede apostólica en cosas espirituales, persistieron en el camino emprendido, llegando á negar el pase áun á las dispensas matrimoniales, lo cual originaba vivos disgustos y no pocos escándalos, y acumularon cuantas quejas se venian formulando contra la Santa Sede en el espacio de tres siglos. Reprobado por el rey el convenio que á últimos de 1711 celebrara en Roma el auditor Molines con el

auditor del papa monseñor Corradini, siguió la cuestion, irritado é intransigente el monarca, y afanoso el papa por verla terminada, hasta que, reconocido D. Felipe de Borbon como rey de España en los tratados de Utrecht (1713), apeló Su Santidad á la intervencion del rey Cristianísimo, á cuyo efecto envió á París á monseñor Aldobrandi. D. José Rodrigo Villalpando, que fué luego marqués de la Compuesta, marchó á aquella ciudad para tratar con él, provisto de largas instrucciones acordadas en presencia de varios antecedentes que se tomaron de las secretarías y del archivo de Simancas, y atendiendo particularmente á los escritos producidos en tiempo de Pimentel y Chumacero, y entre ambos empezaron prolongados debates interpolados con consultas á sus respectivas córtes, respuestas del pontífice y del rey de España, extensos escritos y contestaciones de una y otra parte, siendo de notar, dice D. Modesto Lafuente, autor nada sospechoso en la materia, que si bien los acuerdos de los dos ministros eran casi siempre favorables á los derechos del monarca español, todavía Felipe no se daba por satisfecho, y ponia siempre reparos y pretendia sacar más ventajas. D. Melchor de Macanaz, fiscal del Consejo y autor de la famosa respuesta ó pedimento *de los Cincuenta y cinco párrafos*, así llamado porque en ellos respondió á todos los puntos que se sometieron á su exámen sobre reputados abusos de la dataría, provision de beneficios, dispensas matrimoniales, expolios y vacantes, etc., dirigia desde Madrid la negociacion, la cual, despues de agriarse extremadamente con la condenacion que de aquel papel hizo desde París el inquisidor general cardenal Giudice (1714), acabó por tomar muy distinto giro luego de las segundas nupcias de Felipe con Isabel Farnesio y de

merecer la privanza real el abate Alberoni. Giudice volvió á Madrid y Macanaz salió de España; á la política española en Italia interesaba tener propicia á la Santa Sede; Alberoni aspiraba al capelo, y al fin se hizo la convencion ó ajuste entre las córtes de España y Roma, reducido á tres artículos que comprendian en sustancia los puntos siguientes: 1.° que se despacharian al rey D. Felipe en la forma de costumbre los breves de Cruzada, Subsidio, Excusado y Millones con las demás gracias; 2.° que se le otorgaria el diezmo de todas las rentas eclesiásticas de España é Indias; 3.° que se restablecerian los tribunales de la Dataría y Nunciatura, y volveria á abrirse el comercio entre España y Roma corriendo todo como ántes (1717).

III.

»La guerra que movió España en Italia contra el emperador desunió otra vez á las córtes de Roma y Madrid, y ésta, pretextando que el convenio últimamente celebrado era contrario al conocido con el nombre de *Concordia Fachenetti* (1), celebrado en 1640, fijando várias reglas al Tribunal de la Nunciatura, rompió de nuevo las relaciones y prohibió el comercio entre ambos Estados, saliendo de España el nuncio Aldobrandi, mientras el pontífice á su vez retiraba al rey católico las gracias anteriormente concedidas. Caido Alberoni, las negociaciones tomaron más amistoso aspecto: el papa de-

---

(1) Llamósele así por haber sido ajustada con el nuncio César de Fachenetti, obispo de Damieta.

volvió al rey Felipe y á todos sus vasallos las gracias otorgadas, y monseñor Aldobrandino fué admitido en Madrid como nuncio y volvió á abrirse el Tribunal de la Nunciatura (1720).

IV.

»Terminadas por decirlo así las diferencias y restablecida en parte la buena armonía, el papa Inocencio XIII á instancia de Felipe V y por consejo del cardenal Belluga y Moncada, expidió la bula *Apostolici Ministerii* (Mayo de 1723), que tenia por objeto restablecer varios cánones importantes de disciplina decretados en el concilio de Trento, que sin haber dejado de ser obligatorios en España, no estaban en observancia como debieran, los cuales se referian principalmente á las condiciones de los que habian de ser ordenados *in sacris*, servicio de las iglesias y catedrales, obligaciones de los párrocos, supresion de beneficios y capellanías sin renta, clausura de monjas, deberes de los regulares y procedimientos de los ordinarios, del Tribunal de la Nunciatura y de los jueces conservadores en las causas civiles y criminales de su competencia.

»Á los pocos años de esto, volviéronse á suscitar cuestiones acerca de los derechos y ejercicio de la regalía de sus dominios y sobre varios puntos de disciplina eclesiástica. De órden y bajo la direccion del marqués de Mejorada y de la Braña, secretario del real patronato, escribió D. Santiago Riol, oficial de la secretaría, una representacion al rey Felipe V, encaminada á probar con documentos que el real patronato eclesiástico es la piedra más preciosa que adorna é ilustra la corona de los reyes de Castilla. Están comprendidos, deciase

en el párrafo primero, debajo de esta soberana regalía todos los derechos del mismo patronato, los cuales son muchos en número y distintos en cualidad y circunstancias. Unos tuvieron su orígen en la superioridad de la corona, de que son inseparables; otros fueron adquiridos por fundacion, dotacion, conquista, cesion de los pueblos y otros títulos, y los demás por concesion de la Santa Sede en virtud de bulas é indultos apostólicos, como gracia expresa ó por confirmacion en el derecho adquirido.

V.

»Renovadas, pues, las contiendas entre España y Roma, no solo sobre los derechos del régio patronato, sino sobre otros varios puntos tocante á la disciplina y al gobierno de la Iglesia española, despues de muchas y largas negociaciones, en las que aprovechó este gobierno el ascendiente que ejercian sus armas en Italia, llegó á ajustarse y á firmarse en Roma otra concordia entre el papa Clemente XII y el rey Felipe V por medio de sus respectivos plenipotenciarios los cardenales Firrao y Aquaviva (26 de Setiembre de 1737).

»En este tratado, que constaba de treinta y seis artículos, despues de restablecerse plenamente el comercio entre España y Roma y de estipularse la ejecucion cumplida de las bulas apostólicas y matrimoniales, se procedia al arreglo de otros muchos puntos concernientes al número de asilos, á las reglas para la admision al sacerdocio, á indultos y gracias apostólicas, á la sujecion de los bienes de manos muertas á los mismos tributos que pagaban los legos, al uso de censuras eclesiásticas, á jurisdiccion de los obispos, á provision de curatos,

á réditos de las prebendas y beneficios, á concesion de dimisorias, etc.; siendo de advertir que en uno de sus artículos se aplazaba y dejaba en suspenso la cuestion del patronato real, habiéndose de deputar personas que más adelante la resolvieran, oidas y pesadas las razones que asistian á ambas partes. Este concordato no satisfizo á nadie, y ninguno quedó con él contento. En Roma lo consideraron gravoso, y en España disgustó á gran parte del clero, y no agradó tampoco á los regalistas ni al Consejo. Éste no le dió otro curso que pasarle al exámen de los fiscales, sin enviarle á las Chancillerías, audiencias y otros tribunales y jueces ordinarios del reino con provisiones circulares, como lo habria hecho en caso contrario; y si bien el rey mandó cumplir lo tratado por real cédula de 12 de Mayo de 1741, puede asegurarse que apénas llegó á ponerse en planta. Muchas voces se elevaron contra él, y un jurisconsulto español alegó que «se queria sujetar á un compromiso un derecho indubitable del rey católico, como lo es el de su patronato real en los casos ciertos y notorios de fundacion, edificacion, dotacion ó conquista, cosa que ningun monarca debe hacer sino en caso de obligarle alguna fuerza superior á que no puede resistir (1).

VI.

»Ajustado este concordato, trascurrieron más de quince años en acaloradas controversias y continuas negociaciones entre la Santa Sede y España sin poder venir á un arreglo

---

(1) D. Gregorio Mayans y Siscar, *Representacion al rey Don Fernando VI.*

sobre el punto del regio patronato, hasta que Benedicto XIV y Fernando VI concluyeron el célebre concordato que causó una revolucion casi completa en la disciplina de la Iglesia de España (11 de Enero de 1753). Por él, la corona quedó en posesion del patronato universal, reconocido definitivamente con la mayor latitud posible, y en su virtud en el derecho de nombrar y presentar indistintamente para todas las iglesias metropolitanas, catedrales, colegiatas y diócesis de los reinos de las Españas, canonicatos, porciones, prebendas, abadías, prioratos, encomiendas, parroquias, personatos, patrimoniales, oficios y beneficios eclesiásticos, seculares y regulares, *cum cura et sine cura*, de cualquiera naturaleza que fuesen; se reservaron únicamente á la provision de su Santidad cincuenta y dos beneficios eclesiásticos de las iglesias de España que se expresaron nominalmente, y á los prelados los que vacasen en los cuatro meses llamados ordinarios, que son Marzo, Junio, Setiembre y Diciembre, sucediendo en este derecho el rey en sede vacante, y debiendo preceder la oposicion y propuesta en terna por los ordinarios para la presentacion de los curatos y beneficios curados.

»Estipulóse ademas que las prebendas de oficio continuaran proveyéndose por oposicion y concurso abierto, haciendo los prelados y cabildos de las catedrales del reino de Granada, Principado de Cataluña, Mallorca y Canarias propuesta en terna á S. M. para su provision; que quedase ileso á los patronos eclesiásticos el derecho de presentar á los beneficios de sus patronatos en los cuatro meses ordinarios; que todos los presentados por S. M. católica y sus sucesores á los beneficios debiesen recibir indistintamente las instituciones y colaciones de sus respectivos ordinarios sin expedicion alguna de

bulas apostólicas, exceptuada la confirmacion de las elecciones ya expresadas; que por la cesion y subrogacion de los derechos de nómina, presentacion y patronato no se entendiese conferida al rey católico jurisdiccion alguna eclesiástica sobre las iglesias comprendidas en los expresados derechos, ni sobre las personas que presentare, debiendo así éstas como las presentadas para los cincuenta y dos beneficios reservados á su Santidad quedar sujetas á su respectivos ordinarios, salva la suprema autoridad que el pontífice romano tiene sobre todas las iglesias y personas eclesiásticas, y salvas tambien las reales prerogativas que competen á la corona como consecuencia de la real proteccion y patronato. Quedaron abolidas las coadjutorías, las pensiones, los espolios y vacantes para la cámara apostólica, y resueltos todos los demas extremos sobre que se venía disputando desde la época de los Reyes Católicos; y como compensacion en favor de la Santa Sede, el rey se obligó á depositar un capital de trescientos diez mil escudos, romanos redituando anualmente al tres por ciento, como se estipuló, nueve mil trescientos, ademas de otros cinco mil escudos anuales que se comprometió á dar al nuncio del fondo de Cruzada.

VII.

»Á la terminacion del concordato se siguió acto continuo la limitacion y demarcacion del territorio de la capilla real. Para ello expidió Benedicto XIV una bula (Junio de 1753) confirmando todas las concesiones hechas por los papas sus predecesores, eximiendo de la jurisdiccion ordinaria á la capilla y á los sirvientes de los reyes, así clérigos como segla-

res; erigióse la capilla y el distrito que se le señaló en territorio *verè nullius*, y se nombró por rector de él al arzobispo de Santiago como capellan mayor de los reyes de Castilla, dejando al rey facultad para nombrar pro-capellan mayor. Este cargo se confirió al Patriarca de las Indias, quien para ello debe renunciar á cualquiera otra dignidad que obtenga. En la misma bula se designaron las atribuciones del pro-capellan, que son enteramente episcopales y las mismas que tiene un Ordinario en su territorio, excepto las de celebrar concurso y sínodo, que no se incluyeron en ella: á estos derechos se unieron ademas várias gracias especiales.

VIII.

»Despues de estas negociaciones relativas á la patriarcal, se entablaron otras no ménos importantes, cuales eran las del vicariato general castrense, materia íntimamente enlazada con la anterior. Arraigada desde Felipe V la institucion del ejército permanente, pensóse en regularizar de un modo definitivo la direccion religiosa de aquella masa de hombres, y Clemente XIII, por breves de 1762 y 1764, concentró en una sola mano, á peticion de los monarcas, la jurisdiccion castrense, que estuviera hasta aquella fecha como dispersa y ejercida sucesivamente por distintos prelados. Nada, por decirlo así, quedó á la Santa Sede por conceder, abandonando á los vicarios casi la plenitud de su potestad en obsequio de los soberanos españoles.

»En vano el obispo de Cádiz, que ejerciera hasta entónces el cargo de vicario general de la armada, trató de oponerse al nuevo arreglo; la jurisdiccion castrense de mar y tierra fué

acumulada en una sola persona, y se confirió al patriarca de las Indias, pro-capellan mayor. Las facultades de la misma se le confirieron por siete años, en cuya forma se han venido renovando hasta el dia; expirados aquellos sin haberse recibido próroga, sucede en la jurisdiccion el juez de la capilla de palacio, especie de vicario general del patriarca de las Indias. Desde entónces quedó fijada la jurisdiccion castrense, que se asimiló en todo lo posible á la episcopal. El vicario vino á ser un obispo con su provisor, que lo es el citado juez, y sus oficiales eclesiásticos, que son los subdelegados en todas las diócesis y territorios exentos. Los capellanes de ejército, buques, castillos é iglesias castrenses son respectivamente los párrocos de estas iglesias ó corporaciones. Se mandó franquearles todas las iglesias para el ejercicio de su jurisdiccion, sin perjuicio de los derechos que competen en ellas á los párrocos, y se declaró quiénes debian quedar sometidos á la misma, siéndolo, por regla general, todos los que gozan de fuero militar, y ademas los que se hallan á bordo de los navíos de la armada española, ó viven en castillos, en puntos fortificados ó campamentos de larga duracion, en los arsenales, colegios y hospitales militares, fábricas para el ejército ó armada, y finalmente los empleados en las vicarías y tribunales castrenses, lo mismo que sus familias.

IX.

»Tormentoso y tiránico fué para la Iglesia española el reinado de Cárlos III, y desde él hemos podido ir presenciando las sucesivas vejaciones que ha sufrido, ligándose más y más estrechamente su existencia con los acaecimientos políticos.

La expulsion de los jesuitas, la causa del obispo de Cuenca, las tentativas de desamortizacion eclesiástica, las luchas con la Santa Sede y las transacciones verificadas con ésta, forman de aquella época una de las más notables de la historia eclesiástica de España.

X.

»Durante ella se prohibió la publicacion de bulas, breves y rescriptos de Roma por el nuncio ó los obispos sin recibir el regio *exequatur* (1762); al Tribunal de la Nunciatura se sustituyó otro nacional con el nombre de la Rota, el cual habia de conocer de las apelaciones interpuestas de las sentencias dadas por los metropolitanos y otros jueces eclesiásticos (1771) (1), y se prohibió acudir derechamente á Roma en solicitud de dispensas, indultos y otras gracias, mandando que sólo se dirigiesen por conducto de los diocesanos, elevándolas al conocimiento de S. M. por la primera secretaría de Estado y del Despacho (1778). Por aquel tiempo volvió á surgir la idea de subdividir algunas diócesis, abandonada desde Felipe II, pero sin que á ella presidiera un pensamiento general y grandioso. Las nuevas sillas erigidas fueron las de Santander, Ibiza, Tudela y Menorca, y tambien alcanzó la division á las iglesias de Ultramar, fundándose en la isla de Cuba el obispado de la Habana (1788). La division eclesiástica de España y sus dominios no padeció ya alteracion alguna hasta el año de 1819, en que

(1) Componen este Tribunal seis jueces eclesiásticos y dos supernumerarios, todos españoles, nombrados por el rey y confirmados por el papa.

se dividió el obispado de Canarias, erigiéndose el de Tenerife por bula de Pío VII; su sede se fijó en Laguna, y quedó por sufragáneo de Sevilla, formando su territorio las islas de Tenerife, Gomera, Palma y Hierro.

XI.

»Por el concordato de 1851 procedióse á un nuevo arreglo de diócesis, erigiéndose unas y desapareciendo otras. Segun aquel convenio, que es ahora la ley de existencia de la Iglesia española, hay en España nueve iglesias metropolitanas, las de Burgos, Granada, Santiago, Sevilla, Tarragona, Toledo, Valencia, Zaragoza y Valladolid (ésta creada por el mismo concordato), de las cuales son sufragáneos los obispados siguientes: de Búrgos, los de Calahorra ó Logroño, Leon, Osma, Palencia, Santander y Vitoria; de Granada, los de Almería, Cartagena ó Murcia, Guadix, Jaen y Málaga: de Santiago, los de Lugo, Mondoñedo, Orense, Oviedo y Tuy: de Sevilla, los de Badajoz, Cádiz, Córdoba é islas Canarias; de Tarragona, los de Barcelona, Gerona, Lérida, Tortosa, Urgel y Vich; de Toledo, los de Ciudad Real, Coria, Cuenca, Madrid, Plasencia y Sigüenza; de Valencia, los de Mallorca, Menorca, Orihuela ó Alicante y Segorbe ó Castellon de la Plana; de Zaragoza, los de Huesca, Jaca, Pamplona, Tarazona y Teruel; y de Valladolid, los de Astorga, Ávila, Salamanca, Segovia y Zamora. Creáronse las nuevas sillas de Ciudad Real, Madrid y Vitoria, y se suprimieron las de Albarracin, Barbastro, Ciudad Rodrigo, Ibiza, Solsona, Tudela, Tenerife y Ceuta. En las dos últimas han de establecerse obispos auxiliares.

XII.

»La historia de la Iglesia española desde principios de este siglo, mezclada íntimamente con la política: sus padecimientos, sus luchas con los gobiernos que en nuestra patria se han sucedido, han sido consignadas hasta el solemne tratado de 1851, el cual, con las adiciones y aclaraciones al mismo que nuevos actos de agresion hicieron necesarias, constituye en muchos puntos la actual disciplina, y fija hasta nueva mudanza las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

XIII.

»Caida la nacion desde últimos del pasado siglo en vergonzoso abatimiento, presa de civiles contiendas, y amortiguado, si no apagado, el fuego que en otras épocas pareció animarla, en vano durante este período buscaríamos entre el clero lo que tampoco se encuentra en clase ninguna, esto es, las grandes lumbreras de genio y de ciencia que iluminaron la pasada época. Sin embargo, no faltaron en él hombres dotados de gran virtud y abnegacion; fiel al divino encargo de combatir el mal y el error, opúsose valerosamente con excepciones muy cortas á las tiránicas tendencias, así de los reyes como del moderno espíritu revolucionario, y no dejó de presentar su contingente á las abatidas letras españolas.

XIV.

»Las órdenes religiosas han sido en nuestra patria las que más han sufrido en la tormenta contra la Iglesia desencade-

nada. No fué el instituto de los jesuitas el único suprimido durante el siglo XVIII; igual suerte cupo á los frailes de San Anton, quienes, habiendo desaparecido la lepra ó fuego sacro, se dedicaban á la asistencia de los tísicos, los cuales apénas eran admitidos en los hospitales, y de quienes se huia como de los leprosos. El Gobierno obtuvo una bula de Su Santidad (1787) extinguiendo en España la institucion, que contaba entónces veinte y tres casas en Castilla y Leon, catorce en Aragon y Navarra, y una en Méjico. Los bienes se dieron á otros hospitales y hospicios bajo el patronato real. En cambio de ella introdujéronse los clérigos de la mision de San Vicente de Paul, las monjas Salesas, las misiones del venerable Ferrer y del Salvador de Madrid, y tambien la Trapa, á despecho del Consejo de Castilla, sólo por vía de observacion. Siete monjes de aquel instituto, arrojados de su convento por la revolucion francesa, pasaron el Pirineo y recibieron permiso de establecerse en el priorato de Santa Susana, diócesis de Zaragoza (1797): algunos años despues su número llegaba á sesenta.

XV.

»Grandes abusos y no menores desórdenes reinaban desde el siglo XVIII entre las órdenes religiosas; la relajacion habia entrado en ellas; no observaban ya las leyes del fervor, de la austeridad, de la disciplina, que eran la condicion implícita de las liberalidades de que se las colmara, y, con algunas gloriosas excepciones, puede decirse que se hallaban en plena decadencia. La bula *Apostolici Ministerii* quiso poner y puso algun remedio al mal, y éste dió motivo al Gobierno para intervenir repetidas veces, como tanto deseaba.

en la vida de los institutos religiosos. Á últimos del pasado siglo se obtuvo de la Santa Sede que cada uno de ellos se gobernara por un general español para todos los conventos de su respectiva órden dentro de los dominios de España; otras disposiciones se adoptaron para su reforma é iban adoptándose aún más ó ménos acertadas, cuando la *utilidad pública*, definida, modificada y desfigurada á su capricho por utopistas tan implacables como impotentes, pero bastante insensatos para creerse con derecho de forzar la naturaleza humana y dirigir soberanamente las vocaciones y preferencias de sus semejantes, consumó el cobarde atentado que puso fin á la existencia del clero regular, no para regenerar instituciones santas ó aplacar la celestial justicia, sino para satisfacer los instintos más innobles de la pasion humana. Las turbas y los gobiernos, arrogándose contra las órdenes religiosas el derecho que sólo á la Iglesia y á los cristianos competia, castigaron en ellas con los actos de vandalismo y usurpacion que llevamos referidos los vicios que ellos mismos les infiltraran; pues, como dice el conde de Montalembert á los detractores de los monjes, «el único cargo que podeis dirigirles es habérseos parecido, es haber sido su degeneracion, su sensualidad, su relajamiento una copia harto exacta por desgracia de vuestro propio género de vida.»

»Despues de la catástrofe sólo han quedado entre nosotros algunas órdenes dedicadas á la instruccion, á la beneficencia, y los noviciados para las misiones de Asia, además de los conventos de mujeres, á los que luego que lo permitió el Gobierno volvieron libremente las religiosas, desmintiendo así las declamaciones de la filosofía sobre las víctimas que encerraban los claustros. Pero, áun sujeto á recelosa y pueril

suspicacia, áun maniatado, el espíritu de las órdenes religiosas, en España como en toda Europa, bajo las formas de congregaciones, de conferencias, bajo mil nombres y aspectos, aspira y logra con la prodigiosa fecundidad de la Iglesia católica á contener y consolar muchos de los males y padeceres que lleva consigo la civilizacion moderna.»

XVI.

Hasta aquí el notable resúmen histórico de las vicisitudes de la Iglesia católica. Pero faltan los últimos acontecimientos, los que han trastornado la faz religiosa y política de nuestra nacion, amenazando tambien con el trastorno social. La Iglesia ha sufrido el último golpe; catástrofe precursora, sin duda, de la regeneracion esplendente denuestra pátria, de la reivindicacion de los derechos de la Iglesia católica, de la purificacion religiosa de España, esclavizada por el despótico yugo de la revolucion.

Notable fenómeno es el que se observa en la historia contemporánea de la raza latina: ella, toda vida y sentimiento, y entusiasmo y fé, en la Edad media, en aquella época en que la cruz y la espada fueron inseparables atributos de la la nobleza, testimonios de la honra y del valor, verdaderos símbolos que representaban la opinion del pueblo más culto de Europa; de donde surgieron las cruzadas, ese gigantesco poema no imitado siquiera en el curso de la moderna historia, esa lucha en que la fe lo era todo y nada la ambicion, en que, confundidas y hermanadas las más opuestas nacionalidades, acudian gozosos los campeones de la fé arrebatados por un sólo pensamiento, el de la religion.

Las cruzadas se formaron al grito santo de la religion y bajo el entusiasta arrebato de la fe: el grito de guerra se habia convertido en grito de fraternidad en aquellos dias en que la cristiandad corria á las armas para rescatar la más fecunda de todas las tierras, la que guardara, siquiera fuese por breves horas, el sagrado cuerpo del Salvador del mundo.

Las cruzadas realizaron anticipadamente ese bello ideal de las sociedades modernas: la union fraternal de los pueblos, ese delirio cosmopolita, que hace desaparecer las fronteras, fundiendo en una las diversas razas y familias: al grito de guerra acudian desinteresadamente el español y el breton, el italiano y el aleman, el francés y el suizo; y la fraternidad los unia, porque la misma religion los guiaba. Así se realizaba, ajena á la voluntad de los pueblos, esa tendencia á la unidad que la moderna civilizacion pugna en vano por obtener, interesando á las naciones con la facilidad de comercio y transacciones mercantiles, por medio del vapor y la electricidad. Y es que los magníficos esfuerzos de la ciencia no bastan á reemplazar el poder del sentimiento en los pueblos.

Pasados aquellos primeros albores de la historia, en que la fé lo era todo, cuando al finar la Edad media se levantan en Europa las escuelas democráticas y reformistas, aparece inflamado por la ambicion el soberbio *Notharius Dei*, que así se llamaba á sí mismo el caudillo de la reforma religiosa, Martin Lutero: aquel hombre que convirtiera la fe en instrumento de sus ambiciones, la Iglesia en palenque de su vanidad, el sagrado del claustro en escena de sus liviandades.

La resolucion iniciada, pueblos y monarcas se dejan arrastrar por el espíritu fascinador y novel de la escuela moderna. Y el magnífico trabajo de la fe queda destruido por el

influjo de la impiedad: los fraternales lazos que unieron á las naciones cuando corrian agrupadas detrás del símbolo de la cristiandad, rompen las discordias religiosas encendidas por Lutero, y fomentadas por Zuinglio, Calvino y tantos otros, imitadores del demonio de Eisleben.

Desde entónces, la religion católica amenazada, vió cómo se desprendian de su seno los pueblos arrastrados por la astucia de la impiedad, y fué preciso, á los que permanecieron fieles á sus principios, adoptar medidas de fuerza y de vigor que garantizasen sus fronteras de la invasion del error. Y las luchas religiosas se renovaron, y los poderes del mundo se disputaron con las armas lo que hasta entonces habia vivido en todas las conciencias.

Desde entónces la inseparable union del principio religioso y el principio político: allí donde las doctrinas de la reforma religiosa llegaban y se propagaban, los principios políticos tendian tambien á sembrar la rebelion, y á establecer bajo una base en apariencia niveladora la más absurda de las tiranías, la tiranía de la demagogia.

Voltaire y Rousseau continuaron la obra de los reformistas, si bien con ménos ciencia, con más cinismo y osadía. Las costumbres se resentian del influjo de tan desconsoladoras y torpes teorías, y la licencia y el escándalo se entronizaron en las sociedades. Solo un pueblo permanecia fiel á sus venerandos principios religiosos: la Providencia habia derramado en él todos los excelsos dones de su magnificencia. España, que, en medio del contagio, habia vivido con la esperanza en Dios y el recuerdo de su gloria.

Cómo llegó á nuestra patria el vírus de la impiedad, cómo se infiltraron en sus venas la impiedad y las disolventes

doctrinas políticas y sociales, todos lo sabemos. Hubo un genio en el mundo, que genios llama tambien la muchedumbre á los que la tiranizan y envilecen, que ganoso de mundanas glorias, y no hallando nunca límites á su ambicion, como providencial castigo de ella, invadió las naciones y holló sus sacrosantos principios de independencia y verdadera libertad: hubo un famoso aventurero, al empezar el siglo XIX, que acariciado por las violentas promesas de una revolucion sangrienta y desbordada, se levantó con ella y consiguió imprimirla el sello de su férrea voluntad. Napoleon I, más tirano que la misma revolucion que le engendrara, dejó á su paso por España el ponzoñoso rastro de la revolucion, que en breve tiempo fecundara en Cádiz la torpeza de algunos hombres y la perfidia de otros.

La Iglesia, que durante aquel sangriento y al par glorioso período, orgullo de España y el mejor timbre de su nobleza, habia impulsado al fuerte y protegido al débil; la Iglesia, á quien debiera España la ciencia y la virtud que distinguió á millares de sus hijos, no permaneció indiferente en una lucha en que se aventuraba la independencia de la heroica nacion.

Y la recompensa de sus afanes, el premio de sus esfuerzos, fué la persecucion, y la patria vió con indiferentes ojos cómo se usurpaban sus riquezas y cómo se limitaban sus poderes. La revolucion, ofendida al hallar á su paso, como el mejor escudo de la integridad nacional, á la Iglesia católica, luchó contra ella, y consiguió esclavizarla, sin llegar á vencerla. Falsos apóstoles de una libertad irracional y absurda, trataron de convencer á los pueblos de la incompatibilidad de la religion con el progreso, de la ciencia con la fe, y algu-

nos pueblos, olvidados de su historia, siguieron las huellas de los que así les extraviaban.

Hé aquí la situacion de la Iglesia ante la revolucion. El catolicismo, fuente de caridad y de esperanza, esos excelsos dones que bastan por sí solos para llenar muchos siglos de felicidad y gloria; el catolicismo, cuna de la ciencia y única base del humano progreso; el catolicismo, que albergó en el claustro el genio vivificador y el saber de Mariana (1) y José Sigüenza (2), de Melchor Cano (3) y el P. Ripalda (4), Juan Marquez (5) y Luis de Granada, que alimentó la inspiracion de Teresa y Luis de Leon, de Juan de la Cruz y el maestro Avila. La Iglesia, que se regocija con el progreso de la sabiduría de Nicolás Jesus Belando y el agustino Florez de Masdeu y del P. Isla, del presbítero Balmes y otros muchos cuyos nombres ocupan los primeros puestos en la historia del saber humano.

Con el catolicismo el progreso: con la impía indiferencia la negacion y la miseria, el error y la oscuridad. La revo-

---

(1) Juan de Mariana nació en Talavera en 1536: á los diez y ocho años entró en la Compañía de Jesus, y murió en 1623 á los ochenta y siete años de edad, dejando muchas obras, testimonio de su talento profundo y generales conocimientos.

(2) Sirvió en los tercios de Flandes, y tomó el hábito de la órden de San Jerónimo en 1565. Escribió várias obras muy notables por la erudicion y buen gusto que revelan en su autor, entre otras la famosa *Vida de San Jerónimo, doctor máximo de la Iglesia*, publicada en 1594 en Madrid.

(3) Lumbrera de la ciencia teológica y orgullo de España.

(4) Cuya gloria es harto grande para que nadie la desconozca.

(5) *Eloquentiæ flumen et fulmen* (rio y rayo de elocuencia).

lucion social y política, al destruir las creaciones de la tradicion, nada levanta sobre sus ruinas, porque nada puede sustituir decorosamente á lo que se destruye, y porque no se arranca de los pueblos un sentimiento de ternura y grandeza privándoles de manifestarle y presentándoles la perspectiva espantosa de la negacion; porque los pueblos que pierden sus sentimientos, cerca se hallan de perder su honra y su independencia.

CAPITULO XI.

Doña María Teresa.—Su influencia en los asuntos de su augusta familia.—Doña María Beatriz de Este.—Su carácter.—Matrimonio de D. Juan de Borbon con la Archiduquesa de Austria.

I.

En 1793 nació en Lisboa Doña María Teresa de Braganza. Digno modelo de virtudes y trasunto fiel de su difunta hermana Doña María Francisca, primera esposa de D. Cárlos María Isidro, la princesa de Beira quedó encargada de la educacion y cuidado de sus sobrinos á la muerte de su querida hermana.

En su oportuno lugar referimos cómo Doña Teresa pasó á Salzbourg en compañía de sus sobrinos D. Cárlos Luis, Don Juan Cárlos y D. Fernando. Cuántos fueron sus cuidados, cuánto su cariño para los hijos de su hermana, consignado queda, y los hechos posteriores lo han acreditado. Doña Teresa, reemplazando dignamente en cuanto puede reemplazarse á una madre, veló por la salud moral y material de los

príncipes con tierna solicitud, y consiguió en breve hacerse de ellos tan querida como lo exigia la gratitud. En 1838 Don Cárlos María Isidro, reconocido á los cariñosos desvelos que su cuñada empleó para los príncipes, quiso concederla por la Iglesia el doble título de esposa y madre que ya la concediera su corazon y el de sus hijos; y Doña María Teresa celebró su matrimonio en Salzbourg con D. Cárlos María Isidro, representando á éste el marqués de Obando, gentil hombre del príncipe D. Cárlos Luis.

No eran solamente razones de gratitud, que fueron las primeras, las que obligaron á D. Cárlos; si que para ello influian muy poderosos motivos que no son difíciles de comprender. Doña María Teresa era hija de D. Juan de Portugal y de su esposa Doña Carlota Joaquina, hermana de Cárlos IV de España.

II.

La ilustre princesa de Beira era el ángel de la familia de D. Cárlos. Ella aconsejaba á su esposo, ella templaba las amarguras de su corazon cuando la suerte de las armas se presentaba contraria, y aumentaba su felicidad cuando la victoria le favorecia, procurando hacerle olvidar el alto precio á que la compraba. Ella, con los brillantes rasgos de su ardiente imaginacion, iluminaba las más arduas cuestiones de la política, y si durante algunos fué inicuamente engañada por las palabras del pérfido Maroto, ni apoyó sus planes, ni prestó su cooperacion al indigno general de Vergara.

Engañada durante algunos dias, juzgó necesarias las determinaciones del caudillo carlista, creyendo en sus buenos

deseos y no pudiendo sospechar en él la infamia que la digna señora no podia concebir en alma noble. Pero al comprender la iniquidad de los intentos, al ver claramente la inicua alevosía de Maroto, su voz fué la primera á condenarle; pero no se crea, repetimos, que Doña María Teresa, aunque no se mostrara hostil en los primeros momentos á las pretensiones de Maroto acerca del rey, le prestó por ello el menor apoyo. Trató el indigno general de sorprenderla hiriendo su corazon de madre, y haciéndola temer por el porvenir de Don Sebastian: la augusta esposa de D. Cárlos descubrió muy pronto cuáles eran los designios del caudillo carlista. «Ese hombre es un traidor, decia á D. Cárlos la ilustre princesa: nos vende y nos pierde á todos.»

Considerában á Doña María Teresa como á verdadera madre los desolados huérfanos, y D. Cárlos Luis, principalmente, profesábala un entrañable cariño. «¡Con cuánto esmero, con qué tierno cuidado trataba á la princesa durante su viaje á las provincias el señor D. Cárlos Luis! escede á todo encarecimiento el cariño que la demostraba y los halagos que la prodigaba constantemente: nadie hubiera podido creer que no fuese su verdadera madre (1).»

Don Fernando, cuyo bondadoso carácter le hacia muy apreciable á cuantos le conocieron, miraba con igual interés á la princesa, y no perdia ocasion de manifestarla su gratitud por los desvelos que le debia; y D. Juan, no ménos sensible y agradecido que sus hermanos á la benévola proteccion de

---

(1) Relato debido al Sr. V., cuyos buenos servicios y fidelidad á la familia de D. Cárlos son bastante conocidos.

Doña María Teresa, á ella confiaba la direccion de sus futuros pasos, como lo demostraron sucesos tan felices como inmediatos.

Sucedia, pues, que en vida de D. Cárlos María Isidro, más consultaban los tres hermanos con la princesa sus acciones y proyectos que con su mismo padre; pues en ella encontraban tanta discrecion como afabilidad, y el severo carácter de D. Cárlos, si no ocultaba toda la dulzura de su alma, á lo ménos la disminuia bastante.

No fué extraña Doña Teresa á la boda de D. Cárlos Luis; á su influjo debióse en gran parte aquella union que tan feliz pareció á todos y que tan poco tiempo habian de disfrutar los jóvenes esposos. Doña Carolina veia en la princesa de Beira una amiga y una madre, y D. Cárlos VI tuvo una vez más un nuevo motivo de agradecimiento.

Cuando el partido carlista parecia desorganizado; cuando sucesos de que posteriormente nos ocuparemos, llegaron á dificultar los proyectos de tan notable bando; cuando graves razones hacian imposible todo plan de reivindicacion de los derechos de la ilustre familia, Doña María Teresa trabajaba sin descanso, y merced á su buen criterio y laboriosidad, á sus cariñosos afanes y exquisito tacto, la causa legitimista renacia potente y soberbia, amenazando á la usurpacion con un triunfo cercano y seguro.

Vivian en Trieste Doña María Teresa y D. Cárlos María Isidro, desde que terminó la guerra de los siete años: solamente habian recorrido alguna parte de Italia; Doña María Teresa habia asistido en sus últimos instantes al infortunado Don Cárlos María Isidro, que entre sus brazos exhaló el postrer suspiro. Toda ternura, toda bondad, la ilustre princesa

consagró sus dias al amor de los príncipes; y procurando incesantemente asegurar su porvenir, buscó los medios de afirmar las amistosas relaciones que con las potencias extranjeras habia sostenido D. Cárlos.

El matrimonio del conde de Montemolin con Doña Carolina fué debido, en parte, al asiduo y constante interes de la noble esposa de D. Cárlos, nunca extraña á nada de cuanto pudiera influir tan directamente en la suerte de los príncipes. La infortunada hermana del rey Fernando habia sentido hácia la ilustre princesa un afecto casi filial, y no perdonaba medio de manifestárselo durante los cortos períodos que vivió á su lado en Nápoles, en Venecia y en Trieste.

Cuál fuera el resultado de tantos desvelos por parte de la augusta señora, hechos no muy remotos nos lo dijeron. Los desgraciados sucesos que en España tuvieron lugar algunos años despues, y de los que nos ocuparemos con cuanta extension sea posible en otra parte, impidieron la realizacion de un proyecto que hubiera asegurado el porvenir de la infortunada España.

III.

Pero no bastan los obstáculos de la desgracia á impedir la realizacion de los providenciales decretos: y si D. Cárlos Luis y Doña Carolina no pudieron llevar á cabo la obra emprendida, no faltaron actores en el interesante drama que habia de representarse en breve y del cual depende la esperanza de la nacion.

Tenía D. Francisco IV, gran duque de Módena, una hija, traslado fiel de sus virtudes, aumentadas con la exquisita

sensibilidad de un alma pura. Nacida en 1824, habia sido educada con esmero; y si los cariñosos cuidados de una madre faltaron en breve á la ilustre niña, suplió el augusto príncipe con su celo y amor tan sensible falta, y no quiso nunca apartar de su lado á la que fué para él testimonio vivo de la belleza moral de la querida esposa.

IV.

La archiduquesa Doña Beatriz pasó en Módena la mayor parte de su vida. Sus naturales inclinaciones fueron el amor al hogar y la ternura; su vida es una serie de felices momentos, de los que el amor filial ha ocupado una gran parte. Unida con lazos de parentesco al emperador Francisco José de Austria, si alguna vez pasó á Viena fué breve su permanencia en aquella capital. Doña Beatriz no sabia apartarse del lado de su padre.

La caridad practicada por la archiduquesa pronto extendió su fama; y unida á la de sus naturales gracias, circuló por todas partes. Doña Beatriz era un ángel, heredera del ducado de Módena y descendiente de la ilustre rama austriaca, que todavía da al Austria sus emperadores. El apoyo de esta nacion no podia faltar al duque de Módena, siquiera fuese por la consideracion de parentesco, á no influir tan poderosamente razones políticas de muy alto interes.

V.

Estas buenas circunstancias, y la de hallarse soltero Don Juan de Borbon, el hijo segundo de D. Cárlos María Isidro, obligaron á la noble princesa de Beira á pensar en un enlace,

cuyas ventajas eran muchas, y por medio del cual se prevenian las eventualidades que pudieran sobrevenir.

La constancia y cariñoso afan de la viuda de Cárlos V no fueron infructuosos; porque, desgraciadamente, en breve la muerte de D. Cárlos Luis, el primogénito sin sucesion alguna, hizo recaer los derechos á la corona de España en su hermano D. Juan Cárlos. Con qué tierna solicitud, con qué discrecion y tacto arregló la princesa de Beira la boda del segundo hijo de Cárlos V con Doña Beatriz, no es de este momento consignarlo, puesto que despues, y en su lugar oportuno, insistiremos sobre este asunto. Pero lo cierto fué que el ansiado enlace se efectuó en Módena (6 de Febrero de 1847), en medio del general regocijo de los circunstantes, que vieron en aquella union el gérmen que habia de producir tan escogidos frutos.

La ilustre archiduquesa estaba llamada á ser madre de D. Cárlos VII de Borbon, cuyo nombre habia de dispertar al partido carlista, y cuyos buenos auspicios en la carrera política hacen esperar en él la realizacion de la dichosa esperanza que en él tiene fija la infortunada patria.

NOTICIAS Y DOCUMENTOS.

ACLARACIONES
ACERCA DE LA EXPEDICION DEL CONDE DE NEGRI.

El conde de Negri salió de las Provincias el 15 de Marzo de 1838 con una division compuesta de nueve batallones castellanos y doscientos caballos, y el general Merino, comandante general de las Castillas, le acompañaba con dos escuadrones de caballería. Al llegar á las inmediaciones de Burgos, quiso el conde dirigir la marcha de sus tropas hácia las montañas de Liébana; pero Merino, que conocia bien el país, y se habia convencido de que Negri era incapaz, si no mal intencionado, le hizo presente la imprudencia que cometeria en conducir la expedicion á unas montañas que nada producen, y cuyo clima es tan rigoroso durante las tres cuartas parte del año, que por sí solo bastaria para destruir un ejército. Añadió Merino que la marcha de las tropas en esta direccion no podia tener otro objeto que el de destruirlas; mas Negri persistió, y Merino se separó de él, viniendo con sus dos escuadrones á los acantonamientos de Lerma y Aranda.

Continuó Negri su marcha y llegó á Liébana, perseguido muy de cerca por Latre, que le obligó el 22 de Marzo á aceptar el combate en Bendejo: y á pesar de los prodigios de

valor de los esforzados castellanos, la expedicion sufrió pérdidas considerables á consecuencia de las maniobras mandadas por el conde. La noche que siguió á tan desastrosa accion, cayó una cantidad de nieve tal, que al otro dia por la mañana los dos ejércitos tuvieron que permanecer en las mismas posiciones en que quedaron despues del combate. Los carlistas pasaron aquella noche y el dia siguiente en una situacion horrible, sin raciones y sin tener ni áun techo en que guarecerse; los infelices heridos, muertos de hambre, de frio, y privados de todo socorro, fueron amontonados en la Cruz de Cabezuela, en un *invernal* (especie de granja que construyen en las montañas para encerrar en ellas las yerbas que secan en el verano y han de servir de alimento á las bestias en el invierno), en el cual perecieron un gran número de ellos.

Negri hubiera podido evitar todos estos sufrimientos á sus soldados, pues el 22, poco despues del combate, D. Antonio Roldan, individuo de la junta carlista creada en Potes, habia venido á ofrecerle en nombre de aquella corporacion doce mil raciones de pan, vino y carne que habia reunido para sus tropas en aquel pueblo, donde podian descansar y cuidar á los heridos como exigia su situacion. Negri rehusó sin motivo alguno esta oferta, y permaneció en las inmediaciones de Bendejo hasta el 24 por la mañana que emprendió su marcha para lo alto de la sierra entre Liébana y el valle de Polaciones, para salir á Pernia por el puerto de Piedras Luengas y desde allí por Campóo hasta la sierra de Búrgos, en que se hallaba Merino.

Este anciano activo y emprendedor habia organizado ya dos batallones compuestos de jóvenes del país, y empezado las fortificaciones de la Peña de Casaro, á fin de tener un pun-

tó de apoyo para base de sus operaciones, y asegurar la subsistencia de sus tropas. La llegada de Negri en derrota le contrarió mucho, pues no podia ménos de producir un efecto muy malo, y perjudicar á la causa carlista en el ánimo de los habitantes; para remediarlo, resolvió Merino ocupar militarmente el país, y con este objeto pidió á Negri que le dejase dos de sus batallones para operar en tanto que los reclutas recibian la instruccion necesaria, prometiéndole en cambio encargarse de sus enfermos y heridos y reunir los soldados que hubiesen quedado dispersos despues de la accion de Bendejo.

Estas disposiciones eran ventajosas áun para el mismo Negri, porque si sufria un nuevo reves, contaria siempre con un refugio y socorros, pues Merino era poderoso en aquel país; pero todo fué inútil. Negri no quiso escuchar nada, y Merino exasperado le dijo que era un traidor que trataba de arruinar la causa carlista en Castilla y perder á los fieles castellanos. Despues de esta conferencia sin resultado, Negri se puso en camino para Segovia, y miéntras fatigaba á sus tropas con marchas inútiles dió tiempo á los generales cristinos para que empezasen de nuevo á perseguirle. Así es que desde Segovia vino sin objeto aparente á las llanuras de Campos, donde se metió con muy poca caballería, y sufrió el ataque de Mayorga, que fué tambien desgraciado, y lo hubiese sido mucho más sin el extraordinario valor del coronel Aróspide, que dió una carga al frente de veinticuatro ginetes, y consiguió librar una parte de la division, que sin esto hubiera perecido completamente. Aquellos valerosos ginetes se sacrificaron por la infantería y casi todos quedaron en el campo de batalla.

El 20 de Abril volvió Negri á las montañas de Liébana, perseguido por Iriarte, siendo tal la intensidad del frio que muchos de sus soldados, extenuados ya por el hambre y la fatiga, no pudieron resistirle, y perecieron en medio de las nieves.

Espartero, seguro del éxito, tomaba sus disposiciones para apoderarse sin trabajo de la expedicion, y Negri parecia que se hubiese propuesto facilitarle los medios para ello, pues se dirigió á Aguilar de Campóo, donde perdió un dia entero en batir en brecha, con una pieza de campaña de á cuatro, una iglesia antigua convertida en fuerte, y cuyas paredes eran tan gruesas que hubieran podido resistir muchos dias áun á la artillería de sitio. Mientras se ocupaba en este inútil ataque Iriarte se acercó, y Negri se retiró precipitadamente hácia Fresno de Rodillas, adonde llegó despues de haber hecho caminar á sus tropas diez y seis leguas en un dia; de manera que cuando los cristinos se presentaron, los restos de aquella hermosa division no pudieron oponer resistencia alguna y tuvieron que entregarse sin tirar un fusilazo. Negri se salvó con los oficiales de estado mayor que habian conservado sus caballos, y algunos soldados de caballería que habian seguido al coronel Aróspide.

Negri no mostró ningun pesar por la pérdida de la expedicion que se le habia confiado; mas cuando supo la de su equipaje se puso á llorar como un niño, con gran escándalo de los que le acompañaban, y á decir que lo que sentia más que todo era la faja de mariscal de campo que habia recibido de D. Cárlos al mismo tiempo que el mando de la expedicion, y como recompensa anticipada de los servicios que habia de hacer.

SOBRE LA TRAICION DE VERGARA (1839).

Despues de la célebre proclama de 24 de Febrero, en que D. Cárlos casi pide perdon á Maroto, este general pasó á Vizcaya. Habia ya separado de las filas del ejército á los oficiales que consideraba opuestos á sus miras, y puesto hechuras suyas á la cabeza de los batallones, principalmente de los vizcainos. Varios puntos importantes se dejaron sin defensa, de manera que Espartero hubiera podido penetrar á su gusto hasta el corazon de las Provincias.

El 27 de Abril atacó Espartero á una de las divisiones de Maroto en el monte Ubal, tomó la formidable posicion del Moro, y obligó á los carlistas á retirarse. Espartero tenía treinta batallones para atacar posiciones inexpugnables; Maroto tenía veinticuatro para defenderlas. Toda la ventaja estaba pues de su parte; pero estaba tan decidido á entregar el país y sacrificar el ejército carlista, que confió la defensa de estas posiciones á un corto número de soldados que, abandonados á sí mismos, perecieron casi todos. Durante la accion, Maroto permaneció en nuestra Señora del Suceso, á una distancia considerable del sitio del combate.

El 8 de Mayo abrieron los cristinos sus baterías contra Ramales, que en aquella misma tarde fué abandonado por órden de Maroto.

El 9 atacó Espartero el fuerte de Guardamino, y muy pronto se apoderó de él, porque *un accidente imprevisto hizo reventar durante el ataque las cuatro piezas de artillería de que disponíamos;* es decir, que los cañones estaban sobradamente cargados.

Las tropas entretanto murmuraban altamente. Maroto, para apaciguar la tempestad que empezaba á levantarse contra él, reunió un consejo de guerra, compuesto únicamente de sus parciales, el cual declaró, no solo que el general habia obrado bien durante los desastrosos combates de los dias precedentes, sino que era urgente la evacuacion de Balmaseda, Arciniega, Orduña y otros puntos de igual importancia. Así, el consejo de guerra no produjo otro resultado que el de aprobar lo que el general habia hecho, y ayudarle á poner en práctica sus planes.

Maroto, que miéntras duraron las operaciones activas habia estado en Manzanera, punto distante del teatro de las operaciones, trasladó entónces su cuartel general á Llodio y Orozco, desde cuyos puntos publicó un gran número de órdenes del dia y de proclamas, anunciando su intencion de anonadar al enemigo si se atrevia á penetrar en las Provincias.

Hacía algunos dias que circulaban entre los soldados rumores relativos á correspondencias entre Maroto y Espartero, y áun se hablaba de una transaccion que estaba para concluirse. Estas voces produjeron tal irritacion en el ejército, que Espartero mandó publicar en *El Mensagero* un artículo,

en que decia que las conferencias entre Maroto y lord John Hay habian tenido por objeto la cuestion de represalias. Maroto, por su parte, creyó que debia desmentir tambien estos rumores, y con este fin publicó la siguiente proclama:

«Voluntarios: Se acerca un dia de combate, en el cual probaremos al mundo entero que los defensores de la legitimidad no concederán jamás el triunfo á los usurpadores. Si el abandono voluntario que hemos hecho de algunos puntos. que no me presentaban las ventajas que debo buscar para combatir contra las fuerzas enemigas les ha hecho creer que les tememos: cuando salgan de las posiciones que ocupan, si no retroceden, hallarán la muerte que vuestros brazos deben darles, en recompensa de la conducta infame que observan, saqueando y quemando vuestros campos y aldeas. La campaña que han empezado con fuerzas tan desiguales, como todos vosotros habeis visto. es la más bárbara que puede imaginarse: en Navarra. en la Solana, en Álava. á la parte de Vitoria, en Guevara y aldeas inmediatas. lo queman y lo saquean todo, sin que nada se libre de su rapiña: y veis al rebelde Espartero destruir en Amurrio. Orduña y Arciniega todo cuanto puede satisfacer su inhumanidad y su barbarie.

»En vano algunos viles intrigantes esparcen rumores de transaccion, pues jamás puede haberla entre dos partidos, cuyos principios son tan opuestos. Sea nuestra constante divisa el rey y la religion; es necesario triunfar ó morir con las armas en la mano.

Cuartel general de Orozco 23 de Julio.=Vuestro general y compañero, Rafael Maroto.»

El mismo Maroto dirigió tambien desde Orozco á uno de sus amigos la carta siguiente:

«Dicen que Espartero se dispone para atacarme; yo no lo creo. pero si cometiese tal temeridad, esté V. seguro de que él y su ejército hallarán la muerte en el campo de batalla.

»Sé que mis enemigos trabajan contra mí con ardor; pero desprecio todos sus esfuerzos. Desgraciados si llega el dia en que crea que debo ocuparme de ellos, porque mi venganza será tal, que no se volverá á hablar de los sucesos de Estella.»

El 8 de Agosto se decidió Espartero á poner á Maroto en el caso de ejecutar sus amenazas; ó más bien, seguro de que no le inquietarian en el camino, trató de pasar de Amurrio á Vitoria por el peligroso desfiladero de Altube, y al llegar á Vitoria dirigió el siguiente parte al ministro de la Guerra.

«Comandancia general de los ejércitos del Norte.=Secretaría de campaña.=Excmo. Sr.: Conforme manifesté á V. E. en mi último parte desde Amurrio, emprendí ayer la marcha penetrando en el país enemigo por el difícil tránsito de Altube, creido de que Maroto, que tan orgulloso y sanguinario se ostentó en la proclama que anteriormente dirigí á V. E., se opondria al paso, favorecido de las ventajas del terreno y de las trincheras y parapetos que habian construido en la série de aquellas formidables posiciones.

»Resuelto á darle la batalla, que esperé aceptase, mandé por el camino de Orduña á Miranda todo el bagaje, á fin de estar más expedito; pero con asombro de todo el ejército, sólo se vieron algunos batallones á larga distancia, y verifiqué la marcha á Murguía sin ninguna oposicion, pues únicamente

las guerrillas sostuvieron un débil fuego, del que resultaron tres heridos.

»En Murguía y pueblos inmediatos pernoctaron las tropas, y hoy por la mañana he llegado á esta capital, desde donde emprenderé las nuevas operaciones que juzgue más convenientes, quedando en dar oportuno conocimiento á V. E. de sus progresivos resultados.=Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Vitoria 9 de Agosto de 1839.=Excelentísimo señor.=El Duque de la Victoria.=Excmo. señor secretario de Estado y del despacho de la Guerra.»

MÁS INTRIGAS DE MAROTO.

Cuando Maroto abandonó en 1836 el mando de Cataluña que se le habia confiado, y se retiró á Francia, dió D. Cárlos una real órden, en la cual, despues de oida la junta consultiva, se prohibia á Maroto que entrase en España sin una nueva resolucion de D. Cárlos, la cual no podria tomarse sino sujetándole á que viniese á responder ante un consejo de guerra de oficiales generales á las graves acusaciones que pesaban sobre él, y que resultaban de un expediente formado en el Ministerio de la Guerra, que entónces desempeñaba Erro, y de algunos documentos curiosos que probaban que Maroto era enemigo personal de D. Cárlos. Esto, unido á várias cartas escritas á Erro por el mismo general, al interrogatorio que sufrió ante el general frances Harispe, y á otra infinidad de datos, le hacía aparecer como reo de lesa-majestad. Así es que su llegada á las Provincias despues de los sucesos de Estella, en 1838, sorprendió á todos los que conocian sus antecedentes, y el mismo D. Cárlos no pudo ocultar la admiracion que le causaba tanto atrevimiento.

D. Celestino Martinez de Celis estaba en Zumarraga cuando D. Cárlos pasó de Tolosa á Elorrio el 15 de Junio de 1838. Dos dias despues llegó Maroto al último punto muy de mañana, y se encaminó al alojamiento del conde del Prado, adonde llamaron en seguida á D. Joaquin Montenegro, á los ge-

nerales Cuevillas, Martinez y otros. Celis supo por Cuevillas que habian tratado de ponerse de acuerdo acerca de un plan para obligar á D. Cárlos á que nombrase á Maroto jefe de estado mayor general, á cuyo fin debian pasâr á palacio el dia siguiente el conde del Prado y Montenegro, y éste escribió al general portugues Pinheiro que viniera á reunirse con ellos. Habiendo hecho la casualidad que esta carta llegase á manos de Celis, vió que Montenegro decia á Pinheiro que era absolutamente necesario que viniese al cuartel real, que pasase por Elgueta para hablar al general Cabañas, y que cuando llegase á palacio viera á Villavicencio para que le informara del papel que debia hacer, añadiendo que no perdiese tiempo, porque la causa del rey estaba en gran peligro.

Con todas estas noticias escribió Celis al ministro de la Guerra D. José Arias Tejeiro, diciéndole que comunicase á D. Cárlos lo que se tramaba, á fin de que no consiguiesen sorprenderle.

El dia siguiente, en el momento en que el conde del Prado emprendia el camino de palacio, recibió una real órden que le prohibia venir á él, y le mandaba que fuese á Azpeitia. Al mismo tiempo enviaron á Mondragon á su secretario Casado, para que esperase allí su clasificacion.

El 23 (Febrero de 1839), en una conversacion que tuvieron en la antecámara de palacio Urbiztondo y una persona de bastante influjo, insistia el primero en la necesidad de una pronta reconciliacion con Maroto, y apoyaba sus argumentos en la ventaja que sacaria Espartero de la desunion que reinaba entre los carlistas para penetrar en las Provincias. «No tenemos más que nueve compañías en Alava, dijo, y qui-

nientos hombres escasos para cubrir la Navarra, mientras que en Vizcaya solo hay dos batallones.—No tema Vd. nada, respondió L.; Espartero no incomodará á Vds.—¿Por qué? preguntó Urbiztondo.—Porque los planes de operaciones, replicó el fiel vascongado, se han sometido á Espartero y merecido su aprobacion.» Poco rato despues L. salió de palacio, y separándose voluntariamente de sus amigos y de su país, se retiró á Francia.

Queriendo Maroto atraer á Balmaseda á su partido, puso en práctica todos los medios de seduccion que le fueron posibles, le regaló un magnífico par de pistolas, y no omitió ni las caricias ni las adulaciones. Viendo que no conseguia nada por estos medios indirectos, le habló abiertamente y le prometió la faja de general si queria unirse á él; pero aquel jefe tan honrado como valiente, no pudiendo disimular la cólera que le causaban tales maniobras, le dijo: «Sepa Vd. que no conozco más partido que el del rey, y si supiese que existia otro le perseguiria con el mismo ardor que á los cristinos, y mi espada sabria castigar á quien fomentase tales intrigas, aun cuando fuese Vd. mismo.» Desde entónces cambió la escena, y con diferentes pretextos le quitó Maroto el mando de su columna. Balmaseda recurrió á D. Cárlos, que mandó á Maroto que le volviese aquel cargo, pero Maroto no hizo caso alguno, como tampoco de cuatro reales órdenes que se le enviaron por escrito con este objeto.

Maroto resolvió deshacerse de Balmaseda, para lo cual envió agentes á Los Arcos, donde se hallaba, con órden de apoderarse de él; pero Balmaseda, que tuvo noticia de sus intenciones, salió de allí para el cuartel real, con objeto de rogar á D. Cárlos que admitiese su dimision y le permitiese

retirarse á algun sitio donde pudiese estar á cubierto de las tentativas de Maroto; mas D. Cárlos le negó lo que pedia y le mandó que volviera á ponerse al frente de su columna, que estaba en Los Arcos. Balmaseda, deseoso de terminar de una vez, fué á Estella, donde se hallaba Maroto, y tuvo con él una conferencia de que ni uno ni otro quedaron satisfechos. Pocos dias despues llegaron á ser tan vivas las persecuciones contra Balmaseda, que éste tuvo que recurrir de nuevo á la proteccion de D. Cárlos. Sabedor Maroto de que se hallaba en el cuartel real, envió un sumario contra él, y le reclamó para que viniese á responder de su conducta ante un consejo de guerra. D. Cárlos no vió otro medio de protegerle que enviarle al castillo de Guevara, prometiendo á Maroto que le haria castigar si era culpado. Pocos dias antes de los fusilamientos de Estella escribió Maroto al gobernador del castillo, diciéndole que no entregase el preso á nadie, ni áun en virtud de órden del mismo D. Cárlos. Cuando se supieron en el cuartel real las ocurrencias de Estella, los amigos de Balmaseda corrieron á rogar á D. Cárlos que le mandase venir al cuartel real, para librarle de tener igual suerte que los generales navarros. Con efecto, salió de Guevara, en virtud de una órden escrita enteramente de mano de D. Cárlos; pero apenas se hallaria á media legua del castillo cuando llegó un ayudante del campo de Maroto á reclamarle.

El 30 de Mayo de 1839 publicó Balmaseda la proclama siguiente:

«Castellanos: unos atentados cuyo recuerdo solo espanta, preparados por una série de intrigas que sólo podia urdir un traidor, han sepultado en la tumba á valientes generales y

compañeros nuestros, cuya pérdida nunca podremos deplorar bastantemente, y me han separado de vosotros. No hay dificultades que no puedan superar el valor y fidelidad de los héroes á quien tengo la honra de mandar; sus espadas, á que nada resiste, sabrán cortar el nudo gordiano de la traicion y romper las cadenas que oprimen á nuestro amado soberano.

»En tanto que llegan estos felices momentos, seguid constantes el camino del honor y de la fidelidad. No desconozcais mi voz, aunque os la dirija desde léjos; sed constantes, repito; unid vuestros esfuerzos á los de vuestros hermanos y compañeros de las Provincias Vascongadas, sin que os desanimen las fatigas; estad unidos de modo que la discordia no se introduzca entre vosotros y rompa los lazos de vuestra fraternidad; no abandoneis á nuestro muy amado soberano, y sobre todo, velad noche y dia por su preciosa existencia y la de toda la real familia. Castellanos, constancia!

»No desmintais vuestra bien merecida reputacion, seguros de que, tan luégo como las operaciones militares permitan á estos jefes invencibles asegurar el triunfo de las armas del rey en los reinos de Aragon y Cataluña, volarán á socorreros con numerosas fuerzas. Entónces me vereis en la vanguardia, y nada podrá resistir á nuestro ardor. Mi corazon palpita esperando la llegada del momento, que no está distante, en que nuestras armas, victoriosas, coronen con un doble triunfo la noble empresa á que nos hemos consagrado.

»Castellanos, vascongados y navarros: sea nuestra divisa *el rey*, *constancia*, *union y exterminio de los traidores*.

»Cuartel general de Chelva, 30 de Mayo de 1839.=Vuestro compatriota y amigo, Juan Manuel Balmaseda.»

SOBRE LOS FUSILAMIENTOS DE ESTELLA.

Hallándose Maroto el 17 cerca de Estella con su tropa más afecta, que traia presos á Sanz y al intendente Uriz, el comandante del 12 de Navarra pasó á casa del general García y le dijo: «Mi general; traen presos á Sanz y Uriz, y sin duda le van á prender á usted tambien; póngase usted en seguridad viniéndose á la cabeza de mi batallon.» García se negó á acceder á sus ruegos, apoyados por las lágrimas de su mujer, que se unió á las reiteradas instancias del comandante, y respondió á todo: «El rey me ha mandado que permanezca aquí, y debo obedecerle: un general debe morir ántes que dar el ejemplo de la insubordinacion.»

En aquel instante llegó el cura de San Pedro; y al ver la resistencia que García oponia á los ruegos de su mujer, le suplicó que cediese á ellos, asegurándole que su vida corria mucho riesgo. El criado del general entró muy asustado y le dijo: «una porcion de soldados están rodeando esta casa:» entónces el cura de San Pedro conjuró á García en nombre de Dios para que se pusiese su traje de eclesiástico, y saliese por aquel medio sin que le conociesen, pues era ya casi oscurecido. El general García consintió al fin en ello: y poniéndose

el traje del cura salió de la casa, pasando por medio de los soldados sin ser conocido, y fué á ocultarse en casa del mismo cura, donde permaneció una hora.

Creyéndose entónces ya seguro, salió de allí y se dirigió á la puerta de la ciudad que da al camino de Iratche; el centinela le preguntó quien era, y el general respondió que el capellan del hospital de Iratche. El soldado llamó al oficial de guardia, y éste mandó al supuesto capellan que se desembozase, pues se cubria con el manteo parte de la cara, y al ver los bigotes le reconoció, le arrestó, y dió aviso á Maroto, que le mandó conducir al Puig con el mismo traje de eclesiástico, con el cual recibió despues la muerte.

Carmona estaba en Cirauqui, y Maroto le envió á llamar por medio de uno de sus ayudantes de campo, diciendo que necesitaba hablarle. Habiendo llegado tarde á Estella, no se presentó Carmona sino el dia siguiente por la mañana muy temprano. Preguntóle Maroto si se habia desayunado, y siendo negativa su respuesta, le convidó á tomar chocolate con él; terminado el desayuno, le dijo: « Vaya usted con mi ayudante de campo, y él le dirá lo que ha de hacer; » y habiendo seguido el desconfiado Carmona al ayudante, éste le condujo al Puig, donde fué arrestado y fusilado poco despues.

Sanz fué preso en Arriba, conducido desde allí á Tolosa á pié, y desde Tolosa á Estella del mismo modo; al llegar á este punto fué encerrado en el Puig y á la mañana siguiente fusilado con los demas.

Guergué, arrestado en su casa de Legaria, fué conducido á Estella á pié, sin permitirle siquiera que viese á su esposa, y el 18 le fusilaron con Sanz, García, Carmona y Uriz.

Cuando vinieron los frailes á confesarlos, García y Car-

mona solicitaron que se les dejase hablar á Maroto, pero éste no quiso verlos; entónces los generales pidieron que se les diesen dos horas para arreglar sus asuntos de familia y hacer testamento, y tambien se les negó esta gracia.

En el momento de ir á morir se abrazaron aquellos valientes, y dirigiéndose el general García á los soldados, les dijo: «Soldados: ¿tendreis valor para fusilar á un general que tantas veces os ha conducido á la victoria?» Ellos respondieron que deberian obedecer á las órdenes del rey, y entónces continuó García: «Pues haced fuego: muero por el rey y la religion; no olvideis que ese es un deber de todos.»

La única batalla ganada en las Provincias durante el mando del general Maroto fué la de El Perdon, dada el 19 de Setiembre por el valiente y desgraciado general García, que dió así el parte de aquella brillante jornada:

«Excmo. Sr.: Las divisiones de Alaix y Ezpeleta han recibido una nueva prueba de lo que pueden los valientes voluntarios cuando se hallan enfrente del enemigo.

»Habiendo maniobrado los cristinos para atacarme, supe sus intenciones, y adelantándome hácia Puente-la-Reina, los he alcanzado cerca de El Perdon, y los he puesto en tan completa derrota que si Puente-la-Reina hubiese estado media legua más distante, y por consiguiente hubiera yo podido llevar más allá la persecucion, no habria escapado ni un solo hombre. Alaix, jefe de los enemigos, ha recibido tres heridas graves en el campo de batalla; y casi todos los equipajes de los enemigos, y una gran cantidad de municiones, afustes, mulas, etc., han caido en nuestro poder, como igualmente 800 fusiles.

»Hemos cogido al enemigo 476 soldados y 27 jefes y oficiales de infantería, y 50 ginetes con sus caballos.

»La pérdida del enemigo entre muertos y heridos sube, segun las noticias que he podido adquirir, á 1.500 hombres fuera de combate. La nuestra ha sido de 15 muertos y 150 heridos. Entre los primeros deploramos la pérdida del valiente brigadier D. Martin Luis de Echeverría; y el comandante de la caballería Ortigosa ha sido gravemente herido.

»Estoy bloqueando á Puente-la-Reina, y si el enemigo, que se ha encerrado en este punto, intenta salir de él, estamos prontos á recibirle.

»Dios guarde á V. E. muchos años.

»Cuartel general de Legarda 19 de Setiembre á las doce de la noche.=Francisco García.=Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.»

Poco tiempo despues de haber ganado esta batalla, estando Maroto en Balmaseda, García y el brigadier Balmaseda, que se hallaban en Los Arcos con su columna, formaron un plan para apoderarse de Tafalla, donde habian podido adquirir corresponsales, y dieron parte á Maroto de su intencion. En respuesta á aquel parte dió Maroto órden al brigadier Balmaseda para que inmediatamente pasase con su columna á las Encartaciones, y á García la de dirigirse hácia el Alto Aragon. Respondió García á Maroto que si pasaba á Aragon con sus tropas quedaba abierta la Navarra á los ataques de los cristinos, y, sobre todo, se veria en gran peligro la ciudad de Estella. Insistiendo Maroto, le hizo saber García que como D. Cárlos era el general en jefe del ejército, y él no era más que jefe del estado mayor general, ántes de em-

prender una operacion que consideraba desastrosa para la causa del rey, queria consultarlo con éste. Maroto no se atrevió á insistir más; pero aquella negativa aumentó su odio al general García.

Véase lo que sobre estos acontecimientos dice en una carta Ayerre, secretario del general García:

«Maroto empezó su obra fingiendo una extraordinaria amistad al valiente y leal general García, con la esperanza de atraerle á su partido; pero pronto se convenció de la inutilidad de sus tentativas, pues el general conoció las intenciones de Maroto, y no correspondió á sus exageradas demostraciones de amistad sino con una fria reserva.

»Poco despues de haber tomado el mando trasladó Maroto su cuartel general de Estella á Morentin; el general García estaba en Dicastillo, que sólo dista media legua, y todos los dias iba á ver á Maroto, con quien estaba tres ó cuatro horas por complacerle. García esperaba siempre que Maroto hablase de operaciones militares, pero jamás tocaba este punto, que parecia que debia ser el que casi exclusivamente ocupase la atencion del general en jefe del ejército.

»Pasó así largo tiempo, con mucho disgusto del general García, que puso su cuartel general en Cirauqui. Apénas llegó á este punto, cuando recibió una carta muy amistosa de Maroto, en la cual le rogaba que, atendidos sus muchos conocimientos del terreno, le propusiese un plan de ataque ventajoso para las armas de D. Cárlos, tomando en consideracion las fuerzas de ambos partidos, y acababa diciéndole que le contestase inmediatamente. Admiróse en extremo García de ver que Maroto, que le habia tenido tanto tiempo á su lado y

jamás le habia dicho una palabra que pudiera hacerle creer que pensaba en atacar, le escribiese en este sentido á las pocas horas de haberse separado; sospechó, pues, que éste podia ser un lazo, mas sin embargo contestó al momento, indicándole un ataque contra la columna de la Ribera, cuyo éxito parecia seguro, y que en ningun caso podia ser desventajoso para las armas carlistas. Luégo que Maroto recibió esta carta le escribió de nuevo, diciéndole que su plan era excelente y que le hubiera llevado á cabo, si algunas noticias confidenciales que acababa de recibir no le hubieran obligado á marchar inmediatamente á Vizcaya. García, que sabia muy bien que en aquel momento nada podia tener que hacer en Vizcaya, conoció que era una astucia dirigida á ocultar sus planes, que se iban haciendo notorios, áun para los ménos prevenidos contra él.

»Emprendió Maroto su marcha hácia Vizcaya, dejando á García muy pocas tropas, para que no pudiera emprender nada durante su ausencia, sobre todo teniendo una línea tan extensa que guardar. Aquella noche escribió Maroto á García desde Alsasua, diciéndole que volveria siempre que fuese conveniente para el servicio de S. M., y rogándole que le avisase inmediatamente, si se presentaba la ocasion de hacer alguna operacion ventajosa. Persuadido García de que todo esto no eran más que palabras, le respondió como su honor le aconsejaba, diciéndole que en su última carta le habia propuesto un plan de ataque que prometia felices resultados, y que todavía se estaba á tiempo de ejecutarle, si queria volver con cuatro batallones; ó que, si por razones particulares no le convenia volver, no tenia más que enviarle los batallones y que con ellos atacaria á Lumbier, de cuyo punto prome-

tia apoderarse en veinticuatro horas. Añadia algunos pormenores sobre la importancia de esta operacion, que proporcionaria medios de dominar el Alto Aragon. Maroto no hizo caso alguno de este oficio interesante, y continuó el plan que se habia propuesto.

»Á principios de Setiembre, desesperado García de ver que se pasaba el tiempo sin conseguir ninguna ventaja para la causa, y convencido de que Maroto no atacaria jamás á los cristinos, ni permitiria que los demas lo hiciesen, resolvió emplear los siete batallones y tres escuadrones de caballería que tenia á sus órdenes en batir á dos columnas cristinas que operaban entre Pamplona y Lodosa.

»Con este objeto pasó el Arga la noche del 18, y el dia siguiente dió la batalla de El Perdon, en la cual cogió más de 500 prisioneros, hiriendo gravemente á Alaix. Despues de la accion escribió García á Maroto, dándole parte de ella como jefe del ejército, mas éste le contestó que la gloria militar no consistia en dar una batalla ventajosa, pero cuyo resultado único era el haberse derramado sangre; y le acusaba de haber obrado con imprudencia.

»Al enviar á Maroto el parte relativo á la batalla que acababa de ganar, le decia tambien García que el momento era favorable para apoderarse de Lumbier, y prometia de nuevo tomar aquel punto en veinticuatro horas si Maroto daba las órdenes convenientes para que dos batallones de los que estaban ociosos en otros puntos viniesen á ocupar la Solana, á fin de que él pudiese ejecutar la operacion con los que tenia disponibles.

»Maroto no acusó el recibo de esta comunicacion tan importante, mas desde entónces no ocultó ya su ódio al ge-

neral García, que fué aumentando hasta la muerte de éste.»

«Habiendo llegado Ibañez á Estella el dia 18 por la tarde fué encerrado inmediatamente en el Puig, y puesto en capilla para ser fusilado dentro de dos horas. Al saber la suerte que le esperaba, el fiel Ibañez conservó toda su serenidad; tomó su cortaplumas, y cortando una pluma con la mayor calma, escribió á su desgraciada esposa las líneas siguientes:

«JESUS, MARÍA Y JOSÉ.

Puig de Estella 18 de Febrero de 1839.

»Querida de mi alma: á las dos horas de haber escrito esta carta, me hallaré ya en presencia de Nuestro Señor Jesucristo. Vuelven los tiempos primitivos de la Iglesia, y mi Dios se ha dignado concederme la gracia que le pedia hace mucho tiempo de derramar mi sangre por su gloria. Muero inocente, y por lo mismo feliz, pues lo espero todo de la misericordia del Señor.

»Cedo en tí todos mis derechos á los pocos bienes que pueden tocarme por muerte de mis amados padres, despues de repartidos con mis hermanos vivos..............................

»Adios; rogaré á Dios por tí. Soy desgraciado en concepto del mundo, pero feliz segun nuestra Santa Madre Iglesia. Luis Antonio Ibañez.»

Para responder Maroto á las incesantes reclamaciones que se le hacian, y, sin duda, para producir un efecto favorable á sus proyectos, mandó imprimir en Durango las que llamaba pruebas de la culpabilidad de los generales fusilados en Es-

tella. Entre estos documentos figuran algunas cartas del general D. Francisco García, en que acusaba al general Maroto de estar en correspondencia con el general Espartero, y daba algunos pormenores acerca de este punto; pero como los sucesos le obligaron á terminar su plan antes de lo que pensaba, apénas estaban impresos aquellos documentos cuando los mandó recoger y quemar todos.

SOBRE LA EXPEDICION

DE DON CÁRLOS Á MADRID.

Cuando D. Cárlos volvió á las Provincias de su expedicion á las puertas de Madrid en 1837, mandó que los generales Zariátegui y Elío se presentasen ante un consejo de guerra, y entre las acusaciones que se les hacian, eran las de haber permitido que sus tropas se entregasen á toda clase de excesos por los pueblos por donde habian pasado, y especialmente en Segovia, donde los soldados no respetaron ni áun las iglesias; haber desobedecido las órdenes del general Moreno, que era jefe de estado mayor general, y haber precipitado su vuelta á Navarra, abandonando á D. Cárlos con una débil columna en la sierra de Búrgos, á pesar de las reiteradas reales órdenes.

Al brigadier Cabañas se le acusaba de haber desobedecido á las órdenes que se le comunicaron, y de haber colocado su caballería al acercarse el enemigo en un desfiladero peligroso y distante tres leguas de la retaguardia del ejército carlista, donde pudo haber perecido toda.

Iturbe, que declaró como testigo ante el mismo consejo de guerra, dijo: «que su opinion era que las maniobras de Cabañas en aquella ocasion no podian atribuirse á falta de talentos militares, sino á traicion.»

Entre los oficiales que por su conducta en la expedicion habian caido en desgracia con D. Cárlos, pero que al volver fueron empleados de nuevo, era uno Villareal. No habia disimulado éste el odio que profesaba al general Moreno, y como tenía bastante influencia en los soldados, su ejemplo esparció la insubordinacion en el ejército.

Don Simon Latorre fué separado tambien, porque su conducta en la expedicion habia sido escandalosa, poniendo en ridículo á Moreno y sus órdenes, atacando hasta la persona de D. Cárlos, y contribuyendo á la desorganizacion del ejército.

La conducta poco mesurada de los que rodeaban al infante Don Sebastian indispuso fuertemente contra él á su tio. Poco despues de haber llegado á Amurrio, se presentó el infante y solicitó ver á D. Cárlos: estaba éste comiendo, y en vez de mandar que entrara el infante y se sentara con él á la mesa, como acostumbraba hacer cuando estaban juntos, le envió á decir que esperase á que tuviera á bien recibirle, y el infante permaneció en la antecámara. Despues de comer se dispuso Don Cárlos para salir á dar su acostumbrado paseo, y al pasar por la antecámara encontró en ella al infante, que esperaba sus órdenes, y cuyo semblante indicaba descontento. Adelantóse D. Sebastian, saludó á su tio, y viendo que éste no le decia nada, le preguntó: «¿ha recibido V. M. noticias de Saltzburgo?—Sí; respondió D. Cárlos; todos están buenos:» y sin decir más continuó andando. El infante le siguió, y al volver, sin invitarle D. Cárlos á que entrase en la cámara, le dijo que podia ir á descansar á su alojamiento. Esta frialdad duró muchos dias, pero al fin el infante volvió á ocupar su puesto en la mesa de su tio.

Al llegar á Arciniega, publicó D. Cárlos la proclama siguiente:

«Voluntarios: vencida y humillada la revolucion, y próxima á sucumbir á vuestros esfuerzos sobrehumanos, ha puesto sus últimas esperanzas en medios dignos de su perfidia para prolongar algunos dias más su sangrienta existencia. Por fortuna han sido descubiertos sus proyectos y yo sabré contrarestarlos. Para tomar medidas que puedan poner un pronto término á esta lucha de desolacion y de muerte, y para ejecutarlas, he vuelto momentáneamente á estas fieles provincias; pero pronto me vereis, como hoy me veis aquí, en los sitios donde me llaman mis deberes. Mi corazon paternal está demasiado penetrado de vuestro heroismo para que renuncie jamás al triunfo, y para que no prefiera, si necesario fuese, morir gloriosamente entre vosotros.

»Voluntarios: no bastaba la no interrumpida serie de prodigios que componen la historia de vuestras campañas, sino que, en los cinco meses que acaban de trascurrir, os habeis excedido á vosotros mismos; la conducta del cuerpo expedicionario es superior á todo elogio. Sólo con el tercio de las tropas que obran en Navarra se han reducido las fuerzas enemigas á un número menor que el de las que tengo á mis órdenes en la extension de mis dominios; habeis vencido á los revolucionarios en las llanuras como en las montañas, con artillería como sin ella. Huesca, Barbastro, Villar de los Navarros, Retuerta, serán monumentos eternos de vuestro valor. Si la falta de municiones ó la de cooperacion de algun cuerpo os ha obligado á veces á ceder terreno, habeis hecho pagar al enemigo bien caras estas ventajas momentáneas, y

áun en vuestras retiradas, seguidos y no perseguidos por fuerzas dobles, nunca se han atrevido á atacaros cuando les habeis dado la cara, y ni áun han osado hacer fuego á vuestras masas. Sobre todo, habeis manifestado á la Europa entera que mis enemigos son los enemigos de mis pueblos, cuya lealtad y amor no pueden ser mayores, cuyo afecto á mi persona y entusiasmo por mi justa y sagrada causa han provocado la venganza de sus opresores, y que esperan que vuestra proteccion les libre del yugo que les oprime, tanto en Aragon como en Cataluña, así en Valencia como en las Castillas.

»Sí, voluntarios; no ha dependido ni de vosotros ni de mis pueblos el acabar con la usurpacion en este desgraciado país, teatro de los crímenes más odiosos, y de la anarquía que devora á sus habitantes y acabará por devorarse á sí misma. Causas conocidas, pero independientes de vosotros, han prolongado las desgracias de la patria; mas éstas van á desaparecer para siempre.

»La experiencia ha mostrado la marcha que debe seguirse, y las medidas que voy á adoptar llenarán vuestros deseos y las esperanzas de todos los buenos españoles.

»Voluntarios: testigo de vuestro heroico amor, he participado de vuestras privaciones y fatigas, he admirado vuestra resignacion y vuestras virtudes, y quiero ante todo daros un testimonio de mi real satisfaccion. Desde hoy me pongo á vuestra cabeza, y yo mismo os conduciré á la victoria. Preparaos, pues, á coger nuevos laureles, sed dignos de vosotros mismos, y contando con la proteccion de nuestra generalísima, redoblad vuestra confianza con el pensamiento de que vuestro general es vuestro rey.—Cárlos.—Cuartel general de Arciniega, 29 de Octubre de 1837.»

SOBRE LA INSURRECCION

de D. Juan Echevarría, el Obispo de Leon, D. Basilio García, Lamas Pardo y otros.

La insurreccion de los batallones 5.° y 12.° de Navarra en el mes de Agosto último hizo una gran sensacion en las Provincias, y los diferentes partidos que trabajaban para la destruccion de la causa carlista se han apoderado de esta circunstancia, valiéndose de ella para disculpar sus actos y áun el abandono de las Provincias por D. Cárlos. Es, pues, muy importante restablecer los hechos como fueron en sí, y presentar bajo su verdadero punto de vista el orígen, progresos y fin de aquel levantamiento. Esta fiel narracion ofrecerá una página muy importante para la historia, y probará hasta la evidencia la esclavitud en que tuvieron á D. Cárlos sus supuestos amigos, y el estado de exasperacion en que esta persuasion y las maniobras de los marotistas pusieron á la parte fiel del ejército.

Las últimas palabras de D. Cárlos al separarse de Arias Tejeiro fueron las siguientes: «Mis actos son fruto de la violencia, te lo aseguro bajo mi palabra. Informa á Cabrera y al conde de España de lo que ha pasado aquí; díles que no estoy

libre; y si puedes ir á reunirte con ellos, será lo mejor de todo.»

Estas palabras, profundamente grabadas en el corazon de los ministros desterrados y de sus amigos, se consideraban como una órden para librar á su soberano del tiránico yugo que se le habia impuesto; esta órden era sagrada para ellos, y resolvieron hacer cuanto estuviese de su parte para cumplirla.

Con este objeto sus fieles y afectos vasallos obispo de Leon, D. Juan Echevarría, D. Basilio García, D. José Lamas Pardo y otros varios restablecieron su residencia cerca de la frontera, á fin de vigilar los movimientos de Maroto y sus agentes, y dar á D. Cárlos oportunas noticias de todo cuanto se fraguase contra su persona ó su causa.

No tardaron en adquirir la certeza de que existia una correspondencia secreta entre las personas que rodeaban á Don Cárlos, y una comision establecida en París para la realizacion de un plan cuyo resultado debia ser la abdicacion de Don Cárlos en favor de su hijo primogénito. La inteligencia entre Espartero y Maroto, que hacía ya tiempo que sospechaban, quedó tambien demostrada para ellos de una manera que no admitia la menor duda.

Estas advertencias, enviadas á una persona segura, se presentaron á D. Cárlos, y su respuesta confirmó todos los temores, pues se vió que estaba en una posicion tal, que no le era posible tomar aquellas medidas que reclamaba el estado de los negocios. En semejante situacion ¿qué habian de hacer los desterrados? Dirigirse al ejército y al pueblo, excitar á los fieles vascongados y navarros á que se reuniesen alrededor de su Rey y le arrancasen de las manos de los que se ha-

bian conjurado para perder á todos. Con este objeto se publicaron y circularon por las Provincias diversos documentos.

La opresion en que se hallaba D. Cárlos y la vigilancia que sobre él ejercian los que le rodeaban, se patentiza por el hecho siguiente. Apénas llegaron á noticia del príncipe los pormenores de las maniobras secretas de Maroto y de los transaccionistas, cuando lo supieron los jefes de este partido, y dirigieron por el ministro de la Guerra y Ramirez de la Piscina, á los desterrados que residian junto á la frontera de Francia, una órden que decia así:

«Secretaría de Estado y del despacho de la Guerra.=Es la voluntad del rey N. S. que se separe V. de las fronteras de España, fijando su residencia en lo interior de Francia ó en otro país, hasta que la real clemencia se digne concederle permiso para volver á entrar en su patria. De real órden lo digo á V., previniéndole que S. M. me ha mandado le haga saber que por el solo hecho de la falta de obediencia quedará V. privado de todos los empleos, honores y condecoraciones que debe á su soberana munificencia.

»Dios guarde á V. muchos años.=Cnartel real de Oñate, 20 de Julio de 1839.=Montenegro.»

Como esta medida arbitraria exaltó hasta el más alto grado la indignacion de los desterrados, algunos de ellos dirigieron á los ministros respuestas escritas con dignidad, acusándolos de obrar contra los intereses del soberano á quien habian jurado servir, y ninguno obedeció dicha órden, que no creian emanada de D. Cárlos.

Poco tiempo despues cayó en manos de los desterrados

un documento muy importante, á saber, una copia de los convenios celebrados entre Maroto y Espartero, para que éste entrase en las Provincias y se apoderasen de la persona de D. Cárlos. Este documento fué presentado al mismo Don Cárlos, así como una proclama que circulaba por las Provincias: y si bien la respuesta secreta que dió á la persona que servia de intermedio entre él y los desterrados fué muy satisfactoria, el príncipe, ó más bien los ministros en su nombre, publicaron contra ellos una proclama en que les acusaban de estar de acuerdo con los cristinos y de favorecer los intereses de la revolucion.

A vista de actos tan contradictorios, ¿qué debian pensar los desterrados y cuál habia de ser su conducta? Cuando estaba demostrado con una espantosa evidencia que D. Cárlos y su causa eran arrebatados á pasos gigantescos hácia una ruina segura, ¿podian creer que aquel príncipe, negándose á la evidencia, se colocase de parte de sus enemigos que trabajaban con actividad y sangre fria para arruinarle, contra sus vasallos más fieles, más afectos, y cuyo único fin y deseo era el de salvarle? No: la única conclusion á que podian conducirles todas sus rflexiones, era que D. Cárlos no tenia libertad para obrar, sino que estaba como prisionero.

Los sucesos se han encargado de justificar á los desterrados, y lo que ha pasado en las Provincias en los meses de Agosto y Setiembre prueba que habian juzgado bien de los hombres y de las cosas.

Los escritos publicados por los desterrados, la entrada de Espartero en las Provincias, el abandono en que Maroto dejó á Tarragual, y algunos valientes batallones sacrificados en la supuesta defensa de Ramales, exasperaron los espíri-

tus del pueblo y del ejército de Navarra; una diputacion de ese mismo ejército pasó la frontera y vino á consultar á los desterrados acerca de las medidas que convendria tomar para evitar la destruccion total de la causa y salvar la persona de D. Cárlos. Despues de largas deliberaciones, se escribieron cartas á los diversos comandantes de los batallones navarros, en las que se les preguntaba si estaban firmes en su resolucion de unirse para salvar al Rey, á la religion y al país. Apenas llegaron estas cartas á sus destinos, cuando el 5.° batallon se sublevó y se dirigió á Vera.

Es un hecho positivo que los desterrados no tuvieron noticia de la insurreccion de este batallon hasta despues que la habia verificado, y emprendido la marcha para Vera, pues su proyecto era no emprender cosa alguna hasta estar seguros de la cooperacion de todo el ejército navarro. En cuanto á la voluntad de D. Cárlos la tenian sobradamente conocida. Mucho contrarió á D. Juan Echevarría el paso dado por aquel batallon, y á fin de impedir que su precipitacion perjudicase al plan proyectado, y de evitar las desgracias que podrian ocurrir si aquellas tropas quedasen entregadas á sí mismas en un momento tan crítico, se decidió á acercarse á las fronteras; pero al mismo tiempo resolvió no hacer cosa alguna sin órden de D. Cárlos. Al llegar á la frontera publicó la siguiente proclama:

Navarros y habitantes de las Provincias Vascongadas.

«Seis años de desolacion y de muerte que pesan sobre vuestro desdichado país han debido probar al mundo entero que vuestra gloriosa insurreccion, vuestra constancia y vues-

tros sacrificios tenian por objeto el triunfo de la religion, de la monarquía pura de nuestro legítimo soberano D. Cárlos V, y de vuestros fueros; mas la revolucion, que hace ya tiempo conoce la impotencia de sus armas, ha visto la necesidad que tenía de introducir sus agentes y sicarios en las filas de la lealtad, y en los puestos más eminentes del Estado. Sus maquinaciones, sus intrigas, sus planes secretos han tenido siempre por objeto reduciros á la inaccion y paralizar todas las operaciones que hubieran podido producir el triunfo de la legitimidad y la pronta terminacion de la guerra.

»Testigos habeis sido de todo lo que se ha intentado para que las armas de S. M. no saliesen del limitado territorio de estas fieles provincias, á fin de eternizar la guerra, introducir en el país el hambre y la miseria, y llegar á un desenlace para el cual los agentes de la revolucion han trabajado sin descanso.

»Este plan ha sufrido diferentes modificaciones, pero su tendencia ha sido siempre hácia el mismo objeto: *que no reine Cárlos V, que renuncie á sus derechos, que gobierne una regencia por cierto número de años*, y que sus individuos se elijan, como es justo, entre los enemigos declarados de Navarra y de las Provincias.

»El Rey ha rechazado constantemente las tentativas que se han hecho con él de una manera indirecta para hacerle adoptar este horrible proyecto, porque conocia sus funestas consecuencias, de las cuales hubiera sido la primera *la declaracion de nulidad de todo cuanto se hubiese hecho por su órden, y la abolicion de todos vuestros fueros*. Hallábase entónces rodeado de vasallos fieles que le alentaban en tan justas resoluciones, y de generales que sabian hacerlas respetar:

pero los agentes de la revolucion no han encontrado medio más expedito de libertarse de aquellos hombres, cuya adhesion y afecto eran á toda prueba, que el de mandarlos fusilar.

» Seis meses de oscuras intrigas y de incesantes ataques han conseguido al fin violentar la voluntad soberana, y desde aquel tiempo la guerra derrama más que nunca sus furores sobre vuestro territorio. Á vosotros, vascongados y navarros, está reservada la gloria de salvar á vuestro rey, á su causa y á vuestro propio país. Un momento basta; corred, que en esta empresa no os abandonarán vuestros jefes.»

Aquel mismo dia publicó el general Zariátegui otra proclama, que decia así:

«Bastaneses: En el momento en que nos preparábamos á castigar noblemente con las armas á los que, con la antorcha incendiaria en la mano, despojan de sus cosechas las fértiles llanuras de la Solana, para hacer despues otro tanto con vosotros, algunos miserables voluntarios, seducidos por un cobarde, han desertado de las filas de la lealtad y del campo de la gloria, para cubrirse con la ignominia y vergüenza de los traidores. Á vosotros, padres y hermanos de los soldados seducidos, toca destruir su error; la patria lo exige, el Rey os mira, y un compatriota que tantas veces ha participado de los peligros, y de la gloria de esos mismos voluntarios, os hace esta llamada y ofrece un completo olvido de todo á los extraviados, no porque necesitemos su presencia para contener y castigar á los revolucionarios, sino para evitar este disgusto á nuestro muy amado soberano, y para que toda Europa, que admira nuestros hechos extraordinarios, no nos confunda con los mercenarios que pelean por oficio.

»Dios y el Rey, fué siempre nuestra divisa; por Dios y por el Rey sabremos triunfar ó morir.=Cuartel general de Etulain 9 de Agosto de 1839.—Zariátegui.»

D. Juan Echevarría permaneció en la frontera extrema de Francia desde el 9 de Agosto por la tarde hasta el 12, y sabiendo entónces la aproximacion de D. Cárlos entró en España para recibir sus órdenes.

El dia siguiente llegó á Vera el cura de Lesaca, que llevaba el encargo de invitar á D. Juan de parte de D. Cárlos á que pasase á Lesaca para tener una conferencia con él. Don Juan obedeció y se puso en camino, acompañándole únicamente el cura que habia venido á buscarle. En esta ocasion tuvieron una nueva prueba del interes que Montenegro y algunos otros de los que rodeaban á D. Cárlos tenian en impedir que supiese lo que se tramaba contra él; pues habiendo tenido noticia del objeto que llevaba el cura de Lesaca, mandaron ocupar el puente que hay sobre el Bidasoa entre Lesaca y Vera por una compañía del 7.° batallon, con órden de no dejar pasar á D. Juan; pero como el sol calentaba extraordinariamente, caminaron D. Juan y el cura por algunas sendas fuera de camino en que habia alguna sombra, y á esta circunstancia debieron el poder llegar á Lesaca. D. Cárlos recibió á D. Juan de la manera más afectuosa, y su conferencia duró cerca de dos horas.

En ella rogó D. Juan á D. Cárlos que se pusiese á la cabeza de los batallones insurreccionados, y se librase por este medio de las manos que le oprimian. Respondióle D. Cárlos que habiendo quedado su familia en Goizueta, no se atrevia á emprender nada por temor de que no estuviese segura, y

que creia más prudente que D. Juan se volviese á Francia á esperar un momento más favorable, y los batallones regresasen á sus acantonamientos.

Miéntras D. Juan Echevarría estaba en Lesaca al lado de D. Cárlos, Elío se aprovechó de su ausencia para enviar á Vera al P. Guillermo á fin de que procurase que el batallon 5.° volviese á la obediencia. El fraile arengó á los soldados diciéndoles que el Rey estaba completamente libre y mandaba que entregasen las armas, en cuyo caso se les concederia un perdon general. Los oficiales y sargentos se reunieron, y uno de ellos respondió en nombre del batallon de este modo: «No queremos pensar mal de las intenciones de Elío, á quien tenemos por hombre de honor, y otro tanto decimos de V., individuo de la Iglesia; pero si ustedes son incapaces de decir una falsedad, nosotros lo somos tambien de faltar á una palabra dada. Prometemos á usted que entregaremos las armas siempre que el Rey vaya á Estella sin otra escolta que la nuestra; al llegar á aquel punto, nos someteremos gustosos á su soberana voluntad manifestada por él solo. De lo contrario, prevenimos á V. que bien pueden los que mandan lanzar decretos y proclamas firmados de la real mano, que nosotros los consideraremos siempre como nulos y arrancados por la violencia.» Oida esta respuesta, volvió el fraile á dar noticia de todo á Elío.

Al regresar D. Juan á Vera manifestó á los voluntarios los deseos de D. Cárlos, y les anunció su intencion de volverse á Francia; pero apénas le dejaron tiempo para acabar, exclamando todos que se habian levantado para libertar al rey y salvar su causa, que querian otros conducir á la ruina, y que estando decididos á llevar á cabo su objeto, no permiti-

rian á D. Juan que los abandonase. Entónces consintió éste en permanecer allí y trató de restablecer entre ellos el órden.

Viendo el general Elío que las tropas con que se habia aproximado á Vera parecian dispuestas á fraternizar con los insurreccionados, envió un expreso á Zariátegui, pidiéndole refuerzos; mas la respuesta de éste, que fué interceptada por el comandante del 5.° batallon, y cuya copia sigue, prueba cuáles eran las disposiciones de los demas batallones navarros.

Etulain 12 de Agosto de 1839.

«He recibido la cartaque Vd. me ha dirigido, é inmediatamente he reunido los jefes de los batallones 2.°, 3.° y 10.° y el de Ripalda; todos dicen que tienen la más completa confianza en sus oficiales, y que por consiguiente pueden contar con sus soldados; pero lleva uno ya dos petardos, y si la cosa va en aumento, llevaremos doscientos en este asunto; así es que, á pesar de sus protestas, no me atrevo á enviar un batallon, para no complicar mi propia situacion y la de ahí. Voy á ver si será posible enviar dos compañías del 7.° con municiones y artillería, y daré las instrucciones convenientes para que el convoy no caiga en malas manos.

»No sé qué decir, ni qué escribir. Adios. Mande Vd. á su afectísimo.=Juan Antonio Zariátegui.»

El 17 publicó D. Juan Echevarría la siguiente proclama:

«Voluntarios, heroicos pueblos de Navarra y de las Provincias Vascongadas:

»El velo que ocultaba á vuestros ojos el vasto plan de la perfidia tramado por la revolucion para envolvernos en un caos de interminables desgracias, acaba por fin de rasgarse.

Habeis visto caer por el plomo fratricida á vuestros mejores generales, á los más firmes baluartes de la restauracion, y á un mónstruo tan feroz como brutal, tan estúpido como atrevido, ponerse á la cabeza de un puñado de asesinos, matar, desterrar, y lo que es peor, deshonrar, aplicándoles el dictado de traidores, á los héroes en quien reposaban todas las esperanzas del rey y de la patria; habeis visto á ese cobarde precipitarse sobre el mejor de los reyes, sobre el virtuoso Cárlos, ultrajarle y degradarle á la faz de las naciones que ántes contemplaban con admiracion vuestras marciales virtudes.

»Leed, voluntarios y pueblos: leed esa infame carta dirigida á nuestro buen rey por el que mandaba la turba de los asesinos; esa carta publicada por él mismo para que pasase á la posteridad como un monumento eterno de su barbarie y del mayor insulto que jamás se ha hecho á la dignidad real. ¡Leed igualmente el primer acto escandaloso del gobierno de esos hombres que á fuerza de crímenes se han apoderado del mando, acto que se halla consignado en el decreto que declara revestido de la plenitud de todas las atribuciones á un vasallo que acaba de degradar á su rey! Voluntarios y pueblos vascongados-navarros, habeis visto todo eso, pero ignorais todavía que esos hombres indignos, sin escuchar más que á un vil interes, acaban de contratar la venta de vuestro rey, la vuestra, la abolicion de vuestros fueros, el incendio de vuestros hogares y de vuestros campos, la eterna esclavitud de vuestros descendientes, la ruina de la patria y la desolacion del santuario. Miserables! ¡Con qué placer disfrutarian en un país extranjero de las mezquinas pensiones que han aceptado por premio de la entrega de objetos tan sagrados y queridos en manos de sus enemigos!

»Voluntarios y pueblos: si la sorpresa producida por tamaños atentados ha podido deteneros por algun tiempo, ha llegado el dia de que se manifieste el valor que inflama vuestros nobles corazones, no para matar ilegalmente, lo cual sólo conviene á cobardes asesinos, sino para salvar del mayor peligro una causa tan santa, y por la cual se han hecho tantos sacrificios; porque es preciso que lo sepais, voluntarios y pueblos: estamos en peligro de perder la recompensa debida á vuestro valor y fidelidad, á mirar envuelto para siempre en el olvido vuestro heroismo incomparable.

»Voluntarios y pueblos: se han llevado á Lesaca á nuestro muy amado monarca, pero rodeado de los marotistas más desenfrenados, de todos aquellos que más abiertamente han tomado parte en la conjuracion; no le han permitido que os vea, ni han querido que vuestros jefes le hablen, sin duda para daros una prueba más de la esclavitud á que le tienen reducido, y obligarle á firmar la abdicacion de sus derechos imprescriptibles, único crímen que les falta cometer para entrar á gozar de las pensiones que se les han asegurado en país extranjero. Mas vosotros no permitireis que recojan el fruto de su infamia; pues si no desisten de su abominable proyecto, les hareis morir en el suelo mismo que han manchado con tantos crímenes y atrocidades.

»Vengan á nosotros los que hasta ahora han estado alucinados ó seducidos á fuerza de intrigas, seguros de que serán recibidos como hermanos. Unámonos todos para romper las cadenas que tienen preso á nuestro muy amado monarca: lavemos la mancha impresa sobre su trono por esos hombres desleales y pérfidos; marchemos identificados con nuestros principios por el sendero del deber, por el camino que el Rey

mismo nos trazó en Portugal, y persistamos en nuestra gloriosa empresa hasta que hayamos asegurado su triunfo y visto lucir el gran dia de la restauracion española.=Vera 17 de Agosto de 1839.»

Por una coincidencia singular, siempre que D. Juan publicaba un documento cualquiera, aparecia otro de la parte opuesta, como para servirle de correctivo. Así es, que el mismo 17, dia que se publicó la proclama de D. Juan, hizo Montenegro circular otra, y es notable el cuidado con que en dicho documento evita decir que D. Juan vino á Lesaca, por órden expresa de D. Cárlos, circunstancia que no podia ignorar Montenegro, pues la conferencia habia durado dos horas, durante las cuales á nadie se permitió entrar en el real aposento, y ademas porque él mismo hizo cuanto pudo para impedir que la entrevista se verificase.

La proclama publicada por Montenegro decia así:

«Boletin del Cuartel real 17 de Agosto de 1839.=Secretaría de Estado y del despacho de la Guerra.=Las primeras noticias recibidas por el Rey acerca de los desagradables acontecimientos del 5.° batallon de Navarra bastaron para que se pusiese en marcha hácia Vera, punto á que se habian dirigido los insurgentes. Despues de haber tenido una conferencia con el comandante general de Navarra, se enviaron á dicho punto varias personas de confianza y de carácter respetable, entre ellas el cura de Lesaca, para que hablasen á los oficiales y soldados, á fin de inducirlos á que renunciasen á una empresa que atraeria males sin cuento sobre su país, su religion, y una causa por la cual se ha derramado ya tanta

sangre. No habiendo producido ningun resultado favorable estas paternales demostraciones, se envió una real órden al jefe de los sublevados mandándole que pasase inmediatamente á Sumbilla, donde recibiria de su comandante general las órdenes que S. M. le habia comunicado; pero la respuesta dió á conocer el grado de perversidad á que descienden los que, habiéndose desviado una vez de la senda del deber, no siguen ya otro impulso que el de sus pasiones, pues dicha respuesta se reducia á eludir la obediencia debida á esta órden bajo diversos pretextos especiosos.

»Hallábanse las cosas en este estado, cuando el presbítero D. Juan Echevarría se presentó en Lesaca, acompañado por el cura de dicha villa, y despues de una conferencia con S. M. declaró que los refugiados de Vera estaban dispuestos á someterse á la voluntad soberana. Esta palabra, dada por un ministro del altar, no dejó duda de su cumplimiento, y se creyó que los rebeldes pasarian al punto que se les habia designado; pero no ha sucedido así, y su desobediencia ha llegado al más alto punto. S. M., que sin comprometer su real dignidad, no podia ver con indiferencia esta insubordinacion y falta de respeto á sus órdenes soberanas, mandó al comandante general de Navarra que reuniese las fuerzas necesarias para reducir con lar armas á los que, ciegos, y faltando al amor que deben á su real persona, llenaban de amargura su paternal corazon. Con este motivo, y para que los leales habitantes de estas Provincias y de este reino fiel, su valiente ejército y la Europa entera sepan la marcha que se ha seguido en un negocio tan delicado, ha dirigido S. M. á su ejército la siguiente alocucion:

«Voluntarios: La insurreccion del 5.º batallon de Navarra en un momento en que se hallaba al frente del enemigo, dis-

puesto á invadir nuestro territorio, ha llamado mi soberana atencion; y queriendo cortar el mal en su raíz, he dejado otros negocios no ménos graves, y he venido aquí para invitarles á que desistiesen de su temeraria empresa, volviesen á las filas de este valiente ejército, y continuasen dando dias de gloria á nuestra causa. Las paternales exhortaciones de personas respetables, y que merecen toda mi confianza, no han bastado para hacerles entrar en el sendero del honor y del deber; y no permitiéndome mi dignidad soberana que deje impune un atentado tan criminal, he resuelto hacer uso de la fuerza, puesto que la dulzura no ha producido resultado alguno.

»Voluntarios: testigos habeis sido de mis esfuerzos para hacer volver á vuestras filas á ese puñado de extraviados que, abusando de todo lo más sagrado, y hasta de nuestra santa religion, clavan un puñal homicida en el seno de nuestra muy amada patria. Conociendo bien la decision y lealtad que os distinguen, espero que dareis una nueva prueba de amor á vuestro Rey, contribuireis con vuestras armas á exterminar ese gérmen de insubordinacion cobarde y de vil traicion. Eso es lo que espera de vosotros vuestro Rey y general.=CÁRLOS.»

El 23 de Agosto pasó la frontera y vino á Vera el general D. Basilio García, y encontró los batallones en un estado de extremada irritacion, causada por la rápida marcha de Espartero en las Provincias. El dia siguiente le enviaron una diputacion, pidiéndole que se pusiese á su cabeza, mas el general no se prestó á ello, diciendo que no podia hacerlo sin una órden del Rey, á quien escribió con este objeto.

El 26 recibió D. Juan Echevarría una carta de Maroto, cuya carta va á continuacion, y en la cual no repara éste en

decir que no tiene otros principios que los de «Rey, Religion, y en particular el bienestar de estas Provincias;» y estando Espartero en Durango añade «que no es posible resistir al enemigo, si no hay union entre los carlistas.» El objeto de esta carta no podia ser otro que el de atraer á D. Juan para apoderarse de su persona. La carta decia así:

«Sr. D. Juan Echevarría.—Muy Sr. mio: Mucho me sorprende que sea V. quien dé el golpe mortal á la causa del Rey, con la sublevacion del 5.º de Navarra y demas. Reflexione, arrepiéntase y desista de tan temerario empeño, en la firme inteligencia de que jamás se hallarán en mí otros principios que los de Rey, Religion, y en particular el bienestar de estas Provincias, como espero probar algun dia. Si le fuere á V. posible, sería conveniente que nos viésemos para conferenciar juntos. El enemigo invade el país con fuerzas numerosas: si no hay union, será imposible resistirle, y V. y los que le acompañan serán los únicos culpables de las desgracias que nos sucedan por no hacer caso de esta noble y franca invitacion.

»Soy de V. afectísimo y seguro servidor, etc.—Rafael Maroto.—Elorrio 23 de Agosto de 1839.»

La respuesta de D. Juan fué la que debia esperarse de un leal carlista y de un valiente navarro, y estaba concebida en estos términos:

«Sr. D. Rafael Maroto: Quien da el golpe mortal á la causa del Rey, á la Religion y las Provincias, es usted, el traidor, el asesino, el enemigo declarado del uno y de las otras.

Hablen por nosotros los sucesos; ¿quién fué el autor de los asesinatos de Estella? ¿quién obligó al Rey, con un puñal á la garganta, á firmar el contra-decreto? ¿quién ha vendido y entregado á Ramales, Guardamino, Balmaseda, Orduña, Urquiola y Durango? ¿quién ha perseguido á muerte á todos los fieles partidarios del Rey y de su causa?

»Jamás me uniré con asesinos y traidores como usted. Con ménos tropas y recursos hemos podido siempre contrarrestar al enemigo é impedirle que invada el país; ahora han atravesado, como en triunfo, parajes en donde hasta el último debiera haber perecido. Pero, ¿qué extraño es esto siendo público y notorio que hace ya largo tiempo que usted está vendido á Espartero?

»Pero no crea el traidor Maroto que los batallones 5.° y 12.° sean los últimos que levanten el grito de *viva el rey y muera Maroto*, nó; este ejemplo será seguido por todos los verdaderos realistas, y en especial por los denodados navarros. Sus obras lo demostrarán así.

»Me admira que un impío se atreva á hablar de religion, cuando todos los actos de su conducta prueban que usted es su mayor enemigo.

»Pero yo, mis mayores amigos y todos los oficiales y soldados, estamos penetrados de la obligacion que nos impone nuestra conciencia de defender hasta el último suspiro al Rey y la Religion, y no consentir nunca una humillante transaccion con los principios que nos propusimos defender, y confiamos en que el pueblo apoyará nuestros votos y deseos.

»Es de usted servidor, etc.=Juan de Echevarría.=Santistéban 26 de Agosto de 1839.»

El 27 ocurrió una circunstancia bastante importante, y tal, que, si no tuviese las pruebas de ella en mi mano, hubiera dudado mucho publicarla.

Aldave, jefe de la línea de la frontera, previno al capitan Lanz, gobernador de Vera, que habia tomado parte en el alzamiento de los batallones, que deseaba tener una conferencia con él para manifestarle las intenciones del general Elío. Lanz pasó al punto indicado con dos oficiales del 5.°, y Aldave le dijo que Elío le habia encargado pusiese en su noticia que tenía doce batallones navarros y la caballería del mismo reino, y que estaba pronto á declararse contra Maroto, á condicion de que la Navarra quedase independiente. Lanz y sus compañeros contestaron «que no querian independencia, que los batallones 5.° y 12.° estaban decididos á defender á su rey en la plenitud de sus derechos, derramando para ello hasta la última gota de su sangre.»

Sin acusar á Elío de duplicidad en sus relaciones con Don Juan Echevarría y los sublevados, no se puede ménos de concebir algunas sospechas contra él, cuando se le ve entrar en conferencias secretas contra algunos de los jefes de la insurreccion, y despues darles órdenes oficiales como comandante general de Navarra, para que cubran algunos puntos que les designa, probando de este modo que no los considera como rebeldes contra la autoridad de D. Cárlos, sino al contrario como vasallos sumisos y soldados disciplinados y obedientes; y por otra parte, se le ve, de acuerdo con sus amigos, esparcir rumores absurdos respecto á estos batallones, é indisponer contra ellos el ánimo de la princesa de Beira, atribuyéndoles las intenciones más infames y criminales.

Si la insurreccion se hubiese limitado á los batallones 5.°,

12.° y 3.°, se hubiera podido creer con razon que no representaba sino la opinion de una parte muy corta del ejército; pero no era así. Ademas de la adhesion que envió á D. Juan Echevarría la mayor parte de los batallones navarros, la guardia real, compuesta de jóvenes de las familias más influyentes de las Provincias y de Navarra, profesaba los mismos principios que los sublevados, y estaba dispuesta á tomar las medidas más activas contra los marotistas, si D. Cárlos se lo hubiese mandado; en términos de que las personas enpleadas en el cuartel real llegaron á tener tal miedo de las disposiciones hostiles que la guardia manifestaba contra ellas, que nada omitieron para ver si podian disolverla, ó por lo ménos mudar todos sus comandantes.

El 28 llegó D. Cárlos á Iraizos, y aquella misma tarde se supo que los oficiales y sargentos de los batallones sublevados habian manifestado á D. Juan su intencion de marchar contra el cuartel real, y que habia costado muchísimo trabajo á D. Juan el disuadirles de su intento.

El dia siguiente 29 á las siete de la tarde, habiéndose reunido la guardia real de infantería y caballería enfrente de palacio, se presentó D. Cárlos acompañado de su hijo, del padre Cirilo, de los generales Eguia, Villareal y Valdespina, y de los señores Erro, Otal y Juras Reales, y dirigiéndose á los soldados de la guardia les dijo: «He sabido con extremo sentimiento que mi guardia, que debe dar á todo el ejército el ejemplo de obediencia y subordinacion, pues que le está confiada la seguridad de mi real persona, se manifiesta enemiga de los que me rodean, y propala contra ellos amenazas muy criminales. Vuestro rey os pregunta si puede contar con vosotros para su defensa y la de sus servidores, en caso que los

batallones sublevados viniesen al cuartel real.» La guardia real contestó que estaba dispuesta, entónces como siempre, á morir en defensa de su rey.

Al retirarse D. Cárlos mandó á los comandantes Arellano y Zárate que se presentasen en palacio á las ocho, y que les daria audiencia. Presentáronse en efecto y hallaron á D. Cárlos rodeado por las mismas personas que ántes, delante de las cuales les reprendió vivamente, diciéndoles que les hacía responsables con su cabeza de cualquiera desórden que pudiera ocurrir en el cuartel real.

Villareal, que muy mal disimulaba su ódio á la guardia, se dirigió á los comandantes, y sin respetar la presencia de D. Cárlos y de la princesa, les dijo: «Sé de una manera positiva que la guardia real amenaza con la muerte á diferentes personas del cuartel real; y aconsejo á Vds. que vigilen sobre sus soldados, porque si oigo decir la cosa más mínima los haré fusilar á entrambos.—Nuestra conducta ha sido siempre honrada, respondieron los dos comandantes; somos militares y conocemos los deberes que este título nos impone. Jamás hemos faltado á la obediencia que se debe al Rey y á los jefes á quienes honra con su confianza; pero V. no ignora, mi general, que hay individuos en el cuartel real á quienes incomoda la fidelidad de la guardia, porque es un obstáculo para sus proyectos, y por consiguiente desearian verla disuelta y á nosotros fusilados. Saben que conocemos sus malas intenciones, nos tienen miedo y temen que quiera vengarse la guardia real, y por eso tratan de desconceptuarnos en el ánimo del rey; pero S. M. debe saber que la guardia le ha sido y le es siempre afecta, y que está dispuesta á verter hasta la última gota de sangre en su defensa.»

Aquel mismo dia recibió D. Juan una carta autógrafa de D. Cárlos, con fecha del 26, en Latasa, en que le mandaba que obedeciese las órdenes que se le comunicaran por el comandante general y el secretario del Despacho, al propio tiempo que le hacía responsable de cualquiera atentado que pudieran cometer los batallones sublevados contra la real familia, ó contra cualquiera persona del cuartel real. Don Juan respondió, que el odio que los batallones habian concebido contra los hombres conocidos por sus opiniones marotistas era tal, que de ningun modo podia constituirse responsable de la conducta que los soldados observasen con respecto á ellos; pero, en cuanto á su persona, serian siempre inalterables su obediencia y sumision á las órdenes del Rey.

El 30 recorrieron los soldados las calles de Vera, gritando: «Vamos al cuartel real y acabemos con los traidores marotistas.» D. Basilio García se metió en medio de ellos, no sin grande riesgo, y consiguió tranquilizarlos y hacerles conocer que con semejante conducta desobedecian á las órdenes del Rey. Los soldados, cediendo á sus exhortaciones y á su firmeza, se volvieron á sus cuarteles, aunque siempre gritando: *viva el Rey, mueran los traidores.*

El 31 avisó Elío á D. Juan que habia tenido noticias de que la guarnicion de Irún iba á intentar una salida, por lo cual era urgente que los batallones 5.° y 12.° tomasen posiciones para cubrir á Vera y defender la frontera. D. Juan obedeció inmediatamente á las órdenes de Elío, y él se quedó en Lesaca con una sola compañía para conservar las comunicaciones con el cuartel real. Si Elío, que entónces debia estar ya convencido de los planes de Maroto, se hubiese declarado abiertamente contra los que le habian ayudado en la ejecu-

cion de sus proyectos, los sublevados se hubieran puesto inmediatamente á sus órdenes, incorporándose con el resto de los batallones de Navarra; pero la conducta ambigua de aquel general le hizo sospechoso, y creyeron que pertenecia al partido marotista y pretendia obligar á D. Cárlos á que pasase á Francia.

Desde el 31 de Agosto hasta el 3 de Setiembre, todo permaneció en la frontera en el mismo estado, y várias personas pasaron por Vera para introducirse en Francia, sin que nadie les inquietase, entre otros el padre Gil, los jesuitas de Loyola, Doña Pilar Fulgosio (á quien D. Basilio proporcionó escolta, en virtud de una órden que para ello envió D. Juan desde Santistéban), el brigadier Abaurre, el coronel Gordillo y algunos otros oficiales.

El dia 4, el general Elío trasladó una órden al comandante del 5.° batallon, mandándole que dejase pasar libremente á cuantas personas quisieran refugiarse en Francia. El mismo dia pasó el comandante Aguirre con su hermano á casa de D. Basilio, y le dijo: «Los oficiales y soldados de los batallones están furiosos; pues aunque Maroto no está ya entre los carlistas, ven que la causa del Rey va á peor cada dia, y que no se toma ninguna medida para reparar los males que la traicion nos ha causado; ven, por fin, que no era Maroto el único traidor, y que no lo son ménos los que todavía rodean á D. Cárlos. Aun se nos podria sacar del abismo en que hemos caido, y léjos de eso, cada vez nos metemos más en él; por consiguiente, están resueltos á marchar al cuartel real. En tal caso preveo grandes desgracias, y sería bueno que fuese V. á ponerse de acuerdo con D. Juan acerca de lo que debemos hacer.»

Con efecto, pasó D. Basilio á Santistéban y manifestó á D. Juan lo que habia, en presencia del general Arroyo y otros; se decidió que el dia siguiente volviese el general García á Vera, y emplease todos los medios posibles para calmar los espíritus, y efectivamente lo consiguió áun aquel dia.

D. Juan llegó á Vera el 6 con intencion de pasar á Francia, en cumplimiento de nuevas órdenes de D. Cárlos que le habia enviado la víspera el general Merino; pero los comandantes y oficiales de los batallones 5.° y 12.° se reunieron en junta, y decidieron ponerse en marcha el dia siguiente al rayar el alba hácia Lecumberri con nueve compañías, á fin de abrir los ojos á D. Cárlos acerca de los peligros que amenazaban á su causa, y hacerle conocer la necesidad de separar de su persona y consejos á Eguía, Montenegro y otros. Despues del consejo pasaron á casa de D. Juan, á quien dieron parte de lo que habian determinado, y le rogaron, igualmente que á D. Basilio, que se pusiesen á su cabeza. Uno y otro lo rehusaron, y emplearon las observaciones y los ruegos para hacerles desistir de su intento, pero fué en vano, pues se mostraron tan resueltos en la voluntad que habian manifestado de llevarlos consigo, que temiendo D. Juan y D. Basilio que se dejasen arrastrar á algun exceso si no cedian, prometieron seguirles, pero bajo la condicion de que observarian la más estrecha disciplina, y obedecerian á todas sus órdenes.

El 7 á las seis de la mañana se pusieron en marcha las compañías; comieron en Santistéban, y pasando por Elorriaga, Iturzu, Zubieta y Zaldias, llegaron á las ocho de la noche á Arras, que dista sólo dos leguas de Lecumberri. Desde allí envió D. Basilio á Nuñez, ayudante de campo del general Uranga, á buscar al coronel Castillo, que mandaba un

escuadron de Castilla, y á rogarle que se reuniese á los batallones. Este paso tenía por objeto calmar la irritacion que se habia excitado en los navarros contra los castellanos, y el éxito coronó la buena intencion del general, pues los castellanos fueron muy bien recibidos por los batallones, y se pasó tranquilamente la noche á dos leguas del cuartel real.

Al rayar el dia salió Velasco para Lecumberri, segun habia convenido con D. Juan y D. Basilio, y tan pronto como llegó solicitó una audiencia de D. Cárlos. Admitido á su presencia le dijo que iba enviado por los batallones 5.° y 12.° para asegurarle de su afecto y fidelidad, y rogarle que les permitiera presentarse en su presencia. Declaró que si los batallones se habian sublevado habia sido porque conocian la conducta de Maroto, cuyos proyectos les habia prohibido su lealtad favorecer, pero que Maroto no era sin duda el único perjuro, pues si lo fuese se habrian tomado ya medidas enérgicas para prevenir las funestas consecuencias de su desercion, cuales eran la pérdida de la causa realista, y acaso la de la persona misma de D. Cárlos. Acabó Velasco pidiendo á éste que tuviese á bien recibir á D. Juan y á D. Basilio, y pasar revista á los batallones. D. Cárlos parecia muy dispuesto á conceder lo que se le pedia en nombre de los batallones, pero la princesa de Beira se opuso á ello, diciendo que sabía que los sublevados querian asesinarla. En vano le hizo presente Velasco que la habian engañado los que tenian interes en impedir que D. Cárlos conociese sus maniobras: en vano le dijo que injuriaba á D. Juan, á D. Basilio y á él mismo, cuando los servicios que habian hecho á D. Cárlos y el testimonio de una vida honrosa debian ponerlos á cubierto de toda sospecha; en vano se arrojó á sus piés rogándole no con-

tribuyese á su propia ruina; todo fué inútil, y tuvo que retirarse sin haber conseguido nada.

La antecámara estaba llena de gente, que proferia los más groseros insultos contra D. Juan, D. Basilio y los batallones. Velasco tomó su defensa, pero la discusion se acaloró, y Villareal le amenazó con que le haría fusilar acto continuo. Velasco salió de palacio y se fué á casa de un amigo, esperando que D. Cárlos lo reflexionaria mejor y le llamaria; en efecto, fué así, porque poco despues vinieron á buscarle; pero Velasco respondió que no reconocia que aquel fuese el palacio del Rey, pues más bien se habia creido en una taberna, y que no podia volver sin riesgo á un paraje donde le habian insultado y amenazado. Á corto rato le envió á decir D. Cárlos que si los batallones y sus jefes hacian una exposicion sumisa y moderada en que le expusiesen sus deseos estaba pronto á recibirla.

Al momento que Eguía supo que se aproximaban los batallones mandó formar los alaveses y el batallon cántabro. Habiéndosele presentado en la plaza el comandante de la guardia real le insultó, diciéndole que iba á mandarlos fusilar á todos; y aunque el comandante protestó que estaba siempre dispuesto á obedecer las órdenes del Rey, le mandó Eguía que entregase el mando de su batallon á su segundo D. Pio Luis de Borrueta. El comandante se dirigió á palacio é informó á D. Cárlos de lo que acababa de pasar, y éste le dijo que continuase con el mando, que él se encargaba de hablar con Eguía. Un batallon alavés se colocó frente á palacio, y Villareal mandó cargar las armas, y en seguida dispuso que la guardia se formase delante de la puerta, prohibiéndole que cargase sus fusiles; por fin colocó la última compañía del ba-

tallon detras de la guardia, que no pudo ménos de inquietarse al observar estas disposiciones, porque, viéndose colocada entre dos fuegos, creyó que se trataba decididamente de sacrificarla.

Miéntras esto pasaba en Lecumberri, los sublevados se habian adelantado hasta Aldaz, á media legua de dicho pueblo; allí D. Juan y D. Basilio les mandaron hacer alto, á fin de dar á Velasco el tiempo necesario para desempeñar su comision; mas las compañías se alborotaron, diciendo que esta mision no tenía otro objeto que el de advertir á los traidores y dejarlos escapar. D. Juan les recordó sus promesas de obedecerle y no entregarse á ningun exceso; pero, á pesar de todo, fué necesario ponerse otra vez en marcha hasta dar vista á Lecumberri, donde hicieron nuevo alto. Algunos instantes despues se presentó Crespi, ayudante de campo del general Eguía, el cual venía á reconocer qué tropa era la que se acercaba, y de quién habia recibido órdenes para hacerlo, á lo que respondieron que eran algunas compañías de los fieles batallones 5.° y 12.°, que venian á rogar á D. Cárlos que arrojase de su lado á los que le vendian, y que esperaban las órdenes del Rey, á quien habian enviado un diputado. Crespi se retiró, y á corto rato llegó Velasco, trayendo la respuesta de D. Cárlos.

En tanto que escribia la exposicion que pedia D. Cárlos, volvió Crespi adonde estaban las tropas, y les mandó que se retirasen á sus acantonamientos, si efectivamente reconocian la autoridad del Rey. Respondiéronle que estaban en comunicacion directa con D. Cárlos, á cuya soberana voluntad estaban dispuestos á obedecer. Don Juan preguntó á Crespi qué general era el que daba órdenes de aquel modo, y habiéndole

contestado que Eguía, añadió: «Pues nosotros no obedecemos á Eguía, porque vende á su rey.» Crespi se retiró, y el comandante Castillo y otro oficial pasaron á palacio á saber la última voluntad de D. Cárlos; mas ántes que volviesen, Don Juan y D. Basilio hicieron retirar á sus tropas, porque vieron que Villareal hacía adelantar algunos batallones, maniobrando de manera que pudieran cogerles unos de frente y otros por retaguardia; mas queriendo evitar una colision, prohibieron á los soldados que disparasen un fusilazo, áun en el caso de que fuesen atacados, para no confirmar á la princesa en la idea de que venian á asesinarla.

Apénas empezaron la retirada, cuando los alaveses, que venian á la vanguardia, se unieron á la retaguardia del 5.°, gritando: *viva el rey, mueran los traidores. Á Lecumberri, á Lecumberri, á echar de allí á todos los que venden al Rey.* D. Basilio y D. Juan hicieron los mayores esfuerzos para contener á los soldados del 5.°, cuya resolucion se aumentaba al verse sostenidos por los alaveses, á quienes habian enviado contra ellos, mas al fin pudieron conseguirlo y continuaron su marcha hasta Arraras, donde se detuvieron para pasar allí la noche.

Los dos oficiales enviados por D. Juan y D. Basilio fueron recibidos por D. Cárlos; pero Eguía, Villareal, y Elío, que se hallaban presentes, se encolerizaron de tal modo, amenazándolos con que los harian fusilar á ellos y á todos los soldados del 5.° y 12.° que se encontrasen fuera de sus acantonamientos, que los dos oficiales tuvieron que retirarse sin ser siquiera oidos.

D. Cárlos salió de Lecumberri el 8, con direccion á Elizondo. Al llegar á Iraizos, dijo Villareal al comandante de

la guardia, Zárate, que la voluntad de D. Cárlos era que entregase el mando á su segundo: Zárate obedeció y estuvo privado de su empleo hasta el 11, que Villareal le mandó volviese á tomar la comandancia, que no se le habia suspendido sino por sospechar que estuviese en relaciones con D. Juan y el 5.°, en cuyo caso se habia temido su influjo en la guardia.

El 9 por la noche llegaron los batallones 5.° y 12.° á Santistéban; D. Juan y D. Basilio arengaron á los soldados, alabándolos por su obediencia y su buena conducta, y se escribió y envió á D. Cárlos la exposicion.

El 10, habiendo vuelto ya todos á Vera, llegó á cosa de medio dia el cura de Elizondo, á quien enviaba D. Cárlos para decir á D. Juan, á D. Basilio y á los hermanos Aguirres que deseaba que se volviesen á Francia, y que cuando les necesitase les haria venir á su lado; á lo cual respondieron todos que no tenian otra voluntad que la de su rey, y que estaban siempre dispuestos á obedecerle.

El 11 se reunieron los oficiales de los batallones: enviaron á buscar al cura de Elizondo, y le rogaron que dijese á Don Cárlos en su nombre que no permitirian que se ausentasen aquellos cuatro sujetos, y ántes por el contrario, deseaban que D. Cárlos llamase á su lado á todos los que habian sido desterrados por Maroto. Añadieron que, aunque no tenian gran confianza en Elío, le obedecerian sin embargo, puesto que tal era la voluntad de D. Cárlos.

D. Juan y D. Basilio se acercaron á la frontera de Francia con la esperanza de poderla atravesar; pero era tal la vigilancia con que estaban los soldados para impedirles que desertasen de su causa, como ellos decian, que no pudieron efectuar su proyecto.

El 12 por la tarde recibió D. Juan la carta siguiente del vicario de Elizondo.

Elizondo 11 de Setiembre, á las once de la noche.

»Mi querido amigo: no he escrito á usted inmediatamente, porque S. M. me habia dicho que me enviaria á llamar. Efectivamente acaba de llamarme, y me ha dicho que usted y D. Basilio podian dirigirle una respetuosa exposicion, escrita en términos muy moderados, en que le pidiesen permiso para permanecer en España. S. M. dice que lo primero de todo es rechazar al enemigo, y que para esto debe reinar la más estrecha union entre todos los carlistas, y sobre todo entre las tropas que se hallan á las órdenes de Elío. S. M. autoriza á los Aguirres para que hagan igual peticion. En cuanto á la separacion de las personas que rodean á S. M., exigida por los batallones, no se presenta del todo mal, como tampoco el resto de los negocios.=Soy de usted afectísimo amigo y servidor, Juan Nicolás.»

Los batallones sublevados recibieron órden de Elío para pasar á un punto que les señalaba, dejando en Vera una fuerza suficiente para defender la villa en caso de ataque. Los oficiales se reunieron, y se decidió que se obedeciese aquella órden. El 13 salieron de Vera los batallones con arreglo á la órden de Elío, dejando allí dos compañías para su defensa.

Aquel mismo dia entraron los cristinos en Santistéban, pasando por los puertos de Doña María y de Velate, que el comandante carlista habia dejado descubiertos por una negligencia bien culpable.

El 14, D. Juan Echevarría, el general García, Velasco y los batallones sublevados, entraron en Francia, terminan-

do así la insurreccion de Vera, que principió con la leal intencion de salvar la causa carlista y la persona de D. Cárlos, cuya huida á Francia realizó los justos temores de los desterrados y de los verdaderos realistas.

Los desterrados querian purificar el cuartel real y el ejército, querian limpiar esos nuevos establos de Augias; pero ménos dichosos que Hércules, sucumbieron en la empresa, no porque la justicia estuviese contra ellos, ni porque D. Cárlos se opusiese á sus deseos, sino porque habian alarmado y prevenido á la princesa de Beira. Usando de un sistema de terror se impidió á los verdaderos amigos de D. Cárlos que se pronunciasen abiertamente, y por medio del espionaje y la vigilancia se consiguió que la verdad no pudiese llegar hasta él. Las probabilidades no eran iguales, pues los desterrados se hallaban en Francia y los marotistas eran poderosos en palacio; así fué que los primeros sucumbieron, miéntras los segundos alcanzaban una completa victoria.

NOTAS COMPARATIVAS

de las fuerzas de cada partido en la guerra, y consideraciones sobre el mismo asunto.

En Marzo de 1834 el ejército carlista se componia de 500 vizcainos, 1.500 alaveses, 1.500 guipuzcoanos y 500 navarros, todos muy mal armados, algunos 50 caballos, y ni una sola pieza de artillería; veíase perseguido sin descanso por 12.000 hombres de tropas de línea, infantería y caballería, y por una artillería numerosa; pues á pesar de esta inmensa desproporcion, los carlistas hicieron la guerra con feliz éxito, y sus filas se fueron engrosando al paso que quitaban armas á sus enemigos.

Desde aquella época hasta 1836 los dos ejércitos fueron aumentando gradualmente; pero siempre la ventaja del número estuvo de parte de los cristinos, y la prueba de esto se encuentra en un documento oficial de 31 de Mayo de aquel año, del cual resulta que el general Córdoba tenía á sus órdenes en las provincias del Norte 320 jefes, 2.828 oficiales, 100.822 infantes y 4.685 caballos, cuando al mismo tiempo Eguía, general en jefe del ejército carlista, apénas podia disponer de 27.000 hombres entre infantería, caballería y artillería. ¿Cedió acaso Eguía el terreno á Córdoba á pretexto de que no tenía bastantes tropas para resistir? No por cierto;

ántes bien, todos los esfuerzos hechos por Córdoba para entrar en las Provincias fueron inútiles; siempre fué rechazado con pérdida, y constantemente se declaró la victoria por los carlistas.

Los cristinos continuaron reforzando su ejército, primero con la legion portuguesa, y despues con la quinta de Mendizabal; los carlistas se robustecieron tambien con desertores y prisioneros que se incorporaban en los batallones.

Ademas de la ventaja del número, los cristinos tenian otras muchas; pues resulta de un documento presentado á la cámara de los comunes de Inglaterra por lord Palmerston, que el gobierno inglés ha suministrado al de Madrid desde el mes de Diciembre de 1834, hasta el 6 de Abril de 1838, los efectos siguientes: 321.600 fusiles, 10.000 carabinas, 3.600 pistolas, 10.000 espadas, 4.000 carabinas rayadas (*rifles*), 6 millones de cartuchos de fusil, 19.856 cartuchos de cañon, 938.531 libras de pólvora, 39.359 cajas y barriles, 27 cañones de hierro, 12 morteros del mismo metal, 24 piezas de campaña, 14 de grueso calibre, 12 carros de municiones, 18.472 balas de cañon y bombas, y 1.000 reposteros ó cubiertas.

Un cañon de hierro de 18, 6 carronadas de 18, 30 fusiles, 10 pistolas, 40 espadas, municiones, balas de cañon, etc. etc., para la goleta *Isabela*. Dos cañones de hierro de 32, 80 fusiles, 40 pistolas, 100 espadas, 10 picas y municiones, balas, etc., para el buque de vapor *Isabel II*.

Quince mil fusiles, 1.200 carabinas, 8.550 pistolas, 1.000 espadas, 600 carabinas rayadas (*rifles*), 5.608.000 cartuchos de fusil, 22.023 cartuchos de cañon, 13.018 libras de pólvora, 11.429 cajas y barriles, 26 cañones de cobre, 2 obuses

de hierro, 4.730 cohetes á la congreve, 350 cohetes para señales, 18.487 cohetes, 13.942 balas de cañon y bombas, 90 carros para los cohetes y muchos objetos para hospitales, etc., con destino á la legion inglesa.

La cantidad de municiones suministrada por el gobierno francés durante la misma época, es inmensa.

De 1836 á 1837 los carlistas ganaron terreno, se apoderaron de varios fuertes, y de casi toda la costa de Cantabria, destruyeron la legion británica, diezmaron la portuguesa, y redujeron á un esqueleto la extranjera que habia enviado el gobierno francés.

En Octubre de 1837 volvió D. Cárlos á las Provincias, despues de haberse adelantado hasta las puertas de Madrid: su ejército estaba desmoralizado y hecho víctima del hambre y de todo género de privaciones. En tal estado se encargó su mando en jefe al general Guergué, confiándose el de Navarra al general D. Francisco García. Espartero, que contaba con fuerzas, por lo ménos triples, y cuyos soldados estaban entusiasmados por la victoria, pues habian hecho correr á Don Cárlos y su ejército, obligándole á pasar el Ebro, no sin peligro, amenazaba todos los dias con su entrada en las Provincias, y en las proclamas que dirigia á sus tropas les prometia el triunfo, y la total destruccion de los carlistas; mas á pesar de estas amenazas y promesas, á pesar del estado de indisciplina en que se encontraban los carlistas y de la carencia casi completa de municiones, vestuarios y dinero, su posicion se restableció tambien en el corto espacio de tres meses, que Espartero tuvo que estar á la defensiva; y Alaix, virey de Navarra, por los cristinos, se veia reducido á una situacion tan triste á consecuencia de las maniobras militares

del general García, que escribió á Espartero un oficio, que fué interceptado por los carlistas, cuyo contenido era el siguiente:

«Excmo. Sr.: Me veo en la triste necesidad de recordar á V. E. lo que tantas veces le he escrito acerca de las privaciones y sufrimiento de las tropas de S. M. en este vireinato. Penoso me es tener que hablar de nuevo de este punto, pero los males han aumentado de una manera espantosa, y mi deber me obliga á recurrir á V. E. para que trate de remediarlos ántes que sea demasiado tarde.

»V. E. no ignora que los auxilios distribuidos á las tropas en el mes de Diciembre último fueron bien reducidos; lo que he podido proporcionarme desde entónces para pagar á las que están empleadas en un servicio activo, apénas ha bastado para dar una sexta parte de paga á cada individuo.

»Pero no solamente falta el dinero, sino que en cada batallon hay un gran número de soldados que hace mucho tiempo están sin camisas; batallones enteros no tienen más pantalones que de lienzo á pesar del rigor de la estacion, y es positivo que muchos soldados no pueden salir del cuartel porque están enteramente desnudos. No hay un solo hombre que tenga zapatos, ni es posible dárselos, porque los almacenes están vacíos. Sin embargo de todas estas privaciones, los soldados cumplen con su deber, pero es muy peligroso exponerlos á tan duras pruebas en un momento en que el enemigo adquiere cada dia nuevas fuerzas, y recorre á su arbitrio las Provincias. El tenerlos así es exponerlos á que falten á la disciplina y á la obediencia, cuando necesitamos resistir al enemigo y conservar lo que todavía poseemos.

»Cuando V. E. tan justamente castigó á los principales autores de los excesos cometidos en esta ciudad el mes de Agosto último, muchos de los criminales consiguieron librarse del castigo que merecian sus delitos; pues es de temer que éstos, prevaliéndose de mi triste situacion, se aprovechen de ella para fomentar nuevos desórdenes, sobre todo ahora que el enemigo, contenido entónces por las líneas militares del Arga superior é inferior, recorre el país en todas direcciones y bloquea esta plaza de tal manera, que para ir á buscar algunas raciones me veo precisado á poner en movimiento todas las tropas que tengo á mis órdenes. Algunas veces áun los convoyes tienen que sostener ataques, y mis heridos no pueden ingresar en los hospitales, porque estos establecimientos se hallan desprovistos de todo. En estos combates sin resultado alguno, se gastan muchas municiones, y el comandante de artillería ha presentado un informe en que anuncia que quedan muy pocas. Muchos fusiles se han puesto inservibles, y no tengo con qué reemplazarlos; y en una palabra, nos falta todo á la par, en un momento tan crítico. Es imposible ocultar nuestra deplorable situacion, y cuando el enemigo sepa la extension de nuestra miseria se hará más emprendedor: por consiguiente puede temerse todo en un país en que las simpatías del pueblo son contra nosotros.

»No exagero el mal, pero me veo precisado á pintárselo á V. E. tal como es, á fin de que le aplique algun remedio. Tampoco me espanta su vista, pues en tanto que yo mande, ni se verá triunfar al enemigo, ni se renovarán los excesos del mes de Agosto último; pero mis trabajos y mis sacrificios no salvarán el país, y ya que yo no pueda mejorar la causa de la Reina, no quisiera tampoco verla empeorar. Para esto

necesito recursos, y miéntras no los obtenga no dejaré de levantar mi voz para reclamarlos. Estoy dispuesto á hacer el sacrificio de mi existencia, pero no puedo tomar sobre mí la responsabilidad de las desgracias que preveo, y que no me será posible evitar en la situacion en que me encuentro.=Dios guarde á V. E. muchos años. Pamplona 28 de Enero de 1838.=Isidro Alaix, virey de Navarra.

Tal era el estado floreciente y próspero en que los cuidadados de los generales Guergué y García habian puesto al ejército carlista seis meses ántes de que Maroto tomase el mando supremo de él. Es verdad que desde principios de 1838 hasta Junio del mismo año, sufrieron los carlistas dos reveses bastante importantes, á saber: la destruccion total de la expedicion que mandaba el conde de Negri y la pérdida de Peñacerrada. En cuanto á la primera, sin temor de ser acusado de excesiva malignidad, se podrian sacar de ella consecuencias muy poco favorables al conde de Negri, pues más de 1.500 hombres, de las mejores tropas carlistas, se dejaron coger prisioneros sin disparar un tiro por 120 hombres de caballería que formaban la escolta de Espartero. El conde de Negri, que los mandaba, fué casi el único que se libró de aquel desastre, y huyó á Aragon, de donde vino poco despues á las Provincias para desempeñar en ellas el papel de amigo y confidente de Maroto. Él fué quien le sostuvo cuando ocurrieron los sucesos del mes de Febrero de 1839: él el que Maroto eligió para llevar sus mensajes á D. Cárlos, y él, en fin, el que ha sido jefe de estado mayor de Maroto hasta la víspera de su paso á los cristinos.

Para contrabalancear estas pérdidas, Cabrera habia obte-

nido grandes ventajas en Aragon, y el conde de España en Cataluña; la Mancha estaba cubierta de partidas carlistas; la insurreccion de Galicia adquiria cada dia mayor consistencia, el tesoro estaba bien provisto, el ejército de las Provincias vestido de nuevo, los víveres y municiones eran abundantes, y Merino y Balmaseda traian de Castilla cuatro batallones de infantería y cerca de 500 caballos; de manera que puede decirse sin temor de ser desmentido, que el ejército carlista, poco despues de haber tomado el mando Maroto, se hallaba en una situacion más brillante que la que jamás habia tenido desde el principio de la guerra civil.

Las fuerzas que atacaron á Ramales bajo las órdenes de Espartero, no eran proporcionadas á las de Maroto, pues éste tenía en su favor fuertes parapetos, posiciones naturalmente difíciles y que el arte habia hecho inexpugnables, y desfiladeros en que todo el ejército cristino hubiera debido perecer si los carlistas hubiesen tenido á su frente á cualquier otro jefe que Maroto; mas no sucedió así, porque éste habia decidido de la suerte del ejército, y él y no Espartero fué quien venció á los carlistas.

Háse hablado mucho de una transaccion entre los carlistas y los cristinos; y todos los que, contra el interes de la causa carlista, han apoyado á Maroto, dan por motivo y disculpa de su conducta el que creian que este general trabajaba para verificar una transaccion honrosa entre los dos partidos. Esto podrá ser cierto; pero si de buena fe creyeron que el mejor medio de obligar á los cristinos á que aceptasen una transaccion favorable á los carlistas, era permitirles que se apoderasen de casi todas las Provincias, no podrán negar que tuvieron bien poca sagacidad política, y sin insultarles se les

puede muy bien acusar de que carecieron de sentido comun. Hallándose los carlistas dueños de las Provincias del Norte, y siendo Cabrera poderoso en Aragon, Valencia y Murcia, como igualmente el conde de España en Cataluña, podian sin duda proponer y obtener una transaccion concebida en términos muy diferentes de los que pudieran ofrecérseles, poseyendo Espartero el centro de las Provincias, y hallándose su ejército debilitado y corrompido por el engañoso grito de *Paz y Fueros*.

¿Á quién se podrá hacer creer que hombres como el padre Cirilo, arzobispo de Cuba, el P. Gil, superior de los jesuitas, Montenegro, y otros sujetos muy conocidos por su capacidad para la intriga, se dejaron engañar por Maroto hasta el punto de creer que Espartero, sin embargo de ir ganando terreno, continuaba tratando de una transaccion honrosa y ventajosa para los carlistas? Sería ciertamente juzgarlos de una manera muy poco satisfactoria para su amor propio, y de que no tendrian motivo para quedar contentos, pues á la verdad sería demasiado ridículo.

Desde el principio de la guerra, siempre que la causa carlista consiguió algunas ventajas importantes, los cristinos recurrieron á las tentativas de transaccion. En Marzo de 1834 hizo ya Quesada proposiciones de esta naturaleza al valiente Zumalacárregui; mas la respuesta de este guerrero fué digna de él: «Te perdono este insulto, le dijo, en favor de nuestra antigua amistad, y el dia del triunfo solicitaré tu perdon de mi muy amado Rey.»

En Enero de 1835, el general Álava, por medio del duque de Wellington, dió pasos para que se hiciese una transaccion, cuyos términos principales eran que D. Cárlos re-

nunciaria todas sus pretensiones á la corona de España, y en virtud de esta renuncia, Isabel II, reina de España, se casaria con el hijo primogénito de aquel príncipe, se publicaria una amnistía general, etc., etc. La respuesta de D. Cárlos á estas proposiciones que se le hicieron, no oficial sino confidencialmente, fué: «Jamás consentiré en abdicar ni renunciar mis derechos al trono de mis antepasados; nunca abandonaré á mis valientes defensores, y confiando en la justicia de mi causa y en la divina Providencia, quiero vencer ó morir combatiendo.»

Desde entónces hasta el momento de la destruccion del ejército carlista, existió siempre en las Provincias un partido dispuesto á entrar en una transaccion, pero estoy íntimamente persuadido que este partido fundaba casi toda su fuerza en los descontentos civiles y militares. Varios oficiales de elevada graduacion que se veian en desgracia, ó procesados por diferentes motivos, se hicieron transaccionistas, porque estaban seguros de que si D. Cárlos triunfaba jamás serian empleados; y otros, por motivos particulares ó intereses propios, se colocaron bajo el mismo estandarte; ninguno de todos éstos procedia con sinceridad; pero habia ademas en las filas del ejército un gran número de individuos, partidarios sinceros de una transaccion honrosa, que consentian en ella por creer que D. Cárlos la deseaba, y suponer que la transaccion que se hiciese jamás atacaria los principios que defendian. Maroto supo sacar provecho de esta disposicion de los ánimos, preparada por él y sus agentes, y engañó á todos los partidos.

En medio de todo, debe hacerse justicia á D. Cárlos, y reconocer que ha estado siempre firmemente persuadido de

que su causa era justa y que tarde ó temprano habia de triunfar su derecho. Así es que desde el principio de la guerra civil, trató de concentrarla entre los españoles. El gobierno de Isabel ha adoptado otro sistema de política, y léjos de manifestarse digno é independiente como el de D. Cárlos, ha colocado el trono constitucional bajo la proteccion de Francia é Inglaterra. El tiempo dirá, si de esa suerte es más estable que apoyándose en la voluntad de los pueblos. »

Popularidad de D. Cárlos.—Algunas proclamas.—Planes de Maroto.—(1838.)

En medio de una indecible ovacion pasó D. Cárlos de Tolosa á Villafranca: por todas partes se oian las entusiastas aclamaciones « ¡ Viva el Rey ! ¡ viva nuestro padre ! » En Alegría fué recibido con repique de campanas; las fachadas de las casas estaban cubiertas de colgaduras ; el ayuntamiento y el clero salieron á recibirle ; los balcones estaban llenos de señoras y en toda la carrera no se oia otra cosa que los gritos de *viva el Rey*. Lo mismo sucedió en Villafranca y en todos los pueblos del camino.

Es muy digno de notarse que, á pesar del deplorable estado en que volvió el ejército carlista de su desgraciada expedicion á las puertas de Madrid, indisciplinado, desnudo y sin dinero, y á pesar de que algunos de sus jefes fueron arrestados y procesados, el entusiasmo era tal, que á las órde-

nes de Guergué, y en presencia de un enemigo victorioso que podia destrozarlos, los carlistas volvieron á adquirir en muy poco tiempo una actitud imponente, y no sólo impidieron que Espartero avanzase, sino que áun tomaron la ofensiva contra él.

En los meses de Abril y Mayo de 1838 se hicieron grandes esfuerzos con D. Cárlos por algunos generales no empleados y por el baron de los Valles, para que llamase á Maroto y le pusiese á la cabeza del ejército; pero todos fueron inútiles. Un dia que estaba D. Cárlos en Lezaun, cerca de Estella, Villavicencio, el baron de los Valles, y el P. Gil, que habia venido expresamente de Loyola para dar este paso, se presentaron á D. Cárlos para demostrarle la necesidad de poner al frente del ejército un hombre de carácter firme, y le dijeron que no habia ninguno que conviniese mejor que Maroto. No habiendo respondido D. Cárlos con una negativa absoluta, el baron de los Valles escribió á Maroto en nombre del mismo D. Cárlos, mandándole que inmediatamente volviese á las Provincias y prometiéndole el mando del ejército y la facultad de elegir un nuevo ministerio. Esta carta se envió á Maroto por conducto de M. Alzine, de Perpiñan, uno de los agentes carlistas.

El 31 de Mayo pasó Maroto la frontera y se dirigió inmediatamente al cuartel real, que entónces se hallaba en Tolosa; y la admiracion de los ministros y demas empleados civiles y militares fué indecible, pues nadie creia que D. Cárlos tuviese intencion de darle el mando del ejército.

El 15 de Junio salió D. Cárlos de Tolosa para Elorrio, sin haber dicho á Maroto cosa alguna que pudiera hacerle creer que pensaba en darle el mando del ejército, y lo que es más,

sin darle noticia de su marcha, ni órden para que le siguiese. Esta conducta irritó á Maroto hasta tal punto que resolvió volverse á Francia, y en una conversacion que tuvo el mismo 15 de junio por la noche con un extranjero, en Tolosa, se expresó así:

«La conducta del Rey conmigo es indigna. Enviarme á buscar á Burdeos para ponerme á la cabeza del ejército, y al cabo de tres semanas que estoy aquí no haberme consultado una sola vez, ni haberme dicho nada que pueda hacerme creer que quiere emplearme, eso es infame. Así, yo estoy decidido, y mañana me vuelvo á Francia. ¡Ojalá no hubiera venido! Ya es esta la segunda vez que el Rey me insulta, siendo así que si me hubiese dado el mando del ejército, estoy completamente seguro de que le hubiera colocado en el trono de sus mayores. Conozco mejor que nadie el estado del ejército, y sé que nunca ha habido una causa que tenga más probabilidades de triunfo: todos los puntos vulnerables de las Provincias están fortificados, tenemos mucha artillería, el pueblo está firmemente adicto á D. Cárlos, y el ejército cristino completamente desmoralizado. Con tales elementos, yo estaba seguro de triunfar; pero no me quieren, me insultan, y como yo no soy hombre que me dejo tratar así, me vuelvo á Francia.»

De esta conversacion resultan dos hechos importantes; uno que Maroto se consideraba insultado por D. Cárlos, y el otro, el juicio que el mismo Maroto formaba acerca del próspero estado de la causa carlista, y de las probabilidades de próximo triunfo. Maroto jamás ha perdonado ni olvidado una injuria; todo le ha parecido lícito para satisfacer su sed de venganza, y ademas de haber entregado al enemigo las pro-

vincias que habia jurado defender, quiso urdir una trama diabólica para entregar en manos de los cristinos al soberano por quien debia combatir.

Hallábase Maroto en Elorrio, cuando el desgraciado suceso de Peñacerrada, que ocurrió el 22 de Junio, obligó á D. Cárlos á quitar el mando del ejército al general Guergué; los amigos de Maroto sitiaron á D. Cárlos y á fuerza de promesas le arrancaron el nombramiento de aquel general para el importante puesto de jefe del ejército.

Maroto tomó el mando el 25 de Junio, y el 29 pasó á las inmediaciones de Estella para vigilar los movimientos de Espartero, y fué recibido del modo más lisonjero por el ejército entre las voces de *viva el Rey! viva el general Maroto!*

Al ponerse á la cabeza de las tropas, publicó Maroto la siguiente proclama, en la cual se ve, leyéndola con atencion, que su autor, fingiendo que invita á los soldados á mostrarse dignos del inmortal Zumalacárregui, introduce diestramente algunas insinuaciones acerca de tentativas de seduccion de parte de los cristinos, y acerca de la paz, de la conservacion de los fueros, etc. Todo esto, unido á los actos subsecuentes, demuestra hasta la evidencia que Maroto vino á las Provincias con la intencion decidida de vender á D. Cárlos para satisfacer su venganza personal.

PROCLAMA.

«Voluntarios: el Rey, mi señor, se ha dignado confiarme el mando de su valiente ejército, y yo le he aceptado con confianza, animado por el recuerdo del valor que siempre habeis mostrado al frente del enemigo. Con vosotros recogió el in-

mortal Zumalacárregui los laureles inmarcesibles que adornan su frente, y á vosotros debió sus más brillantes victorias. Al recordaros las virtudes de aquel héroe, estoy firmemente convencido de que hareis ver al mundo entero que no habeis olvidado ni los gloriosos ejemplos que os dejó, ni los prudentes consejos que de él recibísteis, y que todos seguireis religiosamente el sendero del honor y del deber que os trazó desde su lecho de muerte.

»Yo quiero imitar á aquel valiente guerrero, y siempre en medio de vosotros, como él estaba, me vereis el primero en el puesto del honor y del peligro. Mas para vencer, son indispensables la mas estricta obediencia y la más severa disciplina; así, espero de vosotros la puntual ejecucion de las órdenes de vuestros jefes. Cada cual será responsable de la más ligera falta contra la disciplina, pues seré inexorable en el castigo de todo lo que propenda á alterarla.

»El Rey y nuestra santa Religion son los sagrados objetos cuya defensa se nos ha confiado. ¿No deberemos sacrificarlo todo por tan noble fin? Si los enemigos tratan de sembrar entre vosotros la desunion y la discordia, probadles con la lealtad de vuestra conducta que sus intrigas no encontrarán acogida en vuestras filas, porque las pasiones viles y bajas no encuentran eco en los apasionados corazones de los valientes realistas que se han armado para defender la más justa de todas las causas.

»Observad la conducta de vuestros enemigos: el asesinato de vuestras mujeres é hijos, el incendio y saqueo de vuestras casas y lugares, tan pronto como consiguen cualquiera ventaja. La experiencia de lo pasado os enseña lo que podeis esperar de ellos, y la fe que podreis dar á las promesas de sus

agentes; tratadles, pues, con el desprecio que merecen. La paz que os ofrecen, la conservacion de vuestros fueros, son otros tantos cebos engañosos que os presentan para seduciros ó para adormeceros en una peligrosa inaccion. Creed en sus promesas, y en breve la devastacion de vuestras provincias y el asesinato de todos cuantos amais, vendrán á sacaros, aunque demasiado tarde, de vuestra peligrosa seguridad, pues han jurado la muerte de todos vosotros sobre la ruina de vuestros pueblos, reducidos á cenizas.

»Odio eterno á tales monstruos! ¡Pelead con vuestro valor acostumbrado, y quedad vencedores ó morir como héroes en el campo del honor!=Cuartel general de Estella 28 de Junio de 1838.=Rafael Maroto.»

Nunca hubo general alguno más feliz que Maroto. Poco despues de haber tomado el mando, ingresaron en el tesoro cantidades considerables. Cabrera obtuvo grandes victorias en Aragon, tales como la desastrosa retirada de Oráa y la destruccion de la division de Pardiñas; en fin, todo se reunia para favorecerle. Maroto, por su parte, no perdia ninguna ocasion de hacerse popular en el ejército, y estaba tan convencido del buen efecto que las importantes ventajas obtenidas en Aragon debian producir en sus soldados, que publicó la siguiente órden del dia:

«Ejército real vasco-navarro.=Cuartel general de Morentin 29 de Agosto de 1838.=Órden del dia.=Las noticias que ha recibido el gobierno del Rey, relativas á los sucesos de Morella, confirman la retirada forzada del enemigo. Dos asaltos infructuosos dados en los dias 16 y 17, le han

hecho perder en la brecha de 600 á 700 hombres. Oráa, careciendo de víveres, y hostigado continuamente por el general Cabrera, ha tenido que levantar el sitio despues de haber perdido 4.000 hombres entre muertos, heridos y enfermos, y ha ido á ocultar la vergüenza de su derrota, léjos de una plaza que habia jurado reducir á cenizas. Así se han desvanecido los impotentes esfuerzos de la revolucion.

»Este ha sido un dia más de gloria para las armas del Rey, que merece toda nuestra admiracion.

»Espartero teme levantar el velo que le cubre, y entre tanto nos amenaza todavía con la ocupacion de Estella; pero la enormidad de sus preparativos nos descubre sus temores, su indecision y el juicio que forma de lo imponente de nuestras fuerzas; y la desercion, que cada dia es mayor en sus filas, nos hace ver el desaliento de sus soldados.

»El Dios de los ejércitos protegerá la causa del mejor de los reyes. Una obligacion sagrada nos impone el deber de vencer ó morir, y el ejército vasco-navarro no cederá en nada al de Aragon.

»Así lo espera vuestro jefe de estado mayor general.= Rafael Maroto.»

Despues de los inmensos preparativos hechos por Espartero para apoderarse de Estella, su retirada sin haber disparado un fusil aumentó mucho la popularidad de Maroto, y al mismo tiempo probó hasta la evidencia á qué punto habia llegado el entusiasmo del pueblo y del ejército en favor de D. Cárlos. ¿Qué razones puede alegar Maroto para hacer creer que en el corto espacio de un año hallase, como él mismo dice, en la indiferencia del pueblo y del ejército hácia aquel prín-

cipe una justificacion de su conducta? Voy á seguir los actos de este general hasta el momento en que se pasó á los cristinos, y se le verá constantemente emplear el mismo lenguaje que usó en su famosa proclama de 28 de Junio citada.

El 7 de Julio dirigió á sus soldados la proclama siguiente:

«Voluntarios: ensoberbecido el enemigo con las ventajas que ha conseguido últimamente, se prepara á atacarnos: marcha hácia Estella, despues de haber organizado una diversion sobre nuestras líneas, espera encontrarnos abatidos y se promete vencernos fácilmente; probémosle que se engaña. Acordaos de que en todos los combates, aunque inferiores en número, siempre habeis sido vencedores; recordad las gloriosas jornadas de Asarta, Alzazua, Artasa y Gulina; las batallas de Descarga, de Arguijas, de las Rocas de San Fausto, de las llanuras de Vitoria, de la que se dió en las alturas de esta ciudad, y otras muchas no ménos brillantes.

»El enemigo no ha olvidado la manera con que le recibísteis en Arrigorriaga. Espartero, á pesar de sus veinte batallones y de la legion inglesa, hubiera visto destruido su ejército, á no haber sido por una circunstancia imprevista que se opuso á nuestro completo triunfo, y sin embargo, tuvo necesidad de buscar amparo detras de los muros de Bilbao.

»Obedeced mis órdenes, tened confianza en vosotros mismos, y el triunfo es seguro; presentaos, pues, con valor al enemigo. Por experiencia sabeis la suerte que os espera, á vosotros, y vuestras mujeres, madres é hijos; todos sereis sacrificados, quemarán vuestras casas y destruirán vuestras cosechas; ya sabeis que el enemigo está sediento de vuestra sangre, y no se satisfará sino con la muerte de todos vosotros

El que muere huyendo á la vista del enemigo es un cobarde: los que teman, salgan de nuestras filas, pues no queremos con nosotros sino valientes. Confiad en vuestro general, y sed vencedores ó morid en el campo del honor. = Rafael Maroto.»

El 7 de Setiembre publicó la siguiente órden del dia:

«Espartero, despues de habernos amenazado várias veces, se ha decidido por fin á avanzar. Voluntarios: el Rey nuestro señor ha puesto en vosotros todas sus esperanzas, y no quedará engañada su confianza; sobrepujad, si es posible, al heroico ejército de Aragon, que conducido por el valiente Cabrera acaba de derrotar al ejército de Oráa, que se atrevió á emprender el sitio de Morella.

»Voluntarios: que la usurpacion reciba el golpe mortal bajo los muros de Estella; presentaos al combate con la resolucion de vencer ó morir. Vuestro general quiere conduciros á la victoria, ó, como vosotros, morir combatiendo. Á las armas, pues, valientes voluntarios.—Rafael Maroto.»

«Voluntarios y pueblos vascongados: nadie se ha manifestado más entusiasta que yo para sostener los derechos al trono de España del Sr. D. Cárlos María Isidro de Borbon en la época en que me declaré en su favor: pero nadie está más convencido que yo, por la experiencia de una multitud de sucesos, que jamás podria este príncipe hacer la felicidad de mi patria, único objeto de los deseos de mi corazon. Por esto, unido en sentimientos con los jefes militares de Vizcaya, Guipúzcoa, Castilla y algunos otros, he convenido, para poner término á una guerra desoladora, que se haga la paz, la paz

tan deseada por todos, segun se me ha manifestado pública y secretamente.

»La falta de recursos para sostener la guerra despues de tantos años, y las demostraciones públicas de odio á la conducta de los ministros, me han decidido á dar este último paso.

»Declaré al Rey mis pensamientos y proposiciones con la noble franqueza que me caracteriza; y cuando debia prometerme una acogida digna de un príncipe, se tomó una resolucion en que se me designó como víctima.

»En tan crítica posicion, se inflamó mi espíritu, y se multiplicaron los trabajos para llegar al término de nuestras desgracias. Al fin he convenido con el general Espartero, estando autorizado en debida forma por todos los jefes que ántes he nombrado, en que se acabe para siempre la guerra en estas Provincias, que nos consideremos recíprocamente como hermanos y como españoles, y que se publiquen las bases de nuestro tratado. Si las demas provincias quieren seguir nuestro ejemplo y evitar la ruina de sus padres, amigos y parientes, serán admitidas á participar del tratado; mas para esto es necesario que se decidan inmediatamente y abandonen á los que les aconsejan la continuacion de una guerra que no conviene ni puede sostenerse.

»Los hombres no son de bronce, ni pueden, como los camaleones, alimentarse de aire. La miseria ha llegado al extremo en el ejército despues de tantos meses en que no se ha recibido socorro alguno; los jefes y oficiales están peor tratados aún que el soldado, pues éste á lo ménos está vestido, miéntras aquéllos reciben únicamente una miserable racion y se les ve marchar con los piés desnudos, sin camisa, y su-

friendo, bajo todos aspectos, las fatigas y privaciones de una guerra tan penosa. Si han venido algunos fondos del extranjero, los habeis visto disiparse entre los que los recibian y manejaban.

»El país se encuentra agobiado con excesivas cargas; nadie tiene para atender á sus propias necesidades, y los militares que contaban ántes con los socorros de sus familias, participan hoy de la miseria de sus padres, que deploran la generosidad de un sacrificio que sólo les produce la desolacion y la muerte.

»Provincianos: sea eterno en nuestros corazones el voto de paz y de union entre los españoles, y desterremos para siempre los rencores y los resentimientos personales. Esto os aconseja vuestro compatriota y general.=Rafael Maroto.»

Á esta proclama siguió la ejecucion indigna y miserable de sus proyectos.

Espartero habia empleado los meses de Mayo, Junio y Julio de 1838 en reunir en Logroño, Viana y Puente-la-Reina cerca de 30.000 hombres. Un inmenso parque de artillería se habia trasladado á la Ribera, y se habian traido víveres de todos los puntos de España.

Los carlistas temblaban por la suerte de Estella, y sin embargo, cuando toda la atencion estaba fija en este punto, cuando todos los dias señalaba el del ataque la prensa de Madrid, Espartero se retiró y salió de Navarra sin haber disparado un fusilazo. Á vista de este hecho ¿no deberá creerse que la retirada de Espartero delante de 12.000 carlistas no tuvo otro objeto que el proporcionar á Maroto una popularidad que, dándole un grande influjo en el ejército, le ofreciese medios de

poner en práctica su plan? Obsérvense las maniobras de Espartero desde Julio de 1338 hasta Abril de 1839, y se verá que siempre á la defensiva permite á Maroto que se pasee de un extremo á otro de las Provincias, y no se mueve de Logroño ni áun en los momentos en que fueron fusilados algunos generales carlistas en Febrero de 1839, y fueron desterrados á Francia los ministros y personas más influyentes de aquel partido, y en que D. Cárlos dió un dia un decreto por el que declaró traidor á Maroto, y al dia siguiente expidió otro en que le declaraba su más fiel vasallo. Cuando el ejército carlista, sumido en un profundo estupor, no sabía á quién obedecer y todo en las Provincias era confusion y desórden, Espartero, que hubiera podido muy fácilmente penetrar en ellas, y que por lo ménos debió intentarlo, con grande asombro de todos los partidos permaneció en su pasiva inmovilidad. Mas es porque sabía que obrando Maroto con arreglo á las instrucciones de los clubs jovellanistas de Madrid, preparaba la destruccion total de los carlistas, y que hubiera sido imprudente obrar ántes que estuviese todo preparado para asegurar el buen éxito del plan que se formaba en silencio.

Maroto pensó al principio unirse al partido que entónces ejercia el poder, y trató de atraerse el favor del partido navarro, que en realidad no era otro que el de los realistas puros; mas pronto se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, pues los ministros, que conocian sus antecedentes, no correspondieron á sus ofrecimientos, y el mismo D. Cárlos no podia olvidar que en cierto modo se le habian impuesto. Mas tal era su deseo de captarse la amistad de aquellos mismos á quienes despues sacrificó, que habiendo puesto en sus manos los documentos de los procesos de Elío y Zariátegui, opinó

que debian ser fusilados, y áun ofreció á D. Cárlos, que entónces se hallaba en Elorrio, que él mismo haría ejecutar la sentencia al frente del ejército.

Desechado por el partido realista, dirigió Maroto sus miras hácia otra parte, y se declaró protector de los generales que estaban en desgracia, colocándose á la cabeza de los descontentos. Su primer acto fué unir á su persona los batallones 1.º y 7.º de Navarra, que eran muy afectos á Zariátegui, á quien consideraban como una víctima de las intrigas de la corte; y estos batallones bien mantenidos, bien pagados, y siguiendo casi constantemente al general, no tardaron en entregarse á él exclusivamente, y se dispusieron á sostenerle contra todo el mundo.

En seguida trató Maroto, auxiliado por su íntimo amigo el ministro de la Guerra Valdespina, de hacer cambios en el personal de los batallones. Con este objeto, cerca de 350 oficiales que se hallaban en servicio activo fueron enviados á los depósitos, y reemplazados por igual número de oficiales que por diferentes motivos se hallaban sin empleo, y que por consiguiente eran enemigos del gobierno y estaban dispuestos á vengarse si se presentaba la ocasion.

Apoyado de esta manera, se acercó Maroto á un partido que habia crecido en la oscuridad y se habia aumentado considerablemente hacía algun tiempo, y este partido se componia de los que pretendian terminar la guerra por medio de una transaccion, cuyas bases fuesen la abdicacion de D. Cárlos en favor de su hijo mayor, que se proclamaria Rey de España y se casaria con la jóven Isabel, haciéndose algunas concesiones de principios, y sin que ninguno de los dos partidos se considerase como vencido.

Maroto les persuadió que para llegar á la ejecucion de este proyecto era preciso que los comandantes de las diferentes divisiones fuesen hombres seguros, y dispuestos á sostenerle en todo lo que pudiera emprender para asegurar el buen éxito del plan. Empezó tratando de seducir al brigadier Balmaseda, cuyo influjo temia, y cuya actividad era preciso neutralizar, pues era muy querido en el ejército. Maroto salió mal de su tentativa, pues Balmaseda se mantuvo firme, pero fué privado del mando. Este acto de autoridad tenía un doble objeto, esto es, satisfacer el odio que le habia tomado por el chasco que acababa de llevarse, y probar hasta dónde podia extender el ejercicio de su autoridad, pues no ignoraba el afecto que D. Cárlos profesaba á Balmaseda. D. Cárlos, por razones que no es de este sitio examinar, en lugar de castigar estos actos arbitrarios, segun le aconsejaban sus ministros, cedió, y su silencio persuadió á las tropas de que Balmaseda era criminal y que la conducta de Maroto merecia la aprobacion de D. Cárlos. Este triunfo, seguido de algunos otros de la misma clase, animó á Maroto, que se afirmó en su designio de deshacerse de los jefes navarros, igualmente que de todas las personas que ejercian algun influjo en el pueblo, y gozaban de la confianza del príncipe.

Desgraciadamente para la causa de los verderos carlistas, al llegar la princesa de la Beira á las Provincias el 16 de Octubre de 1838, venía muy prevenida contra los ministros y contra el partido navarro. Habíanle dicho que éstos querian eternizar la guerra para mantenerse en el poder, y que con este fin impedian á D. Cárlos que tomase ciertas medidas, que hubieran podido conciliarle las potencias de Europa, tranquilizándolas acerca de su conducta futura; y, en fin, que con

sus intrigas habian hecho quitar el mando del ejército á su hijo D. Sebastian y se oponian á que se le confiase de nuevo. La irritacion de la princesa era grande, y de ella se aprovechó Maroto, que hizo circular la voz de que estaba sostenido por ella y obraba con arreglo á sus órdenes.

La justicia me obliga á decir del modo más positivo, que ningun acto de la princesa, ninguna palabra salida de sus labios autoriza para creer que jamás haya aprobado ni conocido los planes de Maroto; al contrario, tan pronto como se convenció de las intenciones de este general, trabajó cuanto pudo para quitarle el mando. ¿Por qué no pudo nunca conseguirlo? Eso permanece cubierto todavía con un velo misterioso.

Por esta época fué cuando, habiéndose convencido los generales Sanz y D. Francisco García de que Maroto estaba en correspondencia secreta con Espartero, y que esta correspondencia se sostenia por el intermedio de oficiales que, bajo el pretexto de desercion ó canje, pasaban y repasaban de un campo á otro, y que algunos de estos oficiales, entre otros el coronel Paniagua, habian venido hasta el cuartel general de Maroto, sin motivo alguno ostensible, creyeron que debian dar parte de sus sospechas á D. Cárlos; mas viendo que sus quejas no eran escuchadas, pidieron que se les separase del ejército, por temor de que Maroto, al saber que le habian conocido, quisiera sacrificarlos á su propia seguridad. Don Cárlos no prestó atencion alguna á sus justas reclamaciones, y sólo les respondió que tuviesen confianza en él, pues nadie tenía el derecho de quitarles el mando contra su voluntad y mucho ménos el de atentar á su vida. Maroto, por su parte, atormentaba sin cesar á D. Cárlos, pidiéndole que mudase el

ministerio y todos los jefes de las diversas divisiones del ejército. D. Cárlos, siempre irresoluto, no satisfacia á ninguno de los dos partidos.

El 5 de Diciembre de 1838, alarmados los ministros por el atrevimiento con que se conducia Maroto, rogaron á Don Cárlos que aceptase su dimision ó pusiese en otras manos el mando del ejército; mas D. Cárlos no se decidió á nada, y tuvo en esta irresolucion á sus ministros hasta el mes de Febrero. Cinco veces le presentaron su dimision, y siempre los ruegos y promesas del príncipe les decidieron á permanecer en sus puestos. Un dia, hablando el obispo de Leon á D. Cárlos, le dijo: «Señor, caminamos á pasos precipitados hácia una revolucion; hoy es todavía tiempo de que V. M. pueda detener el torrente; pero mañana acaso será arrebatado por él. Permítame V. M. que le suplique me conceda la libertad de retirarme, si prevalecen los perniciosos consejos de Maroto; no me obligue V. M. á permanecer en mi puesto para ser testigo de la ruina de la causa más sagrada y de la deshonra de V. M.» La respuesta de D. Cárlos fué tal, que el prelado creyó que debia continuar en el ministerio.

Á principios del mes de Febrero renovó el obispo sus instancias y acabó por pedir permiso á D. Cárlos para retirarse á Francia. «V. M., le dijo el venerable prelado, parece que está decidido á consumar su ruina; evitad, señor, á vuestros fieles y afectos servidores el triste espectáculo de la degradacion de la dignidad régia, de la pérdida de sus más gratas esperanzas, y de la de V. M.» D. Cárlos rogó de nuevo al obispo que permaneciese á su lado y le ilustrase con sus consejos. «Y qué he de hacer?» le preguntó el príncipe. — «Señor, contestó el obispo; ó mude V. M. sus ministros, ó su ge-

neral en jefe. Nosotros no queremos obligar á V. M. á que siga una política que creemos la única capaz de asegurar su triunfo y la tranquilad del reino; pero ha llegado el momento de que V. M. se coloque á la cabeza de una sangrienta revolucion, ó fortifique el poder entre las manos de sus consejeros, poniendo al frente del ejército un general que esté de acuerdo con los principios de aquéllos.» D. Cárlos manifestó al obispo lo satisfecho que estaba de la política seguida por sus ministros, que no era otra que la continuacion de aquella cuyas bases habia establecido él mismo en Portugal, y terminó prometiéndole que retiraria el mando de manos de Maroto.

Advertido éste á tiempo de lo que pasaba, se presentó el 11 de Febrero en el cuartel real, que entónces se hallaba en Vergara, acompañado de algunos batallones en que tenía entera confianza, y es de suponer que su intencion fuese fusilar á los ministros y á todos los que él miraba como obstáculos á sus planes, y apoderarse de la persona de D. Cárlos.

Los consejos de sus amigos produjeron algunas modificaciones en este plan, pues le hicieron observar que cuando los generales navarros supiesen la muerte de los ministros marcharian contra él y librarian á D. Cárlos, y que por consiguiente ántes de emprender nada era preciso desembarazarse de aquellos rivales peligrosos. Maroto aprobó este consejo; se puso rápidamente en marcha para Estella, y el dia 18 habian dejado de existir los generales Guergué, García, Sanz y Carmona, el intendente Uríz y el secretario Ibañez.

Despues de esta horrorosa ejecucion, publicó Maroto la proclama siguiente:

«Voluntarios: pueblos del reino de Navarra y de las Pro-

vincias vascongadas.=Cinco años enteros de heróicos sacrificios en que vuestra sangre se ha vertido á torrentes, vuestras haciendas se han disipado, y habeis sufrido otros mil males que quedarán consignados en la historia de vuestra admirable resistencia, no han bastado todavía para saciar la codicia de esos hombres inmorales que, al abrigo de la proteccion del monarca, gozaban de todas las comodidades de la vida, y miraban con indiferencia vuestras privaciones, vuestras fatigas, y áun vuestra muerte, con tal de que ellos pudieran reposar en la molicie y vivir á costa vuestra.

»Todos sabeis cuál era el deplorable estado del ejército cuando yo tomé el mando y la direccion de él, y sabeis tambien las fatigas que he arrostrado para merecer vuestra confianza.

»Si mis ruegos al monarca han influido en parte para que se os concediese lo que justamente se os debia, no he podido, sin embargo, obtenerlo todo. Algunas especulaciones particulares que tenian por objeto intereses privados, se han opuesto á mis deseos y han alejado las esperanzas que yo habia concebido, fundadas en reiteradas promesas en que se me habia asegurado que no se olvidaria jamás la justa consideracion que tan bien mereceis. La audacia de esos hombres malévolos ha llegado á tal punto, que han hecho circular noticias en que os injurian, diciendo que con estar bien vestidos y bien pagados nada haceis sino ser gravosos á las poblaciones.

»Han querido obligarme á que os lleve contra las fortificaciones enemigas, ó á que os sacrifique en nuevas expediciones; y cuando han visto la tenaz resistencia que he puesto á tal desprecio de vuestras preciosas vidas, han recurrido á la

traicion y á medios infames para seduciros; han publicado un gran número de escritos subversivos, han declamado en las calles y plazas, y áun en los lugares santos, esparciendo sus ideas de anarquía, de sedicion y de sangre; en fin, han querido envolveros en nuevas calamidades en recompensa de vuestras pasadas desdichas. Los partes que justifican todo esto me han llegado á Tolosa, y me han obligado á cambiar mi plan y pasar apresuradamente á este suelo del honor, de la fidelidad y del valor, para castigar gravemente semejantes excesos.

»Todos vosotros conoceis los hechos, que son notorios; pero ignorais que por tres veces he pedido al monarca, por medio de personas respetables que se hallan cerca de mí, que me permita dejar un mando que yo no solicité, pero que, una vez aceptado, no puedo dejar envilecer. He visto vuestra constancia, y no ignoro vuestros padecimientos; y agradeciendo la reputacion fraternal que os he merecido, moriré en medio de vosotros, pero no sufriré más tiempo el triunfo de la astucia, la codicia y la mala fe.

»Los que provocaban una sedicion militar han sido arrestados, y he mandado ejecutar con ellos un castigo ejemplar, que espero pondrá freno á maquinaciones que harian interminables vuestros trabajos, y acaso inútiles, causándoos las mayores desgracias. Acaba de hacerse sentir el rigor de las penas que imponen las leyes militares, y seré inexorable en aplicarlas á todos aquellos que olviden sus sagrados deberes.

»Cuando se haya disipado el primer gérmen revolucionario que se ha esparcido entre vosotros, presentaré yo mismo una justificacion legal, que haré con el parecer del consejo de guerra, auditor general del ejército, á quien entregaré las pruebas de todo, que se hallan ya en mi poder.

»Voluntarios y nobles hijos de este reino y de las Provincias Vascongadas, *viva el Rey, viva la subordinacion.* Sea nuestra divisa la religion ó la muerte, y la restauracion de nuestras antiguas leyes. Por esos principios estamos decididos á morir todos. Lancemos de en medio de nosotros á los ambiciosos que no cooperen de una manera eficaz al triunfo de la causa que defendemos, y por la cual veis á vuestros padres y á vuestros pueblos cubiertos de luto y de miseria.

»Estella 18 de Febrero de 1839.=El G. de E. M. G., Rafael Maroto.»

El 20 dirigió una carta á D. Cárlos, haciendo al mismo tiempo publicar su copia, y estaba concebida en los términos siguientes:

«Señor:

»La indiferencia con que V. R. M. ha escuchado mis clamores por el bien de su justa causa desde que tuve la honra de ponerme á sus R. P. en el reino de Portugal para defenderla, y más particularmente desde mis agrias contestaciones con el general Moreno, oscureciendo y despreciando mi particular servicio prestado en la batalla sostenida contra el rebelde Espartero sobre las alturas de Arrigorriaga, la que pudo y debió haber presentado el término de la guerra, puesto que el enemigo contaba sólo por aquel entónces con el resto de muy pocas fuerzas despues de que Bilbao hubiera sucumbido encerrado en él todo su ejército con la division inglesa, amilanado y sin recursos para subsistir ocho dias, herido su caudillo, y con la positiva confianza que yo tenía de que un solo hombre no podia escaparse, y de consiguiente, la franca

marcha de V. M. para Madrid, evitando con su ocupacion los arroyos de sangre que han corrido posteriormente, me ha puesto en el duro caso, no de faltar á V. M. como habrán procurado hacerle creer mis enemigos personales, ó, por mejor decir, los de la causa de V. M., sí de adoptar algunas medidas que asegurarán el órden para en lo sucesivo, la sumision y disciplina militar y el respeto que las demas clases y personas deben tenerme por el preferente encargo á que he llegado con honor y constantemente, sirviendo con utilidad á mi patria y á mi Rey.

»Es el caso, señor, que he mandado pasar por las armas á los generales Guergué, García, Sanz, al brigadier Carmona, al intendente Uríz, y estoy resuelto, por la comprobacion de un atentado sedicioso, para hacer lo mismo con otros varios, que procuraré su captura sin miramiento á fueros ni distinciones, penetrado de que con tal medida se asegurará el triunfo de la causa que me comprometí á defender, no siendo sólo de V. M. cuando se interesan millares de vivientes que serian víctimas si se perdiera; sirviéndome en el dia para el apoyo de mis resoluciones la voluntad general tanto del ejército como de los pueblos, cansados ya de sufrir la marcha tortuosa y venal de cuantos han dirigido el timon de esta nave venturosa cuando ya divisa el puerto de su salvacion.

»Sea alguna vez, mi Rey y Señor, que la voz de un vasallo fiel hiera el corazon de V. M. para ceder á la razon, y escucharla áun cuando no sea más que porque conviene; seguro, como debo estarlo, de que el resultado le patentizará el engaño y particulares miras de cuantos hasta el dia han podido aconsejarle.

»En manos de V. M. está, señor, la medida más noble,

más sencilla y más infalible para conciliarlo todo. No desconoce V. M. el gérmen de discordia que se abriga y sostiene por personajes en ese cuartel real; mándeles V. M. marchar inmediatamente para Francia, y la paz, la armonía y el contento reinará en todos sus vasallos; de lo contrario, señor, y cuando las pasiones llegan á tocar su término de acaloramiento, los acontecimientos se multiplican y se enlazan las desgracias, que siempre deben estimarse como tales la precision de proceder contra la vida de sus semejantes.

»Resuelto he estado para retirarme al lado de mis hijos; porque yo, señor, no vine á servir á V. M. por fortuna ni reputacion; pero al presente no puedo ya verificarlo, consagrada mi existencia al bienestar y felicidad de los pueblos y del ejército que pertenece á estas Provincias, y, por lo tanto, ruego á V. M. de nuevo se preste á conceder lo que todos desean, y que tal vez facilitará el término de una guerra que inunda el suelo español de sangre inocente, vertida al capricho y á la ferocidad de algunos ambiciosos.

»Tengo detallado á V. M. repetidas veces las personas que por sus hechos han buscado la odiosidad general, y muy cerca de sí tiene las que merecen opinion, no sólo entre nosotros; llámelas V. M. á su lado para la direccion y consejo en todos los asuntos que particularmente en el dia nos agitan, y V. M. se convencerá de haber dado el punto más prudente y acertado.

»Sabe V. M. que tiene sepultados en rigurosas prisiones, por años enteros, á jefes beneméritos que la emulacion ó la más negra intriga indudablemente pudo presentar á V. M. como criminales ó traidores, bajo cuyo principio se formó una causa que la malicia tiene oscurecida, con admiracion de la

Europa entera, y V. M. debe conocer que hay un empeño singular de sostener el concepto que arrojó desde luégo su real decreto, que hicieron firmar y publicar despues de su regreso á estas Provincias, y V. M. no habrá olvidado cuanto sobre este particular tengo dicho al secretario D. José Arias Tejeiro para venir en conocimiento de quién es el autor de tanto compromiso.

»Yo debo salvar mi opinion y justificar mi comportamiento á la faz del mundo entero que me observa; y, por lo tanto, me permitirá V. M. que dé al público, por medio de la imprenta, esta mi reverente manifestacion, así como sucesivamente todo cuanto haga referencia á tales particulares. Dios guarde la R. P. de V. M. dilatados años para bien de sus vasallos.

»Cuartel general de Estella, 20 de Febrero de 1839.=Señor.=Á L. R. P. de V. M.=Su vasallo y general, Rafael Maroto.

El 19 supo D. Cárlos la muerte de sus más fieles generales y de sus más firmes apoyos en Estella, y su sentimiento y el de su esposa fué tan grande, que se alarmó toda la servidumbre de palacio. Los ministros en cuerpo se presentaron al príncipe y le suplicaron que partiese al momento para ponerse á la cabeza del ejército, conjurándole que tomase una resolucion digna de él y de sus valientes defensores. D. Cárlos lo escuchó todo, pero no dió respuesta alguna, y se pasaron los dias 19 y 20 sin que tomase ninguna determinacion. El 21 pareció que despertaba de su letargo, y queriendo hacer entónces lo que hubiera debido hacer desde el 19, dictó á Arias Tejeiro la siguiente proclama:

« *Voluntarios fieles vascongados y navarros.*

»El general D. Rafael Maroto, abusando del modo más pérfido é indigno de la confianza y la bondad con que le habia distinguido á pesar de su anterior conducta, acaba de convertir las armas que le habia encargado para batir á los enemigos del trono y del altar contra vosotros mismos. Fascinando ó engañando á los pueblos con groseras calumnias, alarmando, excitando hasta con impresos sediciosos y llenos de falsedades á la insubordinacion y á la anarquía, ha fusilado sin preceder formacion de causa á generales cubiertos de gloria en esta lucha y á servidores beneméritos por sus servicios y fidelidad acendrada, sumiendo mi paternal corazon en amargura. Para lograrlo ha supuesto que obraba con mi real aprobacion; pues sólo así podria encontrar entre vosotros quien le obedeciese. Ni la ha obtenido ni la ha solicitado, ni jamás la concederé para arbitrariedades ni crímenes; conoceis mis principios; sabeis mis incesantes desvelos por vuestro bienestar y por acelerar el término de los males que os afligen.

»Maroto ha hollado el respeto debido á mi soberanía y los más sagrados deberes, para sacrificar alevemente á los que oponen un dique insuperable á la revolucion usurpadora, para exponeros á ser víctimas del enemigo y de sus tramas. Separado ya del mando del ejército, le declaro traidor, como á cualquiera que despues de esta declaracion, á que quiero se dé la mayor publicidad, le auxilie ú obedezca. Los jefes ó autoridades de todas clases, cualquiera de vosotros, está autorizado para tratarle como tal si no se presenta inmediatamente á responder ante la ley.

»He dictado las medidas que las circunstancias exigen para frustrar este nuevo esfuerzo de la revolucion, que abatida, impotente, próxima á sucumbir, sólo en él podia librar su esperanza. Para ejecutarlas, cuento con mi heroico ejército y con la lealtad de mis amados pueblos, bien seguro de que ni uno solo de vosotros al oir mi voz, al saber mi voluntad, se mostrará indigno de este suelo, de la justa y sagrada causa que defendemos, de las filas en que me glorío de marchar el primero para salvar el trono, con el auxilio de Dios, de todos sus enemigos, ó perecer si preciso fuere entre vosotros.=Real de Vergara 21 de Febrero de 1839.=Cárlos.»

Al momento que se publicó esta proclama, se reunió en palacio un consejo á que asistió el príncipe de Asturias. La mayoría de los individuos que le componian fué de parecer de que D. Cárlos debia ponerse á la cabeza del ejército, y proceder inmediatamente á la prision de Maroto; la minoría opinó que D. Cárlos se retirase á Segura, de allí á Alsasua y en seguida á Estella, ganando así tiempo y evitando toda reunion con Maroto, á fin de probar á las tropas que estaba firmemente decidido á llevar á efecto su proclama. Desgraciadamente prevaleció la opinion de la minoría. En dicho consejo manifestó el príncipe de Asturias una energía digna de su nacimiento. «Señor, dijo á D. Cárlos, permítame V. M. que vaya al ejército; leeré la proclama de V. M. á los valientes voluntarios, me presentaré solo á los fieles defensores de V. M., y haré prender al general Maroto. No me lo niegue V. M., pues estoy seguro del buen éxito.» D. Cárlos se negó á ello.

Algunas horas despues se reunió segundo consejo, al que asistió el brigadier Balmaseda, á quien D. Cárlos habia

enviado á buscar al castillo de Guevara, donde se hallaba detenido. Balmaseda prometió apoderarse de Maroto vivo ó muerto, mas encontró la misma negativa de parte de D. Cárlos. Al fin, en otro consejo, se acordó llamar á Villareal y darle el mando de cuatro batallones que se hallaban en Alsasua, tomando el de todo el ejército el príncipe de Asturias. Pero cuando el duque de Granada de Ega, que habia sido nombrado ministro de la Guerra en lugar del marqués de Valdespina, presentó el decreto á D. Cárlos, éste se negó á firmarle, diciendo que habia reflexionado que el príncipe era demasiado jóven para ocupar un puesto tan importante. Villareal dijo que no consentiria en aceptar empleo alguno, á ménos que Urbistondo, Latorre y Guibelalde volviesen á ser ocupados activamente. Concediósele esto, y las tropas destinadas á proteger á Tolosa se confiaron á Urbistondo, que vino á recibir instrucciones, en las cuales se le previno que impidiese á cualquier costa que Maroto entrase en la ciudad de Tolosa.

El 23 se hallaba el cuartel real en Villafranca, y se hacian los preparativos para la marcha á Segura. Á las ocho y media de la noche estaba el caballo de D. Cárlos ensillado y á la puerta de palacio, y los ministros, parte de la servidumbre y la mitad de la guardia real, caminaban ya para Segura, cuando en el momento mismo en que D. Cárlos iba á montar á caballo se presentó en palacio el conde de Negri, y á pesar de la oposicion de la guardia real, que ofreció á Don Cárlos morir peleando en su defensa, entró Negri y obtuvo que D. Cárlos le recibiese en audiencia secreta. Apénas habia salido de palacio, cuando llegó Urbistondo, que declaró á Don Cárlos que Maroto acababa de entrar en Tolosa y que, léjos de oponerse á su entrada en dicha ciudad, se habia unido á

él, como igualmente las tropas que tenia á sus órdenes. La posicion de D. Cárlos se hacía cada vez más difícil; y se decidió á permanecer en Villafranca.

D. Juan Echevarría esperaba las órdenes de D. Cárlos, á quien acompañaba en todos sus viajes, y se habia recostado en su cama, cuando vinieron á decirle lo que pasaba, y anunciarle que no se verificaba la marcha; inmediatamente pasó al cuarto de D. Cárlos y le pidió permiso para separarse de él y poner su vida á salvo. D. Cárlos le rogó que no le abandonase en aquel momento. «Puede V. M. protegerme?» le preguntó D. Juan.—«Yo suplicaré en favor tuyo,» contestó.—«No señor; jamás permitiré yo que V. M. se humille hasta ese punto delante de un vasallo suyo. Permítame V. M. que me retire.»—«Y adónde irás que no te prendan?»—«Tranquilícese V. M. sobre eso, que yo sabré defenderme; no podrian cogerme, si yo no quisiera.»

Arias Tejeiro y los demas ministros pasaron una noche cruel en Segura, y al rayar el dia 24, Tejeiro volvió á Villafranca. Al llegar pasó á palacio y pidió una audiencia á Don Cárlos, la cual obtuvo á pesar de los obstáculos que le opusieron las personas que rodeaban al monarca. D. Cárlos estaba todavía acostado, pero se levantó á las siete y media para recibir á Tejeiro. Cuando el ministro le preguntó por qué no habia pasado á Segura, como habia prometido, D. Cárlos le dió esta lacónica respuesta: «Todo está acabado; he consentido en cuanto han exigido de mí; ponte en cobro, porque yo no puedo protegerte.»

D. Cárlos estaba muy conmovido, y al separarse de Arias Tejeiro le estrechó entre sus brazos diciéndole: «Mis actos son fruto de la violencia, te lo aseguro bajo mi palabra. In-

forma á Cabrera y al conde de España de lo que ha pasado aquí; diles que no estoy libre; y si puedes ir á reunirte con ellos, será lo mejor de todo.»

El mismo dia firmó D. Cárlos la siguiente proclama, obra de Arizaga, auditor general del ejército y amigo íntimo de Maroto. Los términos en que está concebida ofendieron algo á D. Cárlos, que se atrevió á hacer algunas objeciones; pero Arizaga le dijo: «El general me ha prohibido que deje cambiar ni una sola palabra;» y D. Cárlos firmó.

«Animado constantemente de los principios de justicia y rectitud que he consignado en todos los actos de mi soberanía, no he podido ménos de ser altamente sorprendido cuando con nuevos antecedentes y leales informes he visto y conocido que el teniente general D. Rafael Maroto ha obrado con la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos de amor y fidelidad que tiene acreditados en favor de mi justa causa. Estoy ciertamente penetrado de que siniestras miras fundadas en equivocados conceptos, cuando no hayan nacido de una criminal malicia, si pudieran ofrecer á mi régia confianza hechos exagerados y traducidos con dañada intencion, no deben permitir pase más tiempo sin la reparacion debida á su honor mancillado; y aprobando las providencias adoptadas por dicho general, quiero que continúe como ántes, á la cabeza de mi valiente ejército, esperando de su acendrada lealtad y patriotismo que, si bien ha podido resentirle una declaracion ofensiva, ésta debe terminar sus efectos con la seguridad de haber recobrado aquél mi gracia y la vindicacion de su reputacion injuriada. Asimismo quiero se recojan y quemen todos los ejemplares del manifiesto publicado, y que en

su lugar se imprima y circule esta mi expresa soberana voluntad, dándose por órden en la general del ejército, y leyéndose por tres dias consecutivos al frente de los batallones.

Real de Villafranca á 24 de Febrero de 1834.=CÁRLOS.»

El 25 pasó Maroto á Villafranca, acompañándole algunos batallones afectos á su persona, y el escuadron de Carrion. Esta caballería llegó á las puertas mismas de palacio, y formó en batalla en frente de ellas, llevando cargadas las carabinas. Maroto subió á la antecámara, donde encontró á Villavicencio, y, apoyando las dos manos en el puño del sable, cuya punta tocaba al suelo, le dijo: «Esto ya es otra cosa; ahora se puede venir á palacio sin peligro de volver á encontrar en él á toda esa canalla.» Admitido á la presencia de D. Cárlos, le pidió Maroto, del modo más imperioso, las cabezas del obispo de Leon, Arias Tejeiro, Lamas Pardo, D. Celestino Celis y D. Diego Miguel García; y estaba tan resuelto á mandarlos fusilar, que la víspera habia encargado á Urbistondo que dijese á D. Cárlos que, aunque los ocultase entre las suelas de sus zapatos, vendria á sacarlos de allí. D. Cárlos, sin embargo, se negó á satisfacer tan bárbara exigencia; Maroto no se atrevió á insistir más, y se decidió su destierro.

El 27 salió D. Cárlos de Villafranca, y fué á Tolosa, y el dia siguiente se puso Maroto en marcha para Vizcaya con cuatro batallones de infantería y dos escuadrones de caballería. Desde aquel momento fué dueño de todas las Provincias; y auxiliado por el ministro de la guerra, el brigadier Montenegro, emprendió la reorganizacion del ejército. Elío recibió el mando de Navarra, D. Simon Latorre el de Vizcaya, Alzáa fué confirmado en el de Álava, é Iturriaga en el de

Guipúzcoa; los batallones castellanos se pusieron á las órdenes de Urbistondo; Villareal fué nombrado ayudante de campo de D. Cárlos, y Zariátegui agregado al estado mayor. Por medio de estos nombramientos quedaba todo el ejército á disposicion de Maroto, y le era imposible á D. Cárlos dar paso alguno sin su conocimiento.

Verificados estos cambios en el mando del ejército, dió una órden el ministro de la Guerra, por la cual se mandaba á Zorrilla, baron de Juras Reales; Otal y Villela, consejeros de Castilla; Arpe, corregidor de Vizcaya, y Piedra, corregidor de la isla de Leon, que examinasen las piezas del proceso formado contra Elío y Zariátegui. Los anales de la historia no presentan un hecho semejante al de esta supuesta investigacion judicial; dos de estos magistrados habian tenido ya parte en el proceso en la época en que se intentó juzgar á los generales, y entrambos los habian declarado culpados; ahora se les pedia una nueva opinion acerca de las causas, y los acusados no solamente estaban en libertad, sino que acababan de ser colocados á la cabeza del ejército. Para hacer más ridículo este simulacro de justicia, un ayudante de campo de Elío fué el que llevó á cada uno separadamente los documentos del proceso, rogándole de parte de su general que abreviase su despacho lo más que pudiera.

Al llegar á Vizcaya caminó ya Maroto resueltamente hácia el fin que se habia propuesto desde mucho tiempo. Su correspondencia con Espartero recibió mayor actividad, y fueron exorbitantes sus exigencias; mas las respuestas de Espartero, evasivas al principio, se hicieron ménos satisfactorias cuando por la toma de Ramales y otros puntos pudo internarse en Vizcaya. Asustado Maroto, se dirigió á lord John Hay,

rogándole que obtuviese de Espartero algunas promesas positivas, y si fuese posible la garantía de la Inglaterra. Lord John Hay consintió en ello, y habiéndose puesto de acuerdo con Espartero, envió un oficial con pliegos para lord Palmerston.

PROCLAMA DE LOS DESTERRADOS.

Voluntarios de Cárlos V y pueblos vascongado-navarros.

«El hombre de maldicion, el impío Maroto ha consumado su obra de iniquidad; ha vendido á los cristinos el ejército, el pueblo y vuestros venerandos fueros, y á los ingleses vuestro Rey, prometiéndoles entregársele en San Sebastian.

»Una feliz casualidad ha revelado el detestable proyecto del infame Maroto.

»Se ha interceptado en Francia su correspondencia, y en ella se ha hecho el espantoso descubrimiento de la sacrílega venta que ha hecho el miserable de su patria y de su Rey.»

Esta proclama produjo una gran sensacion: pero era tal el terror que inspiraba Maroto, que nadie se atrevia á quejarse, y mucho ménos á examinar en público sus acciones. Su poder se habia aumentado considerablemente con el apoyo que le daba el partido de los transaccionistas, pues creyendo éstos que trabajaba para su interés hicieron los mayores esfuerzos á fin de mantenerle en su puesto; formaron juntas en diversos puntos del país: sus principales agentes Madrazo y Orejon iban y venian de Bayona á Paris y á las Provincias, y las correspondencias secretas eran sumamente activas. Los

individuos de estas juntas suponen que su objeto era legítimo, pues estando los pueblos fatigados y deseosos de la paz, el único medio de obtenerla era la abdicacion de D. Cárlos en favor de su hijo y un casamiento entre éste y la jóven Isabel; pero protestan altamente contra toda intencion de abandonar sus principios, y se quejan amargamente de Maroto, que, segun dicen, les ha engañado hasta el último momento. Pensando caritativamente se debe creer en su sinceridad, pero es de temer que la historia se muestre más severa con respecto á ellos.

Los realistas desterrados, asustados al ver la suerte que esperaba á la causa por quien habian sacrificado sus bienes y familias, y temiendo mucho por la seguridad personal de D. Cárlos, tomaron algunas medidas para que llegase á conocimiento de éste el peligro de su situacion. Con este objeto publicaron varios documentos, y entre ellos el siguiente dirigido á los habitantes de las Provincias Vascongadas.

Voluntarios y pueblos vasco-navarros.

«Maroto está pronto á consumar vuestra ruina; entrega todas vuestras plazas fuertes y va á imitar la conducta de los generales portugueses en Evora-Monte. Como lo fué D. Miguel, D. Cárlos será entregado á sus enemigos.

»No creais los rumores que hacen circular de que vienen 50.000 franceses á sostener á Maroto; ese es un engaño que no tiene otro objeto que el de adormeceros en una engañosa seguridad, para tener el tiempo necesario para consumar el crímen.

»Maroto está abandonado por las potencias del Norte, y el

gobierno frances prepara una escuadra para bloquear vuestros puertos.

»Voluntarios y pueblos: á las armas! Salvad á vuestro Rey y con él vuestras personas y fueros.

» *Viva la Religion! viva el Rey!*—19 de Junio de 1837.»

Inmediatamente que se abrió la campaña contra Ramales, escribió Maroto á D. Cárlos pidiéndole que le diese el mando en jefe de todos los ejércitos carlistas, y para apoyar esta pretension decia que, hallándose próximo á poner en ejecucion un vasto plan que habia meditado mucho tiempo, era indispensable que los condes de España y de Morella estuviesen á sus órdenes, pues necesitaba su cooperacion. D. Cárlos sometió esta extraña pretension al consejo supremo de la guerra para que la examinase y diese su parecer acerca de ella. El consejo se componia de los generales Eguía, Lardizábal, Saraza, Cabañas y el conde del Prado, y de los magistrados Lorenzo, Mozo, Arizaga, Ventos, Frías y Maruri; del fiscal civil Eyaralar, y del fiscal militar el brigadier Estrau.

Habiéndose reunido el consejo se suscitó un violento debate; la peticion de Maroto fué apoyada fuertemente por Eguía, Saraza, el conde del Prado y Arizaga; pero la mayoría se declaró en contra y fué desechada. Eyaralar, para probar que debia negarse la pretension, se fundó principalmente en la imposibilidad de poner á un antiguo militar como el conde de España á las órdenes de Maroto, y añadió que ni él ni Cabrera, que tan eminentes servicios habian hecho á la causa carlista, consentirian jamás en ver á Maroto generalísimo y obedecerle.

En los primeros dias del mes de Julio envió Espartero á

Maroto un periódico de Madrid que publicaba algunas cartas que se habian interceptado, y estaban escritas por Arias Tejeiro desde el campo de Cabrera, y enviadas á D. Cárlos con sobre al ministro de Hacienda Marcó del Pont. Terrible fué la cólera de Maroto, y con trabajo pudieron sus amigos impedirle que se dirigiese al cuartel real á satisfacer su rabia en el mismo D. Cárlos; mas al fin le hicieron conocer que su precipitacion iba á desbaratar un plan tan bien concebido, en el cual se trabajaba tanto tiempo hacía, y que tan buenos resultados debia producir. Tranquilizado Maroto escribió á Marcó del Pont que sabía que estaba en correspondencia con los desterrados en Bayona, y que esta conducta podia atraer sobre él grandes desgracias, poniendo en peligro su cabeza y áun la de D. Cárlos; pero que su generosidad era tal, que se lo advertia para que saliese del cuartel real y no volviera á poner los piés en él.

Marcó del Pont presentó esta carta á D. Cárlos; mas, cediendo á las instancias de éste, consintió en permanecer á su lado. Cuando Maroto supo que Marcó del Pont habia desobedecido á sus órdenes, resolvió hacerle asesinar; mas prevenido aquél á tiempo, creyó que debia ponerse á cubierto de la venganza de Maroto, y abandonando á Oñate se retiró á un sitio seguro, donde permaneció hasta despues de haberse pasado Maroto, que fué de nuevo llamado por D. Cárlos. Desde su retiro escribió Marcó del Pont para engañar á Maroto una carta con fecha de San Juan de Luz á un tal Beotas, empleado en el ministerio de Hacienda, circunstancia que dió origen á la voz de que se habia refugiado en Francia, y le libró de las persecuciones.

El 18 de Julio envió Maroto á Montenegro, para que la

refrendase, la siguiente real órden, dirigida al mismo Maroto·

«Excmo. Sr.: Á medida que se acerca el término fijado por la divina Providencia para la cesacion de la actual lucha fratricida, la revolucion agota los más execrables medios para retardar su caida, poniendo en juego maniobras infernales y procurando introducir la desunion entre los valientes y fieles defensores de la justa causa, miéntras sus batallones, aterrados por los intrépidos esfuerzos de los heroicos voluntarios, salen únicamente de sus guaridas para destruir con la tea incendiaria las haciendas de los pacíficos habitantes, sembrando por todas partes adonde puede alcanzar su tiránico poder la desolacion y la ruina, y huyendo cobardemente en el momento que se les descubre; ensayando por otra parte las viles armas de la intriga, aprovechando las mezquinas pasiones y los innobles deseos de algunos apóstatas de los principios monárquicos, expulsados de estas Provincias por causa de su criminal ambicion y de sus excesos, y que, si acaso no obran de acuerdo con la revolucion, como parece muy probable, la sirven por lo ménos con la mayor utilidad con sus infames planes, urdidos para volver á obtener en el gobierno un influjo que no adquirirán jamás; pues la justicia del soberano está cada vez más convencida de la peligrosa direccion que estos falsos realistas daban á los negocios del Estado, así como de las medidas arbitrarias, cubiertas con la máscara de una lealtad á toda prueba, por cuyo medio sostenian su omnipotencia.

»Desesperados por su bien merecida separacion del lado del monarca, tan luégo como este los ha conocido, arrojan ya la hipócrita máscara de su mentida adhesion á la causa legítima, y para tratar de destruirla por medio de otro plan

envian á uno de sus corifeos, dotado de sagacidad, al mismo tiempo que lleno de ambicion, al lado de un general jóven y cubierto de recientes laureles, y aprovechándose de su ardiente entusiasmo, y de su apasionado amor á su Rey, le pintan á éste como privado de su libertad y rodeado de enemigos que, abusando de su real nombre, dictan medidas propias para minar y destruir sordamente el trono, á fin de que aquel heroico guerrero, persuadido asi de esta intriga, se niege á escuchar la voz legítima de su soberano, cuando se le trasmita por órganos que se suponen infieles. Tambien quedarán engañados en esta última esperanza, como lo han sido en las anteriores, pues tan luégo como la verdad consiga disipar las sombras de la impostura en el corazon de aquel jefe, será el primero á detestarlos y procurar su castigo, que no está distante, uniendo sus esfuerzos como ha hecho hasta aquí con los de V. E. y de sus más valientes soldados para terminar la lucha.

»Á la vista tenemos varios ejemplos que confirman esta verdad. Las cartas de un desterrado y del general Cabrera circulan en los periódicos revolucionarios, y no siendo todo cuanto contienen más que un tejido de falsedades y enredos, no tienen otro objeto que el de introducir en este valiente ejército la desconfianza y la falta de union que es indispensable para el triunfo.

»Por otra parte, han esparcido noticias relativas á la direccion que se ha dado á los fondos que suponen existentes, y destinados á nuestros leales defensores; y finalmente, en todo lo que han hecho circular se sirven de expresiones dirigidas á deprimir y envilecer la autoridad real, y á difamar á su gobierno y á los jefes militares. Y como desgraciadamente hay personas que por malicia, ignorancia ó debilidad, dan

á lo que oyen diferentes interpretaciones, este inconveniente ha llamado la atencion del soberano, y á fin de evitar los resultados que la circulacion de tantas falsedades pudiera causar en su leal ejército, y entre los fieles habitantes de estas Provincias, me manda el Rey diga á V. E., como de real órden lo ejecuto, que S. M. reprueba altamente un medio tan infame, y que dictará las medidas más oportunas para castigar con mano fuerte á los que, olvidando la indulgencia con que en otras ocasiones ha perdonado sus faltas, hacen todos sus esfuerzos para alterar la buena armonía y confianza que reina entre sus vasallos, falsificando instrucciones que no tienen, é invocado los sagrados nombres de Dios y de su Santísima Madre para ocultar el veneno de sus escritos.

»En resúmen, quiere S. M. que no sólo redoble V. E. su actividad, sino que, á fin de evitar la circulacion y propagacion de semejantes imposturas, vigile la conducta de aquellos que, olvidando sus deberes como militares y como vasallos, puedan tener parte en tales maquinaciones que S. M. detesta y trata de castigar.

»De real órden lo digo á V. E. para su conocimiento, previniéndole que con esta misma fecha, y sin perjuicio de las instrucciones que V. E. pueda dar á los comandantes generales, se les traslada esta soberana resolucion para su puntual y exacto cumplimiento.

»Dios guarde á V. E. muchos años.

»Cuartel real de Oñate 18 de Julio de 1839.—Montenegro.—Excmo. señor jefe de Estado mayor general del ejército.»

Pocos dias despues de la publicacion del documento anterior, dió Maroto una órden general, que decia así:

«Órden general del ejército.=Orozco 23 de Julio de 1839. =El Excmo. señor secretario de Estado y del despacho de la Guerra en real órden de 20 de este mes, me dice lo que copio.=Excmo. Sr.=Al conde de Morella digo con esta fecha lo que sigue.=Excmo. Sr.: El real corazon de S. M. se ha afligido de ver en los periódicos revolucionarios y extranjeros dos cartas dirigidas á su real persona por V. E. y por D. José Arias Tejeiro, interceptadas por el enemigo, y cuyo tenor desgraciadamente censura la voluntad soberana con que S. M. gobierna libre y espontáneamente á sus leales pueblos y dicta las medidas que deben salvar á los que todavía gimen bajo el pesado yugo de la usurpacion. Su dignidad y el triunfo de la justa causa exigen que se destruyan los desagradables y trascendentales efectos que su lectura y publicidad pueden causar, y en su consecuencia ha decidido S. M. que D. José Arias Tejeiro, conforme al relato de su mismo escrito, no sólo ha quebrantado su destierro, sino que ha supuesto una autorizacion real, por cuyo medio ha sorprendido á V. E. y le ha persuadido de que llevaba instrucciones del monarca para manifestar el estado de abatimiento en que se hallaba.

»De este modo ha tratado Arias de oscurecer la gloria de V. E., separándole de la obediencia del Gobierno, lo cual sería el mayor triunfo para la revolucion, á la que ha dado Arias la mejor prueba de afecto, invocando de una manera sacrílega el nombre de Dios y el del Rey. Arias queda privado de su dignidad de consejero de Castilla y demas honores con que S. M. habia tenido á bien recompensarle, y de que ha hecho un abuso tan criminal. S. M. manda que Arias, Alvarez Arias y todos los demas que con él han traspasado

los límites de la frontera de Francia, sean enviados con escolta al comandante general de Cataluña, bajo la más estrecha responsabilidad, quedando aquel encargado de conducirlos del mismo modo hasta la frontera.

En fin, para quitar á su leal ejército y á sus pueblos todo motivo de inquietud que pudieran inspirar la permanencia en la frontera de todos los comprendidos en el decreto de destierro con el revolucionario Arias Tejeiro, se les prevendrá que se internen en el reino de Francia, lo que deberán ejecutar con toda la brevedad posible, y los que inmediatamente no cumplan esta soberana voluntad quedarán privados de sus empleos y de todas las dignidades que deben á su real munificencia.

»El Rey quiere que esta real resolucion, que notifica igualmente á V. E. en una carta autógrafa, se ejecute sin la menor dilacion, y yo estoy persuadido de que V. E., celoso de su reputacion y de la gloria que ha adquirido en las señaladas victorias que tantas veces ha ganado, no permitirá que se empañe ni por un solo momento su honrosa carrera militar, ni la fidelidad y obediencia que siempre ha mostrado á la soberana autoridad, cuyo órgano es el Gobierno. S. M. espera tambien que V. E., á fin de tranquilizar su real corazon, hará cuanto le sea posible para que por un camino pronto y seguro reciba una respuesta que le asegure de que su voluntad ha sido completamente cumplida.

»Lo cual se leerá en la órden general del ejército.=Maroto.»

Habiéndose manifestado algunas síntomas de descontento en los batallones navarros, que llegaron á dar voces de *mue-*

ra Maroto, le pidió permiso Elío para separarse del ejército, bajo pretexto de tomar unos baños que necesitaba. Maroto le envió en respuesta la siguiente carta, que fué interceptada por el comandante del 5.° batallon de Navarra.

Llodio 6 de Agosto de 1839.

«Muy señor mio y amigo: He recibido su carta de usted del 4, en que tiene la bondad de comunicarme los rumores que hacen circular los desterrados, y la órden dada por el Gobierno con este motivo.

»Lo más singular es que nada se me dice de todo esto, cuando al mismo tiempo me aseguran que el Rey piensa pasar á Estella. El diablo anda en Cantillana; parece que no tengamos otro objeto que el de hacernos ilusion y engañarnos recíprocamente. Lo que hacen los desterrados es introducir papeles en que nos tratan lo peor que pueden, y sobre todo á mí, que me arrepiento de haber sido tan generoso, por ceder á los deseos del monarca; pero lo hecho, hecho; adelante.

»La incorporacion de los desertores castellanos en los escuadrones y batallones de Castilla debe llevarse á efecto, pues es indispensable por diferentes consideraciones.

»Tengo un gran deseo de ver reunidos á todos los castellanos, porque en el curso de esta campaña me prometo sacar de ellos el partido que no podria sacar de los de las Provincias; ceda usted, pues, á lo que se le manda, cuidando únicamente de que no se interprete mal.

»Páselo usted bien, restablecido de sus indisposiciones, como se lo desea su afectísimo servidor Q. S. M. B., Rafael Maroto.

»P. S. No crea usted, amigo mio, que le quiero negar

el permiso para ir á los baños, sino que tengo presente el gran compromiso en que nos encontramos todos, y al cual no creo á usted indiferente.»

Convencido Maroto de que los soldados conservaban mucho afecto á D. Cárlos, emprendió la obra de degradarle á sus ojos. Para conseguirlo le acusaba en todas ocasiones de dureza de corazon, diciendo que se interesaba ménos por la vida de los hombres que por la de los caballos. «Siempre que se le da cuenta del resultado de una batalla, decia, su primera pregunta es: cuántos caballos hemos perdido? pero jamás pregunta cuántos valientes voluntarios han muerto en defensa suya.»

En el mes de Julio invitó Maroto á D. Cárlos á que viniese á pasar una revista cerca de Orozco, en la cual fué recibido muy friamente por los soldados. Terminada la revista, manifestó D. Cárlos la intencion de permanecer con el ejército para asistir á la accion del dia siguiente: pero Maroto le puso una porcion de objeciones, diciéndole que su presencia intimidaria á las tropas por el peligro en que estaria, y que por otra parte sería necesario destinar á lo ménos dos batallones á la custodia de su persona. Cediendo á estas observaciones, se volvió D. Cárlos á Durango; y apénas habia marchado, cuando, dirigiéndose Maroto á los soldados, les dijo: «Ya veis cómo os abandona en el momento del peligro; no tiene ánimo para permanecer entre vosotros, que peleais por él, y quiere mejor estar en su palacio. ¡Y por un hombre como ese hace seis años que estais arriesgando vuestras vidas!»

Siguiendo este sistema, queria Maroto hacer perder á Don Cárlos el afecto y aprecio de los soldados, y lo consiguió, so-

bre todo en Guipúzcoa y Vizcaya. Al mismo tiempo no desperdiciaba medio alguno para aumentar su popularidad personal; un dia mandaba en secreto prender á varios habitantes de cualquier pueblo, y el siguiente los ponia por sí mismo en libertad, achacando á otros la odiosidad de la prision, y atribuyéndose á sí mismo el mérito de la libertad. Agotaba el tesoro; y cuando los soldados recibian algunos dias de paga, se decia que el general, compadecido de las privaciones de la tropa, daba aquel dinero de su propio bolsillo. Hacia creer que estaba sostenido por el gobierno frances, y esparcia la voz de que las potencias del Norte le habian prometido subsidios, con otras mil exageraciones semejantes, que encontraban eco en el ejército.

Miéntras D. Cárlos pasaba su última y funesta revista en Elorrio el 25 de Agosto, se presentó Velasco en palacio y solicitó una audiencia particular de la princesa. Concediósela ésta inmediatamente, y habiendo recaido la conversacion sobre el triste estado de las cosas y sobre los progresos de la revolucion, dijo la princesa á Velasco: «¿Es posible que me acusen de ser marotista?»—«Señora, respondió él; los que rodean á V. M. son los que esparcen esa atroz calumnia.»—«Cómo! ¿Pues no saben que yo he sido la primera víctima de los revolucionarios?»—«Es cierto, señora, y el dia en que V. M. marchó á Portugal, fué cruel para todos los verdaderos realistas, pues consideraban á V. M. como el principal apoyo de su causa.»—Y ¿pueden creer que yo sostenga á Maroto, que trate de quitar la corona á mi marido? Ya he dicho á Cárlos (continuó con noble energía): «ponte á la cabeza del ejército, y yo participaré de tus peligros, que más vale morir con gloria que sucumbir cobardemente á los gol-

pes de tan horrible traicion.» Al separarse Velasco de la princesa, dijo á ésta: «Señora: yo manifestaré á todo el mundo los sentimientos de V. M. Jamás habia dudado de ellos, pero para mí es una gran satisfaccion el haber recibido una nueva seguridad de boca de V. M. misma.»

El 25 era ya muy tarde, cuando D. Cárlos llegó á Villafranca. Velasco estaba cerca de allí, en Beasain, con un diputado de Guipúzcoa, cuando vinieron á decirle que si Don Cárlos iba á Tolosa estaba perdido, pues las tropas de la línea de Andoain habian resuelto entregarle.

Inmediatamente pasó Velasco á Villafranca, y cuando llegó á las dos y media de la madrugada, D. Cárlos, que estaba acostado, se levantó para recibirle, y, habiendo sabido lo que pasaba, decretó el nombramiento de Guibelalde para la comandancia general de Guipúzcoa, esperando que con el influjo que ejercia sobre sus paisanos podria conservarle algunos batallones de aquella provincia, y acaso reunir á los extraviados.

El 25 de Agosto, despues de la revista, pasó Maroto á Elorrango, donde se hallaba Espartero, y convinieron entre sí en que el primero retardaria algunos dias su sumision á la Reina, á fin de llevarse mayor número de batallones, y dar tiempo á Iturbe para que completase la seduccion de los de Guipúzcoa, y los condujese cerca de Vergara. Esperaban, tambien, por este medio, y con el auxilio de los amigos que Maroto tenia en palacio, buscar una ocasion favorable para apoderarse de la persona de D. Cárlos, con cuyo fin se retiró Maroto á Azpeitia, fingiendo un rompimiento con Espartero, y escribió á D. Cárlos la carta de 27 de Agosto (16).

Maroto no permaneció allí ocioso, sino que continuó tra-

bajando en la desorganizacion del ejército, y el 29, estando en Villareal de Zumárraga, escribió el oficio siguiente, dirigido al comandante de armas de una de las principales poblaciones de Guipúzcoa.

«Todas las fuerzas que están á mis inmediaciones se han decidido por terminar la guerra, y en el dia de mañana se publicará la paz celebrada, cuya circunstancia podrá V. S. comunicar en contestacion á su oficio de esta fecha. Dios guarde á V. S. muchos años.=Zumarraga 29 de Agosto de 1839. =Rafael Maroto.»

Con motivo de haber empezado á murmurar los batallones guipuzcoanos contra Iturbe, y á manifestar los de Castilla las sospechas que les inspiraba la conducta de Maroto, se vió éste en el caso de precipitar el desenlace del drama, cuya última parte habia estado tan bien representada, que engañó al mismo lord John Hay, pues éste creyó de tal manera en la ruptura de Maroto con Espartero, que acusaba al último de haberlo echado á perder todo por su precipitacion en ocupar las Provincias.

Resulta, pues, de esta confesion de lord John Hay que, si el pueblo y el ejército hubiesen penetrado las intenciones de Maroto, no hubiera podido llevarlas á efecto, y ésta me parece que es la mejor respuesta á la justificacion publicada por el mismo Maroto en Bilbao.

Mas si Maroto no encontraba apoyo en el pueblo, ni en el ejército, no dejaba de tenerle en la corte misma de D. Cárlos. En un consejo que se celebró en Villafranca el 26 de Agosto, á que asistieron el P. Cirilo, el marqués de Valdespina, el baron de Juras Reales, Montenegro, ministro de la Guerra,

Ramirez de la Piscina, ministro de Negocios extranjeros, Erro y Otal, se decidió que D. Cárlos debia retirarse hácia la frontera para pasarse á Francia, único medio de salvacion que le quedaba.

Cuando dieron parte á D. Cárlos de lo que habia pasado, no se mostró convencido de la necesidad de abandonar á sus fieles voluntarios. «Suponeis, dijo, que la mayor parte del ejército se ha pasado al enemigo, y que el resto se halla completamente desorganizado; sin embargo, me parece que los batallones alaveses y navarros me han permanecido fieles, y si estas tropas no son suficientes para resistir á Espartero, lo serán por lo ménos para escoltarme hasta el campo de Cabrera.»

Tan decidido estaba D. Cárlos á trasladarse á Aragon, que al llegar á Lecumberri Marcó del Pont tuvo una conversacion sobre esto con Elío, que aprobó el proyecto, y áun añadió: «Con ocho batallones me comprometo á conducir al Rey hasta el ejército de Aragon.» Inmediatamente que D. Cárlos supo esta contestacion de Elío, mandó reunir un nuevo consejo, que presidió, y al cual asistieron los ministros de la Guerra, Hacienda y Negocios extranjeros, los generales Eguía, Villareal, Elío y Valdespina, el arzobispo de Cuba, el baron de Juras Reales, Erro y Otal. Despues de una larga deliberacion declaró el consejo que era imposible la marcha de D. Cárlos á Aragon. En el calor de la discusion dijo el P. Cirilo que si D. Cárlos pasaba á Aragon no le acompañaria, á lo cual contestó uno de los concurrentes: «Ya lo creo: demasiado sabe usted el recibimiento que le haría el valiente y leal Cabrera.» En aquella reunion fué nombrado Elío comandante en jefe del ejército, y recibió instrucciones para cubrir la retirada de D. Cárlos.

Éste, luégo que se levantó la sesion del consejo, se manifestó sorprendido de la decision que se habia tomado, y sobre todo de la mudanza que se observaba en las resoluciones de Elío. Habiéndole preguntado á éste Marcó del Pont la causa de tal mudanza, respondió que habia reflexionado la gran dificultad de sejante empresa, sobre todo conociendo á los navarros, que nunca consentirian en salir de su país é ir á Aragon. D. Cárlos tuvo, pues, que renunciar ostensiblemente á su proyecto; pero conservaba tales esperanzas de poder llevarle á cabo, que á todos los oficiales que se presentaban á solicitar permiso para retirarse á Francia, se les entregaba una órden concebida en estos términos:

«Primera secretaría de Estado.—El Rey N. S., satisfecho de la adhesion de V. á su augusta persona y á su justa causa, y de sus buenos y fieles servicios, ha tenido á bien autorizar á V., en vista de las circunstancias críticas de la época actual, para que se traslade á país extranjero ó á cualquiera punto del reino, cuidando de dar noticia del sitio de su residencia, á fin de que cuando convenga se le pueda avisar para que se presente á ejercer de nuevo las funciones de su empleo, sin que esta ausencia le ocasione ninguna especie de perjuicio.

»Se lo comunico á V. para su inteligencia y efectos convenientes. Dios guarde á V., etc.

»Cuartel real de Lecumberri, 1.° de Setiembre de 1839.»

Durante su permanencia en Lecumberri, D. Cárlos, continuamente atormentado, fingió que consentia en abandonar las Provincias y retirarse á Francia. El 8 salió para Elizondo,

acompañándole la guardia real, los batallones de Álava y algunas otras tropas; y aunque Espartero se encontraba todavía muy distante de Lecumberri, se abandonaron en este pueblo una gran cantidad de municiones.

En la retirada hácia la frontera de Francia, se separaron de D. Cárlos sin pedirle licencia, y áun sin despedirse de él, el P. Cirilo, Valdespina, Erro, Otal, Ramirez de la Piscina y otros varios; pero lo que sorprendió más que todo á D. Cárlos, fué la precipitada y secreta fuga del ministro de la Guerra, y así es que dijo afligido á Marcó del Pont: «¿Sabes que tambien Montenegro me ha dejado? Tú eres hoy el único ministro que me queda.» Abandonado, pues, por todos cuantos dirigian sus negocios, no tuvo D. Cárlos más recurso que el de acercarse á las fronteras, á fin de buscar un refugio en Francia (1).

Exposiciones de Valdés al ministro de la Guerra en Madrid.

«Excmo. Sr.:=Antes de ahora tuve el honor de manifestar á V. E., por repetidas veces, la urgente necesidad de reforzar este ejército, á lo ménos con cuatro batallones, por no ser la fuerza de operaciones con que contaba suficiente ni áun para sostener la defensiva, añadiendo en una de ellas que para principios de Octubre, en que el general enemigo podia tener instruidos sus quintos, era de temer tomase la ofensiva, si ántes no se reforzaba este ejército, lo que no estaba á mi alcance con los medios que tenía á mi disposicion; y que, por

---

(1) Documentos del campo de D. Cárlos. *Boletin* del cuartel real.

lo tanto, era necesario que el Gobierno de S. M. destinase de otras provincias algunos cuerpos á ésta.

Por desgracia, mis recelos se han verificado, y en pocos dias se han visto atacados, como en oficios distintos he tenido el honor de comunicar á V. E., los puntos de Camprodon, Moyá y Copons, sin que para atender á la inmensa línea que hay desde el Segre á Camprodon tenga más que la pequeña division que llevo á la mano, no siéndome posible contar las más veces con la cooperacion de la division de Borso ni con la brigada del general Carbó, por lo difícil, si no imposible, de darles las órdenes oportunas al efecto. Esto así, debo manifestar á V. E. francamente que, si no pasan luégo á este Principado seis batallones para poder continuar la defensiva, miéntras las circunstancias no permiten la reunion de fuerzas que tengo indicadas para la ofensiva, son de temer repetidas desgracias en este distrito, que no estará en mi poder evitar, ni creo de ningun general que lo mandase. Los enemigos, que parecia que habian caido en una especie de desaliento, y descontentos al saber los faustos sucesos de las provincias del Norte, se han rehecho de dicha primera impresion de un modo espantoso, debido sin duda á las instigaciones de Cabrera para que obren con constancia, en cuyo sentido reciben tambien órdenes de los emigrados en Francia que se hallan con el pretendiente, y hasta del pretendiente mismo, segun se me ha asegurado. Á esto se agrega el haber entrado ya en Cataluña, segun los avisos que tengo, porcion de individuos de los que entregaron las armas en el vecino reino por efecto de los sucesos de Navarra, siendo de temer lo vayan verificando otros muchos si se dejan las cosas en el estado presente.

»Debo manifestar á V. E., por último, que la falta de re-

cursos para mantener las atenciones de este Principado es invencible, y que, por tanto, las nuevas fuerzas, pocas ó muchas, que vengan á él, tienen que ser pagadas en todos sus ramos por medios independientes del mismo Principado. Todo lo que pongo en conocimiento de V. E. para que se sirva elevarla á S. M. la Reina Gobernadora.=Cuartel general de Manresa 14 de Octubre de 1839.=Jerónimo Valdés.=Excelentísimo señor Secretario de Estado y del despacho de la Guerra.»

«Excmo. Sr.:—Por mis comunicaciones anteriores se habrá enterado V. E. de la situacion en que se encuentra este Principado y de las empresas que en el dia acomete el enemigo, evitando siempre el encuentro con estas tropas para aprovechar los momentos oportunos y caer sobre nuestros puntos fortificados, que, débiles en general y limitados á una escasa guarnicion, para no disminuir las fuerzas de operaciones, ofrecen muy poca resistencia al enemigo. Las fuerzas de éste están en el dia en equilibrio con las nuestras por lo que respecta al número, y es de temer que bien pronto nos excedan, si continúa la entrada de los navarros refugiados en Francia, que ha principiado ya á verificarse en pequeñas partidas, segun tengo ya manifestado á V. E. Pero no es esta la sola circunstancia que debe atenderse; hay que contar ademas con la naturaleza del terreno á que se ha circunscrito para esperar á nuestras tropas, la proteccion que le dá el país, á pesar de los sucesos del Norte, y, sobre todo, hay que atender á su posicion central, que le facilita caer sobre nuestras columnas y puntos fortificados por una línea muy corta, miéntras yo me veo obligado á correr una extension considerable de terreno para poder acudir á cubrir el país ó los puntos atacados.

»Tal es el estado en que me encuentro y tal la situacion de Cataluña, que va á ser sumamente crítica en la necesidad urgente en que me pone el aprovisionamiento de Solsona. Los víveres que se dejaron en el último convoy concluirán el dia 10 del próximo mes, y es de absoluta necesidad el reponerlos, si se ha de conservar aquella poblacion.

»Excuso molestar la atencion de V. E. presentándole razones para demostrar su importancia, limitándome á decir que desde que la ocuparon nuestras tropas no ha dejado un solo momento de estar bloqueada por el somaten del país para impedir la entrada de víveres y socorros. Por otra parte, el efecto moral que causaria la pérdida de Solsona, despues de los últimos desagradables acontecimientos, sería de la mayor trascendencia y pudiera conducir á fatales resultados.

»Es, pues, indispensable conservar á Solsona, y para conservarla es preciso socorrerla; operacion difícil y arriesgada que puede comprometer la suerte de la provincia y áun la del mismo ejército. Efectivamente, si para no desatender el resto del Principado se destina una corta fuerza á la conduccion del convoy, el enemigo, desde su posicion central, y con las noticias y avisos exactos que tiene, puede caer sobre él é interceptarlo, con tanta más facilidad, cuanto que la absoluta incomunicacion en que se hallan nuestras fuerzas cuando se separan á cierta distancia, lo harian probablemente inoportuno si no imposible. Si para evitar este riesgo se destina una fuerza considerable á la escolta del convoy, queda por precision debilitada nuestra derecha.

»El enemigo, que desde su favorable posicion observa nuestros movimientos, aprovecha la ocasion y dirige sus fuerzas sobre las escasas que yo haya podido dejar para la protec-

cion del país, ó bien, si no quiere aventurarse á la suerte de un combate, evita su encuentro y envia sus columnas sobre el Ampurdán, sobre el Vallés, sobre el Panadés, y áun sobre el mismo llano de Barcelona. Nuestros puntos débiles fortificados, sin proteccion exterior, tienen entónces que sucumbir, proporcionando así al enemigo las armas que le faltan, y dejan á su discrecion el país, que pueden saquear y asolar, pues que para ello le daria bastante tiempo la gran distancia que lo separaria del grueso de nuestras fuerzas, empleadas en la conduccion del convoy á Solsona.

»La urgencia de proveer aquel punto no da lugar á esperar que por medio de un ataque simulado ú otra extratagema militar se proporcione un momento favorable de que aprovecharse, pues que si se frustraba por uno de aquellos accidentes tan comunes en la guerra, quedaba Solsona en el riesgo más inminente. No considero necesarias más razones para convencer el ánimo y alta penetracion de V. E. de que Solsona debe conservarse; que para el efecto es preciso proveerla, y que no es dable con las fuerzas de Cataluña, en la situacion en que se encuentran, verificar esta operacion sin un peligro muy probable, y sin aventurar la suerte del ejército, la del país, y áun acaso la suerte general de la Nacion por la prolongacion de la guerra y la duracion de unos males que acaso tocan ya su término. Es, pues, indispensable que fuerzas exteriores vengan á auxiliar este ejército en esta operacion, única que puede ponerme en conflicto, si la guerra de Cataluña no toma otro carácter por los sucesos que pudieran sobrevenir en la parte del Ebro.

»Este auxilio me parece sumamente fácil el proporcionarlo, con sólo reforzar la columna del Alto Aragon hasta tres

ó cuatro mil hombres, cuya columna, pasando por Lérida ó Balaguer á reunirse con 2.000, de que sin grave riesgo puedo desprenderme para asegurar aquella operacion, trasladaria el convoy á Solsona, ínterin que con el resto de las fuerzas observaria los rebeldes y estaria pronto á paralizar sus empresas, sin dejar en descubierto el interesante país que en otro caso, repito, quedaria expuesto al furor y vandalismo de nuestros enemigos. Terminada esta operacion, y no siendo ya absolutamente necesario el auxilio de aquella fuerza, regresaria inmediatamente á su destino.

»El oficial á quien he encargado la interesante mision de poner en manos de V. E. este pliego, podrá entrar en detalles que harian sumamente difuso este escrito. Sus conocimientos poco comunes, la circunstancia de haberse hallado prisionero del enemigo, lo que le ha proporcionado el conocerlo, y el haber hecho toda la guerra en este ejército, le facilitan el poder satisfacer á V. E. en todos los pormenores de que acaso quiera enterarse para tomar la determinacion más conveniente.

»Nadie más convencido y penetrado que V. E. de la necesidad de proteger estas industriosas Provincias, y sería molestar á V. E. de sus altas é interesantes ocupaciones el insistir más sobre una reclamacion tan justa y tan fundada, prometiéndome por lo tanto que, al elevarla al conocimiento de S. M. la Reina Gobernadora, procurará V. E. inclinar su real ánimo á acceder á ella, y evitar á Cataluña, que tantos sacrificios tiene prestados en esta sangrienta lucha, los males que sin este oportuno socorro pueden afligirla en el momento preciso en que los favorables sucesos del Norte le hacen esperar un pronto desenlace y el fin de tantas miserias y cala-

midades.=Dios guarde á V. E. muchos años.=Cuartel general de Manresa á 17 de Octubre de 1839.=Jerónimo Valdés.=Excmo. Sr. Secretario de Estado y del despacho de la Guerra.»

PROCLAMA DE SEGARRA.

«Compañeros armados contra la causa de S. M. la reina! Largo tiempo he permanecido á vuestra cabeza. Mis conatos se han dirigido siempre al bien de la patria, y en particular al de esta provincia. Miéntras creí que esto podia conseguirse defendiendo la causa del ex-infante D. Cárlos, lo he hecho con decision, y me habeis visto á vuestro frente arrostrando todo género de peligros. He dulcificado los males de una guerra civil que algunos de mis antecesores habian llevado á un extremo vergonzoso y horrible. Las contiendas civiles entre hermanos deben tener un término razonable. Este no puede ser otro que una mutua reconciliacion; mucho más, cuando uno de los partidos se ha sobrepuesto sin dejar á su antagonista más esperanzas que la de derramar inútilmente sangre compatricia, y esparcir el llanto y la desolacion. Aquel bien, lo apetecen y claman por él todos los hombres honrados de Cataluña en el fondo de sus corazones. El mio no podia ser indiferente á un deseo tan general y necesario en el órden y marcha actual de las cosas, y, desde luego, me decidí á procurar á toda costa aquel beneficio á mi país. Sometidas las Provincias Vascongadas y Navarra, vencidas las fuerzas de Aragon, y próximas á entrar en este Principado las numerosas é irresistibles huestes del Excmo. Sr. Duque de la Victoria, el problema está resuelto, mucho más, cuando el príncipe que habíamos aclamado ha tenido que buscar un asilo en una

nacion aliada de S. M. la reina, donde se halla en estado de arresto é imposibilitado de tomar parte en la lucha que sosteneis á su nombre. No tiene ya esperanzas.

»El objeto de la guerra es por tanto mantener ya una causa y unos principios que son insostenibles. Se dirige á satisfacer venganzas y miras particulares, y á eternizar, si dable fuera, los males del desgraciado pueblo, á los que no me era decoroso contribuir cuando debia combatirlos. Estas reflexiones y el bien de mi país, que nunca he perdido de vista, me han impulsado á abreviar sus padecimientos, haciendo cesar el derramamiento de sangre que corria sin fruto

»Al efecto, tomé mis disposiciones, y dentro de breves dias os hubiera dado el dichoso resultado que tanto anhelamos, reuniéndose unos y otros en el regazo de nuestra madre comun la reina Doña Isabel II, llena de amor y solicitud hácia sus pueblos, para ocuparnos en cicatrizar las heridas públicas, si mis pasos no se hubiesen malogrado por una traicion que no podia esperar de personas que juzgaba muy predispuestas al bien general. Vuestros sufrimientos van á prolongarse indefinidamente si no mirais por vosotros, si no escuchais la voz de un jefe á quien habeis estimado siempre.

»La causa que sosteneis está perdida sin remedio. Desoid las sugestiones sangrientas de esa turba de hombres perdidos, que, despues de asolar el país que los vió nacer, han entrado ahora en nuestro suelo á concluir de arruinarlo, á sacrificar más vidas y á cubrir á Cataluña de desastres para saciar odios y venganzas, y poner en salvo lo que acaban de esquilmar á vuestros bienes. Esta es la verdad. Preservaos de estos males que tan de cerca os amenazan; no creais la venida de los extranjeros en vuestro apoyo: deponed las armas.

»Contribuid á la pacificacion general uniéndoos al único centro de ventura y felicidad de los españoles, el trono de Isabel II y la constitucion del Estado. Presentaos á las autoridades militares de S. M. Os esperan con los brazos abiertos y sereis recibidos por ellas, por las tropas y por los pueblos con la cordialidad y buena acogida que me han dispensado á mí, y de que está recibiendo continuos testimonios en esta ciudad de Vich, vuestro paisano y compatriota.—José Segarra.—Vich 13 de Junio de 1840.»

PROCLAMA DEL CONDE DE MORELLA.

«Voluntarios: vuestro general en jefe os dirige la palabra, no para hacer ostentacion de sus principios, pues los deja ya marcados en los campos de batalla. Vuestro general os habla, no para aumentar vuestro valor, porque en los pechos de los valientes jamás halla cabida el desmayo. Os dirijo, sí, mi voz para que quedeis enterados de la verdadera urgencia que me ha impulsado á pasar el Ebro con una parte de mis fuerzas que se hallaban reunidas en Aragon y Valencia.

»Comunicaciones oficiales interceptadas al enemigo, llegaron á convencerme de que en este Principado corria eminente riesgo la causa de la religion y del monarca legítimo. Manejos de la revolucion ocultos, á la par que combinados, iban á enarbolar entre vosotros el negro y asqueroso pendon de la perfidia. Se movian todos los resortes para burlar vuestro valor, y los vencedores en el campo de batalla iban á quedar vencidos, no por la fuerza de las armas, sino por el refuerzo vil de la intriga.

»Gracias al Señor está descubierta ya la trama; queda ya

burlada completamente la traicion soez del masonismo; y adoptando las medidas que he creido oportunas, acabo de arrancar la máscara al hipócrita Segarra. Sí, este ingrato general, con el honor en la boca y la infamia en el corazon, no ha podido ocultarla por más tiempo; lo hallareis ya en Vich fraternizando con los enemigos de Cárlos V. Este es un triunfo para las armas del Rey, pues la causa de la lealtad acaba de arrojar de su seno á un general fementido.

»No dejaré la obra incompleta; y al traidor que pretenda abrigarse entre vosotros, no le queda otro recurso que la fuga, si primero no le alcanza la severidad de las leyes. Acabo de ejecutar lo que os prometo en la persona de D. Luis Castañola, primer comandante del 18, fusilado ayer en esta plaza. Por comision particular del Rey nuestro señor (que Dios guarde) he debido pasar tambien á Cataluña por vengar el asesinato del señor conde de España.

»Obraré con imparcialidad; pesaré el asesinato en la balanza de la justicia; examinaré los datos, y, descargando únicamente el golpe sobre el perpetrador del crímen, haré ver á la Europa entera que el extravío de algun simple particular en nada puede mancillar la causa de Cárlos V. Catalanes: la rectitud de mis intenciones os es bastante conocida sobre recompensar el mérito; pero inexorable me tendreis con el delito. Voluntarios: sé que me amais y que os hallais persuadidos de que vuestro general os ama. Mucho me prometo tambien de vuestro valor y constancia: no se me oculta que la cábala de la revolucion es la que en diferentes períodos ha puesto en estado de inercia la robustez de vuestros brazos; pero sé tambien que deseais batir al enemigo y que vuestro elemento natural es el lugar del combate: yo me pondré á vuestro frente;

yo mismo en persona os conduciré al campo del honor, y con el auxilio de Dios á la victoria. Conservando la union y el amor fraternal que veo reinar entre vosotros me cabe el dulce placer de no descubrir en todo el ejército de mi mando más que soldados de Cárlos V. Así es como á no tardar triunfaremos completamente de la revolucion impía; y cuando ésta se cree haber llegado al apogeo del poder, verá deshacer sus hordas y burlados tambien sus planes de cohecho, de traicion y de intriga.—El Conde de Morella.»

CARTA

DE DON FRANCISCO DE ASÍS Á DON CÁRLOS LUIS.

«Mi muy amado primo: El cariño que en todas ocasiones me has acreditado, y el sincero afecto con que yo correspondo á tus pruebas de amor, me dan, creo, bastante libertad para hablarte de un asunto que habria dejado pasar siempre en silencio, si las circunstancias y mi conciencia no me obligasen á hacerte ocupar de él. No ignoras que en tu persona se reasumen infinitas esperanzas: que los que han derramado su sangre para defender tus derechos, esperan de tí que contribuyas á extinguir completamente tan funestos recuerdos, y que la nacion española, esta nacion tan magnánima, tan digna de ser amada, tan digna de ser respetada, que se ha mostrado siempre tan ardiente en el amor por sus reyes, tan celosa de las prerogativas de la corona, y que nada ha perdonado para aumentar el esplendor de sus príncipes, tiene derecho á ver recompensados sus sacrificios que á su vez le hagan las personas reales.

»Háseme dicho que uno de los pensamientos de la córte

de las Tullerías, en las presentes circunstancias, es tu matrimonio con mi prima. Creo que, poniendo los ojos en tí, se ha dado un gran paso hácia la reconciliacion que debes desear ardientemente, sea como cristiano, sea como príncipe. Conozco tambien que para llegar á tan felíz resultado se exigirán de tu persona costosos sacrificios, y jamás, ni como hombre ni como príncipe, te aconsejaré que consientas en cosas que pudieran mancillar tu nombre; pero no puedo ménos de hacerte observar que de ninguna manera debes dejar pasen ocasiones que, una vez perdidas, no vuelven jamás.

»La Providencia, Dios siempre generoso, ofrece hoy á tu vista la perspectiva más lisonjera: no malogres, pues, tal oportunidad; aprovéchalo por tu bien, el de toda tu familia, y el de esta nacion desventurada. Á tu lado se hallan personas á quienes puedes consultar; llenas de virtudes y talentos, te aconsejarán lo mejor, te indicarán el medio de hacer posible, sin humillarte, lo que todos debemos desear. Cuando te se hagan proposiciones, acredita que tu único deseo es el bien de tu país, que en su obsequio sacrificarás tus sentimientos más íntimos, y que únicamente apeteces que tu reputacion permanezca intacta. Las circunstancias te favorecen hoy. Cuentas con un poder que ningun sér humano te puede quitar; y jamás se mirará como una humillacion el que cedas á la fuerza. Si resistes, si te empeñas en conseguirlo todo, todo lo pierdes; y nada extraño sería que los que hoy te apoyan, al ver tu obstinacion, se volviesen hácia mí, considerándome como el primero despues de tí. Qué haria yo entónces? ¿Perder esta coyuntura y dejar el puesto libre á un extranjero? Jamás me decidiré á obrar de este modo. Miéntras mi querido primo, en quien reconozco derechos superiores á los mios, es-

té delante de mí, me mantendré tranquilo como hasta ahora.

»Pero si tu matrimonio viniera á hacerse imposible por las causas que indico, creo que mi conciencia (no hablo de mi interes, pues un trono nada tiene de seductor) me manda, me obliga á no exponer la España á un nuevo conflicto. Te hablo con esta franqueza porque debo hacerlo, y porque, si no lo hiciese, faltaria al amor que te profeso, y, lo que es más, á mi conciencia. No aumentes las dificultades que por desgracia existen ya. Toma consejo de personas ilustradas y virtuosas, y, si es preciso, resígnate á hacer un sacrificio, costoso en verdad, pero absolutamente necesario. En otro caso, no me acuses nunca de haberte quitado, si las circunstancias me lo ofrecen, un puesto que tú habrias abandonado, y que no quisiera ocupase otro más que tú, á quien amo de todo corazon.=Siempre tuyo, Francisco de Asís.=Pamplona 13 de Julio de 1846.»

EXPOSICION

dirigida al Gobierno frances por Sopelana en 1846.

«Señor ministro: Desde el 25 de Setiembre estoy encerrado en la cárcel de la Conserjería como un criminal, sin que áun se me haya dicho el delito que se me imputa ni héchome comparecer ante tribunal alguno. No conozco, señor ministro, la legislacion francesa; pero sé perfectamente que la justicia y el derecho de gentes tienen en todas partes las mismas bases, y no conozco país alguno que al ofrecer la hospitalidad pueda arrogarse la facultad de retener en la cárcel á un extranjero que absolutamente se mezcla en los negocios y que respeta las leyes del país.

»Si el Gobierno frances ha tenido este comportamiento conmigo y varios de mis compatriotas por agradar al de Madrid, ha sobrepujado por cierto el celo de éste, porque áun no se ha visto que el Gobierno de Madrid haya prendido á españoles por sospechas de que no participasen de sus opiniones.

»No teneis, señor ministro, derecho para castigar mis opiniones: teneis sólo el de hacer juzgar y castigar mis actos contrarios á la ley; y muy mal sienta á un gobierno que pretende marchar al frente en la carrera de la libertad y de la civilizacion, ofrecer con una mano la hospitalidad y con la otra atormentar y hacer más desgraciado al que la implora y la recibe porque la creyó sincera.

»Los primeros dias de mi encarcelamiento, me dirigí á vos, exponiéndoos la arbitrariedad de que era víctima y la desgraciada posicion de mi esposa, próxima á su alumbramiento, privada de amparo y sola en un país extranjero, del cual hasta el idioma ignora, pero no os dignásteis contestarme, y sigo siempre preso y separado de esta pobre é infeliz mujer. Dejo á vuestra consideracion, señor ministro, apreciar esta conducta, esperando que la Europa entera, ante la cual protesto altamente en mi nombre y en el de mis compatriotas, anatematizará la arbitrariedad de que somos víctimas.

»No será muy hermosa la página que reserve la historia á los actos de un gobierno que se dice tan ilustrado y que pretende guiar á los demas en el camino del progreso y de la libertad. En fin, señor ministro, acabo de reclamar de vos justicia; sólo justicia imploro. Si me creeis culpado, os suplico me hagais comparecer ante un tribunal; si por el contrario no se me imputa crímen alguno, devolvedme la libertad que me habeis quitado; y si no me creeis digno de la hospitalidad

francesa, mandadme dar mi pasaporte para otro país, donde la hospitalidad no esté acompañada de tanta amargura, y donde no atenten contra mi libertad personal, miéntras respete sus leyes.

» Entretanto dignaos admitir etc.=Consergería 16 de Noviembre de 1846. »

«Campo del honor y de la verdadera libertad, al pié de los Pirineos, 14 de Setiembre de 1846.=Vasco-navarros: La revolucion perdida en el caos de sus funestos planes intenta precipitarnos en la tumba donde ha encerrado vuestras libertades, vuestros fueros, preciosos dones que conquistaron con su sangre vuestros antepasados. No le basta haber violado artera y traidoramente la más sagrada de vuestras venerables instituciones, haber hollado todas las promesas que prodigó para engañar la buena fe y credulidad de los hijos del país vasco-navarro; no le basta haber pisado con sus innobles piés una constitucion cuya teoría realizada pudiera haber hecho la felicidad de un país regido por leyes ménos sábias y prudentes que las de Iberia. El Gobierno, en fin, que pesa como horrible yugo sobre vosotros, que cien veces cuando estábais con las armas en la mano os ha prometido la conservacion de vuestros privilegios, da ahora, que os ve desarmados, el golpe de gracia á vuestros más caros intereses.

El sistema tributario, fruto del error y de la mala fe, va á colmaros de miseria. Vuestros hijos, vuestros hermanos arrancados del hogar, van á aumentar las filas de los ejércitos de vuestros opresores. Esa expedicion americana tan antinacional, tan traidora que reclutan entre vosotros, es una traicion más para alejar á la flor de vuestra juventud. La explo-

tacion de vuestras salinas, la agricultura, la elaboracion de cigarros, el libre ejercicio de vuestra industria y de vuestro comercio, va á desaparecer con una sola plumada. Vuestros bosques tan fecundos para vosotros, van á ser presa de la rapacidad de los gobernantes, sin que nada produzcan al Estado. Pronto os vereis privados de las diputaciones, elemento principal de vuestra fuerza y de vuestra sábia legislacion. No tendreis diputados de Provincia que representen vuestros derechos y defiendan vuestros intereses. Va á desaparecer todo vuestro bienestar. Ya lo sabeis por experiencia cuán engañosas son sus promesas de paz y libertad. Pronto conocereis los efectos de vuestra generosa pero imprudente condescendencia, si no os apresurais á sacudir el insoportable yugo que os quieren imponer.

Consentireis, vasco-navarros, en semejante humillacion? ¿sufrireis un ultraje que ataca vuestra nobleza, vuestra fidelidad, vuestras leyes y vuestra reputacion? ¿sufrireis por más tiempo tan vergonzosa y tiránica opresion?

¡No dejeis á vuestros enemigos tiempo para acabar vuestra ruina y vuestra esclavitud! ¡Una vez encadenados os será difícil romper sus anillos!

Vasco-navarros! al grito de *lauracbat*, álcense como un solo hombre las cuatro Provincias. Venid, corred á rodear las banderas reales del príncipe legítimo cuya soberanía garantiza vuestra libertad, vuestro bienestar, vuestro porvenir; del augusto jóven prisionero de Bourges, cuyos sentimientos paternales y bienhechores tan bien conoceis. Ha enviado á sus enemigos el ramo de oliva, se ha ofrecido heróicamente en holocausto de la expiacion, del perdon, de la paz y fraternidad.

Los enemigos de la patria, alentados con nuestra actitud pacífica y conciliatoria, en vez de aceptar la paz con que les brindábamos, nos han arrojado al rostro la injuria y el insulto. Todos los dias vienen llenos de ellos sus abominables diarios. En vez de aceptar el ramo de oliva como símbolo de concordia, nos han despreciado con insultante arrogancia. Vasco-navarros, hemos cumplido con nuestro deber ofreciendo la paz. La responsabilidad de los males que amenazan al país, caiga toda entera sobre los que así lo han querido! Levantemos el estandarte de la verdadera libertad, del órden y de la justicia.

Cárlos VI ha sido enviado por la Providencia para daros el bienestar de que hace tantos años estais privados. El solo puede garantir, como lo ha prometido, un gobierno ilustrado, paternal, previsor y digno de vuestras almas generosas.

No, vasco-navarros, Cárlos Luis no es un déspota, no; no es el enemigo de la sabiduría y de las luces, como os lo pintan vuestros enemigos. Este príncipe jóven, desterrado desde la más tierna edad, ha aprendido el arte de gobernar en el seno de la desgracia. Ha estudiado las exigencias del siglo y los medios de conciliarlas con el deber y la justicia. Su instruccion, su lealtad, sus maneras afables, sus numerosas virtudes son de vosotros conocidas. El solo tiene derecho á vuestro amor y á que le seais fieles; él solo puede poner término á vuestras miserias.

Union, vasco-navarros, union y decision; ésta sea nuestra divisa: olvidemos antiguas divisiones si de ellas queda alguna huella; comprendamos nuestros verdaderos intereses; salvemos nuestra patria y nuestra dignidad del oprobio que les amenaza.

Viva el rey! viva la verdadera libertad! vivan nuestras

antiguas constituciones! vivan nuestros fueros!=La Junta provisional Vasco-navarra.»

PROCLAMA.

«Nombrado por S. M. la reina nuestra señora (Q. D. G.) capitan general de Cataluña, he tomado posesion de tan importante mando en el dia de hoy. Con el más vivo dolor he sabido que algunos individuos, procedentes de país extranjero, recorren una parte de la provincia con intencion de renovar la guerra civil, bajo la ridícula enseña de Cárlos VI y Constitucion. No es posible que haya un catalan honrado, ningun español que se deje seducir hasta el punto de creer las ofertas de los mismos que no há muchos años en la Panadella y el Bruch tiñeron sus manos con la sangre de víctimas indefensas, y más tarde dieron fuego á Moya, Ripoll y otras poblaciones fabriles, cuyas cenizas áun humean, movidos por las exageradas y fanáticas ideas que ahora demuestran olvidar.

»Con el auxilio de la Providencia y la ayuda de los buenos, confio que esos pocos miserables, sedientos de nuevos males, no os arrebatarán la paz, sin la cual la agricultura, la industria, el comercio ni ninguna de las fuentes de la riqueza pública pueden prosperar. Que se vuelvan al vecino reino, desapareciendo de vuestro suelo, que harta sangre española se ha derramado ya; yo daria gustoso la mia porque escenas como las que pasaron no se reprodujesen jamás en España; pero si pertinaces y obcecados siguen en la criminal carrera que han emprendido, enemigos de S. M. la reina y de las instituciones, todo el rigor de las leyes, por más que mi corazon lo lamente, caerá irremisiblemente sobre los que

sean aprehendidos. Á conservar, catalanes, vuestra paz y vuestra felicidad, correspondiendo así á la confianza que he merecido al Gobierno de S. M., dedicará sus desvelos vuestro capitan general.=Manuel Pavía.=Barcelona 14 de Marzo de 1847.»

«Ejército real de Cataluña.=Division del campo de Tarragona.=Viendo el Rey nuestro señor D. Cárlos VI las grandes vejaciones y atropellamientos que de muchos años está sufriendo el pueblo español, caminando más y más á pasos agigantados para una completa destruccion, guiado por unos lobos que en otro tiempo fueron y han continuado siendo la desgracia de la España, que sólo el valor y entusiasmo de los fieles y leales compatricios pudieron librarla en aquel entónces; deseando, pues, el Rey nuestro señor poner un medio á tantas catástrofes, compadecido de la esclavitud que la oprime, se ha visto precisado á buscar medios, valiéndose de sus aliados, llamando al propio tiempo á todos los españoles, sin excepcion de clases ni opiniones, á empuñar las armas para combatir contra los destructores de la Nacion.

»Para lograr la felicidad y recompensa debida, es preciso que cada individuo por sí, y todos en general, hagan lo que corresponde al efecto. S. M. encarga se olvide todo lo pasado, que no se ha de conocer más que españoles, bajo el supuesto que, siendo yo uno de tales, he sido autorizado por el Excmo. Sr. Comandante general para operar y recorrer en este país, á fin de proteger á los habitantes y respetar las propiedades, como igualmente el castigar severamente á cualquiera individuo que cometiese tropelía alguna ó que contravenga en perjuicios contra las tropas del Rey. Por tanto,

prevengo á las justicias de los pueblos que, el que tocare las campanas á rebato ó diere parte á los enemigos de los movimientos de las tropas del Rey, serán pasados por las armas, como igualmente cualesquiera paisano que averiguase lo mismo. Lo que participo á V. para su inteligencia y gobierno, comunicándolo á todos los habitantes de su jurisdiccion para que no aleguen ignorancia. Dios guarde á V. muchos años.=Campo del Honor 9 de Abril de 1847.=Juan Forner.»

«Ejército real de Cataluña.=Comandancia general.=Catalanes: En vista del despotismo con que obran algunas autoridades, aunque es un puñado de alcaldes y demas que están á sus órdenes, hombres toscos ó ignorantes sobre todo, que ignoran el favor que tratamos de dispensarles á costa de nuestra sangre, para desahogar á nuestra cara patria del despótico yugo que nos tiraniza, y para evitar sangre al destrozado pueblo español, risa de las demas naciones, y sobre todo para que prosperen y se desengañen de nuestra firmeza y valor para asegurar el trono de S. M. (Q. D. G.) D. Cárlos VI, vengo en acordar lo siguiente:

»Desde el dia de la fecha, los que llevaren partes á los comandantes de las columnas enemigas ó puntos fortificados, serán fusilados en el acto de encontrárseles los mencionados partes, dándoles solamente el tiempo de poderse confesar, que será un cuarto de hora.

»Á igual pena quedarán sujetas las justicias ó de quien fueran seducidos.

»Comuníquelo V. S. á las justicias para que lo hagan saber á los demas, á fin de que nadie pueda alegar ignorancia.=El comandante general, Benito Tristany.=Sr. Briga-

dier D. Bartolomé Porredon, comandante general de la provincia de Lérida.»

«Columna de operaciones de las dos Castillas.=Para sostener la tropa que me acompaña en la comision que me está encargada por el Excmo. Sr. Conde de Morella, general en jefe de los reales ejércitos, en 11 de Febrero último, necesito se sirva V. remitirme con el portador, y al punto que el mismo designare, las raciones que al márgen se expresan, bien entendido que, de dejar de ejecutarlo ó de causarme el menor trastorno por su inexactitud ó indiferencia, cargará V. con la responsabilidad en todo tiempo. Dios guarde, etc.=El coronel comandante en jefe, Félix Gomez Calvente.=En el Quinto de la Patria, el dia 8, á las siete ds la mañana, término de Abenhoja.»

«Capitanía general de Cataluña.=Catalanes: Como consecuencia del deseo de paz que os anima, las operaciones militares han dado por resultado la destruccion de la faccion que capitaneaban los cabecillas Tristany y Ros de Eroles, que ya no existen. En la tarde de hoy, el rigor de la ley ha caido sobre las cabezas de ambos, al mismo tiempo que sobre otros que intentaron sumirnos en una nueva guerra civil. Cataluña y la nacion entera recordarán con horror las atrocidades con que se hizo célebre el primero de dichos cabecillas, y su expiacion servirá para que, no olvidando esta ciudad y otros puntos que fueron objeto de su ira las cenizas y la sangre de infinitas víctimas que áun humean, no os dejeis seducir por los halagos de los que, cubiertos con una máscara hipócrita, intentan sembrar la discordia y producir la ruina del

país para enriquecer á su costa, y encumbrarse al poder, sin que en semejante caso hubiese para vosotros más perspectiva que la de sufrir nuevos males y repetir los sacrificios que ya otra vez exigieron de vosotros.

Hoy, cuando es de esperar que renaciendo la confianza se asegure el órden, convencido de cuán grato ha de ser al magnánimo corazon de la reina Doña Isabel II (Q. D. G.), en uso de las facultades que me están conferidas en su real nombre, concedo indulto para que pueda regresar tranquilamente á sus hogares á todo el que, habiendo formado parte de las gavillas facciosas, se presente con armas ante las autoridades legítimas en el término de ocho dias, contados desde el en que esta declaracion se haga pública en la cabeza del partido judicial en que cada uno lo verifique, exceptuándose únicamente de esta gracia los cabecillas ó jefes de partida que han obrado independientes.

Catalanes: continuad ayudando como hasta aquí á las autoridades del Gobierno de S. M., y muy pronto habrán desaparecido para siempre de vuestro suelo los últimos restos de los enemigos de la paz y del órden público.

Cuartel general de Solsona, 17 de Mayo de 1847.=Manuel Pavía.»

1846 Á 1848.

PROCLAMA

DEL GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO CARLISTA.

«Habitantes de Navarra y Provincias Vascongadas:

»El Rey nuestro señor (Q. D. G.) se ha dignado confiarme el mando militar de estas fidelísimas provincias.

»Al presentarme de nuevo en medio de vosotros, es mi deber exponeros la mision que me ha sido confiada, los sentimientos que animan á nuestro jóven y augusto monarca, y la línea de conducta que observaré constantemente.

»Los principios generales que S. M. adoptará para gobernar se hallan expuestos en su manifiesto del 23 de Mayo de 1845 y su arenga del 13 de Setiembre de 1846. Los graves acontecimientos políticos que han ocurrido despues y que agitan la mayor parte de Europa, léjos de haber cambiado en nada sus ideas, le han convencido, por el contrario, de la necesidad de formar un gobierno puramente español, que, fuerte con el apoyo de todos los hombres de bien sinceramente adictos á su patria, salga al fin de esa humillante y vergonzosa posicion en que se encuentra hace tantos años respecto de las demas naciones, y sea bastante fuerte y poderoso

para no temer á las unas ni mendigar el apoyo de las otras.

»Comprendiendo sus generosas intenciones, todos los que sigan su bandera no reconocerán por enemigos sino á los que se presenten como tales, á los que por ambicion ó egoismo quieran oponerse al establecimiento de un estado de cosas por el que hace mucho tiempo suspiran todos los buenos españoles, como el único remedio para preservar al trono y á la nacion de la ruina inevitable que los amenaza.

»Quince años de experiencia, quince años durante los cuales hemos visto en el poder á todos los hombres eminentes del partido que habia tomado por divisa *órden y libertad*, han probado de una manera irrecusable que es preciso seguir otra marcha para establecer y consolidar el órden, la justicia y la libertad bien entendida.

»El medio de lograrlo todos lo saben. El nombre del Rey ha sido pronunciado como el único que puede salvarnos. Oponerse á la voluntad general del país sería un crímen imperdonable.

»Seamos los primeros á ofrecer nuestros corazones y nuestros brazos á una causa tan sagrada. Recordad que en todas las épocas habeis dado este noble ejemplo, y no os engaño al deciros que todos los hombres de bien cuentan con él, y que será seguido inmediatamente por las demas provincias del reino, que sólo aguardan esta señal para levantarse.

»Conservar en toda su pureza y esplendor la santa religion de nuestros padres; respetar y proteger á sus ministros; rodear el trono de toda la fuerza y prestigio necesarios á su conservacion; restablecer en él al soberano que la justicia y la felicidad de la nacion reclaman; asegurar los fueros y privilegios que han hecho por tantos siglos la prosperidad de

nuestro país, tal es nuestra mision; mision santa, que llevaremos á cabo con la ayuda del cielo, que no puede faltarnos si seguimos por el camino de la lealtad.

»Á las armas, pues, vascongados y navarros. Agrupémonos al rededor del estandarte enarbolado por nuestro Rey. Sea nuestra divisa *Cárlos VI y olvido de lo pasado.* ¿Qué español se negará á afiliarse bajo esta bandera, que no rechaza la cooperacion de nadie para combatir y vencer á los insensatos que quisieran todavía oponerse á su triunfo?

»El resultado que nos proponemos y la gloria no se adquieren sin sacrificios; pero serán tanto menores, cuanto mayores y más enérgicos sean nuestros primeros esfuerzos. Si en su ciega obstinacion, los seides del gobierno usurpador que pesa sobre España quisieran prolongar un sistema que se desploma por su impotencia é impopularidad, la nacion indignada les haria desaparecer prontamente de la escena política, y les seguirian en su fuga la execracion y maldicion de todos los buenos españoles, cuya ventura les hubiera sido tan fácil asegurar.

»Nuestro triunfo depende de nosotros. La nacion nos espera como á sus libertadores; su bendicion y gratitud deben ser nuestra más preciosa recompensa; pero el Rey, que no tardará en hallarse en medio de nosotros; el Rey, que va á ser testigo de vuestro valor y de vuestros sacrificios, no dejará de recompensaros con la real munificencia que le dicte su corazon generoso.

»Jefes antiguos, cuya fidelidad y experiencia os son bien conocidas, os guiarán por el sendero del deber. Seguidlos; no os separeis de la línea que os tracen, y lograreis el objeto que en todas épocas han logrado los vasco-navarros. Orgu-

lloso con este título, velaré por que se conserve siempre puro y sin mancha; vuestra gloria es la mia.

»El nombre y la felicidad del país: hé aquí la brújula que dirigirá constantemente mis acciones.=Joaquin Elío.»

«Veteranos Valientes, heróicos jóvenes que morais en las márgenes del Ebro, del Túria, del Tajo, dejad vuestras tareas, que ya el clarin y la corneta os llaman. Si sus sonidos belicosos no pueden llegar hasta vosotros, á lo ménos estoy seguro de que el eco de mi voz resonará en vuestros oidos.

»Por ventura, ¿deseais saber el motivo de este llamamiento? En breves palabras os lo diré. Un príncipe avaro, mezquino, falso y corruptor, aprovechándose de nuestras disensiones civiles, en union con una princesa degradada, hicieron objeto de especulacion mundana el trono católico de los Alfonsos y Fernandos, y en las tinieblas de la noche (porque las noches casi siempre fueron protectoras de los grandes crímenes) echaron los fundamentos á su inícua obra, por medio de una combinacion matrimonial. Por consecuencia de esta, la corona que sobrepujára en brillo á todas las del universo, así por las excelsas virtudes de los grandes hombres que la llevaron, como por la mucha sangre que derramaron nuestros padres por conservarla ilesa, pretenden que pase desde las sienes femeninas que contra derecho la ciñen, á las de un extranjero sin crédito, sin valor y hasta sin título alguno de merecimiento.

»Ya la Francia, avergonzada de tener á su cabeza al autor de tan innoble trama, le expulsó de su suelo, miéntras que nosotros españoles, áun reputados de más altivos, conservamos en el nuestro y en el apogeo de la influencia á la auto-

ra, y en el poder á todos los cómplices, empeñados más que nunca en explotar el fruto de tan vil mercado.

»Aragoneses! valencianos! tortosinos! murcianos! á vosotros toca hacer ver al mundo que no todos los españoles quedaron sepultados en las ruinas de Zaragoza. La causa por la que yo os llamo á las armas, es idéntica á la que defendieron los héroes que allí sucumbieron: la de la independecia española. Para tan noble y grande empresa, cuento con vosotros, como vosotros contareis sin duda conmigo.

»Apresuraos á venir, porque el tiempo es precioso. En los mismos campos, teatro de nuestras glorias pasadas, os espero. Allí encontrareis la espada que tuvo la dicha de conduciros á la victoria, y el pendon que ilustró el Maestrazgo, con la sola diferencia que vereis en éste ahora inscrito de un lado el nombre de *Cárlos Luis de Borbon*, nuestro legítimo rey, y del otro el lema de *viva la Independencia Española*. Nombre y lema preciosos que nosotros llevamos todos tambien inscrito en nuestros pechos con caractéres de fuego, y que no podrán jamás apagar los amaños y arterías de unos cuantos miserables traficantes de nuestro honor patrio.

»Españoles! vosotros, los que por consecuencia de mi llamamiento empuñeis las armas, acordaos que sin la union, la subordinacion y la disciplina, todo ejército es impotente: guardad rigurosamente estos tres principios, y mirad en cada uno de vuestros compatriotas pacíficos, cualquiera que sea su opinion, un padre, un amigo, un protector: en cada enemigo rendido un hermano, un compañero. Jamás olvideis que la sangre es el tesoro más precioso de las naciones: conservad, pues, la de los enemigos, áun cuando fuese á costa de la propia, y contad de seguro con la recompensa. La clemencia ha

de ser siempre vuestra divisa: hasta para con esos reptiles de forma humana que prolongan hoy dia por todos medios las desdichas de nuestro país. Los límites de la España son bastante espaciosos para poder contener á todos sus hijos, y la tierra suficientemente fértil para mantenerlos. Esto y mucho más sucederá el dia en que la religion de nuestros padres, el amor al trabajo y obediencia á las leyes imperen. Sobre estas bases, reconstituirá su trono el augusto soberano que nos está destinado por la Divina Providencia; y desde allí, estad seguros de que sabrá recompensar vuestras fatigas y trabajos. Así os lo promete vuestro comandante general, RAMON CABRERA.»

«Comandancia general de las Provincias de Extremadura, Toledo y la Mancha.=Españoles: El momento de vindicar la independencia y la dignidad nacional conculcadas de tantos modos, ha llegado ya. En el largo período de 15 años, todas las naciones han recibido nuevos adelantos; pero la España, cambiando sin cesar de instituciones, pasando de una mala reforma á otra peor, sólo ha podido llorar la humillacion á que la ha condenado la inmoralidad de la más execrable administracion.

»La Divina Providencia nos ofrece benigna el único medio de salir de tanta abyeccion y de readquirir nuestro esplendor y restituirnos á aquella posicion honrosa que en tiempos más felices ocupára esta patria de los Cides y Pelayos.

»El Rey nuestro señor D. Cárlos VI (Q. D. G.) os convida con la paz; condena al olvido las disensiones pasadas; sus prendas, su instruccion, su experiencia, su conocimiento de los males que aquejan á la España, la salvarán de la

ruina que la amenaza; y con el consejo de los verdaderos españoles, dará instituciones análogas á la época, á nuestras necesidades, usos, costumbres y creencias.

»Una serie demasiado larga, de maldades, de errores y miserias, establecen una positiva imposibilidad de conciliar vuestra existencia con el órden de cosas actual; así como por el contrario, los elevados y nobles sentimientos del Rey nuestro señor, que podeis admirar en sus manifiestos, son la garantía de nuestra suerte futura.

»Unidos todos los españoles bajo la sagrada bandera de S. M., la transicion será insensible; y casi sin conocerlo, veremos terminada la regeneracion que necesitamos. De este modo, en vez de los horrores de la guerra, resonarán en toda la extension de esta nacion heróica las dulces emociones de la reconciliacion, del olvido, de los sentimientos de la más sincera amistad; y el luto, compañero inseparable de la guerra, se tornará en júbilo, satisfaccion y confianza.

»Revestido por S. M. con el mando de estas Provincias, y con bastantes facultades, nada omitiré para cumplir sus instrucciones paternales, que son la regla de mi conducta. Los pueblos hallarán en mí un celoso protector; el bienestar de todos será el objeto constante de mi solicitud. La tropa que se me reuna será justamente considerada, y los oficiales, sargentos y cabos serán en sus mismas clases, y ademas recibirán una recompensa proporcionada al mérito con que su presentacion vaya acompañada.

»Extremeños, manchegos y toledanos, la causa santa de la justicia os llama á las armas: venid pronto para que ninguno de vosotros quede sin parte en la victoria, sin la gloria de haber contribuido al bien de que careceis. Salvemos la pa-

tria, secundemos las sábias miras del mejor de los reyes, cuya munificencia se ocupará sin descanso en labrar nuestra felicidad, asegurar nuestra independencia y la prosperidad que merecemos y no podemos alcanzar sin el legítimo sucesor de San Fernando.

»Á las armas; á las armas! Viva el Rey.

»Cuartel general de Villanueva de la Serena, Junio de 1848.=El comandante general, Royo.»

El general Cabrera, conde de Morella, á las tropas del ejército.

«Si una cuestion de legitimidad nos separó en la pasada guerra, una nueva cuestion de independencia nacional nos debe reunir ahora. Jamás el soldado español toleró el yugo del extranjero. En fuerza de estos antecedentes nunca desmentidos, yo os conjuro que abandoneis esas filas en que os encontrais alistados, y que están destinadas á sostener la rapacidad, el vilipendio y la traicion, y que vengais á abrazar á vuestros hermanos que hoy forman en derredor de la bandera del español Cárlos Luis de Borbon, nuestro legítimo soberano, cuya persona representa la independencia de España y el cúmulo de sus glorias.

»Todos nosotros os aceptamos y deseamos teneros en nuestras filas, para llevar á cabo la heroica empresa que nos hemos propuesto con vuestra cooperacion; y lo mismo invocamos la del simple soldado, que la del oficial; la del jefe, que la del general. Nuestra bandera no excluye á ninguno; basta que tenga la calidad de español.

»Los empleos y honores adquiridos serán sagrados para nosotros.

»Compatriotas! No derramemos nuestra sangre en cuestiones de partido. El siglo en que vivimos condena esta conducta; ni la expendemos tampoco en beneficio de unos cuantos especuladores inhumanos. Entre una princesa débil, cuyo sexo la condena á hacer del cetro un juguete, y un jóven príncipe de irreprensible conducta, aplicado á los negocios, de capacidad para manejarlos, instruido, ademas, por el infortunio, la eleccion que más conviene al país no puede seros dudosa.

»Y si, para hacer el paralelo de varon á varon, prefiriéseis á Montpensier, su calidad de extranjero hace inútil el cotejo; la España lo rechaza. Ademas, ¿en qué calidad personal se funda el mérito que debe hacerlo digno de sentarse en el trono de Castilla? ¿Es, por ventura, el ser un dón presentado por mano de esa otra princesa, que, no satisfecha con haber cubierto de sangre española todos los campos de la Península, hace inundar en estos momentos las calles y plazas de las capitales: de esa mujer codiciosa que nos tiene reducidos á la más espantosa pobreza, y que áun despues de tantas vicisitudes sigue siempre apegada á todos los gobiernos que se suceden como la rémora á la nave?

»Españoles! Hora es ya que salgamos de una tutela tan degradante, porque es llegado el momento de la regeneracion de nuestra patria. No se hable más de partidos, á ménos que no sea como el dia de ayer, que ya pasó.

»La independencia nacional, la verdadera libertad y el glorioso porvenir están contenidos en la bandera del Rey Cárlos Luis que tremola en nuestro campo. *Viva el Rey!!!*»

Carta dirigida al director del periódico frances «L'Union».

«Señor Redactor:

»Bajo la tiránica dictadura de Narvaez, la prensa independiente de España no puede acoger mis comunicaciones; y sin otras noticias que los partes oficiales de nuestros enemigos ó algunas cartas de corresponsales que se limitan á noticiarlos, *se dice:* esta prensa no puede esclarecer la opinion sobre la guerra de Cataluña.

»La prensa extranjera no me rehusará sus columnas: 1.°, para desmentir las falsas noticias y puerilidades de la mayor parte de los jefes que mandan las tropas isabelinas (isabellistes); 2.°, para protestar contra las calumnias que los periódicos asalariados por el Gobierno de Madrid repiten incesantemente sobre la conducta de mis voluntarios; 3.°, para exponer ante mi país y ante la Europa la verdad sobre los hechos de ambos ejércitos.

»Nuestros enemigos nos llaman aún bandidos (brigands), dándonos el nombre de *trabucaires.* Á creerlos, nosotros huimos siempre y somos constantemente derrotados. Si se quieren contar, en vista de sus boletines oficiales, nuestros muertos, nuestros heridos, nuestros prisioneros, la suma sería espantosa. En desquite, ocultan siempre con cuidado nuestros progresos, siempre crecientes; la toma del fuerte de la Bisbal, la del de Cabra, la última derrota del general Paredes, que nos ha dejado en su huida 150 hombres, su propio caballo, etc.

»Mi pluma de soldado se niega á escribir los nombres de los jefes isabelinos que deben sus grados á noticias tan falsas como despreciables. Pero estos mismos jefes no podrán negar

que mis voluntarios han quitado las armas que llevan á sus soldados; que para combatir *las bandas insignificantes de trabucaires*, el Gobierno de Madrid se ha visto precisado á enviar á Cataluña 50.000 hombres de tropas escogidas y la nata de sus generales. Ademas, y este hecho es humillante para nuestros enemigos y concluyente para la Europa; ¿por qué ese Gobierno implora el concurso de Portugal y le pide 8.000 hombres?

»En cuanto al odioso epíteto de trabucaires con que nuestros enemigos nos disfrazan, una simple reflexion bastaria para justificarnos. Mis 6.000 voluntarios no podrian combatir y vencer frecuentemente á 50.000 hombres de tropas, sin el concurso espontáneo y poderoso de la Cataluña. Tan desigual lucha se hubiera concluido si no tuviésemos las simpatías de sus nobles poblaciones; así, pues, si la tenemos, es porque somos dignos.

»La Cataluña está cansada de los actos arbitrarios del Gobierno de Madrid, de su odioso sistema de corrupcion. Este yugo vergonzoso es lo que quiere sacudir. En cuanto á mis voluntarios, la mayor parte son sus hijos; y ella está arrogante de su conducta, y arrogante sobre todo de su fidelidad y valor.

»Los jefes de las tropas enemigas no les rehusan estas cualidades; pero es poco comun. La mayor parte de estos jefes no tienen más que un objeto, avanzar en su carrera adulando al Gobierno de Madrid. El coronel Rios, que manda la columna de Olot, se distingue entre ellos; sin embargo, si estuviera á mis órdenes, yo le habria llevado muchas veces ante un consejo de guerra por su impericia y la exageracion de sus noticias. Sin duda quiere imitar al jefe de la columna del Ripoll,

que, despues de haber sido batido y encerrado con todos sus soldados en la villa de Lilles, obtuvo por medio de un parte falso el grado de coronel. Me hace recordar esto la prostitucion militar. Pero la pesadilla del Gobierno de Madrid, es la fusion carlo-progresista. La desgracia ha aproximado siempre á los compatriotas, que se veian igualmente encarcelados, deportados, fusilados por los tiranos que la astucia, la corrupcion y el terror sólo mantenian en el poder. Añadamos que el conde de Montemolin, en su manifiesto del 14 de Setiembre de 1846, nos ha recomendado el olvido de lo pasado, la reconciliacion. «*Nada de partidos*, ha dicho; *todos somos españoles.*» Despues de esta época, sólo miramos como enemigos á los que nos combaten con las armas en la mano, y recibimos con placer en nuestras filas á todos los progresistas que, privados como nosotros del derecho de la discusion, han recurrido al derecho de la insurreccion para derribar á nuestro comun enemigo. Yo debo confesar que su valor y su conducta son dignos.

»Relativamente á los prisioneros, tantos como los enemigos fusilan de los nuestros ó los deportan á las islas Filipinas, yo he devuelto hasta el dia los suyos, excepto los oficiales, que son tratados tan bien como mi posicion y las precauciones de la guerra lo permiten. Voy á proponer al general Córdoba el canje de nuestros prisioneros. Esperemos, y el aceptará. En todo caso, no seré responsable ante la Europa de las consecuencias de su negativa. En cuanto á los últimos asesinatos del general Villalonga, la nacion no está aún humillada. Ah! si mi deber no me detuviese en esta fiel provincia, iria allí á recordar á este monstruo las leyes de la humanidad. ¡Esperemos!

»Mis graves ocupaciones me impedirán quizá refutar las calumnias de mis enemigos, que todos nosotros despreciamos. Por lo demas, no puedo más que repetir, porque mi sistema no cambiará: fuerte en mi conciencia, con el honor de mis soldados, con el poderoso concurso de esta provincia leal y generosa, proseguiré la defensa de mi legítimo Rey y de la independencia de mi muy amada patria. Contribuir á su triunfo es toda mi ambicion.

»Recibid, etc.

»Cubells 5 de Noviembre de 1848.=Firmado.=Cabrera, conde de Morella.»

«Comandancia general de Cataluña, Aragon, Valencia y Murcia.=Estado mayor general.=Órden general del ejército del 6 de Diciembre de 1848, en el cuartel general de Talamanca.=Voluntarios: El comandante D. Bartolomé Posas se ha pasado al enemigo, engañando á la fuerza que mandaba, precisamente cuando yo volaba á castigar sus crímenes y sus rapiñas. Testigos oculares, y todos los voluntarios que han logrado fugarse, me han referido las lágrimas y desesperacion de nuestros compañeros al verse tan alevosamente vendidos por su jefe.

»Estas son las armas de que se valen nuestros enemigos! Persuadidos de que jamás podrán venceros en el campo de batalla, derraman el oro que roban á los pueblos para comprar las traiciones más repugnantes, valiéndose del veneno y de los puñales para asesinar á vuestros jefes.

»Horror á los traidores, voluntarios! Vosotros sois españoles dignos, y dignos catalanes. Si entre vosotros ha habido hombres hipócritas y espúreos, áun quedamos bastantes para

hacerlos temblar hasta en sus más recónditos conciliábulos, adonde les seguirá la reprobacion y el desprecio general. En cuanto á nuestros hermanos vendidos, pronto volverán á abrazarnos.

»Voluntarios: nosotros somos del ejército del Rey y del pueblo. El Rey aprecia y recompensará vuestros servicios; el pueblo nos ama y nos proteje. Si un traidor nos abandona, cien leales le reemplazarán en vuestras filas.

»Voluntarios: cuando contemplo vuestro entusiasmo, vuestra disciplina, vuestro valor y vuestros sufrimientos; cuando considero que tengo la honra de mandar un ejército de héroes; que los voluntarios alistados hoy podrian servir de ejemplo á los más veteranos soldados, mi corazon se llena de alegría, y apénas puedo expresar mi reconocimiento.

»La Europa admira la lucha tan desigual que sosteneis contra los opresores de vuestra patria, y ella y la posteridad sabrán hacernos justicia. Seguid siendo modelos de valor, subordinacion y lealtad; bravos ante el enemigo, ante los vencidos humanos, y no dudeis que el Rey y la patria premiarán vuestro singular mérito.

»Voluntarios, queridos compañeros, viva Cárlos VI, viva la libertad é independencia de nuestra patria. Horror á los traidores, y contad siempre con el apoyo y el ejercicio de vuestro general y paisano, El conde de Morella.»

«Voluntarios catalanes.=Vuelvo desde hoy á dirigir personalmente las operaciones y los combates, queria decir, vuestras victorias, que acabarán de cicatrizar mis heridas. Mis primeras palabras serán de agradecimiento á los jefes y oficiales por su vigilancia y decision; á los bravos voluntarios por su

sufrimiento y disciplina; á mis queridos paisanos por sus públicos testimonios de aprecio, consuelos vivificadores que han adelantado mi cura, consuelos que vivirán eternamente en mi pecho.—Pueblos, voluntarios y oficiales, en nombre del Rey nuestro señor (Q. D. G.), y con toda la efusion de mi alma, os doy las gracias por vuestra noble conducta.— Ya nos secundan enérgicamente Navarra y las Provincias Vascongadas.—No tardarán en imitarlas Aragon y Valencia.—En Galicia y Asturias las mismas tropas combaten el odioso Gobierno de Madrid —Otras nuevas importantes apresurarán nuestro triunfo.— Constancia, voluntarios! ¡esperanza, heróicos catalanes! unos y otros habeis conquistado la felicidad é independencia de España.—Independencia! Voz mágica para todos los españoles, blason sublime que vanamente intentan arrancaros algunos traidores.—En torno de esta sagrada enseña, todos los españoles nobles somos amigos; todos debemos agruparnos para jurar esta nueva guerra de sucesion que nos amenaza.—Franco ha sido el lenguaje del Rey; instituciones ha ofrecido en armonía con las necesidades de la época.— Las promesas del Monarca las sostendrá con su espada=CABRERA, conde de Morella.»

CARTA DE BORGES Á UN AMIGO.

«Señor D...

»Todo hombre que se precia amigo de la verdad y de su patria, debe seguir la bandera bajo la cual me honro de militar. Por esto sigo la causa de mi legítimo rey D. Cárlos VI (Q. D. G.), al cual defenderé con mi espada hasta que yo respire. Sírvase V. hacer publicar en los periódicos de esa, á fin

de desmentir las voces con que la calumnia dice que yo me he vendido á un partido impuro. Jamás me he vendido ni me venderé, aunque por ello sepa morir; pareceré ántes que no defender á D. Cárlos y á la España.

»Haga V. público, si lo tiene á bien, que todos los guerrilleros no me siguen de mala gana; nuestras columnas pueden acogerse al indulto, prévio permiso mio: no quiero forzados.

»Queda suyo y B. S. M. =El comandante general de la provincia de Tarragona, general de los reales ejércitos y guerrillas sueltas de la misma provincia.=BORGES.

ALOCUCION DEL GENERAL CORDOBA.

«Catalanes: la Reina (Q. D. G.) se ha dignado confiarme el mando del ejército y Provincias de Cataluña; y á tan elevada honra corresponderé con el más ardiente celo, consagrando todos mis esfuerzos á la pronta terminacion de la guerra civil que os aflige. Á la cabeza de un ejército cuya decision y disciplina os es tan conocida, la principal mision que el Gobierno de S. M. me ha recomendado es la de restablecer la paz en vuestros hermosos campos, protegiendo los pueblos y las propiedades de sus honrados y pacíficos habitantes. Á vuestra prosperidad y contento, á la proteccion de vuestras industrias, al desarrollo de vuestra riqueza, á facilitar, en fin, todas las mejoras materiales que en provecho general de Cataluña exijan la cooperacion de mi autoridad, me encontrareis dispuesto, con la sola ambicion de merecer vuestra confianza y afecto.

»Catalanes: para conseguir la paz cuento con vuestros

auxilios y con los esfuerzos reunidos de todo buen catalan. Con vuestro propio apoyo, esas bandas que llevan por todas partes el terror y la desolacion, que atacan vuestras propiedades, que os agobian con multas y contribuciones, que obligan á vuestros hijos á hacer armas contra los intereses más caros de Cataluña, las vereis desaparecer enteramente presentándose á solicitar la clemencia de nuestra Reina; y Cataluña tranquila, marchando por camino más firme hácia el engrandecimiento de sus intereses materiales, tendrá la gloria de deber á sus esfuerzos la paz que necesita, y por la que despues de tanto tiempo de revueltas hace tan ardientes votos; verá á la sombra de ella aumentar la exportacion de sus ricas y estimables producciones, y crecer sus hijos sin temor de perderlos en una impía guera entre hermanos, sostenida por la ambicion de algunos, y alimentada por vuestros propios émulos y enemigos.

»Catalanes: yo recorreré bien pronto vuestro territorio para examinar por mí mismo vuestra situacion y acudir á vuestras necesidades; os daré pruebas constantes del interes y proteccion de que es digno un pueblo tan esencialmente industrioso y trabajador; y si mis esfuerzos fuesen inútiles, si Cataluña no comprendiese sus más evidentes intereses, y sus valientes habitantes temiesen ante la impotente fuerza de una faccion que para existir necesita, engañando á los pueblos. invocar principios opuestos á la historia entera del partido carlista, al ménos llevaré el consuelo, al retirarme de este mando, de haber hecho todos los esfuerzos para aseguraros el bienestar y tranquilidad que tanto habeis anhelado, y á que desea contribuir vuestro capitan general, Fernando Fernandez de Córdoba.=Barcelona 20 de Setiembre de 1848.»

«*Ejército liberal.=Division de vanguardia.=Circular número* 1.º=1.º Para atender á los gastos de la guerra contra el Gobierno corrompido y tiránico de Madrid, se hace indispensable que los pueblos contribuyan con sus esfuerzos, prestando cuantos auxilios sean necesarios al efecto; por estas razones, haciendo falta dinero para satisfacer el importe de armas, vestuarios y municiones, contando con su patriotismo, creo excusado tomar otras medidas que invitarle á que satisfaga las contribuciones de ese pueblo, y lo efectúe *in continenti* de las del presente semestre, por apremiar la escasez de recursos, debiendo prevenir á V. que, para evitar todo evento de fraude, los recibos llevarán el V.º B.º

2.º La seguridad de las tropas liberales exige la vigilancia de los pueblos para avisar con oportunidad el movimiento de los enemigos. En este concepto, he tenido á bien ordenar que los pueblos me den parte, bajo su responsabilidad, en el término más perentorio, de la entrada, salida ó aproximacion de las tropas enemigas, igualmente que de su número y demas datos que puedan convenir; los alcaldes que falten á esta órden serán pasados por las armas, advirtiendo á V. que con la prudencia de mi carácter le libraré, en cuanto sea posible, de todo compromiso con el Gobierno usurpador de Madrid, reservando con el mayor sigilo cuantos servicios presten á la causa de la libertad.

3.º Se servirá V. dar publicidad á las adjuntas proclamas, disponiendo todo lo que conduzca á que esos jóvenes quintos, arrancados por una ley ajena de este siglo de sus casas para defender una causa tan injusta como la de la pandilla inmoral que gobierna, se enteren de su contenido; de este modo podrá V. librar á nuestra patria de los horrores de una guerra

civil que la maldad del Gobierno de Madrid en su ciega obstinacion quiere sostener. Espero que sus sentimientos liberales le harán corresponder á mis invitaciones, excusándome así de dictar medidas revolucionarias para nuestro sostenimiento y defensa. Dios y libertad.=Salinas 13 de Setiembre de 1848.=El Jefe de las fuerzas liberales, Victoriano de Ametller.=Sr. Alcalde de.....»

Extracto ó índice de los documentos hallados al general carlista Alzáa.

Una esquela fechada en Tudela á 4 de marzo de 1848, firmada por Ramon de Benito, sin manifestar á quién se dirige por no tener sobre. Empieza: «Apreciable paisano:» su contenido abraza diferentes particulares; uno de ellos dice: «El poco afecto á los de ese país me lo tenía manifestado diferentes veces, y en la última de 14 de Febrero último me decia: aquí no hay otro Dios, otra religion, otra patria ni otra opinion que el *interes*, la *falsedad* y la *adulacion*. Este es el carácter de los flamencos: por lo demas, no puedo prometerme en España ni más comodidades, ni más abundancia de todo lo necesario para la vida.» En otro párrafo dice «que conserva alguna carta de la señora viuda Marsan y sobrino, de Bayona, que puede ser útil al que dirige la carta.

Un borrador de instrucciones á los jefes carlistas que hayan de emprender sus operaciones sobre Irún y su guarnicion, San Sebastian, Hernani y Pasajes, Tolosa, Vergara y Placencia, al parecer dirigidas por Alzáa.

Otro borrador de una circular á los alcaldes, incluyéndoles dos proclamas y una circular, fechada en Urnieta á 28 de Junio de 1848, para que las den toda la publicidad.

Proclama de D. Joaquin Elío á los habitantes de Navarra y Provincias Vascongadas.

Otra proclama á los habitantes de Guipúzcoa, dirigida por Alzáa.

Borrador de una circular, comprensiva de ocho artículos, y en los que se hacen várias prevenciones para que los ayuntamientos de los pueblos sigan en sus funciones, hagan los suministros que se necesiten, comuniquen noticias, etc., etc.

Una carta empezada, con fecha en Tolosa en 26 de Junio de 1848, en que se dice: «Amigo Chantre: Suspendan ustedes el movimiento hasta el 30 por la mañana, á ménos que reciban ustedes alguna otra órden.»

Borrador de una carta dirigida á D. José Ignacio, invitándole á unirse á sus antiguos compañeros de armas, su fecha 29 de Junio de 1848.

Una carta empezada que dice: «Junio 30 á la una de la tarde. Mi estimado Chaurin: las dos adjuntas dirija usted inmediatamente á sus títulos. Por qué no rompen ustedes?.. Es indispensable nos veamos esta noche.»

Una lista de 37 individuos que empieza con D. Domingo de Egam, y concluye con Andres Beasain. En ella están comprendidos oficiales carlistas que habian pedido su revalidacion, y otros que habian entrado por la amnistía ántes del 17 de Abril.

Estado de las fuerzas montemolinistas.

JEFES.	Infantes.	Caballos.
El general Cabrera	400	60
Idem Masgoret	300	30
Brigadier Marsal.	300	20
Idem Posas.	250	18
Caletrus.	200	12
Castells.	200	18
Torres	200	12
Boquica.	200	»
Borges	200	20
Estartús.	180	»
Muchacho.	180	10
Sebatés de Cornudella	150	»
Vilella	150	14
Escoda.	150	8
Peret de Rasguera.	150	»
Baldrich.	170	10
Gisbert.	140	12
Ramonet.	100	»
Molins	100	12
Bou.	100	»
Parrot	80	»
Coscó.	50	»
Monserrat.	50	»
Valiarda.	40	10
Garrafa.	40	»
Planademunt.	50	»
Saragatal	40	»
Moga	30	»
Guillaumét.	30	»
Tristany, hermanos.	50	12
Malla.	50	»
Luis, Don Benito.	40	»
Cortacaus.	40	»
Guerxó de la Ratera	60	»
Santana.	60	8
Tinoy.	30	»
Basquetas..	40	»
Marcó, Jofre, Ribas, Sincó, Sabate, Arbonés, Gitxó y Torjac. . . .	360	12
TOTALES. . . .	4.960	298

Tropas isabelinas que operaban en la Capitania general de Cataluña.

NOMBRES DE LOS REGIMIENTOS.	INFANTERIA. — Batallones.	CABALLERIA. — Escuadrones.
Rey.	3	»
Príncipe.	3	»
Princesa.	3	»
Soria.	3	»
Córdoba.	3	»
Zaragoza..	3	»
Castilla.	2	»
Valencia.	1	»
Union..	2	»
Constitucion..	2	»
Asturias.	2	»
Jaen.	1	»
San Quintin.	2	»
Astorga.	2	»
Cazadores de Tarragona.	1	»
Idem de Barbastro..	1	»
Idem de Talavera.	1	»
Idem de Tarifa.	1	»
Idem de Chiclana.	1	»
Idem de Figueras.	1	»
Idem de Ciudad-Rodrigo.. . . .	1	»
Idem de Alba de Tormes.. . . .	1	»
Idem de Arapiles.	1	»
Idem de Simancas.	1	»
Idem de Las Navas.	1	»
Idem de Antequera.	1	»
Idem de Vergara.	1	»
Sagunto.	»	3
Santiago.	»	1
Montesa.	»	1
TOTALES.	45	5

Habia ademas el primer regimiento de artillería, una batería de la brigada de montaña del primer departamento y una batería del segundo y cuatro compañías de ingenieros.

BIOGRAFÌA DEL CONDE DE ESPAÑA.

Es un compendio de la vida del célebre Conde de España más bien que una biografía, lo que vamos á escribir. Pocos personajes han adquirido la celebridad del que nos ocupa; pocos tambien han bajado á la tumba más apostrofados y siendo ménos conocidos los particulares de su vida. Vamos á narrarlos , con la severa imparcialidad del historiador. Alabaremos lo que de loar sea, y no se manchará nuestra pluma borrando la sangre que empañen los blasones de D. Cárlos Espagne.

Durante la vida del conde, han pasado los más extraordinarios sucesos del mundo. Hijo de la sociedad antigua, la vió subir al cadalso con su rey; en vano luchó toda su vida por restaurarla. Desde el año de su nacimiento hasta el de su trágica muerte, han pasado muchos siglos para los pueblos.

D. Cárlos Espagne nació en 1775, en el condado de Fois (Francia), frontera de España, en cuyo condado habian sido antiguamente sus ascendientes los príncipes soberanos, poseyendo á Cominges y el país de Couserans. *Su padre, el marqués de Espagne*, teniente general, le destinó jóven al servicio de las armas, siguiendo el uso de aquellos tiempos en

que los menores de familia solo podian optar entre el claustro y los campamentos. El jóven Cárlos Espagne entró en una compañía de la despues célebre Casa Roja de Luis XVI, que su padre mandaba.

Jóven aún, fué testigo de los grandiosos y horribles sucesos de la revolucion de su país, que hizo rodar en la guillotina las cabezas de su padre y de muchos de sus parientes. Testigo Espagne de estas sangrientas ejecuciones, concibió un odio mortal á la revolucion que le despojaba al mismo tiempo de sus aristocráticos blasones. Márchase entónces con su hermano primogénito al ejército de Condé, é hicieron juntos esta desgraciada campaña, hasta la disolucion de las malparadas fuerzas de aquel célebre enemigo de la revolucion.

Marchó D. Cárlos á Inglaterra, y en virtud de una real órden comunicada por el duque de Alcudia al marqués del Campo, entónces embajador de España en la córte de Lóndres, pasó al servicio de España, abandonando el de la Bretaña, é ingresó de segundo teniente graduado de capitan en el batallon de la Reina, en 11 de Enero de 1792. Combatió á sus compatriotas y á los ingleses en las dos guerras que tuvimos con éstos, sirviendo, en virtud de real órden, de ayudante de campo del capitan general D. Juan Miguel de Vives, y del comandante general D. Felipe Ramirez; desempeñando en su destino comisiones reservadas de la mayor consideracion que le captaron el aprecio de sus jefes.

En Abril de 1796 era primer teniente del regimiento infantería de Borbon. Al comenzar la guerra de la Independencia estaba Espagne en el ejército de Cataluña de ayudante, hallándose en todas las acciones que se dieron en aquel Principado. De aquí pasó á Castilla la Vieja, en la misma calidad

de ayudante de campo del general Vives, combatiendo y distinguiéndose notablemente en las acciones que se dieron extramuros de Ciudad-Rodrigo, en Abril de 1809: mandaba Espagne una corta fuerza que, no solo se habia dedicado á proteger á nuestros partidarios, sino á incomodar al general Lapisse, colocado entre Ledesma y Salamanca. Agregado despues al general Wilson se halló en la accion de Barba del Puerco, y en la que se dió cerca de Alcántara en el mismo mes y años citados. Mandaba entónces como comandante el batallon de tiradores de Castilla, y asistió á la defensa del Puerto de Baños, por la cual se le dió el grado de coronel en 19 de Agosto de 1809. El 18 de Octubre del mismo año peleó en la célebre batalla de Tamames, y en los ataques de Fresno, Medina del Campo, Alba, Puerto del Pico y Cáceres, por los que fué ascendido á brigadier en 14 de Marzo de 1810, y continuó mandando una brigada de la division, de la que era comandante general el mariscal de campo D. Cárlos O' Donnell.

En 18 de Mayo hizo Cárlos Espagne un reconocimiento sobre Trujillo: cercó el convento y las casas del general y comandante; y despreciando el vivísimo fuego que por las troneras de los edificios y con la artillería del castillo hacia el enemigo, le atacó con valor, matando á un oficial y dos soldados en la casa del comandante. Al siguiente dia se retiró Cárlos Espagne á Sierra de Fuentes.

El 18 de Mayo de 1810 peleó en las acciones de la Roca sobre Trujillo; y en 27 de Julio, en la de las inmediaciones del fuerte de la Alcoleta y en el asalto del mismo, que se dió de su órden, el 31 de dicho mes, mandándole en persona. Hizo prisionera la guarnicion francesa, compuesta del regi-

miento 70 de línea. En 23 de Diciembre se halló en la accion sobre Abrantes.

La guerra se hallaba entónces en su mayor incremento; y como es consiguiente, las arbitrariedades y crueles atropellos se sucedian sin interrupcion. Espagne, como militar y rígido observante de la ordenanza y leyes de la guerra, se condolia ó más bien se exasperaba de algunos actos de barbarie, y con ánimo de ponerles coto dirigió la carta que vamos á estractar, notable por más de un concepto, pues ella nos evita el ocuparnos de ciertos pormenores de que trata.

Valencia de Alcántara 25 de Octubre.

«El mariscal de campo D. Cárlos de España al general frances Thiebault.

»Excmo. Sr.: Habiendo sido nombrado por el Gobierno nacional y legítimo, comandante general de las tropas de S. M. Don Fernando VII, nuestro amado soberano, en la provincia de Castilla la Vieja, y encargado del gobierno político y militar de sus pueblos; bajo las órdenes inmediatas del Excelentísimo Sr. D. Francisco Javier Castaños..... habia creido no tener motivos sino para congratularme de hallar á V. E. al frente del sétimo gobierno establecido por las armas francesas en España, así porque tenía presente el distinguido nombre del padre de V. E., como porque sabía por la voz pública su carácter moderado; y me lisonjeaba que conforme á él, y sin faltar á sus deberes como militar, sabria templar los males horrorosos de esta guerra sin ejemplo, por la injusta agresion, y que nunca debió empezar, si la ambicion y la violencia hubieran sabido respetar la justicia y la virtud de una nacion ilustre en todos los tiempos. . . . .

»Pero la conducta infame que acaba de observar el general Mouton, comandante de las tropas que entraron en Ledesma, no sé si por órden de V. E. ó de otro general superior, mandando asesinar á unos soldados del batallon de cazadores de Castilla veinticuatro horas despues de haberles hecho prisioneros, me pone en la dura y sensible precision de mandar pasar por las armas á igual número de prisioneros franceses, conforme á las órdenes que tengo; órdenes justas, y dirigidas á contener los excesos y brutalidad de algunos generales franceses que, como el tal Mouton, deberán, sin duda, haber salido del establo revolucionario, y que han querido sobrepujar en barbarie y ferocidad á los incultos habitantes de algunos cantones del África, y á quienes la posteridad pedirá siempre cuenta de los actos de inhumanidad cometidos y de la justa venganza á que han dado lugar.

»Es preciso que V. E. entienda y haga entender á los demas generales franceses, que, siempre que se cometa por su parte igual violencia de los derechos de la guerra contra las mismas órdenes del emperador, ó que se atropelle algun pueblo ó particular, repetiré igual castigo inexorablemente en los oficiales y soldados franceses, de los que me traen diariamente un buen número, y de este modo se obligará al fin á conocer que esta guerra no es como la que suele hacerse entre soberanos absolutos, que sacrifican la sangre de sus desgraciados pueblos para satisfacer su ambicion ó por el miserable interes, sino que es guerra de un pueblo libre y virtuoso que defiende sus propios derechos y la corona de un rey á quien libre y espontáneamente ha jurado y ofrecido obediencia mediante una *constitucion sábia que asegure la libertad política y la felicidad de la nacion.*

»V. E. no deberá extrañar que yo le escriba esta carta, porque la justicia y la buena conciencia son siempre francas, y se adelantan á dar razon de sí mismas, miéntras que la política obra con otros rodeos para encubrir la perfidia y llevar adelante las miras de la tiranía.

»Podria citar á V. E. muchos ejemplos de la humanidad y nobleza con que los generales de las tropas nacionales y reales de España, oficiales y soldados, y los cuerpos francos han tratado á los generales, oficiales y soldados enemigos que han venido á asolar el suelo de la España (cita aquí varios hechos). Compare V. E. esta generosa conducta con la infame de un Mouton y de otros, que, como guerrero, ha merecido la desaprobacion del emperador Napoleon, segun órdenes interceptadas. Pero, señor general, tenga V. E. entendido, y haga entender bien, que la generosidad tiene sus límites, y que la venganza nacional se ejercitará siempre que sea necesario.

»He sabido que los leales y valerosos soldados españoles que se hallaban prisioneros en Salamanca han salido de aquella ciudad atados con un dogal por el cuello de dos en dos, como de los brazos, cuando iban libres los demas prisioneros del ejército aliado. Tenga V. E. entendido que éste será el modo con que mandaré viajar á los oficiales y soldados franceses hasta que me conste que sus generales tratan á los españoles, fieles defensores de su patria, de cualquier cuerpo ó denominacion que sean, con la humanidad que prescriben los mismos derechos de la guerra; en la inteligencia de que la conducta que se observe será el modelo de la mia, la que mandaré tambien á los cuerpos patrióticos, que se hallan tan aprobados por el Gobierno como las tropas de línea, y que todos forman un mismo ejército. . . . .

»Nosotros mantendremos la guerra; y nuestros hijos, que se están criando á la vista de sus mismos opresores, acabarán de vengar á nuestra amada patria. Yo, señor general, tengo un hijo; mi opinion es la de todos los españoles, excepto la de un cortísimo número, que así como no han sabido ser españoles, no pueden ser franceses; á este hijo, despues del temor de Dios, lo único que le encargo es una guerra eterna á los opresores de su patria, y que con las armas, sin apartarse del camino del honor y de la fidelidad, tome venganza de los insultos hechos por los franceses á nuestra santa religion, á nuestro amado soberano Fernando VII y á la nacion entera; y bajaré contento al sepulcro, porque tengo la certidumbre de que mi hijo cumplirá con mi encargo. No crea V. E. que soy yo hombre de opinion exaltada; soy al contrario uno de los españoles más moderados; pero lo que huele á injusticia y á violencia me repugna sobre todo y hiere mi alma en lo más sensible.

»Á mí me es indiferente que V. E. me conteste ó nó, porque yo sé indudablemente que este escrito llegará á sus manos, y me servirá de gobierno la conducta que V. E. y los demas jefes observen despues de su recibo.=Dios guarde á V. E. muchos años, pero fuera de España.=Campamento á la izquierda del Tormes y Octubre 12 de 1811.=Cárlos de España.=Excmo. Sr. General de division, gobernador del sétimo gobierno frances, Thielbault.»

El militar que así se expresaba, de orígen frances, pero de corazon español, ya habia derramado su sangre en defensa de la Independencia española en el ataque contra los enemigos que sitiaban á Badajoz, en el que asaltó á la cabeza de la

brigada la batería de la derecha de la línea sobre el cerro de San Miguel, de la que se apoderó, resultando herido en el pié izquierdo, por cuya accion se le confirió una medalla de honor y el nombramiento de comandante general de la vanguardia del quinto ejército. Combate luégo en Évora; y en el primer sitio de Badajoz manda la primera division de infantería del citado quinto ejército, cuyo mando tuvo desde el 8 de Mayo hasta el 15 del mismo, que se reunió al ejército británico, en el cual luchó en la célebre batalla de la Albuera contra las fuerzas que mandaba el mariscal Soult. Mandó entónces Cárlos Espagne una division, y fué herido de un golpe de lanza en el brazo izquierdo. Entónces, 23 de Junio de 1811, fué ascendido á mariscal de campo.

Desde el 3 hasta el 16 de Julio siguiente, que se levantó el segundo sitio de Badajoz, le tuvo esta ciudad ante sus muros, mandando la misma primera division á las órdenes del general D. Pedro Agustin Giron. Luchó luégo en Castilla en las batallas del 25 y 26 de Setiembre, reunido al ejército aliado y mandando á las tropas disponibles para ocupar la izquierda del mismo; y el 28 de Noviembre derrotó á los batallones enemigos que habian ido á saquear las riberas del rio Alagon y la sierra de Francia.

Ya era por este tiempo segundo comandante militar y político de Castilla la Vieja, por nombramiento de la regencia: levantó y organizó entónces la tercera division del quinto ejército; concurrió con ella al sitio de Ciudad-Rodrigo, y asistió á su asalto al lado de Wellington, terminando gloriosamente la campaña de 1811.

La del siguiente año la hizo con la misma division, con la cual concurrió á la célebre jornada de Salamanca en union

del ejército aliado; entra éste triunfante en Madrid, le acompaña Cárlos Espagne, y el duque de Wellington le nombra comandante general militar y político de la capital y su provincia, aprobando la regencia este empleo, que desempeñó hasta la evacuacion de Madrid por los aliados.

Cárlos Espagne ejercia entónces el principal poder en Madrid; era la autoridad no sólo más caracterizada, sino tambien la que se veia cercada de mayor prestigio y gloria por sus brillantes hechos de armas, y en especialidad por el último de Salamanca á que contribuyó bizarramente. Así le vemos á la cabeza de todas las corporaciones y en todos los actos públicos, siendo uno de los más notables que tuvo lugar el de la felicitacion de la villa al que se habia inmortalizado en Ciudad-Rodrigo y Salamanca.

En efecto; en la mañana del 22 de Agosto (1812) el nuevo ayuntamiento de Madrid salió en cuerpo de las casas consistoriales con las ceremonias de estilo, bajo la presidencia de Cárlos Espagne, dirigiéndose al real palacio con el objeto de cumplimentar al Excmo. Sr. Capitan general duque de Ciudad-Rodrigo, á quien Espagne dirigió en nombre de todo el ayuntamiento la palabra: empieza por ofrecerle la expresion sincera de su respeto y gratitud; le felicita por sus repetidos y gloriosos triunfos contra las armas francesas, cuyo orgullo supo humillar en Talavera y Portugal, Ciudad-Rodrigo, Badajoz y Salamanca, concluyendo por pedirle tomara bajo su proteccion la capital del imperio español, de donde acababa de arrojar al enemigo.

Durante la permanencia de Espagne en Madrid, se ocupó en regularizar la administracion militar y política, distinguiéndose en la última por aquella torpe intolerancia que no

ha desaparecido aún completamente de nuestra patria. En un bando que publicó en Madrid el 2 de Setiembre de 1812, decia:

«Habiendo llegado á mi noticia, por sujetos de acreditado patriotismo, que algunas personas de uno y otro sexo residentes en la capital han conservado relaciones de correspondencia con los desgraciados españoles que han seguido al gobierno intruso, abusando de la confianza de las autoridades públicas por sus conversaciones y público trato, me hallo constituido en la obligacion de prevenir: que cualesquiera que comunique directa ó indirectamente, por escrito ó de palabra, con los enemigos de la patria y del Rey, con sus adherentes, será juzgado inmediatamente por un consejo de guerra, y sufrirá irremisiblemente la pena pronunciada contra los espías.»

¿Necesitaban los defensores de la Independencia este rigorismo para vencer á sus contrarios? Si era insignificante la fraccion de los afrancesados, ¿no se les creerá ahora de mayor importancia á la vista de tales mandatos, dictados con más encono que prudencia? Pero volvamos á los hechos gloriosos de nuestro militar.

Tuvo Espagne que abandonar á Madrid y seguir la retirada del ejército desde el Tajo hasta Ciudad-Rodrigo, acabándose la campaña de este año sin otros importantes sucesos.

Al abrirse la de 1813, era comandante general de la segunda division del 4.° ejército: asistió á la batalla que se dió á las inmediaciones de Pamplona, y quedó encargado del bloqueo de dicha plaza desde 1.° de Agosto hasta el 31 de Octubre, que capituló su guarnicion, despues de haber ejecutado durante el bloqueo trece salidas, en una de las cuales, puesto

Espagne al frente de las tropas, cargó al enemigo, y rechazándolo completamente, recibió una herida en el muslo de bala de fusil, que le rompió dos músculos y le dejó estropeado. Debida á él la rendicion de la importante plaza de Pamplona, fué recompensado por el Gobierno con una medalla de honor, despues de darle las gracias.

En la campaña de 1814 mandaba la misma division: pasó reunido al ejército aliado el rio Adour, y asistió á la accion del 27 de Febrero bajo el cañon de la plaza de Bayona, encargándole el mando de aquella parte de la línea entre el rio Nive y Adour en el bloqueo de dicha plaza; peleando en las salidas que hicieron los franceses en la noche del 14 de Marzo, y rechazándolos victoriosamente. Esta es la accion que se cuenta como la última de aquella guerra, y el honor de haberse hallado en ella Espagne era uno de los que más le envanecian. Sacó su espada en cuanto pisó el territorio español el primer frances enemigo, y no la volvió á la vaina hasta dejarle humillado en su misma tierra. Órdenes superiores le hicieron volver á España para encargarse del gobierno militar y político de Tarragona, conferido en 15 de Agosto de 1814; siendo destinado en Marzo de 1815 al ejército de observacion de los Pirineos orientales, á las órdenes del Excelentísimo Sr. D. Francisco Javier Castaños, con retencion del gobierno de Tarragona. Hasta la disolucion de dicho ejército desempeñó el mando de la segunda division del de reserva.

Hasta aquí los hechos de armas en aquella época de Cárlos de Espagne, caballero ya de la real y militar órden de San Luis de Francia, ostentando várias cruces de distincion concedidas por acciones de guerra; caballero de la real órden

de San Hermenegildo, y caballero militar gran cruz y banda de la de San Fernando; elevado despues (27 de Agosto de 1817) á título de Castilla, con el de conde de España, que acreditó corresponderle como descendiente por línea legítima de los antiguos condes de Cominges y de Foix, y en atencion á los ilustres enlaces de estas familias, y á la fidelidad y amor del rey Fernando, que le dispensó y á sus hijos y sucesores del pago de lanzas y medias annatas.

Nombrado en 26 de Diciembre de 1818 segundo cabo comandante militar del Principado de Cataluña, le halló en este destino la revolucion de 1820, á la que mostró una decidida oposicion. Fué depuesto de su destino en el mes de Marzo; dejó la Península para pasar á la isla de Mallorca en virtud de real órden; y no permitiéndole desembarcar en aquella isla, ni trasladarse á la desierta de Cabrera, grave y enfermo, se vió precisado por salvar su vida del furor de los partidos, á separarse de su mujer é hijos, y trasladarse á un barquichuelo que le condujo al puerto de Mahon en la isla de Menorca, donde fué insultado, perseguido y encerrado en el Lazareto de espurgo con peligro de su vida.

Debemos decir en obsequio del conde que, á pesar de tantas adversidades, las preferia y no el deber la hospitalidad á quienes habia combatido y de quien era declarado enemigo, sin embargo de haber nacido en su suelo. Estos sentimientos los habia demostrado palpablemente, cuando despues de la paz de París le invitó Luis XVIII á entrar en el servicio de Francia. El conde de España respondió rehusándolo, y diciéndole «*que la sangre francesa que tuvo en sus venas habia sido ya derramada por los mismos franceses en el suelo español.*» Hasta tal punto llevaba su antipatía por su patria

primitiva, que, cuando se veia precisado á hablar la lengua nativa, no lo hacía sino con mucha repugnancia.

En fin de Marzo de 1822 recibió España una órden secreta del rey, y abandonando á su familia y con peligro inminente de su vida, salió de la isla de Menorca en comision reservada, que desempeñó en París, Viena y Verona, trabajando en el congreso celebrado en este último punto, *y activando la ocupacion de España para conseguir el restablecimiento del gobierno legítimo del rey.* Tales palabras contiene el documento que tenemos á la vista. Preveníale el rey se pusiera de acuerdo con el capitan general conde del Real Aprecio, á quien tambien se lo habia comunicado por reales órdenes.

El conde de España hizo estos largos y penosos viajes sin que percibiera sueldo alguno hasta Abril de 1823, en el que se le declaró el de teniente general empleado miéntras durase la campaña.

Ya ántes, en 14 de Marzo del mismo año, fué nombrado para aumentar y organizar con toda actividad las divisiones realistas y emplear todas sus luces é influjo en favor de la union de los españoles. Trató el conde de hacer una fusion de los partidos, pero empezó por unir á los carlistas y terminó por perseguir á los liberales.

En 21 de Abril fué nombrado virey y capitan general del ejército y reino de Navarra, con todas las prerogativas y facultades anejas á dicha dignidad; y en 3 de Julio, la regencia que de *motu propio* se formó, le manifestó su satisfaccion: «en vista, decia, de los generosos sentimientos que le animaban y la indignacion de su lealtad conmovida con la escandalosa tropelía que la faccion revolucionaria cometió con

el rey N. S. al trasladar su real persona y familia á la plaza de Cádiz;» mandando ademas se le diesen las gracias por sus deseos de ser empleado de cualquier modo, y en las ocasiones de más riesgo que pudieran ofrecerse en las operaciones militares, con que debia lograrse el rescate del rey.

Trabajó el conde con el mayor empeño, y su celo y actividad fueron remunerados el 11 de Julio por la misma regencia, nombrándole capitan general del ejército y reino de Galicia, y presidente de su real audiencia. Quedó sin efecto este nombramiento por hallarse mandando el cuerpo de ejército español realista que sitiaba la plaza y ciudadela de Pamplona, cuyo mando desempeñó desde principios de Abril hasta Setiembre del ya citado año de 1823, en que dicha plaza capituló, por lo cual se le dieron las gracias en los términos más lisonjeros. En 14 de Diciembre se le concedió la gran cruz de la real y distinguida órden española de Cárlos III, y en providencia de la misma fecha se le nombró vocal de la junta de oficiales generales, auxiliar del ministro de la Guerra, para fijar las bases, pié y fuerza de que debia constar la guardia real y demas armas del ejército. Nombrado capitan general interino del ejército y reino de Aragon en 12 de Mayo de 1824, se le confirió á los cinco dias la presidencia de su real audiencia.

S. M. cristianísima le hizo comendador de la órden de San Luis, en 2 de Junio de 1824; y en 23 de Diciembre le concedió Fernando la honorífica cruz de fidelidad militar de primera clase.

Comenzamos una época completamente nueva para el conde.

Á principios de 1825 existian hondas excisiones en el ban-

do realista; los más acalorados desconfiaban del rey suponiéndole tolerante en demasía, y formaron el partido llamado apostólico, que escogió al infante D. Cárlos por su jefe. El mariscal de campo D. Jorge Bessieres se presentó en rebelion armada en el mes de Agosto, y el 19 del mismo se nombró al conde general de la division de todas armas de la guardia real destinada á contener y sofocar esta rebelion, que estalló en Getafe y tuvo fin en Molina de Aragon con el castigo ejemplar de los rebeldes, conforme á lo terminantemente mandado por el rey, en real órden del 17 del citado mes, y otras posteriores comunicadas por el ministro de la Guerra que conservaba el conde. ¡Quizá aparezca algun dia Bessieres como un instrumento de elevados personajes arrojado á ser víctima de ajenas faltas!..

La gran cruz de la real órden americana de Isabel la Católica, fué el premio que concedió el rey al conde en 28 de Agosto; pero no la aceptó, suplicándole verbalmente admitiera su renuncia, lo que hizo el rey convencido de las razones que le expuso. Fué nombrado el 22 de Diciembre individuo de una comision para examinar un proyecto de arreglo general de todas las dependencias del ministerio de la Guerra, y en 12 de Setiembre de 1827 capitan general y general en jefe del ejército y Principado de Cataluña, conservando el mando de la guardia.

El estandarte de la rebelion fué enarbolado en Cataluña como hemos visto en el curso de esta obra; y necesitándose para auxiliar al capitan general marqués de Campo Sagrado, otro jefe de la misma graduacion á quien se encomendase la parte activa de las operaciones militares, fué elegido el conde de España, el cual partió inmediatamente con suficientes

tropas en busca de los rebeldes, quienes por momentos acrecentaban sus fuerzas, en términos de parecer empresa sumamente problemática y árdua la que ántes se presentaba con los síntomas de una conjuracion muy fácil de sofocarse.

Tenía el conde la idea de que los catalanes no obedecen sino á los que temen; y con este absurdo propósito trató de hacerse temer. Un historiador de la última guerra, el malogrado príncipe Lichnowsky, que acaba de ser muerto en Alemania, y militó con el conde de España, se expresa así, hablando del general (1), sin que al escribir sus palabras se crea estamos de acuerdo con ellas; pues reservándonos emitir nuestra opinion, exponemos la suya en prueba de nuestra imparcialidad y para mayor ilustracion de nuestros lectores.

«Tomó las riendas, dice, con mano firme, cortó la cabeza a los jefes de los partidos, envió á presidio á los más revoltosos, y entónces obedecieron todos, y el órden se restableció.

»La Cataluña no se parece en nada á las demas provincias de España; es tanto más dificil de gobernar, cuanto que encierra dos partidos opuestos en intereses; las montañas y la costa. Las numerosas y ricas ciudades marítimas, con su comercio y sus fábricas.... se distinguen por sus tendencias republicanas.... En cuanto á Barcelona se la podria comparar á un vasto pantano cuyas fétidas exhalaciones se extienden á lo léjos; no puede olvidar los tiempos en que, independiente del resto de España, se gobernaba por su propio conde, aquel belicoso Raimundo que hablaba como señor á los reyes vecinos y trataba de igual á igual con los emperadores de la

---

(1) *Souvenirs de la guerre civile dans Espagne.*

raza carlovingiana, y disputaba á los normandos el imperio de los mares.

»El país de las montañas forma gran contraste con el de las costas, con el que tiene escasas comunicaciones, pocos caminos, un solo rio navegable y necesidades diferentes... raro es quien penetra en lo interior de éste, más allá de las crestas del Monserrat, para visitar una vez en la vida la Madona milagrosa. ¡Cuán pocos españoles han visitado los valles de Cataluña á lo largo del Segre, de las Nogueras, del Cinca, los manantiales del Llobregat, los barrancos profundos del condado de Paillase, en los cuales no es interrumpido el silencio más que por el graznido de las aves solitarias y el martillo de las herrerías! Estos profundos cráteres de forma antidiluviana, donde la noche reemplaza ligeramente un dia de algunas horas, parecen hechos expresamente para esta guerra de guerrillas, de que han sido la cuna, y se han perpetuado hasta nuestros dias en su primitiva naturaleza. Este país y sus habitantes no han cambiado despues de la lucha que han sostenido durante tantos siglos contra el imperio romano: viven encerrados en sus desiertos, y el solo género de comunicacion que tienen con el extranjero contribuye á sostener sus disposiciones salvajes y guerreras. . . . .

»Se comprenderá fácilmente que los medios de dulzura y de moderacion ejercen poco imperio sobre estas poblaciones, compuestas unas de republicanos fanáticos y otras de montañeses medio salvajes, y se convendrá conmigo en que la tarea del que es llamado á gobernarles es de las más difíciles. Así muchos hombres eminentes, pero faltos de firmeza, han encallado, miéntras otros, usando de una severidad necesaria, han tenido buen éxito.....

»De todos los generales que mandaron á los catalanes durante esta guerra (la de Independencia), el conde de la Bisbal fué el solo á quien temieron, á quien amaron y á quien obedecieron.» . . . .

Expuestas las interesantes líneas que preceden, vamos á hacernos cargo de los hechos del conde de España, desde su llegada á Cataluña, debiendo decir ántes, en contraposicion de lo que expone Lichnowsky de que se necesitan manos de hierro para gobernar á los catalanes, que, léjos de creerlo así el vizconde de Reiset, general francés que ocupaba y mandaba á Barcelona y al Principado, hasta la ida del conde, dijo al rey: «Que para mantener la tranquilidad en Barcelona solo bastaban cuatro hombres y un cabo, pues que los industriosos barceloneses, por naturaleza inclinados al trabajo y al sosiego, solo cuidaban de aumentar su industria y de obedecer al gobierno constituido.»

Acúsase al conde de España por haber mandado ahorcar á los principales jefes de la rebelion de 1827 despues que fueron indultados por el rey; en vida, no lo desmintió el conde; á su muerte tampoco lo podemos hacer nosotros.

El rey, que habia ido á Cataluña á cortar con su presencia la insurreccion, marchó á Valencia á recibir á su esposa, y en tanto entró el conde en Barcelona á la cabeza de sus tropas con semblante severo é imponente; dando al punto la órden para que se presentasen en las casas consistoriales cuantos individuos habian pertenecido á la milicia nacional.

Seis batallones se habian formado en Barcelona durante la época constitucional, y por consiguiente muchos eran los que á ella pertenecian. Pero todos se presentaron con serenidad en las casas consistoriales, sin excusarse ni ocultar su

nombre. Á las once de la noche el acuerdo reunido, resolvió se retirasen á sus hogares hasta segunda órden. El objeto de aquella reunion era, segun se dijo, saber si habia algun individuo que tuviese armas, municiones, vestuario ó algun otro efecto perteneciente á la milicia.

El conde tenía sin duda trazado el plan de la marcha política que habia de seguir en Cataluña, y especialmente en Barcelona. Todas las autoridades subalternas de ésta le eran afectas: el conde de Villemur como gobernador de la plaza, y D. José Víctor de Oñate como subdelegado de policía, parecian de acuerdo con España en inaugurar una época de terror en la tranquila capital.

Formóse desde luégo una policía secreta de la hez de la sociedad, de criminales sacados de los presidios y de otras personas de este jaez. Entre ellos mismos se hallaba comunmente el delator y los testigos. Se daba el baston y colocaba á la cabeza de un barrio, vestido ya con levita, al que se vió salir el dia ántes de las montañas con calzon corto, gorro encarnado y melenas hasta los hombros.

El conde, por su parte, no se olvidó de elegir fiscales suficientes sometidos á su voluntad. Con este aparato teatral, sólo restaba abrir la escena de horror.

Dióse de repente la voz de que existia en Barcelona una horrenda conspiracion, cuyo objeto era proclamar la constitucion de 1820. Cuando toda la ciudad descansaba en el mayor reposo, cuando sus honrados é infatigables habitantes procuraban disputarse el ingenio, cunde la desolacion y el infortunio en todas las familias. Esposos, padres, hijos, hermanos, eran arrebatados de sus casas, separados de los brazos de sus familias para ser conducidos á la ciudadela. De

treinta en treinta, de cuarenta en cuarenta, eran en una noche sorprendidos y encerrados en lóbregos calabozos.

Las cárceles, los fuertes, no podian contener en sus recintos mayor número de desgraciados. No se atendia á estado, condicion, empleo ó gerarquía. El noble, el honrado artesano, lo mismo que el oficial ó jefe que encaneció derramando su sangre y dando dias de gloria á su patria, eran mezclados en negras mazmorras con el salteador ó el asesino.

Cargados de hierro, incomunicados y sin permitírseles ni áun llevarles la comida, pues se les obligaba á que la tomasen de la cantina á triplicado precio, pasaban meses enteros sin recibírseles declaracion; y cuando llegaba el caso de tomarse ésta, lo hacian los fiscales con cargos, amenazando á los acusados con la horca si no declaraban la verdad: ocultábanse los nombres de los acusadores, y en vano suplicaban los desgraciados mártires se les carease.

El primero que pereció, víctima de tan brutal despotismo, fué D. José Ortega: tantos fueron sus padecimientos en Monjuich, que, prefiriendo acabar de una vez sus dias, á sufrir una muerte tan cruel y lenta, resolvió suicidarse haciéndose una incision en el brazo con un hueso de gallina, que no produjo efecto. Cuando vieron sus enemigos la camisa bañada en sangre, le registraron, y hallándole la incision, le trasladaron á la ciudadela. Allí, con doce más, fué fusilado á las seis de la mañana del 19 de Noviembre de 1828.

El estampido del cañon anunció su desastrosa muerte, y presto se vieron los inanimados troncos de las víctimas ser conducidos por presidiarios á la horca, de antemano puesta en medio de la explanada frente á la ciudadela. La sangre, los destrozos de sus cráneos, se veian con horror derramados

por uno y otro lado: los perros acudian á comerse los sesos que se desprendian de la cabeza de aquellos desgraciados: el verdugo se apoderaba de los cadáveres que, arrastrados por la escalera de la horca, teñian con su sangre los escalones, haciendo glorioso el lugar de los suplicios. No bastaba con fusilarlos; era preciso colgar los cadáveres en la horca..... qué horror...!! ¡Y el mismo conde de España fué á gozar de este espectáculo....!

Barcelona estaba consternada; la tristeza se retrataba en todos los semblantes; los paseos se veían desiertos; la desconfianza hacía enmudecer á los mayores amigos.

Hasta que el cañon hubo anunciado el fatal sacrificio, no se permitió repartir el único periódico que entónces habia en la ciudad *(El Diario de Brusi)*. En él apareció el siguiente artículo de oficio firmado por el conde.

«El Principado de Cataluña gozaba de los preciosos beneficios de la paz, debida á la gloriosa y paternal resolucion del Rey nuestro señor (Q. D. G.) de venir por sí mismo á preservarle de los estragos de la anarquía, resultado inevitable de una sublevacion criminal y funesta, á la que contribuyeron, por una parte, hombres pérfidos, enemigos solapados del Rey y del Estado y otros incautos sin sondear ántes el abismo que ellos mismos iban abriendo bajo sus propios piés, y por otra los fautores de la rebelion de 1820. Los que más diestros en la carrera del crímen, aprovecharon mañosamente el concurso de causas y disposiciones preparadas por ellos mismos, como un medio seguro de desunion que abria un nuevo campo á su fementida esperanza, llegando al extremo, en aquella crísis lamentable, de ofrecer su peligrosa existencia, ofreci-

miento que fué rechazado con indignacion, como es notorio á toda Cataluña.

»Las tropas reales, observando la más laudable disciplina y la más honrosa conducta, oportunamente distribuidas, aseguraban el sosiego público; restablecido el respeto á los tribunales y autoridades, todos los estados y condiciones restituidos á la pacífica posesion de sus bienes y derechos, es público que las personas y propiedades de todos, sin excepcion de compromisos en revoluciones y agitaciones sucesivas, se hallaban igual é imparcialmente protegidas.

»Un cuadro tan satisfactorio para todo fiel vasallo del Rey, era un tormento para aquellos hombres, avezados á revoluciones que, semejantes á las fieras del desierto, se alimentan sólo con sangre. Agentes de la infame rebelion de 1820, impulsados por sus cómplices de dentro y fuera del reino, trabajaban para volver á encender la tea fatal y sangrienta de la anarquía y de la impiedad. Una conspiracion, á la par que criminal en el intento, horrenda en los medios, se estaba urdiendo: Barcelona, por su importancia militar y su influencia civil, fué elegida por el teatro en que debian renovarse las escandalosas escenas de 1820, miéntras, segun resulta de avisos y correspondencias oficiales, revolucionarios refugiados en otros países se acercaban á la frontera del Principado, uniéndose á extranjeros la hez de largas revoluciones, y á la parte más criminal de la pasada sublevacion, encubiertos bajo el manto de descontentos políticos ó sea agraviados.

»Tales eran los fatales elementos con que se iba engrosando la densa nube que se preparaba á descargar sobre esta bella é industriosa parte de la monarquía todos sus pestilenciales materiales. Esta es la verdad, probada por resultancia

de los autos que han pretendido deslumbrar correspondencias (interesadas sin duda), valiéndose hasta de una gaceta oficiosa impresa más cómodamente al otro lado del Vidasoa.

»La Divina Providencia, que quiere conservar á la católica España con los beneficios de una monarquía paternal los consuelos de la religion, dispuso que feliz y oportuna revelacion manifestase las tramas de los conjurados; las autoridades, fieles á sus deberes, tomaron providencias proporcionadas á las circunstancias; varios fueron arrestados, otros buscaron su salvacion en una precipitada fuga: convictos ó confesos los primeros en los actos de acusacion por declaracion, ratificacion y confrontacion, con arreglo á las leyes para semejantes privilegiadas causas, oidos los alegatos de sus defensores nombrados de oficio, segun práctica de los tribunales en causas de esta naturaleza, entre los jefes más respetables del ejército, por sentencia debidamente consultada y asesorada, el juzgado de guerra ha pronunciado la pena capital impuesta á los conspiradores y sediciosos que atentan á los sagrados legítimos absolutos derechos del Rey, á la seguridad de sus plazas y dominios, con arreglo á las leyes y reales decretos de 17 y 21 de Agosto de 1825, mandados observar expresamente en este Principado, la que, anunciada por el cañon de la ciudadela, se ha verificado en la mañana del 19 del actual, en que fueron lanzados á la eternidad los reos confesos ó convictos, cuyos nombres se expresan.

»Leales catalanes: cálmense los recelos de vuestra fidelidad y religiosidad alarmadas. El Rey nuestro señor, por decreto de su propia augusta mano, tiene manifestado que su real voluntad no permitirá que nuevas peligrosas teorías y aventuradas doctrinas alteren jamás las venerandas, funda-

mentales leyes y sábias instituciones de su católica monarquía, que reune la sancion de la experiencia de largos siglos de prosperidad y de gloria.

»Es llegado el tiempo en que los revolucionarios de 1820 y los sediciosos de años posteriores conozcan que un pronto, necesario y saludable castigo será el resultado inevitable de sus tramas; que la autoridad legítima que el Rey tiene de solo Dios, debe ser respetada y acatada por todos los estados y condiciones.

»No, no se verán ya más en la católica España los estragos funestos de la impiedad y de la rebelion. Los perversos de 1820, oprobio indeleble de la carrera de la fidelidad y del honor, vendidos vilmente al oro extranjero, expelidos de las filas de un ejército fiel, no volverán á atentar contra la seguridad de la monarquía. No, no se verán más confundidos entre viles revolucionarios ninguno de los que pertenecen á los estados y clases que heredan los deberes de constante lealtad al Rey, ántes de heredar privilegios y propiedades concedidos á antiguas virtudes y servicios, con la siempre existente condicion de continuarlos. No, no; el capitan general del Principado, los generales empleados en él, y los gobernadores de sus plazas, no dejarán ajar la parte de autoridad que el Rey ha dignado depositar en su fidelidad durante su real beneplácito.

. . . .

. . . .

»Los tribunales aplicarán sin contemplacion el justo castigo de las leyes á las excepciones del real indulto contra delitos y ofensas públicas, que errores políticos ni circunstancia alguna puede excusar; y los empleados en todas las

carreras se dedicarán por una conducta leal á poner á cubierto la responsabilidad de los que los han propuesto para los empleos que deben á la piedad del Rey.

»Pero si, lo que no es de esperar, dejase algun resorte de corresponder á su objeto, tengan por cierto los fautores de la rebelion de 1820 y los de las sediciones sucesivas que el Rey nuestro señor no necesita más que una señal de su real voluntad para que la España entera, católica y realista en su inmensa mayoría levante al momento su corazon leal y su esforzado brazo en defensa de los altares de San Fernando y de San Luis y del trono de Cárlos III, en que la Providencia se ha dignado colocar un Rey verdaderamente augusto, que no solamente reina sobre las Españas en virtud de la preciosa legitimidad que para la felicidad de los pueblos asegura los más augustos derechos al paso que marca todos los deberes; pero igualmente sobre los afectos de amor, de gratitud de todos los españoles, que sólo anhelan con su largo reinado su felicidad, la de la virtuosa Reina nuestra señora y de toda su augusta real familia.=Barcelona 19 de Noviembre de 1828. =El conde de España.»

Publicado este escrito, aparecieron varios impresos desmintiendo que hubiese en los procesos ratificaciones, confrontaciones, ni otro trámite que una simple declaracion, y mucho menos, careos ni defensas públicas ni secretas; añadiendo, que el pintor Magin Porta fué puesto en capilla en lugar de otro, á quien por una gran cantidad se le sacó de ella y libró pasaporte para el extranjero.

Á las ejecuciones del 19 de Noviembre sucedió el destierro de las familias de aquellos desgraciados, destinando, ademas, á presidio á otras muchas personas.

Todos creyeron que tales actos serian los últimos que afligieran el ánimo de los catalanes; pero el 26 de Febrero del siguiente año de 1829 volvió á retumbar en Barcelona el funeral estampido del cañon de la Ciudadela. Á poco, se ven pendientes del suplicio los cadáveres de cuatro desgraciados, de los once que acababan de ser *lanzados á la eternidad.* Distribúyese el periódico, corren todos con los ojos anegados en lágrimas á salir de la curiosidad, y por ver si está el nombre del padre, del hijo, del esposo, del amigo, el hermano... y vénse en sus páginas los siguientes: El teniente coronel, Don José Rovira; el de igual clase, D. Félix Soler; Joaquin Villar, pasante de escribano; José Ramon Nadal, corredor de cambios; Jaime Clavell, José Medrano, Pedro Pera, Sebastian Puig, Serra, Sanz, Pep Morcaire.

En otra manifestacion, parecida á la anterior, dió cuenta el conde de estas nuevas terribles ejecuciones. En tanto, continuaban las prisiones, y el terror y el sobresalto reinaban en la ciudad. Eran tan hondas las raices de la conspiracion? ¿Tan contumaces los rebeldes, que no bastaban estos horribles escarmientos repetidos? Serian los últimos? Desgraciadamente nó; y tener que continuar refiriendo tan trágicos sucesos, es nuestra tarea más enojosa y desagradable.

Para aumentar la triste situacion de los infelices presos, se les tapiaron los calabozos, so pretexto de que unos á otros se hacian señas. Por befa y escarnio obligaban cada mañana á los presos á que, rodeados de centinelas, sacasen los servicios de los calabozos y ellos mismos se hicieran la limpieza, para no dar lugar á que los presidarios dirigieran siquiera una compasiva ojeada sobre aquellos infortunados.

Creyóse, por entónces, que ya no haria más ejecuciones

el conde de España, y se trataba de aliviar la suerte de los presos; pero el 30 de Julio del mismo año 29 resonó por tercera vez el fatídico cañon, indicio del sacrificio; y á su estruendo, unido al de la fusilería que dirigió las descargas á las víctimas, quedaron yertos cadáveres D. Pedro Mir, Domingo Prats, Manuel Lopez, D. Antonio de Haro, D. Juan Crotet, Salvador de Mata, Manuel Sancho, Manuel Latorre y Pando y Antonio Vendrell, cuatro de los cuales fueron, segun costumbre, colgadcs de la horca.....

Llegóse á una época en que era expuesto hasta el interceder; se cerraron varios establecimientos públicos; y lo intenso del dclor tenía sumidos á los barceloneses en una especie de estúpido marasmo.

De vez en cuando se hacian remesas de presos á Ceuta, Tarifa y otros presidios. El depósito comun era la Ciudadela, en donde se les ponia grillete y cadena, rapada á navaja la cabeza, y entre multitud de bayonetas se les conducia al muelle, y sin permitirles dar el postrer adios á sus esposas, hijos, padres ó amigos, se les embarcaba, obligándoles á estar bajo escotilla.

Si alguno creyese que nos dejamos llevar de exagerados informes, y que faltando á nuestro propósito damos acogida á especies apasionadas, vamos á referir el siguiente hecho:

Sobre unos treinta individuos rodearon una noche la casa del teniente coronel indefinido D. Vicente Mayone, lo sacaron de la cama, registraron y se llevaron todos sus documentos, como reales despachos, diplomas, certificaciones y hasta las armas de su casa y ejecutorias de nobleza. Obligaron á él y su patrona á seguirlos, y por ser hora en que no podia pasarse á la ciudad desde la Barceloneta, su domicilio, los

dejaron en el cuerpo de guardia de la puerta del Mar, hasta el siguiente dia que fué puesto el teniente coronel en un oscuro calabozo, en donde habia varios malhechores que le obligaron á pagar lo que entre los truanes se llama la *manta*. Una estera que D. José N., alcaide entónces de las cárceles, le proporcionó, fué su único lecho por espacio de siete meses y medio.

La casa quedó cerrada y las llaves en poder de la justicia. Ni una triste camisa se le sacó durante los cuatro primeros meses para que se mudase; la miseria se lo comia, y mas de una vez se habria dado la muerte, pero le sobraba valor para sufrirla cien veces cada dia en aquel estado tan denigrante para un caballero de nacimiento.

Ántes de cumplir los cuatro primeros meses de su prision, como hubiese un dia visita general de cárceles, á la que asistió el conde de España, pidió Mayone se le oyera: le fué concedida la demanda, y presentándose ante el general, le dijo Mayone.

—«Pido que se me fusile; áun tendré valor para mandarme la escolta.

—»*Está usted muy desesperado*, le contestó el conde, *sosiéguese usted, sosiéguese usted. Ha sido usted militar?*

—»Soy un teniente coronel, y prefiero morir á verme mezclado y confundido con los asesinos. Cerca de cuatro meses há que estoy aquí, y todavía no se me ha tomado declaracion.

—»*Es falso*, dijo el fiscal.

—»Es verdad, replicó Mayone. Al quinto dia de mi prision vino usted, señor fiscal, es muy cierto; pero como se separase usted de los trámites legales, esto es, como usted me presentase una lista que contenia mas de cien individuos,

como usted queria á la fuerza que los conociese, que estuviese comprendido en las que usted dice sus maquinaciones, y como, en fin, me dijese que habia testigos prontos á declarar que yo, tal ó tal dia iba por la puerta de D. Cárlos con dos más, urdiendo tramas políticas, yo le pedi á usted desde luégo se me presentasen los tales testigos á ver si sostenian lo mismo delante de mí. Á esto contestó usted que bastaba que ellos lo dijesen y que no podian presentarse; y mi contestacion fué ésta: Sobreséase, pues, á mi declaracion; quede en este estado hasta que se me prometa el careo. Usted se despidió y no he vuelto á verle.

Despues han sido várias las instancias que he hecho á usted para que se le entregasen las llaves de mi casa al que cuida de traerme el alimento ó á mi sobrino (1); pero mis quejas han sido desoidas, *(volviéndose al general)* excelentísimo señor, teniendo yo tan buena cama y equipaje como V. E., estoy durmiendo en un mísero peludo, gracias á la caridad del alcaide, y lleno de inmundicia y miseria, sí señor, lleno de piojos, como V. E. ve (descubriéndose el seno, y enseñando los que discurrian por su camisa): *¿y esto es vivir, señor excelentísimo?* Venga la muerte, repito; fusíleseme, que yo mandaré la escolta: si soy delincuente, castígueseme enhorabuena; pero no se me condene á una muerte civil ántes de aparecer reo. Téngaseme seguro, es muy justo; pero hágase distincion entre mí y un salteador de caminos: no se hollen así las insignias, grados y distinciones que gané con mi brazo y el Rey se dignó conferirme.

—Basta, basta, dijo el conde; retírese usted: y usted, se-

---

(1) Joaquin del Castillo, quien publicó en 1835 estos hechos.

ñor fiscal, sufrirá ocho dias de arresto, y la causa pase inmediatamente á su compañero.»

Este acto hubiera honrado mucho más al conde, si el castigo impuesto al fiscal hubiera sido más completo, y al que por las leyes se habia hecho acreedor.

El nuevo fiscal adelantó el curso de la causa de Mayone, y fué á los tres meses puesto en libertad. Cuando se disponia á marchar á Teruel (para donde le habian dado pasaporte), volviéronle á poner preso en el castillo de Monjuich, en donde fué encerrado en uno de los más hediondos calabozos: la humedad y lobreguez de este sitio le produjeron una enfermedad que le causó la muerte.

Si no bastara lo que acabamos de referir de Mayone, otros muchos hechos históricos pudiéramos citar iguales, y áun mayores en lo horrible de los sucesos. Cuando se prendia á algun sujeto, no se sabia sino con mucho trabajo, y despues de incesantes investigaciones, su paradero: de aquí nacian gravísimos perjuicios al paciente, que ni áun podia recibir los escasos auxilios de una cantina, porque sus parientes ó deudos no se presentaban á salir garantes de los gastos. No temian los presos la cuchilla de la ley, sino la de la arbitrariedad, y preferian suicidarse á ser el vilipendio y juguete de sus enemigos. Así que, perdido en cierto modo el juicio, ó llevados de un impulso violento, intentaron darse la muerte quince de los encerrados en la ciudadela. Quién, desesperado hasta el último extremo, no hallando instrumento con que darse la muerte, se colgaba de una sábana; quién se agujereaba el cráneo dándose golpes con un clavo que habia por casualidad en la pared; uno se ahogaba con un hueso, y otro, en fin, se hizo una incision con un pequeño vidrio en

la garganta, y se desgarró la carne con los dedos hasta abrir una brecha suficiente para desangrarse. De los quince referidos, siete llevaron á efecto su trágico fin: los otros no pudieron lograr sus horribles intentos.

Se mezclaba á las personas de categoría y dignidad entre los ladrones y asesinos: á todos se rapaba la cabeza, cargaba de hierros y amenazaba con la muerte: jefes, oficiales, comerciantes y hasta el cura párroco de Puigber, el oidor de la audiencia de Cabello y el oficial de la antigua guardia, Mecina, hijo del general del mismo nombre, fueron tratados con el mayor rigor y menosprecio. Á este último se le dió por compañero de cadena un pito. Así hollaban, no sólo el carácter militar, el decoro de la magistratura, sino la dignidad del sacerdocio, por el que tanto blasonaba el conde, y del que se mostraba tan partidario, llegando su religiosidad hasta el punto de pasar largos ratos de rodillas en los templos con su rosario en la mano, obligando á los demas que lo llevasen al cuello, y prohibiendo al mismo tiempo gastar patillas crecidas y sacar fuera del corbatin los picos de la camisa.

El espionaje se encargaba á los que habian pertenecido á las filas revolucionarias del año 27. El teniente don Jaime Mas fué preso, y directamente desde su casa conducido á presidio con grillete y afeitada la cabeza, trabajando en las obras públicas con los presidarios. Despues de algunos meses, púsosele en libertad prévia una órden del conde de España, en la cual decia: «le tenía allí para unas averiguaciones, y se le dará el pasaporte para Daroca en clase de indefinido.»

Muchas de las condenas no decian la causa ni el tiempo que debian estar, y áun hubo sujeto á quien se le destinó á presidio en uno de los de Africa ínterin se sustanciaba la causa.

Las personas desterradas á seis leguas del radio de Barcelona, puertos, costas marítimas y fronteras pasaron de 1.800, muchas de ellas por ser familias de los condenados á destierro y que habian sufrido la pena capital.

Pero corramos ya un velo sobre tan trágicas escenas, y demos fin á la parte más enojosa de nuestra tarea; en la que más bien hemos contenido la pluma que dejádola correr é invadir terrenos que respetamos.

Ya era el conde de España gentil-hombre con ejercicio, y caballero profeso de la órden militar de Santiago; honrándole tambien el rey de las Dos Sicilias con la gran cruz de la Real y militar órden de San Fernando de Nápoles. Esta distincion le fué concedida cuando el rey de Nápoles vino á España, acompañando á Doña María Cristina, que venía á compartir el tálamo y el trono con Fernando VII.

En la alocucion que dirigió con este motivo al rey de las Dos Sicilias, despues de expresarse en términos generales y análogos á las circunstancias, emitia algunas ideas que no estaban en armonía, ni con sus precedentes ni con su conducta ulterior.

Hé aquí el contexto del párrafo á que aludimos:

«El pabellon de V. M. que tremola sobre este arco, con el real de España, enlazado con el de las lises, simboliza que entre los hijos de San Luis y los dignos sucesores de Enrique IV, Luis el Grande, de Felipe V, y Cárlos III, no hay Pirineos y que los lazos que unian la monarquía española al reino de las Dos Sicilias, antiguo y frecuente teatro de las glorias de las armas reales de España, se estrechan y vinculan con tan augusto y fausto himeneo.»

En 1830 enarbolaron algunos montañeses el pendon de

D. Cárlos, y el conde le abatió prontamente. De aquí data el odio que le tenian algunos realistas. El jefe de estas bandas, D. Manuel Ibañez, fué enviado al presidio de Ceuta por el conde. Á los ocho años despues ya veremos cómo se encontraron el juez y el reo, que, bajo el pseudónimo de Llarg de Copons, infundia el terror en las llanuras de Tarragona, durante la pasada guerra.

Comenzamos una nueva época. El 31 de Octubre de 1832 remitió el conde de España al Gobierno la copia de un escrito que circulaba en Reus y varios pueblos de la costa, conocidos, decia, por su adhesion á la rebelion de 1820; previno á las autoridades que se lo comunicaron instruyeran la competente sumaria para indagar su procedencia, que comprometia muy directamente la tranquilidad pública de aquella Provincia, *donde no se necesitaban cohetes de esta especie para excitar un incendio, difícil de apagar* (1).

En efecto; pero el incendio comenzaba ya, y el conde de España fué relevado de la capitanía general de Cataluña el 11 de Diciembre de 1832 por el teniente general D. Manuel Llauder. Llega éste á Barcelona el 19, en medio del regocijo

---

(1) El papel de que se hace mencion y obraba en el archivo del ministerio, es un convenio que se decia celebrado en Paris el 27 de Setiembre de 1832, por el conde de Ofalia, plenipotenciario de S. M. C. y de S. M. B. Mr. Candius, y S. E. el duque de Dalmacia, en que se trataba:

1.° La autoridad real en España, en lo sucesivo, conservara la denominacion de rey de los españoles.

2.° La Constitucion del año 12 será modificada.

3.° La nacion española reconocerá la independencia de las Américas, de hecho y de derecho.

de sus habitantes, que salian á recibirle, demostrando así la opresion en que habian vivido por espacio de cinco años y cuatro meses. El furor que sentian los catalanes hácia el conde de España no pudo ahogar su alegría; y en medio del júbilo, estalló el resentimiento de la venganza. El mismo Llauder contó así el suceso:

«..... Nada turbaba el general placer difundido por la ciudad, cuando un incidente inesperado y sugerido acaso con el siniestro fin de desacreditar la pureza de los sentimientos que demostraban estos vecinos en prueba de su gratitud á la Reina nuestra señora, vino á provocar una irritacion, que pudo tener funestas consecuencias, comprometiendo mi autoridad. Se conoce demasiado bien (y lo han confirmado ya legalmente várias soberanas declaraciones, que contienen la absolucion ó inocencia de muchos infelices) la violencia y arbitrariedad con que ha gobernado esta Provincia el conde de España, y que á los atropellamientos é ilegalidades, con que ha sumido en la miseria y las mayores amarguras á millares de familias, multiplicando suplicios, y llenando los presidios, no podia ménos de seguirse un profundo resentimiento, reprimido largo tiempo, que al fin habia de romper el primer dia que resplandeciese la justicia y la clemencia soberana.

4.° Habrá amnistía: sólo comprenderá el perdon de la culpa, la restitucion de bienes y honores. Siguen luégo 13 artículos orgánicos y dispositivos, en los que se trata de las córtes; de la ley sálica; libertad de imprenta; reforma administrativa; de hacienda; de estudios con la enseñanza mutua; expulsion de los jesuitas; extincion de realistas; establecimiento de la G. N.; indemnizacion por compra de bienes nacionales; extincion de monacales, etc., etc.

»Llegó para ellos el suspirado caso, y se contentaron con publicar vivamente su gozo, al verse acogidos bajo la augusta proteccion de nuestros reyes y señores. El conde de España, á pesar de haberme escrito el dia anterior de que no podia salir de casa, por hallarse convaleciente de una catarral y amago de dolor de costado, en este momento crítico de exaltacion salió á la calle, y en su tránsito hasta mi alojamiento oyó expresiones descomedidas, imposibles de reprimir entre una multitud sorprendida é indignada con la vista del autor de sus infortunios. Sus reconvenciones eran arrancadas del mismo dolor que habian sufrido, y se refiere que habia quien reclamaba al padre, al esposo, al hijo ó al hermano, los caudales consumidos con los procesos, ó en la sórdida avaricia de los agentes, y hasta quien le pedia las prendas de su mismo uso, vendidas para alimentar en las prisiones á las desdichadas víctimas de tanta arbitrariedad. Es indudable que en cualesquiera otros habitantes ménos pacíficos que los de esta capital, la presencia del conde de España habria producido un exceso más funesto; pero aquí no pasó de esta demostracion, que sentí vivamente no se hubiese previsto por los que mandaban, pues pudieron llegar á mayores desacatos, porque nadie pudo tampoco prever tamaña imprudencia; mucho más cuando se le acusaba públicamente de abierta rebeldía contra el Gobierno, y de que seguia prolongando los destierros y violencias, y desoyendo los clamores de tantas familias desgraciadas como pedian el cumplimiento de la bondad y beneficencia soberanas. El inmenso gentío que rodeaba mi casa, repitiendo las aclamaciones y cuanto acababa de oir, le impuso mucho temor y llenó de una pusilanimidad extraordinaria, sin embargo de que ya entónces ningun motivo habia, por

las enérgicas disposiciones que tomé al punto que ví su imprudencia y temeridad; y aunque contaba con esta seguridad, y pretendí que lo acompañasen mis ayudantes, no quiso salir hasta la noche, impidiéndome marchar á despedir las tropas que habian formado á mi entrada, y me esperaban en la muralla, suplicándome le permitiese ir á la ciudadela, porque no se creia seguro en otra parte, á pesar de que reinaba el mayor órden, y de las protestas que le hice de responder de su seguridad.

»Fué por último á la Ciudadela, y desde allí solicitó por escrito embarcarse para Mallorca, áun ántes de recibir la Real órden que le señala aquel destino, protestándome su eterna gratitud por mis disposiciones, y la proteccion con que hice respetar su persona, pues el Gobierno nada dispuso; conforme verá V. E. en la adjunta carta, que original acompaño, habiéndose hecho á la vela esta mañana á las cinco y media en la goleta de guerra Mahonesa.»

Sigue diciendo, que nunca ha resaltado más la cordura y juicio de aquellos habitantes; que hubo iluminacion espontánea en las calles y teatros, en donde fueron colocados los retratos de SS. MM., músicas y otras demostraciones de contento público sin la menor alteracion del órden. Que va recibiendo felicitaciones de los ayuntamientos, y que es general en toda la provincia el mismo contento; y continua: «Estoy reuniendo todas las reclamaciones que se me dirigen por las muchas personas que, habiendo sido expatriadas sin forma alguna de juicio, pedian volver al seno de sus familias: el conde de España lo habia rehusado, exponiendo en sus derechos negativos que esta clase de sujetos no estaban comprendidos en la amnistía y que tenía fundados motivos para mante-

nerlos en la expatriacion. Pedidos los antecedentes á secretaría nada parece; y el secretario dice que nunca ha constado cosa alguna, habiendo estampado los decretos por órden expresa del general; en cuya virtud le he pasado el adjunto oficio, cuya contestacion tambien acompaño, y por la que verá V. E. cómo elude satisfacer á los conocimientos que le pedia, diciendo tener sus papeles embarcados, como si fuese regular llevarse los papeles del destino como particulares; y lo propio he hecho con las Reales órdenes que hallo á faltar, habiéndome yo abstenido de otra reclamacion por delicadeza. Instruiré este expediente con la celeridad que conviene, pues por los datos que voy reuniendo, y noticias que he adquirido, no me queda duda de que se tramaba un golpe atrevido contra el Gobierno, cuyo plan, trazado de acuerdo con algunos conspiradores en esa córte, estaba á punto de realizarse para alzar de nuevo en Cataluña, y dar la señal, que aguardaban con impaciencia otros prosélitos que tienen en diversos puntos de la Península. Para esta infame traicion, se empezaba por despreciar á la autoridad real reduciéndola á nulidad de hecho: se colocaban en todos los mandos hombres tachados por sus ideas: se procuraba la instruccion extemporánea de los voluntarios realistas de Talavera, segun órden comunicada al gobernador en 9 del corriente; y al comandante de los de este instituto D. Baltasar España le habia dado el conde pasaporte para pasar á la montaña á los partidos de Piera, Manresa y Talara, con pretextos frívolos, pero con el verdadero fin de concurrir á la realizacion del proyecto que urdian, y que afortunadamente ha sido desconcertado por la lealtad enérgica de estos habitantes, y la sábia provision de la Reina Nuestra Señora, etc.»

No transcribimos las comunicaciones que cita Llauder, porque dando, como da, una idea de ellas, solo servirian para ocupar unas páginas que reclaman otros sucesos de importancia. Vamos á ocuparnos ahora de lo que Llauder trata como incidentalmente, y es de los intentos del conde para subvertir el órden público durante la enfermedad del rey, probados luégo por posteriores acontecimientos y declaraciones.

En efecto; poco ántes de estos sucesos llegaron á Barcelona varios emisarios carlistas, y se dirigieron al conde de España, por medio del gobernador de la ciudad el conde de Villemur, para comprometerle á no obedecer el decreto que mandaba jurar á Isabel como princesa de Asturias: le aconsejan fusilase á Llauder cuando se presentara á tomar el mando de Cataluña; que llamara á las armas á los catalanes, y reuniéndolos á las tropas de línea que tenía á su disposicion, marchar á Madrid á libertar á Fernando VII de la camarilla que, decian, le rodeaba.

«Nada, dice Lichnowsky, hubiera sido más fácil á España que la ejecucion de este plan: todos los gobernadores civiles y militares de la provincia eran su hechura: dos regimientos de guardias que estaban de guarnicion en Barcelona le eran enteramente afectos: los oficiales eran todos realistas, y los pocos liberales que se encontraban en los regimientos de caballería é infantería diseminados en la provincia, no hubieran osado resistirle.

El respeto profundo del conde por la autoridad del Rey, al que sólo restaba un soplo de vida y la delicadeza extrema de su conciencia, añade el autor citado, no le permitieron escuchar estas proposiciones. La ocasion única y el tiempo más precioso fueron perdidos.»

Llega el general Llauder, se insta nuevamente al conde, calla, entrega el mando á su sucesor, y se retira á Mallorca, como hemos visto.

El 19 de Enero de 1833, Mr. Enrique Wynne Aubrey, que á instancias del conde de España habia salido de Barcelona para Mallorca, pasa á visitarle á la casa de campo que habitaba en dicha isla. Le propone el conde le facilite medio de emprender su viaje para Génova, ó como más nos inclinamos á creer, por habérnoslo asegurado personas de crédito, el mismo Aubrey se lo propuso y lo proporcionó, así como los pasaportes para él y un cabo de la G. R. de infantería, criado del conde, que debia acompañarlo. Tenía pedido el permiso á S. M.; y sin esperarlo, y dejándose á su hijo en la isla, se fugó en la noche del 25 de Enero, á bordo de un buque sardo fletado al intento y con direccion á Génova, formándosele en su consecuencia el competente sumario. Sospechóse de la connivencia que pudo tener en la fuga del conde el brigadier D. Miguel de Cabra, jefe superior de la isla, y Llauder comunicó al Gobierno el bastante sentimiento que produjo el que por tal medio lograra el conde libertarse de los graves cargos que le resultaban, y de las consecuencias de las reclamaciones que se habian presentado á Llauder.

Si viviera el conde de España, nos hubiera dicho al hablarle sobre la época de su mando en Cataluña que cumplió con los deberes que le prescribian Reales órdenes, y era así; pues prescindiendo ahora de otras, en 9 de Setiembre de 1827 le decia el Rey «que le revestia de todo el poder de su autoridad real para modificar las sentencias impuestas á los delincuentes, ó para perdonar los rebeldes que por motivos de pública conveniencia y para mayor ventaja del estado

juzgase oportuno.» Esta autorizacion fué unida á la facultad de ofrecer premios y recompensas, proponiéndolas á su majestad, á la destitucion de los generales, jefes, autoridades y empleados de todos los ramos que no mostrasen la más activa decision en el círculo de sus respectivas obligaciones para contener y reprimir la rebelion; el mando en jefe de todas las tropas y de todos los V. R. del Principado, y la autorizacion para desarmar á los individuos ó cuerpos de V. R. que se negasen á hostilizar á los rebeldes etc., etc.» Tales fueron las facultades que el Rey confirió al conde; pero debe tenerse presente la época en que las conferia, que si acabada, no caducaron de hecho, debieron haberlo sido de derecho. Mal queria el Rey á los sublevados y áun á todos los catalanes, cuando delegaba todo el ejercicio de su real autoridad en un jefe militar poco predispuesto á la clemencia.

El 5 de Abril de 1833 salió de Génova el conde de España, embarcado para Marsella, en compañía del titulado capitan inglés Enrique Wynne Aubrey y el cabo de la G. R. que le acompañaba. El 7 arribaron á Marsella, y á los diez dias salió de este puerto con direccion á Montpeller; separóse en esta ciudad del inglés Aubrey, cuya constante y fiel amistad no le abandonó un momento, y se dispuso el conde para continuar su viaje á Tolosa, y Aubrey á Barcelona, de donde habia salido para poner en salvo á su amigo.

En cuanto Aubrey llegó á Barcelona, se le detuvo en la Ciudadela, miéntras declaró cuanto habia hecho por el conde, y se le expidió en su virtud pasaporte para Génova, con prohibicion de volver á España, conduciéndole bajo la salvaguardia de un coronel hasta la frontera de Francia.

La conducta del conde en su país no pasaba desapercibi-

da para nuestras autoridades, y hasta una entrevista que tuvo con el ex-ministro de Cárlos X, Mr. Villele, fué participada al Gobierno de Madrid por el capitan general de Cataluña el 27 de Abril; añadiendo en el mes siguiente, que Calomarde y el conde trabajaban infatigablemente para levantar gente con que introducirse en España, asegurando que contaban con siete millones de francos para alistarla y armarla; debiendo verificarse esta tentativa ántes del 20 de Junio próximo.

Justamente alarmado el Gobierno con tales noticias, no dejaba de comunicar sus temores al de Francia, interesado tambien en que triunfaran aquende los Pirineos las ideas victoriosas en Julio del 30. El conde y Calomarde eran dos decididos adalides del absolutismo; convenia imposibilitar los planes, que no habia duda fraguaban, y, al efecto, mandó internarlos. Pidió España le dejasen vivir en el pueblo de su naturaleza, cuatro leguas de Tolosa, adonde se fué interinamente y se le concedió despues residiera.

Tanto España como Calomarde habian menudeado sus conferencias con el ex-ministro Mr. Villele; lo que observado por la juventud tolosana y guardia nacional, llegaron á pronunciarse abiertamente en contra de los emigrados absolutistas, y hubieran sufrido algunos insultos á no dejar tan pronto la poblacion.

No era, sin embargo, el conde el enemigo que más debieran temer los liberales en cuanto á planes trastornadores. Trasladóse á su pueblo nativo, vivió en él con absoluta abnegacion de la política, y hasta oia con marcadas señales de disgusto á los que iban á participarle alguno de los infinitos proyectos que se elaboraban en el vasto taller de la insurrec-

cion carlista. No era en él olvidado su nombre; pero era un abuso usar de él. No creia esto el Gobierno, y le reconvenia oficial y extraoficialmente; y aunque jamás contestó el conde de este segundo modo, por juzgarlo *indecoroso* á su carácter, por ser los diarios un campo abierto á hombres de todas opiniones y partidos, creia más propio de su dignidad dirigirse oficialmente al ministro de la Guerra, protestándole de su inocencia; porque en el retiro absoluto en que vivia, ocupado únicamente en el cuidado de su quebrantada salud, sin haber tenido correspondencia con nadie, le habia dejado ignorar, hasta el recibo del oficio del ministro, *la atroz calumnia*, dice, que le atribuian, del proyecto de alterar el órden en la provincia de Cataluña. En efecto, ningun hecho probó la deslealtad del conde, y cuantos artículos se escribieron en la *Gaceta* de Langüedoc, acusándole como actor en todos los planes que se fraguaban, ó no eran exactos los cargos que se le hacian, ó si lo eran, no pudieron probarse, razon por la cual quedaba resplandeciente la fidelidad que el conde protestaba conservar al Rey, fidelidad tan invariable cual lo habia sido en su larga carrera, y cual lo *sería en todos tiempos y en todas circunstancias*.

Fuera de los desagradables ratos que producian al conde estas ocurrencias, vivia tranquilo en L'Isle en Dodon.

No bastaban al conde estas protestas para ser vigilado escrupulosamente; así lo pedia el Gabinete español al frances, quien por complacer á su aliado dió órden al conde para trasladarle á Blois, porque recorria con bastante frecuencia el territorio de Gers, dando ocasion á algunas sospechas. Consideraba el conde estos actos como la más palpable impotencia de quien los mandaba, y se enfurecia contra el gobierno de

Francia, que, por dar oidos á miserables sospechas, concedia una hospitalidad mentida, imitando á la diosa de la fábula que despedazaba á los huéspedes que atraia con halagos.

No le servia, pues, al conde protestar de su inocencia, y tenía que sufrir las humillaciones y vejámenes á que daban lugar las sospechas; los que ahora vivimos, no podemos formular cargos al conde de España por *sospechas*.

En tal estado de cosas, ya se ha dado cuenta en el curso de esta obra del principio de la guerra de Cataluña: se organizó algun tanto; fueron generales; murieron unos, se desvirtuaron otros, ya por falta de recursos administrativos, ya por no comprender el sistema de guerra que convenia en aquel país; y cuando se condolian de no tener un buen jefe, se reproduce el ruido de que un general encanecido en el servicio de las armas se encontraba en las fronteras de Francia con la órden de organizar un ejército y dirigir las operaciones; llenos de alegría y entusiasmo saben los catalanes que este general era el conde de España.

«Este es el solo que puede salvarnos, decian; él conoce el país y los hombres, nuestros derechos, nuestros usos, nuestras necesidades; sabe distinguir los buenos de los malos; en el largo tiempo que nos gobernó, no osó la revolucion levantar su cabeza y turbar el reposo y la prosperidad de nuestra provincia; protege la industria y el comercio; su presencia bastará para aniquilar la revolucion.»

El conde de España se encontraba, efectivamente, en la frontera de Cataluña, adonde le habian impulsado algunos soberanos, y especialmente el emperador Nicolás, que le tenía entrañable afecto. Esperó que un cuerpo navarro, mandado por el general Guergué, atravesara el Cinca para proteger

su entrada y sus primeras operaciones. Aunque achacoso y de una edad avanzada habia cedido el conde á las reiteradas instancias de D. Cárlos, unidas á las que hemos citado, y se decidió á ponerse á la cabeza de los catalanes. Un jóven español, Gil de Bernabé, muerto despues en Chiva, le llevó la carta autógrafa de D. Cárlos en la que le suplicaba no rehusase por más tiempo á sus ruegos, y obedeció. Guergué, en vez de facilitar la entrada del general, perdió el tiempo errando en el Mediodía de Cataluña: embarazando así la entrada por las noticias inexactas que daba de sus marchas, y para lo que se alejaba de los desfiladeros por donde el conde podia pasar. No ha faltado quien diga que Guergué habia recibido fuertes sumas de algunos jefes realistas para impedir la entrada del conde de España, que sabian bien estaba dispuesto á poner término á sus exacciones y arbitrarias correrías. No expresaremos el grado de certeza de esta acusacion; pero sí es cierto que Guergué señaló su estancia en Cataluña con una serie de desgracias y torpezas que no es de nuestro propósito detallar.

España, sin embargo, marcha para Cataluña, cae en poder de un destacamento frances que le escolta hasta Perpiñan, y desde aquí es conducido á la ciudadela de Lille; donde, careciendo hasta de lo más necesario, le servia de prision un pequeño y miserable cuartucho, vigilándole dia y noche los gendarmes. Su activo espíritu estaba ocupado por un solo pensamiento: el de escapar á tan humillante trato, para borrar la vergüenza que, siguiendo en él, afectaba á los contratiempos de su viaje. Queria engañar á sus guardas, y quitarles toda idea de la posibilidad de una fuga. Se finge enfermo, y tiene el valor de estar en cama *diez y ocho meses*,

dejándose crecer la barba y las uñas, no hablar, y pasar el tiempo entregado á la lectura y á la oracion. Ni escribia, ni recibia cartas, y encontró medio sin embargo de estar en correspondencia con el campo real carlista y con sus amigos de Cataluña. Continuaron por este tiempo las guerrillas del país, obrando aisladamente de su cuenta, sin jefe y sin obtener resultado decisivo: y como consecuencia de tal estado, se introdujo entre ellos la disension, porque cada uno pretendia ser el primero. Tratóse de poner término á este estado de cosas, enviando al general Maroto á Cataluña; á éste le sucede D. Clemente Sobrevias (a) *el Muchacho*, y ni él, Royo, ni Tristany, ni Segarra conjuraron una situacion que ya se iba haciendo desesperada. España era únicamente quien habia aprendido el arte de militar en Cataluña, y el más difícil de dominar las masas. Se presentaba el conde de España al baron de Meer. Las tropas liberales, fuertes en número y en valor, ocupaban las mejores posiciones.

En tan peligrosa situacion, se piensa sériamente en trabajar para libertar al conde. El de Fonollar, con reales y plenos poderes, llega á Lille en Junio de 1838. Todo se habia preparado para asegurar la fuga del prisionero. Algunos, que no es lícito nombrar, ayudaron con tanta destreza como valor á esta empresa difícil que se habia creido imposible. Pero el 26 del citado mes, el conde de España, acompañado del comisario de guerra Peralta, llega á Tolosa, adonde Fonollar le habia precedido.

Al siguiente dia, despues de cincuenta años de ausencia, reconoce el conde, por la primera y última vez de su vida, á *Foix*, lugar de su nacimiento. Entregóse luégo á un fiel y célebre contrabandista, y sobre sus espaldas atraviesa los pre-

cipicios de la Maledetta. El 1.° de Julio llega al valle neutral de la república de Andorra: el 2 fué recibido por el Ros de Eroles en el valle de Urgel, y el 4 hizo el anciano general su entrada en Berga, en medio de los gritos de alegría de los realistas catalanes. Su presentacion era, en efecto, un suceso de la mayor importancia.

Algunos carlistas, los prudentes, no veian tan lisonjero el porvenir que presentaba la venida del conde de España; y diremos por qué. Entre las personas á quienes castigó el conde en 1830, se hallaba D. Manuel Ibañez, jefe de una de las bandas llamadas entónces carlistas. Fué enviado al presidio de Ceuta, y cuando volvió tomó otra vez las armas por la misma causa y bajo el nombre de *El Llary de Copons* (1): era uno de los jefes más audaces, y el que llenaba de terror las llanuras de Tarragona.

Á la llegada del conde á Berga, se temia un conflicto peligroso entre ambos; tanto más grave, cuanto que se encontraba entónces á la cabeza de seis batallones, de los cuales uno, los guías del campo de Tarragona, contaban mil trescientos hombres. El nombramiento, pues, de su antiguo juez no parecia haberle sido muy grato.

Habia ordenado el conde á todas las fuerzas de Cataluña se reunieran á él; obedecieron, y ni Ibañez ni su tropa se dejaron ver. Cuando se comunicó á España esta desagradable noticia, no se apercibió en su fisonomía ningun signo de disgusto. Á la tarde siguiente, hace ensillar su caballo, y par-

---

(1) Se le habia dado el sobrenombre de *Llary* (largo en catalan) á causa de su talla de siete piés, añadiéndole el nombre de su nacimiento *Copons*.

te acompañado de algunos oficiales de su E. M. y de algunos miñones que le servian de guías. Corren durante nueve horas, atravesando arroyos, montes, y franqueando las crestas de las montañas. El general y los miñones, que corrian delante, conocian solos el objeto de la expedicion: nadie osaba interrogarle. Al salir el sol, llegaron á una casa aislada; entraron, parapetaron la puerta, y pasaron allí el dia. El general se acuesta y sólo se levanta al medio dia para tomar un poco de alimento, despues de lo cual se durmió de nuevo. En cumplimiento de sus órdenes, se le despierta al ponerse el sol, y vuelven todos á montar á caballo. Á la mitad de la noche atraviesan el fértil valle de Conca en medio de un sepulcral silencio, no atreviéndose ni áun á hablarse al oido los que acompañaban al conde. Á la aproximacion del dia se detienen en una llanura y se apean de los caballos. El crepúsculo matutino comienza á alumbrar una extensa llanura que se presenta á los ojos de aquella caravana como la vista de un precioso panorama: á sus piés se veia una poblacion de la que se elevaban espesas nubes de humo; algunas hogueras de trecho en trecho, al rededor de la villa, anunciaban un vivac. Pónese entónces á hablar alto un oficial de la escolta, y volviéndose el general dice con una calma imponente: «Haré fusilar al primero que pronuncie una palabra.» En seguida continuó sus indagaciones: nadie las comprendia. En fin, la aurora ilumina el paisaje con sus rosadas tintas, y distinguen todos un gran conjunto de tropa á un cuarto de legua de distancia. Óyese el toque de diana, y todo se anima: se escuchan órdenes dadas en alta voz: se formaron las tropas en cuadro, y todos dejan escapar un grito de sorpresa luégo que oyeron en buen catalan *Gorra* que eran carlistas. Mas nadie tiene tiem-

po para reflexionar; lánzase el general á caballo; le siguen todos á galope tendido á la pendiente de la montaña para detenerse al llegar al medio del cuadro.

Allí desciende España del caballo; se aproxima á un hombre de gigantesca talla apoyado sobre su sable y rodeado de una sesentena de oficiales; le abraza, y volviéndose en seguida hácia la tropa, les dice con una voz conmovida:—«Ved aquí el orgullo de la Cataluña, el mejor servidor del Rey y mi mejor amigo: ¡honor y gloria á D. Manuel Ibañez y á la division de Tarragona!—Y tú, hijo mio, dirigiéndose al coronel Ibañez, yo te nombro brigadier en nombre del Rey, y á vosotros, soldados, concedo la gratificacion de una semana de paga, porque vosotros servís á Cárlos V, y no á Cárlos con los cinco dedos.» Este juego de palabras tan ingenioso y significativo, acaba lo que el general habia tan bien comenzado. Resuenan estrepitosos gritos de alegría; é Ibañez, que sin duda algunos instantes ántes pensaba de otro modo, grita más fuerte que los demas y lloraba enternecido; sí, *el Llary de Copons* lloraba.

El conde de España, cuya emocion era la ménos séria, se repone el primero: se hace conducir un caballo y pasa revista á la division. Ibañez estaba á su lado, sobre su grande alazan andaluz, que hacía sobresalir más la singular estructura de este hombre atlético, á cuyos codos llegaban las cabezas de los demas que le acompañaban. Llevaba el gorro catalan, y su larga borla flotaba por detras; la zamarra y un pantalon guarnecido de cuero: una carabina pendia de la silla y un largo sable al lado. Su gran caballo se encogia bajo la presion de sus rodillas. Sus tropas no tenian aún uniforme: llevaban, á guisa de capotes, unos cobertores de lana rayados.

Recorrió el general lentamente las filas: hizo saludos numerosos y loó altamente la belleza y la fuerza verdaderamente notable de esta raza de hombres. Dispone el pago de la soldada y para los uniformes, añadiendo que los vestiria como merecian tan *buenos mozos*: colocándose despues en medio de ellos, les dirige estas palabras: «Bien, hijos mios, pero veo que no teneis bayonetas; y la bayoneta es el arma del valiente; los cartuchos se derraman y se inutilizan con la humedad, en tanto que aquella siempre permanece fiel: no os las puedo dar, pero el enemigo tiene muchas: nosotros iremos á buscarlas.» Nuevas aclamaciones interrumpen al anciano general. Ibañez le sigue sin tardanza con sus seis batallones: desde este dia pudo España contar con ellos y con su nuevo brigadier. Si hubiese tenido á Ibañez á su lado, dice un escritor, el horrible crímen de que fué víctima no se habria ejecutado.

Los primeros cuidados del conde fueron restablecer el órden y la disciplina en aquellas partidas desbandadas. La junta, que hasta entónces habia obrado á su placer con los comandantes generales, fué puesta, por una órden del Rey, bajo la dependencia inmediata del conde. Este la envia á residir á un pueblecillo colocado entre los cañones de Berga y su cuartel general de Caserras: estando prohibido á sus miembros alejarse de aquel lugar sin permiso del conde. Establecióse un órden severo en la Administracion y en la Hacienda, y se puso un término al vandalismo de los jefes de las partidas: siendo castigados algunos de una manera ejemplar, y reemplazados los otros por dignos oficiales. Las tropas recibieron uniformes y víveres: planteóse un sistema ordenado de contribuciones, y se vieron libres los pueblos de las vejaciones de una soldadesca desenfrenada.

Á pesar de las numerosas dificultades que se oponen á España y vence, para establecer un órden y cambios tan grandes, le basta su genio y tiene tiempo de ocuparse de los más pequeños detalles. No habia más que tres meses que este anciano gobernaba, cuando llega á Caserras y comienzan á mostrarse los frutos de su maravillosa actividad, que no continuó despues. Los correos que fundó para pasar el Ebro, sostenian una arreglada comunicacion entre Berga y Morella, y permitian al conde tener una activa correspondencia con Cabrera. Las operaciones de Cataluña tomaron nuevo aspecto, y eran ordenadas y militares: la provincia parecia renacer bajo este nuevo impulso; y el nombre del conde de España hacía temblar nuevamente á Barcelona.

Sin embargo de la posicion imponente que habia sabido tomar el conde de España, estaban muy léjos sus fuerzas de igualar á las de su enemigo. No poseia fuera de Berga más que dos puntos fortificados, San Lorenzo de Mornus, sobre la altura que limita el rio Salado, y el fuerte de Nuestra Señora del Ort en el Santuario. El ejército liberal ocupaba ocho plazas fortificadas, de la mayor importancia, numerosa artillería, y el baron de Meer, ademas, habia fortificado una extension de treinta leguas, casi todas las plazas marítimas y las poblaciones limítrofes al camino de Aragon á Barcelona. Cuatro fuertes columnas móviles liberales estaban prontas á cualquier operacion. En Agosto de 1838 se apoderó el baron de Meer de Solsona, en la que ni Urbiztondo ni Segarra habian pensado en poner el castillo en estado de defensa: España no tuvo tiempo para hacerlo, porque el suceso tuvo lugar á las cuatro semanas de su llegada. Afligido de este contratiempo, resuelve indemnizarse en la campaña de otoño.

Luégo que llegó á Caserras, formó tres cuerpos de operaciones y una division de reserva. El primero, mandado por Porredon, se componia de cuatro batallones, de los que uno ocupaba el cuartel general: los tres restantes, con su jefe, recorrian las fronteras del Alto Aragon.

El segundo, mandado por el coronel Castells, contaba cinco batallones; de ellos estaba uno en el cuartel general, dos en Berga y los otros en las montañas. El tercer cuerpo, bajo las órdenes del brigadier Ibañez (el Llary de Copons), era de seis batallones, que ocupaban las llanuras de Tarragona, parte, como hemos dicho, la más fértil de la Cataluña. La reserva, compuesta de seis batallones bajo el mando del brigadier Brujó, se dividia entre Berga, Vich y Gerona, donde estaba encargada de efectuar los reclutamientos: todas las fuerzas consistian en veintiun batallones. La artillería era escasa; fuera de los cañones que guarecian á Berga, San Lorenzo y el fuerte del Santuario, no habia más que ocho baterías movibles, dos morteros de siete pulgadas, cuatro obuses de cuatro y dos de bronce de doce libras. Esta artillería, desmontada por piezas, se trasportaba con mulos á través de las montañas. Dos compañías estaban encargadas de hacer el servicio, bajo el mando de un anciano teniente coronel. En un estrecho oculto en las montañas se estableció una fundicion de cañones que se barrenaban en Berga; más tarde se constituyó una compañía de zapadores. Doscientos caballos, mandados por el coronel Camps, componian la caballería: los soldados y el jefe formaban el cuadro más ridículo del mundo: el coronel, sobre todo, era un compuesto de perdona-vidas español, y de eso que los ingleses llaman *Hombug.* Su sable se componia de dos hojas soldadas, porque tenía por

muy ligera una sola para su mano. Ocasion hubo, y la contaba con una sangre fria imperturbable, en que, hallándose en una refriega, distribuyó tantos sablazos por espacio de algunas horas, que su mano se apretó de tal modo á la empuñadura, que fué necesario meterla en agua caliente para que la soltara.

Fuera de estos doscientos caballos de tan extraña apariencia, hubo en Cataluña, durante algun tiempo, dos brillantes escuadrones del regimiento de Tortosa, mandados por Beltran, enviados al conde por Cabrera.

Fácilmente se convendrá en lo difícil que era luchar con medios tan insuficientes contra las superiores fuerzas liberales, contra las decepciones, sin cesar renovadas, que inutilizaban los planes mejor combinados. Merece sin duda admiracion el mérito del general que emprendió en circunstancias tan desfavorables tan difícil empresa.

La vida del conde en el cuartel general era asaz monótona, aunque no reposaba un momento la actividad de su espíritu ni dejaba descansar á los demas. Acostumbrándose á sus ideas, algunas veces extravagantes, era fácil vivir con él; porque bajo un exterior severo no dejaba de ocultar nobles sentimientos. Habíase acostumbrado á reprimir todos los de su ternura, que consideraba como otras tantas debilidades. De este combate perpetuo entre sus destellos de bondad y lo que él miraba como un deber, nacian las contradicciones, que ademas de haber sido mal interpretadas por los extraños, le han hecho ser mal juzgado por cuantos se han ocupado de él. Sucedia frecuentemente que, despues de dispensar bondadosos favores, daba órdenes tanto más severas, cuanto se reprobaba los primeros.

«Tratábasele frecuentemente, dice Lichnosky, de mons-

truo, de bestia feroz, de tigre, prodigándosele tanto este último epíteto, que, habiendo leido un dia el conde en *El Eco del Comercio* que se daba este adjetivo á Palillos, dijo sonriendo: Véase una usurpacion, porque solo soy yo el tigre legítimo.—Fácil es, continúa el príncipe, descubrir el orígen de estas diatribas que todos los periódicos liberales de Europa han repetido hasta la saciedad contra todas las personas elevadas, especialmente cuando eran el instrumento de una justicia severa. Yo sé que por mi cualidad de carlista se me acusará de parcialidad; pero no se me negará que mi juicio sea independiente. Yo he visto al conde de España inexorable si se trataba de castigar el vandalismo, la insubordinacion, las villanías, la desercion, pero nunca le he encontrado injusto ni arbitrario. Aferrado á sus convicciones, ninguna consideracion, ningun ruego influia en él cuando se trataba de una cosa que miraba como un deber. Así castigaba más severamente á los oficiales que á los soldados, y su rigor se aumentaba segun la categoría del culpable. Daba á sus juicios la mayor publicidad para impresionar é imponer á las masas por el ejemplo. Tardaba en sus resoluciones; pero despues de pronunciarlas con voz firme, ya no habia apelacion y se ejecutaban.»

El siguiente suceso que refiere y nos han asegurado testigos oculares, comprueban las precedentes líneas. Denunciáronle unos paisanos que tres sujetos enmascarados, que presumian fueran oficiales calistas, habian sorprendido una noche várias granjas aisladas, y atando á sus habitantes á los árboles les obligaron con las más crueles amenazas á que les entregaran cuanto dinero poseian. Lleno de cólera, jura el general por Nuestra Señora del Monserrat hacer una ven-

ganza ejemplar; da al instante órdenes secretas al jefe de los miñones, y veinte de ellos fueron encargados de apresar á los culpables. Cuando partieron se tranquilizó algo; pero era tal su irritacion, que nadie osaba hablarle. Dos dias despues, condujeron los miñones á tres oficiales; uno era ayudante de Tristany; los otros dos tenientes de su partida; poco tiempo ántes les habia enviado el general en espectativa á un depósito. Reúnese al momento una comision militar; se les interroga, y convictos, son condenados en el acto. Envíales el conde un confesor, y al dia siguiente son fusilados en presencia de todas las tropas reunidas: él mismo asiste á la ejecucion con su estado mayor y todos los empleados. En el acto de irles á disparar, dirije á las tropas una corta alocucion; les cuenta la historia del crímen, y manda hacer fuego. Al caer las víctimas, se descubre, y volviéndose hácia su acompañamiento les dice: «Señores: oremos por las almas de los difuntos.»

Lo restante del dia lo pasó en grnn silencio. Viósele sentado al lado del fuego de la cocina; las lágrimas corrian por sus mejillas, y más de una vez se le oyó decir: «¡aún tres!»

Pocos dias despues conducen al campamento á dos que habian cometido algunos robos. Entre sus armas se encuentran dos cuchillos, dentellado el uno. Á la vista de esta arma prohibida, experimentó el conde un verdadero acceso de furor; hace tocar generala; forma el cuadro: colócase en medio al desgraciado poseedor del cuchillo, el cual se le ponen á guisa de mordaza, y se le condena á pasar diez veces por baquetas. Á las dos primeras vueltas cae medio muerto: ordena el conde le cure cuidadosamente el cirujano, y cuando se restableció fué fusilado.

Tan crueles escenas las tratamos con suma repugnancia,

pero atenuemos su horrible efecto con otras más gratas. Despues de la pronta rendicion de la guarnicion de Solsona, su jefe, el coronel Mondedeu, fué hecho prisionero y encerrado en el castilo de Barcelona.

Tratábase del canje de prisioneros, y la esposa de Mondedeu se arroja á los piés del conde de España, suplicándole comprenda á su marido en el canje; era ésta una jóven portuguesa de diez y seis años apénas, de arabesca fisonomía y de grandes y brillantes ojos negros; sus formas delicadas, su juventud, las lágrimas que vertia á los piés del anciano general la prestaban un encanto irresistible. Estaba España tan enmudecido como embarazado; la consuela del modo más afable, pero ella rehusa levantarse ántes de recibir su palabra de caballero; mas el conde eludia siempre contestarla, aunque con mucha dulzura; la colma de atenciones, la convida á comer, la da el brazo para conducirla á la mesa, la sirve él mismo de todo lo mejor con una verdadera galantería española, pero permanece inexorable. Cuando ella queria comenzar á hablar de su marido, la interrumpió diciéndola: «Evitadme por favor, señora, el dolor de renovaros mi negativa.»

Háse dicho que sufria el general en no acceder á los deseos de aquella mujer; porque, poniendo en libertad á Mondedeu, se hubiera visto obligado á formarle consejo de guerra y á hacerle pasar por las armas por su sospechosa conducta en Solsona, pues lo más dichoso para él era permanecer prisionero. Esto no se lo queria decir á su mujer.

El levantamiento del sitio de Morella, el triunfo de Maella y la toma de Caspe, habian dado tal preponderancia á Cabrera, que deseaba el conde de España emprender con él una grande operacion. Léjos de resentirse de esa rivalidad tan co-

mun, y á veces tan honrosa, de nuestros generales, experimentaba una viva satisfaccion cuando sabía las victorias del jóven guerrero. Á fin de Octubre le envia un oficial para convenir con él una reunion de los dos cuerpos de tropas y pedirle una entrevista, para la cual le escribe en estos términos: «Yo cuento tantos años de general como V. E. cuenta de existencia; esto no me impedirá ponerme con alegría y mis tropas bajo las órdenes de un general victorioso que la Providencia parece haber escogido para instrumento en la ejecucion de sus designios. Dos planes detallados van adjuntos á esta carta. En el primero, dos divisiones de Cabrera deberán pasar el Ebro cerca de Flix, volver á la izquierda hácia Lérida, y unida con una division catalana, que habrá ya tomado posicion sobre las alturas entre el Segre y Nogueras Rivagorzana, entrar en el Alto Aragon, y abrir una comunicacion con Navarra.

»El ejército enemigo mandado por el baron de Meer, el solo disponible en este momento, se verá precisado á oponerse á esta marcha; durante este tiempo España con otras tres divisiones caerá sobre sus comunicaciones. El segundo proyecto está, quizá, mejor calculado para el interes de las operaciones en Cataluña. Cabrera deberá pasar el Ebro por Xerta ó Mora de Ebro, caer sobre Reus, una de las ricas ciudades de la costa, que no está fortificada; reunirse allí á la division de Ibañez, y obrar en las llanuras de Tarragona. Ántes que el baron de Meer pudiese acudir al socorro, se habria apoderado, en rehenes, de los más ricos capitalistas, y recogido todos los pertrechos de guerra que se encontrasen en el país. España, por su parte, atacaria al baron de Meer, que no podria avanzar más que con una parte de sus fuerzas al socorro de Reus.»

La ejecucion de estos dos planes se frustró, quizá por la repugnancia de Cabrera á dejar con sus tropas la ribera izquierda del Ebro. Sus designios se dirigian constantemente sobre el corazon de la monarquía, sobre Madrid y sólo al fin de la lucha; cuando todo estaba perdido y habia que ceder á la necesidad, marchó á Cataluña.

Aproximábase el otoño, y con él, el momento escogido por el conde de España para comenzar las hostilidades. Pero faltó dinero; y sin detenerse por tal consideracion, pregunta al intendente la suma necesaria para el pago de las tropas, y promete reunirla. Envia á un oficial que conocia perfectamente el pais, acompañándole algunos otros con órdenes secretas. Parte esta tropa, y no se sabe de ella por espacio de diez dias. El undécimo vuelve á Caserras conduciendo dos caballeros poderosos que habian sacado una noche de sus casas situadas cerca de Zaragoza, nada ménos que á unas sesenta leguas de Caserras, y en medio de un país ocupado por las tropas liberales.

Estos prisioneros, Pitarco y Peralta, eran sujetos pacíficos que no habian tomado parte por ninguna causa. Recibióles cortesmente el general, que puso su mesa á su disposicion y les da dos miñones para servirlos y vigilarlos. Cuando le preguntaron la causa de su rapto, les dirige al intendente, añadiendo algunas palabras de sentimiento sobre las privaciones del ejército y la fuerza de las circunstancias. Declárales el intendente que mediante una suma de doscientos mil y pico de reales, que se les pedia á título de préstamo, y por la cual se les daba una obligacion en regla, pagadera por el Estado al fin de la guerra, se les libertaria.

No tuvieron más remedio los infelices aragoneses que con-

formarse con su triste é inevitable suerte, soportar este acto de vandalismo, y felicitarse de que no exigiera otra cosa de ellos el conde. Libraron sus letras de cambio sobre Barcelona á favor de personas seguras en Francia, y durante el tiempo que se realizaron lo pasaron en el cuartel general, comiendo con el conde y sin lamentarse de la manera tan extraña de realizar empréstitos.

El conde de España era inagotable en expedientes de este género. Decia, para excusarse, que mejor queria robar él mismo, con el fin de atender á las necesidades del ejército, que obligar á los soldados á hacerlo; y que era más equitativo exigir un empréstito forzoso de gentes ricas, que quitar el último abrigo de un pobre montañes.

En espiar á ciertos curas que, bajo la proteccion de las plazas ocupadas por las tropas liberales, se desentendian del pago del diezmo á los carlistas, experimentaba el conde un extraordinario placer. Ejecutaba con ellos una verdadera caza, sin que hubiera estratagema que no inventase para asegurarlos; y cuando se apoderaba de uno, no le soltaba ántes de haberle hecho pagar hasta el último maravedí de su deuda, á la cual añadia alguna gratificacion para los soldados.

El cura de Valsaren fué una de las víctimas de este género. Este eclesiástico contaba bajo la proteccion de las tropas de tal derecho, y ya hacía años que no satisfacia el diezmo. Tuvo un dia la imprudencia de ir á visitar á un cura vecino que celebraba la fiesta del patron de su iglesia; y al estar todos los convidados en la mesa, rodea la casa un destacamento de caballería y se apodera del desgraciado párroco de Valsaren para conducirlo á Caserras. Trátale España con mucho miramiento, declarando no era de su competencia el deli-

to, por lo cual le sometia al tribunal eclesiástico. El vicario general Sort y el canónigo Torrabadella, compañeros eclesiásticos ordinarios del general, se ampararon de su cofrade recalcitrante y le condenaron, no sólo á pagar las contribuciones atrasadas, sino por la pena de su descuido le impusieron una de doscientas camisas y otras tantas blusas para los soldados carlistas. No limita á esto el conde su venganza; cuando el cura hubo saldado su cuenta, hizo insertar en un periódico de Berga, *El Restaurador Catalan*, que el párroco de Valsaren, aunque rodeado de rebeldes, y con el fin de acreditar su afeccion á la causa realista, habia acudido voluntariamente al cuartel general para pagar sus contribuciones y ofrecer un don gratuito al ejército real. Haciendo observar al conde algunas personas los graves perjuicios que ocasionaria al cura este artículo leido por los liberales, respondió que un prelado revolucionario era un loco ó un monstruo que no merecia sentimiento ni piedad.

El 4 de Noviembre, aniversario del nacimiento de D. Cárlos, fué fijado por España para su partida de Caserras. Habiendo recibido algunos dias ántes la nueva del matrimonio del príncipe con la princesa de Beyra (20 de Octubre de 1838), celebróse un *Te Deum* por órden del conde, y pasó una gran revista en honor de este suceso, aprovechando esta ocasion para dar libertad á los prisioneros que llenaban las prisiones de Berga y Caserras; prisiones convertidas en otras tantas ciudadelas inquisitoriales; pues no concibiendo el conde el gobierno sin el terror, era tal el que habia introducido ya en las filas, que hasta los mismos jefes, léjos de mirarle como á su compañero superior, le prestaban esa forzada obediencia que nace de una terrible necesidad.

Al dar libertad á los presos, les hizo comparecer á su presencia formándolos en línea, y rodeado de su estado mayor la recorre de uno á otro extremo, interrogando á cada uno de aquellos ciento cincuenta y seis infelices. La mayor parte de éstos eran alcaldes y paisanos que no habian pagado las contribuciones. Entre ellos se encontraba un anciano de noventa años, acusado de espionaje, y le dice: «Padre mio, estais muy cerca de la tumba para haceros culpable de malas acciones: mirad por vos y rogad á Dios, que os valdrá más.» Tres muleteros que habian desertado con sus mulas cargadas de municiones de guerra, fueron condenados á recibir cada uno cien palos que les aplicaron en el acto. Entre los prisioneros habia algunas mujeres que las acusaban de mala vida: manda las afeiten la cabeza y enviarlas más allá de los puestos avanzados. Por último, en este breve y original juicio, que se imponian sentencias al capricho, no faltaron sus respectivos fusilamientos, pereciendo tres infelices despues de haberlos hecho pasar por delante de las tropas, ostentando una placa, sobre la que estaba escrito su delito.

Al salir España de Caserras, le acompaña su E. M. y algunos miñones. Dirígese á la altura llamada Monblanch: llega por la tarde á un largo valle, donde encuentra seis batallones, cinco piezas de campaña y ciento veinte caballos que vivaqueaban. El conde establece su cuartel general en una venta aislada que se encontraba en medio del valle. Encendieron las tropas grandes hogueras sobre las alturas, y cocieron su comida en las marmitas que el general habia hecho recientemente distribuir, una para cada doce hombres. Á las siete del siguiente dia deja el conde este vivac; y atravesando la rica llanura cortada por numerosos canales de regadío,

Gargalia y Sorba, marchó á lo largo de los límites de la Ayguadora, y se presenta á poco delante del camino de Cardona á Solsona, donde sabe se trataba de atacar á una columna enemiga encargada de conducir un gran convoy á este último punto. Las operaciones que á este fin se emprendieron, y su resultado, expuesto queda ya en la narracion de campañas de este libro.

Aburrido España de tan desgraciado éxito, tenía aún la esperanza de batir al enemigo á su vuelta, cuando se introdujese en los desfiladeros. Queria el conde poner á prueba la obediencia de Ibañez y Porredon, y convencerse de la exactitud con que llenaban sus órdenes cuando les mandase acudir á una hora fija del punto más lejano de la provincia al lugar designado. Ninguno de sus antecesores lo lograra. Marcha el conde atravesando el puente de Golorous: traspone una escarpada pendiente, y, pasando á la vista de Solsona, delante de la rectoría de Riné, va á acampar á una planicie rodeada de árboles que la naturaleza parecia haberlos expresamente destinado para ella. El castillo de Martina, con sus vastas dependencias, recibe al general. Los zapadores que llevaba el conde talaron la mitad del bosque para hacer fuego. Gustaba España de hacer vivaquear á sus tropas; pero en cuanto á él, sus reumatismos y el temor de un acceso de gota le obligaban á guarecerse durante la noche.

Ibañez y Porredon llegaron con puntualidad al castillo: el conde les abraza tiernamente haciendo el mayor elogio de su exactitud. Curioso era de ver el respeto y atencion con que el *Llary de Copons* escuchaba al general. Su gigantesca estatura contrastaba notablemente con la gruesa y corta de Porredon, cuyos pequeños ojos inquietos expresaban la descon-

fianza. Acompañaban á Ibañez dos ayudantes tan altos como él: á Porredon le seguian sus tres hijos, que en todo se le parecian,

Dspues de un corto desayuno se pusieron todos en marcha. Á una legua del vivac, cerca de Treysinet, encontraron la caballería acampada sobre una llanura. Reunido el grueso de tropas, componian nueve batallones y cuarenta caballos, que hacian un total de unos cinco mil hombres. Á poco llegan cerca de Cardona, el sitio más fuerte de la Cataluña. Erigida sobre una cima aislada, Cardona, que domina el país, es la llave de toda la cadena de montañas.

El jefe del estado mayor, coronel Perez Dávila, que habia sido comandante de Cardona en tiempo de Fernando VII, estaba encargado de sacar el plano de esta fortaleza, cuando llega un destacamento de caballería de Cabrera, escoltando tres individuos montados en mulas. El uno de ellos, anciano de ochenta años, era Marcó del Pont, ex-consejero de Hacienda, que despues de estar oculto en la pequeña isla de Tabarca, se dirigia al campo real carlista.

Construyeron los zapadores barracas, y las tropas vivaquearon por la pendiente de la Sierra que da frente á Cardona. Centenares de hogueras se encendieron durante la noche, y dos cañonazos tirados en la ciudadela anunciaron la presencia delos carlistas: el silencio de la noche permitió oir retumbar en toda la comarca el ruido de los cañonazos, repetidos cien veces por el eco de las montañas que se destacaban en el horizonte, distinguiéndose sobre el fondo del estrellado azul del cielo las gigantescas crestas de Monserrat, que dominan las montañas y sierras que los rodean. Las tropas se formaron en órden delante del vivac: sonaron los tambores; hiere la

música el aire con bellas armonías: lánzase entónces el conde ante sus soldados, y les dice descubriéndose la cabeza: «Catalanes, invoquemos á la patrona de nuestro país, Nuestra Señora de Monserrat.» En aquel momento era solemne el espectáculo. Casi al mismo tiempo, sobre las alturas que limitaban el horizonte que distinguian los carlistas, entre Adrall y Suria, vieron numerosas líneas de fuego: eran las señales de los somatenes, que, armados de escopetas, lanzas, sables, respondian en número de 10.000 hombres á la llamada del anciano brigadier Samso, y se reunian en una direccion opuesta á la del conde, para cortar la retirada al enemigo y las comunicaciones entre Cardona y Manresa.

Despachos interceptados al baron de Meer anunciaban que un considerable cuerpo de tropas debia desembocar de las llanuras de Barcelona y dirigirse por San Pedro y Suria para conducir á Cardona las piezas destinadas á servir en las próximas operaciones. No quedaba duda al conde de que se trataba de sitiar á Berga.

Destacamentos enteros se pasaban en tanto á los carlistas: uno de diez y ocho hombres del regimiento de Albuera se presentó con su oficial, armas y bagajes.

El 11 de Agosto se dió la órden de marchar á la villa de Gargalia, donde se hizo alto. Era un domingo; las tropas formaron cuadro, en medio del cual se colocó un altar portátil, donde celebró misa el vicario general. Continúase el camino á Canadús, notable granja situada á dos leguas de Berga, donde se pasó la noche. El 12 por la mañana atraviesan el valle del Llobregat, dejando á Berga y Caserras á la izquierda, y al medio dia llegan á Puigreig. Los vastos edificios del priorado de Malta sirvieron de alojamiento al ge-

neral, á su estado mayor y á los miñones: seis batallones construyeron barracas en el valle estrecho que de Puigreig se extiende hasta Valsaren. Formaban las barracas dos largas calles estrechas y dos plazas, que vistas desde una altura y distancia conveniente presentaban una vista pintoresca, contribuyendo á hermosearlas las ramas de abetos que cubrian las barracas.

Persuadido estaba España que tentaria el enemigo un ataque sobre Berga, y por esto tomó la posicion de Puigreig, que domina la llanura de Llobregat, y el camiuo que conduce de Valsaren á Berga. La division de Porredon fué enviada á Gironella, tres leguas de Berga: Ibañez, con sus seis batallones, se acantonó en Caserras. La falta de caballos obligó al conde á cuidar particularmente de su caballería, que no dejaba vivaquear, y se alojó en el mismo Puigreig. La concentracion de tantas fuerzas hubiera sido de un aspecto magnífico, á no haberse presentado el triste espectáculo de las ruinas que cercaban á Berga en una legua á la redonda.

Juzgó necesario España demoler todos los edificios que rodeaban esta fortaleza, y que hubieran podido ofrecer un refugio á las tropas liberales en la estacion que ya avanzaba. Esta rigurosa medida, justificada por la necesidad, sumergió en la mayor miseria á numerosas familias que veian desesperadas la destruccion de sus bellas y sólidas casas. Aquellas pobres gentes, con los ojos arrasados en lágrimas, acudieron al general, diciéndole el que llevaba la palabra:—«Nosotros somos carlistas tan fieles como V. E.; yo he nacido en ésta, que era la de mi padre y la de mis abuelos, lo mismo que mis cuatro hijos, dos de los cuales han muerto en el servicio del rey, y los otros dos sirven en las filas carlistas. Si el enemigo

viniera á alojarse en ella para sitiar á Berga, yo mismo la prenderia fuego; pero vos, vos no podeis hacerla demoler porque es una casa carlista; debe ser sagrada, y si vos poneis la mano, es un sacrilegio, el cual os castigará el cielo.» Estas palabras, que parecian proféticas, pronunciadas con seguridad y firmeza por un anciano sin miedo y frente á frente de un hombre tan temible como el conde, no le produjeron el menor efecto, y la órden no se revocó. Su ejecucion llenó de espanto á toda la comarca, que ya iban empezando á mirar al conde, no como á su libertador, sino como á su destructor.

Permaneciendo en el priorado, despierta una noche en la mitad de ella, y despues de una larga conversacion con un viejo y buen espía, le dió veinticinco onzas de oro, y le envió á buscar al brigadier Brujó, que se hallaba en Vich con la reserva. Llega al siguiente dia Brujó: le manda el general situarse en Avia, á un cuarto de legua de Berga: toda la guarnicion, desde el gobernador Pons hasta el último tambor, recibe órden de salir de la villa; de modo que por espacio de una hora permanece sin ningun soldado. Luégo que todas las tropas se formaron en el glacis, el conde de España, rodeado de sus oficiales, manda al coronel Pons dar las llaves de la ciudadela al jefe del E. M. Dávila, é irse con sus tropas á Puigreig. Diez minutos despues, el coronel Brujó entra en Berga en calidad de gobernador.

No se ha sabido la verdadera causa de esta pronta medida, pero es de presumir que España tenía sus razones para suponer inteligencias con los liberales, y que estas suposiciones, muy vagas para que recayese el castigo sobre los culpables, exigia sin embargo alejarlos de una plaza tan importante.

Efectuó el conde algunos movimientos, y despues de unos dias se dirigió hácia Monblanch. Tres batallones de la vanguardia, mandada por el coronel Pons, iban cerca del general, y á corta distancia avanzaba Porredon con la primera division. La discipilina, desconocida algunos meses ántes, estaba tan bien establecida entónces, que no habia que castigar el menor desórden. Al llegar á Naves, se hospedó España en una casa de nobles; familia que habia dado un obispo y muchos canónigos á Solsona. El hijo del anciano hidalgo, que era sacerdote y vivia retirado con su padre, celebró al dia siguiente el sacrificio de la misa en una linda capilla dentro de la casa, poniéndose el conde en marcha despues de este acto. Atravesó el puente de Olius, y franqueó el Cardenet, haciendo alto al medio dia frente á una casa dedicada á San Miguel; pasa luégo una estéril llanura á tres cuartos de legua de Solsona; se dirige hácia el Norte descendiendo al valle de Timoneda; costea durante una hora el rio Salado; pasa la noche en su ribera, y va al dia despues á la inmediacion del Segre, la parte más selvática de Cataluña.

Llegó el conde á Orgañá, el punto principal de los carlistas en aquel país. Allí recibió una diputacion de la República de Andorra, la más pequeña de Europa, reconocida por César, Carlo-Magno, Napoleon, etc. El síndico de los andorranos acudia á excusarse de las tendencias liberales que habian mostrado en muchas ocasiones, no obstante la neutralidad que estaban obligados á observar. El obispo de la Seo de Urgel es el señor feudal de esta República. La confirmacion de sus privilegios se hizo en nombre de D. Cárlos por el conde de España, que recibió al mismo tiempo el pequeño tributo que paga. Aprovechando España su presencia, les amenaza

aniquilar su valle y exigir una gruesa contribucion, si continuaban obrando de un modo contrario á deberes de la neutralidad, terminando con estas palabras: «Conduciros mejor en lo sucesivo; si no, iré y os cortaré á todos la cabeza, sin pedir permiso á vuestro co-señor el rey de los franceses, el amado primo y amigo del rey mi señor.»

Por la tarde muchos alcaldes de los pequeños comunes, ocultos en las montañas, se presentaron á demostrar sus simpatías por la causa realista, y pidieron al conde la confirmacion de sus antiguos privilegios.

Recibiólos de la manera más afable, conversando largamente con ellos en dialecto catalan, que le hablaba perfectamente. Medio cierto de hacerse popular y que ninguno de sus predecesores habia poseido: bien sabido es el espíritu de provincialismo de los habitantes allende el Ebro.

Durante la ronda que el general tenía la costumbre de efectuar por la tarde, aconteció un suceso que le granjeó la popularidad de los soldados. Lamentáronse varios de éstos de la mala calidad del pan y le enseñaron unos pedazos. Llama al comisario y el panadero del batallon, y les impone en castigo comer por espacio de una hora cada uno cuatro libras de aquel pan. Un miñon se colocó al lado de ellos para que la providencia fuera puntualmente ejecutada. Los lamentos y los gestos de los culpables, miéntras tragaban aquella pasta indigesta, eran verdaderamente cómicos. El comisario suplicaba se le permutase el castigo por dinero, y el panadero que preferia los palos. Contestábales el conde que uno y otro castigo les sería impuesto; pero ante todo era necesario que tragasen el pan. Los infelices apuraron el cáliz de amargura hasta las heces.

El 1.º de Diciembre sale de Orgañá, y pasan todos á pié un pico de granito, sobre el cual está construida la ermita de Santa Fe. Despues de dos horas de marcha se desayunaron en la rectoría de Cabo; sitio agreste y horroroso por la inmensidad de sus peligrosos abismos, en los que padecieron horriblemente, perdiéndose caballerías que caian de una altura de quinientos piés, estropeándose hombres; y despues de una hora de descanso en medio de tales precipicios, continuaron su trabajosa marcha por senderos impracticables, por cimas cubiertas siempre de nieve, y llegaron á Sort, poblacion considerable donde se estableció el cuartel general.

El ayuntamiento y muchos de sus habitantes salieron al encuentro de España, recibido á la luz de numerosas antorchas. En este sitio era donde debian comenzar las operaciones militares, y donde efectivamente comenzaron; siendo de ellas testigo el pintoresco valle de Aran, situado sobre la pendiente N. de los Pirineos.

Narradas ya en esta obra las acciones y demas hechos del conde de España hasta el tiempo de su trágico fin, daremos cuenta de él, tratando de investigar las causas que le produjeron.

Perdido el prestigio del conde, se juzgaba una necesidad su relevo. El medio de efectuarlo dignamente era el que traia inquieta á la Junta de Berga. Tratóse, primero, de reunir los ejércitos de Cabrera y el conde, dándole al primero el mando en jefe, por mayor actividad, y que el segundo, tan á propósito para la organizacion, quedase de jefe de estado mayor general, con facultad de residir en el punto que mejor le pareciera. Se pensó en la realizacion de este proyecto, conviniendo en que Cabrera pasase de Aragon á Cataluña con objeto

de tener una entrevista con el conde de España en Berga ó en sus inmediaciones, en cuyo momento le nombraria la Junta comandante general del Principado. Salieron comisionados á Cabrera con estas instrucciones; pero atajaron al caudillo las tropas liberales, y se frustró su llegada. La situacion se hacía sumamense crítica; nadie sabía cómo pensaba el conde, que permanecia en la inaccion: se decide á hablarle el intendente Labandero, y le contestó así:

«Nosotros nos sostenemos aquí, porque Espartero quiere: si éste fuese militar, ni Cabrera se hubiera podido sostener hasta esta fecha en Aragon, ni nosotros en Cataluña.

»Espartero quizá podrá tener otras miras que acabar con la guerra civil; pues si únicamente fuesen éstas, con sólo que hubiese mandado un cuerpo de ejército por el Alto Aragon, y hubiese formado una manga desde la alta montaña al llano, puesto en combinacion con las fuerzas que tienen en el Principado, no hubiésemos podido resistir reunidos en masas ni en batallones. El país no está para sufrir otra guerra de guerrillas; y no hubiésemos tenido otro remedio más que retirarnos á Francia: en seguida, esta misma fuerza podia haberse posesionado de la orilla derecha del Ebro; y atacado por el otro cuerpo de ejército Cabrera, sin detenerse Espartero á batir á Morella ni ninguno de sus muchos puntos fortificados, se hubiera visto en la precision de disolver sus fuerzas: su retirada hubiera sido muy expuesta; y entónces sus fuertes se hubieran rendido á discrecion, sin necesidad de batirlos ni perder gente. Este señor no lo ha hecho así; ha querido marchar con todo su gran ejército reunido sobre Aragon; tiene que habérselas con el insigne Cabrera ántes que con nosotros; miéntras no veamos cuál es el resultado, que á

fe mia no será muy placentero, nosotros podemos permanecer aquí entreteniendo el tiempo. Cuando Espartero nos venga á visitar, si es que ántes no manda algun refuerzo más que nos haga andar ligeros, entónces veremos el plan que debemos adoptar. Yo, por mi edad, ni por mi posicion y categoría, estoy en el caso de hacer la guerra de montaña; interin pueda tener las fuerzas reunidas, permaneceré á su frente; pero el dia que haya que hacer la guerra de guerrillas, reuniré á todos los jefes, les hablaré cual corresponde, entregaré el mando al de mayor graduacion, y me retiraré al valle de Andorra hasta ver el final. Si quieren consultarme algo y valerse de mí estos señores, allí me tendrán, y si no, harán lo que gusten. Aquí tiene usted mi opinion y mi resolucion en pocas palabras.»

Ya por este tiempo habian escrito al conde repetidas cartas, pintándole con exactitud la deplorable situacion de la causa que defendia y aconsejándole se retirara á Francia; pero de ninguna hizo el menor aprecio, y mucho ménos de las proposiciones que le fueron hechas para entrar en convenios más ó ménos admisibles.

Narremos ahora horribles sucesos. Ninguna consideracion detendrá nuestra pluma, y sólo atenderemos á pasar por ellos como sobre ascuas, sin embargo de tener que ser más extensos de lo que deseáramos, ya por la importancia del asunto, ya por los documentos notables é inéditos que tenemos en nuestro poder y de que vamos á hacer uso.

Estamos en Octubre de 1839. Despues de las operaciones de Moyá y de los acantonamientos de Prats de Llusanés, regresó el conde á Berga sobre el 20 ó 21. Ocupóse con el intendente en preparar la defensa de Berga, que parecia ser amenazada por Van-Halen. La Junta gubernativa en tanto prepa-

raba la célebre sesion del 26. Dispuso acudir á ella el conde, como presidente de la misma, y reunido con Labandero, le dijo en cuanto estaban prontos los caballos: «Intendente, vamos á ver á nuestros queridos colegas.» Y echaron á andar; mas al llegar al recibimiento, se dirigió el conde á un balcon, donde estuvo reconociendo la gente que se habia reunido alrededor de los caballos, sin duda para verle salir; y llamándole la atencion un hombre alto, vestido de negro, con balandran del mismo color, que denotaba ser eclesiástico, le preguntó quién era y qué buscaba allí. Este le contestó que era un monje del monasterio, hermano de una pobre viuda ya de edad que tenía dos hijos, el uno sirviendo de voluntario desde el principio de la guerra, y el otro, á quien acababa de tocar la suerte de reemplazo, tambien habia ingresado en los batallones; que iba á saber si habia tenido alguna resolucion de S. E. la solicitud que habia presentado en nombre de su hermana, rogando á S. E. se dignase conceder la licencia absoluta á uno de sus dos hijos para que continuase con la labranza.

El conde, incomodado, le contestó con fuertes gritos que aquellos no eran negocios que pertenecian á un religioso; que se fuese de allí inmediatamente. Obedeció, y el conde llamó á un cabo de mozos y le dió la órden de seguir á aquel hombre de cerca, y en el primer portal donde se metiese que le registrasen de piés á cabeza. El cabo cumplió la órden, y nada le halló. Referimos este episodio, porque desde pocos dias ántes hacía el conde lo mismo cuando montaba á caballo.

Salió España de Berga con direccion á Avia, donde se celebran las juntas. Á más del Sr. Labandero, acompañaban al conde uno de sus ayudantes y la escolta de mozos de escuadra y cosacos de caballería que ordinariamente le seguian. En

festiva conversacion llegaron á la casa de la rectoría, donde se celebraban las sesiones.

Ántes de que ésta comenzara, medió en una de las piezas inmediatas el siguiente diálogo entre el Sr. Torrabadella y el intendente, diciendo aquel: «¿Sabe V. que tenemos la órden para la destitucion del conde, y que esta tarde se le va á comunicar?—Cómo! ¿qué es lo que V. me dice, Sr. D. Bartolomé? Cuándo ha llegado esa órden? ¿Quién la ha traido, y cuándo y por qué conducto se ha pedido?—La Junta se la ha pedido á S. M.... ¿Se acuerda V. cuando, á mediados del mes pasado, la Junta acordó hacer la exposicion á S. M. por las ocurrencias de Navarra y Provincias Vascongadas, para cuya comision se nombró al Dr. Espar? Pues bien; entónces, apro vechando tan buena ocasion, hicimos otra, bajo juramento de no revelarlo á nadie, pidiendo la destitucion del conde. Y el comisionado Espar ha sido tan puntual en el desempeño de su comision que me ha escrito varias veces, y últimamente lo ha hecho desde Tolosa y Andorra diciendo que, seguros de estar extendidas y en su poder las órdenes, podemos proceder á la destitucion del conde en los términos y forma que mejor parezca á la Junta, y hemos acordado que se le comunique esta tarde.—Por Dios, señor D. Bartolomé, miren ustedes lo que hacen, no nos expongamos á nuevos conflictos.—No, no tenga usted cuidado; todo está ya dispuesto.—¿Y quién le va á comunicar la órden de su destitucion, y en qué forma han acordado ustedes hacerlo?—Se ha comisionado á Ferrer para que se lo haga saber; y en el caso de no querer obedecer ó tratar de echar mano á la espada y querer atropellar á la Junta, se ha dispuesto que Ferrer de un lado y Orteu de otro le agarren los brazos, y entren tres ó cuatro mozos de escua-

dra para obligarle que cumpla con las órdenes superiores.»

Despues que esto se hubiera efectuado, habia dispuesto la Junta se le condujera, escoltado de una buena partida de mozos de escuadra de los de la Junta, al valle de Andorra, para cuyo punto saldria aquella misma noche acompañado del Dr. Ferrer, á quien igualmente se habia dado esta comision.

El Dr. Ferrer circunvaló de centinelas el local de la Junta, sin permitir á nadie la salida. Comenzóse la sesion, tratando sobre ciertos puntos de administracion, y como ya estaban de acuerdo los individuos de la Junta, aprovecharon una favorable ocasion, y el vocal Ferrer, que habia entrado en la sala con un primo suyo y un hombre armado de carabina, agarró con su mano izquierda la derecha del conde y con la derecha le tapó la boca; el primo le quitó el sable, y un hermano de Ferrer, cirujano, con otros dos hombres armados con carabina y bayoneta, cogió al conde de la mano izquierda, teniendo un formidable puñal levantado sobre su cabeza; los hombres armados se colocaron á la espalda del conde. Todo esto fué ejecutado con la mayor rapidez. El vocal D. Narciso Ferrer, en el acto de apoderarse del conde, le dijo: «Excmo. Sr.: El Rey N. S. ha dispuesto que V. E. deje el mando del ejército y del Principado, y que salga inmediatamente de la provincia.»

El infortunado conde no hacía en aquellos momentos más que mirar á Ferrer. La Junta quedó en un profundo silencio, que interrumpió el Sr. Labandero diciendo: «¿Qué es esto, señores, qué modo es éste de tratar al conde? ¿por qué no se le deja hablar?»—Á lo que el vocal Ferrer contestó: «Si S. E. da palabra de honor de no vocear, se le dejará hablar.
—¿Qué novedad es ésta, señores? dijo el conde en cuanto le

permitieron hablar; qué es lo que ha ocurrido?» Ferrer entónces le repitió la órden de su separacion.

Continuaba el cirujano con el puñal levantado sobre la cabeza de España, como la espada de Damocles, sin que le desviaran las insinuaciones que le hicieron para que se retirase; y no haciéndole caso el conde, continuó diciendo: «Pero, señores, qué es esto? á qué viene todo este preparativo? Si S. M. me ha depuesto del mando, ¿no tengo yo dado pruebas nada equívocas de mi respeto y sumision á su voluntad en mi larga carrera y avanzada edad, consagrada una y otra á su defensa? Manden ustedes retirar á estos hombres, que no es justo se enteren de lo que entre nosotros haya de tratarse.» Así lo acordó la Junta toda, y se efectuó. Pidió el conde un vaso de agua; se enjuagó repetidas veces la boca, y luégo que hubo concluido, tomando un aire de sonrisa y serenidad, dijo: «Vamos, señores, qué es esto? me parece que para sainete basta lo pasado.—Aquí no se trata de comedias ni sainetes, contestó Ferrer (D. Narciso), y únicamente de que V. E. obedezca las órdenes del Rey inmediatamente, saliendo esta misma noche para Andorra.» Manifestó el conde que le parecia no ser una cosa tan urgente; que debia entregar el mando á su sucesor; que se le dijese quién era éste, y se le manifestasen las órdenes de D. Cárlos. Lo apoyó Labandero: rechazó Ferrer indignado su mediacion, y Torrabadella, por último, tomó la palabra, y con la mayor compostura y respeto dijo al conde el verdadero motivo de haber mandado á Espar cerca de D. Cárlos, y era el de que, creyendo la Junta no era conveniente continuase España en el mando del ejército del Principado, por lo disgustadas que estaban todas las clases, no sólo por los terribles castigos que habia impuesto,

sino por los incendios de los pueblos de Manlleu y Ripoll, de Olvan y Gironella, que tantos sacrificios habian hecho en favor de la causa; que sin esperar que llegaran las reales órdenes, que el Espar tenía ya en su poder, se habia resuelto saliese el conde aquella misma noche para el valle de Andorra, ántes que, publicándose la noticia de que ya no era comandante general, tuviese algun disgusto por efecto de los muchos resentimientos que habia contra él.

Al oir esto el conde, quedó por algunos momentos suspenso, y por primera vez se le notó algun abatimiento; pero esforzándose contestó con serenidad: «Y bien, señores, es preciso que yo sepa quién es mi sucesor; porque á él es á quien debo entregar el mando, y no á otra persona; ademas, yo tengo asuntos muy interesantes del servicio que no puedo confiar á ningun otro, ni á autoridad alguna más que al jefe superior de las armas.»

Contestósele que su sucesor era el general Segarra, de lo cual se alegró el conde, diciendo que, aunque tardase algo en venir, por estar tres ó cuatro leguas distante, podian esperarle todos reunidos. Ferrer y algun otro vocal dijeron al conde que esto no podia ser, porque diferia demasiado su salida, y estaban ya tomadas las disposiciones para que la ejecutase aquella misma noche con direccion al valle de Andorra. Viendo el conde que no tenía más recurso que obedecer, encargó el cuidado con su persona, recordando que era un padre de familia y un anciano: palabras que no dejaron de conmover la sensibilidad de la mayor parte de los individuos de la Junta, particularmente del eclesiástico Sampons, quien le dijo arrojándose á él y cogiéndole las manos: «No, mi general, no tenga V. E. cuidado, que ántes pasarán por encima de mi

cadáver que tocar nadie á la persona de V. E.» Se ofreció á acompañarle por invitacion del conde, haciendo lo mismo el sacerdote Villela, y satisfecho con tal compañía echó á andar, saliendo de la casa por una escalera que conducia á la iglesia, donde rezó un momento el conde.

Tal es el verídico resultado de tan notable sesion. Eran las nueve de la noche cuando emprendió la marcha el conde de España, acompañado como hemos dicho de D. Narciso Ferrer, Torrabadella, Sampons, Villela, el estudiante Masiá, y el hermano de Ferrer. Montó el conde en la mula del vice-presidente Orteu, que ya estaba prevenida, haciéndolo pasar por la humillacion de no dejarle un caballo, y se dirigieron todos á la rectoría de Sisguer, adonde llegaron á las cuatro de la mañana.

Á la media hora de haber salido de Avia se volvió Torrabadella, y como vivia en la rectoría, donde tenía preso á D. Luis Adell, ayudante del general, entró en su cuarto á cosa de media noche, noticiándole á su modo la destitucion que habian efectuado, dando seguridades á Adell para que nadie temiese ni por él ni por el conde. Cuatro dias continuó Adell preso en el mismo cuarto, estándolo tambien los cabos de mozos de la compañía del general D. Miguel Serdá y D. Pablo Pallarés, un cosaco y un criado del general.

En la mañana del 27 salieron los vocales Sampons y Villela de la rectoría de Sisguer, dejando al conde bajo la custodia de D. Narciso Ferrer. Éste habia mandado á su asistente Ramon Circuns por un vestido de paisano para que se lo pusiese el conde, á fin de que no fuese conocido con el uniforme de general, y evitar alguna desgracia por la irritacion del pueblo, decia Ferrer. El traje consistia en una chaqueta,

chaleco y pantalon de paño oscuro, pero tan viejo, que, segun la cuenta que presentó el presbítero Ferrer á la Junta, costó ciento veinte reales.

Negóse el conde á vestir tan humillante traje, y el cirujano Ferrer mandó varios mozos para que, bajo pena de la vida, le quitaran el uniforme. Cuando llegaron al cuarto en que estaba el conde, le encontraron de pié con los calzones encarnados caidos, la casaca de general puesta, y los brazos cruzados para evitar que se la quitasen. Díjoles España que no podian despojarle de una ropa que el Rey le habia dado; pero viendo á Ferrer y á seis ú ocho mozos que estaban allí, dispuestos á quitársela por fuerza, cedió y le pusieron el vestido viejo de paisano.

Despojado el conde de su uniforme y de cuanto tenía, salió de la rectoría de Sisguer al anochecer, cubriendo su cabeza el sombrero de tres picos, desguarnecido de todos sus adornos. Tomaron el camino de la casa de campo Call Llauden, durante el cual fué diciendo el conde á un mozo de escuadra (Salvador Coll) que le acompañase hasta Andorra sin dejarle, y que cuando llegase escribiria al intendente para que le diese seis duros é igual cantidad á los demas. En la casa de Riu de Vall se unió al conde D. Narciso Ferrer, y continuaron marchando toda la noche.

Al amanecer del 28 llegaron todos á Call Llauden, donde se alojaron, y comió el conde pésimamente. En cambio de este mal trato que le daban, se mostró sumamente atento con su verdugo D. José Ferrer.

Al anochecer llegó el mozo Juan Capellas con un oficio que en Avia le habia entregado Torrabadella para el presbítero Ferrer, con cien duros, una capa de paño, una bata, un

cajon de cigarros, tres libras de chocolate y dos maletas con ropa. Acordó la Junta remitir este equipaje y dinero al conde, y se condujo en un macho del mismo que Torrabadella mandó entregaran al citado mozo. Tambien dispuso la Junta se reforzara con quince mozos más la escolta de Ferrer.

Á las diez de la mañana del 29 llegaron al Call Llauden, é inmediatamente se bañó el conde. Á la una de la tarde se continuó la marcha, dirigiéndose España con el cirujano Ferrer y el cabo Llabot por la bajada de Cambrils á la casa de Puijol, término del Coll de Nargó, donde llegaron á las ocho de aquella noche. El presbítero Ferrer, con el estudiante Masiá, que era el que llevaba la espada del conde, y algunos mozos se dirigieron á la villa de Orgañá, á la cual llegaron á la caida de la tarde; alojándose Ferrer en la casa del brigadier Porredon, que era entónces jefe del corregimiento de la Seu y Puigcerdá. Á poco rato salió de la casa el subteniente D. Manuel Solana, conocido por ayudante de Porredon, y uno de los asesinos, para buscar al alcalde mayor D. Francisco Riu, vocal de la Junta corregimental de Puigcerdá, con el que regresó á la casa de Porredon. Solana volvió á salir en busca de otro vocal, y todos se encerraron en el cuarto del brigadier.

El presbítero Ferrer cenó en casa de Porredon, y fué á dormir á la casa de Espar (a) Botafos, donde se hallaba alojado el comandante del cuarto batallon, D. Miguel Pons (a) Pep del Oli, en cuyo cuarto durmió.

Al anochecer del 30 salió de Puijol el conde y lo llevaron á la casa de campo de Casellas, media hora de Orgañá, en cuyo punto pararon á las nueve de la noche, diciendo el conde al apearse: *Ya baja el estudiante.* Entró uno de los mozos

en la casa, encerró al patron y á un criado en la cocina, apagó la luz y la lumbre, habiendo sacado ántes un candil encendido, y pusieron al conde en un cuarto destinado á los huéspedes. Encerrado el conde, abrieron la cocina, encendieron lumbre, hicieron levantar á las mujeres de la casa que estaban acostadas; las que ni en esta noche ni en los dias sucesivos supieron quién era el que estaba encerrado en el cuarto.

Dejemos así al conde, ya que ningun notable acontecimiento vino á turbarle en todo el tiempo que pasó en la casa de Casellas, y trasladémonos adonde se disponia su asesinato, para que nada ignoren nuestros lectores de las trágicas escenas que vamos refiriendo.

Al brigadier Prast, jefe de la compañía de oficiales, le dieron parte de que públicamente se habia hablado al tiempo de nombrar el servicio, que el conde se hallaba en Casellas y querian asesinarle. Inmediatamente se dirigió á la casa de Porredon, y en la galería de la misma encontró varios oficiales; á poco salieron de la habitacion de Porredon, éste, y el presbítero Ferrer, quedando dentro del cuarto el doctor Perles y el estudiante Masiá. Hablaron al momento del conde; dió cuenta Ferrer del oficio de su destitucion, y todos convinieron en que era un *traidor, sanguinario é incendiario* que queria entregar á los enemigos la provincia de Cataluña, despues de estar toda destruida, por lo cual merecia *ser asesinado*, y que aunque le quitaran mil vidas no pagaba el daño que habia hecho.

Buscaba el presbítero Ferrer quien asesinara al conde, y habló, al efecto, al capitan D. Pedro Baltá, al subteniente D. Antonio Morera, á Masip y á D. Manuel Solana. Era ya

una cosa pública el conato de asesinar al conde, segun ya lo habia advertido el brigadier Prats al presbítero Ferrer, no pudiéndose concebir por qué se tuvo al conde cuatro dias á media hora de este foco, sin ser necesarios para prevenir la seguridad de un viaje que no se trató de hacer hasta la tarde del dia 1.º de Noviembre, y para el que no se pidieron noticias ni auxilios á las autoridades, que lo eran Porredon, Serras, Prats y Riu.

El presbítero Ferrer salió de Orgañá el 2 por la mañana, acompañado del mozo Vidal, y llegando á Casellas, encargó la partida de mozos á José Canet para que fuese con ellos al pueblo de Tons, cinco horas distante, ordenando: «que bajo pena de la vida no abandonase aquel punto en tres dias, aunque fuesen los cristinos, en cuyo caso se encerrasen é hiciesen fuego hasta morir.»

Marchó la partida, y quedaron con el conde el cabo Don Francisco Llavot, su asistente Sebastian Rivas, el cirujano Ferrer, el brigadero Domingo Sala y cinco mozos.

Miéntras por última vez cenaba el conde en Casellas, disponiéndose á marchar, sigamos los pasos á sus asesinos.

El capitan Baltá se encontró en una calle de Orgañá á las seis de la tarde con el presbítero Ferrer, el que le volvió á manifestar era preciso asesinar al conde de España, por ser órden del general, y porque era traidor á la causa de Don Cárlos; que quisiera ó no, habian de hacerlo los tres; y en vista del papel impreso que por la mañana habia leido delante de todos, y de asegurarle nuevamente era órden superior, le contestó que obedeceria.

Dirigióse entónces á la casa de Ferrer, donde se reunieron Morera y Solana, acordando con el sacerdote que saldrian á

las ocho de aquella noche á los tres puentes del rio Segre, distantes tres cuartos de hora de Orgañá, en donde encontrarian al conde de España, esperándole si no hubiese llegado; mandándoles cuando se acercasen á él que lo despojasen de sus ropas, le atasen del cuello y piés y le arrojasen al rio.

Al anochecer se halló Baltá con el cura José Rosell, á quien participó el asesinato que iba á ejecutar aquella noche, contentándose con decirle el dignísimo prelado: «¡Qué lástima matar á un hombre sin confesion! si quieren, yo le confesaré, y que haga un escrito.» Á las siete de la noche se reunieron Morera y Baltá, y poco despues pasaron á decir á Ferrer que marchaban, y que cómo habian de volver á entrar. El brigadier Porredon y el presbítero Ferrer bajaron, y éste dió á Baltá una soga muy gruesa, que Baltá entregó á Morera para que la llevase. Advirtióles Porredon que cuando volviesen dijeran á la guardia que venian de divertirse. Esta guardia era de oficiales, y no se ponia hasta de noche, cerrándose las puertas entre nueve y diez. Las llaves de las puertas las tenía el comandante de armas, D. Antonio Serra; pero esta noche y la anterior se las pidió el brigadier Porredon.

Baltá y Morera salieron de Orgañá para el sitio combinado, adonde habia de ser conducido el conde por Solana.

El presbítero Ferrer mandó á Masiá fuese á Casellas, y salieran al anochecer para Andorra, que él iria detras con los mozos. Visitó Masiá al conde, que le habló de la carrera que tenía, y áun le recitó en latin algunos versos de Virgilio.

Á las siete de la noche, el cabo D. Francisco Llavet, que se hallaba en cama enfermo, ordenó al mozo Mariano Piguer que, reuniendo toda la gente de la casa, se encerrase con ella en la cocina, como lo hizo. Á los mozos Miguel Sala y Coll,

les mandó se fueran á acostar á un pajar para que el conde no les viese.

Entre ocho y nueve de la noche, salió el conde de su cuarto acompañado de D. José Ferrer, que llevaba el puñal ó la cuchilla *interosia* con que amenazó á España en la Junta, de D. Ramon Masiá, que tenía la espada del conde como hemos dicho, del brigadero Domingo Sala, y del mozo Plá que bajaba alumbrando.

Montó el conde dentro del portal en un macho aparejado con una silla de paiges (labrador), estribos de madera y una piel blanca que pidieron al patron de Casellas. Extrañando el conde la caballería, les dijo al montar: «Este no es el macho en que he venido estos dias.» Contestóle la causa Ferrer, y despues de ponerle la capa, echaron á andar diciendo el conde al brigadero: «Qué noche tan oscura!

Y era así. Alumbrados, puede decirse, con el solo fuego del cigarro que fumaba España, caminaba éste al suplicio con aquel horrible acompañamiento, guiado luégo por el subteniente Solana, que se presentó á poco.

Masiá y Ferrer dijeron al brigadero Sala, que llevaba el macho del ronzal, «que cuando el guia se lo pidiese, se lo diera y se parase, porque el guia sólo habia de conducir al Sr. Conde á Andorra.» Al llegar al camino real que va á dar á los tres puentes del rio Segre, cerca de la bajada de una ermita, se efectuó este cambio. Unióse Sala al cirujano Ferer y á Masiá, que iban tres ó cuatro pasos detras del macho. Se pararon, y ya habian perdido de vista al conde, cuando oyeron un poco de ruido. En su consecuencia, dispusieron volverse atras, y lo ejecutaron.

Ya hemos visto caminar la víctima al sacrificio. Baltá y

Morera, cansados de esperar en el sitio convenido, creyeron que ya no pasaria el conde, y se volvian á Orgañá, cuando vieron á Solana que llevaba del ronzal el macho en que iba montado España. Se pararon al llegar frente de ellos; díjoles Baltá «alto,» y dando al conde un palo en la cabeza, le hizo caer al suelo. Preguntóles el conde quiénes eran, y contestó Baltá: «Soy Silvestre de la Seu (1).» Suplicóle el conde no le maltratase, que era un comerciante frances, y que le llevasen á la Seu; pues conocia al gobernador. La contestacion fué atarle por los brazos con unas cuerdas volviéndole á montar.

Cuando llegaron al puente del rio Segre, lo desmontaron y dijo Baltá al conde: «Si V. es hombre de bien, el gobernador lo verá;» y andando cuatro ó seis pasos, le tiró al cuello un lazo que habia formado de la cuerda sobrante con que estaban atados los brazos, y dando al conde un puntapié en la espalda, cayó, y poniéndole un pié en la cabeza, tiró de la cuerda y le ahogó.

Le desnudaron, no encontrando al conde ni un solo maravedí, y sí solo un poco de pan y unas uvas. Solana cortó la cuerda, y con la que tenía atados los brazos le ligaron los piés; y atándole una gran piedra le tiraron al rio. Al tiempo de caer dijo el capitan Baltá: *Aigua avuen que á vall vá.*

Tiraron al rio la ropa del conde, excepto la capa, que se apropió Solana diciendo que era suya, y Baltá tomó una bolsa de seda encarnada que llevaba España al cuello, y dentro de ella dos medallas de plata, una Virgen del Pilar de Zara-

(1) Este Silvestre de la Seu era un distinguido jefe de una patulea liberal, cuyo nombre tomó en este trance Baltá.

goza, dos ó tres cruces, y una poca de pasta de *Agnus*; recogiendo tambien los tirantes, que era lo mejor que llevaba el conde.

Concluida la horrible comision, volvieron los ejecutores á Orgañá, llegando á la puerta de la villa á eso de las once de la noche, abriéndoseles en seguida.

Tal fué exactamente el trágico fin del conde de España, cuyo cadáver fué hallado en la pequeña playa de una isleta que forma el Segre entre el puente del Espía y el inmediato á Oliana.

Corramos un velo sobre esta escena. Poderosos motivos detienen nuestra pluma, que podia continuar trazando líneas con harto sentimiento de algunas distinguidas personas.

Réstanos hacer una salvedad en honor del conde. Notables revelaciones nos han hecho formar la conviccion de que no debe recaer sobre la responsabilidad de él la mayor parte de las horribles ejecuciones de Barcelona que se hicieron de real órden, áun despues de haber sido algunos perdonados. La historia culpa al conde de España; nosotros aseguramos que fué sólo el instrumento, tan obediente como súbdito, tan rígido como militar y militar de otro siglo.

Ante el deber del biógrafo, callan las pasiones del hombre: para juzgar al conde, se necesita no haber vivido en su época. Nosotros, á fuer de imparciales, le hemos seguido con entusiasmo en sus victorias contra extranjeros, y con el alma comprimida en algunos de sus actos (1).

---

(1) Teatro de la guerra.—*Cabrera y los montemolinistas.*

BIOGRAFIA DEL CONDE DE MORELLA.

No deben buscarse en la historia lineamientos generales, para comprender la fisonomía de esos hombres á quienes la sociedad que les rodea califica de héroes ó monstruos. Los espíritus filosóficos que brillan con tranquila y benéfica luz, presentan grandes analogías, porque todos siguen el desarrollo armónico de los principios. Pero las existencias agitadas y turbulentas, los hombres de accion y de movilidad, se deben en todo y por todo á las circunstancias. Alejandro, Timur Beck, César y Napoleon, cautivaron la admiracion del universo, en cuanto que los dos primeros guiaron el impulso naciente de unos pueblos para abatir y regenerar decaidas fuerzas de otros muchos, y los dos últimos supieron dirigir hácia la expansion de la gloria la energía á la vez terrible de la vida pública en sus respectivas naciones.

Tampoco pueden hallarse rasgos importantes de semejanza en su carácter. Colocados á larga distancia por la gran laguna de los tiempos, representan una situacion distinta y diferentes sentimientos. Alternativamente humanos y feroces, duros y compasivos, llevaron á unas partes el genio del ex-

terminio, y á otras los gérmenes de saludables reformas, cumpliendo el voto de la Providencia y las necesidades de aquellas generaciones. Á esto estaba reducida su mision. El talento del físico no podrá evitar el que choquen dos nubes cargadas de electricidad, y que de semejante choque salga el rayo; pero logrará dar á éste la direccion conveniente para que no produzca funestos resultados en su rápido descenso. El cálculo del político en las grandes convulsiones consiste en descubrir la tendencia principal de la sociedad, y en saber dirigirla por las vias del bien y de la prosperidad. El que quiera contrariarla perece sin remedio; porque las fuerzas del hombre más poderoso se aniquilan ante las mil fuerzas de la sociedad. Refiriéndonos á nuestro país, el más fecundo sin duda en notabilidades políticas y guerreras, tampoco se descubren esas analogías recíprocas. Los grandes capitanes de nuestro siglo de oro, como Hernan-Cortés, Pescara, Leiva, D. Juan de Austria, no se parecen á los campeones de la guerra de la Independencia más que en la lealtad y el valor, y de estos últimos pocos ó ninguno han logrado comprender la índole de nuestras últimas discordias civiles. Por consiguiente, para retratar con algun acierto al personaje de que vamos á ocuparnos, es preciso tener en cuenta que como entidad política perteneció al dominio de las circunstancias, y que será responsable de sus hechos ante sus contemporáneos y la posteridad cuando haya violentado ó desconocido la marcha de éstas; mas, como entidad militar, está sujeto á las reglas subsistentes del arte.

Corria el año de 1833, cuando ya estaba vivamente encendida la guerra civil en el Norte de la Península. En el centro habia estallado tambien la insurreccion, pero no tan

amenazadora ni con tan robustos elementos. Sin embargo, dábala grande importancia la plaza de Morella, sobre cuyas viejas almenas tremolaba, aunque insegura, la bandera del infante. Proveia asíduamente á su defensa el gobernador Don Cárlos Victoria, y allegaba para el caso de un ataque próximo, gentes y recursos. El dia 15 de Noviembre, y en la hora en que el sol arrojaba sus últimas reverberaciones sobre el elevado recinto de la plaza, penetró en ella y se presentó al gobernador Victoria un jóven, cuyo talante y porte anunciaban audacia, energía y resolucion. Tenía una de esas fisonomías que á primera vista parecen vulgares, y que no obstante, presentan al observador atento cierto sello de originalidad. Su frente era ancha y despejada, la nariz recta, pero cuyas ventanas demasiado abiertas parecian revelar la actividad de su organizacion; los pómulos salientes y el ángulo de la cara bastante agudo. Sus cejas muy espesas, se unian sobre el vértice superior de la nariz, y le daban un aspecto, que la naturaleza y la historia, su trasunto fiel, han adjudicado á los caractéres duros. El pelo era negro y áspero, y sus ojos negros tambien y se revolvian sin cesar en sus órbitas, y despedian un brillo fascinador. Su mirada era altiva; mas carecia de fijeza, y de esa penetracion que lleva muchas veces hasta el santuario de los sentimientos ajenos. En suma, todo en él anunciaba el tipo del valor ardiente y de pasiones impetuosas, y el acento firme con que habló al gobernador Victoria argüia en favor de estas cualidades. Quiso éste destinarle al depósito recientemente creado para instruccion de los reclutas; pero el jóven pidió un fusil, y dijo que habia venido á batirse por la causa de D. Cárlos. Destinósele entónces á la compañía que mandaba el capitan Corbasi. Al to-

marle la filiacion se supo que se llamaba Ramon Cabrera.

Este nombre iba á adquirir una celebridad terrible en la lucha que entónces se inauguraba.

Nació Cabrera en Tortosa el 27 de Diciembre de 1806. Su padre, José Cabrera, era patron de barco y gozaba fama de honrado y laborioso, y su madre María Ana Grino, entónces en la flor de su edad, unia, á los dones de la naturaleza, las prendas morales que constituyen el único cimiento sólido de la felicidad conyugal. Seis años contaba Cabrera cuando falleció su padre, y falto del principal mentor y guia en la edad que el hombre empieza á tener alguna participacion en la vida social, su educacion debió ser descuidada y viciosa. En vano acudió á llenar este grande vacío la voluntad de su solícita madre, porque dotada ésta de un carácter benévolo y complaciente, no desplegaba la necesaria fortaleza para reprimir el instinto turbulento y agitador de su hijo. Para dirigir la conducta de éste y su fortuna que iba en decadencia, contrajo segundas nupcias con Felipe Caldero; pero el adolescente, cuyos caprichos infantiles se habian convertido con la fuerza de la edad en verdaderos hábitos, no se plegó, desde luégo, á la voluntad del padrastro. Desaplicado é indolente, se inició, no obstante, pronto en sus primeras letras, pero en la gramática latina fueron muy lentos sus progresos. Su imaginacion viva y flotante se desazonaba con la austera severidad de los libros didácticos, y las amonestaciones de sus maestros no lograban hacer mella en un espíritu halagado desde la infancia por el sentimiento de emancipacion, y enemigo por consiguiente de todo freno y disciplina escolástica. Pensó despues Caldero en dedicarle al comercio; pero la vida sedentaria no podia satisfacer todas las exigencias de

la organizacion de Cabrera, y acaso se hubiera amoldado éste mejor á la profesion de marino, profesion de movimiento, de peripecias y de emociones fuertes, si un suceso inesperado no hubiera modificado notablemente su posicion, dando otro sesgo al pensamiento de sus padres.

Vacó una capellanía de que eran patronos unos parientes suyos, y como por esta época (1823) dominaba todavía el influjo teocrático en el fondo de nuestra sociedad, sus padres y su familia toda trataron de aprovechar esta circunstancia á fin de dedicar al jóven Cabrera á la carrera eclesiástica. Con efecto, despues de un pleito prolongado, recibió Cabrera la prima tonsura el 30 de Setiembre de 1825, y tres dias despues, la colocacion é investidura del beneficio. Los que atribuian su incuria y atolondramiento á sus malas impresiones de la niñez, y á los primeros y tumultuosos fervores de la adolescencia, creyeron que comprenderia por fin la línea de sus deberes, alumbrado por la reflexion, y estimulado por el deseo de realizar los ardientes deseos de su familia: pero no fué así: Cabrera sólo vió en su nueva situacion un estado más ancho para ejercitar su instinto revoltoso y mayores medios para dar rienda suelta á sus caprichos. En las diferentes historias y biografías que se han escrito de este personaje, se pinta con notable discrepancia este período de su vida. En unas se le considera como un mozo desacatado é insolente, abandonado á la crápula y al libertinaje, apurando en orgías y libidinosos banquetes su vida y su capital: en otras se le presenta como un jóven de pensamientos levantados, de condicion afable y generosa, protector del desvalido, altivo hasta ser pendenciero, galante, cortés y de grandes, aunque confusas aspiraciones.

Entre los apologistas y los detractores debe colocarse el pensamiento imparcial del biógrafo. Dotado Cabrera de un temperamento fugoso, de un alma imperativa, de unas pasiones nunca vencidas completamente, y que se irritaban con los obstáculos, debió continuar siendo, y lo fué en efecto, adverso al estudio y á toda sujecion, ligero, frívolo y dominante. En vez de recoger las fuerzas de su imaginacion para arrancar sus secretos á la teología que estaba cultivando en el colegio seminario de Tortosa, en vez de empeñarla en la resolucion de esos grandes problemas, que, siendo superiores á la razon, atraen los espíritus fuertes y tenaces, que sucumben ó se extravian en esta lucha temeraria del hombre con la divinidad; en vez de sostener este duelo atrevido del entendimiento con la esencia, Cabrera pasaba las horas de cátedrá contando con impaciencia los minutos que le faltaban para salir del aula, y combinando algun juego ó diversion que ponia en planta tan pronto como era dueño de sus actos.

Casi todos sus ejercicios eran violentos, lo cual nada tenía de extraño en una edad en que se verifica el desarrollo físico, y esa gran transaccion, la mayor de la vida, que separa al adolescente del hombre. Pero algunos escritores, que fundan sobre la experiencia la infalibilidad de sus oráculos, y que pretenden hallar una ilacion lógica en todos los hechos de una notabilidad, reparan mucho en el predominio que ejercia Cabrera sobre sus condiscípulos, y en el valor impetuoso que demostraba en várias ocasiones. Con efecto, se constituia en caudillo de una parcialidad compuesta de los estudiantes de Tortosa, y sostenia con ardimiento varios trances y peleas contra otra parcialidad de valencianos; y cuando sus amigos empezaban á flaquear y ceder el campo,

se adelantaba blandiendo un palo, y con la voz y el gesto les alentaba á continuar la batalla.

Estos violentos ejercicios, y muy principalmente la circunstancia de haberse bañado en el Ebro, estando cubierto de sudor, le ocasionaron una grave dolencia que le duró dos años, y para cuya completa curacion tuvo que pasar tres meses en Barcelona. Restablecido de su enfermedad, y queriendo sus padres domar su carácter rebelde, le encerraron en el convento de Trinitarios de Tortosa; pero el claustro, considerado como el suicidio moral cuando hay un gran arranque de abnegacion, y cuando las pasiones encendidas por el contacto de la vida social se adormecen bajo el sombrío techo de una celda, no podia ni debia serlo para un jóven atolondrado é irreflexivo, que reputaba su reclusion como un castigo, y que trataba de hacer ver lo ilusorio é ineficaz de éste. Así es que á los pocos dias de hallarse en el convento ensayó nuevas travesuras, y aunque al principio trató de encubrirlas con el velo del disimulo, llegaron á hacerse públicas, con grande mengua de su reputacion. Tan pronto bajaba sigilosamente á la cocina, y aprovechándose de la ausencia del cocinero inficionaba los manjares con fuertes dosis de estimulantes; ya obstruia las cerraduras de las celdas, introduciendo piedras pequeñas, é imposibilitaba á los religiosos el retirarse á la hora acostumbrada; ya en las altas de la noche echaba á vuelo las campanas del convento, poniendo en consternacion y alarma á la comunidad y á la poblacion entera, y ya, finalmente, saltaba las tapias, y emancipándose de su reclusion, pasaba las horas de reposo en jugar á los naipes ó en galantes devaneos.

Cuando la noticia de estos excesos pasó al dominio de la

sociedad culta, se comentó desfavorablemente, y la parte sana del clero se declaró contra su autor, que, poco recatado y cuerdo, habia hollado todas las razones del decoro. Pero el audaz estudiante no vaciló en arrostrar esta fundada ojeriza, y terminado el tiempo de su estudio se presentó al obispo de Tortosa, D. Víctor Saez, pidiendo le confiriese las cuatro órdenes menores. El prelado clavó sus ojos en el resuelto semblante del jóven tonsurado, y le dijo con un acento dulce, pero firme: «Tú has nacido para ser militar; basta mirarte para conocer que no tienes vocacion eclesiástica; no quiero ordenarte.»

Sin embargo, estas palabras no podian aceptarse como un vaticinio de su suerte futura. Atrevido hasta rayar en insolente, agitador y evaporado, era idóneo sin duda Cabrera para todas las empresas prontas y arrojadas. Podia haber sido un tribuno ardiente en un dia de revolucion, un aventurero, un bota-fuegos de guerra civil, una existencia inflamada y flotante siempre en choque con los peligros y las grandes emociones; mas para la carrera militar sólo tenía el valor del soldado y la energía del mando, pues no demostraba aún ese seso y madurez que encadenan hasta cierto punto los instables fallos de la fortuna. En la guerra, la cabeza puede más que las manos, y todos los grandes capitanes se han formado con la meditacion y el estudio.

No causó enojo ni sentimiento á Cabrera la resolucion del obispo: al contrario, la aplaudió en lo íntimo de su corazon, y áun en las confidencias de sus amigos, porque le dejaba á solas con sus instintos sin despojarle de las obvenciones del beneficio. Sin quehaceres, sin ocupacion, sin obligaciones de ninguna especie, siguió Cabrera en Tortosa entregándose á una vida liviana é indolente, frecuentando tertulias, susci-

tándose á cada paso rivales con su conducta altiva y sus empresas amorosas, imponiéndolos con su presencia y resolucion unas veces, resolviendo en otras sus rencillas por medios violentos, y haciendo siempre alarde de su suerte y de su valor. Empero, no recogió, como se ha sostenido, la suma de disolucion y de escándalos, y se constituyó en apóstol del vicio, autorizándole con su palabra y ejemplo. Cabrera no era procaz; era simplemente un aturdido que traspasaba con frecuencia el límite de las consideraciones debidas á clases más respetables y provectas de la sociedad, por captarse la admiracion y el respeto de otras más agitadas y jóvenes, y en cuyas demasías acaso no tenía escaso influjo el deseo de agradar á las mujeres, amantes siempre de cualquier género de gloria ó superioridad. Como hay organizaciones en que se hermanan los sentimientos más opuestos al parecer, Cabrera en esta época oia diariamente misa y asistia á otras prácticas piadosas, sin que en un carácter franco y expansivo como el suyo pueda esto atribuirse á hipocresía.

Como el ódio nunca es infecundo, y de las relaciones entre las pasiones públicas y las particulares nacen el concierto ó la perturbacion de la sociedad, las animosidades que habia provocado Cabrera tan sin premeditacion, se volvieron en contra suya, y precipitaron su destino. Los jóvenes, sus rivales, se apresuran á alistarse en las filas de la milicia urbana recientemente creada, y esto bastó para que Cabrera, que no habia manifestado hasta entónces opinion política determinada, empezara á mirar con aversion el restaurado sistema liberal: los insultos y áun amenazas que aquellos profirieron, aumentaron su desabrimiento, y siendo incapaz de permanecer por largo tiempo en una posicion equívoca y hos-

tilizada, se adhirió sin rebozo á los intereses dinásticos de D. Cárlos, y entabló relaciones íntimas con las personas más señaladas por su tendencia á esta línea política. Algunas reuniones á que asistió y en que tomó parte muy activa, llamaron la atencion del comandante militar de Tortosa, brigadier Breton. Las prohibió este jefe; pero como siguieran inspirándole sospechas las personas que las habian frecuentado, desterró á varias y amonesto á otras severamente. Cabrera, cuyo carácter y precedentes eran bien conocidos de la autoridad militar, recibió órden el dia 12 de Noviembre para marchar desterrado á Barcelona.

El jóven proscrito trató de evadir con la fuga los efectos de su condena, y se puso de acuerdo con D. Magin Solá, capitan de realistas y el cocinero de San Blas. Despidióse de su familia, recibió 4500 reales en monedas de oro que le proporcionó la cariñosa solicitud de su madre, y á las diez de la mañana salió por la puerta del Temple vestido de estudiante. Al llegar á aquel punto, vió á varios sujetos destinados como él á marchar á Barcelona. «Viene V. con nosotros? le preguntaron éstos.—No, contestó Cabrera: yo me voy á Morella: el que quiera acompañarme que me siga á las montañas. Si hasta ahora no se ha hablado de mí más que en Tortosa, dentro de poco tiempo mi nombre hará ruido en el mundo.» Tres dias despues estaba Cabrera en la plaza de Morella.

La guerra que se sostenia entónces no tenía ejemplo en nuestra historia. No era pura y simplemente una cuestion dinástica, cuyos árbitros supremos son el valor y la disciplina de un ejército y la pericia de un caudillo, y que no puede resolverse en una ó más batallas; tratábase en primer término de una revolucion que hervia en el seno de nuestra socie-

dad desde principios del siglo, y de una reaccion que defendia los intereses de muchos siglos; se pretendia por una parte dar á las ideas y á los principios liberales una emancipacion arrolladora, y por otra dotar de una tensa energía á las fuerzas tradicionales y á los principios teocráticos; todas las pasiones estaban por consiguiente sublevadas, todos los resortes de irritabilidad levantados, y el fanatismo precipitaba á los partidos en la violacion de los más respetables fueros de la humanidad. No era una guerra que podia decidirse de pronto, por medio de una gran batalla, sino la incandescencia de todos los sentimientos poderosos que sólo podia templarse con el lapso del tiempo y la accion sensible de los reveses y desengaños. El alma exaltada y vehemente de Cabrera podia muy bien apoderarse de muchas de estas circunstancias y entregarse con su época al desenfreno y al furor de las parcialidades. Empezó, no obstante, su carrera bajo infelices auspicios. La primera refriega que se trabó el dia 6 de Diciembre entre las fuerzas liberales y los carlistas que habian salido de Morella, fué funesta á éstos. Gente novel, sin foguear en su mayor parte, y sin otro principio de disciplina que un entusiasmo espontáneo y exagerado, se desbandó á las primeras descargas, dando al olvido las instrucciones, y desacatando la voz de sus jefes. Al oir el silbido de las balas, Cabrera, dominado por el pánico, cerró los ojos y se arrojó al suelo. Los que han querido presentar este hecho como una prueba de cobardía, olvidan el poder de las primeras impresiones sobre una organizacion susceptible. Muchos guerreros afamados han recibido trémulos el bautismo de los combates, y del segundo capitan de este siglo (lord Welington), se refiere un hecho semejante.

Encontraron á Cabrera en esta temerosa aptitud los oficiales carlistas Llarach y Egea, y al preguntarle «¿qué es esto, tiene usted miedo?» se levantó el bisoño soldado como impelido por el resorte del pundonor, y contestó entre arrepentido y confuso: «No lo niego, he tenido miedo; nunca habia oido silbar las balas; pero en adelante se verá quien es Cabrera.» Y para probar que sus palabras no eran vanos acentos del orgullo ofendido, se abalanzó á un fusil que estaba á su lado y se batió despues con tal bizarría, que le concedieron los galones de cabo. Este fué su primer progreso en la carrera militar.

El descontento y el espíritu de rivalidad que reinaba entre los carlistas aragoneses y valencianos, pudieron servir de pábulo y áun de motivo á las nacientes aspiraciones del jóven Cabrera. Vió que sus jefes, olvidándose del interes general, trataban con loco empeño de arrebatarse un mando, que debia ser más precario, cuanto más codiciado: vió erigirse á su alrededor numerosas pretensiones, que faltas de otro título carecian de la legitimidad, de la inteligencia y del valor; comprendió oportunamente cuán poco temibles debian ser unos hombres que fundaban su ambicion, ménos sobre sus hechos que sobre sus palabras, y concibió confusamente la probabilidad de colocarse á su nivel y áun de dominarles. Esto era entónces más bien un deseo vago que un cálculo seguro, porque la pasion del jóven hablaba más alto que la razon del ambicioso; pero al fin constituia su deseo, y Cabrera tendió constantemente á realizarle; y aunque en su difícil ejecucion le ayudó poderosamente la fortuna, no puede negarse que desplegó ese valor limítrofe de la temeridad, que fascina y cautiva el afecto de la multitud, y cierta

astucia refinada á vueltas con la osadía de los consejos, tan propias para vencer á los hombres prevalidos, como á las situaciones complicadas.

Declinaba la insurreccion en el centro, y de sus principales caudillos, el baron de Herbés, derrotado de nuevo y prisionero, fué fusilado despues, y los demas, dispersos y fugitivos, ó al frente de un puñado de voluntarios, se guarecian entre los riscos y breñas, en las entrañas más recónditas del Maestrazgo.

Cabrera, que ya habia ascendido á sargento el 10 de Diciembre, pugnó para reunir bajo una mano las fuerzas carlistas desparramadas por las escabrosidades de la montaña: los mismos jefes, aparentando comprender todo lo funestas que eran para la causa comun sus divisiones intestinas, se avienen á elegir uno superior, y se reunen al efecto en Vistabella. Cabrera, que como sargento carecia de voto, desempeñaba las funciones de secretario en el escrutinio; sale electo Marcoval; pero en el momento de darse á conocer como tal, halla que su título es ilusorio, porque las fuerzas carlistas, seducidas y acaudilladas por algunos jefes descontentos, habian abandonado el pueblo en distintas direcciones. Cabrera observaba la situacion embarazosa y ambigua de Marcoval, y le ofrece reducir á su obediencia á la extraviada tropa. Parte en efecto, alcanza al grupo más considerable á media hora del pueblo, habla á los soldados con fuego y energía, y logra empeñarles á volver á Vistabella para obedecer las órdenes de Marcoval. Éste, agradecido al servicio que acababa de prestarle Cabrera, le nombró en el acto subteniente.

Una desgraciada tentativa para apoderarse del fuerte de

San Mateo, produjo la division de las fuerzas carlistas. Cabrera, unido á Marcoval, se ocultó en las asperezas de la Vallivana; pero su posicion en este punto era muy crítica. Sin víveres, sin recursos, y expuestos á caer en manos de las columnas liberales que vagaban por aquellas inmediaciones, era preciso que adoptaran una determinacion pronta y vigorosa para vencer tantos obstáculos. Cabrera pidió á Marcoval permiso para ir á Tortosa á fin de proporcionarse algun dinero. Vino en ello el jefe carlista, y Cabrera disfrazado de valenciano, emprendió este atrevido viaje, y se hospedó en la casa de un amigo suyo situada en las afueras de la ciudad. Desde allí avisó á sus conocidos y parientes; acudieron unos y otros á verle cauta y sigilosamente, le proporcionaron algunos fondos, y aunque su familia, y especialmente su madre, le instaban á que abandonara una vida azarosa y llena de tribulaciones, Cabrera se obstinó en volver al punto hácia el que su estrella y su inclinacion le llamaban. El 16 de Enero de 1834 se hallaba de regreso al lado de Marcoval, quien le abrazó con esa efusion de placer que no puede expresarse en ningun idioma conocido y que sólo aprecian bien dos hombres que, despues de haber corrido juntos grandes peligros, se separa con pocas esperanzas de volverse á ver, y que hallan en su reunion un medio de orillar las dificultades más apremiantes. Marcoval confirió entónces al celoso subteniente el grado inmediato, y concertó con él el modo de dar un nuevo impulso á la guerra, recogiendo y organizando cada uno en distinto rádio todos los elementos posibles. Dividieron el dinero y se separaron otra vez, ofreciendo Cabrera dar á su jefe cuenta de todas sus operaciones.

Mientras que Marcoval, impelido por su infausto destino,

corria hácia una muerte próxima, Cabrera reclutaba mozos y se afanaba en formar una partida. El dia 19 de Enero empezó á titularse comandante, aunque las circunstancias autorizaban bien poco este título. Toda su fuerza estaba reducida á nueve hombres, cuatro de los cuales estaban armados con fusiles, dos con escopetas y tres con palos. Pero no le desalentó este resultado poco lisonjero: recorrió audazmente la falda de las montañas; ofreció una peseta diaria á cuantos acudieran á alistarse en sus filas, y el dia 6 de Febrero contaba ya con 135 hombres medianamente armados y equipados. Participó á Marcoval el éxito afortunado de sus esfuerzos, y éste, en contestacion, le mandó el despacho de capitan con la órden de dirigirse á Santo Domingo de Villabona, donde deberian reunirse el 10, acaudillando sus respectivas partidas, los demas jefes carlistas.

No pudo realizarse este pensamiento, porque atacada con brio la tropa de Cabrera en el barranco de Villabona por superiores fuerzas enemigas, se dispersó, y su jefe, acompañado de 10 hombres, llegó, al través de mil peligros, hasta San Miguel de Valderobles. Habiéndose unido al Serrador en este punto, logró evitar el alcance de las fuerzas de la reina por medio de una hábil maniobra, y llegó á la Masía del Brut, donde le esperaba casi toda su gente. Aquí supo el fusilamiento de Marcoval, y penetrado del más vivo sentimiento, exclamó, segun refiere uno de sus biógrafos más autorizados (1): «Mi amigo Marcoval, mi protector fusilado! ¡Sangrienta será la guerra que empezamos! *Quiera Dios que al-*

(1) Córdoba, *Historia de Cabrera*

gun dia no haya de ser yo el vengador de estas muertes..» Desvanecida de nuevo su partida á efecto de la cruda persecucion, y no pudiendo sostenerse en los confines de Valencia, pasó á Aragon, donde redoblando su actividad y sus esfuerzos, logró atraer 140 hombres, habiéndosele incorporado poco despues el jefe carlista Valles, á la cabeza de 40 infantes, y un oficial apellidado Bardavió.

Por este tiempo se incorporaron las escasas fuerzas de Carnicer á las de Cabrera. Promovióse entónces entre ambos generales un generoso altercado sobre cuál de ellos debia ejercer el mando superior. Cabrera defirió á la antigüedad y conocimientos militares de Carnicer, y cediéndole la autoridad de jefe, quedó él con el carácter y atribuciones de segundo.

En el estrecho cánon de una biografía no pueden incluirse los hechos de armas que constituyen la vida militar de Cabrera; y si hasta aquí hemos seguido sin interrumpirle el hilo de sus operaciones, ha sido con el objeto de poner en relieve este período de su vida, el más oscuro, y durante el cual sus acciones no reflejan todavía sobre la historia de nuestra guerra civil.

Cuanto más extensa é imponente es una insurreccion, nace ménos consolidada; y así es que al principio experimenta del poder organizado esos récios golpes que parecen que tienden á aniquilarla, y que sin embargo sólo sirven para encender más la ira de los opuestos bandos.

Toda su consistencia la recibe del tiempo, que disminuye el valor de la agresion, y engendra el más difícil de la resistencia. Tal acaeció en la guerra que sostuvieron los carlistas en el centro: despavoridos, amilanados por los frecuentes descalabros que padecian, se desbandaron; mas vol-

vieron en sí de la sorpresa, y entónces se agruparon en derredor de Carnicer y Cabrera, que tenian un núcleo de fuerza regularmente organizado.

Constituyendo pronto una columna de más de 500 hombres, empezaron á tomar una ofensiva vigorosa, y á acometer árduas empresas, cuyo buen resultado se debia en parte al valor ardiente y casi temerario de Cabrera. Fué tal y tan rápido el incremento de los carlistas en Aragon, que el 6 de Abril se aprestaron á invadir la provincia de Cataluña en fuerza de 2.000 hombres, acaudillados por Carnicer, Cabrera y Quilez, esperando fomentar la guerra en el Principado, favorecidos por ocultas maquinaciones que á su arribo debian estallar estrepitosamente.

Mas la fortuna abatió otra vez el levantado vuelo de los carlistas, y dió en tierra con una empresa acometida contra el dictámen de Cabrera, con más valor que prevision. En los campos de Mayals se trabó un furioso combate en que sucumbieron las fuerzas carlistas, con pérdida de 400 hombres entre muertos y prisioneros. Los demas, excepto 140, apelaron á la fuga. Cabrera se batió con intrepidez, y viendo que el arrojo del brigadier Breton decidia la accion, cogió un fusil y le apuntó dos veces; pero en ambas le faltó el tiro. Rodeado de enemigos logró abrirse paso, y huyó montado á la grupa del caballo de un oficial.

La derrota de Mayals tuvo trascendentales consecuencias para los carlistas. En vano Cabrera, designado por Carnicer para recoger los dispersos, logró reunir bastantes, porque poco acostumbrados unos á los variables trances de la guerra, sólo tenian entónces ese valor solidario que nace de la reunion de muchos, pues habiendo sido batidos en considera-

ble número, recelaban volver á probar la suerte de las armas; y otros eran padres de familias, voluntarios realistas, que arrancados de los goces y tranquilidad doméstica, por la fuerza de compromisos anteriores, ó por el fervor del momento, volvian ahora en demanda de su perdida felicidad, acogiéndose á indulto: en vano se reportaron algunos triunfos, porque no se pudo neutralizar con ellos todos los efectos de la derrota, y la causa carlista siguió en Aragon vacilante, insegura y tenazmente perseguida. Cabrera combatió en este período con gran valor é intrepídez; á él se debieron las más importantes ventajas adquiridas, y su actividad era tan extraordinaria, que decia el general Hore en una carta, fechada en el mes de Junio de 1844: «Parece imposible que Cabrera sea criatura humana, respecto á que cuanto alcanza la ciencia militar y la astucia de los hombres más sagaces, se ha empleado para sorprenderle, pero todo lo ha hecho vano el atrevimiento del caudillo carlista.»

Pero esta actividad febril, esta tension constante del espíritu y la agitacion del cuerpo en medio de la inclemencia de aquella estacion y aquel clima, precipitaron la accion de su vida, y destruyendo la armonía orgánica, le ocasionaron una enfermedad. Corrió grave peligro en el punto adonde se habia retirado, pues fueron tantas las pesquisas practicadas por las autoridades para indagar su paradero, que le averiguaron por fin, y el dia 2 de Agosto una partida de tropa circundó la Masía de Barrina, adoptando todas las precauciones imaginables para evitar la evasion del temido jefe carlista. Pero éste habia salido la noche anterior, y las tropas liberales solo hallaron dos oficiales carlistas llamados Monteverde y Matamoros, que fueron conducidos á Horla y fusilados á los dos dias.

Cabrera, aunque convaleciente y débil, volvió á arrostrar los rigores de la guerra con inconstante suerte, pues aunque sostuvo algunos choques venturosos, y sorprendió á la guarnicion de Aljara, sufrió tambien duros reveses, y en el pueblo de la Abejuela se vió en inminente peligro de perder la libertad y la vida. Precediendo á las fuerzas de Carnicer, y á la cabeza de unos cuantos cazadores, penetró Cabrera en Abejuela al anochecer del dia 13 de Noviembre. Distraido en apremiar al alcalde, para que aprontara las raciones, no advirtió que la vanguardia de la columna Valdés habia invadido el pueblo, hasta que la descarga de una compañía de fusileros advirtió á los confiados carlistas todo el riesgo de su situacion.

Cabrera, sin tener tiempo para montar á caballo, huyó precipitadamente, y ya estaba á punto de salir del pueblo, cuando tropezó y cayó. Un fusilero que le seguia de cerca se arrojo sobre él, le cogió los faldones de la casaca, y le intimó la rendicion. En este instante supremo, Cabrera, sin poderse valer de arma alguna, estrecha con sus brazos las piernas del fusilero, y haciéndole perder el equilibrio, le derriba vigorosamente en tierra; recoge entónces todas sus fuerzas; prosigue su carrera con una velocidad sorprendente, llega al borde de un precipicio, no vacila, y se lanza al fondo, recibiendo un fuerte golpe que le privó de sentido. Recobrado de su aturdimiento se puso de nuevo en marcha y se reunió á Carnicer á la una de la madrugada. Otro suceso ocurrió por este tiempo que prueba que Cabrera poseia recursos para dominar las situaciones apuradas. El dia 12 de Noviembre se hallaba con 165 hombres en una masía del término de Fortanete; á corta distancia, y en otra masía, estaba una columna de

la reina que le habia seguido con tenacidad la pista, y se habia guarecido en aquel punto de los rigores de la estacion. Separaba las dos fuerzas enemigas un muro de nieve, y Cabrera carecia de municiones y de todos los medios necesarios para repetir un ataque que consideraba probable tan luego como se aplacara la ira de los elementos. En este conflicto ideó un medio que no dejaba de ser ingenioso, y que trae á la memoria el artificio que empleó Aníbal en la guerra contra los romanos. Reunió en un mismo punto todos los toros de la masía, y dió órden para que los aguijonearan fuertemente en el caso de que se aproximaran las tropas isabelinas, abrieran la puerta de improviso y arrojaran sobre el enemigo esta imponente vanguardia; el ataque no se verificó, ni por consiguiente se echó mano de estos vigorosos auxiliares.

Ya en este período tenía Cabrera el grado de coronel de infantería. Confiriósela Carnicer el 24 de Noviembre cuando este jefe carlista habia recibido el despacho de brigadier de caballería y el título de segundo comandante general interino de Aragon.

La Providencia parecia velar por la vida de Cabrera, preservándole ya de los grandes peligros anejos á los combates, ya de las asechanzas de los que le rodeaban. El 18 de Diciembre, hallándose en el pueblo de Ejulbe, descubrió una conspiracion tramada por seis soldados y un sargento, los cuales habian formado el proyecto de asesinarle. Todos los iniciados en el crímen depusieron paladinamente la verdad, manifestando que la codicia les habia inducido á trocar la espada de los valientes por el puñal del alevoso. Cabrera los perdonó; pero este suceso debió llenar de amargura su alma, y considerando la imposibilidad de incorporarse á Carnicer y de re-

sistir la vigorosa y bien organizada persecucion del general Valdés, ordenó que se dispersara su gente, sin designarla como de costumbre el punto en que debia reunirse. Viéndose á solas con el comandante García, le dijo con ese tono firme que no admite réplicas ni observaciones: «Mañana se viene usted conmigo á Navarra: es urgente dar cuenta á S. M. del deplorable estado de sus defensores en Aragon, y rogarle que envíe alguna fuerza para reanimar el abatido espíritu de tantos desgraciados.

»Si no alcanzamos el objeto, nos alistaremos en aquel ejército de simples voluntarios. Consultarlo con Carnicer es imposible, porque ignoramos su paradero; el asunto no da treguas y en la guerra vale mucho el tiempo.» El dia 20 de Diciembre emprendieron ambos el viaje, dirigiéndose á Alloza. En esta expedicion, rodeada de azares y dificultades, algunas de las que podrian acaso vencerse con el poder universal del dinero, llevaba Cabrera la cantidad de siete reales.

Llegaron los dos viajeros á Alloza y se ocultaron en casa de un labrador rico, á quien Cabrera reveló su proyecto, pidiéndole dinero y un pasaporte falso. Proporcionóle uno y otro aquel leal amigo, y Cabrera salió de Alloza bajo el pseudónimo de Vicente Cortiella, y disfrazado de arriero aragones. En Alloza se adhirió al pensamiento y peligros del caudillo carlista *María la Albeitaresa*, mujer audaz, resuelta, activa, que se hallaba entónces en la primavera de su vida y que acogió las indicaciones de Cabrera con ese ardor noble y desinteresado que crea una imaginacion exaltada y entusiasta. Los tres expedicionarios se detuvieron en el pueblo de Hijar, y cargaron las caballerías de jabon: el 28 de Enero de 1835

atravesaron el Ebro, y el 9 de Febrero entraron en Zúñiga, donde se hallaba á la sazon el cuartel de D. Cárlos. En la audiencia que otorgó este príncipe á Cabrera y García el dia 15, trazó el primero un cuadro lúgubre y sombrío de la situacion en que se hallaba la causa carlista en las Provincias del centro; describió con fuertes colores el desencadenamiento de los partidos, el furor que, autorizándose con el nombre de justicia, inmolaba víctimas inermes é inocentes; la postracion en que habian caido los defensores de su causa á consecuencia de los últimos reveses; la falta de concierto en las operaciones y la carencia de los recursos que engendran y alimentan la guerra, porque sostienen con el lazo del interes la adhesion problemática á una causa de algunos de sus servidores. «Por lo demas, al hacer estas manifestaciones, continuó Cabrera, no tengo otro objeto que poner remedio á nuestros males en beneficio de la causa del Rey, á la cual, por conviccion y compromisos estamos íntimamente unidos; y tanto yo como mi compañero, estamos resueltos á prestar nuestros servicios en estas filas como simples voluntarios.» «No, contestó D. Cárlos, es preciso que volvais á Aragon, donde vuestros servicios serán de más utilidad que aquí. Al efecto, Villemur os dará un pliego, que tú, Cabrera, pondrás en manos de Carnicer, pues os interesa. Idos á preparar vuestro viaje, y el cielo os le conceda feliz.»

Llana y segura habia sido la marcha de los viajeros á Navarra; pero en el regreso les ocurrieron algunas aventuras, que pudieron tener para ellos fatales consecuencias, sin la presencia de ánimo de Cabrera. Salieron el dia 18 de Zúñiga, y tomaron la ruta de Sangüesa, en cuyo punto permanecieron dos dias con pretesto de vender jabon y azafran. El 27

entró Cabrera en Zaragoza, miéntras sus compañeros de viaje se dirigian á una casa de campo, propiedad del conde de Villemur, situada en las afueras de la ciudad. Cabrera desempeñó algunas comisiones importantes, y volvió á reunirse con García y la *Albeitaresa* en un jardin contiguo á la casa precitada. Allí recibió las visitas de algunos sujetos distinguidos, señaladamente afectos á la causa carlista. Miéntras giraba la conversacion sobre asuntos de interés, observó Cabrera que en un riachuelo inmediato bajaban á beber agua várias caballerías, y entónces concibió el proyecto de apoderarse de dos buenos caballos, y espió con ojo avizor la ocasion propicia: pero no se presentó ésta en aquel dia, y Cabrera, que habia observado que algunos de los transeuntes le dirigian miradas llenas de desconfianza y de recelosa curiosidad, tomó consejo de la prudencia, y se ausentó de Zaragoza el 28. Pero ni sus precauciones, ni su incógnito, ni su extraño menaje y comitiva, impidieron que fuera descubierto el 29 en una venta, colocada á la derecha del camino de Belchite.

Habia en ella 12 ó 14 arrieros, con los cuales entablaron familiar conversacion Cabrera, García y la Albeitaresa; y queriendo captarse sus simpatías y sondear sus sentimientos y noticias, Cabrera propuso la idea de que cenaran todos juntos. Aceptóse con franqueza cordial: pero mientras se sazonaba la conversacion con algunos chistes y con esa alegría espansiva que reina en semejantes reuniones, advirtió el caudillo carlista que uno de los arrieros le miraba de soslayo y con cierto aire de socarronería. Cabrera hizo un movimiento de despecho, pero no fué apercibido por los circunstantes: mas dominándose pronto esperó que terminara la cena. Entónces se levantó el arriero para dar agua á su recua. Cabrera, alegan-

do el pretesto de ver sus caballerías, le siguió los pasos y entró pocos segundos despues en la cuadra, y lanzándole una mirada investigadora, le preguntó con breve é imperioso acento:—De dónde es usted?

—De Montalban, contestó el arriero.

—He notado que usted me miraba mucho cuando estábamos en la cocina, y desearia saber si usted encuentra en mí algo que llame su atencion.

—Toma! pues no he de mirar á usted atentamente si le conozco; usted es Cabrera.....

Difícil es comprender el caudal de ira y de fogosa cólera que acumuló en el corazon de Cabrera esta atrevida revelacion. Veia confirmadas sus sospechas, y con ellas el riesgo de su persona y las de sus compañeros. Abalanzóse sobre el arriero con el puño crispado, los ojos centellantes y el rostro encendido por la indignacion, y le amenazó con la muerte si profería una sola palabra. El arriero prometió y juró guardar el más absoluto silencio; pero no podia satisfacer á Cabrera una promesa arrancada por el miedo, y le obligó á que volviera á la cocina y no revelara la menor cosa en punto á la escena que acababa de ocurrir. Siguióle Cabrera, llamó á García y la Albeitaresa, refirióles lo que habia acontecido, requirió con la vista todos los ángulos para ver si habia alguna puerta falsa ó lateral, y se colocó delante de la principal, intimando á los arrieros la órden de permanecer inmóviles en su sitio. Pero considerando despues que en cuestion de números y fuerzas tenian ellos pocas probabilidades de salir airosos; que repuestos los arrieros de su sorpresa, trataran de abrirse paso empleando la violencia, ó que invocaran el auxilio de una compañía de urbanos que habia en aquellas

inmediaciones, se acordó emprender la marcha ántes que amaneciera, protegidos por la oscuridad de la noche. Al dia siguiente estaban en Lecera, donde se creyeron á cubierto de todo peligro; pero no fué así, porque embelesados los carlistas que habia en este punto con la narracion que les hizo Cabrera de su viaje, fueron sorprendidos y envueltos por una partida de tropa liberal que se arrojó súbitamente sobre el pueblo. Cabrera y García huyeron con el traje de arriero, y anduvieron vagando algunos dias por los montes, compartiendo el hambre y las vigilias, haciendo uno centinela miéntras el otro se entregaba á un breve y necesario reposo, agitados por el temor de caer á cada paso en poder de sus enemigos y anhelando encontrar á Carnicer.

Por fin encontraron á este jefe en las masías de Ludrunan y Villarluengo. Despues de conceder los primeros momentos á las recíprocas felicitaciones, Cabrera entregó á Carnicer el pliego que habia recibido de su soberano. Leyóle Carnicer en silencio; y levantando en seguida la voz, anunció que la voluntad de su rey le empeñaba á dirigirse á Navarra, y que durante su ausencia nombraba jefe accidental interino de todas las fuerzas carlistas del Bajo Aragon y reino de Valencia al coronel de infantería D. Ramon Cabrera.

Investido Cabrera de este carácter, y colocado en esfera tan superior, aspira á ensanchar la de la guerra y dotar de mayor nervio á las operaciones; pero tropieza al primer paso con rivalidades y contradicciones, y aunque su antagonista no emplea contra él otro medio que el de la murmuracion, que es el poder del débil ofendido, sin embargo conoce las circunstancias y las gentes que le rodean, sabe que una autoridad controvertida por unos, y negada por algun otro, puede des-

vanecerse en un momento crítico, comprende que para arrostrar una larga série de peligros no hay fortaleza posible sin la voluntad de pensamientos, y queriendo captarse y asegurar el afecto de sus tropas, en vez de imponer á sus rivales con la violencia, emplea un medio hábil, y de cuyo resultado le responde su prestigio. Reune á todos los jefes y oficiales, les recuerda la órden general en que fué nombrado comandante, y les dice, sin embargo, que atento más que á todo á la causa comun, cederá sin repugnancia el mando siempre que ellos estimen conveniente esta determinacion al aprovechamiento y mejora de aquella.

La Junta, en que las ambiciones particulares estaban muy sorprendidas para mostrarse desbocadas, confirmó con entusiasmo la eleccion de Carnicer. Quilez mismo, que se habia manifestado más codicioso del mando que otro alguno, no se atrevió á levantar la voz, y concibió la idea más noble de rivalizar en gloria con Cabrera, aunque fuese en inferior gerarquía.

Desde entónces Cabrera se esfuerza en dar vida á la guerra con el galvanismo de su propia autoridad. No busca, ni aún con la imaginacion, triunfos ruidosos y señaladas victorias, porque conoce que una insurreccion naciente, cuando no sucumbe, vence, y que su existencia es ya de por sí una victoria. Por eso sus principales conatos tienden á agolpar gentes y recursos, á proceder á su organizacion; y si para lograr este doble objeto tiene que empeñar acciones desproporcionadas, el éxito justifica sus temeridades, y si padece graves quebrantos, ocurre á su remedio con su acostumbrada celeridad; si sus soldados flaquean á vista del enemigo, vence su irresolucion, arrojándose el primero en el combate á la ca-

beza de un puñado de cazadores, y sin otra arma que un palo ó un látigo.

Derrotado y fugitivo muchas veces, se rehace presurosamente, y en Alloza sostiene ya con formidable teson un ataque de la columna Nogueras, y se retira, no con su gente desbandada, como ántes, sino manteniéndola compacta y alineada, y disputando el terreno palmo á palmo; cuando su tropa se siente fatigada, la alienta, la sostiene con su palabra y el ejemplo, y viéndola á punto de desmayar, rendida de fatiga, quiere sacrificarse generosamente en su obsequio, y convida á reto singular al brigadier Nogueras, su perseguidor: éste no acepta, pero Cabrera habia ganado tiempo, que era su objeto; habia concedido á los suyos algunos minutos de reposo, y un tanto recuperadas las perdidas fuerzas, logra apoderarse de una eminencia, llave de aquellas posiciones, y se pone así fuera del alcance de la caballería enemiga. Dos dias despues sostiene otro ataque contra algunas fuerzas que salian de la ciudad de Alcañiz, y las rechaza apoderándose de algunas casas; pero afluyen nuevas fuerzas isabelinas, y se ve obligado á replegarse emprendiendo un movimiento retrógrado hácia Haldealgorfa. Estrechado por las columnas de la reina, y teniendo muy mermada su gente con las pérdidas experimentadas en los choques casi diarios que sostenia, se retira á los puertos de Beceite, y ordena la dispersion de los suyos, designándoles préviamente el punto á que debian acudir.

Tal es Cabrera en los meses de Febrero y Marzo de 1835, los primeros de su mando. Activo, intrépido, tiende ya á infundir en sus tropas el espíritu marcial y la firmeza en los combates, y lo logra, como lo prueba la accion de Alcora.

Demuestra ambicion de mando, pero despliega el valor y la perseverancia que la legitiman; los reveses le irritan, pero no le abaten, y parece desafiar con todo el poder de su energía á la fortuna que le vuelve el rostro. En los trances más angustiosos no le abandona la serenidad, y cuando no puede dominar los peligros con la fuerza pone en juego el ardid, y entónces viene la suerte á secundar su último esfuerzo. Cerca del pueblo de Hoz, de donde huia con todo el vigor de su caballo, le alcanzó un teniente de carabineros, y cuando ya iba á hendirle la cabeza con el sable, Cabrera, que no tenía arma alguna para parar el golpe, se quitó su capa con agilidad suma, y la arrojó sobre el caballo del carabinero, que ciegó de este modo, y marchando á toda brida, vino á tierra, y arrastró á su dueño en su caida. En otra ocasion, hallándose con escasa fuerza, y rodeado de columnas enemigas, mandó que siguiera á sus tropas un rebaño de ovejas, para que borrara la huella de los infantes y caballos, á fin de que perdieran la pista los isabelinos, como en efecto se verificó.

Á principios del mes de Abril se reunieron bajo la mano y conducta de Cabrera las partidas de Quilez, Torner, Forcadell y Añon, formando un total de 900 hombres.

Viéndose Cabrera á la cabeza de esta fuerza, que era por otra parte muy defectuosa en punto á organizacion, disciplina y homogeneidad, pensó acometer alguna empresa importante; parecióle desde luego tal una incursion á la plana de Valencia, donde podria recoger cuantiosos víveres y recursos; y ya se habia puesto en camino para realizarla, cuando supo que se acercaban las columnas de Decreff y Buil. No esquivó Cabrera el combate, y desplegó bastante tino y condiciones tácticas para asegurar el éxito. Fué este dudoso, y ambos

beligerantes se atribuyeron la victoria; pero lo cierto es que Cabrera no debió experimentar grave quebranto, porque terminada la accion, variando de rumbo y pensamiento, se arrojó sobre la populosa é interesante villa de Caspe. Opusiéronle gallarda resistencia los urbanos y la guarnicion; mas atacados con nuevo y creciente brio, se replegaron al castillo, y dejaron á los carlistas dueños de la villa. Fué breve su permanencia en ella, porque hubieron de evacuarla al saber que se aproximaba la columna de Nogueras; pero este hecho suministró á Cabrera una gran fuerza moral. Se le creia errante y fugitivo y se le veia penetrar en una poblacion de 16.000 habitantes, bien murada y guarnecida. Muchos jóvenes se agregaron desde entónces á sus filas y la guerra empezó á tomar un considerable fomento. En los primeros dias de Marzo estaba Cabrera á la cabeza de veinte y tantos hombres, y en los últimos de Diciembre podia disponer de 3.416 infantes y 218 caballos. Es verdad que estas tropas carecian de organizacion y áun de armas en alguna parte; pero estaban compuestas de hombres valientes y entusiastas, atraidos, unos por el prestigio del jefe, nutridos otros de ódios y venganzas personales, y decididos todos á perecer más bien que transigir con una causa que les habia herido en sus más caras afecciones.

Ántes de llegar este último período y como hácia el promedio del año 35, cuando la fortuna empezaba á sonreir á Cabrera, y elevaba éste cada vez más el horizonte de sus esperanzas y proyectos, un suceso imprevisto vino á destruir el fundamento de estos y de aquellas.

Fusilado Carnicer en Miranda de Ebro, habia caducado la autoridad delegada de Cabrera, y la córte de D. Cárlos,

atenta más que á todo á evitar rivalidades entre los jefes aragoneses y valencianos, dispuso, apénas tuvo noticia de aquel acontecimiento, que los que ejercieran mando sobre fuerzas distintas por su orígen ó carácter provincial operasen con absoluta independencia entre sí. Este golpe fué muy sensible para el jóven comandante carlista.

Habia organizado sus fuerzas de modo, que todos cuantos se adhirieran á la bandera de D. Cárlos en las Provincias del centro habian sido incorporados por el mismo Cabrera en las filas de Quilez, Forner, Forcadell y Llorach, y de esta distribucion resultó que en el momento de separarse las respectivas fuerzas se vió Cabrera sin un solo hombre de que poder disponer, y colocado en la alternativa de servir como subalterno á las órdenes de uno de sus rivales ó de abandonar una causa que correspondia con tanta ingratitud á sus esfuerzos y grandes sacrificios. Pero era Cabrera sobrado ambicioso para adoptar este último extremo, y la conducta que observó al despojarse del mando acreditó que le merecia. Acató sin replicar las órdenes de su soberano, y como los jóvenes tortosinos se negaran resueltamente á seguir bajo la obediencia de Llorach, Cabrera, con entero ánimo y tranquilo semblante les impuso silencio, y les advirtió bien con palabras dulces y templadas que no mentaran su nombre, pues no queria asociarle á ningun acto de insubordinacion. Cabrera, defendiendo la disciplina con mengua de su propio interés, tenía sin duda el presentimiento de su gloria, y aunque colocada todavía en oscura y desigual comparacion, recordaba los grandes rasgos militares de los germánicos, de los Belisarios y de otros ínclitos caudillos antiguos y modernos. Era sin disputa un ambicioso, pero no un ambicioso vulgar. Tes-

tigos los demas jefes montemolinistas de la abnegacion de Cabrera, quisieron rivalizar con él en generosidad, y Quilez fué el primero que le ofreció el mando de su tropa. Rehusóle aquel, así como las ofertas de Forner y Llorach, y aceptó la de Forcadell, con quien le unia, ademas de las relaciones de partido, el vínculo de la amistad personal. Era por otra parte la fuerza más considerable, pues ascendia á 797. Desde mediados de Setiembre en que aconteció este hecho, hasta el 11 de Noviembre, Cabrera, aunque carece de un carácter oficial, figura en primer término, ya porque Forcadell defiriese á sus consejos, pagando tributo á su inteligencia y energía, ya tambien porque las tropas le respetaban como á jefe principal, ya finalmente porque llegó á verse á la cabeza de sus fieles tortosinos.

Miéntras que los demas jefes carlistas agitaban en diferentes rádios sus influencias para aumentar su gente y empeñaban acciones con instable ventura, Cabrera y Forcadell caen con su tropa sobre una columna de la reina, y la destrozan en las inmediaciones de Cherta, reducen al mayor apuro á otra dirigida por el coronel Azpiroz en Prat le Compte, alcanzan cerca de Yeca una sangrienta victoria, en la que Cabrera estuvo dos veces expuesto á perecer, y debió su salvacion al valor, ora temerario, ora tranquilo que sabia desplegar en estos trances fuertes y arriesgados, y despues de otros choques ménos notables, penetran en la ciudad de Segorbe: pero alcanzados en este punto por la columna de Nogueras, se retiran con celeridad perdiendo escaso caudal de gente. Redundó en considerable beneficio de la causa carlista el valor moral de estos hechos, y se aumentó con las ventajas reportadas por los mismos caudillos sobre la columna de Decreff,

la cual hubiera sido completamente deshecha en Jana sin el oportuno auxilio del brigadier Nogueras. Quilez, rival y émulo de Cabrera, combate con singular ardimiento, y reduce á su obediencia varios pueblos de Aragon, y la guerra, abatida á principios de este año (35), se levanta de nuevo, como el gigante hijo de la tierra, amenazadora é imponente, sembrando la consternacion y la alarma por los fértiles paises que riegan el Ebro y el Júcar. Un suceso digno de detallada narracion aconteció en Rubielos. Esta opulenta villa, situada á 10 leguas de Teruel, fortificada, y con su competente guarnicion, era como un centinela avanzado que dificultaba á los carlistas hacer sus escursiones al interior del país. Cabrera y Forcadell, á la cabeza de dos batallones y 40 caballos, se propusieron atacarla, arrebatándola por sorpresa. El impetuoso Cabrera llega con sus valientes tortosinos á la puerta de la Villa, manda derribarla y se lanza á las calles, arrollando á los urbanos y guarnicion, que se encerraron en la iglesia. Rechazaron la intimacion de rendirse, y se propusieron hacer noble y esforzada defensa; y renovándose el ataque, creyó Cabrera que el medio mejor de reducirles era derribar tambien las puertas del templo. Para lograrlo, hizo traer un carro y levantar en él un parapeto de colchones, detrás del que debian situarse los hombres encargados de conducirle; y en la parte posterior del mismo carro se habia formado otro baluarte de colchones, quedando desocupado un espacio suficiente para contener cuatro ó cinco. En este trecho se colocó Cabrera, un capitan de apellido Castells, y tres soldados tortosinos. Esta improvisada máquina, algo semejante á las torres movibles de los germanos, empezó á marchar sin obstáculo hasta llegar á cincuenta pasos de la iglesia.

En este trayecto Cabrera procuraba hacer olvidar á sus compañeros su inminente peligro, y se reia de las contingencias de la guerra que les habia obligado á encerrarse en una especie de jaula. Pero de pronto se para el carro; todos los esfuerzos empleados para hacerle rodar de nuevo son inútiles; se habia roto la vara principal, y quedó como clavado en aquel sitio.

Entónces Cabrera y los otros cuatro carlistas fueron el blanco de los disparos de los sitiados; dos de los mozos tortosinos cayeron muertos á los piés de su jefe. Castells y el otro resultaron heridos: solo Cabrera salió ileso del carro, y en vez de arredrarse por este fatal precedente, se reune con el grueso de sus fuerzas, y pone en planta nuevos medios para apoderarse del fuerte.

Dispuso que se echaran á tierra los tabiques intermedios de las casas contiguas á la iglesia, y para impedir que el fuego de los sitiados retrajera á los encargados de este trabajo, hizo suspender una porcion de varas de lienzo al largo de la calle, con lo que logró que los del fuerte perdieran la puntería en sus descargas. Siguió el combate obstinado y sangriento: los urbanos se defendieron con un valor heróico digno de mejor suerte; mas al fin sucumbieron oprimidos por la superioridad numérica de sus enemigos. Mora siguió el ejemplo de Rubielos, y Cabrera acreditó su preponderancia en Alcanar y Vinaroz.

La noticia de las proezas de Cabrera llegó á la córte de D. Cárlos, y este príncipe comprendió que debia galardonar al esforzado y perseverante caudillo. Con efecto, el 11 de Noviembre recibió el nombramiento de comandante general interino de Aragon.

No debe juzgarse á los hombres en una posicion oscilante y vaga, porque la inseguridad detiene el desarrollo del pensamiento, y anda recatada y equívoca la voluntad de los que han de concurrir á la verificacion de aquel. Por consiguiente, desde el momento en que fué colocado Cabrera por mandato y órden de D. Cárlos al frente de las fuerzas carlistas del centro, sus actos debian someterse de un modo absoluto á la justicia distributiva de la historia, que, considerando al hombre con la conciencia de sus facultades, le concede, sin el velo de la pasion, la merecida loa ó vituperio. En la posicion de Cabrera habia ocurrido un cambio notable; al hombre de accion, de movimiento y de un valor temerario debia suceder el hombre activo, pero cauto; valiente, pero reflexivo, creador y organizador al propio tiempo. Al guerrillero habia reemplazado el jefe militar de un partido en una gran extension de país; porque Cabrera no representaba pura y simplemente una fuerza de dos ó tres mil hombres heterogéneamente armados y equipados, si que toda la fuerza viva de un partido numeroso que debia agitarse y combatir, segun todas las probabilidades, en una parte principal del territorio. Por entónces esta probabilidad creaba una tendencia constante; porque D. Cárlos, su córte y todos los jefes aragoneses y valencianos, esperaban que la insurreccion tomara mucho mayor incremento; y para dirigirla se necesitaba elegir, no un soldado lleno de ardimiento, capaz de perecer el primero en un dia de batalla, sino un hombre de ingenio preclaro, que supiera regularizar los elementos de agresion y resistencia segun se fueran presentando.

Cabrera comprendió su nueva situacion, y trató de obrar en armonía con ella. Recogidas sus fuerzas en los puertos de

Beceite, consagró sus primeros cuidados al establecimiento de un hospital, á la creacion de una fábrica de municiones, cuya falta habia entorpecido tanto los progresos de los carlistas, y determinó los fundamentos de una administracion militar, planteando un sistema financiero sencillo, y tal cual le permitian las circunstancias: fijó su atencion sobre el vestuario y calzado de sus tropas, y tomó algunas medidas conducentes á remediar la escasez de uno y otro, ya estableciendo un taller, ya haciendo acopios de alpargatas, y puso la mano sobre la defectuosa organizacion de sus fuerzas, siguiendo en tan importante asunto el giro más conveniente. Existian ya dos batallones que dependian inmediatamente de Forcadell; pero los recien agregados constituian una masa informe más propia para embarazar que para acelerar el curso de las operaciones. Formó con ellos dos batallones de tortosinos y valencianos, y reforzó los que existian ya. Organizóse tambien otro que se denominó 4.º de Aragon, y se dividió la caballería en dos escuadrones, pero sujetos ambos á las superiores órdenes del coronel Añon. Tambien comprendió la necesidad de velar por la disciplina, y al efecto creó una comision que debia entender y juzgar los delitos segun la ordenanza.

Arreglada de este modo la economía de su pequeño ejército, y viéndose á la cabeza de unas tropas que aunque noveles, y sin foguear en gran parte, ardian en deseos de batirse, salió Cabrera de los puertos, con la alta y difícil mira de precipitarse sobre Castilla, con el fin de aumentar su caballería. Púsose en marcha siguiendo el litoral del Ebro, y la suerte le proporcionó un triunfo inesperado. Cerca de Terrer tropezó la vanguardia carlista con un batallon y algunas

compañías de zapadores, y cayendo impetuosamente sobre esta fuerza, la deshizo, causándola algunos muertos y considerable número de prisioneros. Dura y sensible fué para el caudillo tortosino la compensacion de esta ventaja. Alcanzado en Molina por el general Palarea, y embestido por fuerzas muy superiores, vió que sus tropas se desbandaban, y á fin de evitar el que cayeran bajo los golpes de la caballería de la reina, se adelantó él solo á caballo; provocó al enemigo, y logró atraer sobre sí su persecucion, dando tiempo á los fugitivos para que atravesasen el rio Gállego, y se pusieran fuera del alcance de las lanzas isabelinas.

Por este tiempo las pasiones habian adquirido un grado de rencor y destemplanza imposible de describir. Todo lo que pueden los odios comprimidos, desatados de repente y revueltos contra la opresion; todo lo que puede la venganza de la superioridad ofendida, que es la más terrible sin duda, porque tiene como auxiliar el orgullo; todos los resentimientos particulares provocados, envejecidos y atormentados durante las pasadas peripecias políticas y los impulsos disolventes de la codicia, habian pasado y como infundidos en la pasion pública, convirtiendo la guerra en hecatombe horrible. No era el torrente de la revolucion que se embravece con los obstáculos, y los arrolla, el que causaba los mayores males; no era la resistencia de la reaccion que se esforzaba en defender con igual empeño sus usurpaciones y derechos; era más sin duda; era la alianza monstruosa del calor revolucionario con el cálculo frio é infalible de la reaccion, la que abria tan profunda llaga en el seno de la madre patria. Ambos beligerantes comprendian y condenaban su aterradora energía, y se recriminaban mútuamente; pero las recriminaciones sólo ser-

vian para hacer más acerba y cruel su recíproca indignacion. Las represalias, que no son un derecho, sino el abuso de todos ellos, que no tienen fundamento en ninguna jurisprudencia posible, que no cabe en ninguno de los cánones del código de gentes, apilaban las víctimas inermes é inocentes. Tan poco recatados anduvimos, tan poco celosos del decoro nacional, que fué necesario que la filantrópica mano de un extranjero viniera á enseñarnos el medio de conciliar el valor con la humanidad. Mas esto habia acontecido en nuestras Provincias del Norte; pero en las del centro seguia la guerra con bárbara inclemencia; si el capitan general de Aragon publicaba un bando sanguinario, Cabrera daba á luz otro, prodigando la pena de muerte: si el primero mandaba encarcelar á los parientes y familias de los oficiales carlistas, el segundo hacía dar de palos á los individuos de ayuntamientos que no obedecian sus órdenes, y pasaba por las armas á los alcaldes de Torrecilla y Haldealgorfa. Á este último hecho respondieron Nogueras y Mina dando órden para fusilar á la madre de Cabrera.

Aunque las circunstancias más terribles no pueden agravar un hecho de esta Naturaleza, sin embargo, justo será, siquiera para satisfacer la curiosidad del lector, que nos detengamos á referir algunas de las que rodean este sangriento episodio. Era María Griñó mujer casi sexagenaria, de afable y piadosa condicion, que deploraba en lo íntimo de su corazon el desencadenamiento de nuestras discordias civiles, y la parte activa que en ellas tomaba su hijo.

Presa desde 1834, para contener é intimidar á éste, abrigaba el funesto presentimiento de su muerte, y decia á las personas que se acercaban á consolarla: «yo no saldré de

aquí más que para ir al suplicio.» No obstante, cuando en las primeras horas de la mañana del 16 de Febrero de 1836, la arrancaron de las dulzuras del sueño para notificarla la órden de su muerte, se atribuló en gran manera, y con voz angustiosa invocaba la clemencia del cielo y la justicia de los hombres. «Qué he hecho yo? exclamaba la infeliz; ¿cuál es mi culpa? Hijo mio, si vieses que tu madre iba á morir por tí, no lo permitirias; sé que te retirarias al instante.» Pero fortalecida su alma con el sentimiento de la religion, ya solo pensó en llenar sus últimos deberes y en ofrecerse como en holocausto de la felicidad de su patria. «Contenta moriria yo, decia al sacerdote Curto, si supiera que con mi muerte se acabaria la guerra... Decid á mi hijo que no tome venganza, ya que Dios lo permite así.» Mas no solo se queria la existencia de esta infeliz mujer; se quiso tambien, al parecer, atormentarla en sus instantes de agonía. Pidió que la permitieran ver á sus hijas y nietos, que se la administrase el pan de la Eucaristía, y cubrir su cabeza con una mantilla para ir al suplicio, y se la negó obstinadamente este postrer alivio de su desgraciada situacion. Cuando un partido comete en masa un desacato semejante, se perpetúa con las generaciones; pero el ánimo se consuela al considerar que el nombre de uno ó dos individuos puede quedar desapercibido ú olvidado en la historia.

Imposible es pintar el efecto que produjo en Cabrera la muerte de su madre: para expresar los grandes arranques del corazon, son imperfectos todos los idiomas. Aquel hombre susceptible, fogoso é irritable de suyo, volcanizado con la noticia del infausto acontecimiento, se desbordó completamente y lanzó un alarido de rábia y de dolor. Hallábase en Valder-

robres cuando le dieron la triste nueva, y allí mismo, en el acto, mal debilitada la primera inspiracion, dictó un bando comprensivo de cuatro artículos. En el primero y segundo imponia la pena de muerte á todos los individuos que, perteneciendo al ejército de la reina, cayeran en poder de los carlistas; en el tercero ordenaba fusilar á cuatro mujeres que tenían como prisioneras, y las que se aprehendieren en lo sucesivo hasta el número de 30, y en el cuarto estableció las represalias en una proporcion horrible, señalando el número de 20 por cada uno de los carlistas que fuesen fusilados.

Desde esta época empieza una série de catástrofes que al cronista toca referir, pero á la que el biógrafo debe renunciar, volviendo hácia otros objetos su atencion y su pluma.

La vida militar de Cabrera durante el año 36 está sujeta á alternativas y vicisitudes. Nombrado brigadier en los últimos dias de Febrero, trata de legitimar este ascenso; acomete á los enemigos en diferentes puntos: viene á las manos con Palarea en Cenidola, y aunque queda derrotado se repone pronto: se apodera de Cantavieja, la fortifica con esmero, y establece en ella una maestranza y fundicion de cañones, y de este modo puede disponer de esta arma privilegiada; reforma todos los ramos de su administracion: traslada á la plaza conquistada sus hospitales y fábrica de municiones y hace de ella un depósito de víveres y un seguro punto de retirada; pretende apoderarse de Morella por infidencia de la guarnicion, pero se frustran sus intentos, y sin dar tregua á los hechos de armas, en medio de estas atenciones, ataca con terrible ímpetu á la columna de Iriarte en Ildecona, y la destroza, dejando tendidos en el campo más de 500 cadáveres de sus enemigos, haciendo 40 prisioneros, y dispersando á los demas.

Todavia se le muestra la fortuna decididamente propicia en algunos otros puntos y sabe sostener sin mengua la persecucion de sus enemigos, que entónces redoblan sus fuerzas y su actividad; y esto, junto al incremento y organizacion que logró dar á sus tropas, tuvo tanto eco en el real de don Cárlos, que en el 16 de Agosto se le espidió el nombramiento de mariscal de campo.

Asociado á la espedicion de Gomez, Cabrera combate esforzadamente en Córdoba, Baena y Almaden. Mas bien fuera por desavenencia con el jefe principal de la espedicion, bien impelido por el deseo de salvar á Cantavieja, que iba á ser atacada por el general San Miguel, ó bien porque coincidieran ambas causas, se separa de aquella parte; casi desde los confines de Portugal atraviesa la Mancha, donde, segun asegura uno de sus biógrafos, corrió grave peligro de perder la vida, pues un manchego le tuvo apuntado con su carabina, y solo le detuvo el temor de las represalias; robustece sus fuerzas y las de Miralles con las de Jara y Orejita; rinde al paso las guarniciones de Abenojar y Almodovar del Campo; pero sabe que Cantavieja ha sucumbido, y entónces forma el arrojado proyecto de dirigirse á Navarra. Cruzó en casi toda su longitud Castilla la Nueva y llegó el 1.° de Diciembre á Rincon del Soto.

Acometióle aquí la columna de la Ribera y dispersó toda su infantería, causándola notable pérdida de muertos y prisioneros. Decaido, oprimido por la fatiga, con el ánimo tan enfermo como el cuerpo, cedió Cabrera el mando de su gente despues de este revés á Miralles, y se retiró á Arévalo de la Sierra, donde le esperaba mayor desgracia y quebranto. La brigada de Albuin penetró en el pueblo, ignorando que

se hallara en él Cabrera, y á poco rato se trabó un recio combate en que quedaron muy maltratados los sorprendidos carlistas, precipitándose en confusa dispersion y atropellada fuga.

Rodeado de enemigos Cabrera, trató de tomar sus caballos, pero éstos ya habian caido en poder de los isabelinos; y cruzando por entre una granizada de balas, logró reunirse á los suyos, protegido por la oscuridad de la noche. Colocado á la cabeza de unos cuantos hombres valientes y desesperados como él, intentan abrirse paso por entre las tropas de la reina y lo consiguen en efecto, pero recibe un bayonetazo en la pierna y una cuchillada en la espalda. Sus ginetes, muy mermados con la última carga que habian sostenido, se desbandaron completamente, y el caudillo carlista fué alcanzado en la carrera por un soldado de la brigada, el cual le dió tan fuerte golpe con la culata de su fusil, que le derribó desde una altura de 25 piés, que era lo que se elevaba la carretera sobre el nivel del terreno. En esta situacion congojosa, sintió Cabrera que se aproximaban las fuerzas de la reina atraidas por el deseo de perseguir á los fugitivos, y entonces, haciendo un último esfuerzo, se levantó, anduvo un largo trecho con inseguro y vacilante paso y fué á caer en un sitio donde ya no llegaba el ruido del combate. Allí, solo, abandonado, con sus heridas manando sangre, sin recurso alguno probable de salvacion, aquel hombre de temple duro que habia afrontado con impavidez tantos peligros, conoció que su energía le abandonaba, y prorumpió en sentidas y melancólicas esclamaciones. El metal de su voz atrajo al coronel carlista D. Ramon Rodriguez Cano, que huyendo de la refriega, habia tomado la misma direccion. Cano se acerca al ge-

neral carlista, le vé, comprende todo el peligro de su posicion, y ayudado de un asistente le monta en su caballo, y se alejan los tres sin rumbo cierto de aquel funesto sitio.

Durante el dia 3 de Diciembre permaneció Cabrera en lo alto de un cerro con sus libertadores, esperando que pasaran algunos dispersos, á fin de poder formar un núcleo de fuerzas y de resistencia para el caso de un nuevo ataque. Cabrera tenía sin curar sus heridas, y ni él ni sus compañeros habian comido en treinta y cinco horas. Indecisos sobre el partido que habian de tomar, sin poder orientarse ni conocer el terreno que pisaban, y cuando su perplejidad subia de punto, vieron un paisano; llamáronle, y les fiaron sus vidas y direccion; el filantrópico paisano les presentó algunos manjares, que aceptaron como un don de la Providencia. El caballo de Rodriguez Cano relinchaba, y temiendo ser descubiertos mataron á pedradas á aquel noble animal que acababa de prestarles tan inmenso servicio. El paisano condujo á su casa á los fugitivos carlistas; mas Cabrera no quiso permanecer en ella, porque temió que un jóven que requeria de amores á una parienta de su huésped les delatara, tal vez en un arrebato de infundados celos; pero como era preciso buscar pronto una mansion hospitalaria donde pudiera curarse de sus heridas, y estar al abrigo de las pesquisas de sus enemigos, escribió Cabrera al párroco de Almazan, D. Manuel María Moron, pintando su situacion y pidiéndole un asilo. Proporcionósele Moron en su misma casa, á la que pasó Cabrera con sus dos compañeros disfrazados de aldeanos. Rodriguez y su asistente marcharon á unirse con las fuerzas carlistas, dejando á Cabrera encomendado á la vigilante solicitud de aquel eclesiástico.

Mal restablecido de sus heridas, débil y convaleciente aún, pensó Cabrera salir de su hospitalario albergue, y ponerse de nuevo á la cabeza de sus tropas. Emprendió su marcha de inteligencia y acuerdo con Forcadell, y llegó sin suceso alguno adverso á Aliaga, donde le esperaba Arévalo para entregarle el mando. Recibiéronle sus tropas con indefinible entusiasmo, y él se preparó á remover con su actividad acostumbrada las dificultades que habian ocurrido durante su ausencia, afirmar los lazos de la disciplina un tanto relajada, y á dar vigor é impulso á las operaciones.

De este modo inauguraba el año de 1837: deploraba siempre la pérdida de Cantavieja, la mejor joya de sus conquistas y la base muy sólida de su existencia militar, y perseguia con perseverante afan los medios de recuperarla: logrólo, en efecto, á mediados de este mismo año, pero ántes le sobrevinieron nuevos azares y tribulaciones que pusieron otra vez en grave riesgo su existencia. Entre los varios choques y acciones que se trabaron en este tiempo merece especial mencion la empeñada cerca de Chelva el dia 20 de Enero. Mandaba las fuerzas de la reina el general portugues Borso di Carminati, y Cabrera se hallaba al frente de los carlistas. Combaten al principio unos y otros con singular lozanía: pero al fin empieza á ceder el ala derecha de Borso, y Cabrera, que observa este movimiento, se arroja con su escolta sobre la desordenada hueste: pero los soldados de la reina hacen una descarga á quema-ropa, y Cabrera, gravemente herido, hubiera caido del caballo si no hubieran acudido á sostenerle sus ayudantes Ojeda, Andreu y Arnau. Con la noticia que circuló de su muerte, sus tropas perdíeron el nervio de la defensa, y Cabrera, que lo observaba tendido en una camilla, quiso volver

de nuevo á la pelea, pero le faltaron las fuerzas, y hubo de desistir de su empresa: extrajéronle las balas en las Cuevas, y se trasladó á la cama, donde permaneció algun tiempo curándose sus heridas. Impaciente por reparar algunos reveses que habian experimentado los suyos, pide el caballo, y contra el dictámen de los facultativos, sale á batir su enemigo. Una carga impetuosa le proporciona el alcanzar un fácil triunfo; pero temiendo ser arrollado por fuerzas superiores, emprende una retirada peligrosa, y llega á la Cenia, experimentando agudos dolores con las heridas abiertas y enconadas. Pudo serle fatal esta ocurrencia, pero su enérgica organizacion resistió la accion del mal, y se restableció á los pocos dias.

Pero esta alternativa de prosperidades y desgracias hace á los hombres duros y feroces, y Cabrera lo acreditó poco despues. Alcanzó en la venta del Plá del Pou una ruidosa victoria; pero en vez de hacer de ella el noble uso que la humanidad y hasta la prudencia aconsejaban, quiso solemnizarla con una deplorable bacanal. Cerca de Burgosot, á tres cuartos de hora de Valencia, miéntras Cabrera saboreaba con los manjares el placer del triunfo obtenido, y recibia de sus parciales una especie de ovacion, en su presencia, á pocos pasos de distancia eran fusilados por su órden los oficiales y sargentos de la accion de Plá del Pou; y los vítores, los bríndis y ovaciones, y los alegres ecos de las músicas, se confundian con el ruido de las descargas, y con los gritos de los infelices prisioneros que poblaban el aire con sus lamentos. Ha querido explicarse este hecho por una fatal coincidencia, suponiendo que Cabrera, aunque dispuso que se fusilaran los oficiales y sargentos prisioneros, en uso del derecho de represalías, no

quiso presenciar el espectáculo por un refinamiento de crueldad; pero conociendo los precedentes de Cabrera, áun sin dar considerable valor á las apariencias, bien puede creerse que precedió al triste acontecimiento de Burgosot una intencion horrible y premeditada. Las circunstancias habian pervertido aquella alma que arrojó al principio de la guerra algunos destellos de generosidad, y la habian familiarizado con ese detestable lujo de sangre y de venganza.

Dueño de San Mateo y Cantavieja, Cabrera se dispuso á salir al encuentro del nuevo capitan general de Aragon, Valencia y Murcia, D. Marcelino Oráa, y la gloria de haber medido sin desventaja sus armas con este experimentado caudillo levantó en gran manera el prestigio del jefe carlista. Es verdad que el ejército isabelino que operaba en el centro estaba desmoralizado, mal ropado y hambriento; pero tambien Cabrera mandaba gente allegadiza, poco acostumbrada á sufrir el freno de la disciplina y organizada bajo el fuego de la persecucion; tenia que sostener sus tropas sobre el país; su tren de batir era casi nominal, y antes de la reconquista de Cantavieja carecia de toda base fija y segura de operaciones. Así hasta cierto punto se equiparaban las condiciones de ambos beligerantes, neutralizándose las desventajas de uno con la falta de recursos del otro. Pero cuando el general carlista estaba más engreido con estas prosperidades, amenázale la muerte de una manera inesperada. Con el pensamiento de obligar al pueblo fortificado de Samper á que aprontara varios pedidos que le habia hecho, se dirigió hácia este punto el dia 6 de Junio, á la cabeza de un buen cuerpo de tropas. Ya se hallaba cerca del pueblo cuando se desataron los elementos con indecible furia; el agua que caia es-

trepitosamente mezclada con granizo, é impelida por grandes ráfagas de viento, daba de cara á los soldados y dificultaba su marcha, y las apiñadas nubes lanzaban brillantes destellos de electricidad, anunciados por la ronca voz de los truenos. Tan desencadenada y récia se presentó la tempestad, que Cabrera ordenó á sus tropas se guarecieran en unos pajares inmediatos á Samper, y él mismo, acompañado del coronel Suarez, del ayudante Andreu y del secretario Caire, se refugió en uno de aquellos. Esperaban con impaciencia que se aplacara aquella magnífica y á la vez aterradora escena de la naturaleza, cuando de repente un rayo, hendiendo la endeble techumbre del pajar, penetra hasta el sitio en que se encontraban los tres, mata al secretario Caire, al caballo de éste y al de Andreu; el del general carlista se encabrita, da una fuerte sacudida y arroja violentamente á su dueño.

En medio de aquella atmósfera impregnada de gases mefíticos, Cabrera y su ayudante, que yacian en tiera sin sentido al lado del cadáver de Caire, habrian perecido sin remedio, á no haberse apercibido del triste acontecimiento algunos jefes y soldados que se hallaban en un pajar próximo al en que ocurrió la catástrofe. Acudieron inmediatamente á prestar eficaces auxilios á las tres víctimas, y se atribularon al notar que Cabrera no daba el menor indicio de vida. Con el rostro cadavérico, frias las extremidades, paralizado el pulso, el caudillo tortosino cayó cual inerte masa en brazos de sus leales servidores. Sólo las palpitaciones del corazon, el último síntoma de vitalidad, hicieron concebir algunas esperanzas de salvarle. Pocos minutos despues arrojó gran cantidad de sangre por ojos, narices y oidos; pero ni áun con es-

ta evacuacion espontánea y abundante pudo recobrar el conocimiento. Grande fué la consternacion que se apoderó de los carlistas al ver á su jefe en tan deplorable estado. Pocas sensaciones, ninguna tal vez, es tan acerba como la que experimentan los hombres por la pérdida de otro hombre superior de quien reciben una vida prestada, por decirlo así, una vida de influencia. Los rostros fieros é impasibles de aquellos soldados que habian desafiado tantas veces grandes peligros, á la voz de su general, se humedecieron con lágrimas al verle entrar en Híjar con la cabeza caida sobre el pecho, montado en el mulo de su cocinero y sostenido por éste y un asistente. Hiciéronle en Híjar dos sangrías y recuperó el sentido, pero sus facultades mentales aparecieron tan afectadas, que los facultativos creyeron probable el caso de un ataque de demencia. El sueño reparó las fuerzas del caudillo carlista, y al dia siguiente, al llegar á Castelseras, cuyo viaje hizo en un carro, se hallaba casi completamente restablecido, pues se sentó á la mesa y comió con apetito.

Desde este período Cabrera desempeña un papel muy importante en la guerra: sus hechos no están ya localizados en las escabrosidades del Maestrazgo y entre las corrientes del Mijares y Guadalavia, sino que ejercen una influencia activa y preponderante sobre su causa, y muchos de sus parciales le miran ya como el más robusto sosten de ésta. La expedicion denominada real se aproxima á las márgenes del Ebro: ha sido derrotada en los campos de Grá, y, á no atravesar el rio, está expuesta á perecer de hambre y por las armas victoriosas de sus perseguidores. El paso del Ebro es indispensable, pero faltan barcas y los demas medios de trasportes, y Borso y Nogueras, que comprenden la posibilidad

de que la expedicion perezca aconchada sobre el litoral del Ebro, intentan acudir á la orilla opuesta para impedir que Cabrera le facilitara los auxilios necesarios; mas el caudillo tortosino trabó con Borso un furioso combate: le ganó; logra apresar tres barcas cargadas de comestibles; detiene á Nogueras en la mitad de su camino, y sin terminarse la accion entra en una barca, cruza el rio y se presenta á D. Cárlos. No conoce el ceremonial ni la primera alocucion de las córtes, pero sabe el lenguaje franco y noble del soldado; llega allí cubierto de polvo, de sudor y con el brazo teñido de la sangre de sus enemigos; mas puede presentarle el laurel de la victoria y decirle con una expresion de elevado orgullo: «Señor, ofrezco á V. M. de nuevo mi lealtad, mis servicios y mi sangre: cuando V. M. ordene, puede pasar el Ebro; abiertas están las puertas del reino de Valencia.» Este fué uno de los más bellos dias de Cabrera. Él mismo lo declara en sus memorias. «Confieso, dice, que estaba envanecido y loco de contento despues de la Cherta, y al verme tan honrado por S. M. que me dió á besar su real mano, y me recibió con afectuosas demostraciones propias de un padre.» En efecto, Cabrera fué colmado de distinciones y honores: el mismo dia en que la expedicion pasó el Ebro fué agraciado con la gran cruz de la órden militar de San Fernando. La confianza que le dispensa el príncipe despierta la envidia de sus cortesanos, y éstos pretenden rebajarle con artificiosas tramas, designándole con el epíteto de *Estudiante*, sin advertir que esta palabra, empleada por ellos como insulto, envuelve el panegírico del caudillo tortosino. Respondió éste con una sonrisa desdeñosa á las irónicas miradas de sus antagonistas; y como aspiraba á cautivar el afecto de D. Cárlos, prestándole servicios gran-

des y positivos, cuando los otros no podian emplear sino hueca palabrería, tanto aquél como los hombres más autorizados y sensatos que le rodeaban creian que debian estimular al jóven caudillo catalan ensanchando la esfera de su mando.

El 3 de Julio se nombró á Cabrera comandante general de los reinos de Murcia, Aragon y Valencia, quedando sujeto á su autoridad Miralles, que la ejercia independiente en el territorio valenciano, y él pudo disponer de más refuerzos y tropas: lo que, á la par que halagaba sus ambiciosas miras, redundaba en beneficio de su causa, pues ya podrian partir de un centro enérgico y conocido todas las operaciones que se verificaban en tan dilatada perifería.

La espedicion real dejó pasar un tiempo precioso, perdiendo en movimientos inciertos y precarios el valor de la iniciativa y atendiéndose á uno por alguna defensiva infructuosa. Cabrera opinaba por que se marchara directamente á Madrid, esperando mucho de un ataque súbito contra un punto que carece de todas las condiciones estratégicas, donde existian agitándose en la oscuridad muchos parciales del infante, y donde podria esperarse mucho de la sorpresa y de la distancia en que se encontraba el nervio principal de las fuerzas isabelinas. No se apreció el consejo del caudillo tortosino, porque se esperaba adelantar más por las vias diplomáticas que por las de la fuerza. Tal vez era muy atrevido el pensamiento de Cabrera; tal vez irrealizable; pero si los caudillos de la espedicion debian aproximarse á Madrid, aquella era la ocasion más oportuna de verificarlo. Refiérese que el fogoso Cabrera, al verse al frente de la capital de la monarquia, instó fuertemente por el ataque, y que al recibir despues de dos dias de inactiva actitud la órden de retirarse, prorumpió en amargas

y destempladas quejas contra los que tan en mengua de sus intereses aconsejaban á D. Cárlos. Sus fieles batallones de aragoneses y tortosinos le acompañaron durante la espedicion, y se batieron á su lado con estraordinario brio.

Uno de sus biógrafos asegura que el pretendiente ofreció á Cabrera el mando en jefe de su ejército, y que el caudillo catalan rehusó modestamente un cargo que consideraba superior á sus fuerzas; pero si este hecho es cierto, no puede dudarse que el cálculo entró por mucho en la determinacion del ambicioso jóven; veia á un ejército, la flor y esperanza de la causa carlista, retirarse desalentado, abatido y en ademan de fuga, delante de los muros de la metrópoli de España, y dirigirse á un país desolado ya por una guerra de cinco años; debió comprender que este país habia hecho su último esfuerzo para colocar á D. Cárlos sobre el sólio de sus mayores, y que la postracion sobreviene despues de frustrarse un grande esfuerzo: habia tenido ocasion de ver y apreciar las rivalidades de los principales jefes de la expedicion; rivalidades que fructificaron con la ayuda de la desgracia, y no podia desconocer, á ménos que le cegara un orgullo insensato, que los generales viejos, encanecidos en los campos de batalla, y con reputacion de inteligentes, jamás perdonarian al jóven aventurero, como le llamaban, el que les precediera en el mando del ejército; que trabajarian en su ruina con singular ahinco y constancia, porque no hay sentimiento más perseverante que el de la envidia.

Mejor podia él campear en las provincias del centro, donde los ménos observaban, los más admiraban, y acataban todos su valor, su ingenio y su fortuna. Allí estaba su obra, la representacion de todos sus trabajos y sacrificios, y la piedra

angular de su porvenir. Allí tenia jefes leales que le estaban unidos por el vínculo de la disciplina y por el de la amistad ó parentesco, y allí se hallaban las fieles tropas que habia levantado, organizado, infundido el espíritu marcial y los principios de la táctica. En las provincias del centro apenas se podia dar un paso sin encontrar un hecho de devastacion ó de gloria, y sin que se descubriera en este hecho el pensamiento ó la mano de Cabrera: este nombre circulaba con terror y entusiasmo en boca de sus amigos y enemigos, y todo en un ámbito de muchas leguas recordaba la presencia del caudillo tortosino. De modo que la ambicion de Cabrera no debia satisfacerse en las Provincias Vascongadas con un mando efímero y disputado, sino en las del centro, donde seria más desahogada, reverenciada é independiente, y donde habia acumulado tantos elementos para levantar en su prestigio la importancia de su causa.

Un bloqueo de dos años, y la fuerza auxiliada por infieles tratos, pusieron en manos de Cabrera la interesante plaza de Morella. Poco despues adquirió la posesion y pleno dominio del Maestrazgo por medio de una línea de puntos fortificados, apoyada en Morella y Cantavieja. En aquel recinto, casi inaccesible á las tropas de la reina, planteó un sistema civil y militar para satisfacer las necesidades sociales de aquellos habitantes y las de la guerra, que adquiria cada vez más incremento. Aumentó el número de hospitales y las comodidades de los enfermos; elevó el de brazos empleados en las maestranzas y fundiciones; dió una forma más perfecta y consistente á sus divisiones; modificó el personal de los gefes; estableció una especie de auditores de guerra, que con el título de letrados asesores ilustraban á los comandantes de division

sobre los puntos legales, y creó una especie de marina, compuesta de algunas lanchas, que se trasladaban de un punto á otro, ya por agua, ya á brazo por tierra. Servian estas lanchas ó almadías para trasportar víveres, para hostilizar buques pequeños enemigos con artillería de menor calibre. Felipe Caldero, el padrastro de Cabrera, era jefe de esta marina y de algunas fuerzas de infantería y de caballería que operaban, segun las circunstancias, ora en el agua, ora en la tierra. Más adelante organizó Cabrera compañías de zapadores y un cuerpo de ordenanzas. Formó, en suma, un ejército respetable por su número y organizacion. Tambien llevó sus cuidados á la administracion de justicia: habia ya puesto en los pueblos donde dominaba alcaldes mayores de su devocion; pero como las sentencias de éstos afectaban siempre desfavorablemente á los intereses de uno de los litigantes, y el error ó la mala fe podian pervertir sus fallos, estableció, de acuerdo con la junta, *Tribunales de Alzada*, que entendieran en las apelaciones, miéntras la córte de D. Cárlos aprobaba el plan trazado para la creacion de audiencias.

Habia en estos pueblos escribanos, abogados: se otorgaban los contratos bajo la garantía de la fé pública, y se desempeñaban con bastante libertad todas las demas funciones de la vida civil. Por estos medios, asociando todos los intereses particulares al interés general, aseguraba Cabrera su concepto en Aragon y Valencia.

Pero fué preciso que acudiera á defender con su espada la principal acometida con tenaz empeño por un general hábil y un ejército valiente y aguerrido. La defensa de Morella fué el hecho que ennobleció más la consideracion de Cabrera. Los mismos que no habian visto en él más que al guerrillero

intrépido y afortunado, le concedieron prendas de varon eminente y de esforzado campeon. Los sucesos prósperos no siempre legitiman las reputaciones, pero las consolidan y engrandecen. D. Cárlos, para remunerar sus distinguidos servicios, le promovió á teniente general, y le concedió el título de conde de Morella. En 18 de Noviembre de 1833 salió Cabrera fugitivo de Morella con los galones de cabo: en 18 de Agosto de 1838 entraba en la misma plaza en medio de las aclamaciones de un pueblo y del ejército, condecorado con uno de los más altos grados de la milicia y con un título de Castilla. Esta comparacion es el mejor epítome de su historia.

La accion de Maella, cuya gloria manchó con la sangre de 93 sargentos prisioneros inhumanamente sacrificados, le concedió una preponderancia decidida sobre las tropas isabelinas. Van-Halen, sucesor de Oráa, pretendió en vano detener el curso de sus rápidos progresos, y despues de algunas tentativas inútiles para circunscribir el diámetro de la dominacion carlista, se vió precisado á limitarse á una estéril defensiva. Tan ofuscado lo tenía al general de la reina la ventura de su enemigo, que le reconoció tácitamente el título de conde de Morella en comunicaciones oficiales. Estas comunicaciones tenian por objeto regularizar la guerra, estipulando el canje de los desgraciados prisioneros. En Aragon y Valencia, como en Navarra y las Provincias Vascongadas, tomó una iniciativa generosa un inglés, coronel de artillería, llamado M. Lacy.

Cabrera asintió desde luego á los deseos emitidos por el británico; más suscitáronse entre el general carlista y el isabelino infelices cuestiones accidentales, debatidas con la acritud de costumbre, que retardaron desgraciadamente la conclusion del tratado. No obstante, antes de que Van-Halen

cesara en el mando del ejército y provincias del centro, se ajustó un convenio, que los beligerantes designaron con la denominacion de Segura ó Lecera, aludiendo á los pueblos en que fué firmado por ambos caudillos. Estipulóse en él el canje de prisioneros, fundándole en bases bastante ámplias y equitativas, y se puso de este modo término á esas muertes cometidas á sangre fria, que solo el falso lenguaje de la política impide llamar asesinatos.

Mas al lado de este hecho humano y lisonjero, se descubre otro que subleva el ánimo más imparcial. Nos referimos á los medios empleados en este período para detener á Cabrera en el camino de sus adelantos. La venganza es el crímen de todas épocas; pero los pueblos y los hombres se diferencian en la eleccion de los medios que emplean para ejecutarlo. En Roma el ambicioso Graco fué asesinado por los padres conscritos; César sufrió una suerte igual; el gran Gustavo Adolfo pereció en medio de una batalla bajo el puñal de un aleve; contra Napoleon y otras notabilidades más subalternas se emplearon tósigos y máquinas infernales. Pero en España, país clásico de la hidalguía, nunca se habia apelado á estos medios para contener los excesos de la ambicion.

Era preciso que la ceguedad de las pasiones políticas autorizara un hecho de esta especie: por lo demas, no deja de sorprender que Cabrera, á quien por tanto tiempo se habia despreciado, se hubiese elevado ahora á tal altura y prepotencia que no se creyeran suficientes para abatirle los esfuerzos de aguerridas huestes y la pericia de afamados capitanes, y que algunos hombres de espíritu ligero y dañado corazon quisieran engrandecerle empleando la alevosía como auxiliar de la fuerza y de la inteligencia. Sabia el caudillo torto-

sino que se armaban asechanzas á su vida, y el oro prolijamente derramado y la interceptacion de correos le proporcionaron la clave de tenebrosas maquinaciones. Supo hasta el nombre de las personas que habian concebido el pensamiento de asesinarle, y el de las que se habian encargado de llevarle á cabo. Esas noticias llenaron su alma de inquietud y zozobra, y adoptó todas las precauciones necesarias para evitar un atentado. Ningun desconocido se le acercaba ni áun podia ingresar en su ejército, sin sufrir préviamente un minucioso interrogatorio acerca de su procedencia, precedentes y conducta, y se desplegaba la vigilancia más exquisita para con los que se pasaban de las filas de la reina. Rodeaban constantemente al general carlista sus ayudantes, oficiales y los miñones, cuya lealtad tenian bien acreditada: no comia otros manjares que los preparados por su cocinero en presencia de los miñones; y durante las marchas tomaba muchas veces la racion de un voluntario ó se dirigia de improviso á la casa más humilde del pueblo donde se hallaba y mandaba hacer á su vista unas sopas ó unas migas.

Mucho debió padecer Cabrera con este martirio lento de la ansiedad, pero todas sus precauciones no alcanzaron á evitar el que se intentara formalmente cometer el crímen. Supo el caudillo tortosino que debian salir de Madrid con este objeto tres personas, cuyo nombre, señas y hora de partida se le designaba, y al efecto espidió órdenes para que se redujera á prision á los tres sujetos mencionados, tan pronto como penetrasen en el territorio donde él dominaba. Uno de ellos, llamado Antonio Lopez Moel, salió de Segorbe y se dirigió al campamento de Forcadell, quien mandó verificar inmediatamente su captura. Trasladado á la cárcel de Morella

hizo imprudentes revelaciones á un supuesto preso, que no era otro que un oficial de apellido Ortega enviado por Cabrera para esplorar los designios de Lopez Moel; entónces hizo traer á éste á su presencia, y le manifestó con acento severo do cuanto sabia acerca de sus proyectos. Quiso Lopez Moel disculparse alegando que, siendo picador de oficio y habiendo sabido que el general carlista acostumbraba á montar buenos caballos, habia venido á ofrecerle su servicio y á pelear por la causa que defendia, con la que estaba identificado por sus principios y opiniones.

Cabrera, sin dejarse arrebatar por la cólera, hizo presente al acusado que sabia todo su itinerario, que habia dispuesto le siguiese uno de sus confidentes hasta el campamento de Forcadell, y que tampoco ignoraba el nombre de las personas con las cuales habia hablado en Zaragoza acerca del objeto de su viaje. Quiso Lopez Moel replicar; pero Cabrera, dando á su fisonomía una expresion siniestra, exclamó con acento terrible: «Silencio; un puñal y un papel que contenia veneno, se hallaron en poder de usted en el acto de prenderle.—Mi general, piedad.— No hay piedad para los cobardes asesinos y envenenadores. Ahora debiera obligar á V. á tomar ese veneno con la punta de mi espada; merece V. la pena del Talion, pero va V. á ser juzgado inmediatamente por un consejo de guerra. Allí será usted interrogado y careado con su compañero de prision. Detras de V. tres envenenadores más por si se yerra este golpe; pero ellos retrocederán escarmentando en cabeza ajena. Lo sé todo, todo; los que han concebido el proyecto de matarme alevosamente, quisiera yo tener aquí; ellos no se atreven y envian á un desalmado como V.—Señores (dijo volviéndose

á los circunstantes), saquen V. á ese hombre de mi presencia (1).»

El infeliz Lopez Moel fué decapitado: el instrumento quedaba destruido, aunque no la intencion ni los planes de los que lo habian manejado. Más adelante se renovaron las tentativas contra la existencia del caudillo tortosino. Continuaba éste en el entretanto combatiendo con tanto brio como felicidad. Tres reputaciones se habian gastado en aquella lucha, durante pocos meses: Van-Halen, Amor Ayerbe y Nogueras, jefes todos de nota, habian pretendido en vano cercenar su dominacion; pues no pudieron lograrlo y se retiraron sucesivamente del mando de las tropas. Reemplazóles el general Don Leopoldo O'Donnell, jóven, valiente, entusiasta y entendido en el arte de la guerra. Acaso estas prendas no hubieran sido suficientes á domar una guerra tan encrespada y formidable sin el eficaz auxilio de las circunstancias. En el período á que nos referimos, habia sucumbido la causa carlista en las provincias del Norte. Cabrera supo este acontecimiento el mismo dia en que se apoderaba de Carboneras y de 2.000 hombres que constituian su guarnicion. Prodújole esta noticia hondo despecho y reconcentrada ira, y en su primer arrebato vomitó injurias contra todos los fautores de la que él calificaba traicion. Levantaba con la imaginacion mil proyectos que, por lo instables y temerarios, se desvanecian luego. Por último, se aferró al pensamiento de combatir hasta más no poder; mas creyó prudente que ántes de empeñar una lucha desesperada y sangrienta debia conocer la opinion de los prin-

---

(1) *Historia de Cabrera por Córdoba.*

cipales jefes de su ejército. Esperaba Cabrera que batallando con tenacidad se daria lugar á que estallara una reaccion á favor de su causa, allí mismo en Navarra, donde acababa de recibir mortal herida; y aunque esto no se realizase, algo ganaria con prolongar la lucha; pero el tiempo, que templa todos los dolores, consuma tambien todas las desgracias, y la de su causa iba acercándose á su término.

Reunidos los jefes en su habitacion, se presentó á ellos Cabrera con tranquilo semblante y ánimo al parecer sosegado, y les habló de este modo:

«Señores: El mejor servicio del rey y mis particulares sentimientos, me obligan á exigir de ustedes que francamente manifiesten cuáles son los suyos despues de lo que se llama *Convenio de Vergara*, y que para nosotros los leales no merece otro nombre que el de *traicion*. Mis intenciones se reducen á emplear todos los medios inagotables para conseguir el triunfo de nuestra causa y proteger al país que tantos sacrificios ha hecho y hace para sostenernos, sacándole de las garras de la revolucion. Yo miro con horror aquel increible suceso; me parece un sueño todavía y no quiero hacer reflexiones que me recordarian cosas que debo olvidar, y me quitarian la tranquilidad de ánimo, tan necesaria en estos momentos. Léjos de desalentarme parece que Dios me inspira mayor entusiasmo. Á O'Donnell le batiremos.»

Aquellos jefes, educados bajo su influencia, acostumbrados á adherirse á todos sus pensamientos y opiniones, que le estaban unidos por el lazo del peligro, al verle hacer firme rostro á la desgracia, y mostrar, en estos momentos críticos

tan briosa resolucion, le interrumpieron con unánimes aclamaciones. Cabrera, en cuya frente brilló un rayo de esperanza y alegría, prosiguió así:

«Bien, señores: Chulilla y Carboneras acaban de llenar de fusiles y prisioneros nuestros depósitos; el enemigo no se mueve despues que le escarmentamos en Tales; si ataca nuestras fortalezas, le costará cara la empresa; el invierno se acerca; yo tengo mis planes, y necesito saber si ustedes están ó no dispuestos á secundarlos. Al que quiera abandonar estas filas, le daré pasaporte para el punto que elija; prefiero esto á que el contagio de Navarra llegue hasta aquí. Pero tambien advierto que si hay mal intencionados ó traidores que, aparentando fidelidad, introducen la discordia y la indisciplina en el ejército, á la menor sospecha serán fusilados. No hayamos rencores en circunstancias extraordinarias, y es preciso apelar á remedios tambien extraordinarios. Seré inflexible, y sirva de gobierno. Viva el Rey!»

Seguro de la decision de los jefes, trató de alentar á sus soldados, y dirigió una alocucion, presentándoles, en ennegrecido relieve, los tratos de Navarra, recordándoles sus pasadas victorias, y excitándoles á desplegar en la adversidad la intrepidez ardiente y obstinada á la vez que constituye la inmortalidad de los héroes, y el valor tranquilo y resignado que forma la aureola de los mártires. Pediales que fuesen héroes en nombre de su rey y mártires en el de su religion. «Voluntarios, les decia, fieles compañeros de mis trabajos y de mis glorias; la religion y el rey reclaman nuevos esfuerzos de nosotros; el rey y la religion los tendrán. ¡Contadlos por victorias! Os lo promete vuestro general y camarada á quien,

como siempre, vereis pelear entre vosotros como capitan y como soldado.»

Hizo previamente prestar á su ejército nuevo juramento de fidelidad, y tomando ocasion de este suceso, mandó celebrar en Morella públicos regocijos con el fin de neutralizar ó disipar en el espíritu del soldado la impresion producida por los acontecimientos de Navarra. De este modo se dispuso á emprender una série de operaciones, en las que, cualquiera que fuera el fallo de la fortuna, debia pertenecerle toda la gloria de la campaña. Con sus 20.000 infantes y 2.000 caballos, parte de los cuales estaba en guarniciones, iba á resistir á un ejército de cerca de 100.000 hombres con inmensos recursos y con un formidable tren de artillería.

Este ejército, tan imponente por su número, familiarizado con la victoria, y lleno de confianza en su caudillo, que iba á arrancar una por una á Cabrera sus más preciadas conquistas, tomó una iniciativa vigorosa, atacando y tomando con inaudito arrojo los fuertes de Chulilla, Alpuente, Castellote, Segura, Arés y Alcalá de la Selva. En todos estos puntos, el valor de los carlistas vendió cara á los sititiadores la victoria. Las bocas de fuego que derruian los robustos torreones de los fuertes no abatian el valor desesperado de estos hombres, que perecian entre los escombros ó se entregaban cubiertos de heridas en poder de los vencedores.

Sin embargo, en lo general, las operaciones militares de los carlistas fueron un tanto desconcertadas; y al poco tiempo, y bajo la influencia de estos reveses, se mostraron tibios y desalentados muchos de los mismos que al principio de la campaña aparecieron dotados de belicoso ardor. Faltaba en

aquéllos el pensamiento generador y vivificante que les habia presidido hasta entónces, y éstos echaban de ménos la presencia de su jefe principal. En la prosperidad, el valor de los soldados se sostiene por sí solo, y en los peligros por el espíritu de asociacion; pero en una campaña como esta, más que azarosa, temeraria, era preciso que el ejemplo del caudillo sublevara los ánimos de la multitud contra la enemiga suerte. Así es que el ejército carlista se vió amenazado de una disolucion inminente cuando circuló en las filas la noticia de que Cabrera habia muerto envenenado.

Prestábale el vulgo de los soldados fácil y ligera creencia, porque los boletines de Morella habian denunciado poco ántes otra tentativa de asesinato contra el general carlista. Los verdaderos ó supuestos autores de este crímen, de apellido Cabot y Guarch, pagaron con su existencia el no haber tomado bien sus medidas. Díjose tambien que Guarch habia confesado sin siniestra intencion, manifestando habérsele ofrecido 80.000 reales y el grado de capitan. Apoyada en este precedente, corrió muy válida la opinion de que Cabrera habia sucumbido, porque sus fieles soldados no podian persuadirse que él, á quien habian visto á su lado en los trances más fuertes de los combates, que les habia empeñado últimamente en sostener una lucha condenada por la prudencia, no volara á su socoro hallándose vivo y sano. En efecto, Cabrera estaba enfermo y ofrecia pocas esperanzas de vida; pero su enfermedad no era un envenenamiento, como se sospechaba, sino una calentura nerviosa, segun opinaban los médicos, procedente de las muchas causas que, durante un período de seis años, habian agitado aquella organizacion singularmente susceptible. Las vigilias, las laboriosas elucubra-

ciones, la tension constante de su espíritu, las duras fatigas de su cuerpo en una campaña tan cruda como larga, sus hábitos de constante actividad, sus impetuosos placeres y la influencia de sus muchas heridas, habian ido minando poco á poco su existencia, y sólo necesitaba una causa ocasional para estallar y mostrarse al exterior. Esta causa se presentó. Los últimos acontecimientos habian producido acerba sensacion en Cabrera; se veia solo; el único campeon armado de la causa carlista debió considerar imposible una victoria completa por su parte, y por consiguiente vislumbrar muy próxima la ruina de sus proyectos personales. El ambicioso y el hombre de partido habian sido heridos de un mismo golpe, y en la fibra más sensible, por la mano de las circunstancias. Esta consideracion basta á esplicar la invasion, el desarrollo y el carácter del mal que atormentaba al caudillo tortosino.

La enfermedad que se habia presentado de una manera clara y ostensible el dia 16 de Diciembre de 1839, adquirió un aspecto tan grave, desde el dia 23 hasta el 27, que los médicos que le asistian hicieron ver como probable su muerte; postrado, inmóvil sobre el lecho, solo se agitaba de vez en cuando á impulsos del delirio que le habia sobrevenido; un sudor glacial cubria su cara y pecho; sus extremidades estaban frias, y acometíanle con frecuencia desmayos que ponian su vida en mucho peligro, y en gran consternacion á cuantos le rodeaban. Los médicos siguieron sin resultaddo el plan antiflogístico y revulsivo. Al anochecer del dia 24, habiendo desaparecido el delirio, confesó y comulgó con notable recogimiento y presencia de espíritu.

Hasta este dia empezó una reaccion favorable, y á pocos

pudo presentirse que la naturaleza saldria vencedora de la enfermedad. Trasladáronle desde el pueblo de Hervés á Morella en una camilla conducida por cuatro miñones. Iba detras largo séquito de médicos, jefes, ayudantes y oficiales. Ántes de llegar á Morella salió á su encuentro una multitud compuesta de pueblo y soldados: todos los circunstantes acompañaron al general carlista hasta su casa, guardando un sombrío silencio. Esta ovacion del dolor era una prueba evidente del prestigio que ejercia Cabrera en aquel país. El pesar, la congojosa tribulacion y la viva ansiedad que se retrataban en todos los semblantes, decian más en favor del jefe carlista que todos los artificios de la lisonja y la ligera lengua de la fama. Cabrera, casi á las puertas del sepulcro, era más general que en el dia siguiente al de una victoria, porque dominaba sus subordinados por el influjo propio, por el valor de su persona, y no por el de las circunstancias.

Muy quebrantada estaba todavía la salud del caudillo catalan, y muy lento debia ser su restablecimiento si se atiende á la penosa situacion de su espíritu. Asaltábale de contínuo la idea de las operaciones, y preguntaba qué giro habian tomado éstas, cuál era la actitud de Espartero y cuál la de sus tropas, y hasta qué punto habian llegado la ofensiva y defensiva recíprocas. Los que le rodeaban procuraban contestar con evasivas á estas preguntas, pues no querian revelarle el deplorable estado de sus negocios, temiendo, y con fundamento, que tal noticia produciria en su oscilante salud un retroceso fatal. Sin embargo, como las tropas de la reina continuaban avanzando: como la desercion y los desastres mermaban las filas realistas, comprendieron que la verdad no podia andar por más tiempo recatada, sin que aumentán-

dose el peligro se hiciera imposible de rechazar. Reunidos en junta los jefes, trataron de elegir el medio más á propósito de manifestar á su general todo lo ocurrido; pero habíales precedido en este asunto Calderó, el padrastro de Cabrera, quien abordando la cuestion con la ruda franqueza de un marino, se expresó en estos términos: «Hijo mio, nuestros asuntos van cada dia peor; hemos perdido á Segura, Castellote, Aliaga, Alpuente y Alcalá; la dispersion cunde en el ejército, y es preciso poner á todo esto remedio pronto, muy pronto. Qué haremos, Ramon?» Imposible es describir la impresion que estas palabras produjeron en Cabrera, y la recia batalla que trabaron sus atropellados sentimientos; sin ser poderoso á dominarse, cayó como herido de un rayo en un parasismo que se creyó mortal. Apénas recobró su razon y sus sentidos, mandó llamar á los jefes y les reprendió su silencio con muestras y acento de profunda indignacion; quisieron disculparse, alegando que el temor de empeorar su salud les habia conducido á seguir semejante línea de conducta; pero Cabrera repuso sin dejarles concluir: «Y qué! ¿es por ventura primero mi vida que la causa y los derechos de mi rey?» Inmediatamente dispuso que se dirigiesen á Morella, «pues una vez, dijo, que Dios así lo dispone, buscaré la muerte al lado de mis camaradas.» El mismo dia en que salió de la Cenia, pernoctó en Chert, y al siguiente pasó revista á los batallones que se hallaban en este punto. Á las seis de la tarde entró en Morella en medio de estrepitosas salvas de artillería; los batallones que estaban formados prorumpieron al verle en vivas aclamaciones, y los habitantes salieron de sus casas para observar el estado de su salud.

Desde este punto los sucesos se precipitan y la causa car-

lista declina sensiblemente, y ni los esfuerzos de Cabrera, ni la bizarría de sus tropas, puede levantarla de la postracion en que habia caido despues de los sucesos del Norte. En el centro perdia tambien uno de sus mejores baluartes, Cantavieja; esta plaza, amenazada por fuerzas considerables, y no contando con suficientes elementos de defensa, fué abandonada por órden del general carlista; y el victorioso ejército cristino, avanzando siempre, llegó hasta los muros de la formidable Morella. En vano Cabrera, valetudinario y débil, pelea en la Cenia con O'Donnell para retardar aquel acontecimiento, porque, despues de derramarse mucha sangre por una y otra parte, se vieron obligados á replegarse los carlistas. Todavía se empeñó un último choque entre los mismos combatientes el dia 30 de Mayo cerca del Mas de Barbaran. En lo más recio de la accion cayó atravesado de cinco balazos el caballo que montaba Cabrera; y éste, envuelto en la caida, se vió espuesto á ser prisionero de un escuadron inglés. El valor desesperado de una compañía de granaderos que cargó á la bayoneta sobre el enemigo le salvó de este peligro.

Convencido Cabrera de que no podia sostenerse por más tiempo en las provincias del centro, se dirigió á la de Cataluña, cuyo mando en jefe le habia sido conferido últimamente por D. Cárlos; mas este movimiento no podia ya tener por fin el de reanimar la guerra, y sí de prolongar la resistencia, combatiendo hasta el último límite de las probabilidades, ó internándose en el territorio frances luégo que la defensa se convirtiera en temeridad é inútil efusion de sangre. Así se verificó; Cabrera no halló en Cataluña los recursos que esperaba y que le habian prometido; y viéndose aquí como en

Aragon y Valencia con enflaquecidas fuerzas para resistir el ímpetu de sus enemigos, sostuvo en Berga el último combate, trasladándose despues al pueblo de Palau, enclavado en la frontera francesa, acompañado de los generales Forcadell, Llangostera y Burjó, y del intendente general Lavandero, de los brigadieres Añon, Arnau, Franco y Vals, de individuos de la plana mayor, y de 4.600 infantes y 300 caballos. Estos hombres habian sido los últimos adalides de la causa carlista en España durante la guerra de los siete años. Ellos, como su jefe, al poner el pié en el territorio extranjero, volvieron los ojos hácia la patria querida que habian regado con su sangre. Despues se pusieron en manos de la gendarmería francesa.

Cuando en 1847 estalló de nuevo la guerra en Cataluña, se hallaba Cabrera en Lyon, donde tuvo noticia de aquel acontecimiento, y se le hicieron indicaciones á fin de que se lanzara otra vez á los azares de la campaña, y contribuyera á dar el prestigio, la fuerza y la unidad de accion que necesitaba; Cabrera acogió con ánimo tibio esta primera insinuacion, y áun dicen que manifestó al encargado de hacérsela que la guerra nuevamente fomentada carecia de todas las probabilidades de triunfo, y que él no se hallaba en el caso de emprender la vida agitada, errante y peligrosa de guerrillero; pero añadió en otra ocasion, en que se le reiteró la misma propuesta: «Mi deber de súbdito y de soldado me impone el de obedecer las órdenes del Rey; mas creo francamente que la causa de éste está interesada en que no se agiten de nuevo todos los recursos con que cuenta en España; yo opinaré siempre por que en las fragosidades de Cataluña se sostenga la guerra de guerrillas, á fin de atraer las fuer-

zas y perpetuar, si es posible, la inquietud y los recelos del Gobierno de Madrid; mas de esto á una guerra en que se equilibren nuestras fuerzas con las del enemigo, creo que hay una distancia inmensa. Es preciso comprender que la España está muy trabajada, que tiene muy presentes los horrores de la guerra de los siete años, y que su primer deseo, su deseo más dominante en el dia, es la paz. Si nos presentamos ahora con la guerra, nos mirará como hijos desnaturalizados y nos arrojará de su seno.»

No obstante, como fué grande y rápido el curso de los acontecimientos, como sobrevinieron complicaciones, consideradas vulgarmente como imposibles seis meses ántes, y la revolucion electrizó todas las voluntades hostiles al Gobierno, creyeron los consejeros del jóven Cárlos Luis que habia llegado el momento de alcanzar el triunfo de sus pretensiones y de poner en juego los resortes de la fuerza, de la intriga y de la seduccion. Alucinados ó engañados por falsos informes, creyeron que el país puesto al borde del abismo volveria los ojos hácia un príncipe que habia abdicado pública y generosamente todos sus resentimientos, y que aceptaba como conquistas del siglo muchas de las reformas operadas durante nuestra revolucion. Prestaron tambien fácil y ligero asenso á la promesa ambigua de un antiguo extranjero; y contando de este modo con sobrados elementos para organizar una insurreccion arrolladora, empeñaron á sus principales caudillos para que marcharan á colocarse á su frente.

Los generales Alzáa y Elío se dirigieron á las Provincias Vascongadas, primer centro de la pasada guerra; y Cabrera, investido con el cargo de comandante general de las provincias del centro y Cataluña, tomó la ruta del Principado. Re-

fiérese que Cabrera mostró hasta lo último repugnancia al plan que se pretendia seguir, y que cuando se le preguntó definitivamente si aceptaba ó no la comision que se le habia encomendado, respondió: « Yo no puedo rehusar lo que debo aceptar por decoro, pero tengo el presentimiento de que esas magníficas esperanzas han de salir fallidas. »

Dispuesto á partir, hizo sus preparativos, y el 23 de Junio penetró en España por el bosque de Palau, acompañándole su cuñado el brigadier Arnau, un intendente, varios jefes de la plana mayor y veinticinco ordenanzas de los que habian estado á su lado durante la anterior campaña.

La noticia de haber entrado Cabrera en Cataluña circuló con rapidez suma, y produjo honda sensacion en los afectos al gobierno y en los amigos sinceros y leales de la paz; al paso que creó levantadas pretensiones, no sólo en los montemolinistas, sí que tambien en cuantos aborrecian el sistema político vigente á la sazon.

Fundábanse unos y otros, para alimentar tales recelos é ilusiones, en que siendo Cabrera el caudillo más prestigiado de la dinastía carlista, no se hubiera arrojado á la lid, sin contar con fuerzas poderosas, y sin considerarse apoyado por combinaciones extensas y eficaces.

Este cálculo era exacto, pero resultó ilusorio. Alzáa pereció en Navarra al principio de su demanda. Elío no se atrevió á pasar la frontera; en las demas provincias fracasaron las tentativas de insurreccion, y en Cataluña sólo halló Cabrera algunas partidas heterogéneas por su orígen político, mal armadas, peor equipadas, é indóciles al freno de la disciplina. Organizar estas fuerzas, instruirlas, hacer maniobrar bajo un pensamiento comun, extender el radio de la guerra, dotar á

las opiniones de una movilidad bastante á que 5.000 hombres, no sólo resistieran los esfuerzos de 50.000, si que tambien tomaran con frecuencia la iniciativa, penetraran en el corazon del país, y reportaran insignes triunfos sobre sus perseguidores; establecer un sistema financiero, capaz de proveer á las necesidades de su pequeño ejército, y mantener firme, hasta el último momento, un núcleo de fuerzas en medio de las decepciones y de la más activa y vigorosa persecucion; tal fué la obra de Cabrera durante su última campaña.

Pero más notable que sus operaciones militares fué la fidelidad con que siguió su nueva línea política. Cabrera, cuyo nombre despertaba tan aterradores recuerdos, seguia ahora una conducta humana y contemporizadora; prohibia que se irrogasen á los pueblos ni á los particulares otras vejaciones que las que trae inevitablemente consigo la guerra, como satisfaccion de impuestos y raciones, y áun en esto mismo nada dejaba á la arbitrariedad de los subalternos; amonestaba é imponia castigos siempre que traspasaban el límite de la moderacion; y aunque muchos de los suyos eran fusilados, él conservaba la vida á los prisioneros, y en algunas ocasiones les devolvia la libertad. Entre el Cabrera de 1837 y el de 1847, no existia sobre este punto el menor rasgo de analogía: una década fecunda en lecciones y desengaños, habia modificado profundamente su carácter; al hombre de pasiones irritadas habia reemplazado el hombre de cálculo: á sus sentimientos, su conciencia política y social.

Las acciones de Aviñó, en que quedó prisionero el brigadier Manzano, la del Pasteral, en que fué herido Cabrera, la sorpresa de San Lorenzo de Mrunys, en la que corrió grave riesgo de perder la libertad ó la vida el general en jefe mon-

temolinista; los acontecimientos de Pinós, en los cuales dominó el pensamiento de Cabrera, y otros hechos ménos importantes consignados como éstos en el cuerpo de la historia, constituyen el conjunto de los emprendidos por el caudillo tortosino en esta última guerra. Viendo sus recursos agotados, disminuidas sus fuerzas, abandonado por los mismos hombres que hasta aquella época le habian dado más señaladas pruebas de adhesion, y no pudiendo esperar ya mucho del país exhausto y ocupado militarmente por las tropas de la reina, no quiso arrostrar por más tiempo las peligrosas eventualidades de una campaña sin porvenir. Se dirigió á Francia el 25 de Abril de 1849, y fué preso en la frontera con el coronel Gonzalez Ceballos, su jefe de estado mayor, Boquica y algunos otros jefes más. Sus vaticinios se habian cumplido. La guerra de Cataluña terminaba por segunda vez.

Con la suma de estos hechos, pálida y concisamente reseñados, se presenta Cabrera ante la jurisdiccion de la historia.

El sistema sanguinario de Cabrera, si no admite justificacion, tiene escusa en la muerte de su madre. Tal vez ningun otro jefe en la primera guerra dinástica ha inmolado tantas víctimas inocentes; pero tampoco á ninguno se le ha sometido á tan dura prueba. Si Cabrera hubiese contestado á aquel acto con un rasgo de generosidad, se habria mostrado grande; mas no puede pedirse á un hombre dominado por la tiránica influencia de sentimiento tan acerbo hechos de sublime heroicidad.

Cabrera, como general, tiene algunas prendas muy dignas de consideracion: la afabilidad benévola para con los soldados, que une á éstos á sus jefes por el doble vínculo del amor y de la disciplina; la solicitud por los enfermos y he-

ridos, con la que siempre se cautivan las simpatías de las masas; la discrecion en los planes y la actividad en su ejecucion, sin las cuales quedan confiadas todas las operaciones al ciego capricho de la fortuna. Su valor, mal aconsejado por la prudencia, puede serle un don funesto. En los dias de batalla, su continente es marcial; y aunque las proclamas que dirigia á su ejército carecen de esos rasgos de fuego que encienden el entusiasmo de la multitud, sin embargo, como interpretaban y revelaban los sentimientos de aquellos, producian el mismo efecto.

Se le han censurado agriamente, y con justicia, algunas de sus disposiciones militares, precisamente aquellas en que tuvo más ocasion de desplegar sus talentos de general; la actitud que toma despues del primer sitio de Morella y su sistema de puntos fortificados.

El no haber atacado con tenacidad al ejército de Oráa en una retirada que emprendia descalzo, hambriento, afectado por los últimos reveses y embarazado con el tren y un numeroso convoy de heridos, es una falta que no puede justificarse ante los principios de la guerra. La razon que se alega de que los carlistas estaban desprovistos de víveres, y que necesitaban hacer, como la hicieron, una excursion á la rica huerta de Valencia, sólo sirve como todas las razones secundarias para poner más en relieve la principal.

Un ejército victorioso soporta con gusto las escaseces cuando va á buscar nuevos laureles, y si Cabrera hubiera derrotado á Oráa, habria tenido á su disposicion inmensos surtidores de riqueza y se habria enseñoreado del país. Tal vez hubiese resultado vencido el jefe carlista; pero en la guerra, como en todas las empresas humanas, deben aceptarse las

probabilidades y arrostrar las contingencias; las probabilidades aconsejaban á Cabrera que provocara la batalla.

Tambien es muy vituperable la línea de puntos fortificados. Esta línea puede ser buena cuando se opera exteriormente, y se trata de encerrar al enemigo en una esfera reducida donde agote pronto sus subsistencias y recursos, y tenga que luchar con el peor de los adversarios, el hambre; pero una línea interior sólo puede producir perniciosos resultados, ya porque desmembra con las guarniciones la fuerza activa del ejército, ya porque encadena en un punto determinado la atencion del general. Si Cabrera con un buen punto fortificado, como base de sus operaciones, se hubiera movido con rapidez de uno al otro extremo de la línea ofensiva, habria logrado batir en detall á las tropas de la reina, y entónces mucho más llana y fácil le hubiera sido la ocupacion de las plazas. En tésis absoluta, el beligerante que ofende debe acudir ántes con grandes golpes de fuerzas á los campos de batalla que á la conquista de las plazas. Así que Cabrera pagó cara su imprevision; pues perdió con sus puntos fortificados la sangre de sus valientes, y si los generales de la reina hubiesen desplegado más actividad, habria perecido con su ejército sobre las vertientes del Maestrazgo.

Sólo la educacion militar de Cabrera puede atenuar poderosamente estas graves faltas. Lanzado de repente en la guerra, tuvo que aprender la táctica en medio de los combates, y más de una vez al interrumpir las lecciones que le daba el oficial Melquita, para ir á rechazar al enemigo, se le oyó decir: *por ahora sabemos bastante: aprenderemos más en la accion*. Continuando esta existencia agitada y turbulenta, agobiado de asuntos perentorios políticos, económicos y milita-

res, se comprende cómo no pudo disponer de una hora al dia ni para abrir un libro, ni para preparar una combinacion estratégica. Teniendo en cuenta estos precedentes, sorprenden, no sus faltas, sino sus hechos. Para juzgar á Cabrera como general, no debe olvidarse nunca al capellan de *Mitan-Camí*.

Haremos aquí punto en la vida pública de D. Ramon Cabrera, y para concluir, referiremos algunos hechos que le ocurrieron durante su primer emigracion. Desde Palau se dirigió Cabrera á Prades, acompañado del brigadier Arnau, y vigilado de cerca por la gendarmería siguió á Perpiñan, y desde este punto marchó á París para cumplimentar una órden del gobierno frances. Como su salud era tan delicada, y se fatigaba á caballo, tomó un carruaje para hacer el camino con más comodidad. El carruaje le costó 2.000 reales, y este gasto extraordinario afectó en gran manera sus recursos pecuniarios. Consistian éstos en 12 ó 14.000 duros, procedentes en su mayor parte de las economías de su madre, de las cuales hizo mérito esta infeliz, pocos minutos ántes de su muerte, al sacerdote Curtó, designándole el sitio donde se encontraban. Pero casi toda esta suma (120.000 reales), fué presa de la rapacidad de los consortes Picola, que abusaron inicuamente de la credulidad de las hermanas uterinas de Cabrera, Doña Juana y Doña Teresa Calderó, y aunque el general carlista siguió un recurso ante los tribunales franceses, no pudo recuperar aquella cantidad, y sí sólo obtener una órden de prision para los esposos Picola.

Al llegar á París se apeó Cabrera en la fonda Orleans, rodeándole constantemente los agentes y gendarmes. Á las pocas horas tuvo una entrevista con el ministro de policía, M. Remusat, quien le hizo un interrogatorio largo y artifi-

cioso sobre su entrada en Francia, y la de su ejército, sobre las fuerzas de ambos beligerantes en los últimos meses de la campaña, su enfermedad, la calidad de sus tropas, su supuesta connivencia con los generales Elío y Alzáa para una nueva insurreccion, y su conducta en Cataluña.

«¿Cree V., le dijo tambien el ministro, que si el Gobierno frances diese las armas á los soldados que han entrado con V. serian fieles? Les escribiria V. para que se alistaran?

—Ellos han sido fieles hasta la muerte, contestó Cabrera (1), y lo que es más, hasta la expatriacion y la miseria. Yo no puedo decir si consentirian en alistarse bajo las banderas de Francia. En cuanto á invitarles á ello, mi honor no me lo permite. Yo no lo haré jamás.»

Miéntras el gobierno frances vejaba á los emigrados carlistas para obligarlos á que se alistaran en el ejército argelino, Cabrera fué trasladado á la ciudadela de Ham, y pocos dias despues á la de Lila, donde sólo podia ser visitado por los individuos de su familia, y ni áun se le concedia este pequeño alivio en su posicion, sin adoptar enojosas precauciones que hacian la gracia mezquina y casi aborrecible. Al principio sólo se le permitia pasear en el jardin del gobernador de la ciudadela desde las ocho á las diez de la mañana; más adelante se extendió el permiso hasta las cuatro de la tarde.

Una transicion tan brusca, un cambio tan repentino y absoluto en su método de vida, debió afectar profundamente su salud, ya muy quebrantada de suyo; en efecto, se exacerbaron sus dolencias, y aunque se le aplicó una cantárida al

---

(1) Prólogo de Cabrera adjunto á su historia.

pecho, no pudo evitarse el que escupiera sangre en bastante cantidad.

Alarmados su familia y sus amigos con este grave síntoma, solicitaron del gobierno frances el que se le permitiera trasladar á otro punto, donde un clima más puro influyera beneficiosamente en su restablecimiento. M. Dupui, médico del hospital militar de Lila, apoyó esta solicitud con un informe, y el gobierno le designó como el nuevo lugar de residencia la ciudad de Hieres, situada al Mediodía de Francia, y dotada de una temperatura suave y benigna.

Partió de Lila el 24 de Setiembre el general carlista, acompañado de un jefe de policía, y llegó á París, alojándose de nuevo en la fonda de Orleans. Fué á ver á los ministros para darlos gracias por su traslacion, y recibió de ellos algunas muestras de cortesana benevolencia. La curiosidad por una parte, y por otra el interes que excitaba su persona, proporcionaron al proscripto Cabrera una especie de ovacion. Afluian á la fonda gentes de todas clases y categorías sociales; entre ellas habia personas de elevado rango, títulos, pares y muchas notabilidades del partido legitimista. El duque de Jitzsames, el marques de la Rochejaquelin y el vizconde Eduardo de Valls obtuvieron del gobierno permiso para que Cabrera pudiera ver libremente las obras maestras del arte, que cautivan la atencion del viajero, tanto en la populosa capital de Francia como en el delicioso sitio de Versalles. Fué por la noche al teatro, y la inmensa concurrencia, atraida por la noticia de que asistia á la funcion el general carlista, pidió repetidas veces y con anhelosa impaciencia que se dejara ver éste, lo que le obligó á levantarse del asiento que ocupaba en un palco.

En el trayecto de París á Hieres obtuvo las más lisongeras manifestaciones y las atenciones más delicadas de parte de los legitimistas franceses. En Lyon y Nimes se le dispensaron singulares obsequios. En Aviñon le esperaban con músicas, un banquete espléndido y otros agasajos; pero el comisario de policía no le permitió detenerse en este punto.

Solo en Montpeller estuvo expuesto á recibir los insultos de algunos estudiantes españoles que cultivaban las ciencias médicas en su famosa universidad; mas tuvo noticia de esto, y dirigió al jefe de policía una comunicacion enérgica, manifestándole que, si no se apresuraba á evitar cualquier desman de parte de los estudiantes, adoptaria él todas las medidas que su honor y su seguridad personal le sugirieran. Desplegó el jefe de policía la vigilancia necesaria á impedir cualquier escándalo y conflicto, y los estudiantes desistieron de todo pensamiento hostil contra Cabrera.

Hallándose en Montpeller pasó por esta ciudad la reina Cristina. El jefe de policía indicó al general carlista que en tal caso convendria que no se dejara ver, pues podria con su presencia provocar algun lance desagradable. Cabrera escuchó sin alterarse esta advertencia de la autoridad, y al contestar, dijo con tono de firme conviccion: «Mucho extraño que usted me haga semejante observacion; sé respetar el infortunio de la reina Cristina y guardar las consideraciones que todo buen español debe tener á su real persona. Yo nunca ofendo á los desgraciados ni insulto á los caidos; villanía tal no es propia de españoles ni de hombres bien nacidos.»

Pocos minutos despues le anunciaron que la reina Cristina iba á pasar; y el comisionado de policía que le acompañaba

constantemente le advirtió que no se presentara en el balcon de la fonda. «Está bien,» le dijo, y se asomó á una ventana que habia al lado. Entónces pasaba la reina Cristina, y entónces se cruzaron por primera vez las miradas de aquellos célebres proscritos. Cuando el comisionado de policía le reconvino por haber olvidado ó despreciado su indicacion, le respondió Cabrera: «Usted me previno que no me asomara al balcon; por consiguiente, yo no he infringido la órden, porque la ventana no es el balcon.»

Llegó á Hieres el 26 de Octubre, donde se le concedió libertad, empeñando como garantía su palabra de honor. Desde este punto se dirigia á Tolon con frecuencia y siempre que debia maniobrar la escuadra, lo cual le anunciaban anticipadamente los jefes de la misma. En Hieres permaneció el invierno, y el ejercicio, el clima y las distracciones le restituyeron poco á poco sus fuerzas y la energía de su constitucion; recuperólas de todo punto en Lyon, adonde se trasladó en verano, habitando una casa de campo inmediata á esta ciudad, elegantemente amueblada y situada en un caprichoso panorama; casa que le cedió M. Biyer Petit.

Aquí fué visitado y obsequiado por personas de mucha consideracion social; D. Cárlos, su hijo primogénito y el infante D. Sebastian le escribieron cartas muy atentas y cuyo lenguaje revelaba un afecto cordial de parte de sus autores; el rey de Cerdeña le dirigió otra invitándole á que pasara á sus estados; mas como Cabrera no pudiera obtener del gobierno frances el necesario consentimiento, el monarca sardo, queriendo demostrar de cualquier modo al caudillo carlista sus vivas simpatías, agració al hermano y sobrino de éste con dos

plazas en el colegio de Chambery, proveyendo á todos sus gastos con régia munificencia, y recomendando sus adelantos á los distinguidos profesores de aquel establecimiento científico.

Á esta época ó poco despues se refiere la noticia que circuló de haberse dedicado Cabrera al comercio. Esta noticia se fundaba en el hecho siguiente. Ignorando Cabrera el tiempo de su emigracion, y contando con escasos fondos para proveer á su subsistencia y la de su familia, trató de darles una inversion útil; y al efecto, y agregando algunas cantidades prestadas, tomó una de 7.640 francos, con la que estableció un almacen de vinos, chocolate y frutos de España. Al frente del comercio puso á D. Francisco Martinez, comisario que habia sido de guerra. Pero ya fuera con el objeto de estender las relaciones mercantiles, y ya dominado por un sentimiento filantrópico, Cabrera dispuso que se espendiesen muchos géneros al fiado, y de aquí resultó que por insolvencia y falta de garantías en los compradores perdió gran parte del capital, y tuvo que cerrar el almacen al cabo de un año.

Cabrera, durante su permanencia en Lyon, dividió el tiempo entre el estudio y las distracciones: por las mañanas se levantaba muy temprano, é invertia las mejores horas en leer las obras militares de más mérito y valía y las historias que corrian con mayor aceptacion. Á las diez almorzaba café con leche, y á las tres de la tarde tomaba una modesta comida, y el resto de la tarde lo empleaba en pasear y devolver visitas; por la noche despachaba la correspondencia, ayudado generalmente por alguno de los jefes de su ejército.

No ocurria en este sistema de vida una alteracion notable, á no ser en la temporada de verano, durante la cual pa-

saba muchas veces á las casas de campo de M. Flerius y del conde de Cha-vanes (1).

Vivia el conde de Morella en Lóndres, cuando la noticia de la enfermedad de D. Cárlos María Isidro le obligó á pasar á Trieste. El infortunado monarca se hallaba próximo á su fin sin haber conseguido la realizacion de sus esperanzas. D. Cárlos Luis trataba inútilmente de reanimar al querido padre en algunos momentos de angustia y dolor. «Si algun dia llegas á conseguir lo que á mí me negó la Providencia, no olvides, hijo mio, cuánto debes á los pueblos de España y á nuestros heroicos defensores..... Nunca olvides al conde de Morella, uno de nuestros mejores y más fieles generales..... Mi querido Ramon.» Y esto diciendo, el ilustre enfermo apretaba entre las suyas las manos de Cabrera (2).

Cuando D. Cárlos cerró por última vez sus humedecidos ojos, el conde de Montemolin volvió los suyos hácia el general, y, estrechándole entre sus brazos, le dijo con voz entrecortada por los sollozos: «Usted será mi mejor apoyo, general, y mi mejor amigo.» El conde de Morella no respondió, afectado como se hallaba en aquel momento.

Con cuánta injusticia se ocuparon del caudillo de la causa de D. Cárlos algunos escritores, fácilmente puede demostrarse. Cabrera fué siempre un misterioso conjunto de valor y sensibilidad exquisita: nunca las injurias que se le infirieran quedaron sin castigo; pero si llegó á implorar su misericor-

---

(1) *Teatro de la guerra; Cabrera y los montemolinistas.*

(2) Apuntes en un álbum de la guerra de nuestro querido amigo D. R. S., del estado mayor del general Cabrera.

dia, á impetrar su auxilio la madre desolada ó la desvalida huérfana, el conde de Morella no pudo negar su amparo y proteccion. Valeroso hasta la temeridad, previsor hasta un punto inconcebible, astuto y desconfiado, á causa de los frecuentes ejemplos de perfidia que se le ofrecieron durante la guerra, no podia cerrar su corazon á los más nobles sentimientos, en él innatos, y nunca se mostró inflexible con el débil, ni fuerte con el que se humilló.

La segunda campaña, inaugurada en 1846, llamó de nuevo al caudillo carlista al teatro de la guerra. Cuáles fueron sus hechos, cuántas las hazañas, cuán inaudito el valor demostrado por el conde de Morella durante aquella lucha, gigantesca y gloriosa bajo un punto de vista, lamentable bajo el prisma de la civilizacion y de la política. Las indignas ambiciones de María Cristina, la insensatez del bando moderado, que juzgaba, con una nueva perfidia, asegurarse en el poder, fueron las causas de aquel funesto ensayo, en que tantos hijos de España se sacrificaron, y tales vejámenes se lanzaron sobre la nacion, ya esquilmada. Administraciones odiosas se sucedieron, y solamente consiguieron un turno en el gobierno las fracciones más odiosas é impopulares. Á una medida de órden, á una determinacion organizadora y prudente, seguian las más absurdas é injustificables tiranías, los abusos más escandalosos; y el partido que se llamó antirevolucionario, las huestes famélicas de los Narvaez y los Collantes, se repartieron el tesoro de España, como el botin que les correspondia despues del asalto.

En tanto que los llamados trabucaires sufrian nuevamente las privaciones y miseria, durante la guerra, despues las humillaciones y dolores de la emigracion, el conde de More-

lla indemnizaba á los ayuntamientos que le habian proporcionado recursos con la suma de sesenta mil duros, enviada por él á España, por medio de uno de sus ayudantes (1).

Terminada aquella segunda campaña, el general Cabrera se retiró de nuevo á Lóndres. Allí unió su suerte á la de una ilustre señora, cuyas riquezas y principalidad son de todos harto conocidas. Su casa fué el refugio constante de los emigrados españoles; si su delicadeza le dificultaba alguna vez ejercer la caridad tan pródigamente segun deseaba, su misma esposa le impulsaba á ello. Nunca se vieron cerradas las puertas de aquella espléndida morada para el antiguo compañero, para el pobre soldado, para el correligionario, para el liberal, para todos, en fin, cuantos se llamaban españoles, cuantos sufrian, cuantos llegaban á visitarle y habian menester de sus auxilios.

Tal fué el conde de Morella. Cuando la Providencia hubo concedido al general el primer fruto de su matrimonio, D. Juan de Borbon fué su padrino; la princesa de Beira nunca se olvidó del valeroso caudillo; los miembros de la augusta familia manifestaron siempre el mayor aprecio á su fiel Cabrera.

Sucesos posteriores, y de que en su lugar nos ocuparemos, apartaron de las manos del conde la direccion de los negocios políticos del partido carlista. Sucesos lamentables. Pero no por eso el ardiente caudillo de la legitimidad se consideró divorciado de sus antiguos amigos, libre de sus compro-

---

(1) Testimonio del mismo señor, el dignísimo y respetable brigadier D. J. M. M., cuya honradez solamente es comparable á sus heroicos sufrimientos.

misos, y en pugna con su historia. El conde de Morella será, como siempre, uno de los más decididos mantenedores de la causa carlista. Muchas han sido las acusaciones que enemigos disfrazados ó vehementes partidarios del principio católico-monárquico lanzaron sobre el caudillo tortosino. Demos lugar al tiempo, y tiempo á la historia; en ella se consignan siempre, con indelebles caracteres, las grandes hazañas y las grandes apostasías, pero cuando como tales pueden considerarse, cuando hay pruebas para ello, cuando los hechos lo demuestran; y no hemos de pecar nosotros de ligeros ó apasionados, puesto que de todas maneras tenemos el deber de relatar la verdad; y cón cuanta imparcialidad y justicia nos permitan nuestra debilidad y nuestro humilde criterio, en los sucesos de que pensamos ocuparnos en el libro tercero de esta popular historia, hemos de hallar el arsenal donde tomar las armas en defensa ó en ataque del que lo hubiere merecido.

Dios, Patria y Rey, constituyen el glorioso lema de la causa carlista; y todo el que dentro de él no se halle no puede considerarse como carlista. Esclarezcamos los hechos y sea el fallo tan desapasionado como severo.

BIOGRAFÍA DE URBIZTONDO.

En San Sebastian, capital de Guipúzcoa, nació D. Antonio Urbiztondo el 7 de Enero de 1803. Fueron sus padres Don Sebastian Urbiztondo y Doña Juana de Eguía, ambos de ilustre linaje. Entregado el niño Urbiztondo á los puros é inefables goces de la infancia, se vió obligado á derramar algunas lágrimas por la muerte de su padre, acaecida cuando él tenía siete años; y aunque este incidente funesto no debió afectarle por largo tiempo en una época de la vida en que nuestros sentimientos se apoyan y sostienen ménos que en la reflexion en la imitacion, sin embargo parecia que hubiera influido necesariamente en su porvenir. Empero una madre tierna y cariñosa velaba por él con solícito afan, y logró alcanzarle una plaza de caballero paje del rey, cuando Urbiztondo tenía once años. En esta posicion honorífica y distinguida, podia prometerse una brillante carrera. Permaneció Urbiztondo en Madrid con el carácter de paje de rey hasta el año de 1819, en que pidió y obtuvo permiso para pasar al colegio de San Bartolomé y Santiago de Granada, con el obje-

to aparente de dedicarse á la carrera eclesiástica, pero era otro el verdadero móvil de su conducta. Habíale inspirado una pasion amorosa profunda la hija del general D. Francisco Ramon y Eguía, parienta suya muy inmediata y con quien despues contrajo matrimonio; y como esta señora habia pasado á Granada acompañando á su padre, nombrado capitan general de aquella provincia, el amante novel halló en su supuesta vocacion al estado eclesiástico un expediente sencillo y oportuno para realizar sus galantes proyectos.

Á los que comprendan el imperio que ejercen ciertas afecciones dulces y expansivas sobre el corazon de un jóven, no les sorprenderá que Urbiztondo abandonase Granada, habiendo pedido y logrado préviamente su traslacion á la universidad de Oñate tan luégo como Eguía, separado del mando de capitan general, se dirigió á Durango con su familia, corriendo el año de 1821. Hallábase, pues, en Oñate Urbiztondo, cuando los acontecimientos políticos vinieron á dar otro rumbo, quizá el verdadero, á su vida y á sus planes.

La fisonomía moral del hombre tarda más en fijarse que su semblante, pero se notan en cada individuo desde el principio rasgos distintivos y originales que no pueden confundirse con los de ningun otro. Tenía Urbiztondo á la sazon diez y ocho años y mostraba un ánimo resuelto y decidido y una susceptibilidad de caráter tal, que no toleraba ni áun las sombras del insulto. Por otra parte, su espíritu activo, entusiasta y emprendedor, no podia acomodarse bien dentro de los estrechos límites de un colegio, ni reconciliarse completamente con la fria y severa calma que allí reinaba, sino que debia lanzarse en pos de esas grandes emociones que sólo se encuentran en un campo de combate y en el dia de batalla ó en

las duras alternativas de la vida militar. Agregando á estas circunstancias, que nacen del fondo del carácter de D. Antonio, la de que su familia, tildada de realista, era el blanco de las injurias de los constitucionales, se concibe bien que Urbiztondo esperaria una ocasion propicia para seguir sus impulsos y vengar sus injurias.

Sobrevino bien pronto en la provincia de Vizcaya un movimiento realista, y Urbiztondo, siempre dominado por los sentimientos que hemos señalado ya, partió rápidamente de Oñate á reunirse con los que pedian el absolutismo de Fernando; y el apuesto continente del jóven escolar, su aire marcial y el impetuoso ardor con que defendia sus principios, influyeron tanto sobre sus compañeros, que por acuerdo unánime le eligieron jefe, y marchando bajo sus órdenes á Salvatierra, se apoderaron de esta villa y se propusieron defenderse en ella con denuedo, extendiendo al propio tiempo las raices de la insurreccion. Habia sido aclamado Urbiztondo gobernador de Salvatierra, y como tal buscó medios de rechazar las tropas constitucionales que, acaudilladas por el general Lopez Baños, circunvalaban la plaza. Fué gallarda la defensa que hicieron los sitiados: ni el imponente número de las huestes de Lopez Baños, ni la falta de costumbre en los trabajos y fatigas de un asedio que debian tener unos hombres á quienes las circunstancias políticas habian puesto acaso por primera vez un fusil en la mano: ni el verse aislados en medio de la nacion, que acataba entónces distinto régimen político, bastaron á amedrentarles; sostuviéronse, pues, con esforzada constancia, y no pensaron en ceder hasta que, agotadas las municiones, no quedaba ya medio hábil de defensa; entónces abrieron tratos con el general sitiador, y obtuvieron

de éste una capitulacion honrosa bajo la que se rindió la villa el dia 24 de Abril.

Pero Lopez Baños quebrantó uno por uno los artículos del tratado; y Urbiztondo, con veintiuno de sus compañeros de infortunio, fué conducido á Vitoria y sometido al fallo de una comision militar: Urbiztondo no debia tener pocas esperanzas de salvacion: la conducta pérfida y dura al propio tiempo que habian observado con él los constitucionales le inspiraba serios y bien fundados temores para el porvenir; porque no podia suponerse en buenos términos, que unos hombres que habian desconocido los fueros de la justicia y la religion de los convenios, fuesen ahora á cumplir con una y otra, absolviendo á Urbiztondo y sus compañeros.

Habia ademas otra razon puramente de circunstancias: como Urbiztondo y sus parciales fueron los primeros en levantar pendones por el Gobierno absoluto, si quedaban impunes ó con leve castigo se alentarian otros muchos y seguirian sus huellas, principalmente si se atiende al estado de irritacion y efervescencia en que se hallaban aquellas Provincias. Repasando Urbiztondo en su imaginacion todas estas consideraciones, se convenció de que le condenarian á muerte, pero no se desalentó; por el contrario halló en su ingenio un medio de conjurar este peligro y le hizo valer al momento: Urbiztondo tenía diez y ocho años cumplidos, que constituian la edad señalada por la ley para irrogar la última pena; pero se propuso hacer creer á los miembros de la comision que sólo habia cumplido diez y seis años, y anduvieron en esta parte tan diligentes y cautos su familia y amigos que logró ver realizado su pensamiento. La comision pues, persuadida de que el jóven Urbiztondo sólo tenía diez y seis años, le

declaró comprendido en el decreto de amnistía, disponiendo que marchara confinado á Oñate. Á los pocos dias de haber llegado á este punto el jóven Urbiztondo burló la recelosa suspicacia de las autoridades y emigró al limítrofe reino de Francia, adonde por una feliz coincidencia acababa de llegar con su familia su abuelo D. Francisco Ramon de Eguía.

Organizóse por este tiempo, al principiar el año de 1822, una junta realista en Bayona para elaborar los planes de insurreccion contra el régimen constitucional, preparar los medios y dar un impulso enérgico á los movimientos comenzados. Era presidente de ella el general Eguía, quien empleó á Urbiztondo en la secretaría organizada bajo su inmediata direccion. Desempeñó éste con inteligencia el cargo que se le habia cometido, pero no estaba en armonía con su genio este género de vida, y así es que le abandonó bien pronto, corriendo á reunirse con el general D. Vicente Quesada, que habia levantado en el territorio vasco la bandera absolutista, y verificándolo en el mes de Junio del precitado año. Con el grado de capitan que le confirió Quesada, y que le correspondia por su procedencia de caballero paje del Rey adicto al estado mayor general, concurrió Urbiztondo á varios choques y acciones, distinguiéndose en las ocurridas en las Alburreas el 18 de Setiembre, y Nazar y Azarta el 27. Por su buen comportamiento en estas diferentes ocasiones, fué ascendido á teniente coronel de infantería.

Tenía Urbiztondo actividad y valor, y ese celo por los principios políticos, que parecen ser patrimonio exclusivo de la juventud, porque el egoismo nace del cálculo frio de la vejez. El general Quesada, reconociendo en él estas buenas prendas, le encomendó una comision, bastante difícil y ar-

riesgada en aquellas circunstancias. Mandó, pues, que Urbiztondo pasara á la provincia de Vizcaya á reclutar gente, lo que verificó éste, acompañado de otros cuatro, con tanto acierto y ventura, que á los pocos dias se presentó en el cuartel general de Quesada, que se hallaba en San Juan de Luz, con doscientos cincuenta hombres, que sirvieron de núcleo para formar un nuevo batallon.

En el entretanto, la máquina del gobierno constitucional se movia trabajosamente, porque una de sus ruedas principales, el poder ejecutivo, oponia una resistencia tenaz. El rey Fernando, indignado de que se hubiese limitado su autoridad, y queriendo romper las trabas que le rodeaban, llamó á los extranjeros á nuestro país.

Bien conocidos son los sucesos que acaecieron despues; los constitucionales, careciendo de la energía y nervio revolucionario, y no teniendo la unidad y disciplina de los absolutistas, fueron arrollados por los franceses, y la victoria se fijó del lado del monarca.

Cuando penetró en nuestro territorio el ejército auxiliar, Urbiztondo marchó á la vanguardia de éste con la division de Quesada; llegó á Madrid, y se dirigió poco despues á Extremadura, ejerciendo las funciones de jefe de estado mayor. Luégo que el rey hubo salido de Cádiz, Urbiztondo regresó desde Trujillo á Madrid al espirar el año de 1823. Durante su permanencia en la capital llevó felizmente á cabo, desplegando sagacidad y tino, algunas comisiones delicadas; pero una de ellas vino á serle funesta; porque su carácter altivo y resuelto no se plegaba muchas veces á las circunstancias. Confiáronle la defensa del general D. Joaquin Capape, cuya causa ofrecia graves dificultades, porque no podia brillar en

ella la verdad sin que hiriese con sus rayos á algunos altos funcionarios, y áun á los ministros de la corona. El defensor Urbiztondo se hallaba, por consiguiente, en la situacion más crítica, porque ó iba á granjearse la animadversion de esos hombres poderosos, desempeñando lealmente su cargo, ó tenía que hacer traicion á la confianza en él depositada.

Urbiztondo no vaciló siquiera en la eleccion de estos extremos; sus sentimientos caballerescos sofocaron cualquier otra consideracion de conveniencia individual, y descorriendo con noble audacia el velo que cubria muchos acontecimientos, presentó tales pruebas y adujo tan sólidas razones, que el general Capape fué absuelto, pero el atrevido defensor fué condenado á un año de prision en el castillo de las Peñas de San Pedro. La opinion pública, que siempre se inclina del lado de la desgracia y que nunca se asocia á la venganza de los poderosos, mostróse tambien propicia á Urbiztondo, lo que dulcificó un tanto sus sinsabores y amarguras.

No tardó en llegar el dia de la reparacion: cambió el ministerio, y Urbiztondo recibió una real órden levantándole la condena y llamándole á Madrid, donde se le confirió el mando del segundo batallon de voluntarios realistas, colocándole al propio tiempo en la Inspeccion general del mismo instituto. Estuvo desempeñando este doble cargo hasta el 17 de Marzo de 1828, en que fué destinado de teniente coronel con el grado de coronel al regimiento de la Reina, pasando con igual categoría al regimiento de infantería de Zamora en 1.° de Abril de 1832, y al de voluntarios de Navarra á fines de Enero de 1833.

Como por esta época el horizonte político se presentaba encapotado y sombrío, y el advenimiento de una guerra di-

nástica por instantes subia algunos grados más en la escala de lo verosímil, el Gobierno, que despues de seguir una marcha meticulosa é incierta habia acabado por llamar en su apoyo á los liberales emigrados, separaba de sus destinos, guiado por el mismo pensamiento, á aquellos que eran conocidos de antemano por su celo en favor de las doctrinas absolutistas. Uno de estos fué Urbiztondo, á quien se quitó el mando del regimiento de Navarra, confinándole á la ciudad de Mérida. En las turbulencias políticas, los adversarios sinceros é irreconciliables de una idea de gobierno son pocos, pero son muchas las pasiones enconadas por las pasiones de otros hombres. La inconsiderada conducta del general Quesada, á la sazon inspector de infantería, los altivos procederes de las autoridades de Madrid, y el mal recibimiento que hizo á Urbiztondo el gobernador de Mérida brigadier Aranguren, acabaron de enajenarle completamente del servicio y obediencia de la reina; y como en un hombre de su posicion y carácter la desafeccion no podia parar en indiferencia, aprovechó una coyuntura favorable y se marchó á Portugal el 19 de Enero para reunirse con el infante D. Cárlos, que huia de ciudad en ciudad perseguido por el ejército combinado lusitano-español.

Cuando Urbiztondo se presentó al Pretendiente, le recibió éste con marcada benevolencia nombrándole capitan de guardias españolas, y encargándole organizase un batallon, que se iba á formar con el nombre de aquel príncipe. Luégo que la ciudad de Evora, último asilo de dos pretendientes, D. Miguel y D. Cárlos, capituló el 29 de Mayo, Urbiztondo pasó á bordo del bergantin Carolina, anclado en la bahía de Lisboa el 8 de Junio, llegando el 9 de Julio al puerto de Porsmout.

El mismo dia en que desembarcó en la costa inglesa se le dió la órden de trasladarse á Navarra con un jefe de caballería que mereciera su confianza. Eligió Urbiztondo al coronel Don Cárlos Odonell y ambos se dirigieron á Lóndres á fin de proveerse de los recursos necesarios para un viaje largo y peligroso. Debian abandonar la Inglaterra y atravesar la Francia penetrando en la Península por la frontera del Norte. Con efecto salieron el 22 de Lóndres con pasaporte y nombre de napolitanos y marcharon resueltos á París, llegando á esta ciudad el 25. Mas un incidente vino á trastornar sus planes de expedicion: la policía francesa, que ya tenía noticia de la marcha y proyectos de los dos jefes carlistas, les prendió en París, encerrándoles en Sainte-Pelagie. Vista y fallada la causa por el tribunal de *Assises*, se les obligó á regresar á Lóndres en los últimos dias del mes de Octubre. Pero ni este revés desalentó á Urbiztondo, ni debilitó la constancia de los que habian dispuesto la expedicion. Al llegar á Lóndres, Don Antonio ya tenía preparada una goleta con la que debia dirigirse á Holanda, para tomar armamento y conducirlo al puerto de Anchote, en la costa de Vizcaya. Urbiztondo hizo con celeridad sus preparativos: adquirió el armamento en Rotterdam, y recibidas las últimas instrucciones, se dió á la vela desde la bahía de Elbelm, en la embocadura del rio Quesl, el 28 de Diciembre de 1834.

Esta segunda expedicion parecia inaugurarse bajo felices auspicios: un viento favorable soplaba á la sazon con fuerza, y la goleta, impelida por su aliento, se deslizaba rápidamente sobre la superficie de las ondas: pero á media noche, cuando el equipaje entero olvidaba los peligros de la navegacion, la goleta, que habia entrado en el canal de la Mancha, varó

en un formidable banco de arena denominado Long-Sens. Vanos fueron los esfuerzos hechos para dominar aquel peligro; la goleta se sumergia insensiblemente, y la tripulacion y pasajeros hubieran probablemente perecido á no tener dos lanchas que botaron inmediatamente al agua, procurando ampararse contra la ira de las mugientes olas, y esperando los primeros albores del dia para salir de tan deplorable conflicto. Apénas amaneció se vió que las aguas envolvian el buque, no descubriéndose ya más que algunos de sus palos. Entónces Urbiztondo y sus compañeros de infortunio cortaron los cables de las lanchas y se entregaron á merced del viento, hasta que al cabo de cuatro horas de esta angustiosa navecion descubrieron un laud pescador, acercáronse á él pidiendo auxilio, y el patron les recogió á bordo á las once y media de la mañana del dia 29 de Diciembre. El puerto más inmediato era de Bracalancer; á él deseaban dirigirse los viajeros; y aunque el patron del laud manifestaba alguna repugnancia para llevarlos á aquel punto, lograron vencerla á fuerza de dádivas y promesas. Desde Bracalancer marchó Urbiztondo á Glocester, y de aquí á Lóndres, adonde llegó el 31; en este punto se le reiteró la órden de emprender de nuevo el viaje á las Provincias Vascongadas, tanto porque D. Cárlos le reclamaba con urgencia, cuanto porque era necesario conducir plomo, de cuyo metal escaseaban las tropas del pretendiente.

Aunque habia obtenido un éxito desgraciado en sus dos anteriores tentativas, Urbiztondo no vaciló en desafiar por tercera vez la inclemencia de la suerte. Aparejóse, pues, una nueva goleta llamada *Isabel Ana*, se cargó de plomo en el rio Támesis, y Urbiztondo y 26 oficiales que habia designa-

do, levaron anclas en 10 de Enero de 1835. No fué más feliz este viaje que los pasados. Declaróse desde luégo un temporal furioso que sublevando las espumosas olas amenazaba al buque con un naufragio próximo; y aunque no habia podido abandonar las costas, perdió sin embargo el trinquete y el bauprés en la noche del 17, siendo indispensable, por lo tanto, entrar en la rada de Eimouth para reparar las fuertes averías de la goleta.

Hasta aquí Urbiztondo habia hecho frente á peligros eventuales envueltos en el seno misterioso de la fortuna; pero ahora iba á arrostrar uno cierto, casi inevitable. Supo que el gabinete inglés habia participado al embajador español la salida del buque, el número de personas que iban en él y el objeto y mision de cada una, y sin embargo no dudó en partir. Bogó de nuevo la goleta en la madrugada del 24, marcando su rumbo hácia las costas españolas; mas al tocar las aguas de Castro-Urdiales fué apresada el 2 de Febrero por el vapor *Reina Gobernadora*, siendo conducidos Urbiztondo y los demas pasajeros á Santander en la mañana del dia 3.

Por esta época la guerra habia ido amansándose y perdiendo algo de su primitivo y sanguinario carácter. En las luchas civiles la terrible iniciativa de las represalias generalmente se toma por el más fuerte y siempre redunda en daño suyo, porque así reduce á su enemigo al mayor extremo y excita las fuerzas de la desesperacion. Los carlistas, pocos é indisciplinados al principio en las provincias del Norte, se engrandecieron despues, tanto que su voz de combate era un grito de victoria y su lema político era considerado en la Europa. Como se habia debilitado la funesta animosidad de los primeros momentos y los prisioneros lo eran en mayor núme-

ro en poder de los carlistas, el ministerio Martinez de la Rosa accedió, si no lo solicitó, al convenio de Elliot.

Fortuna fué para Urbiztondo el caer prisionero en estas circunstancias. El comodoro inglés que mandaba la goleta *Isabel Ana* prometió salvarles la vida, y sus activas diligencias, unidas al precedente que hemos señalado, fueron parte poderosa para que Urbiztondo y sus compañeros no expiaran con su cabeza un arranque de imprudente valor.

Fueron pues conducidos al castillo de San Anton de la Coruña, en el que permanecieron diez meses, y de este punto les trasladaron á Cádiz y de aquí á Puerto-Rico, adonde llegaron el dia 5 de Abril de 1836. Era á la sazon capitan general de aquella Antilla D. Miguel de Latorre, sujeto muy considerado y prudente y que conocia profundamente la máxima de que la gratitud es el vínculo más poderoso para retener al hombre desgraciado en el círculo de sus deberes.

Latorre dispensó á los confinados todas las consideraciones compatibles con su carácter de primera autoridad; pero el segundo cabo le vituperó estos buenos oficios y áun insistió en que se redujera á prision á los confinados. Urbiztondo, que de tiempo atrás andaba desasosegado con la dura condicion á que la suerte le habia reducido, noticioso de los proyectos del general segundo cabo, trató de prevenirles, aprovechando una coyuntura propicia para alcanzar la libertad. Esperó, pues, para fugarse á que el general Latorre se ausentara momentáneamente de la isla, á fin de que la responsabilidad de aquel acto recayera sobre el segundo cabo. Tomadas algunas medidas de precaucion ocultóse Urbiztondo en un bosque con algunos de sus compañeros, y allí esperó á que sus amigos le proporcionasen una lancha para pasar á la isla dinamarque-

sa de Santo Tomás. Pronto se vieron realizados sus deseos; vino el bote, y embarcados en él Urbiztondo y los suyos se arrojaron en los brazos de la instable fortuna, habiendo permanecido cuarenta y cinco dias confinados en Puerto Rico. Tan azarosa fué esta navegacion como las anteriores: separa á Puerto Rico de la isla de Santo Tomás una tabla de agua de escasa latitud y que generalmente se atraviesa en pocas horas; mas apénas empezaron á bogar los fugitivos carlistas cuando sobrevino una calma que les detuvo en el mar por espacio de seis dias, sufriendo todas las penalidades del hambre, porque en la creencia de que el viaje era corto no se habian provisto de víveres. Vencidos al fin estos obstáculos arribaron á la isla dinamarquesa, pero encontraron aquí nuevas dificultades: estaban los isleños en amistosos tratos y cabal armonía con las autoridades de Puerto Rico y no querian exponer sus relaciones á las contingencias de una ruptura por dar hospitalidad en su suelo á los fugitivos carlistas. No obstante las eficaces recomendaciones que éstos llevaban para algunos isleños principales, y acaso más que todo la consideracion de que pertenecian á un partido que en la Península balanceaba con las armas el éxito de la guerra dinástica, hubieron de tener gran fuerza en el pensamiento de los jefes de la isla, pues al cabo permitieron á Urbiztondo y á los que le acompañaban pasar á bordo de un buque inglés. Zarparon de las aguas de Santo Tomás el dia 6 de Junio y llegaron el 7 de Julio á Porsmouth sin avería ni ocurrencia alguna desagradable, y desde aquí se trasladó Urbiztondo aceleradamente á Lóndres.

Sin volver los ojos á los peligros que habia corrido, Urbiztondo se puso de nuevo en marcha para las Provincias Vas-

congadas, tomando la ruta de Francia; y no obstante la órden prohibitiva del ministerio de Thiers, expresa y nominal, llegó sin entorpecimiento alguno á la frontera de España, entrando en la villa de Urdax en la noche del 2 de Agosto de 1836. Tres dias despues, el 5 del precitado mes y año, se reunió Urbiztondo á D. Cárlos en la villa de Azpeitia, despues de haber probado en tantos contratiempos su constancia y resolucion.

Recibióle D. Cárlos afablemente y con toda la consideracion debida á un hombre que habia mostrado una voluntad firme y decidida en su servicio, promoviéndole al grado de brigadier el 10 de Agosto de 1836. Al poco tiempo, el 6 de Setiembre, se le confirió el cargo de jefe de estado mayor general, y asistió con este carácter al sitio de Bilbao.

Mandaba entónces Villareal las tropas de D. Cárlos, como general en jefe, y estrechaba cada dia más el asedio; pero la obstinada defensa de aquella plaza, y las hábiles operaciones del general Espartero, inutilizaron los esfuerzos de los carlistas, obligándoles á levantar el cerco, con mengua de su reputacion y con notable detrimento de su causa. Con efecto, en las vicisitudes de la guerra ningun revés tiene una influencia tan perniciosa como el que viene á cortar una larga serie de victorias, porque se creen encadenados todos los acontecimientos á la prudencia humana y se olvida la instabilidad de la suerte. Bien fuese por esta razon general, bien porque Villareal no hubiera seguido con vigor y concierto las operaciones del sitio, lo cierto es que se le separó de su mando, cesando al propio tiempo en el cargo de jefe de estado mayor el brigadier Urbiztondo. Acaeció este suceso el 25 de Diciembre, y el 30 fué comisionado Urbiztondo para reorganizar la

division expedicionaria de Gomez, quien despues de haber penetrado atrevidamente en las provincias del interior y descrito una vasta circunferencia, habia vuelto al territorio vasco con sus huestes rotas y en deplorable estado.

En pocos meses llevó á cabo Urbiztondo la laboriosa empresa que se le habia confiado: formó nuevos batallones, les dotó de una disciplina severa y supo armonizar tan bien los elementos de órden y de marcialidad, que todos aquellos cuerpos dieron en diferentes ocasiones pruebas claras de decision y bizarría. Uno de éstos, un batallon de granaderos, se apoderó con singular arrojo, en la batalla de Oriamendi, de un reducto obstinadamente defendido por las tropas cristinas, perdiendo aquél 131 individuos; otro, el 2.° batallon de Castilla, se batió denodadamente en el puente de Zornoza el 21 de Marzo de 1837, y Urbiztondo, que le mandaba, obtuvo por esta accion la cruz de tercera clase de San Fernando; el 4.° batallon de Castilla, reorganizado tambien por Urbiztondo, lidió con noble esfuerzo en el paso del rio Cinca, mereciendo el que ondease sobre su bandera la corbata de San Fernando, y los demas batallones se distinguieron en distintos encuentros.

Permaneció Urbiztondo al frente de la division castellana hasta que recibió órden de reunirse en las márgenes del Arga á las columnas expedicionarias.

Aunque el territorio vasco-navarro era el foco principal de la guerra y el centro donde ejercia su accion más enérgica y vigorosa, extendíase, sin embargo, en rádios desiguales por las provincias de Aragon y Cataluña. Esta circunstancias, el deseo de dar un golpe decisivo, la necesidad de crear nuevos recursos ó tal vez la existencia de oscuras combina-

ciones y misteriosos pactos, hicieron concebir á D. Cárlos y su córte el proyecto de una grande expedicion. Aprestóse para ella un ejército respetable á cuya cabeza se puso el mismo pretendiente. Acompañábale Urbiztondo en clase de segundo jefe del estado mayor general. Las tropas carlistas salvaron la valla natural del Ebro, penetraron en el Aragon, recorriéronle rápidamente y fueron á caer sobre el suelo fabril de Cataluña. Hallábase D. Cárlos en Vinaxa cuando mandó venir á su presencia á Urbiztondo, y le dijo en tono familiar:

«Antonio: me veo en la necesidad de dejarte en este Principado, por faltar á su ejército una cabeza que lo organice y para que metas en cintura á unos jefes que obran en sus respectivos distritos como unos reyecitos. Estas y otras consideraciones, añadió, me han obligado á acceder á las repetidas gestiones de los sujetos de más prestigio; y como prueba de mi estimacion, serás declarado mariscal de campo desde este momento.»

No se deslumbró Urbiztondo con el brillante oropel de su nuevo cargo; conoció que estaba rodeado de espinas y dificultades y que la prudencia no bastaria acaso para separar unas y vencer otras. La ambicion, que es el resorte más poderoso de la voluntad, y la que más eleva y engrandece los afectos humanos, solo cuando es ciega se irrita con los obstáculos, y apoyándose en el pasado desafía el porvenir. Habia dado Urbiztondo pruebas de decision y firmeza de carácter y no escaseaba tampoco las demas dotes militares; empero no tenía el ascendiente poderoso del genio que humilla y sojuzga las más enconadas pasiones, ni bastantes títulos para granjearse, de los que iban á ser sus jefes subalternos, hasta entónces independientes y rivales, ese respeto individual que es

el apoyo más sólido de una autoridad cualquiera y que solo puede hallar en la fuerza una sustitucion débil y precaria.

Formar un ejército con las distintas partidas, sujetarle con el vínculo de la disciplina, imponer á los generales, trazarles una línea de sus deberes, saber contenerles en ella, regularizar y humanizar la guerra; hé aquí la mision del nuevo comandante general. Tentado estuvo Urbiztondo á renunciarla en los primeros momentos; pero reflexionándolo despues, y no queriendo dejar defraudada la confianza del príncipe, la aceptó. Recibió el dia 27 de Junio de 1837 el nombramiento de comandante general del ejército carlista del Principado, y el despacho en que se le promovia á mariscal de campo, y acompañó á D. Cárlos con esta categoría hasta el litoral del Ebro, regresando desde Ginesta el 29 y dirigiéndose á Solsona, adonde llegó el 3 de Julio.

En este punto quiso trazar un plan de operaciones, pero aumentó su perplejidad al saber que en los ramos de administracion habia el mismo desconcierto que en los puramente militares, que las promesas de la junta directiva tenian más de gratuitas que de realizables, que escaseaban las municiones hasta el punto de no haber sino cinco cartuchos por plaza, y un repuesto de dos mil, y que todo el tren de batir le constituian tres piezas de irregulares proporciones y construidas con muy poca solidez. Pero cuando el hombre ha aceptado una condicion social, militar ó política, debe buscar todos los medios para sostenerse en ella con decoro. Urbiztondo lo comprendió así, y trató de sacar todo el partido posible de las circunstancias que le rodeaban. Como debia ante todo regularizar y morigerar sus tropas, pensó que seria bueno formar algunas compañías con los heridos de las acciones de

Huesca y de Barbastro que habian pertenecido al grande ejército carlista, y que tenian el valor de los combates, con los hábitos de la disciplina. Estos cuerpos servirian á la vez de ejemplo á los catalanes que se fueran organizando, de rémora á los que estuviesen áun desmoralizados y de elemento de órden en todo caso al general.

Llevó Urbiztondo á cabo este pensamiento con la mayor celeridad, y entónces, colocando á las tropas catalanas en observacion del enemigo, marchó él mismo sobre Berga, llegando frente á los muros de esta villa el 6 de Julio. Invirtió los siguientes dias 7, 8, 9 y 10 en practicar varios reconocimientos y preparar los útiles de batir, y el 11 empezaron ya á vomitar fuego las baterías. Contestó la plaza con otro nutrido bien sostenido y tan certero, que á las pocas horas estaban fuera de combate el comandante carlista de artillería y otro jefe que le habia sustituido con varios individuos de tropa. Eslabonábanse los azares por momentos. La única pieza de grueso calibre con que contaba Urbiztondo quedó inutilizada por haberse roto la cureña al segundo disparo, y cuando el general corria á reanimar á los artilleros, reventaron los otros dos cañones.

Ya no habia medios hábiles de continuar el asedio: era preciso, pues, ó renunciar á la posesion de Berga ó decidirse por el asalto. Urbiztondo le dispuso; pero cuando sus tropas marchaban á escalar la muralla, se le presentó una comision de los sitiados, ofreciendo abrir las puertas de la plaza bajo ciertas condiciones. No eran éstas inadmisibles, y Urbiztondo las aceptó despues de modificar algunas.

En su consecuencia, entraron las tropas carlistas en Berga á las tres de la tarde del dia 12 de Julio de 1837: tres-

cientos ochenta prisioneros, veintiun caballos, dos piezas de artillería, un considerable número de fusiles y municiones fueron el fruto de esta conquista, ademas de la posesion de la villa de Verga, muy considerada por su imponente topografía y por el buen estado de sus fortificaciones. Berga era ademas la llave del Principado por aquella parte.

Restablecida completamente la calma, los habitantes de Berga se entregaron á sus ordinarias faenas, y el melancólico silencio de la noche sólo se vió turbado por el ruido de las alegres tocatas y bulliciosas danzas.

Este rasgo de fina política preparó una reaccion en los sentimientos, en las ideas y hasta en las preocupaciones de los catalanes. Várias plazas, escalonadas en el cuerpo de la alta montaña, se entregaron por estos dias á los carlistas. Gironella capituló á las primeras intimaciones el dia 13. Su guarnicion, que constaba de 200 hombres de línea y de algunos nacionales, quedó prisionera de guerra. Prats de Llausanes, asediado el dia 15, abrió sus puertas el 18. Ripoll, atacado por las tropas carlistas, á cuya cabeza se hallaba Urbiztondo el dia 20, se rindió por capitulacion el 27, y entónces el caudillo carlista marchó contra San Juan de las Abadesas.

En medio de esta serie de rápidas conquistas se levantaba un elemento pernicioso para la causa carlista. La indisciplina de los cuerpos catalanes, que se revelaba en los trances más difíciles y en las ocasiones más complicadas, podia entorpecer las operaciones del general ó inutilizar sus esfuerzos. Durante el sitio de Berga la brigada Castell, que le formaba, dió pruebas tan claras de falta de valor y sumision á sus jefes, que Urbiztondo creyó llegado el caso de adoptar severas determinaciones. Estaba decidido á hacer un castigo ejemplar;

pero, cediendo á las súplicas de personas muy consideradas, se limitó á disolver las compañías de preferencia de los batallones que constituian la precitada brigada, prohibiendo á sus individuos el uso del bigote; no permitiendo que entrasen en la plaza; suspendiendo á los oficiales del ejército de sus respectivos empleos, y relegándoles al depósito de prisioneros, hasta que solicitaran asaltar una de las plazas que se atacasen. Con estas medidas convaleció un tanto la disciplina, pero no fueron bastante eficaces para destruir todos los gérmenes del mal. Convencióse de ello Urbiztondo en la ocasion que vamos á referir.

Luégo que el baron de Meer tuvo noticia del sitio de San Juan de las Abadesas corrió desde Olot á socorrer la combatida plaza. Previendo Urbiztondo este caso, habia colocado una recia columna en las respetables posiciones de Capsa-Costa. El baron, sin embargo, se adelantó con denuedo hasta el sitio que ocupaban las fuerzas carlistas, penetró en él venciendo la resistencia que éstas le opusieron, débil por lo mal concertada, y bien pronto se puso á la vista de San Juan. Vióse entónces precisado Urbiztondo á levantar el cerco, devorando el hondo despecho que le habia producido este suceso; porque ningun mal se siente tanto como el que vence todas las probabilidades del bien. No tardó en indagar que la mala defensa de Capsa-Costa era el resultado de la rivalidad que existia entre los jefes catalanes, tan mezquina y extraña á la razon, que les cegaba hasta el punto de no ver en la derrota de los unos sino el triunfo de las pasiones de los otros. Justamente indignado Urbiztondo de que sentimientos tan bastardos hubieran precipitado á los jefes catalanes en una defeccion, suspendió del mando al brigadier Sobrevias, que ejer-

cia las funciones de segundo cabo del ejército carlista del Principado, mandó formarle causa, le señaló el punto de Solsona para su residencia, y nombró en su lugar al brigadier Zorrilla.

Á medida qu iba pasando el tiempo veia Urbiztondo quebrarse alguna esperanza ó perderse una ilusion más entre el choque de los acontecimientos. Cada dia nuevos conflictos venian á formar un guarismo más en la suma de sus tribulaciones. No sólo se hallaba imposibilitado de continuar sus planes de conquista por la absoluta falta de artillería, sino tambien por la falta de actividad ó mala inteligencia de la junta directiva, que nunca habia armonizado completamente con el general, y que ya se desviaba más y más de las intenciones y compromisos de éste. Abandonado Urbiztondo á sus propias fuerzas, sin elementos para continuar la campaña y despues de haber dejado bien puesto el honor de sus armas en la accion de Ridaura, volvió todos sus cuidados á la organizacion del ejército. Aunque el arma de caballería no era absolutamente necesaria en la guerra de montaña, ni podia maniobrar con éxito en la áspera geografía de aquel pais, no obstante, Urbiztondo, bien porque se propusiese hacer algunas escursiones en el llano, bien, como es más verosímil, porque profesara la máxima militar de que en una guerra larga la caballería es el apoyo más fuerte contra la instabilidad de la fortuna, lo cierto es que quiso formar algunos nuevos cuerpos, mejorando, disciplinando é instruyendo á los que ya tenia. Confió este cargo al brigadier D. Pascual Real, sujeto laborioso y entendido que, perteneciendo al ejército expedicionario, habia quedado herido y se hallaba á la sazon convaleciente. No olvidó tampoco Urbiztondo la para él privilegiada

arma de infantería. Dominábale de tiempo atras la idea de mejorar el estado de los batallones. Ya habia formado uno con las reliquias del grande ejército expedicionario, que servia de núcleo y modelo para la formacion de los otros; pues ahora se propuso dilatar esta base, agregándola un nuevo batallon compuesto de gentes escogidas y diestras ya en el terrible juego de los combates. Mandó reunir de intento, formando un solo cuerpo á los desertores del campo de la reina, á los que, habiendo caido prisioneros, quisieran abrazar la causa carlista, y á los jóvenes de mejor conducta que sirviesen ya bajo la bandera de D. Cárlos. Dotó este batallon con los oficiales carlistas procedentes de las acciones de Huesca y Barbastro, restablecidos apénas de sus heridas. Ambos cuerpos constituyeron una brigada que Urbiztondo puso bajo las inmediatas órdenes del coronel Togores.

Los polos de nuestras pasiones se tocan con frecuencia, y la emulacion, que es uno de nuestros más nobles afectos, degenera en la envidia procurando dar entónces á los más fútiles pretestos el valor de verdaderas causas, y queriendo sujetar todas las circunstancias, buenas ó malas, al logro de sus fines. Parecia que hasta aquí las medidas adoptadas por el general Urbiztondo tenian todas una tendencia benéfica; la de organizar su ejército, fiando cada vez ménos la victoria á la veleidosa fortuna, y regularizar la guerra, dándola un carácter más fijo, más humano y conciliador; pero de repente se alzó contra él, cebándose en su reputacion, una nube de émulos, rivales y enemigos personales; los jefes catalanes, agraviados ó mal avenidos con el freno de la disciplina; algunos justamente indignados quizá del genio altivo é imperioso del general, y muchos miembros de la junta directiva. Unos y otros de comun

concierto llevaron sus quejas, cubriéndolas, como de ordinario sucede, con el velo del mejor servicio, hasta el mismo Don Cárlos; y este príncipe, que tenía el defecto de las almas débiles, de creer sin analizar, dió fácil asenso á cuanto le dijeron en contra de Urbiztondo.

Apénas conoció este general las clandestinas maquinaciones de sus enemigos y los puntos sobre que giraba su acusacion, dirigió una exposicion al ministro de la Guerra, escrita en un estilo enérgico y brioso, vindicándose de esa manera indirecta que permite el orgullo herido, y presentando los hechos en su severa realidad.

En este documento Urbiztondo trazaba con mano experta y vigorosa el panorama de la guerra carlista en Cataluña, enumerando sus elementos de vida y accion, bosquejando la conducta de los generales catalanes y la suya propia.

Y aunque, al calificar los procederes de aquellos y el estado de sus respectivas tropas, acaso no faltaba á la severa verdad, puede asegurarse desde luego que traspasaba la medida de la templanza. Dominado por la irascibilidad de su carácter no miraba el porvenir, reconcentrando sus sentimientos y sus ideas en el pasado. Hombre de una fibra delicada, no conocia bien el valor de las circunstancias; y como tenía la conciencia de su superioridad, de sus hechos, de su educacion militar, ajaba sin miramiento la reputacion de sus subalternos, olvidando que áun el hombre que arrastrado por la pendiente del crímen llega al último grado de perversidad posible, desearía presentarse puro ante la sociedad, que le sostiene y rodea, y que le castiga con su silencio. Puede, pues, juzgarse del tono acre y virulento que empleaba Urbiztondo en la precitada exposicion, por el que se observa en las siguientes líneas:

« Con tan poca fuerza he vencido, y con ella, si se me permite, enseñaré á vencer á hombres (los carlistas catalanes) que hasta ahora no conocen otro arte de la guerra que la rapiña y vandalismo, ni otros jefes que aquellos que más se han distinguido por acciones indignas de los defensores de un rey católico y de una causa justa, ni más derechos que obrar desenfrenadamente atropellando las leyes y los fueros, ni más subordinacion que su propia y libre voluntad cuando no están satisfechas sus pasiones. »

Sincerábase al propio tiempo Urbiztondo de la intencion, que gratuitamente se le habia atribuido, de querer debilitar el ejército carlista del Norte, en beneficio del suyo, prefiriendo su gloria personal á la prosperidad de su causa y áun á la seguridad de su príncipe. Las razones que alegaba en esta parte llevaban envuelta la conviccion. « Así que, excelentísimo señor, decia, áun juzgado yo como militar ambicioso de gloria, nadie que haga justicia á la rectitud de mis principios ni á mi corta capacidad llegará jamás á imaginarse que yo soy capaz de dejar expuesta la augusta persona de mi Rey á peligros eminentísimos, á trueque de conseguir laureles en los campos de Cataluña, siendo así que nadie dudar puede que el golpe dado á la cabeza ha de dejar inermes las otras partes que componen el cuerpo.»

En otra exposicion elevada á D. Cárlos con fecha 15 de Agosto, Urbiztondo retocaba dándoles más subidos colores, los contornos del cuadro trazado en la primera, en la parte que se referia á los jefes catalanes: deploraba la falta de los elementos más necesarios para la campaña, y defendia enérgicamente su sistema de guerra y su conducta delante de las plazas de Ripoll y Berga

Pero desencadenada ya la animosidad de una y otra parte, no podia esperarse tregua ni concordia. La junta directiva, siempre adversa al general, no sólo no le proporcionaba recursos, sino que le suscitaba embarazos y dificultades, buscando motivos y estudiando medios para colocar á éste en una posicion falsa y difícil. Al fin creyó encontrar uno en el carácter altivo del general. Enlazó pues las circunstancias con un suceso de bien escasa importancia, pero que podia servir de pretesto escelente. Habia dispuesto Urbiztondo que uno de los batallones recientemente creados se acuartelase en el convento de San Francisco de Berga, respetando la parte del edificio que ocupaban los religiosos. Este acto no envolvia ultraje alguno á los más cristianos sentimientos, y era de grande y beneficiosa consecuencia para el servicio, porque aquel cuerpo podia recibir así una buena educacion militar, y servir con los otros dos de base á la reorganizacion del ejército carlista, llenando así los planes del general. Pero cuando éstos se iban desvaneciendo como las ilusiones al rudo golpe de la realidad; cuando el coronel D. Hilario Alonso Cuevillas, comisionado por D. Cárlos, se llevaba á las Provincias todos los jefes, oficiales y soldados pertenecientes al ejército espedicionario, se presentó á Urbiztondo el obispo de Mondoñedo, que tenia el carácter de delegado castrense en el Principado, amonestándole severamente por haber convertido el convento en cuartel, calificando este acto de profanacion, y exigiendo que inmediatamente abandonase el edificio la tropa que le ocupaba. Contestóle al principio Urbiztondo con mesura y comedimiento, haciéndole presente lo perjudicial é intempestivo de semejante pretension; pero el prelado, que estaba decidido á provocar una escision, insistió con más fuerza en su de-

manda, y entónces el general, arrebatado por la ira, exclamó: «que él no entendia la religion de otro modo que empleando en la causa de su rey todos los medios posibles, y que si, careciendo de plomo para batir á sus contrarios, no tuviese autorizacion para tomar cuanto encontrase en los templos del Señor, no solamente lo tomaria contra la opinion del Papa, sino hasta sus propias chinelas con tal que fuesen del mismo metal.»

Esta imprudencia de Urbiztondo snministró á sus enemigos una arma nueva y poderosa. D. Cárlos, á quien se refirió la escena ocurrida entre el obispo y el general, se indignó altamente por las palabras que habia éste proferido; los consejeros del príncipe, mal avenidos con el sistema planteado por Urbiztondo, dieron á este suceso voz y valimiento de grave desacato, convirtiendo un hecho fuera del dominio de la razon en síntoma inequívoco de todo un plan de conducta. Desaprobóse la del general por la córte carlista repetidas veces y bajo sus dos principales fases, militar y política, y apénas la junta directiva del Principado tuvo noticia de la divergencia entre Urbiztondo y el ministerio, procuró por su parte dar el último golpe á la reputacion de aquél. Nególe todos los recursos, todas las provisiones de guerra y boca, hasta el punto de pasar dos y tres dias sus soldados sin alimento alguno, obteniendo cuando más media racion por plaza, y viéndose obligados á caminar descalzos por un terreno agrio é ingrato. Los jefes y comandantes de los diferentes cuerpos, rebeldes á toda idea de disciplina y que odiaban al general por querer establecerla, tomaron de aquí ocasion para acosarle con reclamaciones, y no concurrir oportunamente con sus fuerzas respectivas á las operaciones de la campaña.

Muy difícil era sin duda á Urbiztondo sostenerse en la posicion creada por el artificio de sus enemigos, y en cada paso que daba tropezaba con nuevos lazos, con otra red más cuyos hilos se multiplicaban é iban á parar á diferentes extremos. Convencido, pues, que en aquella lucha desigual de nebulosas maquinaciones, él debia sacar la peor parte, se dirigió á D. Cárlos describiéndole su situacion, el encono de sus adversarios, la conducta de éstos, que él calificaba de profundamente inmoral, y, por último, la dificultad de obrar con tan contrarios elementos, suplicándole se dignase admitir la dimision de su cargo; pero se apagaron los ecos de su voz entre las murmuraciones de los cortesanos que rodeaban á Don Cárlos, y este príncipe no contestó á ninguno de los extremos que abrazaba la exposicion del comandante general de Cataluña.

Afectó mucho á Urbiztondo este desaire, y comprendiendo toda la ira y poder de sus antagonistas, trató de contemporizar y de excitar la cooperacion de la junta, á fin de que le proporcionase los medios más indispensables, y no le dejara en una evidencia deplorable casi á la vista del enemigo: pero las corporaciones son mucho más implacables que los individuos cuando se trata de rescatar ó vengar su poder, y la junta directiva, que tenía muy presente la altiva conducta del general, le contestó negándose rebozadamente á satisfacer ninguna de las exigencias de éste, y escudándose como pudo con las circunstancias. Entónces Urbiztondo hizo á aquella autoridad cuantas observaciones se le ocurrieron, y las que se desprendian naturalmente de la marcha misma de los sucesos; y terminó manifestando su resolucion de resignar el mando en el jefe inmediato y retirarse al vecino reino de Francia. La

junta permaneció impasible; respondió evadiéndose de todo compromiso, y áun tuvo la destreza de hacerle recaer sobre el general, diciéndole que ilustrase á la corporacion con sus conocimientos sobre el ramo administrativo, pues estaba pronta á poner en juego los medios que, para la subsistencia del ejército carlista, reputase él como los más idóneos y eficaces.

No tardó en conocer Urbiztondo que esta contestacion era una verdadera carta de Tiberio, pues se daban elogios á su celo y conducta y se deferia mucho á su ingenio para hacer resaltar más y más su impotencia; y convencido de que era imposible llegar á una reconciliacion sincera, reiteró su dimision robusteciendo las razones en que se apoyaba. En el entretanto, la falta de víveres se hacía por momentos más sensible y producia graves perjuicios desmoralizando la causa carlista: los comandantes de batallon, á quienes se habia encomendado la manutencion de sus respectivos cuerpos, cometian para lograrla mil vejámenes y estorsiones, y los infelices pueblos, presa de su avaricia, maldecian una guerra que les arrancaba sin piedad hasta sus últimos elementos de vida. De modo que la reaccion operada por la conducta mesurada y prudente de Urbiztondo habia venido á tierra, y áun los antiguos afectos políticos se convertian en odios, porque la propiedad es el vínculo más fuerte que liga al hombre á una sociedad cualquiera, y al que se enlazan todas las cuestiones políticas.

Luégo que tuvo noticia Urbiztondo de los desacatos cometidos por sus subalternos, se apresuró á ponerles un coto, y, al efecto, organizó una comision de los jefes más probos y entendidos para que, sin herir tantas susceptibilidades ni lasti-

mar tantos intereses, adquiriesen las subsistencias necesarias para el ejército. Quedaron, por consiguiente, exentos de este cargo espinoso los comandantes de batallon y la junta directiva, mas esta corporacion no toleró un acto que reputó como una usurpacion de sus atribuciones: desaprobó esplícitamente el proceder del general y reclamó sus vulnerados derechos. fundándose en que, pues ella era la autoridad suprema, ninguna otra podia mezclarse ni intervenir en administrar el país. El intendente carlista del Principado secundó eficazmente las miras de la junta directiva, y nombró un ministro de Hacienda militar para que por sí, y sus agentes, administrase el distrito de Lérida. Entónces Urbiztondo, viendo que la nota creada por él no tenía ya objeto, la suprimió.

Este golpe dado á su autoridad, este tiro nuevo y directo lanzado de frente contra su sistema privilegiado, debieron herir en lo más vivo al general Urbiztondo, quien sin embargo, encerrándose en los difíciles límites de la prudencia. devoró en silencio sus pesares y sólo insistió en que Don Cárlos aceptara la dimision presentada. Al efecto, y para que hiciesen presente al príncipe la imposibilidad de que dos autoridades rivales y celosas obrasen en una misma esfera, sin chocar frecuentemente, el grave daño que producirian á su causa estos conflictos y divergencias, y por último la firme resolucion del general de abandonar un mando con el que su reputacion iba á quedar menguada, mandó á la córte del pretendiente dos oficiales de su confianza encargados de exponer y apoyar estos sentimientos. Partieron los referidos oficiales el dia 31 de Octubre, y en los siguientes Urbiztondo, á fin de que no se le acusase de inactivo, verificó varios movimientos y emprendió algunos ataques. Combatió en efecto las

fortificaciones de Capellades y Pont de Armentera y se apoderó de las de Piera, Prades y Rivas. Mas habiendo repetido el ataque al Pont de Armentera, supo que se acercaba en socorro de la plaza, que se habia defendido valerosamente y rechazado un asalto de los carlistas, el baron de Meer al frente de una division respetable; y entónces Urbiztondo, no creyendo oportuno medir sus fuerzas con las superiores del baron, se retiró á pernoctar en unos pajares inmediatos. Aquí experimentó el general carlista una sorpresa, ménos sensible por la pérdida que tuvieron sus tropas que por una de esas circunstancias fortuitas que dominan tantas veces la inteligencia del hombre, destruyendo sus mejores cálculos y aniquilando sus planes, y que parecen ser el sello de la superioridad de la Providencia.

Al retirarse Urbiztondo á Santa Perpétua lo hizo con tanta precipitacion que su secretario dejó olvidadas las carteras de la correspondencia, en las que habia documentos importantes, y entre ellos los borradores de las diferentes exposiciones que Urbiztondo habia dirigido á D. Cárlos sobre la guerra de Cataluña. Al poco tiempo el baron de Meer era ya dueño de estos interesantes papeles. Apénas tuvo noticia Urbiztondo de este suceso, que podia ser fecundo en consecuencias muy funestas, se apresuró á dirigirse al baron pidiéndole con un carácter puramente personal la devolucion de los precitados papeles; pero el baron subordinó todas las demas consideraciones á la política; y aunque devolvió algunos de escaso interes, se reservó aquellos que comprometian más la posicion de su adversario. Conociendo Urbiztondo que si el baron, como era verosímil, publicaba las mencionadas exposiciones, los miembros de la junta y todos cuantos se adhe-

rian á la opinion y sentimientos de ésta tomarian de aquí ocasion para descargar sobre él su venganza, trató de prevenirles reteniendo cerca de sí alguna prenda de mucha estima. Al intento, y valiéndose de diestros y bien urdidos pretestos, logró atraer á su lado al presidente de la junta; mas fué inútil esta precaucion, pues hallándose Urbiztondo en Rialp el 2 de Enero de 1838, despues de haber batido el dia ántes en aquel punto á la columna Vidart, se le presentaron los ayudantes de estado mayor D. Luis Rivas y D. Fernando Zapino, y le hicieron presente que la junta directiva reunida en sesion extraordinaria, á consecuencia de haber publicado el baron de Meer sus comunicaciones en los periódicos de Barcelona, habia decidido obligarle á dimitir su mando ante aquella corporacion, por medio del secretario D. Fernando Segarra, quien iba comisionado al efecto, y llevaba ademas instrucciones para que, en el caso de que el general resistiese, distribuyera ejemplares de las indicadas exposiciones entre los comandantes de los cuerpos, convenciéndoles por este sólo hecho que no podian obedecer á un jefe que tanto habia vulnerado su reputacion.

Tentado estuvo Urbiztondo, luégo que recibió este mensaje, á seguir los primeros movimientos de su ira, y adoptar una medida violenta. Sin duda su amor propio ofendido y su posicion política y militar le aconsejaban que cortase aquella larga cadena de intrigas y persecuciones, quebrantando las manos que la sostenian: acaso podia con golpe rápido y enérgico atemorizar á los individuos de la junta: mas retrájole de este pensamiento la consideracion de que su conducta no sería nunca aprobada por D. Cárlos, y prefirió pasar al punto donde se hallaba este príncipe, para exponerle sus ra-

zones, su comportamiento y sus planes, abogar por una causa, y concertar los medios de vigorizar y regularizar la inmediata campaña, sofocando y extinguiendo los gérmenes de discordia. Para poner en ejecucion esta idea, se aprovechó de la circunstancia de estar encerrada en Sort la columna Vidart, y dejando al brigadier Val las instrucciones necesarias para el caso de un segundo combate, se puso en marcha el dia 2 de Enero, saliendo de Llaburi á las ocho de al mañana, y haciendo correr préviamente la voz de que iba á Tirbia á verificar el canje de la familia del gobernador de este punto, con una hermana del presidente de la junta. Con efecto, pasó por Tirbia y Noroi, y hallándose en Urdino supo que la columna Vidart habia sido batida otra vez, y obligada á retirarse dejando á su jefe en el campo de la accion. Aceleró entónces su viaje, dando noticia de él á la junta y á los comandantes generales de division, y llegó en poco tiempo al límite del territorio catalan. Al atravesar la frontera en la mañana del dia 4, halló al coronel D. Leandro Eguía, que regresaba del cuartel de D. Cárlos y traia una órden de este príncipe para que Urbiztondo continuara en el desempeño de su mando. Sin embargo, continuó su expedicion y entró en Navarra el dia 10 por la borda de Don Pedro.

Muy difícil era sin duda á Urbiztondo sostenerse; apénas pisó de nuevo el territorio español participó á D. Cárlos su próxima llegada al cuartel general y esperó impaciente la resolucion del príncipe. Al siguiente dia, hallándose Urbiztondo en Tolosa, recibió órden de su soberano mandándole detenerse en el punto donde á la sazon se hallara. Urbiztondo, acatando esta disposicion, permaneció en Tolosa, cuya ciu-

dad le fué declarada de cuartel el dia 27 de Octubre. En vano desde aquí elevó á D. Cárlos repetidas instancias y súplicas pidiendo que se sometiera su conducta al fallo de un tribunal; pero nadie hizo caso ni esforzó su solicitud; y este hombre, que acaso no tenía otro delito que el de haber luchado con poco tino con circunstancias muy complicadas, se vió á merced de sus émulos por no haber desplegado en los momentos críticos bastante constancia y firmeza de carácter. En la vida pública del hombre, pueden justificarse todos sus sentimientos menos la inconsecuencia y la debilidad.

Miéntras estuvo Urbiztondo en Tolosa, no le economizaron sus adversarios sinsabores y desquites. No sólo influyeron para que D. Cárlos le despojase del carácter de comandante general, sino que hasta le hicieron sufrir muchas privaciones, persiguiéndole de diferentes maneras é hiriéndole en todos sus afectos con esa constancia rara, propia únicamente del enemigo que, ántes de esperarlo, ha logrado el triunfo de sus maquinaciones.

Á los resentimientos personales se agregaba el odio de partidos. Habíase de tiempo atrás dividido el campo de Don Cárlos en dos parcialidades conocidas por su mayor ó menor apego á las tradiciones ó á la reforma de la época. El carácter débil del príncipe habia dejado nacer y medrar á su vista estas rivalidades con mengua y peligro de su causa, porque si es ley de los partidos la de dividirse en la victoria, su desunion durante el combate es síntoma claro de su ruina. El ministro Arias Tejeiro era la cabeza de la fraccion ultrarealista, y al general Maroto se le reputaba como uno de los principales corifeos de la fraccion moderada. Pertenecia á éste Urbiztondo, asi como sus compañeros de armas é infortu-

nio, Villareal y Latorre, y esperaba con viva impaciencia un cambio político que le devolviera su posicion y su fortuna. No tardó éste en ocurrir. Maroto fué promovido al mando en jefe del ejército carlista, y creyendo que serian un obstáculo perenne á sus ulteriores planes algunos hombres de ideas más ó ménos sanas en política, pero de una lealtad y adhesion á D. Cárlos nunca desmentidas, les hizo fusilar arbitrariamente en Estella. Este tremendo golpe hizo volver al príncipe los ojos en su derredor, y no vió más que peligros y dificultades; y aunque habia ya perdido la ventaja irreparable de la oportunidad, trató sin embargo de aunar todos sus elementos á fin de reprimir la insolencia del general en jefe. Llamó con este motivo á muchos de los jefes desgraciados, y uno de ellos fué Urbiztondo, á quien se mandó dirigirse ganando horas á la residencia de D. Cárlos. Llegó á este punto el 21 de Febrero de 1839, y el 22 le comisionó el príncipe para salir al encuentro de Maroto, que desde Estella se adelantaba osadamente al frente de su ejército hácia Villafranca, donde se hallaba el cuartel del pretendiente. Desde este punto se hace ya más sensible al historiador la série de combinaciones que acabaron por hundir en el polvo las brillantes esperanzas de Don Cárlos. Si se concede alguna lógica en las acciones y en los sentimientos del hombre, puede suponerse que desde un principio tomó Urbiztondo uno de los hilos de esta trama. Partió, pues, de Villafranca, se avistó con el general en jefe, pidióle esplicaciones, y entre ambos hicieron caso de necesidad la proscripcion de los áulicos de D. Cárlos. Regresó muy luégo Urbiztondo para manifestar á este príncipe cuáles eran las exigencias y deseos del general; resistió al principio D. Cárlos con entereza, y fuéle necesario á Urbiztondo esforzar las

razones que reclamaban semejante medida, insistiendo en que la voluntad del general en jefe sería inquebrantable, porque se apoyaba en el sentir del ejército y del pueblo. Cedió Don Cárlos por fin, pero exigió de Urbiztondo que condujera bajo su estrecha responsabilidad á las personas expatriadas al territorio frances. Verificólo, en efecto, saliendo el dia 4 de Marzo de Villafranca y volviendo el 6 á Tolosa, donde se habia trasladado el cuartel de D. Cárlos, despues de llenar su cometido.

El 12 del precitado mes se nombró á Urbiztondo comandante general de la division castellana, cuyo cargo desempeñó hasta la celebracion del convenio de Vergara.

Parte muy principal é importante tuvo Urbiztondo en este célebre suceso y en los actos que le precedieron y prepararon. Identificado en sentimientos con Maroto, convencido como él de la imposibilidad de sostener por más tiempo la guerra con verosimilitud de un resultado propicio, debió influir eficazmente en el advenimiento de la paz, y todo esto suponiendo que tuviera esa abnegacion profunda que es bien rara en tiempos de revueltas y encerrara en el fondo de una conciencia generosa pasados resentimientos. De cualquier modo, pues, Urbiztondo secundó eficazmente las miras del general en jefe desempeñando por órden de éste y con reconocido tino algunas comisiones muy delicadas. Encomendósele que propusiera á los jefes guipuzcoanos la realizacion del convenio, y Urbiztondo se manejó en esta parte con tal destreza y actividad, que el 22 de Marzo presentó á Maroto un poder en que aquellos le autorizaban para arreglar todos los particulares concernientes á la paz.

La mision que se le sometió el 24 era más difícil y espi-

nosa. Debia hacer presente á D. Cárlos lo crítico de su posicion, empeñándole en aceptar una paz desventajosa como el premio de seis porfiadas campañas, como el violento corolario de seis años de risueñas esperanzas, de dolorosos esfuerzos y de sangrientos sacrificios.

Todas las consideraciones hechas á D. Cárlos por Urbiztondo giraron sobre dos extremos: la imposibilidad de continuar la guera, y por consiguiente la necesidad de pedir la paz. Hizo una triste pintura del estado de las Provincias Vasco-navarras, del espíritu de las tropas carlistas, y concluyó asegurando que el medio más honroso y español de obtener el resultado propuesto era el de abrir inmediatamente negociaciones con el Gobierno de Madrid, ántes que el fastidio y desaliento medraran entre las filas carlistas ó que una derrota empeorase su situacion, debilitando sus derechos.

D. Cárlos, á quien todavía saludaban por rey muchos miles de españoles y que tenía asegurado el centro de sus operaciones en los rádios desiguales de Aragon y Cataluña, donde un ejército valiente, decidido y bastante bien organizado se agrupaba en derredor de su bandera, D. Cárlos, pues, que tenía ante sus ojos todos estos elementos de triunfo, rechazó enérgicamente las proposiciones de Urbiztondo. Retiróse entónces éste profundamente abatido por la impresion que le habia causado la negativa del príncipe, regresando aquel mismo dia al cuartel general de Maroto. Pero esta circunstancia no detuvo las negociaciones entre los generales en jefe de ambos ejércitos beligerantes; mas como era necesario conciliar tantos y tan distintos intereses, á cada paso se presentaban nuevas dificultades. Urbiztondo se hallaba iniciado en las preten-

siones respectivas de Espartero y Maroto, y asistia á las conferencias de éstos, hallándose el 27 en la que tuvieron en Abadiano y concurriendo el dia 29 á Oñate con el carácter de comandante general de la division castellana, para presenciar la redaccion del tratado.

Desde este dia, Maroto, asaltado de graves temores, se trasladó al cuartel general de Espartero, y Urbiztondo quedó al frente de su division y de una brigada guipuzcoana, teniendo que arrostrar sérios y multiplicados compromisos, viendo muy expuesto á trastornarse de pronto el edificio levantado con tanta lentitud y trabajo, y combatido entónces más que nunca por los intereses parciales, rebelados los unos contra los otros, y algunas conciencias susceptibles que no querian ponerse en contradiccion con su historia ni apartarse decididamente de sus deberes y juramentos. Muy angustioso fué sin duda el estado de Urbiztondo en aquellas circunstancias: «nadie, dice él mismo, sino el que lo pasa, sabe lo que son treinta y seis horas de semejante situacion;» pero al fin con decision y actividad pudo dominar estos obstáculos, y logró entrar en los campos de Vergara en la mañana del 31 de Marzo con seis batallones, tres escuadrones y dos piezas, siguiendo luégo su ejemplo la brigada guipuzcoana de Iturbe, y al inmediato dia la division vizcaina bajo la conducta del general Latorre.

Despues de un suceso tan célebre en los anales de la última guerra, Urbiztondo recibió órden del general Espartero para pasar con su division á acantonarse en Tolosa. Aquí permaneció Urbiztondo hasta que D. Cárlos con algunas tropas abandonó el territorio vasco-navarro, refugiándose en Francia. Entónces fué disuelta la division castellana, y su jefe pi-

dió el cuartel para San Sebastian. Las ocurrencias de Octubre de 1841 vinieron á lanzarle de nuevo entre el tumulto y agitacion del mundo político. La junta que se formó en las Provincias apedillando el gobierno de la reina madre, le confirió el cargo de comandante general de Guipúzcoa; pero sofocado aquel movimiento, Urbiztondo emigró á la nacion limítrofe.

Cuando regresó de Francia en Julio de 1843, el partido moderado, elevado ya á gobierno, queriendo recompensar su anterior conducta, le nombró comandante general de Vizcaya en 12 de Setiembre del precitado año, agraciándole en 13 de Enero de 1845 con la gran cruz de la órden americana de Isabel la Católica, y elevándole en 10 de Octubre de 1846 á la categoría de teniente general.

Actualmente, al trazar las últimas líneas de esta biografía, 16 de Abril de 1848, Urbiztondo se halla desempeñando el cargo de capitan general de las Provincias Vascongadas, que le fué cometido por decreto de 16 de Marzo del mencionado año de 1846. La última página de su historia permanece todavía abierta, y sobre ella puede imprimir su sello la sociedad que le rodea (1).

---

(1) *Teatro de la Guerra.—Cabrera y los montemolinistas.*

BIOGRAFÌA DE TRISTANY.

Varios son los hombres que figuran en línea más ó ménos elevada de la narracion histórica que precede; pero pocos hay que merezcan ocupar una página singular en las crónica contemporáneas con tanta justicia como el caudillo D. Benito Tristany, fiel y constante sostenedor de las causas carlista y montemolinista, tipo exacto del hombre de grandes convicciones políticas, y del intrépido guerrillero. Tracemos, pues, su biografía, con la concision y brevedad posible, anotando sus hechos con la imparcialidad que forma la primera y más digna circunstancia del verdadero historiador.

D. Benito Tristany (a) Mosen Benet, nació el 6 de Marzo de 1794, cerca del pueblo llamado Ardebol. Sus padres, honrados habitantes de la casa de campo donde Tristany vió por primera vez la luz benéfica del sol, pensaron que su hijo no debia perder el inapreciable tiempo de la infancia, y encomendaron la instruccion primaria del mismo al venerable sacerdote párroco del mismo pueblo. Este respetable ministro del altar cumplió tan á satisfaccion su cometido, que en muy poco tiempo ya sabia el niño Benito leer, escribir, gramática

y aritmética, y por consiguiente se hallaba apto para emprender estudios superiores. Así lo juzgaron sus padres, y lo mandaron á la ciudad de Solsona, donde estudió gramática latina, rudimentos de retórica y un año de filosofía, cursando despues varios de teología moral, á cuya clase no tuvo gran aficion, y por el contrario, presentando contínuas pruebas de su carácter, que entónces empezaba á mostrarse ardiente, inquieto y bullicioso.

Pero siguió su inalterable marcha el tiempo, y como él enseña grandes cosas, el jóven Tristany se decidió por la carrera eclesiástica, y fué ordenado de presbítero á los veinticinco años de edad, corriendo el año de 1820.

Poco despues aconteció la llamada revolucion de las Cabezas de San Juan. El clero, en su mayor número, y con particular empeño el catalan, manifestó ser adversario de los principios constitucionales proclamados entónces. El presbítero D. Benito Tristany, llevado de la impetuosidad y firmeza de su carácter, creyó extemporáneo el entrar á discutir con sus enemigos sobre la mayor ó menor latitud de principios abstractos, y decidió, en fin, habérselas con ellos con las armas en la mano.

Tomada esta resolucion, y siendo el dia 17 de Mayo de 1822 uno de esos momentos de agitacion en los diferentes partidos políticos, Tristany, lleno de fe y entusiasmo por el sistema absoluto, fué el primero que marchó con el estandarte en la mano, enarbolado en Solsona, reclutando fuerzas por doquiera que pasaba, y á cuyo frente se colocó, recogiendo durante aquella campaña laureles y miradas de deferencia y admiracion. Pero habiendo entrado los franceses en España, el baron de Eroles dispuso que se le pusiera preso é inco-

comunicado, mandando igualmente que le formasen causa por los muchos abusos y excesos que en la campaña se decia que habia cometido. Instruyóse dicha causa, y acordaron remitirla al señor obispo de Solsona, juntamente con el preso, considerando que como á jefe de la Iglesia correspondia imponer á Tristany el castigo á que se hubiera hecho merecedor, pues pertenecia al estado eclesiástico. No obstante, el obispo examinó nuevamente la sumaria, y poco despues fué puesto en libertad, entregándole igualmente las licencias de celebrar; y así permaneció por algun tiempo.

Cuando hubo terminado la guerra creyó Tristany que podia pedir alguna gracia en recompensa de sus muchos y señalados servicios, y emprendió con este propósito un viaje á Madrid. Llegó, y se dió tan buena traza en la córte, que fué nombrado canónigo de la colegiata de Guisona, dándole además una real órden en la que se disponia que en la primera vacante fuese promovido á una catedral, lo que logró muy en breve, siendo nombrado para una de Gerona en el año de 1826. Pero el cabildo lo recibió con disgusto, tanto porque les habian dado malos antecedentes de su nuevo compañero, cuanto por la escasez y superficialidad de conocimientos científicos que observó poseia, tan necesarios é indispensables en el hombre colocado en ciertas dignidades, como lo era la que se le habia conferido. Idearon, pues, un medio de alejarle, y dispensándole de asistir con tal que saliera de Gerona, lo consiguieron; porque Tristany accedió y fijó su residencia en Barcelona.

Allí permaneció durante algun tiempo, hasta que habiendo sabido el curso que tomaba la política, tanto interior como exterior, juzgó en el santuario de su conciencia que se

habian atropellado los derechos del infante D. Cárlos; y arrojando sus manteos y demas insignias eclesiásticas, fué el primero en 1833 que levantó la bandera carlista.

Siguió Tristany las inspiraciones de su fe y entusiasmo por la causa que se propuso defender, y prestó no pequeños servicios al ejército realista. El infante D. Cárlos comprendió que merecia una distincion, y le nombró mariscal de campo de sus ejércitos.

Desempeñó Tristany tan alto puesto, sin deshonra ni mancilla, durante un largo período, y decidió tomar por sorpresa el pueblo de Manlleu, lo que verificó rápidamente, no obstante las complicaciones é inconvenientes que en aquella época se oponian al feliz éxito de tales empresas. Sin embargo, Tristany, hombre de serenidad, comprendió que le importaba cumplir su propósito, y en aquel mismo año de 1838 lo efectuó, con lo que adquirió más consideracion, si bien dicho pueblo tuvo que lamentar los azares de la guerra, pues lo mandó incendiar, tal vez con algun secreto cálculo para el porvenir.

Mas adelante, en el año 1839, sostuvo una lucha terrible con los valientes defensores de la villa de Moyá, de los cuales pocos se salvaron: porque el más sangriento furor dominaba el corazon de ambos combatientes. Por este mismo tiempo fueron entregados al furor de las llamas el pueblo llamado Pals, y una gran parte del de Calaf. Tales desgracias son harto frecuentes en las guerras civiles; y aunque siempre deplorables, hay momentos en que el general más morigerado se encuentra en la dolorosa necesidad de emplear los medios citados para la consecucion de sus mejores planes.

Otra de las sorpresas que hizo Tristany, fué en la Pana-

della, donde, despues de un pequeño combate, fueron hechos prisioneros hasta 200 que mandó fusilar en Prades. Y continuando su táctica favorita de hacer sorpresas, lo hizo en Casa Mansana del Bruch, donde quedaron en su poder dos compañías del ejército isabelino, cuya suerte tuvo tambien en aquella carretera el batallon de cazadores de Oporto, de los cuales murieron gran número.

Marchó despues por el camino que hay desde Tarrasa á Rubí, donde aprehendió á siete milicianos nacionales, como igualmente á diez y siete de Calaf, y de los cuales fusiló cinco. El comandante de armas de aquel punto le pasó un oficio en el que manifestaba que, si continuaba vertiendo sangre de adictos á la reina, él verteria la de su hermana, que tenía en su poder.

No satisfecho Tristany con tantas y tan felices sorpresas, emprendió su marcha hácia Solsona, en la que entró la noche del 20 al 21 de Abril de 1837, cuyas puertas le fueron abiertas por uno de la misma ciudad, habiéndolo efectuado por el palacio, donde el introductor estaba de guardia.

Por este tiempo preparó una emboscada en el monte de San Justo á una compañía de cuerpos francos que iba de Cardona á Solsona con la correspondencia pública, y consiguió realizar sus deseos; pues cayendo sobre ellos con su infantería y caballería, los persiguió tanto, que se vieron obligados á encerrarse en una casa del término de Solsona, en la que hallaron todos su tumba, excepto el capitan y un soldado que no se encerraron, porque fué entregada á la accion rápida del fuego.

La guerra, empero, iba tocando á su término, y muchos jefes carlistas se habian marchado á Francia, y los demas

hacian sus preparativos con la mayor prontitud. Solo quedó un jefe en el campo de batalla, y este jefe era D. Benito Tristany.

Hiciéronse grandes esfuerzos para obtener su captura, lo que era sumamente difícil, si se atiende á que permanecia entre los pueblos de Ardebol, Valmaña, Sú, Matamargo, Treivinel, Prades, Molcosa, Fonollosa, Vallforosa y otros; y que si bien en ellos habia consumado hechos terribles, tambien les dió dias de alegría y consuelo, repartiendo con mano pródiga auxilios al necesitado, por lo que no debe sorprender que fuera tanto tiempo ocultado por aquellos habitantes, pues todos conocemos el sentimiento noble de la gratitud.

Permaneció Tristany en esta situacion, tan poco conforme con su carácter, hasta que poniéndose de acuerdo con algunos de los suyos que permanecian dentro de Cervera, defendida á la sazon por diez ó doce hombres (segun tenemos manifestado en la seccion histórica, capítulo II), se decidió á entrar en ella, y lo efectuó al aparecer el sol sobre el límpido y puro techo de aquella antigua ciudad, el 16 de Febrero.

Todos los demas pormenores y hechos de D. Benito Tristany, están consignados en la parte histórica.

Cerremos pues esta página, consignando que, influido poderosamente por el sentimiento moral y religioso, que lleva con serenidad á los hombres á los mayores conflictos, D. Benito Tristany fué á recibir la muerte, alentando sin duda el puro ambiente que exhalan la confianza y la religion (1).

---

(1) *Teatro de la Guerra.—Cabrera y los montemolinistas.*

BIOGRAFÍA DE ROS DE EROLES.

Puede observarse que en las grandes convulsiones políticas aparecen hombres notables que, salidos de la más humilde casa de algun pequeño pueblo, logran hacer sus nombres preclaros, distinguiéndose unos por sus admirables invenciones, y otros por sus gloriosos hechos de armas. Á estos últimos pertenece el personaje que nos ocupa, y cuya biografía vamos á trazar en pocas líneas, sin dejar por esto de detenernos en aquellos hechos cuya novedad é importancia los haga dignos de una minuciosa y detallada narracion.

Nació D. Bartolomé Porredon (a) Ros de Eroles, en una pequeña casa de campo, llamada de Eroles, perteneciente á la parroquia de Castell-Llebre, y jurisdiccion de la villa de Oliana, en el año de 1736. Deseando sus padres que adquiriera los primeros rudimentos del saber, cuando ya habia entrado en la adolescencia, encargaron su educacion á un sacerdote; pero no quiso aprender más que leer y escribir.

Con tan escasa instruccion fácil es comprender cuán poco apto sería para otro ejercicio que el de la agricultura el niño Porredon; y con efecto, llevados por esta natural convic-

cion, le emplearon durante algunos años en las faenas del campo, donde empezó á descubrir que por su carácter y áun ingenio no estaba destinado á permanecer en el quietismo moral en que están muchos habitantes de las campiñas, y que contribuye, y no poco, á la destruccion particular, y, por consiguiente, al malestar social, económicamente hablando, que sentimos hoy más que nunca.

Pocos años habia pasado en esta situacion, cuando concibió la idea de emanciparse del suave yugo paterno; y á fin de realizar este juvenil deseo, pidió y obtuvo la mano de una sobrina del cura de un pueblo inmediato al suyo, llamada Anores, trasladándose despues con su consorte, y para vivir con más libertad, á la villa de Oliana, ocupándose desde entónces en la arriería, con que subvenia á las necesidades que se creó con su matrimonio.

Pero no debia detenerse mucho tiempo Porredon en aquel nuevo camino. Una bandera enarbolada en aquel año de 1822, y cuyo lema era defender hasta morir la causa del sistema absoluto, ponia en movimiento todos los hombres decididos por estos y los opuestos principios políticos. De los primeros era gran partidario el cura, tio político de Eroles, el cual procuraba prosélitos á su causa. Alistóse, pues, su sobrino, y por consideraciones, fáciles de comprender al principio, y despues por los servicios que prestó, obtuvo algunos grados, llegando á la efectividad de capitan al terminar aquella campaña.

Concediéronle licencia ilimitada con una parte de paga, y se retiró á descansar en la villa de Oliana, no distante, como tenemos dicho, de donde residia su tio, y en cuyo lugar permaneció por algun tiempo.

Sin embargo de los grandes elementos de órden que el Gobierno de entónces poseia, sublevárouse en aquel año, 1827, algunos poco conformes con la administracion de la cosa pública, y otros con el sistema político vigente. Con ellos lo hizo Porredon, y habiéndose destruido por la base aquel levantamiento, fácil es comprender que los que en él tomaron parte no quedarian sin el justo castigo, y, por consiguiente, á nadie debe sorprender que D. Bartolomé Porredon fuera desterrado á Ceuta. Aquí, como en todas partes, su conducta moral fué irreprensible.

Cuando hubo terminado el tiempo de destierro, volvióse tranquilo á Oliana, donde le esperaban una familia y un hogar queridos, por tantas veces abandonados. Pero muy luego tuvo que alejarse de ellos, porque su honor, su conviccion y hasta su interes, le impulsaban á marchar al lado de sus antiguos compañeros, que á la sazon (1833) pedian por la legitimidad de derecho al trono, en nombre del infante Don Cárlos. Unióse á los nuevos campeones del absolutismo, y en cien veces y otras cien tuvieron la satisfaccion de observar que Porredon sabía, en funcion de guerra, ser tan valiente como un encanecido granadero, y tan humano y prudente como su mismo sacerdote ó *capellan.*

Sus notables hechos de armas, y la consideracion de lo que dejamos manifestado, influyó sin duda alguna para que le nombrasen brigadier del ejército carlista.

Entusiasta defensor del infante D. Cárlos, no permitia que llegasen á sus oidos ni áun esas palabras que manifiestan la duda que hay sobre las intenciones de los superiores. Con más de un antiguo amigo rompió relaciones por haber manifestado recelos; y aunque en algunos hechos dolorosos

tuvo parte, no tuvo otra causa más claramente reconocida sino saber Porredon que ciertos hombres de su mismo partido hacian mal á la causa del infante con sus impremeditadas resoluciones.

Aquella guerra terminó, como todos sabemos, con el convenio de Vergara. Creyó Porredon que no debia entrar en aquél, y marchó con algunos otros á Francia, donde comiendo el pan y la desesperacion del emigrado, permaneció hasta que se inauguró una nueva guerra en el Principado de Cataluña, y que pedia el trono de España para el conde de Montemolin, que volvió á entrar en la amada patria; y reuniéndose con los montemolinistas, continuó prestando servicios á la causa que desde jóven se propusiera defender.

Pero si los hombres le distinguian, condecoraban y graduaban, la fosa se abria ante sus piés, y el dedo de la Providencia le señalaba el camino de la eternidad.

Sus esfuerzos tuvieron un fin trágico, pues sorprendido con Tristany en las casas de Vila, fué cosido á bayonetazos en el mismo lecho en que le tenian postrado unas fuertes calenturas. Su cadáver fué trasladado á Solsona, y colocado dentro del cuadro en que fué fusilado Tristany (1).

---

(1) *Teatro de la Guerra.—Cabrera y los montemolinistas.*

BIOGRAFIA DE D. JOSÉ PUIG (a) BOQUICA.

Siempre se han juzgado como principales bases en que descansa la verdadera historia, la imparcialidad, la exactitud y la justicia. Abrid sus páginas, meditad, comparad los hechos de las generaciones pasadas con los de las que van arrastrando ante nosotros su fatigada vida, y estareis próximos á la verdad y á la filosofía de la misma. Pero no siempre hallareis historias escritas con un criterio imparcial, porque muchos olvidan que ante la consideracion del historiador debe ceder la del hombre político, y que encubrir una verdad por miras mezquinas de partido, es causar á las sociedades venideras muchos y trascendentales perjuicios. Y ciertamente que las pasiones más ó ménos nobles de algunos cronistas son causa conocida de que haya dudas hasta hoy sobre algunos hechos, personas y circunstancias, que vivieron y consumaron en épocas aún no lejanas.

Considerando, pues, tan indispensables esas circunstancias en la historia general, es evidente que procuraremos presentar este ligero cuadro ó biografía conforme con los principios indicados, y con tanta más razon, cuanto que del su-

jeto que va á ocuparnos, se ha hablado bastante, pero sin los suficientes datos. Nosotros, empero, no queremos hacer una narracion demasiado minuciosa de sus hechos, porque consideramos cuán desagradable sería al lector ver aquí consignados algunos, de que tendrá conocimiento, por haber leido la seccion histórica. Sin embargo, diremos todo lo que juzguemos más necesario.

Nació D. José Puig (a) Boquica, en *Castelló de Nuch*, el año de 1797. Sus padres, más ricos en honradez que en bienes de fortuna, dedicaron al niño José al estudio de las primeras letras, á cuya tarea se consagró con gran empeño, y por consiguiente con resultados satisfactorios. Pero las travesuras que hacía en la infancia, manifestaban claramente la intrepidez y valor que más tarde habian de distinguirle.

Pocos años tenía Puig (a) Boquica, cuando ya se ocupaba en el tráfico de telas, y con cuya ocupacion, no sólo aumentó el número de sus amigos, sino tambien los intereses de su familia. Continuó así durante algun tiempo, hasta que, llevado de su carácter belicoso, levantó una gran partida en 1822 en defensa de los principios que entónces proclamaba el partido realista, y á los cuales tenía más afecto por instinto que por conviccion.

La série de acontecimientos que se verificaban ante su vista, influyeron sin duda en su ánimo para tomar algunas determinaciones, entre otras la de ponerse á las órdenes del conocido Montaner con toda su gente, teniendo en consideracion la experiencia y tacto que aquel poseia en materias y funciones militares, y la falta de recursos en que se encontraban los que le seguian, cuya escasez era muy natural,

atendiendo á que no permitia que se cometiesen atropellos, ni se hiciesen sufrir vejaciones á los pueblos por donde pasaba. Conducta que merecia los sinceros elogios de los hombres más entusiastas de todos los partidos.

Siendo subordinado, como desde entónces fué del citado Montaner, no causa gran sorpresa saber que este jefe nombrase á Puig capitan de infantería, y que éste siguiese firme en su primer propósito, aunque la graduacion que se le concedia no correspondia con las fuerzas que habia reunido y empezado á organizar; pues es una verdad reconocida en todos los pueblos, que nada hace tanto daño á las opiniones nacientes, como las exigencias de mando en los primeros defensores de ellas. Esta consideracion y la de observar con exactitud cuanto le mandaba su jefe, le acarrearon grandes disgustos y algunas diatribas; pero diatribas sin estar enterados sus autores de que procedia este caudillo á la ejecucion de algunos hechos porque recibia órden de hacerlo, y llevado de su entusiasmo y decision por aquellos principios que al lanzarse á la pelea habia jurado defender.

El curso que siguieron los acontecimientos de 1822, su influencia en la política europea, el efecto que han producido, aunque ligeramente, en la moral de nuestra sociedad, la valoracion que se hizo de estos y de aquellos principios: y el desenvolvimiento, en fin, de ciertas doctrinas, todo prueba lógica y políticamente que el movimiento verificado en aquel año era prematuro. Por eso, su término fué tan rápido como su nacimiento y marcha; pero dejando tristes recuerdos de los dias que tuvo de existencia. Las ciencias exactas se enaltecen con justicia de haber conseguido que la materia eléctrica les obedezca enterrándose para no privar de la vida á

los séres, pero no por eso dejan de causar algunos males, aunque leves y remediables.

Ahora bien: restablecida la tranquilidad creyó el gobierno que debia cortar de raíz muchos abusos, y á fin de conseguirlo en lo perteneciente á las diferentes graduaciones del ejército, dispuso que una junta de clasificacion señalase á cada individuo el empleo que desde entónces juzgase podia desempeñar. Esta junta dió principio muy luégo á sus trabajos, y declaró teniente de infantería á D. José Puig, pero sin destinarle con mando á un regimiento. Diéronle licencia ilimitada, y se marchó á su pueblo, donde permaneció disfrutándola hasta el levantamiento de los catalanes en favor de Don Cárlos, que formó una nueva partida que llamó batallon volante, y con el cual empezó á hostilizar á las tropas isabelinas.

No pasó mucho tiempo en este nuevo estado. Hombre de arrojo, comprendió que podia cometer algun error trascendental á sus adictos, y decidió, despues de habérselo manifestado á aquellos, ponerse á las órdenes de otro jefe llamado Caballería, el cual le nombró primer comandante.

El año 1834 corria á la sazon. La guerra se extendia más y más por las provincias del Norte, y la desolacion y la muerte penetraban en el seno de todas las familias.

Tal era el aspecto de la sociedad en el citado año, y en que Puig se hallaba mandando un batallon carlista. Cargo difícil no solo por la circunstancia de ser voluntarios, sino por su desórden é indisciplina. Mas Puig tenía un genio organizador, y consiguió por lo tanto introducir todas las mejoras de que era susceptible aquella pequeña columna. Una de ellas fué nombrar jefes de compañía y distribuir el perso-

nal de tropa con igualdad entre las mismas para facilitar las operaciones y poder reunirse con más prontitud si tuvieran que declararse en dispersion algun dia. Despues dió algunas otras disposiciones referentes á policía y subordinacion, con lo cual logró mandar una de las más brillantes columnas del ejército carlista.

Con tales elementos, fácil es comprender que D. José Puig no estaria ocioso, y por consiguiente que no perderia ocasion para batir las tropas de la reina. Así lo hacía efectivamente, y hasta para conseguirlo hizo marchas harto fatigosas.

San Juan de las Abadesas, Tuxen y otros puntos inmediatos, vieron defenderse á Puig contra fuerzas muy superiores. Tambien presenciaron muchos de sus hechos de armas los habitantes de Camprodon; y los fuertes de las poblaciones comarcanas fueron atacados más de una vez por las tropas que mandaba Caballería como jefe, y comandaba Puig como su más inmediato subalterno, dando por resultado algunas veces un nuevo triunfo para las armas carlistas.

Pero no se crea que todas las acciones en que se halló fueron coronadas con igual éxito. En algunas estuvo en gravísimo apuro, y debemos dejar expuesto del modo más terminante que solo consiguió salvarse por el conocimiento minucioso que de aquel terreno poseia. Sin él, indudablemente hubiera perecido cuando se ha visto tantas veces atacado por un número de tropas mucho mayor que el de las que disponia. Pero ese conocimiento y su serenidad en los mayores conflictos, le han salvado la vida. Que tanta es la ventaja del que hace guerra en montañas teniendo simpatías en el país, y más que todo las cualidades enunciadas.

Continuando siempre su sistema más grato, que era la-

cer sorpresas, no dejó de prestar tambien grandes servicios. Empero despues de tantos esfuerzos y hazañas, Puig se hallaba tanto en sus grados como en sus intereses lo mismo al principio que al fin de la pasada campaña. Ni su carácter le habia permitido adular á ninguno de sus superiores, ni su conciencia le dejaba marchar por todos los caminos que hay para hacer cuantiosos capitales cuando existen en un país discordias civiles.

Cuando llegó al antiguo Principado el conde de España, nombró inmediatamente jefe del distrito de Gósoli, Tuxen y San Llorens á D. José Puig, cuyo cargo desempeñó á satisfaccion de sus jefes. Continuó con él algun tiempo, y despues, en union de Castell, siguió persiguiendo á las tropas de la reina con una constancia, celo é inteligencia que sorprendia hasta á sus mismos compañeros.

Tales fueron los principales hechos de Puig durante la guerra de 1833 al 40. Terminada ésta, se vió precisado á emigrar á Francia, donde permaneció hasta que se levantó en Cataluña la bandera montemolinista. Fiel Puig á sus principios se lanzó de nuevo á defenderlos en la arena de los combates. Organizó una partida, y al frente de ella penetró en el territorio catalan, dando mayor fomento con su actividad y valor á la lucha.

Sin embargo, un ejército numeroso y disciplinado estaba destinado á combatir aquellas fuerzas heterogéneas y sin elementos para sostenerse largo tiempo, y por consiguiente las probabilidades de victoria estaban de parte de los primeros. Y así fué, si bien á ello contribuyeron otras causas de todos conocidas. La presentacion de unos, y las derrotas que sufrian otros, manifestaban claramente que la guerra tocaba á su

fin: y si algun otro hecho faltaba para declararlo de una manera absoluta, la marcha de Cabrera á Francia era más que suficiente para adquirir este conocimiento. Todos dejaban las armas y corrian á buscar un hogar ó un país hospitalario donde librar su vida de las iras políticas.

Entre estos últimos se hallaba Puig, que como ellos marchaba emigrado á Francia, y á cuyo punto lograron llegar sin que les ocurriese suceso alguno notable, cuando el mes de Abril de 1849 estaba concluyendo. (1)

(1) *Teatro de la guerra.—Cabrera y los montemolinistas.*

BIOGRAFÍA DE LOS TRISTANYS.

Vamos á recorrer, aunque ligeramente, la historia de cuatro hermanos, más célebres por el nombre y la memoria de su tio que por sus propios hechos; historia que, si bien es breve y casi insignificante en sí, ofrece, sin embargo, una terrible leccion, un ejemplo práctico de que la efusion de sangre es el peor remedio de que puede echarse mano en casos dados y en conocidas circunstancias. Efectivamente, examínese como se quiera la reseña que trazamos; analícense bajo sus diferentes fases los hechos de los cuatro hermanos Tristanys en la última campaña, el hecho, la consecuencia de ese exámen y de ese análisis será que el deseo de vengar la muerte desastrosa de su tio Mosen Benet Tristany, llevó á los hermanos de que nos ocupamos al campo montemolinista, y les hizo empuñar las armas y exponer sus vidas en obsequio y defensa de la causa de que consideraban mártir á su tio.

Desgraciadamente no es éste el único ejemplar que la historia nos ofrece de lo infructuoso de la pena de muerte. La relacion de nuestra guerra civil nos presenta numerosos ejem-

plos. Las terribles, las horrorosas represalias por los del uno ú otro bando ejecutadas, no han aterrado al contrario; no han servido para contener á los unos ó á los otros en su funesta carrera de sangre y de matanzas; la sangre ha producido más sangre, los castigos han aumentado la irritacion, han exasperado los ánimos, y el deseo de la venganza ha producido más partidarios que el principio político, que el amor á la causa proclamada.

Las pasiones políticas, como hemos dicho, se exacerbaron más con la muerte de Tristany y Ros de Eroles, y léjos de desaparecer para siempre del suelo catalan los últimos restos de las partidas montemolinistas, como el general Pavía prometia al país en su bando, fechado en su cuartel general de Solsona el 17 de Mayo de 1847, nuevas fuerzas aparecieron en el país, mandadas las unas por jefes ya conocidos, guiadas las otras por noveles aventureros, arrastrados por la cólera y movidos par el deseo de la venganza.

Hijos de aquel país en que los hechos de su tio habian hecho célebre su nombre, cuatro jóvenes llamados Francisco, Ramon, Rafael y Antonio, á la sombra del prestigio que su predecesor habia logrado captarse, apresuráronse á recoger la sangrienta manda que al morir pareció legarles, y el pueblo de Montblanch y el campo de Tarragona los vieron bien pronto decididos á apoderarse de los quintos que en el primero de los citados puntos existian: llevar su arrojo y osadia hasta penetrar en la importante villa de Igualada, y extender sus correrias y excursiones hasta la ciudad de Reus, en cuyos habitantes sembraron la consternacion y el desaliento, circunscribiéndolos al recinto de sus murallas.

Las tropas del Gobierno acosábanlos, es cierto, en todas direcciones; pero su conocimiento del país les hacía burlar las combinaciones de los jefes isabelinos, que á pesar de su actividad y decision, rara vez pudieron darles alcance. Los hechos militares de los Tristanys, fueron, es cierto, de escasa importancia: sus movimientos, empero, rápidos, atrevidos y osados, tuvieron en contínua alarma á las fuerzas contrarias, sin permitirlas el menor descanso; así es que á pesar del acertado plan que Pavía puso en ejecucion en la época á que nos referimos, los Tristanys lograron siempre frustrar sus disposiciones y dejar ilusorios sus mejor fundados proyectos.

Miéntras Pavía anunciaba la terminacion de la guerra de Cataluña, los Tristanys, acostumbrándose al peligro, aleccionaban sus escasas fuerzas, y reunidas á las de otros montemolinistas, presentábanse de cuando en cuando á medir sus armas con las tropas de la reina, como sucedió el 7 de Enero de 1848, en que, unidas con las de Borges y Coscó, sostuvieron un encuentro bastante formal.

Varias escaramuzas con mejor ó peor éxito sostuvieron los Tristanys, que no merecen particular detalle. Haremos, sin embargo, mencion del choque que tuvo lugar el 8 de Junio entre las fuerzas que ellos comandaban, unidas á las de Masgoret, con la columna de Manresa mandada por el brigadier Manzano, en cuyo encuentro, que empezó en las inmediaciones de San Joaquin de Balleneta, si bien los montemolinistas se hubieron de retirar en los primeros momentos, reforzados despues con otras partidas que se les unieron y posicionaron cerca de Cabassi, sostuvieron despues fuertes ataques á la bayoneta, pronunciándose luégo en retirada. Tambien al dia siguiente midieron sus armas con las de la reina.

y á los pocos dias atacaron, aunque sin efecto, el destacamento de Vidrá.

Prolija é inútil tarea sería la de hacer aquí especial mencion de los diversos hechos de armas en que tuvieron parte los Tristanys. Referidos con minuciosidad en el cuerpo de la obra, no lograríamos añadir nuevos detalles y conseguiríamos tan solo llenar infructuosamente algunas columnas: bástenos por ahora decir, que sostuvieron la campaña con increible teson y encarnizamiento: que utilizaron en favor de la causa á que se consagraron, su prestigio, sus conocimientos en el país y hasta su reducido patrimonio: que en todas ocasiones dieron muestras inequívocas del valor más cumplido, colocándose en los puestos de mayor compromiso, tanto que el uno de ellos, D. Rafael, alcanzó gloriosas heridas en la sorpresa de Tarrasa, cuando ya tenía el grado de coronel.

Los hechos por que son más conocidos los Tristanys, son la ocurrencia del baron de Abella y el fingido convenio con el coronel Santiago. En su respectivo lugar hicimos detallada mencion de estos hechos que los partidos han desfigurado á su modo, y que cada cual ha juzgado segun la pasion que le movia: refiriéndonos en este particular á lo que en la parte histórica dejamos asentado, diremos únicamente que los Tristanys en esa ocasion dieron una prueba de abnegacion, desinteres y consecuencia política que por desgracia tiene pocos imitadores en la azarosa época que atravesamos.

Terminada la campaña, los Tristanys se refugiaron en el vecino reino, donde permanecen disfrutando de una consideracion de que no gozaban ántes del hecho de Pinós (1).

---

(1) *Teatro de la Guerra.—Cabrera y los montemolinistas.*

BIOGRAFÍA DE PLANADAMUNT.

Muy importantes, aunque con reducidas fuerzas, fueron los servicios que prestó Planadamunt á la causa montemolinista. Activo, fiel á sus principios, incapaz de retroceder ante la línea política á que una vez se adhiriera, ha sellado con su sangre la firmeza de sus juramentos, y se ha cautivado la atencion pública, tanto por su desastroso fin, como por los esfuerzos que ha desplegado en defensa de su bandera.

Nació D. Rafael Salas en el año 1815. Aprendió durante los años de su infancia á leer, escribir y algunos conocimientos de aritmética, pero no podia permanecer por más tiempo el niño Rafael asistiendo á recibir los primeros destellos de la ciencia, y sus padres lo llevaron al campo para que viese y aprendiese las faenas agrícolas.

No habia pasado mucho tiempo cuando el jóven Salas sabia perfectamente todo lo necesario para ser un regular labrador. Su inteligencia, aunque jóven, era tan clara, que comprendia con facilidad cuanto veia y le esplicaban. Por eso sus progresos en este ejercicio sorprendian no solo á sus padres, sino á sus vecinos.

En esta ocupacion hubiera subsistido toda su vida, si no hubieran hecho una profunda sensacion en su corazon algunas causas propias de las convulsiones políticas. Parecióle que debia ser uno de los más firmes baluartes del partido carlista, y se presentó con la fe del apóstol y el ardor del jóven á ofrecer sus brazos para defender los derechos del infante.

Admitiéronle, como que en aquellos momentos (1833) necesitaban hombres decididos todos los bandos políticos lanzados á la pelea, y empezó mandando unos cuantos hombres, pero con la graduacion de teniente. Graduacion de que tuvieron muchas ocasiones de alegrarse por haberla dado los superiores cuando vieron en el jóven Salas, no solo un oficial valiente é intrépido, sino pundonoroso y disciplinado.

Las repetidas acciones y escaramuzas en que se ha encontrado Salas, manifiestan sobradamente su admirable serenidad. No nos detendremos á enumerarlas cuando ya lo hemos hecho en la seccion histórica. Referiremos, empero, algunos de sus hechos y circunstancias.

Caminaba en el mes de Diciembre del año 1833, mandando unos 60 infantes por un camino estrecho y profundo, cubierto de nieve como sus soldados, y con todos los rigores de aquella estacion, cuando una descarga de fusileria hecha desde la eminencia por dos compañías de las tropas isabelinas le deja fuera de combate algunos de sus más decididos y valientes soldados. En tal situacion, cualquiera otro hombre que no tuviera la firmeza de Salas hubiera huido vergonzosamente; pero muy léjos estaba de tomar esa determinacion. Contramarchó rápidamente para poder subir á encontrar los enemigos, y habiéndolo efectuado, consiguió ponerlos en completa dispersion. Este hecho no sólo fué notable por

las desventajas de terreno y número de combatientes, sino porque habiendo cogido prisionero á uno que tenía muchas heridas, procuró que no sufriera, llevándole á otro punto, donde lo curaron. Generosa y caritativa accion, muy propia en el hombre de verdadero valor.

Otro de los acontecimientos más singulares que verificó Salas fué el desarme de dos gendarmes que le conducian preso cuando hizo su primera emigracion. Sorprendiéronle inmediato á Aviñon, y despues de haberle puesto una argolla en el cuello, marcharon con él hácia el interior. Comprendieron los gendarmes que debian tener gran cuidado con aquel preso, y ahora uno y despues otro, no soltaban la cuerda que pendia de la argolla. Salas, sin embargo, sufria mucho por ver la situacion en que estaba, y concibió la idea de fugarse, pero habia muchos inconvenientes para la realizacion de tan natural deseo. Siguió tranquilo su marcha, y cuando los gendarmes comprendieron lo que les pasaba, estaban sobre la tierra tendidos y las armas en poder del prisionero. En uno de esos sublimes actos del alma que arrastra á la materia con más rapidez que se comunica la electricidad, habia Rafael Salas hecho caer á sus piés á los que pocos momentos ántes eran dueños de su existencia.

Libre por aquel momento, veia la posibilidad de ser detenido si seguia marchando, y lo previa con tanta más razon, cuanto que la argolla no se la podia quitar. Creyó que debia pedir auxilio en algun caserío, y con efecto, obtuvo hospitalidad en una casa de campo, donde permaneció durante algunos dias, y desde cuyo punto marchó para Perpiñan.

No habia pasado mucho tiempo cuando estaba en poder

de otros gendarmes, y los cuales llevaban órden para trasladarle desde Carcasona al Paso de Calais, y extrañarlo de Francia. Ocurrióle á Salas el feliz éxito de su primer arrojo, y aprovechando la ocasion de estar algo distraido uno de los que le conducian, y que tenía en aquel momento la cuerda de su argolla, tiró fuertemente, y con una velocísima carrera consiguió adquirir de nuevo su libertad. Resoluciones como esas son hijas de una voluntad firme y de un temple de alma, propiedad exclusiva de ciertos hombres.

Cuando estuvo próximo á Perpiñan, dijo á unos pastores que le quitasen la argolla, y habiéndolo conseguido aquellos, no sin dificultades, siguió tranquilamente su camino, y permaneció en las inmediaciones de la citada ciudad durante algun tiempo, en compañía de unos antiguos amigos de sus padres.

Habiendo sabido que los defensores de D. Cárlos se presentaban nuevamente en los campos del antiguo Principado para defender la bandera que llevaba por lema el conde de Montemolin, salió inmediatamente de aquel punto, y se dirigió á Cataluña, donde formó en pocos dias una considerable partida, con la que empezó sus nuevas hazañas militares.

Una série de circunstancias, ó más bien de etiquetas militares, ha sido causa de que Salas en esta última guerra no consiguiera elevarse á una graduacion digna del caudillo intrépido y valiente. El jefe de partida, Estartús, tuvo gran deseo de que Planadamunt se pusiera con su gente bajo sus órdenes, cuyo deseo no se realizó porque Salas comprendia la diversidad que habia entre su carácter y el de Estartús, y previa por consiguiente cuán fácil era que su reunion produjese mayor número de males que de sucesos prósperos y

favorables á la causa que sin embargo ambos se habian propuesto defender.

Pero un suceso imprevisto y desagradable para los montemolinistas puso fin á tan encontradas opiniones. Muere repentinamente Estartús, y las tropas que estaban á sus órdenes se unieron voluntariamente á las de Salas, quien al ver centralizadas unas fuerzas ántes sin comunicacion, con sus planes y combinaciones, juzgó que desde aquel momento estaba en el caso de acometer á toda clase y número de enemigos; y sus hechos prueban sobradamente que en esta confianza y con su natural arrojo se lanzaba en el más difícil combate. Siempre los hombres llenos de fé se presentan en las batallas sin atender al número de enemigos. De ese modo se presentaba Planadamunt delante de las tropas de la reina.

Continuó con este nuevo refuerzo batiendo algunas fuerzas isabelinas, mereciendo por consiguiente las consideraciones de sus superiores y el aprecio de sus soldados. Pero la suerte, que tan pródiga se habia mostrado con Salas hasta entónces, le abandonó y entregó á todos los rigores del vendaval de la vida.

Los dias 3 y 4 de Abril fueron los señalados por el caudillo Marsal para dar una accion de importancia en las inmediaciones de Gerona. Combinóse entre todos los jefes de partida próximos al sitio designado el plan que debia seguirse en tales dias, y con efecto, cada uno cargó con la responsabilidad de tomar una posicion ó perecer en el campo en donde operase. Entre los jefes que habian dado su palabra se hallaba Salas.

Se empezó la accion, y aunque hubo grande órden y subordinacion en unos y otros combatientes, quedó muy en bre-

ve decidida la victoria. Habian atacado por flancos y frente los soldados del ejército isabelino, y arrollando por consiguiente á los montemolinistas, les causaron gran número de muertos, heridos y prisioneros. Entre el de estos últimos se hallaban D. Manuel Romero, y Salas.

Terminada esta pequeña batalla, y despues de quedar en poder de los defensores de la reina todo aquel terreno, fueron trasladados los heridos y prisioneros á la plaza de Gerona, donde pocos dias despues de su llegada se les notificó la sentencia por la que serian fusilados. Oyeron con serenidad tan terrible notificacion, tanto el ayudante de Marsal, Romero, como Salas; y despues de haber hecho lo que en tales ocasiones debe hacer el hombre religioso, caminaron llenos de fé y resignacion al sitio de la ejecucion.

Pocos momentos habian pasado despues de su llegada, cuando una descarga cerrada habia concluido con la existencia de D. Rafael Salas. Eran las ocho de la noche del dia 10 de Abril cuando dió el prostrer aliento (1).

---

(1) *Teatro de la Guerra.—Cabrera y los montemolinistas.*

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

CAPÍTULO V.

CAPÍTULO VI.

LIBRO SEGUNDO.

(1845-1854.)

CAPÍTULO PRIMERO.

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO III.

CAPÍTULO IV.

CAPÍTULO V.

CAPÍTULO VI.

CAPÍTULO VII.

CAPÍTULO VIII.

CAPÍTULO IX.

CAPÍTULO X.

NOTICIAS Y DOCUMENTOS.

1816-1848.

Páginas.




LIBRARY
JUL

